



El sería su verdugo...
Ella, su única salvación.
Juntos, la Voz del Universo.

ENCADENADA A MI DESTINO

KELLY DREAMS

SAGA GUARDIANES UNIVERSALES

ENCADENADA A MÍ DESTINO

Kelly Dreams

(Saga Guardianes Univesales 01)

COPYRIGHT

ENCADENADA A MÍ DESTINO

Saga Guardianes Universales 01

© Edición Febrero 2013

© Kelly Dreams

Portada: © Dreamstime

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por

escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra Registrada 03/2011/182

DEDICATORIA

Para mis lectoras y las fans de los Guardianes Universales.

A Gabysita Naitora y Vero Fuentes por el inmenso cariño que recibo cada día de ellas, por los ánimos y los vítores con los que siempre me obsequian. Un libro no es nada si no hay lectoras que lo valoren y le den alas, y vosotras sois sin lugar a dudas el viento que las impulsa.

Gracias, chicas, sois las mejores.

A Raistlina, por sus palabras de ánimo, por la incansable e incombustible recomendación que siempre hace de mis Guardianes y por la fe y confianza que ha depositado en esta saga desde el principio. Eres única.

A Tania Castaño Fariña, una amiga de ley, de las auténticas, por su apoyo incondicional, por su amistad verdadera y única y por aguantarme cuando me tiro de los pelos para poder sacar adelante alguna nueva historia. Eres un soplo de aire fresco en el interior de un huracán, amiga mía. Mil gracias por estar siempre ahí a pie de cañón para mí.

Y por supuesto a Teruca Álvarez, por una amistad que ya dura dieciséis años y que cada vez se hace más fuerte. Ya sabes que eres mi hermana del alma.

ARGUMENTO

Ella, el alma de un dios hecha carne por una mala jugada del Destino, renacida para hospedar al Libre Albedrío en su interior.

Dryah veía como el mundo que había conocido se había venido abajo con su despertar, todo su pasado había quedado anulado y el futuro la condenaba como un ser capaz de destruir el Universo tal y como era conocido, pues ella se había convertido en la portadora del Libre Albedrío.

Él, había sido elegido como Juez Universal, el único hombre con suficiente poder como para poner de rodillas a los dioses y llevar a cabo los deseos del Universo.

Cuando a Shayler le dieron la noticia de que su nueva tarea era llevar a cabo el *Antiquerum*, el Juicio Supremo, para resolver la inocencia o culpabilidad de la portadora del Libre Albedrío, había pensado en que sería algo rápido. Llegaría, la vería, la condenaría y podría seguir con su tranquila vida.

Pero él no contaba con que su custodio resultara ser la única mujer que convertía sus sueños en realidad, la única que estaba destinada a él desde el principio de los tiempos, una mujer cuya única aspiración era liberarse de su Juicio y su presencia con la mayor brevedad posible.

Sumidos en una carrera contra el tiempo y el Universo, deberán enfrentarse a la más difícil de las pruebas y evitar que sus corazones se rompan en el proceso.

Él sería su Juez y Verdugo.

Ella... su única salvación.

GLOSARIO

Antiquerum: También conocido como Juicio Universal. Es el juicio definitivo, el único mediante el cual puede decidirse la vida o la muerte sobre la persona o personas que se someten a él. El único que puede llevarlo a cabo es el Juez Universal.

Alcara: Nombre que reciben las dagas doradas de John, el más antiguo de los Guardianes Universales.

Alma Maldita: Nombre que recibe la encarnación del alma del dios Eidryen en forma humana. Su apariencia es la de una mujer joven e inocente.

Bastet: Deidad egipcia de la armonía y la felicidad, protectora del hogar y de las embarazadas simboliza la alegría de vivir. También conocida como Bast, es una diosa pacífica y tierna, aunque si se la enfada se transforma en una mujer con el carácter de una leona.

Dios de las Almas: Seybin, Señor y Protector de la Puerta de las Almas. Rige el mundo del más allá.

Dios del Destino: Dios principal tras cuya muerte, combinada con la de la diosa de la Esperanza, da nacimiento al Libre Albedrío. Su nombre es Eidryen.

Diosa de la Esperanza: Diosa principal tras cuya muerte, combinada con la del dios del Destino, da nacimiento al Libre Albedrío. Su nombre es Elora.

Cazador de Almas: Son los encargados de buscar, recolectar y guiar a las almas en su travesía hacia el otro lado. Su poder principal es el “fuego de las almas”, son hombres solitarios y sólo obedecen al Señor de las Almas.

Equilibrio: Balance que debe darse en el Universo.

Espada de las Almas: Arma predilecta de los Cazadores de Almas, su filo es el único capaz de herir a un espíritu.

Fuente Universal: La fuente de todo poder y balance del universo.

Garkos: Consorte de Zhalamira. Es uno de los dos entes que dan forma a la Fuente Universal. Él es la oscuridad que da balanza a la luz.

Guardián Universal: Hombres y mujeres en cuyo interior se encuentra un pedazo del universo. Fueron elegidos por la Fuente Universal a lo largo de los siglos para formar una línea de defensa que protegiese a la humanidad de los dioses. Hoy en día sólo quedan cinco de los miles que fueron.

Juez Universal: Es aquel que fue elegido para esgrimir uno de los más poderosos poderes primigenios, La Ley Universal. Su palabra es la única ley a la que tienes que doblegarse los dioses e inmortales por igual. Es también el líder de los Guardianes Universales.

Juicio Universal: También conocido como Antiquerum. Es el juicio definitivo, el único mediante el cual puede decidirse la vida o la muerte sobre la persona o personas que se someten a él. El único que puede llevarlo a cabo es el Juez Universal.

Kahiya: Dagas gemelas de hoja curva y empuñadura con la forma de tres serpientes entrelazadas. Son el símbolo de poder del Juez Universal.

Libre Albedrío: Uno de los poderes primigenios más poderosos del universo. Nacido del Destino y la Esperanza, su voz es la voz del universo, su libertad de decisión lo convierte en una poderosa arma.

Los Ancianos: Triunvirato de poder que rige a los dioses e inmortales. Está compuesto por los tres ancianos: Aristes, Orest y Larios. También conocidos como el Concilio de los Dioses se encargan de mantener el orden entre los diferentes panteones resolviendo conflictos menores. Ellos responden únicamente ante el Juez Universal.

Oráculo Universal: Es el avatar de La Fuente Universal, sus visiones muestran el futuro, el destino de aquellos que están bajo su jurisdicción.

Puerta de las Almas: Umbral de piedra que recibe a las almas tras su paso al otro lado.

Sala de los Ancianos: Lugar de reunión de los Ancianos que forman el Concilio de los Dioses. Desde esta sala los Ancianos manejan los conflictos menores que atañen a los dioses.

Sueño de los Eternos: Estado en el que sume Eidryen a Dreamara para mantenerla con vida hasta que llegue el momento de su despertar.

Señor de las Almas: Dios que rige la vida y muerte de las almas y custodia la Puerta de las Almas. Responde al nombre de Seybin.

Templo del Primer Poder: En ruinas. Erigido originalmente al poder de la Fuente Primigenia, es un lugar sagrado al que sólo pueden acceder los Guardianes Universales y se utiliza como vínculo directo para pedir audiencia formal ante La Fuente.

Zhalamira: Consorte de Garkos. Es uno de los dos entes que dan forma a la Fuente Universal. Ella es la luz que da balanza a la oscuridad.

PRÓLOGO

Una suave brisa barría la cámara de piedra, levantó pequeños remolinos en el polvoriento suelo y arrancó un temblor en la delicada tela que caía por los lados de la gran losa que dominaba el centro de la habitación como una enorme pira funeraria o altar. Las lisas y desnudas paredes se alzaban hacia el techo en forma de bóveda apuntalada por cinco columnas situadas en cada uno de los puntos de la forma pentagonal de la sala; Extraña forma para una

prisión pues aquella era la función que había desempeñado la oscura cámara durante los últimos cientos de años, una celda para la huésped que dormía apaciblemente sobre la fría losa de piedra.

Los suaves rizos dorados se abrían en abanico a su alrededor y se derramaban a ambos lados del frío lecho, unas oscuras y espesas pestañas hacían sombra sobre las pálidas mejillas manteniendo oculta la luz que una vez brilló en los ojos que ocultaban. Líneas finas y femeninas formaban un rostro angelical, los labios llenos y rosados permanecían congelados en la calma propia de la eternidad mientras el imperceptible movimiento de su pecho hacía pensar a cualquiera que la viese que la vida había escapado hacía tiempo de su cuerpo. Las manos cruzadas a la altura del estómago y los largos faldones de tela que la cubrían hasta los desnudos pies completaban la etérea imagen de un ángel dormido. Tan frágil y delicada, relegada al confinamiento eterno que los dioses habían dictado para ella, una reclusión que estaba pronto a terminar.

La débil brisa le acarició el rostro, se deslizó por sus brazos y la recorrió como lo haría un mimoso amante, y allí, en la soledad de su prisión, se oyó una única frase susurrada.

“Es hora de que despiertes, mi alma, nadie puede morir eternamente”

Las tupidas pestañas aletearon ligeramente antes de alzarse dejando al descubierto unos profundos y ancianos ojos azules que parecían haber visto el mismo corazón de universo. La desesperada bocanada de aire penetró en sus pulmones trayéndola de nuevo a la vida, obligándola a despegar la espalda de la cama de piedra en su necesidad por recuperar aire que le había sido negado, su mirada vidriada y somnolienta vagó por la sala antes de posarse nuevamente en el techo abovedado.

— ¿Ei-dry-en? —Fueron las primeras palabras que pronunció en aquella soledad.

Se incorporó lentamente, su cuerpo era un peso muerto que a duras penas respondía a sus demandas, su mirada cansada y adormilada contemplaba todo a su alrededor mientras buscaba a aquel que ya no estaba. Sus ojos se detuvieron sobre las paredes que la rodeaban por encima de las altas columnas que sostenían el techo abovedado, las de la austera celda en la que

fue encerrada por su propia seguridad tiempo atrás.

Los recuerdos acudieron a su memoria como si fuesen hechos que hubiesen ocurrido ayer, el calor que dejaron sus manos persistía como la huella de un fantasma sobre cuerpo. La había acunado en sus brazos mientras le susurraba tranquilizadoras palabras de aliento y le prometía que todo saldría bien, recordaba sus ruegos al pedirle que fuese fuerte en los siglos venideros mientras se fundía con ella una última vez antes de depositarla sobre aquella losa de piedra e inducirla al Sueño de los Eternos.

Ambos habían estado condenados, él se había condenado a sí mismo para que ella permaneciera a salvo. Sabía que no podía evitar la sentencia de muerte que pendía sobre su cabeza; Él no huiría, pero tampoco dejaría que se ensañaran con una inocente.

El eco de sus últimas palabras se filtró en sus oídos, había querido ahorrarle todos los siguientes sucesos, el juicio, su rendición, pero su conexión era eterna, ella era parte de él... o lo sería hasta que quedase libre con su muerte.

Su muerte.

Deslizó los pies por la fría piedra hasta posarlos en el suelo, sus piernas se doblaron con el peso derribándola al suelo con un sonoro quejido. El dolor se extendió por cada terminación nerviosa y despertó sus entumecidos sentidos, la hizo cada vez más consciente de su regreso a la vida, a un mundo... sin él.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos, el peso de la angustia se instaló en su pecho y ahogó el grito de profundo dolor que deseaba emerger ahora que estaba despierta. Se dobló sobre sí misma y envolvió los delgados brazos alrededor de su estómago atrayendo las rodillas hacia su pecho mientras quedaba tirada en el suelo hecha un ovillo, las lágrimas fluían silenciosas por sus mejillas y caían dejando una huella en el polvo mientras aquella suave e inmortal brisa la acariciaba una última vez susurrándole antes de desvanecerse en la eternidad.

“Eternamente en ti, mi amada alma”

Las idas y venidas de su señor empezaban a poner a Nyxx bastante nervioso.

Había comenzado esa caminata hacía varios minutos, como era usual en él se levantó de su asiento tras el enorme escritorio de roble rojo macizo y se puso a pasear desde su posición en el sillón en el que estaba repantigado disfrutando del calor del hogar. Conocía bien las excentricidades de su jefe y amigo, no era la primera vez que se levantaba de su enorme asiento de cuero y empezaba a bailar la Macarena sin motivo aparente, pero aquello estaba más allá de la sencilla excentricidad. Sus labios se movían recitando una silenciosa letanía que acompañaba sus pasos, las manos se abrían y cerraban formando sendos puños, había algo que lo preocupaba y mucho.

—Si sigues paseándote de esa manera al final del día tendrás un bonito surco atravesando el suelo de la oficina, Seybin. —Su voz sonó profunda y rota, como si su garganta hubiese sido rasgada varias veces y nunca se hubiese curado bien. Su voz poseía un matiz oscuro y decadente que encajaba perfectamente con su trabajo.

Finalmente se detuvo en seco, sus ojos se oscurecieron y brillaban como si los fuegos del infierno se hubieran colado en ellos, no había duda en señalar que el Señor de las Almas estaba realmente cabreado por algún motivo. Y su jefe cabreado no era algo a lo que le apeteciera enfrentarse. Lentamente descruzó las piernas y volvió a cruzarlas en sentido contrario, procuró mantener la postura relajada, todo fachada ya que sus sentidos estaban alerta y listos para saltar si se diese la necesidad.

—Deduzco por tu mirada de “te mataré porque me molesta el sonido de tu respiración”, que algo no va bien en las altas esferas, ¿um?

El hombre dejó caer su mirada sobre las llamas que ardían en el hogar, en un instante el fuego crepitó lanzando una poderosa llamarada que alcanzó el sillón en el que estaba sentado librándose por un pelo.

— ¡Ey! Ese era mi sofá favorito —rezongó palpándose para comprobar que estuviese entero.

Al ver que su jefe no respondía, dejó la ironía a un lado y prestó atención.

— ¿Qué ocurre?

El Señor de las Almas se giró hacia él. Su traje de Armani, hecho a medida se adaptaba a su enorme estatura como un guante y le aportaba ese aspecto distinguido que no conseguía alejar ni un poco el aire amenazador que lo rodeaba. Su mirada ardiente volvió a posarse en su subordinado, él permanecía alerta esperando que declarara la sentencia sobre alguna de las incautas almas que se atrevían a desobedecer su mandato o hacían tratos con quienes no debían. Letal como pocos, con un extraño sentido de lealtad, él era uno de los dos únicos seres que realmente importaban a Seybin; Por supuesto, su jefe se moriría otra vez antes que decirlo en voz alta.

— ¿No lo sientes? —preguntó volviendo su mirada hacia él.

Entrecerró los ojos y permitió a sus sentidos de cazador extenderse en busca de aquello que inquietaba a su jefe.

— ¿Sentir el qué?

—Eidryen... —declaró el Señor de las Almas con voz grave y pesada—. Ha cruzado al otro lado.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Eso no es posible —negó con incredulidad—. Él y Elora...

Su jefe dirigió su mirada hacia las llamas y negó con la cabeza.

—Ella también ha cruzado.

La sorpresa bailó durante unos instantes en sus ojos verdes, pero pronto desapareció ocupando su lugar la comprensión y la absoluta certeza de lo que aquello significaba.

—Dreamara...

El Señor de las Almas asintió y se giró hacia él.

—Ha nacido un nuevo y peligroso poder.

Tenía la sensación de que no le iba a gustar la respuesta pero necesitaba

preguntar.

— ¿Qué quieres decir?

Lo vio respirar profundamente y acto seguido soltó el motivo que lo había hecho actuar repentinamente de forma tan extraña.

—El Libre Albedrío, ha despertado.

CAPÍTULO 1

La justicia se presenta cuando menos lo esperas y bajo la apariencia más escabrosa, pero no siempre beneficia al que la busca y Dryah lo sabía mejor que nadie. Recordaba el recorrido por aquellos pasillos, la pesadilla cobraba vida cual serpiente enroscada que espera a que su incauta víctima pase cerca para atacarla, la misma sensación de ahogo que ahora aumentaba y se hacía insoportable por la falta de la persona que le otorgaba la calma y claridad que necesitaba. Pero ahora no era Eidryen quien marchaba por voluntad propia hacia la sala para encontrarse por primera vez cara a cara con los cuatro poderes que vigilaban a los dioses e inmortales; Los Ancianos. No sería él quien evitaría que la sentencia impuesta sobre el dios del Destino y la diosa de la Esperanza recayese también sobre ella. Todo había cambiado en un parpadeo y ahora era ella la única que podría hablar por sí misma y defenderse de aquellos que desde el principio consideraban su vida una aberración. Sus escoltas, dos siluetas encapuchadas, la flanqueaban en su silencioso camino, ellos estaban allí cuando las paredes de la sala de piedra que era su cárcel se desvanecieron bajo su voluntad y le tendieron la mano en una muda invitación que decidió aceptar.

Su vibrante mirada azul se desplazó hacia el techo y se fijó en la piedra desigual que tallaba las paredes, un lúgubre corredor de piedra que cumplía muy bien la función de desalentar a los que se aventuraban en él.

Se estremeció. Su vida, su mundo, su futuro, todo cambió drásticamente, sabía

que ya no era lo que fue una vez, podía sentirlo en lo más profundo de su interior. Había sido testigo de ello cuando a un pensamiento suyo la celda de ser su prisión, dentro de ella burbujeara ahora una presencia calmante, protectora y fiera que la convertía en un peligro a juicio de aquellos que esperaban al final del pasillo, ya no era un alma hecha carne, ahora era el Libre Albedrío.

Era extraño como algo que nunca fue parte de ella se sintiese como si formase parte de su ser, como si la hubiese acompañado a cada paso del camino despejando la soledad que ahora sentía. Eidryen había sido una constante en su vida, de un modo u otro él siempre estaba allí, al alcance de la mano cuando le necesitaba. Incluso dormida lo había sentido a su lado, había apreciado y bebido sus enseñanzas mientras la preparaba para un mundo nuevo y desconocido al que iba a tener que enfrentarse. Desgraciadamente, no la preparó para el dolor de su ausencia.

—No podré cumplir mi promesa —susurró, sus ojos se cerraron con fuerza ante el peso de todo lo que ocurría. Se sentía partida, dividida, rota en mil pedazos—. No soy tan fuerte, Eidryen.

Envolvió los brazos alrededor de la cintura, el constante dolor por la pérdida volvía a atormentarla cada vez con más fuerza y le robaba la respiración. Dolía, el dolor era abrumador y nada de lo que hacía conseguía amainarlo. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y dejaron un surco de humedad a su paso, se le cerró la garganta dejándola muda a cualquier palabra, la pesada piedra que se alojaba en su pecho amenazaba con privarla de aire.

Sacudió la cabeza, su largo pelo rubio voló al compás del movimiento. Las encapuchadas figuras que la escoltaban se detuvieron unos pasos por delante de ella como mudos testigos de su desesperación.

—No puedo más —jadeó mientras se dejaba caer de rodillas sobre el suelo—. Oh dioses.

Todo su cuerpo se estremeció rotas las barreras que contenían a duras penas sus resquebrajadas emociones, aquel nuevo poder se alborotó en su interior emergiendo y envolviéndola cual sudario, creciendo a medida que crecía su angustia, el dolor y la desesperación que se alojaban en su pecho como una

pesada carga.

—No puedes dejarme sola —farfulló doblándose sobre sí misma—. No quiero estar sola, Eidryen, no quiero...

El Libre Albedrío empezó a crepitar a su alrededor azotando las desnudas paredes de cavernoso pasillo del que arrancó algunas astillas que volaban de un lado a otro con mortal puntería. Los dos encapuchados observaron aquel fenómeno y finalmente a ella, casi de forma imperceptible intercambiaron una rápida mirada antes de avanzar hacia ella y al tiempo que descubrían sus rostros. Un cabello rubio tan claro que podía pasar por blanco enmarcaba el dulce rostro de duendecillo de una mujer, sus delicadas manos surgieron desde debajo de las mangas de la túnica mientras se movía en su dirección con aquel largo y fino cabello ondeando tras ella. Estaba dispuesta a darle consuelo cuando la mano de su compañero cubrió la suya y la retuvo un instante antes de que la posara sobre el hombro de la muchacha, unos ojos negros totalmente opuestos a los suyos destacaban en unas facciones duras y enmarcadas por un alborotado cabello negro. Él se limitó a negar con la cabeza antes de volver a bajar la mirada hacia la sollozante chica. Tiró de su compañera y ambos permanecieron de pie, contemplando el consumible dolor que la envolvía y que avivaba su poder.

El tiempo pasó lentamente mientras permanecían como mudos guardianes ante ella, al final las lágrimas se secaron y sólo quedó un hipido.

—Debes continuar.

Ella dio un respingo cuando escuchó el tono musical de aquella voz rompiendo el silencio, aunque más que una voz era como si un coro de ellas entonaran al mismo tiempo las mismas palabras.

—Ninguna intervención —oyó de nuevo, esta vez el timbre era más oscuro, masculino pero poseía la misma cadencia coral.

Se giró a tiempo para ver como la mujer asentía sin mirarle pues sus ojos de un clarísimo azul estaban puestos sobre ella.

—El destino ya ha sido escrito... no existe otro camino, no hay regreso solo

avance —continuó—. Recuerda tu promesa, Libre Albedrío. Sigue adelante...

—Y no te rindas —musitó ella recordando aquellas palabras exactas—. Sigue adelante sin rendirte, no importa que tan oscuro sea el camino, encontrarás la luz al final.

Cerró los ojos y aspiró por primera vez con decisión, si se concentraba podía recordar aquellas palabras pronunciadas por su voz, susurradas a su oído mientras le arrancaba la última promesa antes de entregarla al sueño de los eternos. Una promesa que estaba obligada a cumplir.

Sus ojos se abrieron de golpe, un par de pasos por delante de ella esperaban sus dos acompañantes cubiertos una vez más con las capuchas.

—No me rendiré —repitió en voz alta lo que su mente repetía como una letanía—, todavía no ha llegado ese momento.

Respiró profundamente y envió una silenciosa plegaria para que le diese la fuerza necesaria para mantener su palabra, no permitiría que aquello por lo que él tanto había luchado se perdiese ahora.

“No te rindas nunca, Dreamara, al final obtendrás tu libertad”.

Las voces se elevaban en una ruidosa cacofonía en la enorme sala, parecía imposible poder distinguir que conversaban unos y que comentaban otros pero a la luz de los últimos acontecimientos, John sabía que el único tema de interés se centraría en el despertar del Libre Albedrío. Eran muy pocos los que realmente recordaban que hubiese existido tal poder, o más bien, que hubiese existido algo o alguien que fuera portador de tan voluble existencia. El Libre Albedrío era eterno, el último poder de decisión que dotaba a todo ser vivo de la posibilidad de una elección propia, contrariando incluso lo que estuviese marcado por el Destino. Muchos de los que allí presentes sólo habían venido movidos por la curiosidad, para alguien cuya vida se acercaba a la inmortalidad el paso del tiempo podía resultar realmente monótono hasta el punto de hacerse mortalmente aburrido. Y los dioses llevaban existiendo desde el principio de los tiempos, daba igual cuantos nombres tuviesen, con quien se les vinculara o a qué o quién obedeciese sus lealtades, al final del día no eran sino hombres y mujeres, quizás con más poder, pero en esencia las

mismas criaturas con las mismas leyes universales. El hecho de ver a tantos de ellos allí reunidos obedecía a algo tan humano como la curiosidad, después de todo, el nacimiento de uno de los mayores poderes de la Fuente Universal no era algo que se viese todos los días.

El tema principal de la velada prometía ser pues el despertar de aquella criatura, un alma arrancada de su verdadero dueño y moldeada en un cuerpo de mujer, una hembra que hoy por hoy poseía uno de los mayores poderes del universo; Y que prometía ser una posible amenaza fuera de control.

—No puedo creer que haya ocurrido realmente —murmuró alguno de los hombres que formaban parte de un corrillo a un lado de la sala.

—Pensaba que había sido juzgada junto con esos dos renegados —Aquella segunda voz sonó exaltada e incrédula.

—Ya ves que no —respondió ahora una mujer mientras recorría la amplia sala con la mirada—. Muy al contrario, la desaparición de esos dos ha provocado el nacimiento de este imprevisible poder.

—Sabemos que debe preservarse el equilibrio —aceptó el que había hablado en primer lugar—. Quitamos, para luego dar. Siempre equilibrio, pero esto... es demasiado peligroso.

—Hay que hacer algo —asintió el segundo en romper aquel silencio.

—Sí, pero qué.

—Habría que volver a encerrarla —insistió la mujer—. Me aterra pensar en los desastres que ocurrirían si se le permite vagar por el mundo como si nada.

—Es un peligro para todos nosotros.

Pensamientos como aquellos recorrían la sala de un extremo a otro, en los escasos minutos que llevaba allí había escuchado facciones dedicadas a ambos bandos, desde las típicas acusaciones sin base que esgrimían aquellos que solamente buscaban notoriedad, hasta los que defendían la causa de la mujer y la convertían en el trágico desenlace de algo que salió mal.

Su mirada azul sobrevoló a los dos hombres y a la mujer que escuchó debatir e hizo que esos murmullos cesaran de repente sustituidos por avergonzados rostros y ojos que bajaban hacia el suelo. Aquella era una reacción natural a su presencia, la cual no prodigaba demasiado en esta clase de eventos. Como una autoridad en sí mismo, prefería vivir según sus propias pautas y el socializar no estaba en su agenda. Se movía con la sensualidad propia de un cazador, deslizándose entre la gente sin prestar realmente atención a nadie y viéndolo todo.

—Debería haber muerto con él, ella es la única responsable de todo lo ocurrido con ese asunto. —Hubo un nuevo murmullo procedente desde el otro lado de la sala.

Volvió la mirada hacia el punto en el que oyó aquella declaración. Las palabras sonaron insidiosas en sus oídos, no fueron pronunciadas en voz alta pero no hacía falta que lo fuesen para contener tal carga de odio y rencor. Si bien no contaba con la empatía de su hermano, sus instintos despertaron por sí solos al reconocer al hombre que las pronunció.

—Tarsis. —Aquel era sin duda el principal interesado en la desaparición de la muchacha.

Los dioses llegaban a ser transparentes la mayoría de las veces, lo cual facilitaba mucho el trabajo para los que encargaban de su vigilancia o en la mayoría de los casos, de su caza; Los Guardianes Universales. El nombre era un mero tecnicismo a la hora de dar una descripción sobre su identidad, eran hombres y mujeres subordinados a la Ley Universal, individuos cada cual más poderoso, obligados por sangre y honor a preservar y guardar las leyes que los regían a todos por igual. La última línea de defensa en un mundo cuyos habitantes se dedicaban desde el inicio de los tiempos a guerrear unos contra otros buscando la supremacía de la raza y la imposición de su poder. En el universo debía existir un equilibrio, un balance, pero el conseguirlo era lo más difícil. Ser uno de ellos era una existencia vacía, solitaria, vivían tantas vidas que era inevitable que llegase un momento en que la monotonía y el tedio cayesen con todo su peso acercándolos al límite. El permanecer cuerdo, era todo un lujo, quizás por eso todos estuvieran un poco más allá de la línea. Él no era inmune a la locura pero se llevaba bien con su solitaria existencia, la cual solamente era puesta en peligro por su Juez Supremo.

— ¿John? —lo llamó una voz femenina a sus espaldas.

Con su pasado metro ochenta y tres no se lo consideraba un hombre bajo, así que el encontrarse con una mujer que lo mirase directamente a los ojos era un lujo. Si esa mujer era además una de ellos, el lujo se convertía en un infierno. Uras era la única mujer en el cerrado círculo de los Guardianes. Alta, con una larga melena marrón y leonada, se inclinaba por vestir con el atuendo propio de las viejas películas de Hollywood. Su favorita era Casablanca y a menudo se la veía con aquellos trapos. Sus ojos verdes brillaban con inteligencia tras unas adorables gafas de Ralph Lauren que aportaban un look intelectual al conjunto; Una fachada que ocultaba su verdadera esencia de zorra inmortal.

—No recuerdo que hayan convocado un cataclismo —la recibió sin ocultar la poca gracia que le hacía verla allí—. Ha empezado el Apocalipsis y se te ha olvidado decírnoslo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Imagino que al igual que a ti me atrae el morbo de las catástrofes y ésta parece ser de proporciones bíblicas —aseguró y se tomó su tiempo en contemplar la sala—. El juez no ha sentido tanta curiosidad, ¿um?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Ya lo conoces. Para que molestarse si antes de que acabe el día estará incluso más informado que tú y yo juntos.

Ella suspiró.

—Una lástima... —murmuró volviendo su mirada sobre los presentes—. Son igual que perros de presa desesperados por echarle el diente al pobre conejo, ¿no crees?

La mujer sacudió su melena sobre el hombro estirándose sobre sus ya de por sí altísimos tacones mientras paseaba la mirada de un lado a otro hasta encontrar algo que captó su atención.

—Tarsis está haciendo un fantástico trabajo para llamar la atención —comentó

observando el despliegue del dios.

Él siguió la dirección de su mirada.

—Su determinación solamente es superada por su odio. Y parece haber contagiado a los demás. Hace más daño con sus palabras que con sus actos o la falta de ellos —apreció mientras surfeaba con la mirada sobre la marea de gente hasta dar con el grupo. Sabía que ella tenía razón, el dios no había vacilado en sacar provecho del miedo y las inseguridades de los asistentes ante el problema que se les presentaba. Sólo hacía falta una manzana podrida para infectar toda la cesta.

John había conocido los dos dioses extintos, sus caminos se habían cruzado en alguna que otra ocasión. Eidryen había sido uno de los pocos hombres justos y decentes que caminaban sobre la tierra, un dios con un poder que hacía mofa de los de muchos de sus congéneres y sin embargo, jamás lo usó en contra de otro ser vivo. Si cometió un error o traicionó a su gente de algún modo, lo pagó con creces al entregarse el mismo a la justicia definitiva, pero la chica... él la había protegido hasta el final por lo que no podía tratarse de una verdadera amenaza.

— ¿Piensas que se limitará solo a eso?

No, no lo pensaba. Tarsis buscaba algo más, su presencia allí así lo demostraba, el qué, todavía no lo sabía.

—No —respondió clavando su mirada en aquel que levantaba sus sospechas.

Ella chasqueó la lengua y sacudió su larga melena.

—Tú siempre tan elocuente —rezongó y puso los ojos en blanco.

Una vez más dejó pasar su comentario.

—No entiendo a qué viene esta animosidad hacia una criatura que ha estado encerrada toda su vida. —Aquella era una pregunta que sabía necesitaba respuesta.

Y ella se encargó de dársela.

—Acabas de decirlo tú, John. La palabra clave aquí es “ha estado” —le dijo sin apartar la mirada de los miembros que ocupaban aquella sala—. La entidad que ha despertado ya no es la misma que ha dormido el Sueño de los Eternos durante los últimos siglos, la una vez conocida como El Alma Maldita dejó de existir en el mismo momento que lo hizo el dios a partir del cual fue creada y como debe mantenerse el equilibrio, en su lugar nació lo que todos tanto temen; el Libre Albedrío. Es a ese poder al que deberían temer no a la criatura que lo porta. Un poder equiparable al de nuestro querido Juez.

Se volvió hacia él con una adorable sonrisa y un brillo de anhelo nada disimulado en sus ojos.

— ¿Y cuándo tiene pensado dejar su aislamiento y unirse al mundo de los vivos?

La respuesta surgió automáticamente.

—Posiblemente el mismo día en el que tú dejes de respirar —le dijo con total ironía. El Juez apenas soportaba la presencia de la mujer. Parecía increíble que hubiese existido un momento en el que fueron inseparables.

Ella puso los ojos en blanco y resopló con teatralidad.

—Algún día tendrá que dejar su obstinación a un lado y ver las cosas como son realmente.

Su gesto lo decía todo.

—Pensé que eso ya te habías encargado de enseñárselo tú hace tiempo, querida.

La mujer se quedó sin palabras, no había manera de que pudiera responder a eso, no sin entrar nuevamente en una batalla de voluntades de la que sabía no saldría inmune.

—No puedo cambiar el pasado, John.

—No. En eso tienes razón —aceptó él—. Pero puedes hacer el presente y el

futuro mucho más llevadero con tu ausencia.

Ella hizo un coqueto puchero y volvió a darle la espalda poco dispuesta a dejar que arruinara el día con sus comentarios. Su mirada vagó nuevamente por la sala hasta detenerse en una de las esquinas más alejadas situada cerca de la puerta principal y envuelta en la penumbra de las luces que se derramaban de las lámparas colocadas estratégicamente

—Vaya, esto no lo había esperado. —La curiosidad y sorpresa en su voz atrajo su atención sobre el recién llegado quien parecía aguardar tranquilamente junto a la puerta.

Su ceño se hizo más y más profundo mientras lo contemplaba. Allí, con aire ausente y a pesar de ello todo un ejemplo de peligrosidad y problemas, se encontraba el Dios de las Almas.

—Parece que los equipos acaban de equilibrarse —comentó ella con una amplia sonrisa—. ¿Nos unimos a uno o permanecemos neutrales?

Su bajo gruñido de respuesta arrancó una risita a la mujer.

Seybin sentía una ligera inclinación, que rayaba la obsesión, por los desafíos. Ya fuese debido a la monotonía de su trabajo o a su vacía existencia como Señor de las Almas, encontraba cierto deleite en la lucha que suponía el conseguir salir victorioso de un desafío. Y cuanto más imposible resultaba alcanzar la meta, más disfrutaba él de retorcer las cosas. Pero su actual presencia en aquella sala obedecía a otros propósitos, no es que no estuviese interesado en aquel nuevo desafío, pero por encima de todo tenía una promesa que cumplir. Sabía que aquella panda de viejos que regían sus inmortales vidas se alzaría contra cualquiera que amenazase su liderazgo, más aún si ese alguien era él. Pero, ¿qué era la vida si no una gran ruleta de apuestas?

Los cuatro Ancianos ocupaban ya su lugar en la enorme plataforma que los mantenía varios centímetros por encima del resto, había cierta ironía en ver a aquellos dioses amoldándose a las directrices humanas, tomando como modelo su estado judicial como lo indicaban las togas con puños bordados tras las que se ocultaban cuando en realidad no podía importarles menos el destino que los aguardaba. La sala estaba completamente llena, algunos

movidos por la curiosidad, otros por el temor irracional, pero todos terminaron reuniéndose como un rebaño de ovejas bajo las órdenes de un experimentado pastor. Las conversaciones se confundían unas con otras, los más exaltados lanzaban acusaciones entre sí e incluso hubo algún momento en el que pareció que fuesen a llegar a las manos.

Seybin hizo un rápido recuento mental y tomó nota de los asistentes al pleno, no le gustaban las sorpresas y para que su plan diese resultado debía contar con la gente exacta y evitar las interferencias. Le sorprendió descubrir entre la multitud a dos de los Guardianes, no era muy frecuente ver a más de uno de ellos en esta clase de eventos, pero claro, no todos los días se anunciaba el fin del mundo. Su presencia podría muy bien jugar a su favor, tendría que mover los hilos con mucho cuidado.

Uno de los Ancianos, el único que llevaba la estúpida peluca blanca, bajó el mazo sobre el atril levantando un fuerte estruendo con el que intentaba aplacar las cada vez más exaltadas voces que se confundían entre los diferentes corrillos que se acusaban unos a otros.

— ¡Orden! ¡Orden! —clamó y golpeó repetidamente la base con el mazo.

En lugar de calmarse, las voces aumentaron de intensidad.

— ¡Ella es un peligro! —clamaba una mujer, su rostro rojo del esfuerzo.

— ¡Debe ser destruida! —la secundó su compañera, algo más baja que ella y con un tono de cabello moreno.

Aquella mano ajada se cerró con más fuerza alrededor del mango.

—Sólo lo diré una vez más, quien no sea capaz de guardar silencio, que salga de la sala —ordenó con un último golpe de la maza.

El tumulto de voces se redujo hasta convertirse en un bajo murmullo. No había muchos que pudieran alardear de llevarle la contraria a uno de los Ancianos, no si querían mantener la cabeza sobre los hombros.

—Estamos aquí para debatir sobre el reciente problema que se ha cernido

sobre nosotros. Dos de los dioses primigenios han decidido continuar hacia el otro lado y con su desaparición, el Alma Maldita _quien permanecía sumida en el sueño de los eternos_, ha despertado. Pero eso es solo un hecho secundario ante lo que hoy nos ocupa ya que el ente que ha despertado a la vida ha traído consigo la unión de los dos dioses que nos han dejado, por primera vez desde que el universo se creó, el Libre Albedrío ha tomado forma y ostenta la voluntad del universo, así como el universo se hará eco de su voluntad.

Ante las palabras del Anciano los presentes volvieron a estallar en gritos horrorizados y se alzaron nuevas peticiones de encierro y destrucción.

— ¡Orden! —volvió a clamar y golpeó con más fuerza aún la base con el mazo. En cualquier momento, saltarían los pedazos.

Chasqueó la lengua lo suficientemente alto como para atraer la atención de algunos. El grupo más cercano a su posición empezó a alejarse en cuanto descubrió su presencia, los gritos se apagaban a medida que se acercaba al estrado, los asistentes empezaron a separarse como si se tratase de las aguas de un gran océano formando un estrecho pasillo. Para cuando alcanzó los pies del módulo en el que estaban los cuatro dirigentes, se había hecho un completo silencio; Adoraba que la gente hiciera eso.

El anciano que había estado blandiendo el mazo, se levantó de la silla en la que estaba y se dirigió a él.

— ¿Qué te trae ante este tribunal, Seybin?

Fijó la mirada durante un instante en el hombre, entonces la paseó sobre los otros tres. Tal parecía que tenía su total atención.

— ¿Cuál es el motivo de vuestra presencia en esta asamblea, Señor de las Almas? —lo increpó otro de los Ancianos, a todas luces le molestaba su presencia allí.

Sus labios se estiraron en una irónica sonrisa, ignoró con total premeditación al hombre y se dirigió al primero que lo había interpelado.

—Diría que lamento la interrupción, pero lo cierto es que no lo hago en absoluto —confesó, no tenía caso andarse por las ramas—. A decir verdad, creo que he llegado en el momento adecuado puesto que el motivo de esta asamblea me compete a mí en su mayor parte —declaró e inmediatamente descartó cualquier posible réplica con un gesto de la mano—. La Alma Maldita está bajo mi custodia. Es mi privilegio y mi deber decidir sobre su vida o su muerte y en estos instantes la verdad es que no encuentro motivos para hacerla volar del mapa...

Un sordo murmullo se extendió entre los asistentes.

—Ella se convirtió en un peligro para todos desde el mismo instante de su despertar. —La voz de Tarsis se alzó por encima de las demás, alta y clara. Moreno y un poco más bajo que él mismo, el dios poseía un aura de malevolencia que chocaba directamente con su poder. Nunca le gustó demasiado ese mentecato y su insistencia por destruir al alma de Eidryen sólo aumentaba su disgusto hacia él. El hombre insistía en su argumento con una intensidad inusual—. El Libre Albedrío mora ahora en su interior, un poder demasiado inestable y peligroso para una neófita como ella.

Él lo ignoró deliberadamente mientras hacía su propio camino hacia el estrado, su mirada se encontró en cambio con la de uno de los dos guardianes; John Kelly. El hombre arqueó una de sus cejas trigueñas ante su muda pregunta, sonriendo ligeramente se volvió de nuevo hacia Tarsis.

—Ella es la misma esencia del Libre Albedrío, acabas de decirlo pero, ¿puede tu cerebro procesar la información que eso conlleva? —espetó con una buena carga de ironía en la voz—. El libre poder de decisión del universo descansa ahora en sus manos, puedo hacerme una ligera idea de lo que eso significa, ¿puedes tú? Si ese poder quedase en libertad y sin freno... Quizás fuese divertida una demostración... Venga, va, matémosla y contemplemos como nos vamos todos a la mierda.

El hombre abrió la boca para refutar sus palabras pero volvió a cerrarla al no encontrar una respuesta adecuada. En sus ojos relució un intenso brillo de odio el cual se esfumó casi tan rápido como había venido.

Satisfecho consigo mismo se volvió ahora hacia el tribunal.

—Eso pensaba.

Uno de los Ancianos se inclinó sobre el estrado atrayendo su atención. Larios, el segundo de los Ancianos del Consejo era todo lo contrario a sus hermanos. El más joven en apariencia era también el más impulsivo a la hora de tomar decisiones, dejándose influenciar demasiado por las primeras impresiones.

—Reconozco que quieras ostentar tu autoridad sobre la Alma Maldita, Seybin —rezongó él con la suficiencia que solo da el poder—. Nadie mejor que el Señor de Las Almas para dar cuenta de esta delicada circunstancia, pero Tarsis tiene razón en sus argumentos, no veo como bajo tu protección se desvanecerá el peligro que supone para todos nosotros.

Asintió con una leve caída de la cabeza. Ancianos, siempre tan previsibles.

—No desaparece, es cierto —corroboró sus palabras mientras los recorría a todos y cada uno de ellos con la mirada—. Y por ello estoy ahora aquí en vez de sentado en mi cómoda oficina, para hacer una petición formal ante el Consejo.

Los Ancianos se miraron entre sí, finalmente fue Aristes quien le pidió que continuara con un gesto de la mano.

—El Dios de las Almas haciendo una petición formal ante el Consejo —repitió como si fuese algo difícil de creer—. ¿Qué será lo siguiente?

Su sonrisa aumentó.

—Bien, soy de la opinión que todo ser al que se le acuse de algo, tiene pleno derecho a estar presente para escuchar o recibir tales alegatos —aprovechó el inciso hecho por el Anciano para llevar la conversación hacia su terreno.

El hombre arqueó una de sus canosas cejas lo contempló con visible intriga, de los cuatro Aristes era sin duda el más peligroso de ellos, pero también el más razonable.

—Admiraría tu proceder si realmente tuvieses uno —le dijo al tiempo que se levantaba de su asiento y le invitaba con un gesto de la mano a girarse hacia la

puerta—. Pero puedo apreciar una buena sugerencia, cuando la veo.

No se le escapó la ironía en la voz del Anciano pero la pasó por alto, su cálida mirada marrón dorada se volvió hacia las puertas las cuales se abrieron revelando la figura de una mujer vestida con una túnica bordada en tonos blancos y negros, el largo cabello rubio caía en ondas por su espalda y se balanceaba al compás de sus pasos. Frágil y serena, la actual dueña del Libre Albedrío hizo al fin su entrada.

La vio hacer un rápido barrido de la sala, sabía que aquella era la primera vez que la veía desde el interior; La última vez que estuvo en una tesitura él no le permitió traspasar las puertas. Podía imaginar lo que veía, aquella sala circular de altas paredes que terminaban soportando una cúpula de cristales de colores en la que se adivinaba la figura de una mujer portando una espada en una mano y la balanza de la justicia en la otra. En el atrio principal, tres hombres vestidos con túnica, uno de ellos ostentando una peluca blanca, a su alrededor, abriéndose en abanico, una muchedumbre abrumada y también aterrada por su presencia, y allí frente a ella, dos seres cuyas intenciones no eran claras para ella.

Su mirada se cruzó con la de él durante un breve instante, entonces se giró sin duda atraída por la intensidad de los poderes de los guardianes. Vio el rápido intercambio que mantuvo con Uras, las dos mujeres parecían medirse la una a la otra, curiosidad por un lado e incertidumbre y temor por otro.

—Bienvenida a la Sede del Consejo, Libre Albedrío.

La potente voz masculina procedente del otro lado de la sala captó nuevamente su atención rompiendo el hechizo entre las mujeres e hizo que ella se dirigiese ahora hacia el grueso del Consejo.

— ¿Entiendes el motivo de que se te haya reclamado en este momento y lugar?

Ella no dio ni un paso, su mirada deambuló por el atril deteniéndose brevemente en cada uno de los Ancianos para luego volverse hacia los dos hombres que tenía más próximos. Al encontrarse una vez con su mirada, la saludó con una ligera inclinación de cabeza. Pudo ver el reconocimiento en sus ojos y durante un instante la vio vacilar, pero se repuso nuevamente y

volvió a prestar atención al hombre que acababa de dirigirse a ella.

—Entiendo que se me ha llamado a esta sala como a otros antes que a mí para someterme a una justicia que quita la vida a inocentes y deja en libertad a sus demonios.

Hubo un ahogado jadeo ante su respuesta. Él parecía ser el único en encontrarlo divertido, pese a ello se limitó a volverse hacia el tribunal y seguir adelante con sus planes mientras algunos de los asistentes empezaban ya a despotricar por las recientes palabras de la muchacha.

—Cómo se atreve... —se oyó a un hombre.

—Injuria a nuestros mayores... —clamó una mujer.

El mazo de Aristes volvió a golpear sobre la base de madera llamando la atención de los presentes.

—¡¡Orden!! ¡Orden!

Aquella fue todo lo que necesitó para poner en escena su propia obra. Girándose hacia los Ancianos, compuso su expresión más petulante y habló con su habitual displicencia.

— ¿Debo entender con esta inesperada “presentación” que os habéis tomado la molestia de entrar donde nada se os ha perdido, donde no se os ha llamado, cuando nadie os ha invitado, a perturbar no sólo la paz de mi hogar, sino a robar lo que es mío?

El hombre no pudo responder pues la voz de Tarsis irrumpió una vez más en la sala.

— ¡Ella no te pertenece!

Se giró hacia él con una mirada petulante.

—Está bajo mi protección, como lo ha estado desde el mismo momento en que el alma que creó su vida, se hizo carne —declaró, sus ojos llameaban con la intensidad de su poder—. Habéis sido vosotros los que habéis osado cruzar la

línea...

Otro de los ancianos, aquel que hasta el momento había permanecido en silencio se incorporó de su asiento.

—Te pido disculpas por haber procedido de tal manera, Seybin, pero la gravedad de los hechos exigían rapidez —intervino Orest, su voz calmada al igual que sus maneras.

Él sonrió con ironía.

— ¿Gravedad de los hechos? ¿Consideras un acto de gravedad el despertar de esta niña? —Su tono bajó varias octavas y vibraba con inhumano poder—. Os habéis extralimitado, Ancianos, nadie entra en mis dominios y se va de rositas.

Aristes decidió dejar entonces su lugar, rodeó el atrio y descendió lentamente los tres escalones que lo separaban de los asistentes a aquella charada. El Anciano era realmente alto y bajo aquella túnica podía distinguirse un cuerpo joven y musculoso, en total contraste con la edad reflejada en su semblante.

—Me disculpo por nuestros métodos, Señor de las Almas. —Le ofreció una disculpa y finalmente se volvió para mirar a la muchacha—. Los recientes acontecimientos están más allá del poder de los aquí presentes. La Alma Maldita ha accedido a asistir a esta sesión por propia voluntad.

Ella alzó la barbilla y se volvió hacia él con un ligero asentimiento.

—Está diciendo la verdad —le confirmó ella.

Su mirada voló de nuevo hacia el hombre.

—No buscamos transgredir las leyes, Seybin, nuestra única misión es mantener el equilibrio.

Él indicó entonces a la mujer a su lado.

—Un equilibrio que se mantiene gracias a ella —le recordó, su mirada ahora fija en el Anciano—. Ella es la única clave de nuestra supervivencia. El Libre Albedrío ha sido puesto en el mundo por una razón, no puedes destruirla sin

que eso traiga consecuencias sobre nosotros y sobre toda la humanidad.

Un bufido precedió las palabras de Tarsis.

—Un equilibrio que también puede destruirse por su causa. —Su mirada se clavó con abierta animosidad sobre la muchacha—. Como ya fueron destruidos los dioses por los que ha intercambiado su vida.

Las palabras se hundieron cual certero cuchillo en el corazón de la muchacha, el cambio en su aura hizo que su poder fluctuase notándose una leve corriente en la sala, como si alguien hubiese abierto una ventana. Ninguno de los presentes pareció ser consciente de esa vacilación de poder, a excepción de John. Su mirada se posó sobre la de la chica, podía sentir su propio poder respondiendo al de ella sin que esta hiciese nada para provocarlo.

—No tiene control sobre el Libre Albedrío —murmuró en voz baja. Su comentario era sólo para Uras.

—Ahora no —le respondió en el mismo tono de murmullo, su voz más tensa de lo normal—. Pero llegará el momento en que lo tenga, y cuando eso suceda... será el final de nuestro mundo.

Se volvió de golpe hacia ella.

“Qué has visto”. Proyectó su pensamiento hacia ella.

“Nada concreto. Sólo ha sido una ráfaga, más sensación que visión”. Sacudió la cabeza mentalmente. *“Lo que sí puedo decir con seguridad es que está fragmentada, el dolor es casi tan fuerte como la soledad que intuyo en su interior. Está herida... y no estoy segura de que sea capaz de sanar. Algo en todo esto no está bien John, temo que vaya a traer consigo un cambio que ninguno estemos dispuestos a enfrentar”*.

Volvió la mirada hacia la chica quien bajó la suya a sus manos en las cuales podía apreciarse un ligero temblor que apenas podía disimular en el resto de su cuerpo.

—Entonces sí es peligrosa —murmuró para sí.

Ella se lamió los labios.

—Tanto como podría serlo alguien como ella en su actual estado.

A Seybin no se le escapó el intercambio de los Guardianes, al igual que ellos había notado la vacilación en la muchacha, el preciso instante en que las palabras de aquella oscura sanguijuela la atravesaron e hicieron mella en ella y como el indisciplinado y joven a la par que anciano poder que ahora albergaba se revolvía inquieto, deseoso de castigar a aquel que la había herido.

—Su presencia aquí, es el motivo de que todavía estemos vivos —se apresuró a volver a recoger la pelota para mantenerla en su campo—. Pero adelante, matémosla y veamos cómo nos vamos todos a la mierda. El Libre Albedrío debe ser preservado pase lo que pase, no podemos permitirnos una pérdida semejante.

El Anciano asintió en respuesta.

—Hay sabiduría en las palabras del Dios de las Almas.

Le miró con ironía.

— ¿Esperabas otra cosa?

Aristes ignoró su respuesta.

—No podemos permitirnos perder el control sobre tal poder y con toda seguridad, eso es lo que desencadenaría su exterminio.

La aludida arqueó una ceja ante tal declaración.

—Tienen el mal hábito de hablar de matar a alguien delante de sus propias narices, querida. Ve acostumbrándote —le dijo posando suavemente la mano sobre su hombro—. Es la naturaleza de los dioses, pisarnos unos a otros los intestinos.

Ella miró su mano y finalmente a él.

—Yo no soy una diosa.

Él puso los ojos en blanco.

—Alégrate por ello —aseguró moviéndose hacia el Anciano Larios—. Una situación espinosa, ¿uh?

El hombre entrecerró los ojos.

— ¿Qué estás buscando con todo esto Seybin?

Se encogió de hombros.

—Justicia... —aseguró y echó un vistazo a toda la sala—. La única justicia que será acatada por todos sin poner peros y sin cuestionar su decisión.

Tarsis miró al dios entrecerrando los ojos.

— ¿Qué sugieres?

Su mirada cayó entonces sobre la muchacha quien le dedicó una ligera inclinación de respeto; Ah, inteligencia además de hermosura, que extraña combinación.

—A la vista de los acontecimientos, solicito al Consejo que el Alma Maldita, la cual responde al nombre de Dreamara —puntualizó mirándola a ella y después a los Ancianos—, sea sometida a la Ley Universal. Que sea nuestra única y definitiva ley quien considere si es un peligro para todos nosotros o puede seguir adelante con su vida del modo que elija.

Un coro de murmullos se elevó en la sala y creció en intensidad cuando comprendieron su petición. Con satisfacción comprobó lo que sus palabras crearon entre los asistentes, Tarsis se había quedado mudo, su mirada de completo asombro alternaba de él a los Ancianos.

Aristes lo miró con la misma estupefacción que el resto de los ancianos.

— ¿Estás pidiendo un *Antiquerum*? —Las palabras del guardián resumieron lo que había perseguido desde el principio.

—Estamos hablando del Libre Albedrío —asintió con un leve asentimiento—. Ella es parte del universo, únicamente nuestro Juez podría encontrar la respuesta.

El Anciano buscó su mirada, tenía que darle crédito, el hombre lo conocía bastante bien.

—Su palabra y poder son Ley por derecho —le recordó Aristes—. ¿Entiendes lo que eso significa?

Asintió.

—Lo entiendo —respondió y dejó caer su voz una octava. Sabía perfectamente que lo que declarara el Juez sería como si hubiese sido ordenado por el mismísimo universo. Su palabra era la única ley a la que realmente se doblegaban los dioses, su veredicto sería el único que realmente fuera valedero para ellos. Su mirada buscó nuevamente la de la muchacha quien lo miraba como si hubiese perdido la cabeza—. Lo entiendo.

Eidryen, espero que sepas lo que estamos haciendo. Murmuró más allá de los oídos de los mortales.

Aristes lo miró fijamente durante unos instantes, como si intentase sondear en lo más profundo de su alma, entonces asintió y su mirada voló rauda hacia Tarsis.

—El Señor de las Almas ha pedido El Juicio Universal para la Alma Maldita, ¿estás de acuerdo con su petición, Tarsis?

El dios pareció vacilar al principio, él fue el que había hostigado aquella campaña en contra de la mujer y el que pidiese la intervención del Juez Universal parecía ir en contra de sus propios intereses. El Juez no haría otra cosa que condenar a esa estúpida mujer, al igual que había hecho con su amante. No había garantía de que saliese libre. ¿A qué estaba jugando el Señor de las Almas?

—Estoy de acuerdo —respondió finalmente.

El Anciano asintió satisfecho, volvió su mirada hacia la mujer que permanecía silenciosa entre ellos mientras otros debatían sobre su vida.

—Solamente la Ley de la misma Fuente Primigenia de la que todos venimos podría llegar a pronunciar un edicto sobre el camino que debes seguir, Libre Albedrío —proclamó—. El Alma Maldita será sometida al *Antiquerum*.

Alguien golpeó la maza desde el atril dando por zanjada aquella reunión, pero fue la voz de la muchacha el que lo hizo consciente del resultado de la misma.

—Si tu intención era devolverme a donde me encontraste, no necesitabas hacer tal presentación, Seybin —murmuró ella con los ojos clavados en él—. Acabas de servirme en bandeja de plata a un asesino...

Negó con la cabeza.

—El Juez...

Ella no le permitió continuar.

— ¡Ese hombre no es un juez! ¡Es un despiadado asesino! —clamó lo suficientemente alto para que los pequeños grupos que se habían formado a su alrededor se volviesen hacia ella con temor—. No tuvo ni la más mínima piedad con Eidryen o Elora.

Aquello era algo que no podía refutar, pero tampoco pensaba entrar en detalles.

—Ese juez, es la única maldita oportunidad que tienes de salir de una pieza de este lugar —le respondió igualando su fiereza. Por algún motivo, aquella pequeña alma siempre sacaba su lado más oscuro en su afán por protegerla y maldita fuera que iba a hacerlo ahora—. ¿Pensaste por un único instante que cualquiera de estos —señaló a los grupos de gente que todavía permanecían en la sala—, se molestarían en escuchar algo que salga de tus labios? ¿Qué perdonarían el hecho de que te conviertas en uno de los poderes más fieros del Universo cuando amenazas su existencia? Lo más seguro es que acabases por encontrarte con un cuchillo cercenando tu bonita garganta nada más dejar esta sala, Dreamara.

Se obligó a respirar profundamente y calmarse.

—Es hora de abandonar la ingenuidad, Dreamara —continuó—. El mundo ha cambiado mientras dormías plácidamente, se ha oscurecido y recrudecido mientras tú eras protegida, aquí, sólo los fuertes sobreviven.

Ella apretó los labios pero no retrocedió ni un solo paso.

—Yo no pedí venir a este mundo, Seybin —declaró sin apartar la mirada—. Y maldita sea si tengo interés en lo que suceda en él.

Dicho eso, echó un último vistazo a su alrededor y miró a la gente que la despreciaba, a los dioses que se creían superiores a cualquier otro ser, deteniéndose sobre los dos Guardianes que la miraban con intensidad. Entonces dio media vuelta y se alejó en dirección a la puerta.

Él sonrió para sí. Prefería ver ese fuego en sus ojos, que el dolor que malamente podía esconder. Con un movimiento de su mano convocó a uno de sus subordinados. Una figura fantasmal, más niebla que carne se materializó al lado de la puerta, inclinándose ante la muchacha.

—Acompaña al Libre Albedrío a casa —le ordenó.

Ella se giró hacia él, lo justo para mirarle por encima del hombro.

—Mi nombre es Dryah, deja de referirte a mí como Libre Albedrío —le dijo ella. Entonces dio media vuelta y siguió a la fantasmal figura.

La contempló hasta que desapareció de la sala y sólo entonces se volvió hacia los dos Guardianes. La chica todavía miraba hacia la puerta por donde había salido el alma, pero la mirada de John estaba sobre él.

—Interesante manera de defender a alguien —le dijo John cuando se reunió con ellos—. ¿Y quieres que el Juez la evalúe, cuando acaba de gritar a los cuatro vientos que es un asesino? Tuviste suerte de que no decidiera sacarla yo mismo de su error y mostrarle quien es realmente el asesino.

Guardianes, pensó poniendo los ojos en blanco.

— ¿Acaso puedes culparla? —le respondió—. La arrancaron de todo lo que conocía en un solo momento y la única persona responsable para ella es tu Juez.

Ahora fue el turno del Guardián de fruncir el ceño.

—Ese maldito juicio no fue fácil para nadie —gruñó—. Ni siquiera para él.

En eso tenía que estar de acuerdo con él.

—Ahorrémonos el echarnos la culpa unos a otros —concluyó—. La verdad detrás de lo ocurrido la saben pocas personas y una nutrida parte de esas ya no están entre nosotros. Y eso es con lo que me quedo. Necesito a alguien objetivo, alguien que muestre la verdad más allá de cualquier consecuencia y Shayler es lo mejor que tenemos para librar a esa niña de un destino peor que la muerte.

John se encogió de hombros y se acercó un poco más, reduciendo la distancia y manteniendo la confidencialidad ante los avizores ojos a su alrededor.

—Tu interés por ella me supera. No es tu hembra, pero a pesar de todo, es importante para ti. Me pregunto por qué.

Bufó, a veces su trabajo resultaba realmente estresante.

—Si estás esperando que diga que es como la hija que nunca tuve y jamás he deseado, pierdes el tiempo. Eso es demasiado incluso para mí. Ni yo miento tan bien. Ella es una molestia la mayoría de las veces pero hay promesas que aunque te quemes en el mismísimo infierno, estás obligado a mantener y esa criatura es una de ellas. Afrontémoslo, las mujeres han sido un incordio desde el principio de los tiempos, incluso después de muertas —llegado a este punto, se volvió a Uras y le hizo un guiño—. No te ofendas, querida.

—No me ofendo, los hombres lo sois estando vivos —contraatacó ella, se echó el pelo por encima del hombro y se volvió coqueta a su compañero—. No olvides lo que te he dicho.

—Como si pudiera hacerlo —murmuró viéndola marchar.

—Y ahí tenemos lo peor de la especie, las que piensan, son hermosas, lo saben y tienen poder suficiente para arrancarte las pelotas o hacerte estallar en pedazos —masculló recreándose en el contoneo de las caderas de la mujer, hasta que ésta levantó una elegante mano alzando el dedo corazón sobre su hombro—. Y ésta tiene particularmente buen oído.

John se limitó a gruñir.

— ¿Qué quieres de mí?

Seybin volvió a centrarse en lo que los ocupaba.

—Que le digas al juez que tiene trabajo —resumió—. Sus habilidades harán de todo esto un juicio justo, independientemente de cuál sea el resultado.

Los ojos azules del guardián lo observaron detenidamente.

— ¿Y si el resultado no es el que esperas?

Seybin esbozó una enigmática sonrisa antes de volverse hacia el guerrero.

—En ese caso, todos estaremos jodidos y dará lo mismo, ¿no?

Negó con la cabeza, el hombre no estaba conforme con aquello.

—No sé qué estás tramando, Seybin, pero al Juez no le gustan las apuestas — le aseguró a modo de advertencia—. Se toma su trabajo muy en serio.

Él asintió.

—En ese caso, esperemos que de lo mejor de sí mismo.

CAPÍTULO 2

El fuerte sonido de la piedra deslizándose sobre el suelo hizo que Seybin dejase la pluma Montblanc nacarada con la que firmaba la pila de documentos que tenía ante él y dirigiese la mirada hacia la puerta. Dos enormes losas revestidas de madera tallada con intrincados símbolos se abrieron hasta quedar totalmente extendidas a los lados en una silenciosa invitación para la muchacha que se encontraba al otro lado. No cabía duda de su poder y de que lo esgrimía sin darse cuenta de ello. Las puertas jamás se abrían sin la expresa petición de su amo y aquí estaban ahora, doblegándose a la voluntad de una sola mujer.

De pie en el umbral, enmarcada por la penumbra que destacaba contra su falda y camiseta blanca, esperaba Dryah. Una mano de dedos largos y piel clara se alzó hacia el rostro para retirar con un hastiado movimiento los mechones desiguales que rozaban su sien. Su larga y ondulada cabellera rubia había desaparecido reemplazada por una media melena de mechones desiguales, como si hubiesen sido cortados en medio de una auténtica guerra. Su rostro una máscara sin expresión, hospedaba los ojos más azules que había en el reino inmortal; nadie tenía ese color ni ese brillo eterno y viejo que los hacía atrayentes a la par que aterradores. Pero en ellos ya no había vida, la alegría y la esperanza que viera en el pasado había desaparecido por completo reemplazada por un eterno dolor y desafío hacia el mundo que la rodeaba.

Cruzó las manos sobre el escritorio y las abrió en un gesto que la invitaba a entrar.

—Interesante corte de pelo. Te da un aspecto muy chic —aseguró contemplando a la chica con ojo crítico—. Pero la ropa lo arruina.

Con un gesto de la mano, el atuendo de la muchacha cambió a unos ajustados jeans negros y una camiseta blanca que ponía en negro “Bad Girl”. Sus ojos quedaron perfilados dándole más profundidad y resaltando su color azul.

—Sí, mucho mejor.

Ella apenas echó un rápido vistazo a su nuevo atuendo, reparando principalmente en las botas negras de tacón que ahora calzaban sus pies. Su mirada vagó hacia él para continuar por la estancia deteniéndose en el fuego que ardía en el hogar, las dos estanterías rebosantes de libros, las imágenes de

los condenados que cubrían el techo y que descendían hasta converger en una antigua lámpara en forma de candelabro donde ardían docenas de velas eran una muestra inequívoca de dónde se encontraba; La morada del Señor de las Almas.

Penetró en la habitación con gesto vacilante, pero no se detuvo hasta encontrarse de pie al otro lado del escritorio de madera maciza que los separaba, su mirada mostraba el mismo desinterés de la suya propia.

— ¿Qué has planeado hacer conmigo, Seybin? Ambos sabemos que no te tomarías tantas molestias con nadie si no hubiese una buena razón para ello.

Se limitó a sonreír mostrando unos blanquísimos y perfectos dientes.

—Mis razones están lejos de ser de tu incumbencia, es de tu vida de lo que deberías preocuparte ya que está a punto de dar un giro infernal de trescientos sesenta grados.

Ella bufó y golpeó el escritorio con la palma de la mano al tiempo que se inclinaba hacia él.

— ¡Mi vida está sentenciada! Lo ha estado incluso antes de que diese comienzo toda esta pantomima —le recordó con dolor mal disimulado—. El maldito juicio sólo es un añadido más a la catastrófica carrera de desgracias a las que me enfrento.

Hizo a un lado la apasionada declaración con un gesto de la mano. No tenía tiempo para dramatismos y tampoco le gustaban.

—El Juicio Universal puede que sea lo único que salve tu insignificante vida —comentó con absoluto desinterés—. Es precisamente ese juicio el que te permite estar aquí ahora mismo y no encerrada una vez más en esa celda, o quién sabe si enfrentándote a un destino aún peor.

Ella dejó escapar un pequeño bufido en respuesta.

—Eso será hasta que aparezca ese maldito asesino que se hace llamar a si mismo Juez Universal y me separe la cabeza de los hombros.

Se dio el lujo de poner los ojos en blanco mientras se inclinaba también hacia delante para encontrar su mirada.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad? —Se vio obligado a aceptar.

Ella se incorporó, su mirada fija en él.

—Nadie te pidió que te erigieras en mi defensor. —Fue su tajante respuesta.

Tamborileó con los dedos la madera mientras buscaba una respuesta adecuada que darle.

—Eidryen eligió tu vida sobre la suya —le soltó sincera y fríamente—. El destino trazó el sendero que debes seguir y yo no soy quien para interponerme en su camino.

Ella dejó escapar un bufido mitad carcajada.

—Por favor, te has interpuesto en el camino del destino desde que los dioses son dioses y la rueda del tiempo gira, Seybin —le recordó, su voz cargada de amargura—. Acompañas a las almas hacia su morada final, envías a tus cazadores a recolectarlas cuando cruzan la línea que tú mismo creíste oportuno marcar. Ni dioses, ni demonios, ni humanos quedan libres de tu jurisdicción.

¿Qué te impide cumplir con ese deber conmigo? ¿No soy después de todo, también un alma?

Sus ojos claros empezaron a cambiar de color, mudando del suave tono pardo a un rojizo que podía muy bien rivalizar con el de la sangre, aquella era una señal inequívoca de que se le acababa la paciencia.

—Ahora mismo eres más que un alma, mi querida niña, eres la mismísima esencia del Libre Albedrío —declaró. Su voz estaba ahora bordeada por miles de voces, el poder crudo y oscuro emanaba de su cuerpo como una armadura—. Nacida del alma de un dios, liberada por la muerte de Destino, eres el Libre Albedrío del Universo. Tu voluntad es su palabra, tu presencia en el mundo la voluntad de los hombres, fuiste liberada de una prisión y

condenada eternamente a otra de la cual no hay escapatoria posible.

Para su crédito, ella ni siquiera se movió. Estaba asustada, oh, sí, podía oler su miedo, pero no por su poder sino porque sabía que sus palabras eran ciertas y le aterraba enfrentarse a esa realidad. Sólo con eso consiguió que su temperamento descendiese lo justo para que, al volver a hablar, su voz fuese una vez más ese tono sexy y atrayente que atraía la misma esencia de su alma.

—Al liberarte de tu prisión, también se liberó él de la suya, Dreamara — continuó.

El silencio se impuso entre ellos durante un breve instante.

—Quizás debí hacer caso omiso a su petición y borrar tus recuerdos permitiéndote renacer en otra vida en el mundo humano.

Ella pareció perder también un poco de su empuje, ya que bajó la mirada y contestó en apenas un susurro.

—Sólo conociendo el pasado se puede llegar a forjar el futuro. Eso es lo que Eidryen me enseñó —murmuró con voz monótona y acorde—. No quiero ser una cáscara vacía, sin mis recuerdos no soy nadie. No soy nada.

La sopesó con la mirada y sondeó su alma descubriendo en ella con pavoroso asombro los gritos de dolor y desesperación que habitaban en su interior, estos se mezclaban con una pequeña brizna de decisión, un ardiente sentimiento de venganza contra un mundo y unos seres que la despreciaron desde el mismo momento de su nacimiento y contra el Destino que había proclamado que se enfrentase a un camino que desconocía por completo. Su alma estaba destrozada, era un montón de fragmentos mal unidos, pegados como al azar por un chapucero en vez de un maestro artesano en su prisa por insuflar vida en una muñeca creada de barro. Maldijo interiormente y maldijo al dios que le permitió emerger de su refugio de piedra para quedar a merced de una jauría de lobos hambrientos que la destrozarían sin piedad.

Sabía que esto ocurriría, lo supo desde el momento en que Eidryen la entregó al Sueño de los Eternos sobre el lecho de piedra. Se lo advirtió, ¡por supuesto que lo hizo! Le había advertido que ella no sobreviviría, la muchacha no

estaría preparada para algo así. Y ahora ella era su responsabilidad, una creada a partir de la promesa hecha al único hombre en el que quizás confió realmente alguna vez y de la que podría surgir su total destrucción.

Si sus suposiciones eran correctas y confiaba demasiado en sus instintos como para negarse a escucharlos, ni siquiera el Juicio Universal iba a detener a aquellos que querían verla destruida. Existía demasiado miedo y animosidad hacia lo ocurrido en el pasado como para que se olvidaran de esta pequeña mujer en la ecuación. Si aspiraba a cumplir con la promesa hecha a su hermano de armas, tendría que dejar que el destino siguiera su curso sin importar las consecuencias.

¿Qué es lo que hemos hecho, Eidryen?

Sus palabras hicieron eco en el éter que lo envolvía todo, pero como de costumbre no obtuvo respuesta.

— ¿Qué esperas que haga ahora, Seybin? ¿Cómo pretendes que sobreviva al mismo juicio que sentenció y terminó con la vida de Eidryen? ¿Cómo esperas que me quede impassible ante su verdugo! —exclamó ella con absoluta desesperación, sus palabras lo sacaron de sus pensamientos.

—Te sugeriría que te unieras a mí, con mi experiencia y tu poder, pondríamos de rodillas a esos pomposos dioses —respondió y por un momento llegó a saborear las posibilidades de aquello—. Quizás un cambio de poder no fuera tan malo después de todo, le daríamos un poco de clase al lugar y algo que hacer a ese muchacho que ostenta la ley del Universo.

Ahora fue el turno de ella para poner los ojos en blanco. Con un suspiro la vio darle la espalda y acercarse hacia las llamas que siempre crepitaban en el hogar.

—El universo debe mantener un equilibrio —le recordó con un resoplido—. Eso fue lo primero que aprendí con mi nacimiento. Toda una ironía, si me lo preguntas, puesto que yo soy la que rompe esa regla cardinal con mi sola presencia.

—Rompiás, querida —la corrigió—. Actualmente tu presencia es... algo que

nadie se esperaba y temo que ni siquiera el universo sabe cómo enfrentarse a ello.

La estudió detenidamente, observando su figura de espaldas a él iluminada por las llamas del hogar. Ella era un envase frágil que contenía un gran poder, la mayoría de la gente sería todo lo que vería al mirarla, pero más allá de lo evidente, profundamente arraigado en su interior, existía una necesidad mucho mayor, un poder mucho más grande que esperaba fuese suficiente para mantenerla en pie durante la dura prueba que estaba por llegar. Esa muchacha que ahora permanecía frente a él deseaba vivir, por mucho que se esforzase en decir lo contrario, su amor por la vida era lo único que la sostenía en medio de aquel caos de destrucción y dolor, un sentimiento sabiamente inculcado en ella por el dios del Destino.

Volvió a recostarse contra el asiento de su sillón y procedió a exponer sus términos.

—Te simplificaré las cosas, encanto —le dijo y procedió a ello—. Así que abre bien tus oídos ya que es muy simple. Éste es el regalo que Eidryen tenía reservado para ti y aunque suene a tópico, también será tu mayor maldición. Ahora mismo caminas entre dos mundos y no perteneces a ninguno de ellos. Eres el alma de un dios a la que se le otorgó vida y apariencia humana. Ni completo espíritu, ni completa mortalidad, el envase más hermoso y frágil con el mejor par de piernas que he visto en alguien vivo y que ahora alberga un poder que nunca antes tuvo forma definida; El Libre Albedrío. Tu voluntad será una con el universo, el camino que escojas tu destino. —Hizo un alto para dar énfasis a sus siguientes palabras—. Suena que acojona, lo sé, pero ¡ey! Yo no hago las reglas, sólo pongo mi grandiosa presencia para inmortalizar el momento. Esto es lo que hay, nena. Tu vida y tu destino mantendrán el equilibrio en el Universo.

Ella sacudió la cabeza, el dolor y la incertidumbre vivía en sus ojos.

—Mi destino está maldito —aseguró con desesperación.

Descartó sus palabras con un gesto de la mano.

—No gastes saliva. Ya he oído muchas veces todo eso, no sabes lo quejicas

que pueden llegar a ser las almas —continuó sin darle opción a intervenir—. Sé que duele, que esta vida es una mierda, que lo que te hicieron es una enorme putada, que el infierno apesta y da la casualidad de que tú te encuentras sola en medio de todo eso. Bien, supéralo. Ése es el pan de cada uno de mis días. Estás viva, tienes una oportunidad y pondré tu culo en movimiento para que la aproveches.

Sus bruscas palabras no hicieron sino desencadenar la marea de dolor que ella había retenido a duras penas en su interior, la desesperación se resquebrajó y dejó las compuertas expuestas a las lágrimas y a la inclemencia de un destino que jamás había buscado ni esperado encontrar. Aquellas lágrimas escogieron correr por sus mejillas, incapaces de detenerse.

—No quiero tener nada que ver con el destino —jadeó ella. Se ahogaba en las lágrimas que intentaba contener y en el dolor que tomaba el control de su cuerpo y su alma—. Todo lo que encontré hasta ahora es dolor y no sé si podré soportar más del que ya padezco. ¿Es que no lo entiendes, Seybin? ¡Me estoy haciendo pedazos, no puedo con esto! ¡Duele demasiado!

Por primera vez en toda su inmortal existencia, el Dios de las Almas tuvo completo entendimiento del sufrimiento humano, del sufrimiento de un alma despojada de todo. No supo el momento exacto en que se levantó de su silla y rodeó el pesado escritorio, pero cuando notó el menudo y cálido cuerpo estremeciéndose entre sus brazos dio gracias por no sentir verdadero amor. Un dios como él jamás podría permitirse ser así de vulnerable.

—Llegará el momento en que deje de doler, pequeña Dryah —le aseguró acariciando el sedoso pelo de su cabeza, su mente recordando las últimas palabras del dios. Realmente, era aterrador que lo hubiese visto todo con tal claridad—. Y tienes que estar aquí para poder verlo por ti misma.

Permaneció largo tiempo sosteniendo a esa pequeña criatura, algo extraño incluso para él. Deslizó la mano por su pelo en un mudo intento de ayudarle a pasar por aquel trance mientras pensaba en el largo camino que tenía por delante y que sin duda se haría más y más difícil con cada paso que la acercara a su meta. El recuerdo de aquella última noche giraba en su memoria arrastrándose hasta el presente para hacerle recordar la promesa que había hecho.

—No lo entenderá, Eidryen, luchará contra ello —le había asegurado en un intento de hacerle entrar en razón—. Luchará hasta acabar por destruirse a sí misma.

El dios había negado con la cabeza.

—No. —Su rostro era una máscara de dolor y absoluta desesperación pero su decisión era firme, la tensión era palpable en cada uno de sus músculos—. Si tiene que llorar, déjala que llore, es preferible que derrame lágrimas de sangre a privarla de una vida que ni siquiera ha comenzado a vivir. Éste es su destino y haré todo lo que esté en mi poder para preservarlo. Para salvarla.

Le observó durante aquellos instantes moviéndose alrededor de la losa de piedra en la que yacía inconsciente la muchacha, sus manos alisaban vacilantes los largos rizos rubios que se esparcían por la cama confundándose con la túnica negra y blanca que llevaba. Le resultaba extraño que el parecido entre ambos se limitara al color de los ojos, pues mientras que el dios tenía el pelo oscuro, la pequeña figura de piel blanca, era absolutamente rubia; Y a pesar de ello era suya, nacida de su misma alma, su esencia hecha carne. No era sorprendente que la quisiese por encima de todo y todos.

—La estás condenando para poder salvarla, ¿lo sabes, verdad? —le recordó sin moverse del lugar en el que estaba, en pie a la misma entrada de la cámara.

Él asintió.

—Lo sé. —Sus dedos acariciaban el rostro de ella como si quisiera imprimirlo en su memoria—. Una dura condena. Sólo espero haber escogido bien su redención.

Cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que le dedicaba una inquisitiva mirada.

— ¿Debo preguntar?

El dios del Destino esbozó una leve sonrisa volviéndose hacia él.

—Sólo si quieres saber la respuesta, hermano —le dijo y finalmente se volvió

de nuevo hacia ella. Sus dedos acariciaron la tersa mejilla apartándole el pelo en el proceso.

Chasqueó la lengua con desencanto.

—No me lo vas a poner fácil, ¿no?

Tardó unos instantes en darle una respuesta.

—Sólo cerciérate de que la ley Universal se ponga de su parte —pidió volviéndose hacia él con toda la determinación del mundo en sus ojos—. Aunque para ello tengas que condenarla al infierno.

Sus labios se estiraron en una irónica mueca. No aprobaba su plan.

—Por supuesto, primero échala a los leones y luego pégales tiros para espantarlos —rezongó—. ¿Es ahora cuando tengo que arrancarme los ojos?

—Todo está en juego, Seybin —le aseguró el dios—. Inclusive, el porvenir del mundo. Todo en el universo mantiene un equilibrio, la presencia de Dreamara lo ha roto y ambos lo sabemos, pero cuando llegue el momento, ella será también la única que podrá restaurarlo y equilibrar la balanza. Debe ser protegida a toda costa, sin importar el precio.

Abrió la boca para replicar a eso pero volvió a cerrarla en cuanto captó el verdadero significado de todo aquello. Las palabras abandonaron su boca de forma atropellada.

—Ya has sido juzgado...

La serena mirada de aceptación que vio en el dios había quedado impresa a fuego en su retina, Eidryen sabía en todo momento cual sería el resultado de aquello y lo había preparado todo con extremo cuidado para que ella pudiese vivir, incluyendo la intrusión del Señor de las Almas en el desarrollo de los acontecimientos.

Dejó que los recuerdos se desvanecieran permitiéndose volver al presente y a la mujer que todavía lloraba en sus brazos. ¿Si dejaría de doler alguna vez? Sí, llegaría el día en que dejaría de sufrir por lo que había perdido,

únicamente para entregar su propia vida en un nuevo desafío, pero para que eso sucediera era necesario que tomara las riendas de su propio destino, de lo contrario, sólo sería un cordero más al que sacrificarían sin pestañear.

Con un bajo gruñido la separó de él y le levantó el rostro. Las lágrimas bañaban su cara, tenía la nariz colorada y los ojos enrojecidos, pero era la desesperación y el vacío en ellos lo que lo preocupaba.

—Ya está bien de lágrimas —intentó no sonar demasiado contundente, algo que en él era difícil de conseguir como que vistiese de rosa. Su sola presencia lograba que un hombre adulto se meara en los pantalones—. Créeme cuando te digo que no sirven para nada, solamente harán que te salgan arrugas y acabes con la nariz como un tomate.

Ondeó la mano en el aire haciendo aparecer un pañuelo de seda negra entre sus dedos.

—Considérate mi invitada —continuó con su monólogo—, mientras veo de arreglar lo de tu... futuro alojamiento. Disfruta de un buen baño, una buena comida, un buen pol... —se detuvo antes de permitirse acabar la frase, ella frunció el ceño y ladeó la cabeza esperando a que acabara. No, ni hablar. La sola idea de ella... ¡Ni hablar! No le negaba a nadie la posibilidad de echar un buen polvo, pero la sola idea de que fuese ella la que estuviese... argg. Era como para quedarse ciego—. Olvídate del polvo. Terminantemente prohibido en mis dominios.

Ella puso los ojos en blanco y se apartó lentamente.

—Soy demasiado vieja para necesitar una niñera, Seybin —aseguró con media sonrisa.

Él negó con la cabeza.

—No te equivoques, Dryah, la edad del alma no tiene nada que ver con la experiencia y de eso, querida mía, careces. Eres como un infante que se enfrenta por primera vez al mundo y estamos hablando de un mundo con normas distintas a las que tú conoces. Serás tan diferente entre ellos como lo has sido entre los dioses, puede que seas parte de ambos mundos, pero el

encontrar el equilibrio para caminar entre ellos depende únicamente de ti.

Ella asintió.

—Lo intentaré.

Negó con la cabeza una vez más.

—No lo intentes, hazlo. O no tendrás futuro.

Ella simplemente asintió, su mirada vagó una vez más hasta las llamas del hogar antes de dar media vuelta y marcharse con paso lento aunque más seguro que cuando entró.

—Espero que te estés retorciendo allá donde estés, hermano —musitó cuando las puertas de su despacho se cerraron tras ella—. Reza si puedes porque tu alma esté a la altura de lo que estoy a punto de lanzar sobre ella.

Seybin no daba su palabra a la ligera, pero cuando la daba, era eterna. Él iba a ser quien abriese el infierno para ella.

CAPÍTULO 3

Shayler sonrió al oírla gemir, era la cosa más dulce que había probado en toda su vacía existencia, su lengua dejó el sensible arco de las pequeñas orejas y descendió dejando una mojada huella por su cuello, mordisqueando delicadamente aquí y allá haciéndola reír. La sentía tan blanda y suave contra su duro cuerpo, una de sus largas piernas se anclaba a su cadera apretándose contra él y lo encendía aún más, su pesada erección anidada contra el suave vientre, dolorida y anhelante por introducirse profundamente en su interior. Pero antes quería saborearla, aprender de memoria su aroma y su sabor para que lo acompañara siempre.

Su boca se detuvo unos segundos en el hueco de la clavícula antes de alzar los

ojos para mirarla. Era preciosa, pómulos altos, finas y arqueadas cejas de un color dorado oscuro que enfatizaban los ojos más azules que había visto jamás en una mujer brillando con diversión y ternura. Y aquella perfecta sonrisa estirando los suaves labios entreabiertos e invitantes, sonriéndole a él, demandando su atención. Descendió con hambre sobre la de ella, bebiéndola, saboreándola como si nunca pudiera tener suficiente, sus manos moldeándole la cadera, arrastrándola mientras se conducía a sí mismo entre sus piernas, listo para sumergirse en ella...

La luz se coló entonces entre las pesadas cortinas y le acarició el dormido rostro obligándole a despertar. Dejó escapar un gruñido entre quejido y gemido, alzó uno de los robustos brazos para cubrirse los ojos, los intrincados tatuajes que rodeaban su muñeca brillaban ahora a la luz del sol permitiendo apreciar unos destellos rojizos en la trama que había parecido ser totalmente negra.

—No...joder... ahora no... —masculló con somnolencia y remoloneó negándose a abandonar el húmedo sueño.

Poco a poco, los tibios rayos de sol empezaron a deslizarse desde su rostro arrastrándose hacia abajo, le acariciaron el desnudo pecho de bronceada piel mientras los músculos se tensaban y relajaban al compás de sus movimientos, la fina sábana rojo sangre caía de cualquier manera sobre su estómago deslizándose perezosamente sobre su piel. Con un bufido de mal humor, el brazo con el que se cubría el rostro pasó a servirle de almohada bajo la cabeza, parpadeó varias veces y apretó con fuerza los ojos escudándolos de la maldita luz. Tardó unos instantes en encontrar un hueco lo suficiente oscuro para poder abrirlos de nuevo sin quedarse ciego.

—Mierda, mierda, mierda... ¡Joder! —farfulló antes de dar un ponente golpe con el puño sobre el colchón—. ¿Qué demonios es tan importante que ha hecho que vengas a codearte con lo más bajo de la raza?

Un suspiro y el sonido de pasos sobre el suelo de su dormitorio confirmaron la

—Si no te conociera tan bien me preocuparía tan cálida bienvenida —escuchó la voz sedosa y profunda del recién llegado.

Apenas levantó unos centímetros la cabeza de la almohada para ver a John parado en mitad de la habitación con una expresión demasiado satisfecha en su rostro antes de alzar una ceja e indicarle con un gesto la erección que se adivinaba bajo la fina sábana. Su mirada fue del hombre a la absurda elevación que lo delataba alzando la sábana de seda a la altura de la ingle. Escupiendo un par de inteligibles maldiciones se incorporó en la cama flexionando una rodilla para ocultar la frustración de su cuerpo ante tan inesperado despertar.

—Que te jodan, John —masculló al tiempo que se pasaba la mano por el enredado pelo y la barba de varios días.

Los ojos azules del recién llegado brillaron con malicia un instante antes de que se viese obligado a saltar de la cama y caer limpiamente sobre sus pies a varios metros de la ahora humeante columna que se elevaba del quemado centro del colchón. Dejó escapar una nueva maldición y se llevó la mano a la desnuda cadera de piel bronceada mientras señalaba con el pulgar de forma desganada hacia la cama.

—Es el tercer juego de sábanas y colchón que destrozas en mi apartamento. Deberías hacer algún curso de control de ira para que te ayuden a controlar ese temperamento, hermanito —le soltó con total mordacidad. Su desnudez no era algo que le molestase en demasía mientras clavaba la mirada en la indeseada visita.

—Eres tú quién debería aprender a responsabilizarte de lo que sale de tu boca —le dijo el guardián antes de fruncir el ceño e indicarle con un movimiento de la barbilla—. ¿Cuándo fue la última vez que tu ego entró en contacto con un espejo? Pareces un vagabundo. Y ponte algo encima, Shay, por todos los infiernos, vas a conseguir que me quede ciego.

Ignorando el fastidioso comentario del hombre, cruzó la habitación hacia la cómoda, el espejo colgado en la pared le devolvió el reflejo de un joven cercano a los treinta, con una barba de varios días y el pelo castaño claro enredado y rizándose un poco más abajo de su cuello. Haciendo una mueca se pasó una mano por la tupida barba al mismo tiempo que unos pantalones vaqueros moldeaban y cubrían los firmes y duros glúteos ciñéndose perfectamente a las largas y musculosas piernas. Una vez medianamente

presentable se giró para enfrentarse a la visita de su hermano.

—¿Qué tripa se le ha roto a los dioses para que te dejes caer por aquí tan intempestivamente? —preguntó un instante antes de volver a pasarse la mano por la barba y mascullar un “tengo que afeitarme”—. Una semana, sólo pedí siete días de vacaciones, nada puede ser tan importante para que se necesite en exclusiva mi presencia. Cualquier cosa puede esperar hasta el lunes que viene.

Dándole la espalda una vez más se dirigió hacia la puerta situada al otro lado de la habitación, la cual daba al baño. No necesitaba mirarle para saber que estaría frunciendo el ceño y sacando ya la cajetilla de cigarrillos que siempre llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—Si vas a empezar a retomar los malos hábitos, haz el favor de irte a la azotea a fumar —lo previno desapareciendo ya en el baño.

Él debía ser uno de los pocos inmortales que odiaba el tabaco hasta el extremo de cortarles los huevos a cualquiera que se atreviese a encender un cigarrillo en su apartamento. A pesar de todo, ambos sabían que John no era un fumador, no desde hacía muchísimo tiempo, ahora se limitaba únicamente a sostener el cigarrillo entre los labios.

—Me temo que el Universo se irá a la mierda si tenemos que esperar hasta el próximo lunes.

Él bufó desde la otra habitación donde empezó a oírse el correr del agua.

—Ni el Apocalipsis va a estropear mis primeras vacaciones en siglos, Johnny —lo avisó.

El guardián puso los ojos en blanco.

— ¿Quieres apostar?

John apretó los dientes ante el diminutivo que tan sólo su hermano se atrevería a ponerle, estaba pensando seriamente en dar media vuelta y marcharse sin decir ni una sola palabra. Todavía no entendía que demonio le había poseído para acceder a ser el portador de la absurda petición hecha en el Consejo por

el Señor de las Almas.

— ¿Cuánto hace que no te pasas por tu “oficina”, Juez? —le preguntó mientras lo veía salir del baño y dirigirse a uno de los armarios.

Su respuesta fue un contundente bufido.

—Lo suponía —asintió y lo siguió después de que saqueara el armario y regresase al cuarto de baño. Se quedó apoyó en el marco de la puerta sin entrar mientras lo oía trastear—. ¿Recuerdas a aquella chiquilla, el alma del Dios del Destino?

Oyó un bajo siseo y luego el golpe de algo contra el mármol. Alguien no se había levantado de buen humor.

— ¿Está buena? —le llegó su pregunta.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

— ¿Y eso a qué viene?

Se asomó a la puerta para responderle.

—Si está buena hay más probabilidades que me acuerde de ella —le aseguró con un guiño.

John lo ignoró y prosiguió.

—El Consejo se ha reunido con carácter de urgencia hace unas horas y apuesto que ni siquiera te has dado cuenta del revuelo que se ha formado últimamente —le informó.

La respuesta no se hizo esperar.

— ¿Ese cuarteto de vejestorios tenían algo que celebrar? ¿A quién han condenado a hacerles la pedicura en esta ocasión?

Dejó pasar el comentario del Juez. Más que un simple chiste, los venerables Ancianos habían llegado en una ocasión a imponer realmente un castigo tan

absurdo. Era una lástima que en esta ocasión la infracción no fuese igual de absurda. Dejó escapar un irritado suspiro y se preparó para lo que sabía levantaría ampollas.

— ¿Recuerdas el juicio de Eidryen y Elora? —le habló por encima del sonido del agua al tiempo que se cruzaba de brazos—. En aquella ocasión, no se les pasó por la cabeza ninguna sesión de pedicura.

Shayler se volvió bajo el chorro del agua caliente de la ducha, recordaba perfectamente aquel juicio así como el castigo impuesto a los dos dioses por hacer algo tan estúpido como extraer el alma de un dios y darle forma humana. El universo se había revuelto en sí mismo y el equilibrio se había visto alterado.

El dios del Destino fue sentenciado junto con la diosa que inició aquella estupidez a pasar el resto de su eternidad en el limbo; Un castigo que no era para ser tomado a la ligera. Sin embargo, ambos parecían haber puesto fin recientemente a su condena al pasar al otro lado.

—No entiendo que obsesión es la que tienen esos tres viejos achacosos para tener que exigir un juicio cada vez que no pueden arreglárselas ellos solos — terminó resoplando y metiéndose bajo el chorro de agua caliente de la ducha.

Echó un vistazo hacia la puerta abierta y tiró de ella para permitir cierto grado de privacidad a aquel muchacho descarado. Ese hombre era capaz de pasearse por todo Manhattan en pelotas si con ello podía fastidiarle.

—Me alegra comprobar que no estás tan desconectado del mundo después de todo —rezongó con absoluta ironía.

Una ligera risa mezclada con el sonido del agua llegó hasta él.

—Siento romperte el corazón de esta manera hermanito —le informó desde el interior de la ducha—. En realidad, creo que nunca llegué a toparme con ella. ¿Por qué? ¿El pajarillo ha escapado de su jaula?

John arqueó una ceja ante la respuesta del hombre. A pesar de su juventud y despreocupación, el hombre que se estaba duchando en aquellos momentos era

el Juez Universal, líder de los Guardianes Universales y el único que esgrimía la justicia definitiva para los de su clase.

—Shay, ¿dónde has tenido metida la cabeza las últimas doce horas? — preguntó con un borde realmente preocupado en la voz.

El Juez bufó desde la ducha.

—Tranquilo, John. Se ha despertado el Libre Albedrío, lo sé, lo he sentido. Como también sentí el paso de los dos dioses primordiales abandonando esta existencia para pasar a la siguiente —rezongó mientras se aseaba rápidamente—. El equilibrio se mantiene, así qué, ¿cuál es el problema?

Volvió la mirada hacia la puerta entreabierta y puso los ojos en blanco. Ese hombre acabaría antes o después con él, no sabía ni por qué se preocupaba realmente, a pesar de su insistencia por coger una semana lejos de la oficina y de cualquier cosa que llevase la etiqueta “trabajo”, no dejaba de ser quien era. Nunca estaría tan desconectado de las cosas como deseaba hacerles creer.

—Digamos que su paso al otro lado ha generado ciertos... problemas — resopló pensando en que sus palabras se quedaban cortas.

Un nuevo bufido llegó desde el interior del baño.

— ¿Cuáles? ¿Sacar a subasta sus pertenencias? —Fue la ahogada respuesta que le llegó desde el interior del baño.

Suspiró.

—Ojalá fuera sólo eso —murmuró más para sí mismo que para él. Entonces se giró hacia la puerta y pasó a darle el informe completo—. Sería más sencillo de tratar que el hecho de que el Libre Albedrío haya tomado forma humana y se encuentre instalado cómodamente en el cuerpo de una mujer que no tiene el más mínimo control sobre él.

Oyó como se cerraba el grifo del agua, durante unos segundos no se escuchó otra cosa que al chico moviéndose en el interior del baño con más prisa de la que pareció tener al principio.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —declaró asomándose a la puerta cubierto ahora por una toalla de baño que rodeaba sus caderas mientras se secaba el alborotado pelo con otra—. ¿Quién diablos es su huésped?

No dudó en entregar la respuesta.

—Aquella a la que una vez se la conoció como El Alma Maldita —le dijo.

El Alma Maldita. Así era como se la había conocido tiempo atrás, una mujer creada a partir de la esencia del Destino por la mano de la Esperanza. Eidryen la había protegido durante todo el tiempo manteniéndola apartada de los dioses y sus estúpidas disputas, incluso cuando se le comunicó la sentencia nunca se opuso al castigo, todo lo que hizo fue pedir unos momentos para encargarse de ella y se los concedió; Esa niña, y ahora recordaba que ni siquiera sabía que apariencia tenía, no despertara su interés, el juicio era solo para los dos dioses que trasgredieran las normas desestabilizando el equilibrio y cuando el Dios del Destino se ocupó de mantenerla a raya y la justicia se impuso, hasta el silencioso acuerdo al que llegó con él había pasado al olvido.

¿Y ahora era esa misma muchacha la que ostentaba uno de los poderes primigenios del universo?

— ¿Me estás diciendo que el Libre Albedrío ha quedado libre en el mundo y que su portadora no tiene control alguno sobre él?

El firme asentimiento del hombre frente a él fue suficiente respuesta.

—Es bueno saber que tu cerebro por fin empieza a despejarse, chico —le dijo antes de que diese media vuelta y se metiese de nuevo en el baño para terminar su aseo—. Acabo de asistir a la antesala de todos los infiernos con ella como protagonista. Han querido lincharla en la misma Sala de los Ancianos. Si lo de la hoguera y las brujas todavía estuviese en uso, la habrían calcinado ya.

Sacudió la cabeza mientras contemplaba su reflejo ante el espejo del baño antes de comenzar su afeitado.

— ¿Qué ha hecho para joderlos de esa manera, babear encima de sus zapatos?

A aquellos Ancianos cualquier nimiedad les parecía siempre algo imperdonable.

—Creo que su sola presencia ha alterado a todos los Panteones, ya sabes cómo son estos dioses, les alborotas las plumas y enloquecen —le respondió desde la puerta—. Empezando por Tarsis y Seybin. Uno quiere verla muerta y juraría que el otro quiere matar al que quiere verla muerta. Ha sido el Dios de las Almas quien solicitó formalmente el *Antiquerum*.

La hoja de la cuchilla con la que comenzó a afeitarse quedó suspendida a milímetros de su piel, sus ojos se volvieron ligeramente hacia la puerta.

— ¿Ha pedido El Juicio Universal? —La sorpresa en su voz no era fingida. Estaba realmente anonadado.

La respuesta de John llegó formal a sus oídos.

—Sí, Juez, lo han pedido y les ha sido concedido —asintió—. Y ahí es donde entras tú. Seybin está convencido de que eres el único capaz de llevar a cabo un juicio justo que determine si esta mujer es en realidad un peligro y debe mantenerse bajo llave o por el contrario el dulce corderito puede pasearse por donde le venga en gana sin necesidad de que nos preocupe que se acabe el mundo por su culpa.

Un mortal silencio se cernió entre ellos durante un instante, sin decir una sola palabra se giró hacia su reflejo y empezó a deslizar la hoja de la cuchilla con precisión por su rostro. Solo cuando terminó y se enjuagó permitió que sus pensamientos fuesen puestos en palabras.

—No fue suficiente condenar a dos de los de los dioses primigenios que mantienen parte importante de la balanza del universo, ahora también quieren ensañarse con una inocente —murmuró. Su voz había perdido todo rastro de diversión—. Si ella es ahora quien hospeda el Libre Albedrío, no pude acabarse con su vida sin destruirnos a todos.

Un suspiro llenó el vacío dejado por sus palabras.

—Por ello quieren que vuelvas a sumirla en el Sueño de los Eternos —le informó—. No se trata solo de Tarsis, algunos de los Ancianos expusieron abiertamente sus preocupaciones, si Seybin no interviniese reclamando su propiedad sobre ella y pidiese el Juicio Universal, habrían optado por encerrarla en previsión de cualquier posible peligro que ella entrañe. Yo mismo he comprobado que ella no tiene control sobre el Libre Albedrío, he sentido esa energía primigenia reaccionando a sus emociones como si protegiese a su portadora, pero su control es inexistente.

Se obligó a tomar una profunda bocanada de aire mientras sopesaba sus palabras.

—Estupendo... —farfulló al tiempo que se enjuagaba el rostro y se aplicaba finalmente el aftershave—. Eso quiere decir que ahora tengo que hacer de niñera de una “cosa” que puede muy bien acabar con el mundo con una sola orden de su voz. Ponme un delantal y llámame, Súper Nanny.

John puso los ojos en blanco.

—El delantal no te quedaría con los cuchillos —le dijo dejando escapar un suspiro. Volvió la mirada hacia la puerta una vez más, empezaba a pensar que no era demasiado tarde para freírlo allí mismo, quizás el chamuscarle las pelotas le enseñaría un poco de respeto.

Demonios, por mucho que lo irritara sabía que ese mocoso sería siempre el único que estaría a salvo de su ira. Eran hermanos de sangre, medio hermanos en realidad, sólo la sangre de uno de sus progenitores corría en igual espesor por sus venas y John no lo supo hasta mucho tiempo después del nacimiento del chico; Aquel era el principal motivo por el que despreciaba profundamente a aquellos que se llenaban la boca autoproclamándose los causantes de su vida. Él había aparecido en la vida de Shayler cuando este no era más que un irrespetuoso mocoso de poco más de quince años, en cierto modo él y el resto de los guardianes terminaron de criar al chico que tiempo después supieron se convertiría en el ser más poderoso del universo.

—No es una mujer corriente, hermanito —le recordó al tiempo que se preguntaba, una vez más, por qué aceptó la petición del dios de las almas para este juicio y ser el que entregase las noticias.

¿A quién pretendía engañar? Él sabía el porqué. El mensajero no habría sobrevivido a la entrega del mensaje.

—Imagino que no —respondió en voz baja, casi como si estuviese meditando todo lo descubierto hasta el momento—. ¿Cuál es la petición exacta del Consejo?

John alzó la mirada al techo antes de responder.

—En realidad... la petición que te traigo es de Seybin. —Dejó escapar un gran suspiro—. Tiene mucho interés en que nada empañe tu visión de este juicio, no quería que te vieses influenciado de una u otra manera. Teniendo en cuenta de quién viene, eso ya es extraño de por sí.

Al instante lo vio emerger del baño listo para comenzar el día. Su barba desapareció para quedar en su lugar una bien recortada perilla, el pelo todavía húmedo se le rizaba ligeramente en la frente y las orejas. Unos cómodos y gastados jeans negros se abrazaban a sus caderas y largas piernas, haciendo juego con la camiseta negra con motivos tribales en color rojo sangre que perfilaba los marcados abdominales sobre su liso vientre. Todavía descalzo volvió a la cama, cuyo colchón seguía humeando y rescató un par de botas de piel de una esquina. En conjunto, el ser más poderoso del Universo, se veía como un muchacho despreocupado y atractivo pasada la treintena. Sólo la eterna aura de poder que lo envolvía como un peligroso sudario otorgaba el rastro definitivo sobre su identidad. La ley definitiva del universo. El Juez Supremo.

—Así que Seybin —comentó mientras se ponía los calcetines y las botas.

Asintió y se acercó a él.

—A mí sigue pareciéndome que en todo esto hay algo más que no puedo ver y no me gusta —confesó captando ahora por completo su atención. Sus corazonadas no eran algo que dejaran pasar por alto—. No sé lo que es pero intuyo que podría estar estrechamente relacionado con este inesperado juicio. La firme resolución de Seybin de que se llevara a cabo choca estrepitosamente con el deseo que vi en sus ojos. Casi pareció obligarse a ello.

Él arqueó una ceja ante tan enigmática declaración.

—Interesante —murmuró al tiempo que se levantaba y recogía la cazadora de piel posiblemente abandonada la noche anterior sobre una silla. Se la puso y estiró las manos, moviendo las muñecas marcadas por sendos tatuajes tribales en círculos. En un momento las marcas se oscurecieron y el color ganó intensidad, al siguiente estas ya no estaban y sus dedos se derraban alrededor de la empuñadura de dos dagas gemelas con hoja curvilínea y el cuerpo entrelazado de dos serpientes cuyas cabezas formaban una cruz superior. Se llevó la hoja de una de ellas a la altura de los ojos para examinarla detenidamente, repitiendo la operación con la otra daga—. Muy interesante.

Aparentemente satisfecho con el estado de sus armas permitió que las dagas que constituían el símbolo del poder que ostentaba, se desvaneciesen en sus manos y los tatuajes tomaran nuevamente su lugar alrededor de las muñecas. Su mirada voló entonces a su encuentro.

— ¿Y qué te dice a ti el instinto de todo esto? —preguntó sin rodeos.

Dejó escapar el aire en un resignado suspiro, aquella era una pregunta que ya se había hecho anteriormente a sí mismo.

—Que hay algo más que la simple decisión de liberar o encerrar para siempre el Libre Albedrío —aseguró sosteniendo su mirada—. El interés de Seybin es genuino, se doblará a lo que decidas, pero... no puedo quitarme la sensación de que él va por delante de todos nosotros en este juego.

El Juez sacudió la cabeza como si no estuviese de acuerdo.

—La historia vuelve a repetirse —murmuró pensativo—. Pero esta vez, ella cuenta con un as en la manga del que nadie sabe.

La extraña cadencia en su voz lo hizo fruncir el ceño.

— ¿Qué quieres decir?

Él sacudió la cabeza desechando sus propias palabras.

— ¿Qué has sentido en ella? —preguntó llevándose las manos a los bolsillos.

De pie, uno frente a otro era casi de la misma altura.

Le permitió el cambio de tema, al menos por ahora.

—Está fragmentada, hecha pedazos —le explicó recordando la sensación que tuvo al sondearla—. Todo lo que encontré en ella era dolor, tal agonía que sinceramente para mí resulta un misterio como es capaz de respirar con eso en su interior. Y hay algo más...

Los ojos azules de muchacho era un tono más claros que los suyos y cuando brillaban de expectación como en aquel momento, poseían un algo sobrenatural.

—Uras ha visto algo.

El Juez alzó una ceja.

— ¿Esa zorra sigue viva? Alguien debería hacer un servicio a la comunidad y rebanarle el pescuezo —masculló con tono venenoso.

Sí, aquella era el motivo por el que prefería evitar cualquier clase de contacto o mención de esa mujer en su presencia. Con todo, no podían evitar lo que ella era, una de los guardianes.

—Esa zorra, es El Oráculo de la Fuente —le recordó y acompañó sus palabras con un ligero encogimiento de hombros—. Y en momentos así, es útil.

Él resopló en respuesta.

—La única utilidad que tiene es en la cama y aún así, no demasiada.

Lo ignoró, no iba a meterse en la relación que hubiese existido o existiera entre ellos dos.

—No sé qué es lo que ha visto exactamente, pero no puedo quitarme la cabeza la insinuación que percibí en su voz de que las cosas no iban a ponerse bien para nosotros.

Su hermano sacudió la cabeza.

—Sabes lo que opino sobre ella y sus visiones —le dijo con fiereza—. Yo forjo mi propio destino, no estoy encadenado al de nadie.

—Lo sé —lo aplacó, no deseaba entrar en otra discusión de ese tipo—. Pero tú también tienes que ser consciente de que sus visiones siempre se cumplen... de un modo u otro, antes o después terminan cumpliéndose.

El silencio llenó el dormitorio durante unos instantes.

—Un *Antiquerum* —murmuró mientras intentaba que aquella idea cuajase en su mente—. ¿Por qué pediría alguien que supuestamente busca su protección, una sentencia que podría condenarla eternamente?

No tenía otra respuesta para él que la obvia.

—Porque es la única oportunidad que ella tiene para que se haga verdadera justicia.

Shayler maldijo para sus adentros consciente de que aquello no era una buena idea, el juzgar a aquella muchacha, someterla a un Juicio Universal lo obligaría prácticamente a romper su promesa.

El fuego del hogar crepitó cuando dos leños cayeron sobre él esparciendo las brasas y levantando volutas de ceniza, las llamas lamieron suavemente el nuevo material rodeándolo como un amante que sería consumido antes o después por aquel calor. Seybin paseó la mirada de libro de cuentas que tenía abierto sobre el enorme escritorio al hombre que ahora removía las brasas con un atizador. El largo pelo rubio le caía por la espalda en una apretada cola, no había ni un mechón grisáceo o de cualquier otro color que estropeará esa perfecto dorado, incluso agachado como estaba, con la gastada chaqueta de cuero cubriendo sus amplios hombros y los gastados jeans azules apretándose a las firmes nalgas se hacía palpable la considerable altura y complexión del hombre. Y teniendo en cuenta que él rozaba los dos metros, el que Nyxx le diese la talla ya era de por sí algo extraordinario; Más aún, lo extraño es que se permitiera darle la espalda quedándose en una posición tan vulnerable. Pero todo en aquel hombre era engañosamente letal, sus movimientos suaves y

fluidos, sexys incluso, sólo eran una parte más de su oscura maldición. El aspecto descuidado y juvenil ocultaba al más letal de sus cazadores y enmascaraba la enorme cantidad de armas que portaba en ese delgado cuerpo.

El Cazador se levantó de manera perezosa, llevaba varios minutos esperando a que vertiera sobre él toda clase de acusaciones y empezaba a preocuparle que le tomase más tiempo del acostumbrado. Como su mano derecha y en cierto modo amigo, el Cazador de Almas no tenía el más mínimo reparo a la hora de hablar sin tapujos frente a él, de hecho era una de las pocas, por no decir la única persona a la que le permitía tal libertad. Lo había recogido en un momento de necesidad, aprovechándose de su estado al reclutarlo para su ejército personal, pero el chucho había sabido manejarse lo suficientemente bien como para que terminase siendo uno de sus hombres de más confianza.

— ¿Esto era necesario? —Los ojos verdes del hombre se volvieron por fin hacia él. Su voz arrastraba una fuerte ronquera, como si una enorme lija le hubiese limado la garganta.

Dejó la pluma a un lado y cerró el libro de cuentas de golpe para dedicar toda su atención a la pelea que sabía se avecinaba.

—Lo era —aceptó al tiempo que se recostaba contra el respaldo de su sillón—. De hecho, lo es. Si queremos darle alguna oportunidad a esa chica, ésta es la mejor que podemos ofrecerle.

Gruñendo posó la mano derecha, cubierta por un guante de cuero sin dedos sobre la lisa madera. Su mirada verde ardía cuando se dirigió a él.

—Consideras... ¿Consideras la mejor oportunidad que se le puede ofrecer, el enviarla al mundo humano sola? ¿El desatar sobre ella al más implacable de los jueces para que decida si se la condena o se le permite vivir? ¡Por todos los infiernos, Seybin! Dale una espada que ni siquiera sabrá sostener, ponla en medio de una jauría de lobos de los que no pondrá defenderse y deséale buena suerte, ya verás lo agradecida que te estará cuando nos la devuelvan hecha pedazos.

Asintió con cara estoica al discurso, el cazador intentaba reprimirse para no saltar por encima de la mesa y atacarle directamente. Sin duda, sería algo

divertido de ver.

— ¿Por qué el mundo humano? Apenas sabe nada de ese lugar, todo lo que hizo fue visitarlo con Eidryen y hace siglos desde aquello, montones y montones de siglos. Estamos en la era de la tecnología, ¿y qué haces tú? ¡La envías a Nueva York!

Él se encogió de hombros.

—Es una bonita ciudad.

El cazador bufó con aire desesperado.

— ¡También la Antártida y no por eso se va la gente a vivir a un lugar inhóspito! —exclamó alzando las manos en un gesto de desesperación.

Desestimó su protesta con un gesto de la mano, en ocasiones se ponía muy melodramático.

—Vamos, vamos... —Pidió un poco de calma—. Roma no se construyó en un sólo día.

Sus ojos verdes lo taladraron.

—Pero sí fue quemada hasta los cimientos en ese espacio de tiempo.

Se llevó los dedos al puente de la nariz, empezaba a dolerle seriamente la cabeza.

—Estará perfectamente.

El cazador entrecerró los ojos.

— ¿Perfectamente? ¿Cuándo has desatado al más implacable de los asesinos sobre ella? —exclamó golpeando ahora la superficie de la mesa con ambas manos.

Empezaba a tener unas inexplicables ganas de poner los ojos en blanco.

—El Juez no es un asesino, tú sí. Dadas las circunstancias es la mejor oportunidad que tenemos todos, incluida ella, de que esto se resuelva sin que estalle una guerra de tal magnitud que el Big Bang sea simplemente una muesca en la historia del universo —aseguró inclinándose ahora hasta cruzar las manos sobre la mesa—. Confía en mí, Nyxx, Shayler es lo único que separa a nuestra Dryah de una manada de lobos hambrientos.

El Cazador se enderezó mirándole fijamente. Le conocía muy bien, demasiado bien como para no saber que en su retorcida mente se había fraguado ya algún plan y por algún capricho del destino, uno de los seres más poderosos y letales del universo estaba implicado en ello. Con un resoplido se apartó del escritorio, le dio la espalda y caminó a paso decidido hacia la puerta.

— ¿Nyxx?

El Cazador se detuvo, pero no se volvió. Sonrió para sí, ocultando la conocedora sonrisa que se había estirado por sus labios.

—Ya que obviamente vas a desobedecer mis órdenes e ir a verla, llévale un cactus, traen buena suerte —le dijo e hizo aparecer en las manos del hombre una bolsa de color rosa con corazoncitos.

No se volvió, alzó lentamente la mano derecha por encima de su hombro hasta que tuvo una perfecta y clara visión de su dedo corazón. Las carcajadas todavía resonaban en la oficina cuando el cazador de almas cerró la puerta tras él.

Aquellos atronadores sonidos procedentes de más allá de la ventana atrajeron su curiosidad como una sirena que cantaba para atraer un barco al desastre, sabía que aquella estridencia procedía de las bocinas de los coches, los vehículos que utilizaban los humanos para trasladarse de un lado a otro, cuando no utilizaban aquella otra cosa llamada metro o autobús. Era extraño ver cómo la gente se movía en grandes grupos, chocando unos con otros en su prisa por llegar a cualquiera que fuese su meta. Siempre parecían tener prisa, como si fueran incapaces de controlar el sentido del tiempo. Algunos iban cargados de bolsas con víveres, otros llevaban maletines, e incluso los había que iban sobre unas pequeñas tablas con ruedas sorteando a la gente por las aceras. A esa hora, los distintos aromas de las cocinas de restaurantes,

panaderías e incluso de la floristería situada al final de la calle, se elevaban perfumando el ambiente hasta el edificio en el que ahora tenía su hogar.

Hogar. Parecía una palabra tan extraña. A decir verdad nunca conoció realmente el significado de esa palabra, con Eidryen siempre se movían de un sitio a otro sin permanecer demasiado tiempo en un sólo lugar. A él le gustaban los humanos, la “gente” como solía llamarles, decía que eran más honestos que los dioses y que a veces incluso más peligrosos, pero aquello no evitó que tuviese amigos entre esa raza.

El aroma del pan recién hecho llegó hasta su nariz e hizo que su estómago protestara con un contundente gruñido, se le encendieron las mejillas ante la sonora protesta. Tenía hambre. La amplia cocina del conjunto de habitaciones al que Seybin llamó apartamento, estaba llena con víveres, algunos de ellos ni siquiera estaba segura de que fueran comestibles, otros en cambio, como la cesta con frutas que había encima de una pequeña encimera eran un manjar al alcance de la mano.

Echó una nueva mirada hacia la calle, sus manos temblaban ligeramente cuando las apoyó en el alfeizar de la ventana, la curiosidad se mezclaba a menudo con el temor a lo desconocido. Aquella ciudad, Nueva York, estaba densamente poblada, existía una enorme variedad de gente de distintas étnicas viviendo en más o menos armonía, gente de varias partes del mundo que llegaban en busca de trabajo o para sacar adelante una familia. Había quienes abandonaban el pueblo o la ciudad en las que se criaron para probar suerte en La Gran Manzana, como algunos la llamaban, donde esperaban encontrar fama y quizás cambiar su futuro. Y entre toda esa gente se encontraba ella. Ni diosa, ni humana, un trozo de algo que deseaba encontrar algún lugar en el que encajar, en el que sentirse parte de algo y no una extraña.

Si tan solo lo tuviese todavía a su lado para guiarla como solía hacer.

—Eidryen —susurró su nombre y envió una plegaria sin saber muy bien a dónde.

Su estómago eligió ese momento para volver a quejarse, haciendo una mueca bajó la mirada al pedazo de piel que dejaba al descubierto la camiseta negra y se alejó de la ventana cruzando el salón ricamente amueblado. Sus manos

acariciaron la tapicería del sofá de tres plazas de color marrón en su recorrido hacia la puerta, todo el salón estaba decorado en tonos crema y salmón; Femenino y delicado. Una lámpara en una esquina, una librería en otra, una pequeña mesa de madera y cristal frente al sofá, la televisión en la pared justo en frente... Un hogar y al mismo tiempo, un lugar completamente extraño. Salió por la puerta y recorrió el corto pasillo hasta la cocina. La cesta con la fruta permanecía en su sitio con un apetitoso aspecto, estiró la mano y cogió una naranja. El brillante color y el penetrante aroma ácido le trajo recuerdos de otro tiempo; Recordó las risas compartidas, las bromas, los juegos y los interminables paseos en los que le mostraba el mundo y las maravillas ocultas en él. Las lágrimas empezaron a escurrirse sin remedio por sus mejillas, la conocida presión en el pecho empezó a hacerse más y más grande, si no se reponía pronto, rompería a llorar nuevamente y habiendo llorado toda la noche en su solitaria y extraña cama, era más que suficiente.

—No más lágrimas —se recordó a sí misma.

Pero decir las palabras era mucho más fácil que cumplirlas. Se limpió el rostro con el dorso de la mano pero las lágrimas continuaban fluyendo, el dolor en el pecho insistía en crecer y crecer y por segunda vez en el tiempo que llevaba en ese nuevo hogar, volvió a llorar por lo perdido y por el futuro que desconocía y al que tendría que enfrentarse sola.

CAPÍTULO 4

El expreso estaba en su punto, como a él le gustaba y sabía que eso debía agradecerse a July, la camarera del Green Garden, la cafetería en la que se había aficionado a desayunar. Con unas bonitas vistas a Central Park, poca gente y empleados discretos, era uno de esos pocos sitios a los que acudía de vez en cuando para pasearse entre la gente. Allí nadie hacía distinciones de nadie y sobre todo, no intentaban matarse por el simple hecho de nacer distinto. A veces estaba bien poder pasar por un hombre común y corriente sin el peso que añadía ser quien era. Sonrió a la camarera y pensó en aquella otra

muchacha a la que no conocía y por la cual había hecho una promesa al dios del destino.

—Maldición —masculló—. Como voy a llevar adelante el maldito juicio cuando he prometido velar por su seguridad.

No era como si pudiera hacer trampas, nada más verla lo sabría, sabría si era inocente o culpable y entonces su promesa se iría al infierno. Las palabras del Dios estaban impresas en su mente.

“Ella ya carga con el peso de mis pecados, no necesita cargar con los de nadie más. Sólo es una niña inocente inmersa en una guerra sin cuartel que jamás debió haber comenzado”.

Eidryen lo había mirado entonces de una forma extraña.

“Mantente cerca de ella, Juez, hallarás aquello que has buscado durante tanto tiempo”.

Él no había vuelto a pensar en aquella mujer hasta ahora, más aún, jamás sintió deseo de ver aquello por lo que había dado su palabra. Ella sólo sería un vivo recordatorio de lo que se vio obligado a hacer y que iba en contra de todo lo que era. Después de aquel juicio había renegado del mundo, se reveló contra su propio sino y cometió las más impensables estupideces. Una de ellas tenía nombre de mujer y lo traía por la calle de la amargura.

—Mi estupidez no conoce límites —farfulló. Se recostó contra el respaldo de la silla y perdió la mirada en el horizonte.

No hacía sino retrasar el momento de encontrarse con ella. Después de la visita de su hermano desechó la idea de coger su coche y se marchó caminando hasta terminar en la cafetería donde acostumbraba a detenerse.

Removió el café con la cucharilla antes de llevarse la taza a los labios y tomar un generoso trago. Delicioso. Sin duda era el mejor brebaje que hacían en la zona, y teniendo en cuenta su poca afición por esa bebida amarga, era decir mucho. July se le acercó trayendo el periódico bajo el brazo, una jarra de café en una mano y un platillo con dulces en la otra.

— ¿Otro café “abogado”? —le dedicó una coqueta sonrisa.

Sonrió para sí. July siempre lo llamaba de esa manera después de que prácticamente la hubiese salvado del desahucio. La conoció por casualidad en aquel mismo lugar cuando comentaba su caso con la Señora Jonson, la dueña del local y le había dado unos consejos sobre cómo proceder. Al final, fue el mismo quien llevó el caso desde el bufete. Era toda una ironía que hubiese hecho la carrera de derecho en una universidad cuando era Juez por derecho propio. Desde ese momento la joven italiana se convirtió en una buena amiga, junto con Markus, el novio de esta, dos de los escasos mortales a los que apreciaba y consideraba amigos. Sin duda la eternidad acabaría distanciándolos como ya ocurrió con muchos de sus conocidos, cuando vivías más que la mayoría y no envejecías del mismo modo, conservar las amistades se hacía difícil y también doloroso. Si bien no era un dios, dado su papel y poder, poseía la longevidad y muchos de los trucos de algunos de ellos, aunque eso no evitaba que mañana mismo pillase un resfriado. Irónico, realmente irónico.

— ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames abogado, Jul? — bromeó utilizando el mote que le daba su chico.

Ella puso los ojos en blanco.

— ¿Preferías que te llamase, señor Kelly? —le sugirió dejando un platillo con pastas delante de él—. De parte de la Señora Jonson. Dijo que un chico como tú tiene que alimentarse bien para ponerse así de grande... Y conste que lo dijo ella, yo no he tenido nada que ver.

Se echó a reír y miró más allá de la camarera a la mujer que estaba tras la barra sirviendo una porción de tarta, entonces le envió un saludo a modo de agradecimiento.

—Si sigue consintiéndome así no dejaré nunca este local —comentó con tono divertido mientras se inclinaba para mirar los dulces—. Ha descubierto mi debilidad y me está comprando.

La camarera se rió y sacudió su rizada melena, sus ojos color avellana le miraron con picardía.

—Esperemos que esa no sea tu única debilidad, cariño —le dijo riéndose.

Le dedicó un guiño.

—Te sorprendería —bromeó con ella—. ¿Qué sabes de Mark? ¿Se va a tomar esa semana de vacaciones?

Ella suspiró.

—Ojalá. Va a pasar dos días más en Ginebra, después si todo va bien volará para aquí.

Él bajó la mirada al café y luego a ella.

—Más le vale hacerlo, o me pensaré seriamente el levantarle a su chica —le dedicó un guiño que la hizo sonreír.

—Si eso hace que se decida antes a volver, soy toda tuya —se ofreció con una carcajada.

Él correspondió a su sonrisa.

— ¿Y... hay boda a la vista?

El rubor cubrió sus mejillas y la alegría iluminó sus facciones.

—Tan pronto como consigamos ahorrar un poquito —asintió satisfecha—. Sabes, deberías echarte novia. Una chica dulce y bonita que sepa apreciar la maravillosa persona que eres. Estás muy solo, Shay.

Él bufó ante la recurrente respuesta.

—Ninguna mujer sería capaz de aguantarme por más de dos días, July —aseguró con inocencia—. Estaría condenada a recoger mi ropa sucia y limpiar el desastre en el que convierto a menudo mi apartamento.

Ella puso los ojos en blanco.

—Venga ya —se rió y retiró la taza ya vacía de su café—. Te traeré otro

capuchino. A éste te invito yo.

Él sacudió la cabeza.

—Terminarán echándonos a los dos —le recordó con mientras continuaba con su trabajo.

Aquella era la gente que le importaba, pensó mientras recorría la terraza con la mirada, le gustaba el local, el ambiente, adoraba aquella ciudad que le había dado la bienvenida y se convirtió con el tiempo en su refugio. Allí vivían sus amigos, en cierto modo era su mundo y no permitiría que nada ni nadie los pusiera en peligro; Su para ello debía encarcelar a la portadora del Libre Albedrío, que así fuera.

—Adiós a mis vacaciones —resopló con profundo fastidio.

Sentada en el sofá, con una bolsa de patatas fritas sobre el regazo, observaba con expresión intensa la pareja protagonista de la película que emitían en uno de los canales que consiguió sintonizar; La escena no tenía ningún sentido para ella. Dryah observó la pantalla en la que se desarrollaba una discusión, la mujer gritaba enfurecida después de haberle girado la cara con una bofetada al pobre hombre que se deshacía en disculpas, no entendía realmente lo ocurrido entre ellos pero el llanto de ella era desgarrador. Y entonces él le apartaba el pelo del rostro, le decía que no existía nadie más para él que ella, que nunca existió engaño alguno y que todo formaba parte de un plan para separarles... Todo ello mientras caía una lluvia torrencial que los empapaba a ambos.

—No lo entiendo —murmuró al tiempo que sacudía la cabeza.

Su mirada buscó entonces el mando de la televisión para seguir con su investigación sobre el mundo humano. Se había pasado las últimas horas delante de aquella pantalla tratando de conciliar lo aprendido a lo largo de los siglos que pasó sumida en el sueño de los eternos. De algún modo, Eidryen se había encargado de prepararla para este nuevo mundo con el que sabía que se encontraría. La televisión, era el instrumento más rápido que encontró para ponerse al día, aunque la mayoría de las cosas que vio en aquella ventana al mundo no tenían sentido para ella. La confundía reconocer cada una de las imágenes, el lenguaje, las expresiones, los objetos y en cambio no haber

formado parte de nada de aquello. Sabía que el manto blanco que cubría los coches, las casas y los caminos era nieve, sabía que si hundía sus dedos sería fría, helada... pero jamás lo había experimentado o visto por sí misma. Tenía el conocimiento de varios siglos en su interior pero no había vivido ni siquiera parte de un día.

Dejó la bolsa de patatas fritas sobre el sofá y se levantó, caminó hacia una de las dos ventanas que dominaban el salón dónde sus dedos se posaron con suavidad sobre el liso y frío cristal mientras su respiración los teñía con el vaho. Lo que veía más allá del cristal era un mundo totalmente nuevo para ella, un lugar que la atraía y al mismo tiempo la aterraba como nada lo había hecho nunca antes. Uno de aquellas aves de plumaje grisáceo se acercó batiendo las alas hasta posarse en la repisa de la ventana para luego empezar a emitir un suave arrullo mientras se movía de un lado a otro dando cortos paseos. Se acercó más al cristal observando como el pájaro caminaba de aquí para allá haciendo un divertido movimiento con la cabeza, sus plumas parecían suaves y brillantes, invitadoras. Con un movimiento vacilante alcanzó la manecilla de la ventana y la giró abriéndola lentamente, su sonrisa se amplió al oír el arrullo del pájaro que seguía moviéndose en círculos por el reducido espacio.

—Hola... —murmuró al tiempo que estiraba la mano hacia la paloma, pero esta se alejó rápidamente sólo para volver a posarse cuando retiró la mano—. Ven... bonita...

La paloma pareció interesarse en los movimientos de sus dedos, con algún que otro rodeo volvió a iniciar el baile que la acercaba y alejaba y con cada nuevo avance podía verla un poco más cerca. Una repentina vibración en el aire seguida por un agudo sonido hizo que el ave alzase el vuelo y se alejase definitivamente de la ventana. Saltó casi al mismo tiempo y se golpeó con el borde. El corazón le latía a un ritmo vertiginoso, la adrenalina ya corría por sus venas mientras se frotaba con una mueca de dolor el lugar lastimado. El agudo sonido volvió a repicar por toda la habitación, seguido ahora por unos golpes y una aguda maldición en un idioma que hacía siglos si no más que no había oído.

—El timbre de la puerta —comprendió por fin. Un instante después ya estaba de pie ante la maciza puerta, mirándola con detenimiento. La madera cantaba

de una forma especial, toda ella parecía vibrar plena de energía como si la envolviese un escudo protector.

Una vez más escuchó lo que pareció un gruñido procedente del otro lado, un sonido que conocía íntimamente de otra época de su vida, una en la que había sido la presa de un insistente asesino.

—No es posible... —susurró al tiempo que posaba las manos sobre aquella barrera y vacilaba ante los cierres metálicos que encontraron sus dedos. Su voz se alzó entonces por encima de la puerta—. ¿Nyxx? ¿Estás ahí fuera?

Los gruñidos al otro lado cesaron de inmediato y se hizo durante un momento un completo silencio.

—Dryah, cielo, ¿podrías ser tan amable de abrir esa jodida puerta antes de que empiece a hacerla pedazos? —oyó una malhumorada e irritada voz.

Sus ojos azules se abrieron con sorpresa, sus labios empezaron a estirarse en una esperanzada sonrisa mientras atacaba torpemente los cerrojos que mantenían la puerta en su lugar. Con cada nuevo paso que avanzaba sentía como el escudo de poder se desvanecía hasta que solo quedó un trozo de madera entre ella y el hombre que esperaba al otro lado. Un último e impaciente tirón y la puerta se abrió de golpe. Un despeinado Nyxx apareció vestido con gastados tejanos negros, una camiseta negra que prometía haber sido víctima de un cataclismo a juzgar por el polvo y las quemaduras que la marcaban. Los ojos verdes ardían en el rostro atractivo del hombre que sostenía en una de sus manos lo que parecía ser una bolsa rosa con corazones mientras se lamía la sangre de los heridos dedos de la otra.

—Hola, cariño. Te he traído un regalito —la saludó. Su voz profunda, rota pero sexy, matizada por un tono sensual que cualquier mujer se derretiría sólo de escucharlo.

Se lamió los labios con nerviosismo.

—Eres tú de verdad —sonrió sin atreverse realmente a dar un paso más.

Él la miró con esa expresión irónica que tan bien conocía.

— ¿Acaso esperabas a alguien más?

Ella emitió un pequeño chillido antes de lanzarse directamente a los brazos del cazador.

—Wow.

Nyxx dejó escapar un jadeo cuando su cuerpo paró el impetuoso encuentro con la pequeña alma. La chica se había escurrido por la puerta entreabierta y se lanzó a sus brazos apretándose contra él mientras le rodeaba el cuello con tal desesperación que volvió a sentir la urgente necesidad de hacer pedazos a Seybin. El suave aroma a jazmín de la muchacha inundó su delicado olfato y lo relajó aliviando parte del nerviosismo y estrés que le supuso aporrear esa maldita puerta blindada. Reconocía una protección de su jefe cuando la veía, pero hasta el momento era la primera que no sólo no pudo desentramar, sino que lo mandó volando al otro lado del pasillo en cuanto le puso la mano encima. El ligero estremecimiento de la chica lo trajo al presente, sus manos vacilaron y se movieron nerviosas sobre ella.

—Vamos, Dryah. No me hagas esto —gimoteó él. Realmente gimoteó—. Lágrimas no, nena. Sabes que las odio.

Como respuesta a sus palabras ella empezó a sollozar con más intensidad, aumentando también su agarre sobre él. Con un suspiro entrelazó los brazos alrededor de su cintura y la levantó del suelo, cargando con ella todavía pegada a él hacia el interior del apartamento antes de volverse a medias y cerrar la puerta con el talón.

Había esperado impaciente esa reunión desde el momento en que supo que estaba despierta. Ella era demasiado cálida, demasiado tierna para que fuese abandonada sin más en un mundo tan cruel como podía llegar a ser el humano. La humanidad batallaba por cualquier cosa, estaba en su naturaleza la necesidad de avanzar, de aprender, de adquirir conocimiento, riquezas, poder y la mayoría de las veces no les importaba tener que matar, extorsionar o robar para conseguir lo que querían. Dejarla sola en medio de aquella raza, como un bebé que recién empieza a dar sus pasos lejos de la mirada atenta de sus padres era un suicidio. Apretó los dientes al recordar las palabras de su jefe al respecto, ignoraba que tenía pensado el dios pero había sido implacable en

su decisión. Esta vez no hubo lugar para intervención alguna, si le permitía acercarse ahora a ella sólo podía significar que aquello también entraba en la enrevesada trama de su plan.

Malditos fueran los dioses y su constante necesidad de probarse ante el mundo, pensó. Sus egos no estaban a la par de sus cuerpos, eso seguro.

Nyxx atravesó el salón y se plantó delante de ella. La había dejado en el sofá después de que el grifo de las lágrimas se hubiese cerrado por fin; No había cosa que más odiara que ver llorar a una mujer.

—Ten, bébetelo —le pidió mientras le ponía un vaso en las manos, entonces apartó lo que había sobre la mesa auxiliar y se sentó en el borde.

Ella aceptó el vaso, su mirada se quedó fija en las diminutas cicatrices que quedaban al descubierto en sus dedos.

—Tu mano no tenía esa apariencia la última vez que nos vimos.

Él no pudo evitar esbozar una sonrisa ante el tono preocupado en su voz. Había cosas que no cambiaban.

—Tu puerta y yo hemos tenido una pequeña... diferencia de opiniones —respondió levantando los dedos a la altura del rostro para luego bajar la mano —. No es nada.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

— ¿Y la puerta sobrevivió? —murmuró echando un vistazo tras ella—. ¿Qué clase de protecciones le han puesto? Creía que conocías todas las de Seybin.

No pudo evitar seguir su misma dirección con la mirada.

—Yo también —aceptó ondeando la mano haciendo a un lado la pregunta—. Tu casa es actualmente como Fort Knox, sólo que mejor. El jefe sabe lo que hace, pero se le olvida mencionárselo a los demás, algo que hubiese sido un bonito detalle.

Ahora fue el turno de ella de hacer una mueca.

—Seybin no tiene de esos.

Él sonrió ante la sinceridad de la muchacha.

—De nuevo, tú lo sabes y yo lo sé. Que no se entere él, por favor.

Ella sonrió en respuesta.

—Me alegro que estés aquí —asintió y se llevó el vaso a los labios. Sus ojos estaban enrojecidos, al igual que su nariz, pero al menos las lágrimas habían cesado.

—Y yo de que lo estés tú —aceptó mirándola con ternura. Entonces siguió su inspección por el salón—. Bonita choza la que tienes aquí.

Ella frunció el ceño.

— ¿Choza?

Él asintió mientras examinaba cuidadosamente la habitación. Allí había algo extraño, algo que no coincidía con los demás patrones pero no conseguía dar con la fuente exacta.

—Casa, hogar —le explicó—. Ya sabes.

—Hogar —repitió y sus labios se alzaron en una mueca—. Supongo que sí.

Se volvió nuevamente a ella, su voz no podía ocultar el torbellino de emociones que la afectaba, incluso a distancia y protegido por su maldición, todavía sentía el malestar, la intensidad que la desgarraba interiormente. Su mirada fue entonces hacia la bolsa rosa con corazones que descansaba a un lado.

—Seybin te envía esto —le acercó la bolsa—. Quizás pudieras ponerlo bajo sus posaderas la próxima vez que se siente.

Ella frunció el ceño aún más y cogió la bolsa que le ofrecía. Tras mirar en su interior le dedicó una curiosa sonrisa.

— ¿Debo preguntar?

Él alzó ambas manos a modo de rendición.

—A mí no me mires, yo solo soy el mensajero —respondió y añadió—. No se mata al mensajero.

Sacó la planta del interior de la bolsa, un pequeño cactus y la depositó sobre la mesa.

—Gracias —aceptó mirando la planta con atención. Tenía una forma extraña, como la de un animal con grandes orejas y una flor amarilla—. Parece un conejo.

Ladeó la cabeza examinando la planta y asintió.

—Sí, la verdad es que lo parece —aceptó mirando la planta desde una distancia prudencial. Después de pasar un buen rato peleando con las protecciones de su jefe, no se fiaba ni de una pequeña planta con aspecto inofensivo.

Ella acarició la flor amarilla que coronaba una de las orejas del cactus y se volvió una vez más hacia él, quien se tomaba su tiempo en examinar la habitación. Su mirada se detuvo en la televisión todavía encendida y en la ventana abierta.

—Veo que has descubierto la utilidad de la caja tonta —comentó indicando el televisor con un gesto de la cabeza.

Ella siguió su mirada.

— ¿Caja tonta? ¿No se llama televisor?

Sonrió. Por un momento olvidó que ella había estado aislada hasta hacía realmente poco.

—Sí, nena, es un televisor —asintió y cambió de dirección señalando una de las ventanas con un gesto de la barbilla—. ¿Qué te parece este nuevo mundo?

Ella se tomó su tiempo en responder.

—Ruidoso, asombroso, aterrador... y grande —empezó a enumerar—. Viejo y nuevo a la vez. Siento que lo conozco y sin embargo no sé nada de él. Sé los nombres de muchas cosas que jamás he visto, probado o experimentado.

El Cazador asintió, sabía bien lo que era que el tiempo pasara para otros pero no hubiese pasado para ti. Lo difícil que era conciliar lo visto y vivido con el nuevo mundo que se habría ante ti. Y ella se había perdido siglos y siglos de civilización. Protegida como estuvo incluso antes de eso, solo conocía los humanos por lo que había oído o visto de ellos, pero jamás se le permitió experimentarlo realmente. El tener el conocimiento, no era lo mismo que vivirlo, las sensaciones lo suponían todo. Sacudiendo la cabeza, se movió para levantarse cuando vio la bolsa medio vacía de patatas fritas en un lado del sofá.

—Dime que no has estado alimentándote con eso —pidió alcanzando la bolsa.

Ella se encogió de hombros y señaló el bol de fruta que apartó antes para poder sentarse en la mesa.

—También comí fruta —respondió a modo de disculpa. A decir verdad, todos los víveres que había en la así llamada cocina, necesitaban de alguna manera de calentamiento o preparación y no estaba segura de cómo utilizar los electrodomésticos, lo único que no le había supuesto un desafío eran el bol con fruta y esas bolsas que encontró en una de las puertas al lado del frigorífico—. Me gusta la fruta.

—Y a mí un buen solomillo —le dijo con ironía. Chasqueó la lengua y se inclinó hacia delante, mirándola—. Pero hay que sacarlo de la nevera, retirarlo de la bandeja y poner la sartén para poder freír la carne... Eso, o te comes a la vaca.

El sonrojo de ella aumentó, coloreando las mejillas de un intenso y atractivo rojo. Nyxx suspiró y le indicó la puerta con un gesto de la barbilla.

—Vamos a ver que hay en esa cocina que podamos prepararte —le dijo palmeando suavemente su pierna antes de ponerse en pie—. Si te mueres de

hambre, recaerá en mi conciencia y dudo que haya espacio para nada más.

Shayler jadeó como si hubiese sido golpeado como un tsunami por la oleada de emociones que se permitió tocar. Sus manos se aferraron con fuerza al borde de la pequeña mesa mientras el aire luchaba para volver a entrar en sus pulmones, un delgado hilo de sangre goteó desde su fosa nasal derecha salpicando su mano. Los nudillos se le pusieron blancos con el esfuerzo, las pupilas dilatadas y desenfocadas. Parpadeó varias veces tratando de enfocar nuevamente al tiempo que se extendía a tientas por una servilleta. ¿Cómo podía seguir viva esa criatura? Sus ojos brillaban por la amalgama de emociones que hacían eco en su interior, sus pulmones se esforzaban por retomar su función y llenarse de aire mientras intentaba hacer a un lado las emociones que no le pertenecían. Aquel profundo dolor que la rodeaba y envolvía como un capullo que habría hecho ponerse de rodillas al mismísimo diablo tal era su intensidad.

Sabía que su empatía era una de las mayores maldiciones de su condición y al mismo tiempo, su mejor carta a la hora de emitir su veredicto como juez. A menudo se había estremecido hasta el mismísimo alma al conectar con la maldad innata en alguno de sus acusados, podía sentir compasión por el trauma que hubiesen sufrido, pero ésta era la primera vez que entraba en contacto directo con el desgarrador dolor. Dolor en estado puro.

— ¿Cómo puede soportarlo? —murmuró en voz alta con la mente todavía en ella.

Había decidido hacer un pequeño sondeo y sabiendo que su poder era casi gemelo al del Libre Albedrío no le llevó mucho hurgar en la trama del universo hasta dar con ella. Para ser sincero consigo mismo, le sorprendió encontrarla allí, en su misma ciudad pero no fue nada en comparación con lo que vino a continuación. Era un milagro que aquella hembra estuviese entera, que tuviese siquiera el valor de respirar cuando todo se hacía pedazos en su interior. Un sentimiento de comunión se cernió sobre él alcanzándolo en lo más recóndito de sí mismo, el lugar que había enterrado hacía demasiados siglos para poder sobrevivir. Él conocía el dolor, lo había padecido en carne propia, pero le maravillaba que ella pudiese soportar lo que llevaba en su interior.

Tomando una gran bocanada de aire se enderezó, la servilleta ahora manchada de su sangre se calcinó al instante entre sus dedos al tiempo que sus ojos barrían rápidamente la terraza esperando que nadie reparase en su truquito de magia.

—No puedo permitirme más retrasos —murmuró para sí y recuperó la chaqueta en el respaldo de su silla al tiempo que se ponía de pie.

Apenas había echado mano al bolsillo interior de la chaqueta en busca de su cartera cuando apareció la camarera.

— ¿Ey? ¿Ya te vas? —se sorprendió July quien le traía un nuevo café.

Se puso la cazadora con un rápido movimiento y le dedicó una sonrisa que haría descongelar hasta un iceberg.

—Lo siento, cielo. Me reclama el trabajo —aseguró y dejó un par de dólares echándolos sobre la mesa—. Cóbrate el café y quédate el cambio.

Ella negó con la cabeza y recogió los dólares de la mesa.

—Que sepas que ya te queda pagado el café de toda la semana —le dijo abanicando los billetes.

Él le dedicó un guiño y se despidió.

—Sí, señora. Cuídate y dile a Mark que se mude de una buena vez.

Ella se echó a reír.

—Se lo diré, Shay, no te preocupes —sonrió con calidez—. Cuídate tú también, no trabajes demasiado.

—Lo intentaré —aceptó con una inclinación de cabeza.

Dejó el lugar con la mente puesta ya en su nuevo objetivo. Tenía un juicio que regir y cuanto antes empezara, antes podría aplacar la nueva sensación de inquietud que se había instalado en su interior tras su contacto con ella.

—Es hora de que nos conozcamos, Libre Albedrío.

Sintió como un escalofrío se deslizaba por su columna, un leve tanteo que la puso repentinamente nerviosa. Dryah desplazó la mirada por la cocina buscando aquella presencia pero fuese lo que fuese se había retirado tan rápidamente como llegó. Parpadeó un par de veces en un intento de centrarse una vez más, la sensación de extrañeza seguía presente pero ya no era tan palpable.

—Ey —la llamó Nyxx—. ¿Va todo bien?

Se volvió hacia él, parpadeando como si necesitara volver a centrarse en la habitación en la que estaba. Frunció el ceño, seguía incómoda, como si fuese observada.

—No lo sé. —Se estremeció sin poder evitarlo—. Tengo la sensación de que alguien me estaba buscando... y me ha encontrado.

El hombre apartó la sartén en la que había estado cocinando a un lado, apagó el hornillo de la vitrocerámica y examinó cuidadosamente la habitación en la que se encontraban.

—No noto nada extraño —comentó sin dejar de mirar a su alrededor, sondeando el apartamento con su propio poder.

Sacudió la cabeza restándole importancia, estaba demasiado nerviosa, eso era todo.

—Debí imaginármelo... empiezo a ver... como se dice... fantasmas en todos lados —le sonrió e indicó la sartén con un movimiento de la mano—. Eso sí que huele bien.

Él se tomó un momento antes de ceder a su cambio de tema y volver al plato que había cocinado. Nadie pensaría que una de las habilidades de un Cazador de Almas fuera la cocina, pero en el caso de Nyxx, así era. Tras rebuscar un poco en la nevera y los varios estantes dispersos por el mueble de la cocina, sacó los ingredientes suficientes para preparar algún plato rápido. Ella asistió a la muestra de dominio culinario desde su asiento en la mesa de la reducida

cocina.

La habitación destinada a esa función no era demasiado grande, pero sí lo suficiente como para poder moverse de un lado a otro sin chocar con los muebles y paredes. Un armazón central situado a la derecha de la puerta contenía la placa de la Vitro cerámica, el refrigerador y el fregadero. El lavavajillas y la lavadora estaban incrustados en la parte de abajo, mientras el horno y el microondas ocupaban un lugar en la columna lateral del mueble. Los azulejos de un tono blanco con vetas de mármol cubrían toda la habitación, salpicados por unos mosaicos con motivos de frutas o panes. La mesa estaba rodeada por una rinconera se veía iluminada por la luz adicional del exterior, entrando desde la única ventana de la habitación; Era una habitación acogedora.

Con un rápido movimiento, terminó de saltar la tortilla de jamón, queso y setas en la sartén y la pasó rápidamente a un plato y la deslizó ante ella.

—Bon appetit —le deseó al tiempo que se giraba a dejar la sartén en el fregadero.

Asintió cuando le puso el plato delante, el aroma del jamón y las setas se elevaron hasta ella abriéndole el apetito. Se le hacía la boca agua, hasta ahora no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Agradecida se volvió hacia él, quien ya estaba recogiendo y lavando los utensilios que había utilizado.

— ¿Crees que yo también podría aprender a hacer esto? —preguntó mirando admirada la tortilla.

Él se rió y se giró hacia ella, mirándola por encima del hombro.

—Claro que sí —aceptó con diversión—. Otra cosa, es que lo que hagas, se pueda comer.

Abrió la boca en un gesto de fingida ofensa.

—Ey, eso fue un golpe bajo, Cazador —se quejó burlona.

Él sacudió la cabeza y le señaló el plato con un gesto de la barbilla.

—Come mientras aún esté caliente.

Sonriente, tomó los cubiertos para dar inicio a su primera comida real en los últimos siglos.

Nyx la observó disimuladamente mientras se movía por la cocina, no había dudado en coger los cubiertos y dar cuenta de la comida con unos modales exquisitos. Su mirada adquirió algo de calidez mientras disfrutaba de la tortilla, saboreando cada bocado y con todo, era consciente de que ella seguía cada uno de sus movimientos, intuía que el motivo era que no quería quedarse sola. No podía culparla, había estado sola demasiado tiempo y ahora —dejó escapar un ahogado gruñido—, un juicio pendía sobre su cabeza. Malditos fueran los dioses y sus inmortales egos.

— ¿Quién le ha hecho eso a tu pelo? —le preguntó fijándose en su revuelto cabello. Se sorprendió al ver que su larga cabellera había sido sustituida por esa atrocidad—. Deberías matar a tu estilista, o aún mejor, dime quién es y te haré el favor. Nadie que le haga eso al pelo merece vivir. ¿Qué utilizó, una segadora?

Ella se metió el trocito de tortilla que había cortado en la boca y sonrió a modo de disculpa. Por su mirada supuso que estaba a punto de decir algo que la avergonzaba.

—Un cuchillo —respondió después de tragar, con una sonrisa de disculpa—. Y lo cierto, es que yo soy la única responsable.

Se limitó a poner los ojos en blanco sin hacer comentario al respecto. La tensión empezó a ser palpable cuando ninguno de ellos habló durante varios minutos. Ella volvió a concentrarse en la comida hasta dejar el plato vacío.

—Seybin me ha contado lo del Juicio —comentó al fin, no valía la pena andarse con rodeos—. Han convocado un *Antiquerum*, el mismo...

Ella lo interrumpió sin dejarle terminar.

—Que hizo que condenaran a Eidryen, lo sé —Su voz había perdido la simpatía y alegría anterior y era llana y fría—. Toda una ironía, ¿no?

—Los dioses temen todo aquello que no comprenden o no pueden controlar y siempre buscan la misma forma de solucionar las cosas —le aseguró, su voz poco más animada que la suya.

Ella estaba dispuesta a replicar pero su voz quedó ahogada cuando una repentina explosión de poder vibró a su alrededor. Alguien se había saltado las protecciones no sólo del apartamento, sino también del edificio sin ninguna sutileza.

—Parece que tenemos visita —murmuró haciendo aparecer una afilada y pesada espada en una mano, y un cuchillo en la otra.

Ella apenas oyó su respuesta, su poder reconoció instantáneamente aquella brusca huella que había derribado las defensas del edificio como si fueran de mantequilla. Sin advertencia alguna dejó los cubiertos sobre la mesa, se levantó y dribló a cazador al abandonar apresuradamente la cocina.

Él dejó escapar una sorprendida maldición y salió tras ella, siguiéndola al salón. La intensa ola de poder que concentraba la habitación en aquellos momentos casi lo pone de rodillas cuando traspasó el umbral. Uno frente a otro, como dos adversarios que miden sus fuerzas antes de entrar en combate se encontraban los dos seres más poderosos de todo el Universo: La Ley Universal y el Libre Albedrío.

—No. No es posible. Tú eres... —Shayler miraba incrédulo a la mujer que tenía frente a él—. ¿El Libre Albedrío?

Ella entrecerró los ojos, su mirada fija en la del hombre que permanecía allí en medio de su salón sin haber sido invitado. El único responsable de que perdiese todo lo que tenía, a Eidryen... y posiblemente su vida.

—Y tú mi asesino.

CAPÍTULO 5

Tardó en reaccionar, nada ni nadie podrían haberlo preparado para aquel encuentro. Intuía que iba a ser alguien especial, pero diablos, ni en sus más locos sueños Shayler pensó tenerla a ella frente a él, cara a cara mientras ambos estaban despiertos. Era sencillamente imposible. Pero era ella. ¡Por todo el universo, era ella! Los mismos brillantes ojos azules, el mismo rostro ovalado, la pequeña nariz, las diminutas pecas que sabía que espolvoreaban algo más que sus pómulos. Era ella... y al mismo tiempo se veía... distinta.

Su pelo ya no era la hermosa cascada rubia que le llegaba casi hasta casi la cintura, se lo habían cortado de una manera atroz, como a tijeretazos, quedándole ahora a nivel del cuello en desordenados mechones. Su curvilíneo cuerpo permanecía en una tensa espera, dispuesta a saltar a la primera provocación y sus ojos... Sólo había visto ternura y alegría en esos ojos y ahora se fijaban en él con profundo desprecio, odio y dolor. Un dolor tan profundo que le sorprendía que no reverberara de su piel.

Era ella. Y con todo, muy distinta.

—Tu pelo —fue lo único que se le ocurrió murmurar. Estaba atónito ante el impensable encuentro.

La vio levantando la mano para llevársela a los desiguales mechones pero se detuvo, sus ojos se oscurecieron aún más mientras volvía a bajar los brazos y dejarlos anclados a su cadera. Se vio obligado a respirar profundamente para mantener el control, su empatía podría tomar las riendas y aquella mujer que tenía frente a él vibraba como un torbellino de emociones fuera de control. Si no empezaba a dominarlas pronto se quebraría y con ella el escaso dominio que ejercía sobre la sobrecogedora esencia que la rodeaba y le daba forma. Era el Libre Albedrío, de eso no tenía ninguna duda, el poder se pegaba a su piel tan íntimamente que no distinguía donde empezaba uno y terminaba el otro; Eso no sería tan malo si tuviese control sobre él, pero este fluctuaba al compás de sus emociones las cuales eran un caos sin control.

—Parece que a alguien se le olvidó llamar a la puerta.

Luchó por despegar la mirada de la mujer para concentrarse en el propietario de la voz rota que interrumpió sus pensamientos. Las intenciones del guerrero estaban claras pese a la postura relajada y la latente amenaza en sus ojos. Las manos apretaban la Espada de las Almas y el cuchillo cerca de sus caderas, su imponente y bien entrenado cuerpo se movía con elegante cadencia para colocarse sutilmente entre él y la chica. Cualquier movimiento imprudente de su parte sería considerado una amenaza.

Sus labios se estiraron en una irónica sonrisa. Nunca pensó que viviría para llegar a ver algo como aquello; Un Cazador de Almas protegiendo el objeto al que debería dar caza. El mundo empezaba a convertirse en un lugar cada vez más interesante.

—Relaja tu postura, lobo —le sugirió. Su mirada alternó de él a la mujer que escudaba con su cuerpo—. No estoy aquí para hacerme un abrigo con tu piel.

Él no cedió ni un sólo milímetro de su nueva posición pero relajó los hombros y permitió que una de sus armas se desvaneciera. Con gesto engañosamente relajado se llevó la mano al bolsillo mientras movía la otra, todavía cuchillo en mano, por detrás de la espalda femenina. Empezaba a costarle bastante mantener la atención sobre el cazador cuando lo que deseaba era contemplar a aquel sueño que había cobrado vida propia ante sus ojos.

—Juez —lo saludó y atrajo una vez más su atención sobre él.

Su mirada se desplazó una vez más sobre el hombre y le dedicó una ligera inclinación de cabeza a modo de saludo. Aquella no era la primera vez que sus caminos se cruzaban.

—Es bueno saber que sigues de una pieza, cazador de almas —lo saludó y se permitió relajar también su postura. Su mirada pasó entonces a ella quien se tensó al sentirse observada—. Interesante compañía la que tienes aquí.

El cazador no apartó la mirada de él pero sintió, al igual que él mismo la cada vez más tensa respuesta de la muchacha. Ella estaba nerviosa, asustada pero también hervía de furia contenida.

—No te haces una idea —correspondió a su saludo y se permitió girarse ligeramente hacia la muchacha, sin perderle a él de vista—. Todo está bien, nena, este hombre es...

Para sorpresa de ambos, la mujer dejó su protección y dio un paso a un lado para mirarle de frente.

—El Juez Supremo Universal —siseó ella, y no podía decirse que estuviese contenta de su presencia allí—. El asesino de los dioses y sus errores.

Arqueó una ceja ante el insultante título, podía leer sus emociones igual que si estuviese leyendo un libro abierto y ella creía en cada una de las palabras que pronunció.

—Gracias, es el halago más sincero que me han hecho —le dijo sin apartar ni un solo instante la mirada de la de ella. Sus palabras parecieron molestarla pues se tensó aún más y pudo notar como apretaba los dientes.

Dryah recordaba la figura del hombre que ahora estaba ante ella, si bien era la primera vez que lo tenía tan cerca como para poder escuchar su voz y gritarle su odio a la cara, él había sido el único responsable de la muerte de Eidryen. Los ojos azules que ahora la miraban eran los mismos que atravesaron la distancia que los separaba unos instantes antes de que las puertas se cerraran, no la había visto pero supo en todo momento que ella permanecía allí, estaba segura de ello. Se le prohibió entrar en la sala cuando se leyó la sentencia a los dos dioses, ni los desesperados gritos o súplicas que profirió mientras aporreaba aquellas malditas puertas sirvieron de nada.

No podía apartar la mirada de él, ésta era la primera vez que sus caminos se cruzaban directamente, sus ojos la sondeaban como si pudieran entrar en su interior y espiar sus más íntimos pensamientos. La sorpresa que le provocó su encuentro no pasó desapercibida para ella, en cuanto puso un pie en el salón y lo vio allí examinando la habitación como si tuviese todo el derecho a invadir su espacio supo quién era él. Pero el primer encuentro de sus miradas lo que lo golpeó con fuerza, sus ojos mostraron entonces la incredulidad por lo que tenía ante sí, fue solo un segundo, un breve instante antes de que aquel apuesto rostro adquiriese de nuevo una indescifrable expresión.

Sintió un escalofrío bajándole por la espalda, el ser que tenía frente a ella emanaba tal poder que hacía que se le pusiera el vello de punta. Había peligro y una apabullante mortalidad en él que chocaba estrepitosamente con la apariencia juvenil y despreocupada que lo envolvía. Pese a todo, no podía olvidar el hecho de que ese hombre era el que había firmado la sentencia de Eidryen y la llevó hasta el final.

—No era un halago —masculló después de un momento de incómodo y tenso silencio.

Él no era el único sorprendido por su repentina frialdad, el cazador la conocía tan bien como su mentor y sabía que el dolor y la rabia que contenía su voz no era algo común en ella. Por el contrario, la mujer que él conocía era calidez, paz y paciencia.

— ¿Me hago a un lado para que podáis conoceros mejor? —sugirió rompiendo el incómodo silencio entre ellos, aunque no dio ni un solo paso para alejarse de ella.

—Ya sé todo lo que tengo que saber sobre él —murmuró sin despegar los ojos del hombre que la vigilaba como si esperase que de un momento a otro se convirtiese en una bola de fuego o iniciase algún cataclismo—. Lo único que quiero es que se vaya por dónde ha venido.

La sonrisa que curvó sus labios la hizo tensarse un poco más, a pesar de que sus movimientos eran estudiadamente lentos y sus palabras medidas, su sola presencia causaba en ella una profunda desconfianza.

—Siempre me han gustado esta clase de “bienvenidas” tan cálidas —comentó él fijándose una vez más en la habitación y los muebles que había a su alrededor antes de volver a posar su mirada sobre ella—. ¿Alguien se molestó en comunicarte que han puesto precio a tu linda cabecita?

Abrió la boca dispuesta a decirle un par de cosas pero el cazador se adelantó.

—En realidad, sí —la interrumpió Nyxx. El cuchillo que todavía sostenía en una de sus manos se desvaneció en el aire dejando claro que consideraba que no existía un peligro real. Suponía que el que se lanzaran dardos envenenados

por palabras no lo consideraba un riesgo—. Acabo de tener ese dudoso honor.

Vio como el Juez posaba su mirada sobre el cazador antes de volver de nuevo a ella. La forma en la que la miraba empezaba a ponerla más nerviosa de lo que estaba, no le gustaba esa inquisitiva vigilancia a la que la sometía.

—Interesante. Sabes que se te ha condenado a un *Antiquerum* y todavía no has dicho nada en tu propia defensa. Al contrario, me insultas. —Para su inquietud y sorpresa el hombre recorrió la distancia que los separaba y se inclinó sobre ella, encontrando su mirada—.Entiendes lo que significa un *Antiquerum*, ¿no dulzura?

Ella entrecerró los ojos y dio un discreto paso atrás para mantener su espacio personal. Él le sacaba fácilmente una cabeza aumentando la sensación de indefensión que sentía frente él y su poder.

—El Juicio Universal —murmuró entonces. Intentó que su voz sonase más alto y con la suficiente fuerza para que no pensase que la amilanaba su presencia. Sus ojos brillaban con la intensidad del poder que se revolvía en su interior en un perfecto eco de sus emociones—. El castigo más antiguo que se puede exigir ante el Consejo y por ende uno que no se realiza con demasiada frecuencia debido a su peculiar carácter de vida o muerte. Un veredicto que termina antes de empezar siquiera.

Se vio obligada a respirar profundamente para mantener la compostura cuando todo lo que deseaba era arrancarle los ojos, gritarle y maldecirle por lo que le hizo, por arrebatarse lo único que tenía en el mundo.

—Esgrimes el poder sobre la vida y la muerte, tu voz es el único decreto que necesitan los dioses para apaciguar sus sucias conciencias sin mancharse las manos —siseó incapaz de contener la rabia que sentía hacia él—. Te crees con derecho a declarar culpable a alguien y sentenciarlo a una muerte en vida sin importante que hay más allá. Tú no esgrimes la ley del universo... ¡sólo sabes de muerte!

Sus ojos brillaban con la fuerza del crudo poder y el dolor que armonizaba con su cuerpo, las lágrimas llegaron una vez más derramándose sin contenciones allí mismo, sin importarle quien las viese.

—Los sentenciaste a muerte —su voz era pura rabia, profunda desesperación. Todo su cuerpo estremeciéndose con pequeños temblores—. Me arrebataste todo lo que tenía, pero no es suficiente, ¿quieres ahora también mi propia vida?

Ni todos los siglos pasados y venideros podrían borrar de sus almas aquel momento, ella sabía lo que arriesgaba con sus palabras, lo que conseguiría si lo enfurecía pero no pudo evitarlo. Alzó la barbilla con desafío, se limpió las lágrimas con un brusco gesto de la mano y le sostuvo la mirada en un mudo desafío que lo invitaba a terminar con su vida. Si con ello conseguía que el dolor que vivía dentro de ella se marchase, estaba dispuesta a gritarle hasta quedarse sin voz, hasta que su garganta quedase en carne viva.

Entonces vio algo en sus ojos, si no supiese que era imposible habría jurado que era orgullo lo que brilló durante un casi imperceptible momento en ellos. La necesidad de increparlo una vez más rabiaba en su interior, pero afortunadamente el cazador tenía más sentido común que ella en aquellos momentos y lo evitó.

—Dryah no empeores las cosas. —El cazador la rodeó suavemente y la obligó a dejar su reciente diana para centrarse en él—. Insultar al juez no va a ganarte puntos en tu defensa, las cosas ya no son como eran antes, pequeña, es tu vida la que está en juego así que contente.

Pero no estaba dispuesta a hacerlo, llevaba demasiado tiempo deseando decirle todas aquellas cosas a la cara al verdugo de Eidryen y aunque la matase allí mismo por su osadía, no se detendría hasta sacarlo todo.

— ¡Mi vida no tiene maldito sentido gracias a él! —exclamó al tiempo que se giraba hacia el Juez mientras luchaba para que el cazador la soltase—. Me lo arrebataste todo. ¡Todo! Sentenciaste a un buen hombre por el único motivo de protegerme a mí. ¡A mí! Era mi presencia la que rompía el equilibrio, él era inocente y tú lo mataste. Si tenías que encontrar algún culpable, tenías que haber acudido a mí, no a Elora o a Eidryen, sino a mí.

Se soltó por fin de los brazos de Nyxx después de un pequeño forcejeo, su mirada reflejaba todo el dolor y el odio que vivía en su interior, el sentimiento de culpa que vivía en su interior desde el mismo momento de su nacimiento.

—Pero te los llevaste a ellos —continuó ahora un poco más calmada después de soltarlo todo—, no preguntaste, nadie me dio siquiera la oportunidad de hablar y te los llevaste.

Se lamió los labios en un intento de encontrar las palabras adecuadas, sus ojos no abandonaron los suyos en ningún momento, ya no le importaba su altura, su poderosa presencia, la prudencia se extinguió en su interior.

—Y ahora vienes a mí. Ahora que ya es demasiado tarde —clamó sosteniendo su mirada—. ¿Intentarás arrebatarme también la libertad o te limitarás a destruirme?

Su respuesta tardó en llegar y lo hizo a propósito. No dejó de estudiarla desde el preciso instante que la primera de sus acusaciones abandonó sus labios, con cada punto álgido de sus palabras y emociones el primigenio poder en su interior se elevaba en consecuencia, su propia presencia alimentaba al Libre Albedrío el cual crepitaba y se alzaba en busca de aquella marca de poder que reconocía por ser gemelo al suyo. Sus tumultuosas emociones eran como un inagotable combustible para su inmortal existencia, si no se dominaba y dominaba con ello su poder, iban a tener problemas, grandes problemas.

—No salvo, ni destruyo a menos que sea el último recurso, Libre Albedrío —le dijo en tono calmado, no había necesidad de exaltarla aún más—. Si fuera tú, no sacarías conclusiones precipitadas sobre mí.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No me precipito en mi opinión sobre ti, me limito a los hechos.

Bueno, aquello iba a ser difícil, ella no parecía muy dispuesta a apaciguarse.

—Hechos que tú me atribuyes —la corrigió manteniendo un tono calmado, razonable—, pero recuerda tus propias palabras. No estuviste allí para saber con absoluta seguridad si las cosas sucedieron tal y como tú las interpretas.

Ella se tensó aún más, pudo notarlo en la forma en que apretaba la mandíbula.

—Eidryen ya no está aquí, esa me parece una prueba más que suficiente —le espetó. Sus ojos adquirieron un tono mucho más claro y vibrante, el latente poder en su interior estaba tomando las riendas—. Y el único responsable eres tú, maldito seas.

Él sacudió la cabeza en una firme negativa, no estaba dispuesto a continuar con aquello ni un segundo más.

—Cesa en tus acusaciones y cálmate. —Su voz mantuvo el tono calmado, o se calmaba o tendría que ponerla a dormir y la idea ya no le seducía de la misma forma que aquella mañana—. Estás a punto de desatar un poder sobre el que no tienes control.

Su mirada le advertía que tenía aún más que decir. Mujeres.

— ¿No te gusta oír la verdad, Juez? —insistió sin cambiar un ápice su actitud—. Es una lástima, porque eso será todo lo que salga de mis labios.

No pudo evitarlo, puso los ojos en blanco.

—Serías la primera mujer que lo hiciera, querida, antes o después todas caéis en las mentiras —rezongó con amargura. Su mirada cayó una vez más sobre ella y la alternó con la del cazador que parecía haber decidido asistir al intercambio de los dos en silencio—. Ahora se buena chica y respira profundamente, necesitas relajarte para que el poder que esgrimes haga lo mismo antes de que alguien salga herido. No estoy aquí para hacerte daño, así que no me obligues a ir en contra de mis principios.

Ella bufó.

— ¿Qué principios puedes tener tú? —masculló al tiempo que se alejaba nuevamente de él. El dolor en su interior se alzaba como una entidad viva que la devoraba—. ¿Eso es para ti el no hacerme daño? ¿Acabarás conmigo de forma rápida y misericordia?

Con un profundo suspiro, acortó una vez más la distancia entre ambos.

—Si tengo que hacerlo, sí.

Su mirada cayó entonces sobre el cazador que parecía no estar muy cómodo con aquella situación. Un simple gesto por su parte lo obligó a mantenerse quieto, cosa que no pareció gustarle mucho.

—La realidad es muy distinta de lo que tú crees, no conoces realmente los

hechos acontecidos en el pasado y el futuro se presenta como un tapiz en blanco para ti —Se detuvo a su lado, sin tocarla, ni siquiera le miró pero no importaba. Le gustaba ese suave y exótico aroma a jazmín que emanaba de ella, el Libre Albedrío pareció rebajar su intensidad y se acercaba a él con curiosidad, como si le reconociese pero no confiase del todo en él—. Eres, perdona la expresión, una criatura salvaje dejada en tierra de nadie con un poder capaz de consumirte a ti y a todo aquel que te rodee.

La vio girar la cabeza hacia él, sus ojos seguían llenos de dolor y desconfianza, pero la intensidad era menor, más llevadera.

—No te equivoques conmigo, pequeña. En estos momentos, yo soy todo lo que te separa de dormir eternamente en una oscura y triste prisión de piedra y un posible futuro para que llenes ese lienzo blanco con lo que desees —le dijo con tono suave, calmante, como si le hablase a un niño—. Has sido convocada a un *Antiquerum*, el Juicio Universal y el veredicto dependerá única y exclusivamente de ti y de lo que hagas.

Sumido en la irresistible atracción que su poder y aquella mujer frente a él tenían sobre él, se permitió subir la mano a su mejilla y deslizar los dedos sobre la suave y pálida piel maravillándose al sentirla real bajo su tacto.

—Dime, Libre Albedrío, ¿vas a ser una buena chica y colaborarás conmigo o tendremos que hacer todo esto por las malas? —le preguntó deslizando una vez más sus dedos en un gesto inocente por su mejilla—. ¿Qué eliges, bonita?

Los ojos azules de la muchacha parecieron suavizarse, o eso fue antes de que ganasen la intensidad con las que acompañó sus palabras...y lo que vino después.

—Elijo que me quites las manos de encima.

Antes de tener tiempo siquiera a analizar la frase o el hecho de que ella cogiese la mano que todavía acariciaba su mejilla, sintió un agudo pinchazo de dolor el cual fue seguido por un sordo latido allí donde le clavó los dientes. La incredulidad batallaba con la ironía en su interior.

—Me has mordido —murmuró con incredulidad, observando las marcas

rojizas y moradas de sus dientes clavadas profundamente en la piel hasta hacer sangre.

Ella escupió al suelo y se limpió la boca con la manga de la camiseta mientras el cazador la sujetaba, por si se le ocurriese volver a repetirla experiencia.

—Joder, Dryah, te dije que no volvieses a hacer eso, tus mordidas son peores que una patada en la entrepierna —la amonestó Nyxx, en su voz podía notarse una ligera empatía hacia él.

Ella se revolvió en sus brazos hasta conseguir soltarse, entonces se tomó un momento para alisarse la ropa y retirar el pelo de la cara. Su mirada se clavó de nuevo en él y Shayler realmente pensó en que su voz no podía contener más veneno.

— ¿Quieres que elija? Bien, pues escucha, porque elijo mi libertad por encima de tu asqueroso juicio, Juez. —Siseó como una pequeña gata con el pelo erizado—. Así que no vuelvas a ponerme un solo dedo encima, o mis dientes no serán lo único que acabe enterrado en tu piel.

No pudo evitarlo, aquella situación era tan absurda que se echó a reír.

— ¿Se les olvidó enseñarte lo que son los buenos modales, gatita? —preguntó al tiempo que se acercaba la mano para ver con estupor como una gota de sangre resbalaba por su piel—. Nena, has sacado sangre.

Ella entrecerró los ojos.

—Mis buenos modales están presentes para quienes se lo merecen —escupió—. Y tú no los mereces, asesino.

Estaba dispuesto a contestar a sus dulces palabras pero el cazador se le adelantó.

— ¡Dryah, basta! —la detuvo con una brusca orden. Él observó como ella cedía ante el gruñido del hombre, sus mejillas adquirieron entonces un tibio color rosa cuando se volvió a mirarlo—. ¿Qué pasa contigo? Ese hombre es el único que puede evitar que vuelvas a esa maldita prisión en la que si vuelves a

caer, esta vez no habrá retorno posible. Y eso, siendo compasivo.

Ella lo miró herida.

— ¡¿Qué compasión puede haber en él si fue quien mató a Eidryen?! — exclamó estirando el brazo en su dirección.

El cazador la zarandeó, algo que no le gustó un pelo.

— ¿Y qué compasión podía haber en mí cuando casi hice que te matasen? — respondió el Cazador con la misma intensidad—. Y fue mi propia mano la que lo hizo, Dryah, no la de otro.

Ella clavó los ojos en Nyxx, sus tumultuosas emociones se reflejaban en sus ojos.

—Eso fue un error —murmuró ella con voz mucho más calmada.

Él resopló.

—Un error que casi acaba con tu vida, adelphi —resopló él serenándose a su vez. Un profundo suspiro salió de sus labios—. Incluso los dioses cometen errores, nena y no es la primera ni será la última en la que nos veamos envueltos aquellos que sólo seguimos esas órdenes.

Ella sacudió la cabeza, su pelo voló en todas direcciones antes de fijar nuevamente la mirada sobre él.

—El Juez no sigue las órdenes de nadie, puede que desconozca muchas cosas, Nyxx, pero eso es algo que llevo grabado —masculló con un resoplido—. Él no responde a nadie.

Shayler puso los ojos en blanco y suspiró. Si ella supiese.

—Siento discrepar ante eso, querida —intervino sin dejar de examinar la mordedura que empezaba a tomar un color más oscuro sobre su piel—. Antes o después, todos debemos rendir cuentas a alguien.

El cazador reaccionó rápidamente al enlazar su brazo alrededor de la cintura

de la muchacha para retenerla. Ella contuvo las ganas de gritar, podía sentirlo como si la estuviese tocando, esa chica deseaba ponerse a gritar y no la culpaba, de hecho le sorprendía que no estuviese revolcándose por el suelo en la gran pataleta de su vida con todo lo que tenía encima. Sería algo que realmente le permitiría, seguía siendo un misterio para él como conseguía mantenerse en pie.

—Nyxx, suéltame antes de que decida morderte a ti también —pidió suavemente, aunque sus ojos clavados sobre él desmentían esa calma.

El cazador no solo no la soltó si no que la obligó a mirarle a él. El hombre parecía haber superado su límite de tolerancia.

— ¡No más mordiscos! —Sus ojos se estrecharon y por un momento parecieron brillar con mortal intensidad cuando alzó su mano enguantada hacia ella—. Todavía tengo las cicatrices de tus dientes en mi mano.

Ella siguió su ejemplo y entrecerró los ojos fijándolos en él.

—Perdona si eso fue lo único que se me ocurrió al ver que querías clavarme un cuchillo —siseó—. Apuñala a la chica primero y preguntémosle cuando tenga la hoja hundida hasta la empuñadura y se esté desangrando.

El cazador soltó un gruñido nada humano, se apartó de ella con obvia frustración y señaló en su dirección con un dedo. Shayler empezaba a sentir una morbosa curiosidad por la relación que unía a aquellos dos.

—Buena suerte con ella —le deseó de mal humor—. Y si aprecias en algo tu piel, mantenla lejos de sus dientes. Su compañía, a la larga, deja cicatrices más profundas que un jodido mordisco.

Nyxx no fue consciente de la automática respuesta de la muchacha, el dolor que se reflejó en sus ojos y la punzada que le atravesó el pecho con amargo arrepentimiento llegó a él con clarísima intensidad, estar tan cerca de ella empezaba a poner su empatía en serios problemas. Las inesperadas palabras la hirieron trayendo a su mente un amargo recuerdo que suponía pertenecía a otro tiempo y lugar.

— ¿Ella es siempre así de... salvaje? —le preguntó al cazador, aunque su mirada seguía puesta en ella.

Los ojos azules abandonaron al cazador y se volvieron hacia él, en ellos todavía permanecía un leve rastro de lo dicho por Nyxx pero más allá de ello, brillaba un caliente desdén hacia él mismo. Suspiró interiormente pensando en lo mucho que le iba a costar cambiar esa mirada.

—Yo no soy salvaje —masculló ella, y parecía realmente avergonzada por tal apelativo.

Alzó su mano en su dirección e indicó las marcas cada vez más oscuras de sus dientes.

—Mi mano no opina lo mismo, gracias.

Su respuesta llegó bajo una fulminante mirada.

—Suficiente —clamó, su mirada fue hacia ella—. No contribuiré a verte encerrada de nuevo si puedo evitarlo, Dryah. Así que hazte a la idea de que tendrás que dialogar con él, en estos momentos es el único que puede hacer que la soga que pende sobre tu cabeza desaparezca...

Ella no dijo ni una sola palabra, se limitó a bajar la mirada y subirla solo para encontrarse con la suya. La hostilidad seguía presente en su rostro.

—Y bien, Libre Albedrío, ¿aceptas el desafío? —la tentó—. ¿Jugarás según mis reglas?

Tenía que admitir que incluso en actitud desafiante y desdeñosa, la muchacha era una maravilla para la vista.

—No contengas la respiración, Juez —la oyó mascullar—. Tarde o temprano alguno de los dos tendrá que rendirse y esa no seré yo.

Sin otra palabra le dedicó una última mirada fría y dolida al cazador y giró sobre sus talones para salir de la habitación. No pasó mucho tiempo antes de que ambos oyeran la puerta de la calle cerrándose con un sonoro golpe.

—Interesante actitud la suya —comentó para nadie en particular.

El cazador se pasó la mano enguantada por el pelo con gesto frustrado y caminó hacia el umbral del salón desde el que podía verse perfectamente la puerta de entrada.

—Se ha marchado —le informó él sin necesidad de moverse del sitio. Podía sentir como el Libre Albedrío dejaba en aquellos precisos instantes el edificio.

Nyxx se volvió hacia él, en sus ojos verdes existía la misma animosidad que vio previamente en la mujer.

— ¿No me digas? Pégame un tiro y termina con mi miseria —farfulló y finalmente dejó escapar un profundo suspiro—. ¿Siempre eres tan sutil, Juez?

Su respuesta fue encogerse de hombros.

—Explícame una cosa, Nyxx ¿Cómo es que la mano derecha del Señor de las Almas le hace de niñera al antiguo alma del dios Eidryen? —No dudó en preguntarle. Desde que el momento en que puso los pies en esa habitación fue consciente de que había algo que unía a esos dos, pero sentía curiosidad por los detalles—. Es sorprendente que no le hayas clavado un cuchillo directo al corazón, tal y como ella ha sugerido.

Nyxx arqueó una ceja y muy a su pesar sonrió.

—No tan sorprendente, eso fue justamente lo que hice la primera vez que la tuve delante —confesó. Hizo una mueca al recordar la forma en que se habían conocido Dryah y él. Casi la había matado—. Más o menos. La daga le atravesó el costado, no el corazón.

Una de las trigueñas cejas del juez se arqueó al tiempo que sus labios se curvaban en una irónica sonrisa.

—Interesante forma de conocer a alguien —aseguró y se giró para mirar a su alrededor. La ventana llamó su atención por lo que caminó hacia ella.

—Es el problema de cumplir las órdenes del jefe —respondió con un simple

encogimiento de hombros—. Ya lo conoces, lo lleva todo al extremo.

Él sonrió para sí, su mirada fija ahora en la calle.

—No es el único —comentó al tiempo que deslizaba la mirada por el exterior—. Es un defecto con el que parecemos contar la mayoría.

Nyxx puso los ojos en blanco ante la despreocupada respuesta. El Juez se mostraba demasiado seguro, lo cual no lo consideraba algo malo si no fuese por el brillo de interés que vio en sus ojos mientras observaba a la muchacha; Un interés que iba más allá de la curiosidad. No se trataba de la fascinación ante un nuevo desafío, él la examinó y calibró como lo haría un depredador sopesando a una posible presa. No negó que le sorprendía la paciencia con la que condujo la situación, especialmente ante el repentino arrebató de rabia por parte de la muchacha; aquello si fue una novedad. La Dryah que él conocía no era arisca ni tenía las agallas de enfrentarse de la manera que lo hizo con alguien de la categoría y poder que ostentaba el juez. La realidad era que ella ignoraba muchas de las cosas que ocurrieron realmente en ese juicio, como la inocencia del hombre que estaba ahora junto a él. La de ellos prometía ser una interesante batalla de voluntades, solo esperaba que ella no saliese demasiado lastimada.

—Algunos más que otros —aceptó él. Su mirada encontró entonces la del otro hombre, permitiéndose dar rienda suelta a su propio poder—. Por lo que te sugeriría que tuvieses mucho más cuidado de lo usual con ella. No me gustaría verla herida, de ninguna manera.

Aquella velada amenaza atrajo la atención del juez.

— ¿Te atreves a amenazarme, Cazador de Almas? —la diversión acariciaba su voz.

Se encogió de hombros con total despreocupación, pero su expresión no cambio. Hablaba muy en serio.

—Yo lo llamaría más bien, prevención —le dijo mientras se miraba la mano enguantada en cuyos dedos se notaban parte de unas profundas cicatrices—. Dryah es demasiado confiada para su buena fortuna, demasiado inocente y

tierna, si entiendes lo que quiero decir.

El juez respondió con una perezosa sonrisa.

—No me pareció ninguna de esas cosas hace un minuto, Cazador.

Él correspondió a su sonrisa con una propia.

—Sí bueno, es obvio que tú sacas lo peor de todo el mundo, así que no te quejes si no es todo conejitos y arco iris. Como ya dije, la chica tiene su propia película de los hechos montada en la cabecita y te costará mucho sacarla de su error... —le aseguró—. Si quieres hacerlo, claro está.

Aquello llamó la atención del Juez.

—Si tú lo sabes, ¿por qué se lo has ocultado?

—Primero, porque acabo de enterarme, segundo —indicó la puerta por la que había salido Dryah—. Las verdades a veces duelen mucho más que las mentiras, y nadie te agradece que las digas cuando son para joderte la vida. Y la de ella está bien jodida.

Ambos estaban de acuerdo en aquello.

—Pero tampoco puedes vivir eternamente en una mentira —apuntó el Juez—. Eso tampoco sería justo para ella, ni para los que la rodean.

—Tú eres el Juez, tío, es tu trabajo, no el mío —le recordó con verdadera diversión. No envidiaba nada la tarea que le esperaba a ese hombre—. Tan sólo asegúrate de traerla a casa sana y salva.

Shayler le dio la espalda una vez más mientras observaba la calle.

—No te preocupes, Nyxx. Mantendré las manos para mí... hasta que ella me pida lo contrario.

Un amenazador gruñido emergió de su garganta.

—Ten cuidado con lo que haces, Shayler —lo previno sin risa alguna en su

voz—. Para mí no sería un problema presentarte a mis dos mejores amigas y enterrártelas donde ambos sabemos que te dolerá... más que su mordisco.

El juez se giró lentamente hacia él.

—Deja las pulgas a un lado, chico, ella estará más que a salvo en estas manos.

Nyxx entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

—Preferiría cortártelas, así ambos estaríamos seguros de ello.

El Juez ahogó una sonrisa y se volvió nuevamente hacia la ventana.

—Tu amo se toma muy en serio la seguridad de la muchacha, ¿huh? —comentó volviéndose por completo para examinar todo a su alrededor, desde las paredes al techo—. No sé por qué, pero tengo la sensación de que aquí hay mucho más en juego que lo que se ve a simple vista.

Nyxx permaneció callado durante unos instantes batallando en su interior con la sensación de alarma que empezaba a manar de cada uno de sus poros. La idea de dejarla al cuidado de este hombre no le gustaba demasiado, pero por otro lado, Seybin le había asegurado que el Juez era todo lo que evitaría que ella saliese lastimada y si confiaba realmente en la palabra de alguien, era en la del hijo de puta de su jefe. Solo esperaba que no estuviese equivocado.

“Háblale de ella, Nyxx”

La voz de Seybin resonó en su cabeza. Profunda y segura.

“No me obligues a utilizar tu pellejo para decorar la pared de mi oficina, chucho. Shayler debe saber a qué va a enfrentarse a partir de ahora”.

Nyxx gruñó a su amo.

“¿No se supone que aquí, el juez, es todo poderoso? ¿Por qué he de ponérselo más fácil?”

“Porque te lo estoy ordenando yo, pulgas.”

Nyxx le envió una colorida retahíla de insultos.

“La devorará, Seybin. Lo sé. Conozco la jodida mirada que había en su cara cuando la vio. Ella es demasiado inocente, será devorada por... su poder”

El cazador oyó como Seybin se echaba a reír.

“Me cuesta creerlo después del mordisco que le obsequió”

Nyxx refunfuñó en respuesta.

“Deja tus celos perrunos a un lado y no te mees en los sofás. No hay necesidad de que marques el territorio. Cualquiera diría que a estas alturas conocerías mejor a nuestra Dryah”.

Oh, la conocía sí. Lo suficiente para saber que lucharía, llevaría esa batalla de voluntades hasta el final aunque fuese destrozada en el proceso y aquello era algo que no podía permitir.

“Debería clavarte un cuchillo en las pelotas por obligarme a hacer esto”.

El eco de las carcajadas siguió a Nyxx durante un buen rato después de que el dios hubiese abandonado su mente. La mirada del cazador se enfocó en el juez quien lo observaba con una expresión de absoluta diversión. Sus labios estirados en una irónica sonrisa.

— ¿Migrañas? —sugirió con voz burlona.

—Ratas —respondió esperando que el hijo de puta para el que trabajaba lo oyese también—. Ratas enormes y peludas.

Resopló. Lo que le estaba obligando a hacer el dios iba más allá de su buena disposición.

— ¿Qué tanto sabes de ella, Shayler?

El aludido frunció el ceño ante la repentina pregunta. Había algo en su tono de voz que hizo que dejara definitivamente su distendido comportamiento para centrarse en lo que tenía entre manos.

— ¿A qué viene la pregunta?

Nyxx lo recorrió con la mirada al tiempo que volvía sobre sus pasos desde la puerta.

—Dryah ha permanecido encerrada, aislada y alejada por completo de la humanidad durante un largo periodo. El paso del tiempo no ha significado nada para ella, ni siquiera lo notó. Seybin sólo busca darle la libertad que no ha tenido en todo ese tiempo al dejarla aquí, entre los humanos, pero este nuevo siglo es absolutamente nuevo para ella.

La preocupación empezó a bailar en aquellos ojos azules.

— ¿Cómo de nuevo?

Le miró fijamente.

—Ignora lo que hay más allá de estas paredes, el mundo exterior es como una enorme jungla para ella. Tiene el conocimiento para poder valerse por sí misma, se encargaron de que así fuera, pero jamás lo ha intentado. Es como un infante que empieza a dar sus primeros pasos.

Volviendo la mirada hacia la ventana, fue Shayler el que dejó escapar un leve murmullo que muy bien podría haber sido una maldición.

—No sabe absolutamente nada de lo que hay ahí fuera, ¿y la habéis depositado en el mundo humano en pleno siglo veintiuno? Tu jefe es un gilipollas.

—Mira tú por dónde algo en lo que ambos estamos de acuerdo —le aseguró y puso los ojos en blanco para enfatizar sus palabras.

Shayler chasqueó la lengua y se volvió hacia el cazador.

—Estupendo —rezongó—. El Libre Albedrío suelto en la Gran Manzana. Que un gran título, solo equiparable al dolor de cabeza que supondrá.

Nyxx se encogió de hombros.

—Sólo para ti.

El juez le dedicó un leve gesto de la cabeza a modo de despedida y se desvaneció en el aire. El enorme poder que había rodeado la habitación se fue junto con él dejando nuevamente el lugar vacío. Aquel hombre era uno de los seres más poderosos de todo el universo y sabía que el poder de ella era equiparable al suyo. Esperaba que su carácter e ingenio estuviese también a la altura, o de lo contrario iba a devorarla por completo.

—Pónselo difícil, nena —susurró para sí antes de desvanecerse él mismo—. Haznos sentir orgullosos.

Apabullante sería una buena palabra para describir la sensación que la recorría ahora que abandonó la relativa seguridad que le daba su nuevo hogar, pensó Dryah. Sus pasos eran vacilantes, los nervios a flor de piel, pero en medio de todo aquello existía una gran cantidad de excitación por aquel mundo tan nuevo que se abría ante ella. Era extraño conocer el nombre de las cosas, reconocer la imagen de algo cuando aquella era la primera vez que la veía, que la tocaba.

Las aceras estaban llenas de gente que caminaba en ambas direcciones, sus ropas, sus peinados y el aspecto en general eran tan diferentes entre sí como fascinantes. Las tiendas y los escaparates se alineaban a lo largo de extensas calles llamando la atención de cualquiera que pasara a su lado. El ruido del ajetreo, del motor de los coches, los cláxones la hizo saltar en más de una ocasión, estaba sobrecogida por todo aquello, era demasiada información para poder asimilarla de una sola vez.

La falta de costumbre y el nerviosismo se moverse entre otras personas en un espacio tan abierto hizo que tropezase alguna que otra vez recibiendo toda clase de respuestas educadas o bruscas, o directamente simples miradas. Pasear por aquellas calles era como ser arrastrada por una inmensa oleada sin posibilidad de cambiar de dirección, obligada a seguir la que dictaba esa poderosa fuerza. No debió salir de forma tan intempestiva para lanzarse a un mundo del que nada sabía, pero no podía permanecer allí mientras aquellos dos hombres discutían como si ella no tuviese ni voz ni voto. Las veladas insinuaciones eran un componente añadido a aquella locura, la sola idea de que lo que intuía fuese cierto... No. Él era el único culpable. Lo sabía. El Juez Supremo había sido el que condujo a Eidryen a aquel horrible final, nadie más que él tenía el poder de hacer algo tan cruel como el castigo que se les impuso

a los dos dioses.

La habían mantenido apartada durante todo el proceso del juicio, Eidryen se había negado a que presenciara el acto y contaba con Nyxx y Seybin para que la mantuviesen a salvo hasta su regreso. Fue tan ingenua al pensar que el Juez se daría cuenta de que todo formaba parte de un error, un momento de irreflexivos celos que habían llevado a una diosa a lastimar a la persona amada y entregarle al mismo tiempo, sin entenderlo en ese momento, algo por lo que moriría sin duda. Había creído que Eidryen volvería con ella, una estúpida inocente que pensó que la bondad y justicia en aquella figura masculina que se giró hacia ella sin verla cuando las puertas del consejo se cerraban.

Él había regresado a ella, sí, pero sólo para despedirse y sumirla en el sueño de los eternos antes de que se cumpliera su condena; Solo con su paso al otro lado ella volvería a entrar en el mundo de los vivos y así había sido.

¿Podía realmente haber sido tan cruel el destino?

—No —se respondió a sí misma—. No empieces a vacilar ahora, Dryah.

Recorrió con nerviosismo todo lo que la rodeaba. Los nombres de las calles se confundían unas con otras, la estructura era siempre la misma con largos tramos de aceras y calzadas llenas de ruidosa actividad; una verdadera jungla de asfalto. Pero en medio de todo aquel urbanismo resistían todavía algunos espacios verdes como era el caso del urbano Bryant Park, situado en el Midtown a espaldas de la Sede de la Biblioteca Pública de Nueva York y próximo a la Sexta Avenida. Por la semana solía llenarse de oficinistas que aprovechaban el respiro del trabajo para acercarse a tomar un aperitivo en los muchos bancos que había repartidos por la zona. Al contar con dos quioscos con refrescos y bebidas y otros dos restaurantes, siempre había a dónde acudir por lo que no era extraño verlo siempre lleno de gente.

Para ella fue como encontrar un oasis en el centro del desierto. La tranquilidad que se respiraba allí contrastaba con el bullicio que le llegaba, aunque de modo apagado, desde los alrededores, una fuente de piedra presidía la plaza en la que se reunían mesas y sillas en donde cualquiera podía sentarse. La zona central era una extensión de campo verde ideal para tumbarse y alrededor

entre las esporádicas estatuas, se extendían pequeños senderos de piedra bordeados por maceteros, árboles y bancos en medio de una cacofonía de color. Emocionalmente agotada, se dejó caer sobre uno de los bancos, el sol del mediodía brillaba con intensidad en el cielo dotando todo de colores vivos y una alegría inusual, ajena a ella.

—Ojala estuvieses aquí conmigo, Eidryen —musitó cerrando los ojos y alzando el rostro hacia el sol—. Este nuevo mundo es maravilloso... y aterrador.

Suspiró y volvió a abrir los ojos, sus pies se enlazaron a la altura de los tobillos por debajo del banco mientras apoyaba las manos sobre la base de madera. ¡Le echaba tanto de menos! Nunca se habían estado separados sino por cortos espacios de tiempo y el saber que ya no volvería a verle dejaba un profundo vacío en su interior en el que anidaban el dolor y el miedo.

—No quiero enfrentarme a él pero no cuento con otra salida y huir no es una opción.

Derrotada consigo misma, subió las piernas al banco y se aferró las rodillas, hundiendo el rostro entre sus brazos. Había sido perseguida, asediada y cazada a lo largo de su existencia, quien más y quien menos siempre quería un pedazo de ella por razones más allá de su comprensión. En aquel entonces Eidryen estaba allí para ponerles freno, para consolarla cuando lo único que había conocido era el desdén de sus iguales, pero ya no contaría más con su presencia, ahora estaba sola para luchar contra ello y no estaba segura de contar con las fuerzas para hacerlo. Un asesino, ahora convertido en su juez, había salido de su pasado más doloroso para adentrarse en su presente y poner su mundo nuevamente de cabeza.

—No me someteré —se juró y obligó a su corazón a grabarse aquellas palabras—. Jamás me inclinaré ante él, así se caiga el mismísimo cielo y el infierno ascienda a las nubes, no lo haré.

Lo único que le quedaba era su libertad, si se la arrebataban, ¿qué quedaría de ella? Nada. Ni diosa, ni espíritu, ni humana, una mezcla de tres mundos y sin pertenecer realmente a ninguno. El poder en estado puro corría por sus venas como sangre de vida demasiado intensa e impredecible como para saber

ponerle freno, decían que era un peligro para el universo, pero el verdadero peligro era para sí misma.

Levantó la cabeza entre sus brazos y contempló el mundo que se abría ante ella. Color, ruido, intensidad... aquel nuevo comienzo se encontraba para ella en una ciudad desconocida, una segunda oportunidad para una vida maldita que ni siquiera sabía si le permitirían disfrutar.

—Un mundo demasiado nuevo y aterrador —suspiró.

Una vez más aquella extraña sensación inundó todo a su alrededor, pero en esta ocasión llegó acompañada de su voz.

—En el comienzo, todos lo son.

Dryah volvió la mirada hacia el sonido de la profunda voz masculina que acababa de escuchar. Con las manos prendidas en los bolsillos del pantalón, unos gastados jeans de color negro que se adaptaban perfectamente a aquellas largas piernas, la camisa con las mangas remangadas y que dejaba a la vista la bronceada piel de sus antebrazos así como los dos extraños tatuajes que recorrían sus muñecas, el Juez la contemplaba con abierta satisfacción. Las oscuras gafas de sol ocultaban el tono azul cielo de sus ojos, unos ojos que no dudaba estarían recorriéndola.

— ¿Conociendo la ciudad? —sugirió y acortó la distancia entre ambos.

Ella dio un respingo y se levantó del asiento como un resorte tan pronto como reconoció su voz. El brusco movimiento la desestabilizó haciéndola caer con tan mala suerte que golpeó la madera del asiento con el hueso del codo. El instantáneo calambrazo de dolor la dejó sin respiración y jadeando, los ojos se le llenaron de lágrimas mientras se apretaba el brazo contra el pecho incapaz de pronunciar palabra alguna. Él se encogió solidariamente ante el sonido del golpe, solo para volver a hacerlo cuando notó el ramalazo de dolor atravesándole el brazo como un rayo. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando se acuchilló frente a ella y la obligó a dejar ir el brazo lastimado.

—Déjame que eche un vistazo.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de pronunciar palabra y se echó hacia atrás evitando su contacto. El nuevo movimiento logró justamente el efecto contrario, ya que terminó por golpearse ahora la espalda contra el borde del banco. Él realmente esperaba que de un momento a otro se echara a llorar a lágrima viva. Las lágrimas eran algo que odiaba en una mujer, no podía pactar con ellas, cualquier cosa, menos eso. El llanto en una hembra conseguían que un hombre hiciese cualquier cosa por detenerlas, incluso prometer las cosas más estúpidas. Y habiendo sido jodido por ello una vez, no tenía intención de volver a serlo. Antes de que intentase cualquier otra cosa que la lesionase aún más en su intento por apartarse de él, le cogió el brazo con suavidad y se lo estiró, comprobando cuidadosamente que todo quedase solo en un golpe. Por fortuna para sus ya de por sí alteradas emociones, la muchacha se limitó a encogerse y apretar los labios, las lágrimas corrían por sus mejillas pero no soltó un quejido.

—No voy a lastimarte, pequeña —le aseguró al notar el temblor en su cuerpo mientras le frotaba el brazo aliviando el dolor. Sus ojos reflejaban una mezcla de temor y desconfianza, matizada por la animosidad que sentía hacia él.

Ella intentó recuperar una vez más su brazo pero él le ciñó los largos dedos alrededor de la muñeca impidiéndoselo. Aquellos ojos claros no dudaron en fulminarle con la misma acidez que mostraban sus palabras.

—Suéltame ahora mismo —siseó ella, su voz contenía tanta agresividad que le sorprendió que no volviese a clavarle los dientes, o peor aún arrancarle los ojos. Reteniendo la involuntaria sonrisa que se empeñaba en curvar sus labios, abrió los dedos y dejó que la delgada muñeca se deslizara entre ellos.

—No hay de qué, preciosa —le respondió con ironía al tiempo que se ponía en pie—, es bueno saber que no te has roto nada.

Ella le ignoró, su atención estaba puesta en limpiarse las lágrimas que le mojaban el rostro y el ligero entumecimiento que sustituía al dolor de su brazo.

—Deberías trabajar un poco en tus modales, cielo —continuó sin poder evitar la tentación de molestarla—. Son inexistentes.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Vete al infierno —masculló al tiempo que se ponía en pie.

Él chasqueó la lengua con cierto pesar.

—Ya he estado allí y no es un lugar adecuado para irse de vacaciones —le aseguró con marcada ironía—. ¿Alguna lindeza más que tengas reservada para mí? Si es así, dímelas ya todas juntas, así podremos pasar a la parte que nos interesa.

Ella se sacudió la ropa con las manos, se volvió hacia él, lo recorrió con la mirada desde los pies a la cabeza y finalmente dio media vuelta dejándole plantado. No podía decir que no tuviese un carácter decididamente encantador, pensó mientras alzaba la vista al cielo y suspiraba, se metió las manos en los bolsillos y la contempló durante un instante. Podían ser físicamente iguales, pero ahí terminaba cualquier parecido, cuanto antes se metiese eso en la cabeza, antes podría terminar con la tarea que tenía por delante. No servía de nada ponerse a fantasear con imposibles, por mucho que desearas que los sueños pudiesen convertirse en una realidad como la que se alejaba caminando.

—Tan parecidas... y tan diferentes —chasqueó la lengua. No tardó mucho tiempo en darle alcance y mantenerle el paso era algo sencillo, sus piernas eran mucho más largas que las suyas, después de todo.

— ¿Esta animosidad hacia mí, es por algo en particular? —le preguntó sin mirarla siquiera—. Sé que nunca nos habíamos visto antes... de otro modo, lo recordaría... no eres alguien difícil de olvidar. Por lo tanto, y si dejamos a un lado tu ferviente deseo de descuartizarme por lo que crees que he hecho, ¿hay alguna cosa más de la que debiese estar informado?

Ella se detuvo en seco y se giró hacia él.

—Déjame que piense, oh, sí... —Se dirigió a él con total ironía—. Eres un maldito asesino.

Fantástico, pensó él, su voz podría rivalizar sin problemas con el hielo Antártico.

—Sé lo que soy, Libre Albedrío —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Todo lo que hago, tiene un profundo motivo detrás. No cerceno la vida de nadie por gusto. Asesino, verdugo, corrupto... me han llamado muchas cosas. Soy quien soy, lo demás, no me importa.

Ella abrió la boca para responder a eso pero volvió a cerrarla. Sus ojos permanecían fijos en él y no eran nada amistosos.

—De acuerdo, no me lo pongas fácil, los dioses saben lo mucho que me gusta que me compliquen la vida —la atajó con absoluta ironía goteando de su voz.

Pero ella no se amilanó.

—Si deseabas una vida más fácil, tendrías que haber elegido otra clase de trabajo —le espetó ella—. Dime, ¿eres capaz de dormir por las noches, Juez Supremo?

Él arqueó una ceja ante la inesperada pregunta.

—Te sorprendería lo que llego a hacer por las noches —comentó sin poder evitarlo—, y por cierto, mi nombre, preciosura, es Shayler, Shayler Kelly.

Su mirada seguía siendo igual de acerada y poco comunicativa.

—Ahora es cuando tú me dices tú nombre o como prefieres que te llame, Libre Albedrío —aseguró al tiempo que le dedicaba un guiño—. ¿Cómo suelen llamarte, Dreamara... Dryah?

Ella ladeó ligeramente la cabeza y siguió sin abrir la boca.

—Vamos, princesa, un poquito de cooperación de tu parte sería encantador —la pinchó con una pícara sonrisa que daba a su rostro un matiz de muchacho travieso—. Tenemos entre manos un largo proceso y cuanto antes me dejes explicarte los términos de este juicio, antes me perderás de vista.

Ella dio un nuevo paso hacia él.

—Te ahorraré tiempo y esfuerzo... Juez. —Su voz sonó mucho más suave pero el tono insultante seguía ahí—. Márchate y llévate contigo ese estúpido juicio,

puedes metérselo a esos vejstorios que creen tener el derecho y poder de manejar la vida de los demás por... um... como es la expresión...

Shayler dejó escapar una genuina carcajada ante la respuesta de ella.

—Déjalo, sé a lo que te refieres y reconozco que la sola idea me parece extremadamente entretenida —asintió con una amplia sonrisa, entonces se inclinó sobre ella de modo que sus ojos quedasen a la misma altura—. Pero este... estúpido juicio... es la única oportunidad que tienes ahora mismo, nena, así que tendrás que sufrirme por tu propio bien.

Ella arqueó una delgada ceja rubia ante su insinuación.

— ¿Mi propio bien? ¿Qué diablos te importará a ti y a los demás lo que pase conmigo? —rezongó sin dudar—. Si el consejo ha aceptado montar toda esta pantomima es porque quieren verme muerta al igual que a los dos dioses que me dieron la vida.

Él se tomó un momento para pensar en sus palabras, para sondearla y encontrar quizás la respuesta que la hiciese ponerse por fin en movimiento. Esa chica tenía una idea completamente equivocada de las cosas.

—No creo que dar su vida por salvar la de otros sea una pantomima. Al dios del Destino sí le importaba lo que pasase contigo —le aseguró. El tono distendido de su voz había pasado a ser completamente formal, ya no era un juego—. Como también le importa al Señor de las Almas o no habría pedido expresamente que fuese yo el que falle en este juicio.

Ella solo pudo sostenerle la mirada ante aquella firme y veraz declaración.

—Morir inútilmente tampoco lo es, Juez.

Él negó con la cabeza, aquella muchacha tenía un largo camino por delante y era necesario que se pusiera a dar los primeros pasos. Quedarse quieta, no era una opción.

—Su muerte no es algo que haya recaído en mis manos —afirmó con un suspiro—. Simplemente, hay cosas que, deben suceder.

Ella jadeó con incredulidad.

— ¿Qué deben suceder? —Su risa estaba llena de dolor e incredulidad—. Esa muerte jamás debió suceder... ninguna de ellas ¡Ese maldito juicio jamás debió llevarse a cabo!

La obligó a detenerse, manteniéndoles a ambos fuera de miradas y curiosos oídos, aquel no era un tema para ser debatido al aire libre, en medio de un concurrido parque lleno de mortales, pero intuía que ella no le concedería otra oportunidad.

— ¿Has pensado que, de no haberse celebrado, quizás habrías sido tú la que no estaría aquí y ahora? —le recordó con voz calmada.

Ella se libró de su brazo, apartándose de su contacto.

— ¡Lo hubiese preferido! —Clamó entre dientes, la desesperación brillaba en sus ojos y a pesar de ello la veía luchar; Luchaba consigo misma por alcanzar algo que no llegaba a comprender—. ¿Qué hay de valor en mí para que ellos tuviesen que morir? ¿Qué hay de valor en mi vida que mereciera la muerte de dos dioses!

Shayler notó al instante el dolor que se alojaba en su pecho y le hincaba los dientes como una feroz alimaña dispuesta a alimentarse de su presa. Él mismo se dolía por ella, su empatía conectaba con ella a un nivel que no lo hacía con ningún otro ser y dolía, realmente dolía.

—No quiero una vida canjeada con la vida de dos seres inocentes —le espetó desesperada y enrabiada—. Maldito seas, ¡no la quiero!

Aquellas palabras lo sacudieron por su cercanía, él mismo llevaba impresa una carga parecida en su alma.

— ¿Y sólo por eso te crees con derecho a despreciar el regalo que te han hecho? —le respondió con voz suave, comprensiva—. ¿En qué quedamos, Libre Albedrío? ¿Vivir o morir? ¿Estás segura de saber qué es lo que quieres?

Ella se mordió el labio inferior al escuchar la pregunta, la vio vacilar. ¿Por

qué? Sabía que para ella huir no era una opción, estaba desesperada por escapar de todo aquello, sí, pero por algún motivo se resistía a hacerlo.

—Deseas la vida, ¿no es así? —insistió. Necesitaba que aquello quedase claro para ella, que fuese la primera interesada en que ese fuese el resultado de la balanza, sólo entonces podría pensar en ir más allá y ver realmente qué clase de amenaza podía suponer una niña abandonada como ella.

Cuando sus ojos se encontraron con los suyos vio temor en ellos, un miedo nacido de la desesperación, la soledad y un aterrador desconocimiento a lo que estaba por venir. Sentía su debate interior y sintió pena por ella, estaba tan fragmentada que no sabía si debía vivir o morir, si su presencia en aquel mundo era algo bueno u otro error más que añadir a la larga lista.

— ¿Qué deseas, Dryah? —Decidió utilizar la abreviatura de su nombre, puesto que así la había llamado el cazador y parecía sentirse más cómoda con ello—. Piensa en qué es lo que deseas y nos concentraremos en ver si puede hacerse realidad.

Ella sacudió la cabeza, sus ojos no abandonaron los suyos en ningún momento.

—Sólo deseo que me dejéis sola —murmuró en agónica respuesta—. No estoy interesada en el juicio de los dioses. Ni siquiera en el tuyo.

Vio cómo se replegaba en sí misma, el poder que latía en su interior se revolvió al mismo tiempo rodeándola, envolviéndola como un consolador capullo desafiando a cualquiera a que se atreviese a hacerle daño.

—Márchate y déjame en paz de una maldita vez —insistió, le dio la espalda y echó a caminar una vez más.

Después de mucho tiempo empezaba a entender las sulfuradas maldiciones que salían de boca de Lyon en lo que a él se refería, el hombre se había quejado a lo largo de su vida de si tendría suficiente paciencia para continuar adelante sin estrangularlo, siempre lo vio como un comentario más del antiguo guardián, pero ahora lo veía por lo que era ya que él mismo estaba perdiendo la suya a pasos agigantados con aquella mujer. Siseando una antigua maldición en su idioma natal, echó un rápido vistazo a su alrededor e hizo algo que él

mismo tenía prohibido hacer, se desvaneció en el aire solo para volver a aparecerse frente a ella. El jadeo que escapó de su boca quedó ahogado por el tirón que recibió en la muñeca cuando la atrajo hasta que ambos quedaron cobijados detrás de los altos macizos de flores que rodeaban una farola. La menuda figura quedó presionada contra el mástil mientras él la cubría desde el frente.

—Vamos a dejar un par de cosas en claro, bonita, porque parece que no acabas de comprender lo que se te viene encima —le advirtió sin darle tiempo a objetar—. Mi presencia aquí no se debe a un capricho mío, sino al hecho de que se ha solicitado un juicio y yo soy el único Juez a cargo. En circunstancias normales todo lo que tendría que hacer es mirarte y decidir, pero esto es todo menos normal porque ahora tú acabas de convertirte en la pieza que el universo decidió mover para mantener la balanza tras la partida de la Esperanza y el Destino.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él se lo impidió.

—No —le prohibió pronunciar palabra alguna—. Ahora mismo, yo hablo y tú escuchas. Este juicio no es como nada que hayamos visto por lo que tú y yo vamos a pasar algo de tiempo juntos en lo que se resuelve este pequeño inconveniente nuestro. Así que, volviendo al tema de la educación, espero contar con un poquitín de colaboración y cero insultos de tu parte, ¿me he expresado claramente? Oh y los mordiscos, quedan totalmente fuera de discusión. Muérdeme otra vez y te lo devolveré... a mi manera.

Sus ojos azules brillaron con desafío ante su amenaza y su reacción no se hizo esperar.

—No tienes permitido tocarme —siseó ella al tiempo que luchaba por evitar aquella cálida cárcel de puro músculo que se alzaba ante ella—, o me quitas tus sucias manos de encima... o que yo te muerda será la menor de tus preocupaciones.

Shayler chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Estás consiguiendo en cuestión de minutos lo que no ha conseguido nadie en siglos, mocosa, poner a prueba mi paciencia —le aseguró en voz baja, su

mirada bajando hasta nivelarse con la suya—. Y me estoy cansando. Intento ser amable, pero tú no me lo pones nada fácil. Estás bajo mi custodia, Libre Albedrío, así que por el bien de ambos no me obligues a tener que atarte para poder hacer mi trabajo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No reconozco tu custodia —masculló y tiró de la mano que todavía le sujetaba sin éxito—. No voy a someterme al juicio o veredicto de un asesino. Nunca.

Cerró los ojos y respiró profundamente antes de volver a abrirlos y mirarla directamente.

—Mi nombre es Shayler, puedes utilizarlo, es fácil de pronunciar y no suena tan insultante como cuando pronuncias todo lo demás —sugirió.

Empezaba a lamentar no andar por ahí con una cuerda en los bolsillos, en estos momentos podía incluso practicar a hacer algunos nudos... en ella.

—No estés tan seguro, asesino —lo insultó con toda la premeditación de la que fue capaz—. Todo dependerá del contexto en el que lo utilice.

Él sonrió en respuesta para molestarla.

—Ahórratelo —le respondió indicando con un gesto de la barbilla lo que había tras ella—. A toda esa gente le importa una mierda que pase contigo o conmigo, si ahora mismo pusiera un cuchillo en tu mano y me apuñalaras, podrías irte tranquilamente sin que ninguno de esos humanos levantara un dedo ni para llamar a una ambulancia, ya podría estar desangrándome en el suelo, les daría lo mismo.

Ella miró a su alrededor y finalmente a él.

— ¿Lo comprobamos? —respondió tendiéndole la mano como si esperara que le diese ese mencionado cuchillo.

Shayler realmente puso los ojos en blanco y por fin la dejó ir.

—Que bien, la niña está de humor sanguinario —respondió alzando las manos al aire antes de volver a dejarlas en sus caderas.

—Mocosa, pequeña, niñita... ¿Tienes problemas para recordar mi nombre? Ah, espera... es que no te lo he dicho, ¿no?

El la recorrió sin disimulo con la mirada.

—Te llamaría serpiente, pero eso sería insultar a los reptiles —le devolvió automáticamente la pulla. Entonces maldijo y se pasó una mano por el rostro —. ¿Qué diablos estoy haciendo?

Ella iba a abrir la boca lista para responder a ello pero la cayó con una fulminante mirada.

—No digas nada. Nada —la avisó y extendió un brazo a modo de invitación —. Sólo camina.

Ella miró su mano extendida y luego a él, se enderezó y cruzó los brazos delante del pecho.

—Si vas a matarme, tendrás que hacerlo de frente.

Él la miró como si realmente hubiese perdido la cabeza.

—Si quisiera matarte, ya no respirarías, Libre Albedrío —respondió con un resoplido—. Y como es obvio por ese par de preciosidades que se mueven al compás de tu respiración... aún vives, así que... C-a-m-i-n-a.

La chica se sonrojó y descruzó los brazos, sólo para apartarse de él y mirarlo por debajo de sus pestañas.

— ¿Haces esto con toda la gente que juzgas?

No le gustaba ese rápido cambio de actitud.

— ¿El qué?

Ella se encogió de hombros.

—Volverlos locos con tu actitud de no sé si matarte ahora o dejarlo para después —le dijo con total seriedad—. No sería sorprendente que la mayoría acabaran inclinándose por el suicidio con total de escapar de ti.

Bufó ante tal respuesta de ella. Esa mujer se había propuesto llevarlo a la exasperación y por los dioses que lo estaba consiguiendo. Empezaba a tener unas irrefrenables ganas de echarle las manos al cuello y apretar solamente por el placer de hacerlo. Sacudió la cabeza en un intento por aclararse la mente, aquel no era el mejor lugar para ponerse a discutir el asunto. No, definitivamente no era un buen sitio para hacer desaparecer a una mocosa impertinente como la que tenía delante. Era increíble que consiguiera llevarlo hasta esos extremos, nadie, ni siquiera John, era capaz de empujarlo con tanta facilidad como lo hizo esta muchacha en los pocos minutos que pasaron juntos. Si quería hacer su trabajo, sería mejor que empezara a centrarse.

—No veo que tengas intención de tirarte bajo las ruedas de un coche —le respondió con un leve encogimiento de hombros, su voz pura ironía—. Y que yo recuerde, ése sería el primer suicidio a añadir en mi lista.

Ella se lamió los labios.

—Eso no sería suicidio, sería una liberación —farfulló en voz baja.

Él arqueó una ceja a modo de pregunta, pese a que la había escuchado.

— ¿Es que no tienes nada mejor que hacer con tu tiempo que seguirme? — continuó ella mirándolo de soslayo.

Él sonrió abiertamente.

—Te advertí que íbamos a pasar algún tiempo juntos, ¿recuerdas? Cuanto antes te acostumbres a mi presencia, antes podremos llegar a un entendimiento.

Hubo un instante de silencio mientras dejaba que las palabras se hundieran en ella, entonces continuó.

—Habrá que hacer algunos reajustes pero no veo problema en ello, puedo quedarme en tu sofá.

Ella arqueó una ceja ante aquella afirmación.

— ¿Mi sofá?

Shayler se tomó su tiempo en recorrerla sensualmente con la mirada, deteniéndose allí donde sus curvas estaban más llenas. Entonces le respondió con un ronroneo.

—Si estás dispuesta a negociar por la cama...

El rostro de la muchacha adquirió un atractivo tono rosado que empezó por las mejillas y se fue extendiendo paulatinamente por el resto de su rostro y cuello. Sus ojos azules se abrieron completamente mientras sus labios se movían en silencio, incapaz de encontrar la respuesta adecuada.

—Eso... no... nunca te... no... no

Él se permitió disfrutar del momento, el intenso rubor en sus mejillas la hacía incluso más atractiva de lo que era, sus gestos inseguros y sus brillantes ojos azules ensombrecidos por la sorpresa y la vergüenza le daban ese aire de dulzura que tan bien conocía en otros planos y que hasta el momento habían permanecido ocultos. Su mente divagó hacia imágenes de los dos desnudos y entrelazados en la cama, la suavidad de su piel restregándose contra la suya, su cálida risa inundando como siempre la habitación. La repentina tensión que sintió apretando sus pantalones le obligó a recordar que la mujer que tenía ante él era de carne y hueso, no un cálido sueño erótico.

—Me parece que nos hemos quedado sin palabras, ¿um? —le susurró con dulzura.

Ella entrecerró levemente los ojos, sus labios fuertemente cerrados mientras le miraba. Sus ojos azules brillando indignados.

—No estás hablando en serio —respondió negando con la cabeza—. No puedes estar hablando en serio.

Él le guiño un ojo y asintió.

—Suelo hablar muy en serio cuando se trata de mi trabajo, Dryah —le

respondió utilizando una vez más su nombre—. Todo lo que digo, todo lo que hago, lo hago completamente en serio. Quizás quieras tenerlo en cuenta.

Ella mantuvo la distancia.

—No te atreverás.

No lo haría, se negaba a ello. ¿Pasar tiempo con ese hombre? ¿Con el verdugo de Eidryen? ¿Vivir en el mismo lugar con ese Juez, el que tenía que ser el único responsable de la muerte de Eidryen? Dryah sacudió la cabeza interiormente, ¿debía? ¡No! No empieces a dudar ahora. Es él, él es el único culpable... ¿verdad?

— ¿Apostamos algo? —la diversión en su voz y el ronroneante tono en que pronunció las palabras hizo que se centrara de nuevo en él.

Respiró profundamente y le dio una firme respuesta.

—No puedes obligarme —negó intentando creérselo ella misma—. Puede que me hayan condenado a este estúpido juicio pero eso no quiere decir que vaya dócilmente hacia el verdugo.

El juez se limitó a ladear la cabeza, sus ojos eran lo suficiente elocuentes como para no necesitar palabras. Maldito fuera.

— ¿Cómo demonios has acabado como Juez Supremo? A ti te quedaría mucho mejor una túnica de mercenario.

Él se limitó a arquear una de esas trigueñas cejas, un gesto que empezaba a ser habitual, entonces se echó a reír a carcajadas como si su respuesta le causase una hilaridad tremenda. Abrió la boca para responder a ello, pero tras pensarlo mejor la cerró y lo fulminó con la mirada.

—No estaba bromeando —refunfuñó—. En verdad, no puedo ni imaginarme como alguien como tú ha terminado siendo la ley suprema del universo.

Él intentaba serenarse, con aquella jovialidad y despreocupación se hacía más joven, más cercano.

— ¿Alguien como yo, preciosa? —le dijo, intentando controlar la risa.

Ella alzó la barbilla.

— ¿No eres un poquito joven para ese cargo? —le espetó con satisfacción—. Porque todavía usas pañales, ¿no?

Para su frustración su sonrisa aumentó.

—Ya era Juez incluso antes de que tú nacieras, bonita —le aseguró con simpatía—. Ciertamente, la edad no es algo que me preocupe, cuando llegas a un punto en el que se confunden los siglos con los milenios pierdes el interés por la edad.

Quizás para él así fuese, pero ella...

—Yo no nací, no en el sentido bíblico de la palabra.

Desprecio, humillación. Las emociones manaban de ella con absoluta claridad y le golpearon como un martillo neumático, su empatía parecía estar absolutamente sincronizada con ella ya que incluso con su férreo control era capaz de captar sus descarnadas emociones.

“Será apartada de todos porque no pertenece a ningún lugar, estará en el mundo y no formará parte de él”.

Las palabras del Dios del Destino volvieron a sonar en su mente como si hubiesen sido pronunciadas hacía sólo un momento y no hacía tanto tiempo atrás. Ya era bastante malo que los padres a veces se deshicieran de sus hijos, o quisieran aniquilarlos como era cotidiano entre los estúpidos dioses, pero el que ser creado por el simple motivo de vengarte de otro, traerla al mundo para ser arrojada a un lado, privada de todo y sin posibilidad de decidir... Shayler sacudió la cabeza, aún hoy era incapaz de entender el motivo. Esa muchacha era en muchas formas humana, su esencia era poder puro, el mismo que corría por sus venas y que había escogido su propia forma, moldeándola a su antojo, dotándola de la esencia que la hacía humana. Casi podía llamársele renacer.

—Todos nacemos de una manera o de otra. Piensa en tu reciente despertar

como un nuevo nacimiento —sugirió y buscó de alguna manera aliviar un dolor que corría muy profundamente dentro de ella—. Después de todo, estás empezando a dar nuevamente tus primeros pasos.

Ella suspiró.

— ¿Cuánto tiempo exactamente va a durar esto? —preguntó permaneciendo a una prudente distancia de él.

Él se encogió de hombros y le guiñó el ojo.

—El que haga falta, bonita, el que haga falta —respondió al tiempo que extendía la mano hacia ella a modo de invitación.

Dryah contempló su mano durante un instante. Sabía cuándo la rueda del destino se ponía en movimiento, podía oírla girar en alguna parte del universo hilando el sendero que tendría que recorrer y por algún incomprensible capricho del mismo, el camino de ese hombre iba a la par que el suyo. Las palabras de Nyxx así como lo dicho por el Juez todavía giraban en su mente, aunque hubiese hecho todo lo que estaba en su poder por ignorarlas, no podía evitar volver una y otra vez sobre ellas.

Si él no era responsable de la muerte de Eidryen, eso sólo dejaba un camino, uno demasiado doloroso de afrontar.

Dryah sacudió la cabeza haciendo a un lado aquellos pensamientos. Eidryen nunca la habría traicionado de aquella manera, no la utilizaría como una marioneta para llegar a un fin, aunque ese fin fuera mantener el equilibrio del universo.

Vida o Muerte. ¿Había realmente una elección?

CAPÍTULO 6

Le abrió la puerta y se apoyó en ella mientras esperaba a que entrase, Dryah empezaba a pensar que más que caballerosidad era prudencia, una forma de tenerla vigilada y lejos de los incontables problemillas que generó su paseo en las últimas horas; Él podía ser tenaz, pero ella le ganaba, o quizás fuese la repentina necesidad que sentía por empecinarse a hacer algo, cualquier cosa que fuese contra las normas de aquel hombre. Su mirada azul se clavó en ella una vez más al ver que no daba ni un solo paso, el gesto en su rostro decía claramente que no tenía inconveniente en quedarse allí mismo hasta que cayese la noche. Resopló y entró en su hogar, pasar a su lado la hizo consciente una vez más de su tamaño y el poder que contenía ese cuerpo. Con su escaso metro sesenta y nueve _alcanzado gracias a las plataformas de sus zapatos_, no era precisamente baja, pero el pasado metro ochenta y cinco de ese hombre era suficiente para sentirse empequeñecida a su lado.

Las últimas cuatro horas pasaron entre gruñidos, jadeos de sorpresa y moderados insultos, la mayoría de ellos pronunciados por él después de que en su inocencia y desconocimiento del mundo que la rodeaba estuviese a punto de ser atropellada, víctima de robo y prácticamente reclutada por una banda de artistas callejeros para algo que él se negó rotundamente a explicarle. El humor del Juez se ensombreció por momentos llegando incluso a contagiarle su mal humor... durante algún que otro momento.

Pero a pesar de esos pequeños problemillas la tarde resultó bastante productiva. En algún momento él se entretuvo con un aparatito de color plateado que se llevó a la oreja y con el que empezó a tener una especie de monólogo; Sólo después comprendió que aquello era un teléfono móvil y que en realidad estaba manteniendo una conversación con su interlocutor. Era extraño conocer el nombre de las cosas, su función, tener incluso alguna imagen de referencia y sin embargo no haberlas visto realmente o incluso tocado. Su conversación se había extendido durante casi media hora en la que dividió su atención entre ella y la persona con la que hablaba.

Recorrieron varias calles, mirase a dónde mirase todo era nuevo y al mismo tiempo conocido, los edificios y los escaparates de las tiendas la atraían como un imán, los distintos aromas que perfumaban el ambiente saliendo de terrazas, restaurantes o puestos de comida rápida le hacían la boca agua, cada paso suponía un nuevo reto, una aventura en un mundo que había evolucionado y

cambiado sin que ella se diese cuenta. Él estaba en todo momento atento a lo que hacía, aleccionándola si lo consideraba necesario o permitiendo que fuese ella la que experimentara las cosas por sí misma. Aquella vigilancia la ponía de los nervios, o al menos fue así hasta que empezó a disfrutar también de sus lecciones; mal que le pesara, la experiencia y el conocimiento estaban de parte de aquel hombre, no de la suya. No supo el momento exacto en el que comenzó a sonreír, quizás cuando entró en el primero de los museos. Aquel supuso su gran descubrimiento de la tarde, había tal riqueza de información y cultura en aquellos muros que se encontró empapándose de todo como una esponja, reconociendo algunas cosas y periodos de tiempo de los momentos pasados junto a Eidryen.

El pasado y el presente habían empezado a mezclarse entonces y dieron paso a las dudas. Intentó por todos los medios recordarse a sí misma que el culpable de su actual situación, de la muerte de Eidryen era el hombre que la acompañaba y se tomaba su tiempo mientras ella investigaba o le respondía sin dudar a las incansables preguntas que bullían en su mente. Oh, las pullas, los desplantes, las respuestas hirientes y cortantes estaban ahí, ella las esgrimía una y otra vez con la única intención de molestarlo, pero después de algún tiempo él se limitó a encogerse de hombros o a darle la razón sin más. Al final ella misma se encontró claudicando ante la curiosidad y la necesidad de conocimiento, ella contaba con un sinfín de preguntas a las que él no dudaba en poner respuesta.

Pero no fue hasta poco antes de subirse por primera vez en el metro, cuando pasaron por delante de una bombonería que descubrió el verdadero paraíso. Ese hombre sabía cómo hacerla caer y ella había caído, completa y sin frenos para su completa satisfacción. Oh, sí, podías estar a punto de morir, de ser encerrada para toda la eternidad y el hombre a tu lado un asesino a sangre fría, pero cuando se trataba de chocolate... una chica sabía claudicar y encontrar sus más que exquisitos y perfectos modales.

Con todo, la falta de costumbre y la cantidad de horas que pasaron vagando de un lado a otro le cobraron factura, le dolían los pies y las piernas como nunca antes, estaba agotada y sus ganas de discutir hacía tiempo que se perdieron. Aunque no podía evitar que la actual imagen de él apoyado de forma indolente contra la puerta con la mano izquierda en el picaporte, tan fresco como una

lechuga y con un aspecto magnífico, fuera suficiente para que le entrasen ganas de patearle.

Un momento, ¿acababa de aceptar que el Juez tenía buen aspecto? Dioses, estaba más cansada de lo que pensaba. Sacudió la cabeza y se giró por completo a él, su mirada fue del hombre a la puerta todavía abierta.

— ¿Si pregunto una vez más dónde piensas quedarte obtendré la misma respuesta que las últimas quince veces que pregunté? —No era una exageración, se pasó toda la tarde preguntando y recibiendo la misma respuesta.

Él ladeó levemente el rostro, sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa al tiempo que se apartaba de la puerta y dejaba que esta se cerrase tras él.

—En realidad fueron dieciséis —le informó al tiempo que introducía las manos en los bolsillos de la cazadora y avanzaba hacia ella—. Y mi respuesta no ha cambiado.

Resopló, ¿de veras tenía que volver a discutir con él? La tarea empezaba a resultarle muy cansada.

—Así que estás decidido a quedarte aquí —gesticuló hacia el suelo con el dedo índice.

Su sonrisa se amplió y asintió con la cabeza.

—Ajá.

Empezaba a sentir verdadera alergia por esa indiscutible satisfacción masculina que lo envolvía.

—No podrías simplemente, ¿irte? —insistió una vez más y remató la sugerencia con más con más énfasis—. ¿O morirte ya que estamos?

Él dejó escapar un bufido mitad sonrisa, hizo un sonoro chasquido con la lengua y pasó junto a ella de camino al salón.

—Buen intento, bonita, pero aún no me ha llegado la hora —le informó

mientras se detenía en el umbral de la habitación—. Hazte a la idea de que soy un mal necesario para alcanzar aquello que deseas.

Dryah frunció el ceño, su mirada sobre él.

—Eso sería que te largaras en este mismo momento y no volver a ver tu cara nunca más —suspiró con cansancio—. Y no veo que te muevas de nuevo hacia la puerta.

Sus ojos azules la recorrieron lentamente.

—Contén tu entusiasmo, Dryah —se burló—. O pensaré que odias realmente mis huesos.

Ella ladeó la cabeza como si lo considerara.

—Creí que eso había quedado claro...

El Juez sonrió ante su respuesta, entonces estiró la mano y con un simple encendió las luces del corredor y el salón. Sus ojos azules parecían incluso más intensos bajo la luz artificial del apartamento.

—Te aseguro que soy muy agradable cuando se me conoce —comentó al tiempo que desandaba el camino hasta ella, su manera de moverse era sensual y muy masculina—. Solo tienes que arriesgarte un poquito y acercarte a mí... no muerdo.

Ella no estaba tan segura de eso.

—Juez... —La advertencia era clara.

Él negó con la cabeza.

—Shayler —la corrigió midiéndola con la mirada al tiempo que se acercaba más a ella, hasta el punto en que tuvo que levantar la cabeza para mirarle.

—Juez —repitió haciendo mayor hincapié en la palabra al tiempo que se lamía los labios con un gesto nervioso y añadía—. Quieres matarme, eso no me parece en absoluto agradable.

Él inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos se encontraron con los de ella mientras su poder susurraba y la llamaba.

—Dryah, si en verdad deseara matarte, hace mucho tiempo que habrías abandonado este mundo —confesó con extrema suavidad que hizo que el significado de sus palabras penetrase en ella—. Y como no ha sido así, es obvio que mis intereses son otros, así que por el momento, ¿qué te parece si cenamos?

Dejó escapar un profundo suspiro y se llevó las manos al rostro, frotándose los ojos antes de empezar a arrastrarse hacia el salón.

— ¿Conseguirás llegar al salón tu sola o te llevo en brazos? —sugirió él con voz burlona.

Ya no tenía ni fuerzas, ni ganas para dedicarle una de sus fulminantes miradas, así que se limitó a agitar la mano.

—Ni en tus más psicóticos sueños, Juez Asesino. —Se inventó un nuevo título con el que poder fastidiarle.

Él esbozó una perezosa sonrisa que ella no llegó a ver.

—Si supieras lo que hay en mis sueños buscarías una orden de alejamiento —murmuró más para sí que para ella, su mirada se deslizó al magnífico trasero que moldeaban sus vaqueros.

Aquello hizo que se detuviese en el umbral de la puerta.

— ¿Qué es una orden de alejamiento? —Conocía las palabras y el posible significado de la frase, pero no sabía si él le estaba dando tal interpretación.

Él no tuvo problema en explicárselo.

—Es la resolución de un Juez por la que se le ordena a una persona que se mantenga alejada de otra o de un lugar en concreto —le explicó.

Ella asintió.

—Una orden de alejamiento me parece una buena idea —aseguró, entonces frunció el ceño al reparar en algo—. ¿Sólo puede otorgarla un juez?

Él sonrió.

—Un gran inconveniente, ¿no te parece? —le respondió con un divertido guiño. Ella se limitó a poner los ojos en blanco, dio media vuelta y pasó al salón.

—Expídetela a ti mismo y vete a casa, juez —le dijo desde la otra habitación.

Shayler sonrió ampliamente, la tarde había sido como poco interesante al lado de esa mujer y agradecía haber insistido en quedarse junto a ella o de lo contrario a estas horas quizás tuviese que sacarla de alguna cárcel humana por desorden público o visitarla en un hospital o algo peor. El cazador de almas se había quedado corto en palabras al asegurar que el mundo humano era absolutamente nuevo para ella, la muchacha bien podía compararse a un infante que empieza a dar sus primeros, que comienza a entender el significado de sus primeras palabras. Era muy inteligente y cuando le convenía perfectamente educada y adorable, su ingenuidad y sinceridad se habían ganado esa misma tarde al propietario de la bombonería a la que llevó en su regreso para coger el metro. El hombre había quedado embelesado de tal modo que les hizo prometer que volverían para que ella pudiese probar una nueva receta con caramelo que estaba ideando. A la vista de su recién descubierta adicción, no dudaba que ella llegara a convertirse en una de sus mejores clientes. Fue toda una experiencia verla disfrutar de todo lo que la rodeaba, su mirada de ilusión y maravilla en uno de los museos había sido tal que lo dejó contemplándola como un idiota mientras iba de una sala a otra. Después de sus pullas iniciales consiguió mantener cierto equilibrio con ella y sus siguientes momentos fueron memorables. Pero más allá de todo eso, seguía existiendo aquella lucha en su interior, las dudas empezaron a llamar a su puerta y abrieron nuevas posibilidades que no hacían si no hundirla un poco más en el profundo pozo donde ella se había despertado, no pasó por alto en ningún momento sus cambiantes emociones incluso ahora casi podía escuchar el sonido de los engranajes de su cerebro mientras pensaba y sopesaba lo que sabía con lo averiguado. Sólo esperaba que fuera lo bastante fuerte para enfrentar la realidad cuando decidiese dejarla entrar.

Tras abandonar aquel caótico rumbo que tomaron sus pensamientos, se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y sacó la Blackberry para buscar en la agenda el número de uno de sus restaurantes favoritos. Como no sabía exactamente que le gustaría a ella, optó por un menú variado. Estaba acostumbrado a pedir comida para llevar, cuando no era uno de sus compañeros el que lo hacía, torturándolo con su predilección por la comida mexicana o la comida basura. A él le gustaba la pizza, sí, pero no todos los jodidos días de la semana, por fortuna aquello había quedado solucionado después de encontrarse el pepperoni y las anchoas de una monstruosa cosa verde en medio del dossier de uno de sus caso de rentas; Lyon no tuvo elección si no acotar el día de Pizza a los miércoles por la noche cuando disponía de las oficinas para él y para Jaek, cuando este no estaba en el piano bar, sin que tuvieran que enfrentarse a una nueva patada en el culo de su jefe.

Suspiró al pensar en sus compañeros y hermanos de armas; los Guardianes Universales. Ellos eran guerreros elegidos y designados por la Fuente Universal que contenía y daba nacimiento a todos los poderes del universo, el que hubiesen terminado teniéndolo a él como líder se debía a una maldita predicción del oráculo y a la zorra que la hizo realidad. La reciente conversación que tuvo con John acudió de nuevo a su mente, prefería pensar que aquello que le comunicó no era real, deseaba que se tratase simplemente de otro de los estúpidos intentos de Uras por llamar su atención y no los dictámenes de una de sus Guardianes, la única mujer entre ellos y que esgrimía el poder más peligroso de todos, el de la Profecía. La vida de sus guardianes era por encima de todo lo más importante para él, en muchos aspectos les debía su propia vida y si para mantener su seguridad tenía que acabar con la inocente muchacha que se refugiaba ahora en el salón, lo haría... aunque su propia alma quedase destrozada en el proceso.

El timbre de la puerta despertó a Dryah del liviano sueño en el que había caído, tras entrar en el salón se dejó caer en el sofá y parecía que la comodidad del mismo y su cansancio la dejó traspuesta. La televisión estaba encendida, una manta arropaba sus piernas y los platos y vasos habían sido dispuestos en la pequeña mesa auxiliar. Oyó la voz del juez y la de alguien más al otro lado del pasillo, aquel hombre era persistente como pocos, pensó mientras hacía a un lado la manta y ahogaba un bostezo. Su primer día en libertad parecía destinado a convertirse en su primer día de condena, su

presencia había puesto su nueva vida patas arriba en cuestión de horas, consiguió que las semillas de la duda se implantasen en su mente, dándole tierra suficiente a la que agarrarse y abono del que nutrirse, su actitud y sus palabras le abrían un nuevo camino que no estaba segura hacia dónde conducía. El hombre que consideraba su principal y único enemigo se perfilaba ahora como el único capaz de liberarla de toda aquella pesadilla. Una cruel ironía, en su opinión, especialmente cuando ya no era capaz de seguir creyendo ciegamente en su culpabilidad. Dejó escapar un profundo, si algo aprendió en su corta vida era que las cosas nunca eran exactamente como se veían, Eidryen se había encargado de enseñárselo y ella lo sabía mejor que nadie; La gente estaba acostumbrada a mentir, a engañar y tergiversar las cosas a su completa conveniencia, pero las mentiras nunca traían nada bueno consigo, el bien nunca podría alcanzarse con engaños pues antes o después aquello reportaría dolor, un dolor tan profundo que no estaba segura de poder soportarlo, no cuando estaba tan fragmentada por dentro.

—Veo que te has despertado, ¿tienes hambre? Acaban de traernos la cena. — Oyó la voz de Shayler, quien entraba con una bandeja repleta de pequeñas cajas blancas, con el dibujo de una pagoda china en color azul y el nombre xerografiado de algún restaurante—. Como no sé exactamente qué es lo que te gusta o que no, pedí un poco de todo.

Lo siguió con la mirada mientras depositaba la bandeja sobre la mesa que había preparado con los platos. El aroma de la comida llegó hizo que le rugiera el estómago, la boca se le hizo agua al instante y el sueño terminó por irse del todo en aras de la necesidad de alimento. Bajó las piernas del sofá y se inclinó hacia delante cuando empezó a abrir las cajas, preparando las distintas salsas y dejando una botella de vino y otra de agua que había traído bajo el brazo.

—Huele muy bien, ¿qué es todo esto? —preguntó mirando con curiosidad el banquete dispuesto en la pequeña mesa.

—Comida China —respondió él cogiendo un delgado paquetito blanco del que sacó un tenedor de plástico y lo que le parecieron dos palos de madera—. Hay tallarines, cerdo agridulce, ensalada de pollo, rollitos de primavera, sopa de ajo, un par de salsas por ahí, la de color rojo es picante y... —Rebuscó entre las cajas blancas—...pato Pekín. Tienes verduras, carne, pollo... y sopa.

Ella parpadeó varias veces, sorprendida por la variedad de olores y colores.

—No sé qué es nada de eso, pero huele bien —aseguró lamiéndose los labios con anticipación.

Él sonrió en respuesta y le tendió el tenedor para luego coger la botella de vino y descorcharla con habilidad. Sus miradas se encontraron alguna que otra vez mientras le veía servir sendas copas.

—Puedes ir empezando —le dijo al entregarle una de las copas—, está claro que tienes hambre.

Ella se sonrojó y se enderezó aún más en el sofá.

—Aunque no lo creas, si tengo modales —le dijo con irónica satisfacción mientras tomaba la copa de vino y la acercaba a los labios. Tras dar un sorbo arrugó la nariz.

Él rió en respuesta y le tendió un botellín de agua.

—Me parece que tendremos que descartar el vino de tu menú —comentó con cierta diversión mientras probaba su propia bebida.

Ella lo ignoró hasta que lo vio dividir aquel bloque de madera en dos para sumergirlos después en una de las cajas de las que extrajo unas delgadas hebras de color tostado con pequeños trocitos de colores.

—Son fideos fritos —le explicó al tiempo que se los acercaba a la boca—. Vamos, abre la boca.

Ella frunció el ceño y sintió la necesidad de alejarse de él.

—Puedo comer sola —farfulló, sus mejillas adquiriendo un ligero tono rosado.

Él asintió pero no apartó los palillos.

—Abre la boca señorita quisquillosa —insistió rozándole los labios con la comida.

Obedeció a regañadientes y tomó suavemente el bocado que le ofrecía. Su mirada cayó entonces sobre el tatuaje que recorría su muñeca. Él se había quitado la chaqueta quedándose en mangas de camisa y bajo la tenue luz artificial los oscuros tatuajes parecían cobrar vida.

— ¿Y bien? —preguntó llevándose él mismo un poco del contenido de la caja a la boca, maniobrando hábilmente con los palillos.

Ella se tomó un tiempo para saborearlo.

—Um... sabe raro —respondió masticando lentamente.

Él sonrió al ver su mueca y le indicó la caja con la ensalada.

—Prueba la ensalada, quizás te guste más —le sugirió mientras daba cuenta de los fideos con buen apetito—. Y ahí tienes pollo frito.

Ella siguió su sugerencia encontrando mucho más sabrosa la ensalada y el pollo frito que los fideos o los rollitos de primavera, los cuales después del primer bocado hizo un gesto de asco que arrancó una carcajada al juez.

—Comida China descartada del menú semanal —comentó él mientras daba un sorbo a su vino.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco.

—El pollo está bueno. —Había que reconocerle al hombre su esfuerzo después de todo. Aunque mejor que no se acostumbrase.

Él debió leerle el pensamiento porque se echó a reír por lo bajo.

—Come lo que te guste y deja lo que no —le sugirió y recogió los cartones vacíos.

Su mirada volvió de nuevo a los tatuajes que le cubrían las muñecas, había algo en ellos que atraían su atención.

—Es un diseño extraño —murmuró incapaz de contenerse por más tiempo—. ¿Tiene algún significado en particular?

Él siguió su mirada y levantó la mano derecha.

—Es mi rango —respondió con un encogimiento de hombros—. No tenían significado alguno hasta el momento en que... los obtuve.

Ella se llevó un nuevo bocado de ensalada a la boca, saboreándolo.

— ¿No querías ser juez? —insistió, la curiosidad podía con ella.

Shayler hizo una mueca al tiempo que cogía su copa de vino.

—Digamos que en el momento en que sucedió, no estaba todavía preparado para ello —dijo con desprovista de emoción alguna—. Pero el destino es una puta y tenía otros planes en mente para mí, así que me obsequió con esto — alzó la mano con el vaso haciendo rotar la muñeca.

— ¿No pudiste simplemente negarte? —inquirió una vez más.

Él esbozó una sonrisa irónica y se echó hacia atrás, apoyándose en un brazo mientras estiraba una de sus piernas y flexionaba la otra para estar más cómodo. La mano que todavía sostenía el vaso de vino, descansaba sobre la rodilla alzada.

— ¿Pudiste negarte tú a portar el Libre Albedrío?

No, ni siquiera tuvo opción pensó con pesar.

—No tuve posibilidad de elección —confirmó sus propios pensamientos—. El Destino y la Esperanza, eligieron por mí.

Él asintió.

—Y en mi caso, fue La Fuente Universal quien lo hizo. Es mi derecho de nacimiento, o mi maldición, dependiendo del día. —Shayler dejó el vaso sobre la mesa y cuando lo hizo rotó la muñeca de tal forma que su tatuaje empezó a desvanecerse y en su lugar se formó una firme daga cuya hoja se ondulaba de un brillante blanco metalizado, mientras las empuñaduras estaban formadas por los cuerpos de dos serpientes entrelazadas cuyas cabezas con las fauces abiertas formaban la cruz de la empuñadura. Era un arma hermosa y

letal y manaba de ella tanto poder como de su propietario, casi parecía una extensión de su propio poder—. La *Kahiya* es el símbolo de supremacía y ley del universo, así que, me las endosaron a mí junto con toda la responsabilidad que viene inherente al cargo.

Ella miró la daga y la otra mano en la cual permanecía el mismo tatuaje.

—Entonces... —señaló su otra mano.

—Como dije, Supremacía y Ley —repitiendo el movimiento con la otra mano, hizo destellar la otra daga. Las dos armas juntas eran un conjunto realmente hermoso y letal—. Son armas gemelas.

Sin pararse a pensar, Shaylerladeó una de las dagas con un lento movimiento, sujetándola entre la empuñadura y la hoja y se la acercó para que pudiera admirarla. Había algo allí que tiraba de ella hacia el arma, como si esas dagas reconocieran a su poder gemelo en ella. Sus largos y finos dedos se estiraron tímidamente hacia la hoja y en el momento en que hicieron contacto un pequeño chasquido de electricidad los recorrió a ambos conectándolos de una manera que ninguno de ellos había esperado. La conexión fue instantánea y de apenas unos milisegundos, pero bastó para descubrir aquello que debía descubrirse.

— ¡Joder! —exclamó él retirando inmediatamente la mano, manejando la daga hasta que volvió a colocarse sobre su piel en forma de tatuaje.

Ella jadeó en busca de aire.

—Oh dioses...

Shayler alzó la mirada de su propia mano y se encontró con la mirada de ella. Sus ojos brillaban con dolor, desolación, tristeza e incredulidad, su labio inferior temblaba levemente y parecía incapaz de respirar cuando se llevó las manos al pecho.

—Dryah, ¿qué ocurre?

Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—Estaba equivocada, Juez —murmuró con voz rota—. Siempre fue Eidryen.

Un viento helado alcanzó la ventana abierta del sexto piso de uno de los edificios más antiguos de la calle veintitrés con la Quinta Avenida, la brisa no encontró impedimento en colarse y atravesar las finas cortinas color crema que separaban el balcón de la habitación principal amueblada con femenina exquisitez. Dos pequeñas velas con aroma a vainilla se consumían dentro de una pecera de agua mientras derramaban su suave luz sobre el tocador y creaban extrañas sombras en la pared y la figura inmóvil tendida en el diván color borgoña a su lado. El largo cabello elegantemente recogido por unas brillantes horquillas caía sobre el blanquecino hombro y se derramaba sobre el suelo a escasos centímetros de su mano inerte. Su pálido rostro tenía un semblante sereno en el que destacaban unos llenos labios pintados de un carmín de brillante color borgoña que se movían en una silenciosa letanía, pero eran sus ojos, como velados por una tela blanca, los que permanecían fijos en el techo abovedado, viendo algo que estaba mucho más allá de la comprensión del mundo humano y de los dioses; el porvenir.

La visión había llegado como siempre, de improvisto, sin avisar, todo a su alrededor dejó de tener sentido, su visión se emborronó poco a poco hasta que todo quedó sumergido en aquella espesa niebla gris azulada. Sus pasos resonaban en el vacío espacio, un sendero que llevaba directamente hacia el futuro, hacia una nueva premonición. Como siempre, era una simple espectadora, podía ver pero no participar en ello.

La visión comenzó con ella, esa figura etérea a la vez que poderosa que vio en la Sala de los Ancianos. Estaba inmóvil, vestida con una túnica blanca, las manos unidas sobre el estómago mirando fijamente su reflejo en el suelo... Un reflejo que la mostraba ataviada con una túnica negra, con el largo cabello dorado cayendo por su espalda, contrario a los cortos mechones desordenados que lució entonces. Sus ojos reflejaban tristeza y sus labios se movían en un silencioso ruego.

“No me dejes sola”.

Uras giró el rostro hacia la derecha cuando notó el tirón procedente de esa dirección y jadeó cuando se contempló a si misma rodeada por sus compañeros de armas. Situada en el centro, luciendo de la misma forma que

ahora, mantenía los ojos cerrados y una mirada serena, pero eran sus manos ensangrentadas y la sangre que goteaba de estas la que la dejó sin aire... en ellas sostenía un puñado de rosas rojas cuyas espinas se le clavaban en la carne. Cada uno de sus compañeros permanecía en pie y de espaldas a ella, entonces comenzaron a caminar, cada uno en una dirección, alejándose. Abrió la boca para gritar, pero de su voz no salió una sola palabra. La niebla volvió a espesarse y lo próximo que vio fue una silueta que se acercaba a ella y tomaba forma poco a poco, la figura era la de un hombre y caminaba hacia ella con el brillo de algo metálico destellando en su mano. El Juez se detuvo allí con aquella mirada ardiente en sus ojos azules y la apuñaló. Ella jadeó como si se sintiera atravesada realmente por un cuchillo, alzó la mirada y ahora lo que vio fue tristeza empañando sus ojos. La imagen cambió y ahora tras él surgió la silueta del Libre Albedrío, la mujer vestía de blanco y negro, con el pelo corto con el que la vio la primera vez, la muchacha alzó una pálida mano hasta posarla en el hombro del juez y dejó ver el intrincado patrón de tatuajes en tonos negros y dorados que cubría ahora su dorso. Como si se tratase de un fundido en negro, la escena volvió a cambiar y en esta ocasión contempló a sus compañeros, los Guardianes formando un círculo y en el ceño el Juez permanecía arrodillado en el suelo, sosteniendo entre sus brazos el desmadejado cuerpo de aquella mujer. Su rostro era una máscara de tristeza y desesperación y entonces se dio cuenta de algo más, mientras examinaba cuidadosamente lo que ocurría, comprendió algo; Ella no estaba presente.

Un angustiado jadeo surgió de su garganta y la sacó de golpe del trance. Como siempre, su cuerpo empezó a temblar incontroladamente intentando ajustarse a este plano de existencia. Su mirada tardó en ajustarse y recuperar la perspectiva mientras continuaba tendida sobre el diván pensando en todo lo que había visto y su significado. Había muchas cosas que no entendía, otras no era capaz de darles crédito, pero más allá de todo eso extrajo con asombrosa claridad lo que el Oráculo deseaba mostrarle. Acababa de presenciar... el final de la Guardia Universal.

Shayler no entendía que locura se había apoderado de él para permitirle tocar sus armas, más aún cuando fue él mismo quien le acercó la *Kahiya*. Siempre mantuvo un estrecho recelo con esas dos dagas, no permitía que nadie las tocara, ni siquiera sus compañeros de armas, sólo Uras lo habían hecho en el momento en que le fueron otorgadas y únicamente para grabar con ellas los

tatuajes que rodeaban sus manos. Sin embargo, con Dryah casi resultó algo incontenible, su poder llamaba al suyo y lo atraía hasta el punto de bajar la guardia de aquella manera.

La conexión había sido instantánea y fulminante, apenas habían rozado los dedos la hoja cuando notó el chispazo de electricidad y con ello la rápida sucesión de imágenes del último *Antiquerum* que había regido. Por las palabras y la mirada que ahora tenía la muchacha sabía que no era el único que había revivido aquel proceso, la *Kahiya* se encargó de hacer caer el velo de inocencia tras el que había permanecido oculta de una forma brutal y definitiva.

—Lo sabía, ¿verdad? —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras pronunciaba aquellas palabras—. Él sabía que iba a ocurrir todo esto desde el principio.

La agonía que vio en sus ojos se clavó profundamente en su pecho y traspasó las barreras que siempre tenía levantadas a causa de su empatía. El dolor era asfixiante.

—Sí. —Se vio obligado a asentir, no tenía caso seguir negándolo—. Imagino que siempre lo supo ya que fue él mismo quien solicitó el *Antiquerum*.

La vio apretar los ojos con fuerza, podía sentir su negación a lo que había visto, la necesidad de encontrar otra explicación.

—No puede ser verdad.

Él negó con la cabeza.

—Nunca existió un motivo para hacer tal juicio, al contrario que contigo, no había nada que justificara una intervención a ese nivel... Lo que Elora hizo... tu nacimiento... sólo afectó en cierto modo al equilibrio, la Fuente Universal no demandó ninguna intervención. Entonces una mañana Eidryen se presentó ante mí y me pidió que llevase a cabo el Juicio Universal... sería una pantalla, él dijo que era necesario para proteger el futuro del universo... y a ti.

Ella se levantó de golpe, la desesperación brillando en sus ojos azules.

— ¡Debiste haberte negado! —exclamó con pasión—. ¡Tenías que decirle que no!

Él suspiró, sus emociones lo estaban afectando más de la cuenta.

— ¿Crees que no lo hice? —se defendió con la misma pasión que ella—. No tengo por costumbre regir un juicio que no es necesario y menos uno que pide el mismo que va a ser acusado. Los argumentos que esgrimió el dios del Destino eran difíciles de refutar, él era el único que sabía realmente como acabarían las cosas.

Ella entrecerró los ojos con fuerza, Shayler podía sentir su lucha interior, cómo intentaba encajar lo que la *Kahiya* le enseñó con sus propios recuerdos, intentando separar la realidad de las conjeturas. Se mesó el pelo con desesperación, hundió los dedos en los desiguales mechones y lo miró con un abandono que lo corroía por dentro.

— ¿Qué más me han ocultado? —preguntó suavemente, su mirada azul brillante se alzó hacia él—. ¿Qué le llevó a hacer algo tan estúpido?

Se levantó lentamente y fue hacia ella quien esperaba por su respuesta.

—Salvar tu vida no lo consideró un acto estúpido —le dijo al tiempo que la incitaba a volver al sofá para sentarse ahora junto a ella—. De algún modo sabía que su tiempo se terminaba y quería dejarlo todo listo para que pudieras protegerte incluso cuando él ya no estuviera.

La estudió con la mirada, necesitaba saber qué decir, como decirlo pues la mujer que estaba frente a él estaba demasiado fragmentada y si terminaba por quebrarse dejaría libre uno de los poderes más caprichosos y letales del universo.

—A veces, lo más simple parece ser lo más difícil de creer —le dijo al tiempo que estiraba la mano para tomar las de ella—. El dios del Destino tomó una decisión por encima de todos, él me estaba convencido que tú habías nacido para encontrar tu lugar en el universo.

Ella sacudió la cabeza, retirando las manos de las de él.

—No —negó nuevamente—. Todo esto es una locura. Él fue a la Sala de los Ancianos cuando lo reclamaron, yo estaba allí cuando fueron a buscarlo.

La muchacha parecía estar batallando con sus propios recuerdos, separando lo vivido de lo que acababa de presenciar.

—Quise ir con él pero no me dejó —continuó—. No le escuché y fui sola, quería entrar en esa maldita sala, tú estabas allí te vi un instante antes de que las puertas se cerraran y Nyxx me obligara a quedarme fuera.

Shayler se encogió interiormente. Él ni siquiera la presintió, había estado demasiado centrado en aquel maldito juicio, en terminar cuando antes con aquella pantomima que ni siquiera prestaba atención a lo que había a su alrededor. Si tan sólo la hubiese visto entonces... ¿Habría significado algún cambio?

Recordaba su encuentro con Eidryen, como el dios se había presentado ante él y lo hizo partícipe del motivo de su presencia. Él se había echado a reír, le preguntó incluso si estaba tan cansado de la vida como para querer remediarlo de una manera tan drástica, su respuesta sólo había hecho que se negara con más rotundidad a aquella locura pero él había insistido esgrimiendo argumentos que no pudo negar.

—Su destino se puso en marcha en el mismo momento en que tomó el primer aliento de vida, Juez. No es si no ahora, que entiendo que siempre habría sido así. Ella tenía que venir al mundo para completar un equilibrio que será esencial para el universo.

—Cómo puede completar un equilibrio, cuando es su propia presencia la que lo ha roto para empezar.

—Te equivocas, mi joven amigo, ella es la que ha creado y creará el equilibrio, el cual se complementará con el tuyo... en el momento preciso —le había asegurado. Su mirada enigmática había recaído sobre él durante unos incómodos instantes—. No la dejes sola cuando yo ya no esté, necesitará guía y alguien que la proteja de todo lo que se le vendrá encima.

Él casi se había reído ante la petición del hombre.

— ¿Me estás consignando como niñera?

El dios sonriera con suficiencia.

—No Shayler, estoy poniendo el destino y el futuro equilibrio del universo en tus manos —le había dicho Eidryen—. Lo que decidas hacer y cómo hacerlo, determinará el resultado final.

No había estado de acuerdo, nunca lo estuvo y pese a haber dado su palabra de cuidarla, se había desentendido de ella suponiendo que estaría bien siempre y cuando permaneciese oculta y dormida como sabía que el dios tenía intención de dejarla.

—Me mintió.

La agonía en la voz de la muchacha lo devolvió al presente.

—Me mintió, me engañó, faltó a su promesa —clamó ahora en voz alta, su nerviosismo era tal que necesitó dejar su lugar en el sofá y caminar por la habitación—. Todos lo sabíais y ninguno fue sincero conmigo. Me ocultasteis la verdad.

Él se levantó a su vez pero mantuvo las distancias.

—No te habría servido de nada saber la verdad entonces.

Ella abrió los brazos en un gesto de desesperación.

— ¿Y de que me sirve ahora? —Su mano señaló la ventana—. No pertenezco a este mundo, tampoco pertenezco al tuyo...no soy nada.

Empezó a avanzar lentamente hacia ella.

—Lleva tiempo encontrar el lugar en el que encajar —le aseguró al tiempo que se acercaba a ella. Él mejor que nadie lo sabía.

— ¿Tiempo? —se rió con amargura—. ¡Yo no tengo tiempo! Soy un peligro para el universo, ¿recuerdas? No tengo control alguno sobre mi poder... ¡Ninguno!

Como si el Libre Albedrío quisiese mostrar su parecer a tales palabras, las bombillas del salón explotaron y quedaron como simples casquillos ennegrecidos. Una diminuta lluvia de cristal cayó allí donde estallaron. Él llegó a ella pero no la tocó, la muchacha se estremeció y envolvió los brazos alrededor de su cintura, podía sentir el Libre Albedrío crepitando a su alrededor, sondeando y revolviéndose en su confinamiento humano deseando arremeter contra aquel que provocaba el tumulto de emociones en ella. Juró por lo bajo al darse cuenta de algo, ella no solo no tenía control sobre el poder primigenio, el mayor problema estaba en que eran dos entes totalmente distintos y no una única unidad tal y como debería ser.

—Dryah, tienes que calmarte... —Se movió cautelosamente hacia ella—, te estás haciendo daño a ti misma y estás permitiendo que el Libre Albedrío se revuelva y escape a tu control.

Ella se limitó a abrazarse con más fuerza, sus dedos se crisparon sobre sus propios antebrazos, las lágrimas fluían a hora silenciosamente por sus mejillas.

—Me mintió —la oyó susurrar—. Prometió que se quedaría conmigo, me aseguró que todo era un malentendido y que se solucionaría pronto... que volvería a mi lado... ¡Y me mintió! Nunca pensaba volver... me dejó sola...

Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo, Shayler se preparó a sí mismo para lo peor, rogando interiormente que no llegase a liberar por completo su poder. No quería hacerle daño, la sola idea de hacerle daño lo laceraba por dentro.

—Dryah, pequeña, mírame... —la llamó, ahora estaban a escasos centímetros uno del otro.

Ella alzó la mirada, sus ojos brillantes y anegados de lágrimas, con tanto dolor en ellos que se encogió interiormente en respuesta.

—Me ha mentido —murmuró ella, había un precioso puchero en su carita—. Prometió que se quedaría conmigo y me dejó sola.

No se lo pensó dos veces y se permitió limpiarle las lágrimas.

—Shh —le secó la humedad de las mejillas con los pulgares. Su empatía lo estaba matando ahora mismo, ella se estaba muriendo por dentro y él lo sentía —. No estás sola bonita, estoy aquí.

Las lágrimas empezaron a correr entonces sin control bañando sus mejillas, su nariz se arrugó ligeramente y empezó a sollozar como una niña pequeña a la que le hubiesen arrebatado todo.

—Me dejó sola... me lo prometió y rompió su promesa. —Lloraba como una niña pequeña—. Maldito seas Eidryen, me lo prometiste... me dijiste que nunca me dejarías sola... y me mentiste... me mentiste.

Sin esperar o pedir permiso la atrajo hacia su pecho y la abrazó. Ella rompió a llorar con más fuerza aferrándose a su camisa, su húmedo rostro pegado a su pecho. Afortunadamente el estallido emocional rompió la concentración del Libre Albedrío, quien parecía contentarse ahora con ronronear al sentirse arropado por su propio poder.

—Shh, tranquila, estoy aquí —le susurró mientras le acariciaba el pelo—. No estás sola, bonita, no pienso dejarte sola nunca más...

Por primera vez desde que la vio en el mundo humano, Shayler empezó a comprender que quizás los sueños no estuvieran tan alejados de la realidad. Y si así era, se le presentaba un infernal camino por delante.

CAPÍTULO 7

John levantó la cabeza del portátil en el que trabajaba cuando oyó el timbre del teléfono. Su mano se extendió automáticamente hacia el aparato sobre la mesa sólo para darse cuenta que no era el teléfono de la oficina el que sonaba, después de todo, Shayler lo colgaría de los pulgares antes que permitirle poner aquella estruendosa melodía en la terminal del despacho. Su mirada buscó sobre la mesa y agudizó el oído hacia el lugar de donde provenía la melodía de la canción Bye Bye beautiful de Nightwish. Aquel era un pequeño

sádico placer que se permitía en la oficina sabiendo que no sólo molestaba a su hermano, sino a Jaek, quien opinaba que aquello no era música, sino una bandada de gatos siendo despellejados vivos. Qué sabrían ellos de música.

Casi había llegado al estribillo de la canción para cuando logró dar con su iPhone debajo de un montón de papeles. El identificador de llamadas mostraba la cara verrugosa de un perro con collar de púas y sobre él el nombre de “La Perra”. ¿Qué diablos podía querer esa mujer ahora? Por regla general, era a su hermano al que jodía, no a él —gracias a los dioses por los pequeños favores— cuando estaba con el SPM. Guardando el trabajo en el ordenador con un clic del ratón, cogió el teléfono con la otra mano y se lo llevó con desgana a la oreja.

— ¿Quién se ha muerto ahora, Ur? —preguntó con desgana. La línea al otro lado del teléfono quedó en silencio durante unos segundos así que bajó el teléfono para comprobar que seguía con la recepción de la llamada antes de volver al oído mientras lo sujetaba entre la barbilla y el hombro para poder continuar con su trabajo—. ¿Hola? ¿Uras?

—Ha empezado, John.

El hombre dio un respingo ante la misteriosa voz de la mujer.

— ¿Qué ha empezado? —preguntó cuándo nuevamente la línea volvió a quedarse en blanco—. ¿Ey? ¿Estás bien?

Hubo un ruido de algo de cristal chocando contra otra superficie y el frufú de la tela antes de que oyese la contestación.

—Acabo de tener la madre de todas las visiones —le dijo, su voz matizada con los remanes del proceso que siempre experimentaba tras una de aquellas fulminantes visiones—. Y ha empezado. No sé cómo ni en qué momento se ha puesto en marcha, pero ha comenzado, todo se ha puesto en movimiento y sólo puedo suponer que el detonador ha sido este nuevo *Antiquerum*. John, hay un vínculo entre ellos... no sé si ya viene de atrás o está por crearse, pero en mi visión existía y era más fuerte que cualquier cosa que haya visto en toda mi existencia.

Él frunció el ceño y dejó de teclear, la mujer tenía ahora toda su atención.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó al tiempo que cogía el teléfono—. ¿Qué has visto exactamente?

Hubo una pequeña pausa antes de que la escuchase nuevamente.

—Son dos caras de una misma moneda —respondió—. El poder de uno llamará al del otro, era inevitable que antes o después se encontraran... y ese encuentro es el que va a propiciar nuestra caída... el que ya la ha propiciado.

Hubo un profundo suspiro desde el otro lado de la línea.

—John, la he visto dividida... su poder llamándola, suplicante y ella como tan sólo una cáscara vacía —continuó Uras, su voz empezaba a hacerse más alta y desesperada por momentos—. No tiene poder sobre el Libre Albedrío porque todavía no lo acepta como parte de sí misma, como lo que debería ser una parte de un total. Y Shayler... él la protegerá, John... la protegerá incluso de nosotros. ¿Es que no lo entiendes? Acabará con nuestra orden, nos dividirá y empezará por nuestro Juez.

John no dijo nada mientras intentaba digerir lo que oía de aquella mujer.

—No puede quedar en libertad —sentenció con fuerza—. Ya no se trata solo de un peligro para la humanidad y dioses por igual, es un peligro para nosotros, la única que provocará el fin de todo lo que los Guardianes Universales han conocido. Shayler debe terminar con ese juicio, John y debe hacerlo ya.

El guardián alzó su mirada azul, gemela a la de su hermano y se quedó mirando al vacío, intentando escuchar más allá del tiempo, más allá del espacio, donde la Fuente Primigenia residía, pero sólo escuchó vacío, no hubo ni un sólo murmullo y aquello contribuyó a aumentar su desconcierto. La Fuente nunca estaba tan silenciosa en lo que a él se refería.

—Shayler no apresurará un *Antiquerum* —respondió negando con la cabeza, pese a que ella no iba a ver su gesto—. Después de lo que ocurrió con el anterior, ni siquiera dejará que nos acerquemos.

Escuchó un resoplido desde el otro lado de la línea.

— ¿Ni siquiera si ese veredicto pone en riesgo nuestra continuidad? —insistió ella con obvia incredulidad en su voz—. Es el Libre Albedrío, John, no un problema de herencias.

Respiró profundamente volviendo a prestar atención a la mujer después de su intento infructuoso de escuchar a la Fuente.

—Si ella es tal peligro para nosotros o para la humanidad, el Juez no dudará en erradicarlo —aseguró con tono liso, despreocupado.

Se oyó una carcajada desde el otro lado de la línea, seguida por una mordaz respuesta.

— ¿Acaso serías capaz de erradicar tu propio corazón? —le preguntó ella, su voz modulada de tal manera que parecía haberlo susurrado en su alma.

El rostro de John se endureció.

—Si eso evita que toquen a los míos, sí —respondió sin dudar.

Ella pareció esbozar una sonrisa, por el sonido que escuchó a través de la línea.

—Pero Shay no es como tú, ¿verdad? —Parecía divertida por este hecho—. Él tiene algo de lo que tú careces, compasión. Y esa misma compasión es la que le permitirá estar junto a ella y nos conducirá a una destrucción a la que quizás no sobrevivamos todos.

Frunció el ceño, no le gustaban esa clase de acertijos.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué jodida mierda has visto, Uras?

Hubo un nuevo y alargado silencio desde el otro lado de la línea.

—Ella es la clave —insistió una vez más, el sonido de pasos sobre el suelo llegó a sus oídos. Debía estar paseándose de un lado a otro—. Cada uno de sus pasos guiará los nuestros, guiará los del Juez y nos conducirá a todos al

final.

Hubo un chasqueo femenino desde el teléfono.

—La visión no ha sido nada clara, no ocurrió como siempre, han sido un montón de escenas inconclusas y fuera de contexto, pero en la mayoría, Shayler estaba con ella y los Guardianes en torno a ellos y al mismo tiempo a distancia. Es como si nos fuésemos distanciando poco a poco, siempre rezagados... hasta que cada uno se da la vuelta y os alejáis.

John se pasó una mano por el pelo en un gesto de exasperación.

—Habla con Shayler, hermano —su petición fue casi una súplica—. Tiene que volver a encerrar el Libre Albedrío y apartarse de ella antes de que sea demasiado tarde... para todos.

La línea quedó muerta tras un breve clic y finalmente empezó a oírse un sonido intermitente que anunciaba que se había cortado la comunicación. Con un profundo y bajo gruñido lanzó el aparato encima de la mesa y se giró en la silla fijando su mirada en la ventana y en la ciudad que poco a poco se iba encendiendo para dar paso a la noche. Una enorme jungla de asfalto en la que los humanos se comportaban en la mayoría de los días como bestias salvajes, sin importarles a quien masacraban, a quien violaban o mataban por un puñado de dólares. Si bien el edificio estaba situado en una de las zonas más tranquilas de la ciudad, no faltaba el día en que llegase la noticia de algún tiroteo provocado por dos bandas enfrentadas, la violación de una mujer en el parque y que alguien atropellaba a un niño y huía de la escena. A menudo se preguntaba si realmente valía el esfuerzo salvar a aquella estúpida raza que no hacían otra cosa que destruirse los unos a los otros, y día tras día obtenía la misma respuesta.

Se pasó una mano por el rostro y lanzó la cabeza hacia atrás con un profundo suspiro, su mirada se perdió una vez más en la nada, sus sentidos sondearon más allá de toda barrera conocida sin encontrar absolutamente nada. Dejó escapar un resoplido de frustración al tiempo que se levantaba de un salto y empezaba a pasearse de un lado a otro de la habitación antes de cambiar la dirección de sus pasos y abandonar la oficina dejando tras de sí una estela de mal humor.

Encogida en el sofá y arropada con su propia chaqueta no tenía más parecido que con el de una niña huérfana y abandonada —en cierto modo, aquella imagen no se apartaba demasiado de la realidad—. Su respiración se había normalizado finalmente apenas interrumpida por algún ocasional hipido del llanto, tenía la nariz colorada y sabía que sus ojos estaban tan rojos como si se los hubiesen frotado con un producto abrasivo. Al menos ya no temblaba. Algo que Shayler agradecía después de pasar más de una hora acunándola contra él mientras ella daba rienda suelta a todo el dolor que se había ido acumulando en su pecho desde su despertar, —y posiblemente incluso desde antes—. Su poder se redujo a un bajo ronroneo en su interior, el Libre Albedrío permanecía en calma mientras su portadora se desahogaba limitándose a dormir en su interior sin asomarse nada más que de cuando en cuando como si quisiera comprobar que ella seguía bien. Era extraño sentirla así, dividida, cuando él mismo era uno solo con su poder, sin saber dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Los restos de la cena quedaron olvidados sobre la pequeña mesa frente a ella, platos sin recoger, cubiertos y cartones esparcidos por doquier, lo que comenzó como una agradable cena se había convertido, gracias a un imprudente movimiento por su parte, en aquel desastre. Con un suspiro traspasó el umbral del salón desde donde llevaba contemplándola unos minutos y rodeó el sofá con una bandeja en la que reposaba una taza de líquido humeante.

—Ten, te va a sentar bien.

Ella alzó la mirada en su dirección, las manos seguían ocultas todavía bajo su chaqueta y parecía costarle un mundo moverlas para aceptar lo que se le ofrecía.

—Es dulce, y por tu recién descubierta afición al chocolate, es posible que te guste —insistió y le acercó la taza.

Ella la tomó y murmuró un agradecimiento en voz baja. El humeante líquido ambarino de la infusión tenía un aroma dulce y agradable que lo hacía atrayente.

—Está caliente —murmuró, su voz pastosa por la acción del llanto.

Asintió, no es que pudiese hacer mucho más.

—Sí. —Empezó a recoger las cajas blancas de la comida y las apiló todas juntas—. Déjalo enfriar un poco, no hay necesidad de que te quemes también la lengua.

Ella ladeó la cara y miró de nuevo el líquido antes de moverse sobre el sofá y dejar la taza en una esquina de la mesa para luego volver a arrellanarse con cansancio en el sofá.

— ¿Qué va a pasar ahora? —preguntó volviendo su mirada azul hacia él—. Quizás después de todo no sea tan mala idea que me devuelvas al lugar en el que me encontraron.

La miró tras colocar los restos en la bandeja que había traído la infusión, su mirada permaneció sobre ella durante unos instantes para luego chasquear la lengua.

—Si las cosas fueran tan simples como para poder cambiarlas en un sólo instante y hubiese soluciones milagrosas para los problemas que envuelven el mundo, la vida sería demasiado fácil —comentó con un encogimiento de hombros—. Muy monótona.

Ella recostó la cabeza en el respaldo del sofá para poder mirarle a la cara.

—Quizás —musitó—. Pero eso me ahorraría el tener que buscar los pedazos en los que ha quedado dividida la mía y encontrarle algún sentido.

El juez resopló ante su negatividad.

—Los pedazos pueden recogerse y volver a unirse, Dryah.

Ella sacudió la cabeza.

—Por muy buen artesano que seas, siempre quedan grietas —insistió. Fue solo un cansado suspiro, pero que contenía todo el peso de sus emociones—. Y yo no soy buena artesana... no creo que sea... buena... en nada.

No podía culparla por ver las cosas de ese modo, pero tampoco dejaría que se

hundiese sin remisión en la autocompasión. No servía de nada.

—No hay grieta que no se vaya cerrando con el tiempo, pequeña —le respondió con cierto tono de conocimiento en la voz.

— ¿Nuevamente el tiempo, Juez? Ambos sabemos que carezco de ello —le aseguró mientras fijaba la mirada en sus manos.

—Pero puede conseguirse.

Ella dejó escapar una suave risa en la que podía oír la ironía por encima de cualquier otra cosa.

—Desde el principio se me consideró un peligro para todo el mundo, ¿vas a decirme que ya no lo soy? —Su mirada subió a la de él, sin apartarla, buscando como si su silencio pudiese darle algún indicio de la respuesta adecuada. Finalmente suspiró y negó con la cabeza—. Decídete, Juez, no me gusta estar al borde de un precipicio, sin saber si caeré hacia el lado que me hará pedazos o hacia el lado que me mantendrá a salvo.

Su declaración fue clara.

—Nunca apresuro un juicio... —murmuró moviéndose imperceptiblemente, su mano derecha alzándose apenas unos centímetros de su posición original—, no cuando hay mucho más en juego de lo que se ve a simple vista. —Un ligero hilo de poder se elevó partiendo de sus dedos y al instante ella notó el tirón sobre su propio poder—. Y tú, pequeña, eres mucho más de lo que se ve a simple vista.

Dryah jadeó apretándose contra el respaldo del sofá, una breve corriente eléctrica recorría sus terminaciones nerviosas, vibrando con suavidad en su interior, haciéndola ser totalmente consciente del cosquilleo que se extendía por su piel, concentrándose en su pecho. El Libre Albedrío se revolvía en su interior serpenteando y enroscándose, vibrando al unísono con ese otro poder que lo despertaba y tiraba de él. Respirar empezó a resultar difícil, como si alguien le oprimiese el pecho enjaulando sus pulmones, pequeños jadeos salieron de su garganta mientras sus ojos se clavaban en el responsable de aquel ataque.

—Ésta es la causa principal de que el destino no se haya escrito todavía para ti —le informó él, su voz ahora coronada de absoluto y puro poder—, y no se escribirá hasta que tú decidas el camino a elegir.

Una intensidad que no sintió antes se elevó cada vez más alto en su interior y empujó en su empeño de abrirse paso hacia fuera, luchando contra la barrera que era el cuerpo femenino para poder escapar. La sangre se espesaba en sus venas, podía oír la crepitar y calentarse, quemarla por dentro sin que nada pudiese contenerlo o hacerlo retroceder. Lágrimas acudieron a sus ojos, sus perfectos dientes atraparon el labio inferior en una férrea presa mientras todo su cuerpo se tensaba ante la enorme oleada de poder que nacía de su interior, tratando de alcanzar aquel otro que sentía vibrar a su alrededor, barriéndola e incitándola.

—Para... —susurró ella, su voz apenas audible.

Pero el no cedió.

—Esa es la causa principal del *Antiquerum*. —Su voz estaba bordeada por el eco del poder y supremacía que lo envolvía—. El poder del Libre Albedrío.

Ella jadeó y se dobló sobre el estómago. El aire empezaba a encontrar dificultades para penetrar en sus pulmones.

—Bas...ta —insistió.

Él no la escuchó pues continuó empujando, llamando al Libre Albedrío sin darle una sola oportunidad a ella.

— ¿Lo sientes corriendo por tus venas? Yo sí lo hago, siento como se revuelve en tu interior desesperado por escapar, te viste como una segunda piel mientras se extiende más y más...

Apretando los dientes alzó la mirada hacia él

—Ya... has de... mostrado tu punto —siseó al tiempo que alzaba sus ojos azules, las palabras salían entrecortadas por el dolor—. Ahora... ¡basta!

Tan rápidamente como había llegado, el poder se replegó hasta quedar

nuevamente bajo su férreo dominio y la dejó una vez más a merced del Libre Albedrío. La ardiente marea en su interior empezó a enfriarse poco a poco, retrocediendo y bañándola en el proceso con calidez y confort borrando el dolor que había originado.

—Respira. —Oyó que le hablaba. Su principal necesidad ahora mismo estaba en poder recuperar el aire y que este entrase en sus pulmones—. Ya está, tranquila, sólo respira...

—Eres... —Tos—, un cabrón hijo de... —Tos—, puta.

Él se rió entre dientes.

—Cuando me insultas es señal de que estás bien —aseguró mientras le frotaba la espalda en círculos.

Lo fulminó con la mirada.

—Siempre he pensado que la mejor manera de demostrar algo, es enfrentarse con ello —continuó él con desenfado—. No tienes control del Libre Albedrío... el que se salga de tus manos nos pone a todos en peligro, pero especialmente a ti.

Dryah respiró profundamente y se apartó de sus manos.

—Tus métodos apestan —se quejó al tiempo que se dejaba caer nuevamente contra el sofá. Estaba agotada. Sus ojos se cerraron durante un instante, su respiración comenzaba a recuperar el ritmo normal—. ¿Cómo puede cambiar la vida de alguien tan drásticamente en un sólo instante? Todos tus pensamientos, tus recuerdos, todo lo que eres pueden ser destrozados en un sólo instante por una mentira.

—Lo sé —fue la inesperada respuesta del juez.

Al instante lo vio recoger la bandeja en la que depositó los restos de la cena y se la llevó con él. Se incorporó lo suficiente para verlo salir, había notado algo en su voz que no estaba allí antes. ¿Arrepentimiento? ¿Tristeza? Paseó la mirada sobre la mesa hasta toparse con la taza humeante, su mente giraba

alrededor de las imágenes que había visto en un intento de reconciliarse con lo que había descubierto y que, en lo más profundo de sí misma sabía que era la verdad.

—Libre Albedrío... —murmuró extendiendo sus manos ante sí misma.

—Una bonita broma del destino, ¿um? —escuchó su voz desde el pasillo.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo catalogaría de bonito precisamente, menos aun cuando ese es el motivo de que estés tú aquí —resopló más para sí que para él.

Oyó una carcajada desde el final del corredor. Ese hombre tenía un oído excelente.

— ¿Volvemos a los insultos?

—No era un insulto, Juez —le dijo y se enderezó un poco—. Acabas de demostrarme que el Libre Albedrío es el motivo de que estés aquí.

Él chasqueó la lengua en respuesta.

—Tú eres el motivo de que esté aquí —la corrigió—. Tú eres el Libre Albedrío. No pienses en ello como un ente separado, porque no lo es... mejor dicho, no debería serlo ya que es tu propia esencia.

—Mi esencia... —repitió ella bajó la mirada a sus manos—. En realidad... ya no estoy ni siquiera segura de quién o qué soy. Dices que nací del alma de un dios y renací como el Libre Albedrío, y que como tal soy un peligro para el universo y para mí misma.

Él regresó al salón, se acercó a la mesa y apartó la taza de té sin tocar para tomar asiento.

—Eres peligrosa para el Universo porque eres uno de los poderes primordiales de la Fuente, al igual que yo —le explicó inclinándose hacia ella—. En tu caso, el peligro viene con la falta de control que tienes sobre el poder que debería formar parte de ti, ¿necesitas otra clase práctica?

Ella esbozó una mueca.

—No gracias. Lo he entendido a la primera.

Él asintió.

—Bien —aceptó complacido—. Ahora métete esto en la cabeza. Eres de carne y hueso, sangre y vida. El poder que sientes dentro de ti, es tu esencia, eres tú misma... y con el tiempo, deberías ser capaz no sólo de esgrimirlo, sino de sentirte completa con él.

Ella arqueó una delgada ceja dorada.

—Volvemos al punto de partida —le recordó con ironía—. Tiempo.

Shayler se inclinó hasta quedar a su altura.

— ¿Vivir o morir, Dryah? —le dijo, su mirada fija en la de ella—. Elije la vida y haremos un arreglo con el tiempo.

Ante aquella oferta no pudo evitar fruncir el ceño.

— ¿Me estás haciendo chantaje, juez? —respondió sorprendida.

Él se pasó la mano por el pelo y apartó un mechón que le molestaba anclándolo tras la oreja.

—Sólo cumplo con la promesa que hice a un amigo —respondió con calidez—. Ahora mismo no puedo dejarte en libertad, pero sí puedo darte tiempo para que me demuestres que esa es la sentencia que debo darte.

Dryah tragó saliva, necesitaba preguntarlo.

— ¿Y si ese no es el camino que debo seguir?

No hubo vacilación en su voz.

—Entonces, Libre Albedrío, perecerás por mi mano —aseguró con absoluta seriedad.

—Vivir o morir, ¿um?

—Nunca dije que fuera una elección sencilla —le dijo con un leve encogimiento de hombros.

—No, supongo que no —murmuró dejando escapar un cansado suspiro.

El Juez cogió entonces la chaqueta que se deslizó en algún momento del sofá y la arropó una vez más, su mirada volvió a la mesa y cogió la taza para luego volverse y tendérsela a ella.

—Bébetelo, ya debe haberse enfriado lo suficiente. —Esperó a que ella estirase las manos para tomar la taza.

Con un suspiro, tomó la taza y se la llevó a la nariz aspirando profundamente el dulce aroma.

—Eres extraño Juez Shayler, un hombre extraño —murmuró al tiempo que se llevaba la taza a la boca y daba un pequeño sorbo.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—No tanto.

—Um-hum —respondió, entonces se lamió los labios saboreando la infusión —. ¿Qué es? Tiene un sabor muy agradable.

—Té con caramelo y vainilla —le informó al tiempo que volvía la mirada hacia atrás y se levantaba echando mano al bolsillo trasero del pantalón al notar una leve vibración. Su Backberry empezó a zumbiar seguido al poco tiempo por una melodía de piano. Él frunció el ceño al ver el nombre en el identificador de llamadas, la miró e indicó el aparato a modo de disculpa—. Dame un momento, algunos están dispuestos a empezar el Apocalipsis antes que tú.

Ella arqueó las cejas en respuesta mientras lo observaba accionar el teléfono y llevárselo a la oreja.

— ¿Tan pronto me echas de menos? —respondió a la llamada con voz burlona,

entonces se fijó una vez más en ella y señaló la taza—. Bébetelo, antes de que se enfríe del todo.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco pero le obedeció dejando que él volviese satisfecho su atención de nuevo al teléfono. No pudo evitar sentir curiosidad por aquella llamada, especialmente al ver el gesto de hastío en el rostro del Juez.

—Lo dudo mucho —la ironía goteaba de la voz del hombre que se paseaba por su salón con el teléfono en la oreja—. Ni toda la valeriana del universo concentrada haría nada para aplacar tus inestables nervios, tío.

Oyó algún murmullo en respuesta y lo vio hacer una nueva mueca, antes de girarse a ella, dedicarle un travieso guiño y alejarse finalmente hasta la ventana dónde quedó de espaldas a ella.

Las luces del alumbrado del parque se habían encendido ya, al igual que algunas de las farolas de la línea de calle, la tarde había transcurrido lentamente pero ya era hora de dar paso a la noche. Le gustaba aquella ciudad, el mundanal ruido, el interminable desfile de gente de tantas y tantas etnias que se reunían en una misma urbe y convivían unos con los otros, agradecía la relativa tranquilidad que encontraba en alguno de sus parques, su cultura y monumentos, todo hablaba de su historia y le gustaba escucharla. Y por primera vez, después de estar a su lado durante buena parte de la tarde, Shayler entendió lo que todo aquello debía suponer para alguien tan inocente como la mujer que se arrellanaba en el sofá. Había comprobado su reticencia, su temor y ansiedad ante aquel nuevo mundo que no acababa de entender del todo, pero también fue testigo de su valentía al enfrentarse a lo desconocido, sus ganas de aprender, de descubrir. Era como una esponja, intentando absorber el significado de las cosas. Un nuevo murmullo en el teléfono lo hizo perder el aire despreocupado que mantenía en presencia de ella, su voz se hizo más firme, más seria.

—Ten cuidado con lo que dices y en el modo en que lo dices, John. Estás hablando conmigo, no con un principiante sin control —respondió a su interlocutor con un borde acerado en la voz—. Soy perfectamente consciente de lo que ha pasado.

John fulminó con la mirada el teléfono que descansaba sobre la balaustrada de la terraza, sus ojos se iluminaron con un tenue brillo mientras calibraba la posibilidad de lanzar una perfecta descarga eléctrica a través de ese cacharro que le pusiese al juez el pelo de punta. Quizás aquello sirviera para hacer entrar en su jodido cerebro el significado de lo que le estaba diciendo.

En su lugar, se limitó a responder con total ironía.

— ¿Acaso necesitas una muestra de cómo se jode el mundo para poder hacer mejor tu trabajo? —Su voz sonaba baja, amenazante—. Hagamos que el universo se quiebre para que el Juez se sienta mejor.

Respiró profundamente al tiempo que se llevaba una mano a la frente y empezaba a masajearse el puente de la nariz como si tuviese un fuerte dolor de cabeza.

—Shayler, esto no es un juego, esa mujer...

La respuesta no se hizo esperar.

—Es mía. Mi juicio. —La voz del Juez salió alta y clara a través del manos libres del teléfono—. Mi responsabilidad.

El hombre frunció el ceño, miró el teléfono como si le desagradara, aunque fueron las palabras de su hermano, o más bien, lo que no decía lo que había provocado ese gesto.

—Tu responsabilidad es proteger el equilibrio universal, Juez Supremo —le recordó entre dientes—. No encapricharte de una hembra, que da la jodida casualidad de que es la personificación del Libre Albedrío y que ha sido profetizada como la causa de nuestra destrucción.

Hubo un suspiro procedente del otro lado de la línea.

—No hace falta una profecía para saber cuáles serán los resultados si ella no consigue dominar todo su poder.

Puso los ojos en blanco ante el obtuso razonamiento de ese muchacho.

—Esto va mucho más allá de si puede o no puede hacer frente a su poder, Shayler —su exasperación era evidente—. Uras lo ha visto todo, vio como ella va a causar nuestra división y destrucción.

El gruñido que pasó a través de la línea le dejó muy claro que la mención de aquella mujer seguía sin gustarle un pelo.

—Lo que diga esa zorra espartana me importa una mierda, John.

Resopló, no le estaba diciendo nada que no supiese ya.

—Sigue siendo nuestro Oráculo y la más intensa conexión que tenemos con la Fuente, Shay —le recordó con suavidad—. Sabes tan bien como yo que lo que ella ve en sus visiones, acaba por cumplirse de un modo u otro.

El silencio al otro lado de la línea se prolongó de tal modo que pensó que no contestaría, pero entonces escuchó de nuevo su voz.

—Libre Albedrío, John, ¿entiendes realmente su significado?

Y ahí estaba, el hombre que tenía el poder y la responsabilidad más grande que debiese tener jamás un ser vivo.

—Shay...

La respuesta que llegó a sus oídos fue tajante.

—No pasará, John... no lo permitiré.

Dejó escapar un profundo suspiro y se pasó las manos por el pelo en un gesto de absoluta desesperación. Tenía que haber algo más en todo aquel asunto, su hermano no estaría tan obcecado en seguir adelante si no existiese un motivo de peso.

— ¿Qué está pasando realmente aquí, Shayler? —le preguntó, su voz apenas un susurro—. ¿Por qué es tan importante para ti este juicio?

—No lo haré de nuevo, John. —Fue la helada respuesta que salió por el aparato—. Así ascienda el infierno a los cielos, no lo permitiré. Llevaré este

maldito juicio hasta sus últimas consecuencias, pero lo haré a mi manera y con todas las pruebas por delante. No condenaré a una niña tan solamente por el hecho de existir.

Aquello no pintaba bien, nada bien... y ambos lo sabían.

—El Libre Albedrío no es una niña, hermano.

Ahora fue el turno de Shayler de suspirar.

—Dryah lo es.

John sacudió la cabeza y golpeó con el puño la balaustra bajo sus manos.

—Shay, no sé qué demonios está pasando aquí. La Fuente nunca ha estado tan silenciosa como ahora, no hay respuestas a mis preguntas, sólo silencio y eso no me gusta —le informó e hizo hincapié en cada una de sus palabras—. Juez, nunca te ha llevado tanto tiempo obtener el veredicto de un juicio, te bastaba con estar ante el acusado para saber si su condena era justa o no y hermano, han pasado horas y no he oído de ti ni un sólo motivo por el que esa... muchacha... deba ser salvada.

Un bajo resoplido inundó la línea.

—Ni tampoco me oirás decir uno sólo por la que deba ser condenada —afirmó el Juez—. Todo requiere su tiempo, su momento en el transcurrir de las cosas, John. Cuando tenga mi veredicto, serás el primero en saberlo... después de ella.

Hubo un breve momento de silencio que fue llenado por su propia respuesta.

—Si ella llega a liberar todo su poder, estaremos todos bien jodidos, Shayler.

Su hermano intentó intervenir.

—John...

—No, Shayler. Es el Libre Albedrío, si su vida se convierte en una amenaza para la humanidad, o para nosotros... la mataré yo mismo.

El Juez sacudió la cabeza, aunque John eso no lo vio. Su mirada estaba puesta en la ventana, en el reflejo que ofrecía el cristal de la menuda hembra que descansaba en el sofá mientras bebía a pequeños sorbos de la taza.

—No la tocarás —su advertencia tenía la cadencia de un susurro, pero su poder estaba presente en su voz, reverberando en todo el universo—. No me obligues a elegir, John.

John miró durante unos silenciosos segundos el teléfono, sus manos aferradas a ambos lados de la balaustra de piedra. Todo en su interior se revelaba ante las palabras de su hermano, su Juez. Era su deber, como el de los otros, acatar sus órdenes y ver que se cumplieran, aunque todo en él pidiese a gritos abrirle la cabeza para meter algo de sentido común en aquel atrofiado cerebro.

— ¿Por qué, Shayler? ¿Qué es tan importante para que quieras protegerla a toda costa?

No hubo respuesta del otro lado de la línea. John juró en voz baja.

—Si aspiras a que respete tu decisión, dame algo que la justifique, maldición.

La línea quedó tanto tiempo en silencio, que John pensó que el Juez había cortado definitivamente la comunicación. Entonces, finalmente un suspiro y:

—Es mi destino, Johnny. Mi destino.

Se quedó mirando el teléfono, el dial electrónico marcaba “llamada terminada” y el pitido que emitía por la llamada interrumpida hizo eco en la habitación. Su mano se crispó y un instante después un crujido, chispas y lo que quedaba del cacharro electrónico cayó en trozos al suelo.

—Ese que ha sido, ¿el séptimo de mes?

Un leve silbido a su espalda fue el único indicio de la llegada de uno de sus compañeros. John pisó los restos del teléfono móvil al volver al interior del edificio, el recién llegado casi llenaba el umbral de la puerta con su enorme constitución. Embutido en una camiseta negra tanque que se pegaba a cada uno de los desarrollados músculos de su cuerpo y unos pantalones multibolsillos

de color beige, el hombre de posiblemente más de uno noventa de estatura permanecía apoyado de manera despreocupada en el marco de la puerta. Se cruzó de brazos mientras en sus ojos verdes brillaba la diversión, un amigable Golden Retriever color arena permanecía sentado a su lado y aireaba la lengua mientras barría el suelo con la cola.

—Deberían hacerte su cliente estrella —le aseguró con una voz profunda, potente desde el interior de la sala principal de la oficina.

John lo ignoró mientras se volvía con el perro a su estela y tomaba asiento en un feo y gastado sillón verde caqui. La enorme monstruosidad que parecía engullir a cualquiera de ellos, se adaptaba a él como un trono a su rey.

Lyon Tremayn era uno de los cinco Guardianes Universales, poseía un carácter alegre, bromista y sentía una absurda inclinación por la salsa, el merengue y la ópera, —a juicio de John, cualquier cosa que no hiciera que le estallaran los oídos, no era música en absoluto— así como por cualquier tipo de armas, especialmente si eran puntiagudas y servían para cortar.

El hombre frunció el ceño al comprobar el estado de ánimo de John.

— ¿Problemas en el *Antiquerum*? —preguntó al tiempo que estiraba las piernas ante sí y dejaba caer una de sus enormes manos sobre el can que se acomodó a su lado.

—No.

Siguiendo con el modo en que acostumbraba a hacer las cosas, se guardó para sí cualquier información que no fuera relevante para ellos haciendo que su compañero pusiera los ojos en blanco.

— ¿Qué ha hecho ahora nuestro Juez? —le preguntó Lyon, el hombre conocía tan bien al chico como él mismo.

John se limitó a cruzar la oficina hasta el ventanal situado tras el enorme piano de cola de color blanco que dominaba ese rincón de la estancia.

—Nada.

Su compañero sonrió para sí, de todas las criaturas del universo él era quizás el único capaz de descifrar los distintos estados de ánimo del antiguo guardián y lo que estos significaban. El perro emitió un potente ladrido como si quisiese dar su opinión.

—Entiendo —respondió bajando la mirada al can mientras le frotaba la cabeza—. ¿Y ese nada, es muy grave? Quisiera saber si tengo que llevar el traje a la tintorería, me gustaría ir bien vestido al funeral y Horus necesitará encontrar un nuevo hogar si vas a cargarte a su amo.

Lo ignoró una vez más, su mirada estaba puesta en el cristal y el reflejo que devolvía de su rostro no era uno de tranquilidad. Lyon se inclinó entonces hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

—Deduzco que Shayler está bien ya que estás aquí y no pegado a su trasero —le dijo con un leve encogimiento de hombros—. Por lo que tuvo que ser algo que te ha dicho o que haya hecho lo que te tiene como una gallina clueca dando vueltas sobre sí misma.

Su respuesta salió acompañada por un bufido.

—Está retrasando el juicio sobre el Libre Albedrío.

Su compañero chasqueó la lengua.

— ¿Está tonto o que le pasa? —preguntó e hizo que John se volviese hacia él arqueando una ceja; De acuerdo, era una pregunta estúpida—. Bien, todos sabemos que nunca estuvo muy cuerdo, pero he sentido el despliegue de ese enorme poder... ¿Qué quiere? ¿Bailar con el Libre Albedrío?

Se giró por completo hacia él y su expresión fue todo lo que necesitó su compañero de armas para quedarse con la boca abierta.

—Vaya, pues sí que estamos jodidos —murmuró el hombre pasándose una mano por el pelo rubio.

Él suspiró.

—No tienes ni idea —masculló y dejó salir por fin aquella maldita frase en la

que no podía dejar de pensar desde el momento en que la oyó de boca del Juez escasos minutos atrás—. Dice que ella es su destino.

Todo posible signo de diversión voló del rostro de Lyon.

—Oh. —Fue todo lo que pudo decir en ese momento—. Entonces sí que estamos jodidos.

El Juez se había quedado mirando el aparato por el que hablaba antes de soltar una sonora maldición y llevárselo de nuevo al bolsillo trasero del pantalón, Dryah había seguido cada uno de sus movimientos y vio la tensión en su cuerpo cuando daba respuesta a las preguntas que le hacían. Había visto cómo se desplegaba su poder en un momento para ser inmediatamente controlado al siguiente. El Libre Albedrío respondía en sintonía serpenteando en su interior hasta que consiguió relajarse y con él tranquilizar aquel rumor bajo su piel. Algo había molestado al Juez y por lo que pudo entender, ese algo tenía que ver con ella.

— ¿Problemas? —sugirió dejando la taza nuevamente en la mesa.

Él se volvió ligeramente, mirándola por encima del hombro y negó con la cabeza.

—Mi casera se estresa cuando me salto el toque de queda —respondió con ironía.

Frunció el ceño ante tan inesperada respuesta.

— ¿Tu casera? —Se reclinó nuevamente en el sofá y atrajo la chaqueta que la cubría buscando calor.

Él se encogió de hombros.

—Es una manera de decirlo. —Su mirada cayó sobre ella durante unos breves instantes—. Estás agotada. Necesitas una buena noche de descanso.

Dryah volvió la mirada hacia la ventana, su cabeza todavía apoyada en el respaldo del sofá. La noche prácticamente había caído ya en la ciudad.

—Aquí estoy bien —le dijo y se encogió un poco más sobre el sofá—. Vete a casa, Juez, no pierdas más el tiempo con alguien que incluso los dioses han olvidado.

Él puso los ojos en blanco ante sus palabras.

—Los dioses son la menor de mis preocupaciones y deberían ser también la menor de las tuyas. —Caminó hacia el sofá y se sentó en el reposabrazos.

Ella dejó escapar un bufido mitad sonrisa.

—Lo sería, si no fuese porque ha sido un dios el que me metido en este lío, otro el que lo ha complicado al pedir el *Antiquerum* y otro el que parece estar decidido a verme nuevamente encerrada o preferiblemente muerta.

—Así son los dioses, dales un motivo para pelear y destrozarán el mundo a su paso. —El juez golpeó los muslos con sus propias manos antes de levantarse y volverse hacia ella—. Vamos, te acompañaré a tu habitación. Si no te metes ya en la cama te dormirás ahí mismo... y a partir de hoy esa es mi cama, así que, a no ser que quieras dormir conmigo será mejor que te espables y desfiles.

Ella alzó la mirada y la fijó en la de él.

—No quiero dormir contigo —le respondió con tanta sinceridad que él sonrió—. Ni siquiera sé si roncas y necesito de absoluto silencio para poder dormir.

La sonrisa del juez se convirtió en una sorprendida carcajada.

— ¿Eso quiere decir que sí lo harías si no roncara?

Ella le sonrió, por primera vez le dedicó una verdadera aunque tímida sonrisa, y a juzgar por su mirada no fue algo que esperase.

—Vete a casa, Juez —lo instó al tiempo que se levantaba, doblaba la chaqueta y se la entregaba—. No pierdas tu tiempo conmigo, no vale la pena.

Él atrapó su mano antes de que lo sobrepasara de camino hacia la puerta.

—Vale más de lo que te imaginas.

Bajó la mirada durante un instante solo para volver a alzarla y despedirse.

—Buenas noches.

Él dejó que la pequeña mano se deslizara de la suya mientras la seguía con la mirada hasta que la perdió de vista una vez salió por la puerta. No tardó mucho en oír cómo se abría y cerraba otra puerta más allá del pasillo.

—Buenas noches, pequeña.

Su mirada recorrió lentamente el salón, vagando sobre los muebles y la televisión que permanecía encendida hasta detenerse en la ventana y en las luces que empezaban a poblar la ciudad. Una ciudad que muy pronto sería testigo de la batalla más importante de todos los tiempos.

Las palabras de John giraban sin control en su mente, sabía que no era sabio ignorar su advertencia, si lo que le dijo era verdad —y él no tenía motivos como para dudar de su palabra— la sola presencia de esa chica iba a conducirlo a una elección que no estaba seguro de si podría llegar a tomar. Tendría que elegir entre sus hermanos de armas y la mujer a la que había esperado toda su vida. No era una decisión fácil.

CAPÍTULO 8

Shayler rozó con los dedos la manta que la cubría y tiró lentamente de ella para arrojársela, estaba tan cansada que se quedó traspuesta nada más tocar la almohada y no podía culparla, cualquiera en su misma situación se habría rendido antes de empezar. Por fortuna para él, pese su vacilación y desconcierto por todo a lo que se estaba enfrentando, había algo en ella que no permitiría que se diera por vencida. Cabezonería, ganas de vivir, rebeldía... fuese lo que fuese a él le iba bien.

Cuando más la contemplaba, más le sorprendía la mano del destino en todo aquello. El que alguien que existía sólo en el mundo de los sueños se hubiese

materializado en carne y hueso en el mundo real era inconcebible, con todo ella estaba allí y las comparaciones no podían evitarse. Esa mujer que observaba era la misma que lo visitaba y acompañaba en sus fantasías, pero la dulzura y vibrante alegría que vivían en esa mujer quedaba opacada por el profundo dolor que veía y sentía a través de los ojos de Dryah, un dolor que se encontró deseando borrar.

Sacudió la cabeza y giró hacia la puerta del dormitorio dónde volvió a mirarla por última vez. El agotamiento la haría dormir toda la noche, eso le daría tiempo a poner su mente en orden y decidir el próximo paso a seguir. Permitió que una débil sonrisa curvase sus labios mientras salía y cerraba la puerta tras de él para apoyarse luego en ella y alzar la cabeza hasta reposar la nuca contra la madera. Sus ojos se cerraron.

— ¿Por qué demonios os gustará complicar tanto las cosas? —murmuró un instante antes de abandonar su posición y alejarse por el pasillo.

El *Antiquerum* ya era de por sí un asunto espinoso, en condiciones normales ya habría emitido su juicio y estaría disfrutando de un frío café maltés en la barra del local nocturno que poseía uno de sus compañeros guardianes, pero El Libre Albedrío requería mucho más tiempo, un tiempo que había prometido a la pequeña hembra que dormía en la habitación, tiempo para que él mismo pudiera resolver ese conflicto.

Sabía que el Consejo de Ancianos no se conformaría con nada que no garantizara su propia seguridad, preferirían verla encerrada de nuevo a permitir un sólo desliz que los pusiese en peligro. Temían demasiado a lo desconocido como para que se preocuparan por ver más allá, ver las cosas como eran en realidad, verla a ella como lo que era realmente. Exigirían. Y sus exigencias sólo iban a provocarle un monumental dolor de cabeza. Por otro lado, aquello nunca le había quitado el sueño. Su mano esgrimía el poder definitivo en el universo, él era el instrumento, la única forma que tenía la Fuente Universal de hacer cumplir sus designios y esta vez no parecía ser distinto.

La puerta principal se abrió ante él a un pensamiento suyo, no podía negar que la pequeña alma estaba realmente protegida en aquel lugar, la trama que rodeaba todo el edificio se incrementaba en espesor y poder alrededor del

piso envolviéndola en un seguro capullo que nada podría traspasar sin que saltaran las alarmas en los dominios del caprichoso dios de las almas.

Con un último vistazo al tenue pasillo, se desvaneció nada más salir por la puerta, la cual se cerró a sus espaldas.

El aire frío de la noche le dio la bienvenida cuando volvió a materializarse sobre la azotea de uno de los edificios de la ciudad, alborotándole el pelo y tironeando de su camisa como si se tratara de un niño juguetero. Shayler respiró profundamente gozando de los aromas y la quietud de la noche, su mirada cayó por enésima vez en un punto a dos manzanas de donde se encontraba, el lugar donde la dejó. Dreamara. Dryah como prefería que la llamasen. Aquellos iris azul cielo que se posaban sobre él con inusitada rabia al principio, con una enorme dosis de cautela, habían llegado a suavizarse hacia el final del día mostrando tanta soledad y dolor que le sorprendía que siguiese en pie. De estatura media, con una figura de curvas llenas y definidas que sabía se adaptaban perfectamente a su propio cuerpo, unas diminutas pecas salpicando el puente de su nariz que le provocaba besarlas, el revuelto y desfilado pelo rubio... En sus sueños, ella lo llevaba largo, una dorada cascada de bucles que se retorcían en las puntas y caían por su espalda hasta casi la cintura, hebras rubias en las que le encantaba hundir las manos y el rostro mientras sus manos recorrían la sedosa piel. Pero aquella mujer que había resultado ser una temperamental hembra de carne y hueso que se enfrentaba a él y mantenía las distancias, la que sostuvo en sus brazos cuando todo su mundo se vino abajo, era tan real como él. Y no le pertenecía.

Una brusca ráfaga de aire recorrió la azotea arrancando pequeños remolinos de polvo a ras del suelo, rodeándolo con exquisita suavidad y una aromática fragancia para luego pasar de largo. Shayler se tensó un instante antes de permitirse una mueca de desagrado y hastío, había quien todavía pensaba que era un cachorro sin experiencia y que podía jugar con él, extraño que fuera precisamente ella quien lo pensara.

—Siempre encuentras la noche perfecta, para joder conmigo —murmuró. Su voz contenía la suficiente advertencia como para que alguien con sentido común se alejara corriendo en dirección contraria—. Cuando menos deseos tienes de ver al esbirro del diablo, éste va y llama a tu puerta. Esta noche no estoy para tus juegos, Uras.

Una suave y sensual risa hizo eco en el solitario espacio a su alrededor, los únicos testigos de su encuentro se mostraban en pequeños puntos de luz esparcidas por el techo sobre sus cabezas.

— ¿Ahora también ejercer de niñera, Juez Shayler? —La voz era femenina, sensual y cálida, con una nota musical, capaz de despertar el interés de cualquier hombre.

Él dejó escapar un suspiro de fastidio, extrajo una de las manos del bolsillo y la abrió moviéndola en un amplio arco que barrió toda la superficie del edificio como un relámpago. Uras se dejó ver de inmediato con un pequeño grito.

— ¡Ey! Eso ha sido de muy mal gusto, Shayler —protestó, sus rojos labios fruncidos en un coqueto mohín mientras sacudía el polvo, que había levantado la ráfaga enviada por el Juez, sobre su ropa.

Dejó caer la mano al costado y contempló a la recién llegada con menos que entusiasmo en sus ojos azules. La mujer ante él era la única miembro femenina de los Guardianes, nada en sus exóticos ojos violetas y hermoso rostro o en la peculiar forma de vestir llevaría a pensar que era una de las criaturas más mortales y poderosas bajo las órdenes directas del universo. Toda aquella sensualidad, el sedoso cabello castaño que le pareció tan atractivo en su momento era poco más que una fachada que ocultaba lo que había debajo; La única zorra que lo había condenado a lo que era hoy obsequiándole con los tatuajes que cubrían sus muñecas y lo obligó a enfrentar su destino de la única traicionera forma que parecían conocer todas las mujeres; El engaño.

Vestida con una camisa de seda morada ajustada y desabotonada que dejaba ver la cima de sus senos, una falda negra de cintura alta de corte ajustado desde sus caderas hasta un poco más debajo de sus rodillas y unas medias de rejilla con una profunda costura en la parte posterior coronadas por unos puntiagudos zapatos de tacón alto, se acercaba con un sensual balanceo de caderas hacia él. A Shayler siempre le resultó curiosa la afición de la mujer por la moda basada en las grandes películas del cine, aunque en esta ocasión parecía haberse inclinado por la época de la Segunda Guerra Mundial.

Examinó cuidadosamente sus alrededores, conocía demasiado bien a aquella

voluble mujer como para fiarse de su repentina visita, sobre todo teniendo en cuenta que su último encuentro había sido todo menos agradable.

— ¿Qué desastre te trae hasta mí, Ur? —preguntó nuevamente, observando a la mujer con menos que aburrimiento.

Ella chasqueó la lengua, se llevó las manos a la espalda y se paseó ante él.

—Contén tu entusiasmo, Shay —le respondió con suavidad—. No todos los momentos que pasamos han sido malos, puedo recordar alguno muy agradable.

—Sólo tú podrías considerar agradable la tortura —se burló, su mirada midiéndola con absoluto desinterés—. ¿Qué haces aquí, Uras?

Ella se encogió casualmente de hombros.

— ¿Es que una vieja amiga no tiene derecho a hacerte una visita —ronroneó al tiempo que pasaba frente a él caminando sobre sus elevados tacones. Entonces se detuvo al borde de la azotea echando un vistazo en caída libre.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Um... lo de vieja no te lo discuto. —No pudo evitar la ironía en su voz—. Pero tú de visita... eso es simplemente escalofriante.

Los labios de la mujer se curvaron en una sonrisa de suficiencia.

—Eso ha sido directo y muy grosero, Shayler.

Se encogió de hombros de forma totalmente despreocupada.

—Si esperabas otra cosa de mi parte, pudiste ahorrarte el viaje —le informó con un ligero encogimiento de hombros—. Y a mí el ardor de estómago que me está produciendo tu presencia.

—Tu repertorio sigue siendo absolutamente encantador.

—Que amable de tu parte el notarlo —aseguró con ironía.

Ella realmente soltó un bajito bufido antes de girarse ligeramente hacia él, su mirada se cruzó un instante con la suya antes de volverse por completo y alzar la barbilla con altanería.

—Supongo que John te habrá hablado de ella. —Fue su única respuesta.

A Shayler no se le pasó por alto el brillo que apareció fugazmente en los ojos de la mujer. Sí, la había enfadado, había ofendido su “exquisita” sensibilidad y aquello sólo contribuyó a que se sintiera mucho mejor. No tenía por costumbre degradar a ninguna mujer, era de la opinión que las hembras debían ser protegidas, no explotadas y menospreciadas como si fueran basura. Todo ser vivo tenía derecho a su dignidad sin que nadie lo pisoteara sólo por sentirse mejor o para probar su superioridad, de todo lo hecho por la humanidad aquella era una de las pocas cosas que no aceptaba. No existía mérito alguno en pegarle a una mujer, el hacerlo sólo te convertía en un gusano. Aquella hembra, sin embargo, era harina de otro costal, había momentos en los que sus dedos se dolían por enredarse alrededor de su cuello de cisne.

—Ahórrate los detalles, tengo toda la información que necesito —la atajó él con otro casual movimiento de hombros—. No necesito tus turbias y apocalípticas visiones para joder con el Universo.

Ella realmente apretó los dientes, sus ojos se entrecerraron con colérico reproche.

—Eres un gilipollas —farfulló, sus ojos brillando por la cólera reprimida.

—Gracias, querida —le sonrió con voz suave, profunda y absolutamente sexy, entonces la dejó caer una octava de modo que vibrase con todo su poder—. Tú has contribuido en gran parte a ello.

El hombre se anotó un tanto al ver como las delicadas manos de cuidadas uñas se cerraban, a veces resultaba tan fácil molestarla. Ella respiró profundamente antes de llevarse la mano al pelo y echarlo hacia atrás con un gesto de la mano en un intento por mantener el control sobre sus exaltadas emociones. Shayler captaba sin problemas la rabia, la desesperación así como un profundo sentimiento de culpa ante sus palabras.

—No he venido para pelear —negó ella con un movimiento de cabeza—, sino para advertirte sobre lo que parece que has olvidado en lo referente a este problema que nos atañe a todos. Ella es el Libre Albedrío y está destinada a acabar con todo lo que conocemos si no se la encierra de nuevo.

Él ladeó la cabeza y alzó el mentón en un gesto aburrido.

— ¿Y?

La mujer parpadeó un par de veces, su mirada fija en la de él, examinando, esperando.

— ¿Te das cuenta realmente de quién y qué es ella, Shayler o te has quedado únicamente con su cara bonita? —le dijo con ironía e incredulidad.

—Es mi juicio, mi responsabilidad...

—Es nuestra destrucción, Juez —le aseguró con absoluta seriedad—. Será la única que destruya lo que siempre ha existido, la que rompa el equilibrio que tanto nos esforzamos por mantener... traerá consigo el final de nuestra orden.

—No seas melodramática —resopló con hastío—. Esa hembra difícilmente puede ser el Apocalipsis para nadie que no sea ella misma.

Uras sacudió la cabeza y dio un par de pasos hacia él, su mano ascendió lentamente hasta posarse en la barbuda mejilla.

—Lo he visto, Shay, he visto como ella te aparta de aquello en lo que crees, como te aleja de tus hermanos de armas. —Su voz se había dulcificado, convirtiéndose en una tenue súplica en medio de la desesperación—, no sé si consciente o inconscientemente, pero esa alma quebrada no sólo es peligrosa por lo que encierra sino por las decisiones que tome. Debes encerrarla, devuélvela al sueño del que nunca debió despertar.

Shayler aferró la muñeca de la mujer y la apartó de su rostro con brusquedad, inmovilizándola y obligándola a encararlo de aquella manera.

— ¿Apartarme de aquello en lo que creo? ¿Alejarme de mis hermanos? Lamento recordarte, querida, que ya hemos pasado por eso tú y yo, y casi me

perdo a mí mismo en el proceso por tus infernales profecías. No voy a permitir que siembres tu ponzoña en alguien que se ha visto envuelto en este estúpido juego de poder por el simple hecho de existir.

Ella intentó zafarse, pero los dedos alrededor de su mano se cerraron como una presa, sabía que cuando más luchara, más apretaría él hasta que ambos acabaran enzarzados en una pelea que no deseaba, no en aquellos momentos.

—Ella sólo es una víctima más en este estúpido juego de poder —continuó—. ¿Sabes lo que es eso, Uras? ¿Ser una víctima? ¿Sentirte indefensa y abandonada por todos, traicionada por aquellos que deberían haberse ocupado de ti, sin más defensa que un poder con el que apenas estás empezando a familiarizarte?

Uras palideció y enrojeció casi al mismo tiempo, su mirada esquivó la suya.

—El peligro que entraña es más para ella misma que para el resto del universo. —En su voz había una subyacente amargura—. Ella no tiene control sobre su propio poder, un poder que podría salvarla tanto como destruirla. Y si elige su destrucción, Uras, entonces ya no importará que seas tú, sea yo, o los dioses... porque todos estaremos jodidos.

La Guardiania no podía apartar la mirada de su Juez asombrada por la intensidad de sus palabras y lo que había visto más allá de ellas. ¿Cómo es que nunca antes se dio cuenta de lo que allí había? Sacudiendo la cabeza, se lamió el labio inferior más por auto reflejo que por coquetería.

—No puedes hacerlo, Shay —negó en apenas un susurro y se olvidó el forcejeo—. Tienes que acabar con esto antes de que sea demasiado tarde. Aquí ya no se trata de ti o de mí, se trata de tener un futuro, de conservar un equilibrio y ella es una amenaza para eso.

—Suficiente, Guardián. —Se impuso el Juez, no dispuesto a escuchar nada más—. Ella está sometida a mí juicio, no al tuyo o al de los demás y haré aquello que deba ser hecho.

Le soltó de golpe su muñeca permitiéndole alejarse, si tenía que soportar un minuto más su presencia, no garantizaba que saliese de aquel encuentro tal y

como había llegado a él. Enderezándose, arreglando lentamente la ropa y sacándose alguna invisible pelusilla, Uras alzó sus brillantes ojos hacia él.

—No vas a poder conservarla —le dijo con voz altanera y dolida.

Shayler la ignoró.

—Si has dicho todo lo que tenías que decir, te sugiero que te marches por dónde has venido.

—Es ella —murmuró observándolo detenidamente—. Siempre ha sido ella.

Se giró volvió muy lentamente hacia ella, su mirada contenía el suficiente peligro y advertencia como para indicarle con efectividad cuál sería su destino si seguía abusando mucho tiempo más de su tiempo.

— ¿Has terminado? Tu presencia ya no me es grata, Uras —le confirmó verbalmente sus sospechas.

Ella se limitó a sacudir la cabeza antes de hacerle una advertencia.

—Termina con esto y vuelve a tu vida de siempre cuando antes, Shayler. Nada bueno saldrá de aquello que has estado buscando durante tanto tiempo. Ella no es para ti... no es para nadie, su presencia en este mundo sólo te conducirá... nos conducirá a todos, a la definitiva destrucción.

El Juez entrecerró los ojos pero no se movió, el poder ondeaba a su alrededor, envolviéndole, concentrándose, dispuesto a ser utilizado.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino —siseó él con una sutil amenaza intrínseca en su voz—. Y ni pienses en acercarte a ella o la próxima vez darás con algo que no te gustará, Uras.

La mujer soltó un resoplido muy femenino, en su rostro se mezclaban la furia y la desesperación.

—No me escuches si no quieres, pero luego no me culpes cuando veas con tus propios ojos que lo que digo es la realidad —le informó con voz firme, antes de soltar un nuevo resoplido—. Maldición, Shayler, no quiero verte sufrir otra

vez.

Él no pudo evitar echarse a reír.

—Irónico viniendo de la mujer que me ha jodido la vida —le recordó. La rabia, el rencor y una pizca de dolor vagaban por su voz—. Una vez te creí suficientemente honesta como para que nunca me mintieras. Estaba equivocado y lo pagué hasta las últimas consecuencias.

La miró con desprecio, realmente, se le hacía imposible continuar en presencia de aquella mujer por mucho tiempo más.

—Vete a joder a otro, Uras, conmigo, hace tiempo que terminaste.

Ella se desesperó, su sangre hervía por hacerle daño, por pagarle con la misma moneda que usó con ella aún sabiendo que aquello no le haría bien a ninguno de los dos.

—No mereces que nadie te amé, Juez —le espetó con frialdad, un subyacente río de pena y abandono corrían bajo sus palabras—. No sabes cómo responder a ello, sólo sabes causar dolor.

El Juez se tensó ante sus palabras, algo muy profundo en su interior se removió, algo que había enterrado en el momento en que esa misma mujer que se alzaba ante lo señaló como el Juez Supremo.

—Vuelve con ella entonces —escupió Uras con desagrado al ver que sus palabras no servían de nada—, permanece a su lado y haz lo que tengas que hacer para evitar que el Libre Albedrío es desatado. De lo contrario, mi señor, ni siquiera tú estarás a salvo de lo que ocurra en el Universo.

—No me amenazas, Uras —la previno.

Ella dejó escapar un pequeño bufido y sonrió, una mueca que no llegaba a iluminar su rostro.

—Yo no amenazo, Juez —le dijo al tiempo que empezaba a desvanecerse—. Sólo hablo de lo que veo... como oráculo que soy.

Shayler dejó escapar una maldición en voz alta cuando ella se esfumó ante él dejando aquellas palabras en el aire.

“Sólo hablo de lo que veo... como oráculo que soy”

Maldita fuera esa bruja y su poder, nada podía pasar por alto al Oráculo de la Fuente Universal, a menudo sus predicciones eran tan seguras como si hubiesen sido escritas por ellos, ni siquiera su Juez sería inmune a ellas.

Sin poder contenerse alzó la mirada al cielo estrellado y respondió a voz en grito.

—Espero que lo estéis pasando bien, porque voy a haceros pasar un infierno por esto —clamó, su voz acompañada de su poder, llegando a dónde sabía que lo escucharían.

Estaba cansado de que los altos poderes dirigieran su camino como quien mueve los hilos de una marioneta sobre un gran escenario, agotado de ver pasar el tiempo con suma lentitud mientras él se mantenía estático, ¿y ahora creían que iba a quedarse de brazos cruzados esperando por un caótico desenlace vaticinado por su Oráculo personal? No. Dryah era el motivo que había estado esperando tanto tiempo para poner un alto a todo aquello.

Su mirada se perdió sobre las luces de la ciudad y suspiró.

—Un jodido infierno.

Las dos enormes losas de piedra se arrastraron sobre la base para volver a su posición original ahogando los gritos y lamentos procedentes de su interior. Nyxx alzó la mirada que hasta el momento había mantenido en el suelo y se levantó con visible esfuerzo. La caza resultó más pesada de lo que creyó en un principio, aquella maldita alma no se había doblegado como las demás y presentó una encarnizada batalla —si podía llamársele así, ya que el único con verdadera carne era él—, durante todo el tiempo hasta que finalmente consiguió enviarla de una patada al interior de la Puerta. Por regla general, las almas reconocían a un Cazador y le acompañaban sumisamente en su camino hacia el último umbral, aunque también las había que se negaban a enfrentarse a la Puerta. Esas eran las almas toca pelotas, como le gustaba catalogarlas, en

su mayoría pertenecían a asesinos, psicópatas y toda la escoria que pudieras imaginar. Era como si esas almas supieran que lo que las esperaba del otro lado no era mejor que vagar eternamente por éste.

Haciendo una mueca se puso en pie, el dolor en el muslo derecho donde aquella renegada lo había quemado —suponía que en su antigua vida, aquella alma fue un pirómano o alguien muy aficionado al fuego—, había disminuido un poco para hacerse casi tan soportable como la que tenía en el brazo. Sus ropas colgaban de su cuerpo en jirones ennegrecidos y carbonizados, así como su piel estaba manchada de hollín y sentía cada uno de los músculos de su cuerpo totalmente cargados, como si se hubiese pasado de horas en el gimnasio. Sólo la espada que empuñaba en su mano derecha parecía estar totalmente intacta, sin mácula alguna. Incluso su opaco brillo parecía más profundo que de costumbre.

—Demonios, necesito una ducha —masculló con voz cansada, entonces se olfateó a sí mismo y apartó la cabeza de un rápido golpe—. ¡Puaj! Huelo a muerto.

— ¿Me he perdido la batalla del siglo o es tu nueva forma de llamar la atención?

El Cazador se volvió para ver a Seybin atravesando el umbral de aquella caverna. El Señor de las Almas avanzaba lentamente con las manos metidas en los bolsillos de un gastado pantalón vaquero, sus amplios hombros y enorme pecho estaba cubierto por una camiseta negra de manga corta cuyo eslogan

“Yo soy un dios y tú sólo escoria” lo definía bastante bien. Aquella debía ser una de esas pocas veces en las que el dios podía pasar realmente por un hombre humano. Acostumbrado a sus caros trajes y estrafalarias corbatas, esto era totalmente novedoso incluso para alguien que llevaba bastantes siglos a su lado.

—Yo podría decirte lo mismo —le dijo y lo señaló con un golpe de barbilla—. ¿Qué has hecho con el Armani?

El dios encogió sus amplios hombros con despreocupación.

—Lo he enviado a la tintorería, junto con el gilipollas que se atrevió a poner las manos sucias sobre mi chaqueta —respondió deteniéndose a su lado, entonces señaló la puerta cerrada con la barbilla—. ¿Problemas en la recolecta?

Nyxx puso los ojos en blanco ante la refinada manera que tenía su jefe de referirse a la caza.

—Las hay un poco reticentes a irse a casita —refunfuñó con un involuntario encogimiento de hombros. Aquel sólo movimiento le arrancó una mueca de dolor—. Nada que un poco de persuasión no pueda solucionar.

El dios se tomó un momento para contemplar la Puerta con tanto o más respeto que él para por fin girarse hacia él.

—No esperaba que te reincorporaras tan pronto a la caza —comentó mientras lo recorría con una curiosa mirada—. ¿Tan mal te fue con Dryah?

La sola mención de la chica hizo gruñir a Nyxx.

— ¿Mal? Define Mal, jefe. A alguien se le olvidó mencionar que hay una jodida protección alrededor del edificio lo suficiente potente para hacer que me volaran el culo con sólo tocar la jodida puerta —se quejó.

El hombre chasqueó la lengua.

—Vaya, así que fue eso lo que olvidé comentarte —respondió el dios como si acabara de encontrar la respuesta a algo a lo que le hubiese estado dando vueltas todo el día.

Nyxx gruñó, literalmente, un bajo gruñido animal que hizo sonreír a su jefe.

—No me jodas, Seybin. La has abandonado en una ciudad humana, en una de las mayores urbes de los Estados Unidos, en un mundo que prácticamente desconoce y sin que sepa siquiera como hacerse un huevo frito —rezongó.

Aquello pareció sorprenderlo de veras.

—Es una mujer, ¿no se supone que todas las mujeres saben cocinar?

El cazador se obligó a ahogar un nuevo gruñido.

—Es obvio que ésta no —sentenció—. Ha estado comiéndose todas esas porquerías con las que llenaste la jodida cocina. ¿Es que no sabes lo que es la comida sana?

El hombre arqueó una de sus perfectas cejas.

— ¿Una que no te ataca cuando la comes? —sugirió con ironía—. Nadie se muere por pasarse un par de días a base de patatas fritas de bolsa y le regalé una cesta con frutas. No hay nada más inofensivo que eso.

Nyxx puso los ojos en blanco.

—No sé qué influencia es peor para ella, si la tuya o la de ese Juez —farfulló. El dios lo miró con disimulado interés.

—Deduzco por el agradable tono de tu voz que Shayler hizo ya su aparición.

El tono curioso en la voz de su jefe hizo que lo mirase con atención.

—Sí, se dejó caer por allí —asintió—. Dryah le dio su peculiar recibimiento, aunque no la culpo, gracias a vosotros esa chica está pasando por un jodido infierno.

— ¿Cómo de peculiar?

El cazador no dudó en levantar su mano enguantada e indicar con el dedo índice de la otra. El dios dejó escapar una genuina carcajada.

— ¿A él también? Y pensar que tú eres el que tiene colmillos.

Suspiró.

—Eso le dije yo.

Seybin volvió a mirar la puerta.

— ¿Qué opinión te merece el Juez?

Nyxx miró al hombre a su lado de reojo y finalmente se dio la vuelta para marcharse.

—El Juez no me preocupa, lo hace el hecho de que todo este asunto del Juicio y la entrada en escena de Shayler sea algo que habéis tenido preparado desde

el principio —contestó dejándole atrás—. Ese hombre reconoció a Dryah cuando nunca antes estuvieron cara a cara y no hablo del Libre Albedrío. No creo que tuviese la intención de hacerlo de ese modo o que se haya dado siquiera cuenta, pero sentó una clara advertencia para cualquiera que tenga intención de acercarse a ella.

Se interesó el dios.

— ¿Y eso sería?

Con un estudiado movimiento se detuvo ante el umbral y apenas se giró lo suficiente para responderle.

—Es mía.

Su mirada sostuvo la de su jefe durante un breve instante, ninguno parpadeó.

—Espero que sepas lo que haces, Seybin —le dijo—. Por el bien de ella y el de todos nosotros, espero que sepas lo que haces.

Dicho aquello, el cazador salió de la caverna dejando al dios solo ante la Puerta de las Almas.

El dios sacó las manos de los bolsillos y cruzó los brazos sobre el pecho, su mirada todavía fija en el lugar por donde se marchó el cazador, entonces se giró una vez más hacia la Puerta y recorrió las figuras que se entrelazaban y estiraban por alcanzar la cima sobre la piedra.

—Yo también, Nyxx, yo también.

Lejos de allí el sonido de las olas rompiendo contra el bajo de los acantilados apenas se veía teñido por los graznidos de las aves que surcaban los cielos, la brisa con aroma a sal perfumaba la costa en sus idas y venidas mientras formaban pequeños remolinos sobre la arena. El ir y venir de la marea lamía las orillas borrando las huellas que el descalzo caminante dejaba tras él. El aire removía su pelo negro, envolviéndole suavemente mientras penetraba en los pliegues de la camisa abierta que ondeaba a su espalda.

La tenue luz anaranjada del atardecer caía sobre el torso y brazos desnudos de

Tarsis dorándole la piel, los pies se hundían en la húmeda arena, una sensación que siempre le dio paz y a la que recurría cuando necesitaba aclarar su mente.

Los sucesos de los últimos días fueron una cadena de acontecimientos inesperados, a muchos les había tomado por sorpresa el repentino despertar del antiguo Alma Maldita, el cual trajo consigo la muerte de dos de los dioses primordiales; Aquello sólo, habría podido desencadenar un absoluto desastre de no ser porque dicha muerte dio nacimiento al poder más imprevisible de todos, el Libre Albedrío y con ello se mantenía el precario equilibrio del universo.

Las cosas se habían precipitado sin control desde ese justo momento, la pandemia era general entre los dioses y derivó en un Consejo cuyo objetivo principal era evaluar esta nueva posible amenaza, así como encontrar el curso de acción a seguir. Sus labios se apretaron en una fina línea, los ojos, una tonalidad entre dorado y castaño brillaron con un inusitado odio. Había puesto sumo cuidado en examinar a los integrantes del Consejo y sus reacciones, tomando nota de ellas y aprovechando el momento exacto para alimentar los comentarios que podían obrar en su beneficio, pero la inesperada entrada en escena del Señor de las Almas precipitó las cosas en una dirección que no esperaba. Un nuevo Juicio Universal.

El *Antiquerum* había sido pronunciado nuevamente, parecía una broma del destino que se repitiera el mismo camino que llevó a la destrucción de los dos dioses primordiales, más aún cuando fue el propio Seybin quien pidió la intervención del Juez Universal para decidir el destino de esa mujer. Un destino que debía haber estado en sus propias manos desde el principio.

Todo cambió bruscamente en un abrir y cerrar de ojos y echó por tierra sus planes iniciales, ahora el Juez Universal estaba de por medio y conocía suficientemente bien su reputación y su propia existencia como para interponerse en el camino de aquel hombre sin más defensa que una inusitada rabia y sed de venganza. No, debía proceder con mucho cuidado, calcular cada uno de sus movimientos, asegurarse de que cada paso dado merecía la pena. No podía correr ningún riesgo.

—Parece que después de todo no va a ser tuya, ¿um?

Tarsis ni siquiera se giró al escuchar la voz femenina que habló a su espalda. Una delicada mano de largas uñas pintadas de rojo sangre se coló bajo su camisa abierta y se deslizó por la zona baja de su espalda rozando la cinturilla del pantalón vaquero para ascender arañándole suavemente la piel. Ella rodeó su cintura y se arrastró sobre los definidos y abultados músculos de su estómago, ronzando los oscuros pezones a su paso hasta descansar sobre el tatuaje con la forma de una tela de araña que cubría su corazón y parte de su hombro izquierdo.

—No recuerdo haberte invitado a pisar esta playa —le dijo, en su voz podía palpase el tono de aburrimiento. Su mano engulló la de la mujer, aferrando con fuerza sus dedos arrastrándola hacia delante con un seco tirón.

Ella tropezó en su prisa, sus rizos oscuros se sacudieron a su espalda desperdigándose sobre los hombros al tiempo que reía. Sus ojos azul cielo brillaban con promesas prohibidas y sus labios llenos formaron un coqueto mohín cuando descubrió sus delicadas sandalias enterradas en el agua y la arena.

—Oh, mira que has hecho. Son mis favoritos —protestó ella al tiempo que tironeaba de su mano en un intento de liberarse de su agarre.

Él se limitó a arquear una ceja ante la estúpida queja, recorrió su cuerpo con disimulado interés tomando nota de los llenos pechos, la estrecha cintura que moldeaba el cinturón y las largas piernas enfundadas en unos caros pantalones que marcaban cada una de sus voluptuosas curvas. Ella intentaba soltarse del férreo apretón que la mantenía en el lugar, imposibilitándole alejarse, era aficionada a esa clase de juegos y parecía olvidar que a él no le gustaban, simplemente los toleraba por su propio beneficio. Sí, una hermosa envoltura para una de las más viles criaturas del universo, después de todo, no había nada más peligroso que una hembra celosa.

— ¿Qué haces aquí, Terra? —le preguntó dejando ir finalmente su mano.

La mujer alzó la mirada y batió las pestañas al tiempo que sus labios se estiraban con malicia.

—Por casualidad oí lo que ocurrió en el Consejo y como la intervención de

Seybin dejó descolocado a más de uno —explicó ella mientras se frotaba distraída las marcas que le había dejado en la mano—. Quien iba a decirlo, un *Antiquerum*, realmente no esperaba ver uno tan pronto.

Tarsis sacudió la cabeza en un gesto negativo, él tampoco había esperado asistir a uno tan pronto, de hecho, no creía que fuera a asistir a otro en mucho tiempo y si embargo allí estaban de nuevo, en el mismo punto que al principio, sólo que en esta ocasión lo movía un interés completamente distinto.

—Si el Juez es tan implacable con el Libre Albedrío como lo fue con los dos dioses, no quedará de ella ni el recuerdo —vaticinó la mujer—. Este juicio no debería llevarle mucho más tiempo que el anterior, ¿no te parece?

Él ignoró su cháchara y fijó la mirada en el horizonte. El último juicio se había resuelto en menos de dos días, no había terminado de ponerse el sol el segundo día cuando se ejecutó la condena. Sus manos se cerraron en puños ante el recuerdo de esa escabrosa noche, ante la última visión de ella. Aquellos últimos instantes quedarían impresos eternamente en su retina, reviviéndolos una y otra vez a lo largo de su inmortalidad.

— ¿Qué sabes del Juez? —preguntó volviéndose hacia ella. Su hermoso rostro se iluminó como si hubiese estado esperando por esa pregunta.

—Es joven, guapo, soltero y no vas a poder hacer nada contra él —aseguró con un sensual encogimiento de hombros y una malvada sonrisa—. Es la voz del universo, la ley definitiva, un buen tipo en general.

Él ladeó la cabeza y dejó escapar un siseo antes de volverse hacia ella y sujetarle la barbilla con dos fuertes dedos, apretando, magullando en el proceso y arrancando de sus ojos un brillo de lujuria.

—Hasta un buen tipo tiene algún punto débil.

Ella sonrió y se acercó más a él.

—Ninguno que le haya sido descubierto hasta el momento —ronroneó—. Tiene una buena escolta, por si no lo has advertido.

—Los Guardianes Universales —masculló al tiempo que la soltaba de golpe y le daba la espalda.

Ella le pasó las manos por los brazos, moldeando sus hombros, colgándose de él.

— ¿Por qué tanto interés en esa insignificante muchacha? —le preguntó al oído.

—Tiene algo que yo quiero —aseguró ladeando el rostro para mirarla.

Ella sonrió.

— ¿Y eso sería? —ronroneó.

Él le devolvió la sonrisa, pero sus ojos se tiñeron con un peligroso brillo al hacerlo.

—La curiosidad debe ser el pecado mortal de cualquier mujer.

Ella puso los ojos en blanco, pero se apretó más contra él.

—En realidad, ése sería nuestro pasatiempo, mi pecado sería la lujuria —respondió melosa, sus dedos se deslizaron por los marcados pectorales—. No puedo evitarlo, me enloquece un buen cuerpo.

El dios se la sacó de encima como si no fuera más que un molesto mosquito, se libró de sus manos en un momento y al siguiente estaba sujetando aquel cuello de cisne con una poderosa mano. Su lisa espalda se presionaba contra su cuerpo.

—Contén tu entusiasmo, Terra —le susurró a su vez, su rostro pegado a su oído—. Sólo contén tu entusiasmo.

Ella se estremeció y se frotó contra él un instante antes de esfumarse en una voluta de humo de entre sus brazos y volver a materializarse a unos pasos de él. Sus zapatos colgaban ahora de una de sus cuidadas manos.

—Ese repentino interés... —chaqueó la lengua, su mirada voló directamente

hacia el dios que la contemplaba con irritación—. ¿Qué puede tener esa insignificante hembra que atraiga tu interés de una manera tan completa ahora cuando nunca antes habías reparado en ella? A mí no me engañas, Tarsis, no te plantearías si quiera el meterte en el camino del Juez Supremo si no fuese por algo jodidamente importante.

El hombre esbozó una irónica sonrisa y cruzó los brazos sobre el masivo pecho.

—Todo, Terra, ahora ella tiene todo lo que estoy buscando —aseguró en un bajo ronroneo.

Un instante después la cantarina risa de la mujer resonó en la solitaria playa, silenciada casi al momento por su húmedo beso.

CAPÍTULO 9

No quería abrir los ojos, hacerlo equivaldría a admitir que estaba despierta y por tanto tendría que enfrentarse a un nuevo día. Se removió nuevamente bajo las sábanas y ocultó el rostro contra la almohada para luego suspirar, la luz ya se filtraba a través de las cortinas y caía sobre la cama. Emitió un frustrado gritito ahogado por la almohada antes de darse la vuelta y cubrirse hasta la cabeza con las mantas. No quería dejar aquella relativa seguridad, no quería enfrentarse a la luz de la mañana que indicaba el comienzo de un nuevo día, un día más en el embrollo en que se había convertido su vida pero sabía que no podría quedarse allí para siempre, el hombre que se instaló en su sofá no iba a permitirselo. Pensar en el juez no ayudaba a mejorar su humor, aquel hombre sabía cómo instalarse y no moverse del lugar, ni sus intentos por echarle consiguieron que desistiera en su empeño.

Dryah suspiró y bajó las mantas con un golpe de las manos, se quedó tendida de espaldas mirando el techo sobre ella para luego ladear la cabeza y entrecerrar los ojos cuando su mirada hizo contacto con la claridad que se

filtraba por la ventana. Masculló y alzó la mano para cubrirse la vista al tiempo que rezongaba y le daba la espalda a la ventana. Aquella no era la forma ideal de despertar.

Se tomó varios minutos antes de abrir una vez más los ojos, cuidadosamente, evitando ser cegada nuevamente por la intensa claridad. La silla al lado del armario contenía la ropa que se quitó la noche anterior antes de meterse en la cama, las botas estaban debajo, todo en pulcro orden. Había cosas que simplemente se convertían en costumbre y aquella era una de las que aprendió junto a Eidryen.

El pensar en el dios hizo que se le formase un nudo en la garganta. Las imágenes que vio a través del Juez estaban todavía vivas en su mente, así como el sentimiento de engaño y abandono que surgió en su interior a la luz de los acontecimientos. Su mentor y protector había tejido una enorme trama a su alrededor, un plan que tenía como fin hacer cumplir el destino que surgió con su nacimiento. Lo había sabido todo el tiempo, sabía que iba a morir para que ella pudiera vivir y aquella certeza no aliviaba para nada el dolor en su pecho.

Más allá de la agonía y rugiendo con fuerza en sus venas corría el Libre Albedrío; un poder ajeno a ella que al mismo tiempo era su propia vida. Podía sentirlo en su interior, agazapado, una sombra en su propia alma pero también una esencia totalmente desconocida. Aquel era su principal problema, el único por el cual pendía sobre su cabeza el *Antiquerum* o Juicio Universal quien trajo consigo al visitante no deseado que se había apropiado del sofá del salón.

—Y solo ha pasado un día —suspiró. Su mirad vagó de la pared a la puerta de la habitación la cual estaba cerrada. Si en un solo día su mundo estaba del revés, no quería ni pensar que sucedería al término de la semana... si conseguía llegar viva a entonces.

Vivir o Morir, le había. Una elección que la afectaba en más de un sentido, ya que su vida estaba ligada al destino del universo, al Libre Albedrío.

Dejó escapar un nuevo suspiro, se obligó a levantarse de la cama y bajar los pies al suelo. Sus dedos se hundieron en la tupida alfombra de lana que se extendía por debajo de la cama. No quedaba mucho del suelo de pulida

madera que estuviese al descubierto en el dormitorio, las ventanas y la franja de suelo que cubría el tocador eran los únicos que se libraban.

Contempló su propia imagen el espejo al otro lado de la habitación y se llevó inconscientemente una mano al pelo que una vez cayó hasta la cintura y el cual ahora apenas le acariciaba los hombros. Sacudió la cabeza y se pasó la mano peinándolo con los dedos. La corta camiseta blanca de tirantes moldeaba sus pechos y dejaba al descubierto la parte entre su abdomen y la cintura del pantaloncito de felpa de corte chino que bajaba hasta debajo de las rodillas. Unas oscuras medialunas bajo los ojos resaltaban contra la pálida piel del rostro acentuando y dando término al conjunto. Su aspecto no era precisamente idílico. Lo absurdo del pensamiento comparado con su actual situación hizo que sonriese. Sacudiendo la cabeza fue hacia la puerta y salió de la habitación.

Las luces del pasillo estaban apagadas, el silencio era el principal invitado de toda la casa y sólo cuando se acercó al salón empezó a escuchar un bajo gorjeo acompañado por un juego de luces que creaba sombras sobre la habitación en penumbra. Se adelantó asomándose por la puerta totalmente abierta. La televisión estaba encendida y emitía en voz baja uno de los programas matutinos. Su mirada recorrió entonces la habitación en busca de su indeseado inquilino.

— ¿Juez? —lo llamó en voz baja. Al no obtener respuesta, volvió a llamarle con más energía—. ¿Juez Shayler?

Sus vacilantes pasos la condujeron al sofá donde se topó con un par de botas de piel negras que sobresalían por encima de uno de los brazos del sofá. Ella dio un respingo y se alejó un par de pasos antes de volver a echar una mirada al hombre profundamente dormido. Él era demasiado grande para el pequeño sofá, demasiado oscuro y peligroso sobre la clara tapicería, pero parecía dormir apaciblemente con una mano cruzada sobre el estómago, cubriendo el mando de la televisión, y otra por encima de la cabeza. A pesar de ello, su aspecto era mucho más relajado, parecía incluso más accesible aunque el poder que lo rodeaba y pugnaba hacia ella atrayéndola como un imán no desaparecía en absoluto.

Se permitió unos instantes para contemplarle, algo en él la atraía y repelía al mismo tiempo, no era una sensación desagradable pero la mantenía tan alerta

que no le quitó el ojo de encima. Los delgados arcos de las claras cejas, mechones del revuelto cabello castaño claro sobre su frente, la barba de un día sombreando las mejillas y acentuando la perilla y el bigote en unas facciones muy masculinas resultaban un conjunto muy atractivo. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza mientras lo observaba, un temblor que nada tenía que ver con el temor y la desconfianza que le inspiraba y si con el estado de continuo nerviosismo y alerta en la que se veía envuelta cada vez que él la rondaba. Incluso en aquella postura relajada, seguía pareciendo una fiera dormida a la espera de su presa.

Sacudiendo la cabeza ante la absurda idea se agachó para recoger la manta que se había deslizado al suelo, la sacudió y tras abrirla en toda la extensión que le permitían sus brazos la extendió con cuidado sobre él.

Dryah dio un respingo cuando él se movió levemente cambiando de posición. En su prisa por retirarse, uno de sus pies se enganchó con el bajo de la manta e hizo que perdiese el equilibrio. La reacción del Juez la dejó sin aliento. En un momento estaba plácidamente dormido y al siguiente aferraba sus manos con fuerza y mantenía sus amenazadores ojos azules sobre ella. Un nuevo escalofrío recorrió su cuerpo, esta vez no hubo error posible en la interpretación de las sensaciones que la recorrían y hacían latir su corazón con fuerza. Aquella mirada era la de un frío asesino, un hombre decidido a arrebatarse la vida sin así lo creía conveniente. No se atrevió a respirar mientras la miraba de ese modo, estaba demasiado asustada incluso para moverse y sinceramente dudaba poder hacerlo dada la fuerza con la que él la mantenía atrapada en aquella embarazosa posición. Una de sus rodillas se deslizó entre las fuertes piernas evitando que cayese por completo sobre él, con las muñecas inmovilizadas en un férreo agarre era todo lo que podía hacer para mantener el equilibrio. Sus ojos seguían fijos en ella, inquietándola, aquella posición no era demasiado cómoda puesto que se encontraba prácticamente cabalgando sobre su pierna, sus manos sujetas por las de él.

Se lamió los labios y tragó en un intento de ganar tiempo para recobrar el valor que parecía esfumarse ante su proximidad.

—Lo siento, no quería despertarte —murmuró sin apartar los ojos de aquel rostro. Su corazón parecía estar corriendo en una maratón.

Algo pareció cambiar en él tras oír su voz, su postura se relajó y las fuertes abrazaderas de sus dedos empezaron a aflojarse para ser sustituidas por la extraña sensación que le creaba la fricción del pulgar sobre su piel. Él le dedicó entonces la más dulce de las sonrisas al tiempo que murmuraba con voz somnolienta.

—Me alegro de que lo hicieras —murmuró antes de bajar su boca sobre la de ella.

Ella jadeó sorprendida ante la inesperada acción del hombre, los suaves labios se movían sobre los suyos con delicadeza, acariciando su blandura con la lengua y probándola como si saborease un caramelo. Las fuertes manos abandonaron por completo su presa y ascendieron por los brazos hasta encontrarse en su espalda, allí sus caricias cambiaron de dirección y subieron hacia la nuca dónde la acarició con una pericia que la dejó sin aliento. Todo su cuerpo se relajó ante aquellas tiernas atenciones, hambriento de ternura y contacto, un delicado suspiro escapó de entre sus labios entreabiertos y fue una invitación a la audaz maestría del Juez, quien pasó de lamer sus labios a hundir la lengua en la húmeda cavidad de su boca bebiendo de ella como un hombre sediento. Su lengua acarició la suya, un tímido toque al principio, una delicada succión antes de que la pasión se impusiese y el beso aumentase de categoría. No pudo evitar derretirse en sus brazos.

Sus manos se deslizaban por su cuerpo, la acariciaban de una forma que la relajaba, le transmitía calma y hacía que se sintiese protegida, algo que no tenía sentido en absoluto puesto que él era el único que la amenazaba con su sola presencia. Él la acercó aún más haciendo que notase su cada vez más evidente erección mientras la besaba hasta dejarla sin aliento.

Aquello fue suficiente para que su cerebro tomase conciencia de lo que ocurría, de lo que él le hacía y que ella le permitía. La sorpresa dio paso a la vergüenza y finalmente a la indignación. Con un angustiado jadeo se revolvió en sus brazos y arrastró las manos por encima de la camiseta y le empujó en un intento de liberarse a sí misma. La confusión se filtró en los rasgos del Juez y su abrazo se aflojó lo suficiente como para que ella se deslizase hacia atrás sin poder evitarlo y cayese con un sonoro golpe entre la pequeña mesa y el sofá. Un calambrazo de dolor se extendió por todo su cuerpo y despejó al instante su mente de cualquier previa sensación.

Shayler parpadeó confuso, el deseo todavía rugía en sus venas calentándole la sangre y hacía latir su sexo en protesta por la repentina negación de placer, pero su cerebro ya se había sacudido la somnolencia de encima y empezaba a darse cuenta de dónde estaba y que lo que acababa de hacer... o casi había hecho; Había sido un inoportuno aunque satisfactorio error. Su mirada voló hacia la chica que permanecía en el suelo, las lágrimas teñían sus ojos azules mientras se frotaba la parte baja de la espalda, tenía los labios húmedos e hinchados por su beso y un bonito color rosado cubría sus mejillas. Bien, después de todo no era otro de sus descabellados sueños, su sabor todavía perduraba en su boca al igual que su delicado aroma y la sensación de su cuerpo apretado y cálido contra el suyo. Acababa de besar a esa mujer de carne y hueso.

Mierda.

Se echó hacia delante en el sofá sólo para hacer una mueca cuando sus tejanos se ciñeron sobre su descontenta erección, respirando profundamente se obligó a hacer a un lado el deseo y centrarse en la chica quien parecía haberse hecho daño.

—Dryah, pequeña...

— ¡No! —Alzó la voz y cortó cualquier movimiento por su parte. La desconfianza y el temor en sus ojos fue una puñalada para su empatía. Ella se arrastró hacia atrás saliendo de su alcance y sacudió la cabeza—. No vuelvas a tocarme.

—Pequeña, lo siento, no sabía... —Empezó a disculparse para contenerse en el último momento. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a justificar algo que ni él mismo entendía? Se pasó la mano por el pelo en un gesto de frustración—. Joder.

¿Cómo fue tan estúpido para no darse cuenta de que era la muchacha quien estaba entre sus brazos? Como si pudiera diferenciarlas. Ambas eran la misma persona, ella era la mujer que había estado acudiendo a sus sueños, aquella que conocía más allá de toda duda y a pesar de todo, se la veía tan distinta. ¿Cómo iba a justificar sus acciones diciéndole que la conocía mejor que a sí mismo cuando en realidad nunca antes estuvieron realmente cara a cara?

Juró por lo bajo mientras la miraba. Ella había correspondido a su beso, con timidez al principio y bastante recelo pero terminó relajándose en sus brazos, lo había disfrutado... al menos durante un tiempo. Las lágrimas brillaban en los ojos azules y podía sentir el rescoldo del dolor provocado por el golpe todavía hormigueando en su cuerpo, por suerte el Libre Albedrío permanecía en calma, como si el breve contacto entre ambos fuese de su agrado.

Se levantó del sofá y empujó ligeramente la mesa para que ella tuviese sitio para incorporarse.

— ¿Te has hecho daño? —La preocupación tiñó su voz.

Ella se apoyó en la mesa auxiliar para incorporarse y borró rápidamente las lágrimas de la cara con la mano mientras lo fulminaba con la mirada.

—No vuelvas a hacer eso sin mi permiso —le advirtió con brusquedad—. Mejor aún, no vuelvas a hacerlo nunca, pervertido.

La seriedad en sus palabras lo tomó por sorpresa.

— ¿Perverso? —dejó escapar un divertido bufido—. Perdona, bonita, pero no era yo el que estaba sobre ti mientras dormías. Si necesitabas... algo de mí... con que lo dijese, era suficiente. Estoy abierto a cualquier negociación contigo.

Su reacción no se hizo esperar, los llenos labios se movieron sin llegar a emitir ningún sonido coherente, entonces el rostro se cubrió con un bonito rubor y ella señaló la prenda tirada en el suelo.

—No estaba sobre ti por que quisiera estarlo. —Su indignación era palpable y muy femenina—. Sólo quería devolverte la chaqueta, pero tropecé.

—Por supuesto, tropezaste en tu repentino ánimo de querer cuidar de mi salud —se burló, le hacía gracia la forma en la que buscaba una excusa. Si quería acercarse, no iba a ser él quien se lo impidiese—. Muy considerado de tu parte cuidar que no pille un resfriado. ¿Estabas pensando en darme calor... tú misma?

Ella entrecerró los ojos de aquella forma tan sexy y enseguida supo que la respuesta iba a brotar de sus labios.

—En realidad estaba buscando un nuevo lugar en el que dejarte marcados mis dientes —masculló ella.

Él sonrió para sí, se lamió los labios y se inclinó hacia delante sin llegar a tocarla. Estaba loco por jugar con ella de aquella manera, después del mordisco que le había regalado, sería capaz de arrancarle algo.

—Si lo haces completamente desnuda, hasta dejaré que me muerdas. —Su voz fue un sexy ronroneo.

Ella se echó hacia atrás y el vivo color en sus mejillas aumentó su satisfacción.

—Ni en tus sueños.

No pudo evitar reír ante tal respuesta.

—Si supieras lo que hay en mis sueños ese atractivo rojo que cubre tus mejillas se extendería a todo su cuerpo —le aseguró, la risa latente en su voz.

—Afortunadamente para mí, no tengo el menor interés en saber que hay allí... ni en ningún otro sitio —rezongó ella en el mismo tono altanero y confiado que algunas veces utilizaba él—. Y no vuelvas a acercarte a mí de esa forma.

Él dejó escapar una risita y ladeó el rostro.

—Solo fue un beso, bonita. —Se encogiéndose de hombros—. No te he violado.

—Que te muerda un perro, Juez —siseó ella entrecerrando los ojos—. Fuiste tú quien me sujetó y manoseó.

Se lamió los labios lentamente, un gesto que contribuyó a aumentar su nerviosismo. No podía evitarlo, disfrutaba de esos breves escauceos con ella.

—No oí que te quejaras —murmuró más para sí mismo que para ella.

Entonces añadió—. Le das más importancia de la que tiene realmente, Dryah, la verdad es que no contaba contigo en ese momento. Lo siento, fue una reacción instantánea.

Ella alzó testaruda la barbilla y lo miró a través de las rendijas en las que se habían convertido sus ojos.

—No lo sientes en absoluto.

Shayler realmente suspiró, no podía entender como alguien podía hacer tanto jaleo por un simple beso.

—De acuerdo, no lo siento, me encantó besarte pero eso no es lo que quieres oír de mí, así que, ¿por qué no olvidamos este pequeño episodio, nos damos los buenos días y vemos si encontramos algo para desayunar?

La chica no cedió, podía sentirla decidida a dejar las cosas claras según sus términos.

—No vuelvas a hacerlo sin mi permiso —insistió ella como si aquella sola frase fuese suficiente para hacerlo entender—. Está mal.

Aquello lo cogió por sorpresa.

— ¿Qué está mal el qué? ¿Qué nos besemos? ¿De dónde has sacado esa idea tan absurda? Soy bueno, pero chica, no tanto como para matarte de esa manera —se rió ante lo absurdo de la situación. Entonces reparó en que ella seguía colorada, sus apetitosos labios apretados y en sus ojos perduraba un asomo de vergüenza. Hablaba en serio. ¿Qué demonios le habían enseñado a aquella criatura? De nuevo, recordando las palabras de Nyxx se dio cuenta que quizás no todo lo relativo a esa hembra era tan sencillo como pensaba—. Este no ha sido tu primer beso, ¿verdad?

—Vete al demonio —masculló entre dientes. Sus mejillas adquirieron un poco más de color y sus ojos brillaban reflejando las emociones que se revolvían en su interior. Shayler empezó a notar el despertar de su poder, como le llamaba pero decidió ignorarlo, la silenciosa respuesta a su pregunta lo dejó descolocado y con todo, tenía sentido. Él había sido el primer hombre en

besarla y la idea le gustaba, lo hacía sentirse bien, endiabladamente bien.

Sacudiendo la cabeza le dijo:

—Tú y yo vamos a tener una charla acerca de lo que está bien o mal en los besos —resolvió con una traviesa sonrisa.

Ella se tensó ante su respuesta.

—Juez...

Él chasqueó la lengua antes de volverse hacia ella y responderle en voz profunda y sedosa.

—Vuelve a llamarme Juez y haré algo más que comerte la boca.

Había visto el rubor en muchas mujeres pero en ninguna que le sentara tan bien como a la que tenía delante y que era la culpable de la molesta erección que todavía empujaba sus pantalones.

Cuando Dryah no respondió, asintió satisfecho.

—Bien, parece que empezamos a entendernos —aceptó y le dio la espalda. Recogió la chaqueta olvidada en el suelo al tiempo que se levantaba y se la echó al hombro. Acto seguido extendió la mano hacia la ventana e hizo que las cortinas se corrieran con tan solo su voluntad. La luz entró a raudales en la habitación—. Una mañana perfecta.

Ella tuvo que parpadear varias veces para adaptarse a la repentina luz después de la penumbra anterior de la habitación.

—Será perfecta cuando te marches —refunfuñó mientras se frotaba los ojos.

Se giró hacia ella al escucharle rezongar y se tomó su tiempo para verla envuelta por la luz del día. Una nueva punzada de deseo acudió directa a su sexo, el beso no hizo más que abrirle el apetito por aquella hermosa mujer. Ella era una deliciosa visión en su ropa de dormir, la camiseta se ajustaba a sus pechos llenos revelando la marca de sus pezones mientras caía holgada sobre su estómago, un pequeño ombligo que le encantaría recorrer con la

lengua asomaba en la piel expuesta por debajo de esta y el pantalón de felpa de corte chino envolvía unas curvilíneas caderas y acariciaban las largas piernas hasta poco por debajo de la rodilla.

Ella se volvió entonces hacia él y Shayler no pudo hacer otra cosa que sonreír ante su expresión.

—Ten un poquito de fe en mí. No soy tan malo —le aseguró—. Con el tiempo te acostumbrarás a mi presencia e incluso puede que llegues a disfrutarla.

Ella soltó un pequeño bufido que arrancó una sonrisa de sus labios.

—El demonio tendrá frío cuando eso suceda, pues se habrá congelado el infierno —le informó en un murmullo.

Él rompió a reír por la vehemencia que escondían sus palabras.

—En ese caso, habrá que decirles que vayan buscando los abrigo, cariño, porque las temperaturas caerán bajo cero. —Le dedicó un guiño para después darle la espalda y caminar hacia la ventana—. Es una hermosa mañana, ¿qué te parece si empezamos el día con un buen desayuno?

Dryah dirigió la mirada hacia la ventana y se estremeció involuntariamente. Parte de ella no quería salir de la seguridad que ofrecían esas cuatro paredes que formaban su nuevo hogar, pero por otra parte, deseaba conocer el mundo que había ahí fuera, entender por qué el destino la había dirigido allí y al hombre que se encontraba en su misma habitación.

— ¿Tengo otra opción?

Él se giró entonces hacia ella y le sostuvo la mirada.

—Todas las que quieras esgrimir, bonita —le prometió—. Sólo tienes que atreverte a dar el paso.

Una vez más, la capacidad de aquella mujer para seguir adelante lo sorprendió. Podía sentir como en lo más profundo de su ser la batalla por la supremacía, dónde las ganas de vivir luchaban con uñas y dientes contra la fatalidad y el cansancio, contra la necesidad de terminar con todo y descansar

por fin. Era una suerte que él estuviese dispuesto a no dejarla caer, por más que ella desease lo contrario.

— ¿Y bien? —insistió, su mirada fija en ella—. ¿Tienes hambre?

Como respuesta, ella dio media vuelta y lo dejó allí plantado.

—Si necesitas ayuda para quitarte el pijama y vestirme —insistió con toda premeditación.

La respuesta a su sugerencia llegó en la forma de una zapatilla que esquivó por los pelos. No pudo evitarlo y se echó a reír, este nuevo juicio prometía ser de todo menos aburrido.

Shayler empezaba a ser por fin consciente de las limitaciones de la mujer que mantenía a su lado, su reacción ante el mundo que se extendía ante ella podía muy bien compararse con la de un ser privado de libertad durante mucho tiempo, alguien que sabía que existía más allá de las paredes en las que estuvo encerrado pero sentía miedo por volver a formar parte de ese mundo. El Libre Albedrío marcaba cada uno de sus movimientos y elecciones, en cierto modo actuaba como un barómetro de las emociones femeninas. Ella parecía sentirse más tranquila en los espacios abiertos que en medio de la aglutinación neoyorkina así que compraron unos sándwiches, café y zumo en una de las tiendas e hicieron su primera parada del día en el Parque Bryant, frente a la biblioteca.

—Puedes comértelo, te prometo que no te morderá de vuelta —prometió al ver la cara que le ponía al bocadillo que descansaba en una de las pequeñas mesas a la que estaban sentados.

Ella lo miró con escepticismo, pero finalmente lo cogió y le dio un pequeño mordisco mientras miraba a su alrededor.

— ¿Siempre es así? —preguntó y paseó la mirada por los alrededores. A esas horas el parque se llenaba de gente, que al igual que ellos, disfrutaban de un pequeño descanso para el almuerzo, otros leían libros en la comodidad del verde césped o disfrutaban simplemente del buen tiempo.

—Suele haber más gente por la tarde, sobre todo estudiantes que salen a tomar el aire después de unas cuantas horas en la biblioteca —le explicó él al tiempo que indicaba el edificio de piedra—. Un área de descanso y esparcimiento en medio del bullicio de la gran ciudad.

—No creo que exista mucha tranquilidad cuando el asfalto está a pocos metros y pueden oírse incluso esos agudos pitidos —replicó ella antes de darle un nuevo mordisco al tentempié.

—Es lo que cabe encontrarse en una gran urbe como esta. —Se encogió de hombros y se distrajo con su propia bebida—. Terminarás por acostumbrarte.

—No sé si tendré tanto tiempo —suspiró antes de lamerse las migas de pan de los dedos.

Él la miró durante unos breves instantes.

— ¿Volvemos al tema del tiempo? —la retó—. Creí que eso había quedado claro.

Ella puso los ojos en blanco y se inclinó hacia delante para coger una servilleta.

—Sí. —Alargó la palabra lo suficiente para que se notase su fastidio—. Mientras no me vuelva psicótica y me comporte con corrección y decoro, podré permanecer con vida un ratito más.

Shayler no pudo evitar reír ante la irónica respuesta.

—Quedémonos con lo de no volverse psicótico y olvidémonos de la corrección y el decoro en su forma más arcaica. Yo no lo practico... de hecho, creo que dejó de practicarse hace siglos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Disculpa mi pobre intelecto, Juez, lleva siglos de retraso —le dijo con sequedad.

Él se limitó a sonreír y se recostó contra el respaldo de la silla.

—No te preocupes, lo compensas sobradamente con otros talentos. —Su mirada vagó sobre ella hasta detenerse en sus pechos, los cuales ahora asomaban entre la uve del escote. Ella vestía una camiseta ajustada por debajo de una blusa más suelta y una minifalda vaquera que mostraban sus largas y preciosas piernas, el conjunto la convertía en la visión más sexy que veía en mucho tiempo. No dejaba de resultar curioso y tierno que ella no tuviese la menor idea de lo que su apariencia causaba en cualquiera hombre con el que se cruzara y tuviese ojos en la cara. Imaginaba que con unos ceñidos pantalones vaqueros estaría igual o incluso más sexy; No podía esperar a comprobarlo. Con un suspiro volvió a alzar la mirada para encontrar los brillantes ojos azules mirándole con una de las finas cejas rubias arqueadas.

—En estos momentos me cuesta mucho considerarte el Juez —lo sorprendió con la seguridad en su voz, su mirada fija en la de él—, pareces un lobo hambriento. Solo te falta sacar la lengua y relamerte de anticipación.

Shayler se rió entre dientes.

—Dime eso cuando tus emociones no estén taladrándome la cabeza y estaré encantado de mostrarte la diferencia entre un lobo... y yo —le respondió al tiempo que se masajeara la sien con los dedos. La ansiedad y el temor permanecían profundamente enterrados en ella y le provocaban un asombroso dolor de cabeza.

Ella se tensó, su espalda compitiendo en rigidez con el respaldo de la silla.

—Tú eres el experto, Juez, ¿no puedes bloquearlas?

Él entrecerró los ojos y sacudió la cabeza antes de apuntarla con un dedo.

—No te conviene irritarme en mi actual estado, gatita —aseguró señalándola con un dedo—, no te gustarían las consecuencias.

Ella frunció el ceño y ladeó la cabeza, su mirada seguía fija en él casi como si lo escrutara. Entonces la vio sacudir la cabeza y relajarse una vez más.

—Lo siento, todo esto es demasiado nuevo para mí —comentó y se obligó a tomar aire profundamente en un intento de aquietar sus emociones—. Y tu

presencia no contribuye lo más mínimo a mi paz mental.

Dryah sacudió la cabeza y se volvió a contemplar la amplia extensión de césped. La mañana estaba radiante, el sol brillaba sobre ellos y lo iluminaba todo al tiempo que hacía que las frías temperaturas de finales de Septiembre subiesen algunos grados. El parque pareció llenarse en las últimas horas, mirase a dónde mirase siempre había alguien que llegaba para ocupar el lugar dejado por otro. Se llevó la mano al pecho y repitió la operación en un intento de llevar aire fresco a sus pulmones y calmar el leve hormigueo que recorría su cuerpo desde la cabeza hasta los dedos de los pies. El Juez tenía razón en que su interior era un auténtico torbellino, ella misma se sentía como en un carrusel el cual nunca parecía poder detenerse, pero no quería que aquello fuese causa de malestar para alguien. Incluso si ese alguien era él.

—Ese viejo lobo parece estar realmente encariñado contigo —las inesperadas palabras atrajeron su atención de nuevo hacia él—. Me cuesta conciliar el hecho de que un Cazador de Almas y un alma se lleven tan bien.

Ella sacudió la cabeza en una negativa.

—Ya no soy un alma.

Él asintió.

—Ya no —aceptó—. Pero él sigue siendo un Cazador.

Sí, quizás en algún momento vio al mortal guerrero como tal, pero él se había encargado de subsanar el error cometido a riesgo de su propia existencia. El hombre era una de las pocas personas a quienes acudiría con los ojos cerrados.

—Para mí sólo es Nyxx —le informó con voz suave y un encogimiento de hombros—. Dejamos de ser Alma y Cazador cuando me apuñaló y evitó después que La Puerta se me llevara.

Aquello realmente sorprendió al Juez.

— ¿La Puerta de las Almas?

Ella asintió. Sus recuerdos de aquel episodio eran confusos, ni siquiera estaba segura de por qué el Cazador había ido a por ella cuando debía estarle vetada, pero cuando sintió la daga que él empuñaba hundiéndose en su pecho y vio la mirada en sus ojos supo que aquel ser que le había dado caza estaba tan condenado como ella misma.

—La puerta sólo reclama las almas que se alzan ante ella —le explicó mientras cogía otro de los sándwiches que quedaban en la bolsa y le quitaba el envoltorio—. Él sólo cumplía con su cometido, con el trabajo que llevaba haciendo mecánicamente desde hacía siglos, no sabía que yo era una excepción y cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde pues la Puerta se estaba abriendo. Nyxx se ganó esa noche más cicatrices que las de mis dientes.

Él asintió en silencio, atento a su relato mientras ella daba cuenta de cuenta de su segundo bocadillo hasta terminarlo con un suspiro satisfecho.

— ¿Estaba bueno?

Ella lo miró al escuchar el tranquilo e incluso amistoso tono en su voz y asintió.

—Mejor que esa comida... japonesa... que trajiste anoche —aceptó, le quitó el tapón a la botella de agua y bebió de ella.

—En realidad era comida china —la corrigió.

Ella se encogió de hombros y se tomó su tiempo para disfrutar de la comida. Aquella era la primera vez que hablaba abiertamente de lo ocurrido con Nyxx, por alguna razón, ni siquiera se lo había contado a Eidryen y el haberlo compartido con el Juez surgió de forma tan espontánea que no se había parado a pensar en las consecuencias. Por otro lado, el encuentro entre los dos hombres le dejó claro que no era la primera vez que sus caminos se cruzaban, el Cazador parecía tener cierto respeto por el hombre que estaba junto a ella, y conociendo a Nyxx, eso era mucho decir.

—Parecíais conoceros muy bien —continuó, sentía curiosidad por saber qué clase de relación existía entre los dos hombres—. Nyxx y tú.

Él se encogió de hombros.

—Digamos que en el mundo en el que nos movemos es preferible saber de qué lado está cada uno, eso hace que te evites sorpresas indeseables en el momento justo.

Ella arqueó una fina ceja rubia.

—A ti también te apuñaló, ¿no?

Shayler esbozó una irónica sonrisa.

—No podría ni acercarse a diez metros de mí y contarle si así fuera —aseguró con el típico orgullo masculino de aquel que sabe que lo que dice es la indiscutible verdad—. Seybin es el Señor de las Almas, Guardián del Otro Mundo, no es una criatura que permita tener a cualquiera a su lado y ese irascible lobo es su mano derecha. Como dije, es preferible saber de qué lado está cada uno antes de atreverte a hacer un trato o pedir un favor que pueda costarte algo más que la vida. La eternidad puede ser muy jodida cuando cabreas al dios que tiene poder sobre la muerte.

Ella asintió, por una vez tenía que estar de acuerdo con el Juez. Nadie que cabreara a Seybin había vivido lo suficiente para contarle.

Las siguientes palabras del Juez le dejaron claro que la empatía del hombre servía para algo más que darle dolor de cabeza.

—Si lo que te preocupa es si tu amigo salió entero de nuestro encuentro, puedo decirte sin lugar a equivocarme que cuando dejé tu apartamento estaba en perfecto estado.

Ella se sonrojó un poco, se limpió los dedos a la servilleta y le contestó con voz uniforme, suave.

—Imagino que de ocurrir lo contrario no encontraría mi casa en el mismo estado en que la dejé, sino que sería una pila de escombros o algo peor.

El Juez se rió ante su comentario.

—Que fatalista.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo realista.

Él emitió entonces un bajo chasquido con la lengua y se inclinó hacia delante en la silla para sacar el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y extraerlo de la funda en la que lo mantenía guardado.

—Mi maldición es una jodida empatía, ¿recuerdas? —le recordó al tiempo que desbloqueaba el teléfono y buscaba con rapidez a través de la agenda—. Y las emociones suelen ser más sinceras de lo que lo somos nosotros mismos, incluso cuando ni siquiera nos damos cuenta de ello.

Aquello debía ser agotador, pensó ella y no dudó en poner voz a sus pensamientos.

— ¿Y eso no te agota?

Él alzó la mirada del teléfono y asintió.

—Lo hacía hasta que aprendí a ponerle freno. Ahora sólo me molesta cuando estoy a tu alrededor, por algún motivo mis defensas no aguantan tan bien como deberían con tus emociones —confesó encogiéndose de hombros—. Pero ey, las emociones son la sal de la vida, así que... mientras no me taladren el cerebro seré feliz.

Una lógica extraña la del Juez. Dryah permaneció en silencio mientras él jugueteaba con el teléfono y paseó la mirada por el parque hasta que el alegre gorjeo de un niño a su derecha le llamó la atención. Se giró hacia el sonido y lo vio, un infante de corta edad riendo ante las carantoñas que le hacía la mujer que lo sostenía en brazos. Más allá, ligeramente hacia la izquierda, un hombre vestido con tejanos y una camiseta blanca que realzaba el color de su piel oscura permanecía sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un pequeño portátil sobre ellas. Estaba inclinado hacia delante y asentía hacia la pantalla del ordenador mientras sus manos volaban sobre el teclado. Su rostro era una máscara de entusiasmo y realización, como si hubiese dado con el

secreto de la vida eterna.

—No recuerdo haber visto a tantos humanos de tantas razas distintas reunidos en un único lugar —murmuró para sí.

A pocos metros a su derecha una mujer joven que aparentaba su misma edad —al menos la edad que aparentaba su físico— se reía mientras hablaba por un pequeño aparato de color rosa con unas pegatinas con muñequitos. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus ojos brillaban mientras reía por las palabras que le dedicaba su interlocutor. Ella sonrió a su vez, había algo contagioso en esa felicidad.

—Gente, Dryah. Gen-te. —Él la corrigió una vez más—. Personas, individuos, mujeres, hombres, tíos, muñecas... todo menos “humanos”. Para cada uno de ellos no eres más que otra persona anónima, como puedo serlo yo o la chica que habla por teléfono a pocos pasos de nosotros. El término humano... digamos que los hace mirarte de una forma poco agradable.

—Gente —repitió ella y asintió—. Lo tendré en cuenta, gracias, Juez.

Desplazó entonces su mirada sobre un hombre de edad avanzada leía un libro sentado en una de las muchas sillas que había visto con las mesas diseminadas alrededor de la fuente que borboteaba lejos del césped. Su rostro estaba surcado por las arrugas e incluso sus ojos habían perdido algo de color, quedándose en un difuminado tono gris. Había algo melancólico en él, triste.

—Este mundo está resultando ser mucho más extraño de lo que me imaginé —comentó al tiempo que se giraba hacia el Juez quien se había llevado el teléfono a la oreja y esperaba pacientemente.

—Te acostumbrarás —aseguró antes de volverse hacia su interlocutor telefónico—. Ey, ¿sigues vivo, lobo? Tengo aquí a una damita que quiere oír tu voz... Yeah, mi culo está perfecto, gracias, conseguí eludir sus dientes... sí, estoy seguro... dame un momento —Shayler bajó el teléfono y se lo tendió—. Él también estará más tranquilo si oye tu voz...

Se oyó un murmullo saliendo del aparato mientras él le entregaba el aparato y se lo llevaba a la oreja a tiempo de escuchar sus palabras.

—... debería haberte arrancado las pelotas para utilizarlas como canicas —
oyó la voz del cazador.

— ¿Nyxx?

CAPÍTULO 10

El Cazador dejó escapar un siseo al oír la voz femenina procedente del teléfono, la llamada del Juez lo había sorprendido tanto casi como oír ahora la voz de Dryah. En ningún momento se le pasó por la cabeza darle a ella su número para que pudiese contactar en caso de necesidad, alejado como estaba del mundo humano, más preocupado por los recientes acontecimientos y la sospechosa actitud de su jefe, dio por supuesto que ella sabría cómo llegar a él. Después de todo, él no se regía por los convencionalismos y ética humana, las respetaba, como quien respeta algo que está ahí y sabes que el traspasar la línea te crea problemas, pero nada más. Solo los Guardianes Universales y su Juez jugaban con sus mismas cartas, infiltrados en su sociedad, compartiendo las vidas de aquellos que habían jurado proteger.

Dejó escapar un profundo suspiro y contestó a la llamada.

—Hola *adelfi*. —Cambió el tono de voz a uno más suave, solo para ella—.
¿Cómo lo llevas?

Él no vio como la chica sonreía al reconocer su voz rasgada.

—Hola. —La respuesta no se hizo esperar—. Lo llevo... bien, creo.

Él frunció el ceño al oír el suave tono en su voz, había algo allí que le decía que no lo llevaba tan bien como quería hacerle creer.

— ¿Crees? —comentó en un intento por darle confianza—. Eso me suena a un
“este mundo apesta, Nyxx”.

Él podía imaginársela sonriendo a duras penas en aquel momento.

—El mundo no es tan malo como lo son las circunstancias que me dejaron en él —le aseguró. Su voz bajó de tono y se perfiló de dolor cuando añadió—. Sé que fue Eidryen quien lo organizó todo, el juicio... sólo fue un medio para alcanzar el final que él deseaba.

Dejó escapar una profunda maldición matizada con un gutural gruñido. La mujer con la que se cruzó en ese momento por la calle se apartó de él con un salto y se llevó la mano al pecho para luego acelerar el paso como si esperase que él la atacase o algo. Esa mañana las calles parecían estar plagadas de humanos, no es que supusiese un problema para él moverse entre ellos, pero prefería con mucho la soledad de los grandes parajes o de los parques, en el caso de aquella enorme y bulliciosa urbe. Miró de refilón su reflejo en uno de los escaparates de las tiendas que se arracimaban en ese lado de la acera y sacudió la cabeza para sí. Su aspecto era como el de cualquier otro hombre que caminase por la calle, la única verdadera diferencia estaba en el aire de peligrosidad y magnetismo animal que lo envolvía.

—A veces los dioses toman decisiones que ninguno de nosotros comprende pero que son por nuestro propio bien —le informó—, y a menudo se les olvida explicar el motivo.

Oyó un suspiro al otro lado de la línea y un murmullo.

—O no quieren explicarlo, Nyxx —la oyó responder—. No cuando saben que nunca estarías de acuerdo en que se sacrifiquen a sí mismos por ti.

Alzó la mirada al cielo y pronunció lo único de lo que estaba verdaderamente seguro.

—Eidryen te quería, *adelfi*.

Hubo un momento de silencio, entonces una respuesta firme y con un ligero tono de reproche.

— ¿Y por eso me dejó sola?

Ahora fue su turno de guardar silencio, la respuesta a eso no era sencilla.

—Sólo hizo lo que creyó necesario para mantenerte a salvo. —Algo que haría cualquiera de ellos, ella era demasiado importante para perderla. Cuando esa niña se metía bajo la piel, era imposible sacarla—, si fue acertado o no, eso tendrás que demostrarlo tú.

Un cansado resoplido llegó desde el otro lado de la línea.

—Siempre es mía la última decisión —la oyó murmurar, al tiempo que oía la voz del Juez un poco más apagada concordando con lo dicho por él.

Chasqueando la lengua, imprimió a su voz un poco más de despreocupación.

—No dejes que te mangonee, si se pone tonto, muérdele —le sugirió al tiempo que ponía los ojos en blanco. No podía creer que la estuviese alentando a ello.

Ella se rió en respuesta y eso alivió algo la tensión.

— ¿No fuiste tú el que me prohibió hacer tal cosa?

Sonrió, aquella muchachita lo conocía bien.

—Sería por una buena causa... y te lo permitiré mientras no te enseñe otras formas de dejar incapacitado a un hombre —le aseguró y empezaba a pensar seriamente en la idea.

Hubo un nuevo resoplido del otro lado de la línea y un intercambio de palabras entre la pareja antes de que se escuchase esta vez la voz del Juez.

— ¿De qué lado estás tú, Cazador?

No tuvo que pensárselo demasiado.

—Del de ella, por supuesto —respondió sin titubeos y escuchó la risa de la muchacha en respuesta.

—Gracias, Nyxx.

Él sonrió a su vez al notar el cambio en su voz, un par de bromas y se la notaba más relajada. Después de todo parecía que la compañía de Shayler no le sentaba tan mal.

— ¿Has desayunado ya? —le preguntó—. Y me refiero a un buen desayuno, comida de verdad y no eso que tienes en las alacenas de tu cocina.

Si bien no podía verla, sí la imaginó haciendo una mueca.

— ¿Por qué todos los hombres parecéis tener tal fijación por la comida? — Fue la renuente respuesta de ella.

Su satisfacción aumentó.

—Te está obligando a desayunar, ¿um?

—Estoy segura que ambos habéis urdido un plan para que me ponga del tamaño de una vaca —rezongó ella.

Una nueva risa, esta vez con obvio tono masculino.

—Para eso sería necesario un milagro, bonita y yo de eso no practico —oyó decir al Juez.

La respuesta de ella no se hizo de rogar.

—Vaya, así que no eres infalible después de todo.

—Nunca dije que fuera perfecto —se justificó el Juez.

— ¿Nyxx, hay alguna remota posibilidad de que me salves de tener que soportar su compañía durante más de un día? —le preguntó ella en tono quejumbroso.

—No. —Su respuesta se mezcló con la del Juez. Ambos coincidieron en lo mismo. Por su parte, el Cazador añadió—. Pero en ningún sitio dice que tengas que ser toda sonrisas y amabilidad con él.

—Gracias, Cazador —oyó la voz de Shayler de fondo—. Dale más ideas de

las que tiene.

—Siempre es un placer, Juez —respondió con ironía.

—Me alegra escuchar que estás bien —murmuró ahora ella, atrayendo toda la atención de Nyxx, quien emitió un bajo gruñido.

—Ya deberías saber que soy más duro que eso, nena.

La oyó chasquear la lengua, casi podía verla apuntándole con el dedo.

—Ambos sabemos lo que eres en realidad, Nyxx, no hay necesidad fingir —le dijo ella con calidez—. Te quiero, lobo. Por favor, no dejes que nada te pase, ya he perdido a Eidryen, no quiero perder a nadie más.

Nyxx se permitió bajar ligeramente sus defensas.

—Lo mismo te digo, *adelfi*. Permanece en pie y sigue adelante...

Hubo un nuevo momento de silencio durante el cual llegó a pensar que se había cortado la línea, entonces la oyó murmurar.

—Lo estoy intentando, Nyxx. Lo estoy intentando.

Él asintió. Sabía que lo haría y Shayler no le permitiría otra cosa, si algo tenía ese hombre era un completo y absoluto sentido de la justicia, algo que unido al interés que parecía tener sobre ella podía muy bien jugar a su favor.

—Llámame si me necesitas, el Juez podrá encontrarme donde sea —le aseguró con absoluta seguridad.

—Lo haré —asintió ella—. *Ya sas*.

—*Ya su, adelfi*.

Nyxx cortó la llamada y miró durante unos instantes el teléfono sin dejar de preguntarse si hacía lo correcto. Quería a esa niña y no podía más que sentirse desgarrado por el infierno que ella estaría pasando actualmente. Él mejor que nadie sabía lo que era sentirse un paria entre su propia gente, lo que

significaba estar entre dos mundos y no pertenecer a ninguno. Su maldición se había encargado de demostrárselo en el mismo instante en que el que esa vieja bruja lo maldijo.

Sacudiendo la cabeza, respiró profundamente y devolvió el teléfono al bolsillo interior de su cazadora, ahora que sabía que Dryah estaba bien y segura en manos del Juez, la ansiedad que lo asediaba desde el principio desapareció un poco. El movimiento sin embargo, le recordó las heridas que todavía adornaban su cuerpo y que tardaban en sanar más de la cuenta. Había supuesto que la caza podría eliminar algo del nerviosismo que se removía en su interior pero lo único que consiguió fue que le patearan el culo y una fea quemadura a la altura del muslo derecho.

Un niño pequeño se le quedó mirando con ojos muy abiertos cuando se detuvo ante el paso de peatones a la espera de que el semáforo cambiase a verde. El chico no debía tener más de siete años y poseía unos enormes ojos verdes los cuales clavó en él, su manito estaba cogida de la de su madre, quien charlaba animadamente con la mujer a su lado. Nyxx le dedicó un guiño al niño y le susurró un hola para luego echar un vistazo al panel el cual cambió a verde permitiendo el paso. El crío el cual empezó a ser arrastrado por su madre se giraba de una forma en la que un contorsionista estaría orgulloso para seguir mirándole como si él se hubiese convertido en su nuevo ídolo o superhéroe. Sonriendo por la comicidad del niño, comenzó a cruzar la calle.

Su desarrollado oído captó entonces el fuerte estruendo de los neumáticos rechinando sobre el asfalto, así como el fuerte ronroneo de un potente motor. No pasaron muchos segundos hasta que el vehículo responsable de aquel ruido apareció con un derrape al final de la calle y enfiló en su dirección. El rugido del motor y los acelerones procedían de un modelo deportivo de color plateado conducido por tres risueños ocupantes, el conductor parecía estar alardeando de su nuevo juguete con las dos mujeres que lo acompañaban.

Él puso los ojos en blanco ante tamaña estupidez, afortunadamente para ellos, no estaban en su lista lo cual era realmente una buena cosa. Odiaba tener que encargarse de almas gimoteantes que ni siquiera sabían que habían dejado la vida atrás.

Un ramalazo de dolor le recorrió entonces la pierna lastimada y arrancó un

severo taco de su boca cuando el último de los peatones se abrió paso por su lado y le empujó en su prisa por cruzar justo en el momento en que el deportivo le daba gas al automóvil y hacía rechinar las ruedas sobre el asfalto.

— ¡Maldito hijo de...! —exclamó Nyxx preso del repentino dolor al tiempo que su mirada ascendía para ver una larga coleta de cabello castaño sacudiéndose al compás de los pasos de la chica que cruzaba ya en rojo.

Los cláxones de los coches se mezclaron con los gritos de los humanos y el rechinar del deportivo que se lanzaba inconscientemente directa hacia los últimos peatones los cuales empezaron a correr para ponerse a salvo del otro lado.

Todos menos ella, la chica que le había rozado al pasar.

—Mierda —masculló a sabiendas de que iba a añadir otra estupidez a la larga lista que adornaba su vida.

El impacto contra el adoquín le arrancó un jadeo de dolor mientras las ruedas del coche hacían un nuevo derrape y se lanzaba calle abajo entre risas, gritos y nuevos pitidos. No le cabía duda que con este último golpe, tenía todos los papeles para presentarse ante Seybin y pedirle vacaciones. Lástima que no tuviese derecho a ellas. Cuidadosamente se movió llevándose con él la menuda figura que protegía entre sus brazos.

— ¿Estás bien? —preguntó bajando la mirada hacia el frágil y pequeño cuerpo que acunaba contra sí. La chica ni siquiera se movía, pero le miraba con unos enormes ojos marrones en una diminuta cara en forma de corazón—. ¿Qué demonios te pasó por la cabeza, muchacha? ¿Acaso no oíste el jodido coche? ¡Ese maldito conductor casi te pasa por encima!

Dos de los transeúntes se acercaron rápidamente a ellos a ofrecer su ayuda.

— ¿Estáis bien, chicos? —Se agachó un hombre de traje, con un maletín en una de las manos y un móvil en la otra.

—Eso ha estado cerca —murmuró su compañera—. Ya han llamado a la policía, hemos anotado la matrícula.

—Estoy bien —gruñó él al tiempo que se ponía en pie e incorporaba también a la chica.

La multitud empezaba a juntarse a su alrededor, las aglomeraciones de gente nunca le gustaron demasiado y por la manera en que el suave y cálido cuerpo se tensaba contra él y la forma en que movía la cabeza mirando de un lado a otro, supuso que a ella tampoco.

Se apartó con ella e hizo una mueca ante su segundo paso cuando el dolor le recorrió desde la parte superior del hombro a la cadera. La chica lo miró un instante y observó también sus alrededores fijándose en la gente, entonces se llevó la mano al oído y se volvió en redondo alejándose de él con la mirada puesta en el suelo mientras empujaba a la gente para dirigirse de nuevo hacia el paso de peatones. Nyxx la observó atónito, boquiabierto cuando miró rápidamente a ambos lados de la calzada y empezó a aventurarse con la mirada puesta en el suelo, buscando. Ahogando una maldición, se estiró a por ella cogiéndola del brazo para traerla de nuevo a la seguridad de la acera.

— ¿Pero qué pasa contigo? —la zarandeó, arrancándola de la calzada.

Ella se sobresaltó ante su contacto y se giró con mirada asustada hacia él para empezar casi al momento a forcejear para soltarse.

—No... tengo que recuperarlo, lo necesito. —Su voz tenía un tono extraño, o quizás era la manera en que pronunciaba las palabras, con delicadeza, suave, de manera lenta y precisa, como si se cortaran. Sus delgados brazos empujaban contra el musculoso cuerpo del Cazador tratando de soltarse y estirándose hacia la calzada.

—De eso nada, nena —la sujetó con fuerza, impidiendo que saltase al tráfico —. Ya me llega con mi trabajo, no necesito atender a suicidas.

Un pequeño crash atrajo la atención de su fino oído al mismo tiempo que ella se quedaba repentinamente quieta con los ojos clavados en la calzada y las pequeñas manos luchando por liberarse de su agarre. Una de las ruedas de algún vehículo acababa de pasar por encima de un pequeño objeto, destrozándolo.

La chica escogió ese momento para dejar escapar un angustiado gemido antes de volverse contra su salvador y pegarle una patada de la espinilla. Nyxx se encontró saltando sobre su pierna derecha mientras ella le lanzaba insultos y le pegaba al tiempo que le hablaba de esa forma tan extraña acompañándose a hora de secos gestos con las manos.

—Imbécil... mi aparato... está roto —lo increpó al tiempo que señalaba la carretera—. Mira lo que has hecho.

A Nyxx le llevó un momento alejarse de ella y maniobrar para detener sus patadas y puñetazos, tan menuda como era, tenía una puntería certera.

—Estate quieta, maldita sea —retuvo sus movimientos al girarla y pegarla después contra su cuerpo. Su aroma impactó al momento en sus sentidos y le hizo perfectamente consciente de cada curva de su menudo cuerpo, así como de la redondez de su trasero frotándose contra a él. Pegando la boca a su oído, le habló—. No está nada bien pegarle a la persona que acaba de salvar ese pequeño culito de acabar bajo las ruedas de un coche, tesoro. ¿Dónde está tu gratitud?

La chica continuaba retorciéndose en sus brazos haciendo feliz a cierta parte de su anatomía que empezó a responder a sus frotamientos. Con un chillido indignado la chica se zafó de su agarre y se volvió a mirarle, sus ojos echaban chispas un instante antes de descender a la entrepierna masculina y ruborizarse.

—N... no vuelvas a poner...me las manos encima —lo amenazó con un dedo.

Él sonrió de medio lado, la chica era bastante mona. Un ratoncillo de biblioteca con esos enormes ojos marrones y ñoña apariencia.

—Quizás debería dejar que te lanzaras de nuevo a la carretera para terminar bajo las ruedas de otro coche —sugirió con tono indiferente, ocultando su verdadero escrutinio.

Los ojos de la chica estaban clavados en sus labios y aquello sólo contribuyó a aumentar más su libido. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba actuando como un lobo en celo.

Su mirada empezó a estrecharse, los succulentos labios se afinaron hasta no ser nada más que una delgada línea a medida que él hablaba.

—Parece que no tienes la suficiente sesera y ya no digamos oído para escuchar que te advierten de un accidente. Qué pasa contigo, es que no viste que se te echaba un coche encima.

Ella lanzó el brazo hacia la calle.

—El... semáforo estaba todavía en verde para los peatones —le dijo, sus ojos echaban chispas—. Y el único idiota aquí eres tú, que te crees con derecho a juzgar a la gente. No, no oí el coche... —le informó elevando la voz al tiempo que lanzaba un dedo indicando con insistencia la carretera—. Sin eso no oigo nada. Soy sorda.

Él abrió la boca dispuesto a replicarle, pero sus palabras murieron en su garganta cuando las últimas palabras de la chica penetraron en su mente.

La chica no podía oír. Era sorda.

Vio como ella lo ignoraba y se giraba de espaldas a él para buscar en los bolsillos de su larga falda. El Cazador oyó un perfectamente claro “mierda”, e inclinando la cabeza hacia un lado observó cómo la chica sacudía su móvil y observaba con ceño fruncido la pantalla del teléfono. Estaba rota. Sus hombros se desinflaron por completo, parecía tan perdida mirando la calle y sus alrededores. La gente ya empezaba a dispersarse y continuaba con sus cosas mientras ella seguía yendo de un lado a otro, sus manos moviéndose con nerviosismo hasta que se fijó en la casi imperceptible mueca que hizo al apoyarse sobre el pie derecho. Ella también se había hecho daño en la caída.

Antes de pensar en lo que hacía, echó mano al bolsillo y sacó su propio teléfono. Toda una ironía que alguien como él llevase móvil.

— ¿Necesitas hacer una llamada? —le preguntó, pero al ver que no le miraba siquiera, se le acercó y le tocó el brazo. Ella se volvió y pegó un pequeño respingo al verlo tan cerca, entonces reparó en el aparato que sostenía y alzó la mirada a su rostro—. Puedes utilizar el mío.

Ella le miró y luego al móvil. Lentamente extendió la mano y cogió el teléfono con un bajito gracias.

Tecleó rápidamente, deteniéndose brevemente de vez en cuando para comprobar cada una de las utilidades que le eran desconocidas y finalmente le dio a enviar. Seguidamente hizo una llamada perdida y esperó. En pocos segundos recibió un mensaje de texto. Tras leerlo, cerró la tapa del teléfono y se lo devolvió al tiempo que le daba las gracias acompañada por un movimiento de la mano.

El lenguaje de signos americano, se percató por fin Cazador.

—Gracias —murmuró ella antes de darle la espalda.

Nyxx la vio dar media vuelta, observar rápidamente todo a su alrededor y alejarse apresuradamente entre la gente que caminaba por la calle. Su mirada volvió entonces a la carretera en el preciso lugar en el que permanecían los casquillos blancos de lo que debió ser un audífono.

—Interesante —murmuró para sí y tras una última mirada en su dirección, dio media vuelta. El dolor en la pierna y hombro le recordaron que necesitaba un merecido descanso.

Shayler recogió la Blackberry de encima de la mesa y volvió a introducirla en la funda para luego guardarla en el bolsillo trasero del pantalón. Dryah tenía la mirada perdida en el plato que descansaba sobre la mesa, como si se encontrase a miles de kilómetros de allí sumida en sus propios recuerdos, sin embargo, sus emociones se habían aquietado, como reducidas con un interruptor de apagado.

— ¿Va todo bien?

Ella alzó la mirada y asintió.

—Gracias por dejarme hablar con Nyxx.

Él negó con la cabeza.

—Cuando quieras, sólo tienes que pedirlo.

Ella asintió una vez más pero su mirada seguía igual de perdida y tenía el semblante triste.

—Permanece en pie y sigue adelante sin rendirte —la oyó murmurar.

—Eso parece un poco espartano, ¿no crees?

Ella sacudió la cabeza en una negativa.

—Es algo que le oí muchas veces a Eidryen —dijo y volvió de nuevo la mirada al parque—. Yo no nací, Juez, me crearon y aquella era la manera de Eidryen de decirme que mi presencia no era algo malo, que yo no era algo malo como oía continuamente a mi alrededor. Los dioses pueden ser crueles cuando saben que tienen poder sobre ti y él no quería que nadie me degradara, no quería que me sintiese degradada por el simple hecho de haber sido creada en un momento de estupidez. Permanece en pie y sigue adelante sin rendirte. No dejes que nada de lo que oigas o te digan te derrumbe, mira siempre hacia delante, por difícil que se pongan las cosas no te rindas, porque al final del camino encontrarás la libertad.

Ella suspiró y volvió la mirada sobre Shayler.

—Nyxx me acaba de decir esas mismas palabras y yo sólo... —dudó, sacudiendo la cabeza—. No sé si podré cumplir con ello.

Él asintió, aquellas eran unas sabias palabras.

—No es fácil permanecer en pie porque siempre habrá alguien que intente derribarte e incluso quien lo logre —aceptó buscando las palabras exactas—. Pero también encontrarás quien te tienda la mano y te ayude a levantarte cuando caigas, quien te sirva de apoyo cuando creas que ya no puedes permanecer en pie.

Ella se lo quedó mirando, escuchando sus palabras.

—La vida no es fácil, Dryah, pero es algo a lo que antes o después tenemos que enfrentarnos y es de la experiencia que adquirimos en esos enfrentamientos que nos hacemos más fuertes. Imagino que eso es lo que

Eidryen buscaba para ti.

Ella se lamió los labios.

— ¿Y dónde deja eso al Libre Albedrío?

Shayler sacudió la cabeza y la señaló con un gesto de la barbilla.

—Donde te deja a ti —le preguntó mientras le sostenía la mirada—. Sólo cuando empieces a reconciliarte con quien eres, podremos hacer algo con tu descontrol sobre el poder que portas.

No se lo pensó dos veces, estiró la mano y cogió la suya, sus dedos se enlazaron y pudo sentir como el Libre Albedrío se desperezaba en su interior, como un animal que se levanta después de una agradable siesta animado por una caricia. El inestable poder ronroneó bajo la suave piel, podía ver en sus ojos que ella lo notaba y parecía bastante desconcertada por ello.

—Lo sientes, ¿no es así? —le dijo al tiempo que le acariciaba la parte interior de la muñeca con el pulgar, un contacto íntimo y al mismo tiempo tan ligero que ella no se animaba a protestar—. Ronronea ante mi contacto... me reconoce como su igual.

Ella pareció dudar, frunció el ceño y bajó la mirada hacia sus manos unidas con profunda concentración.

—Esta es la primera vez que no me hace daño —musitó y alzó finalmente la mirada hacia él—. Yo... ¿Crees que podría llegar a controlarlo? ¿Podrías enseñarme a hacerlo?

Por primera vez, Shayler encontró en sus palabras verdadera esperanza. Asintiendo, se inclinó hacia ella.

— ¿Eliges la vida? —insistió una vez más. Necesitaba que ella estuviese completamente segura de lo que deseaba.

Ella se lamió los labios y por primera vez desde su despertar, no tuvo dudas.

—Elijo vivir.

Él dejó escapar el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo, el alivio que sintió al escuchar su respuesta le quitó un peso que no sabía ni que portaba, sus ojos se encontraron y ella le sonrió, tímida y con brevedad, pero fue una sonrisa auténtica.

CAPÍTULO 11

La vida es un cúmulo de sucesos, giros del destino que te llevan por un camino que no sabes muy bien donde terminará hasta que estás allí. Fácil por momentos o un completo infierno, son nuestras elecciones las que acaban dándole forma nos guste o no. Dryah no estaba segura de si las elecciones que había hecho hasta el momento eran las correctas, su vida no le perteneció realmente hasta hacía poco tiempo, un hecho difícil de aceptar. Como alma de un dios fue protegida, mimada, acunada en un capullo de seguridad, pero todo aquello se vino abajo por un revés del Destino, el mismo que le concedió esta nueva oportunidad como Libre Albedrío. Una que la dejó en una difícil posición, con un juicio pendiendo encima de su cabeza y un irritante Juez dispuesto a llevar su veredicto hasta las últimas consecuencias. Una decisión que la llevó a caer una vez más sobre sus doloridas nalgas.

Jadeó cuando golpeó de nuevo el suelo, a estas alturas debía de tener el dibujo del suelo impreso en el culo.

—Me rindo —farfulló al tiempo que se frotaba el trasero—. No quiero seguir.

Los últimos días con él se asemejaban cada vez más a un campo de concentración, pero sin el alambre de espinos que impedía la huida. Lo vio bajar la mano que mantenía erguida y acortar la distancia entre ambos.

—Quejica —sonrió él y se acuclilló a su lado.

Empezaba a odiar aquella palabra.

— ¿Quejica? Es mi culo el que ha entrado en contacto directo con el jodido

suelo una vez más —bufó al tiempo que palmeaba la sucia superficie—. No el tuyo.

Shayler ahogó una risita y la contempló. Se la veía adorable cuando se enfurruñaba de aquella manera. Pero no le quedaba otra que estar de acuerdo con su protesta pues esa era la quinta vez que la lanzó al suelo en el transcurso de la tarde. Lo que ella ignoraba, era que esas caídas le dolían tanto a él como a su precioso culito. No estaba en su naturaleza el causar daño a las mujeres, y en el caso de ella mucho menos. Esa muñequita le tocaba la fibra sensible y no había podido evitar encogerse cada vez que terminaba de golpe en el suelo, en más de una ocasión quiso interrumpir sus lecciones pero era primordial para su supervivencia y la de todos que ella entendiese que era el poder que ahora investía y aprendiese a controlarlo si deseaba tener al menos una oportunidad.

Las noches que pasaban en aquella azotea no eran más que una pequeña parte de la rutina que se instaló entre ellos desde el momento en que ella le pidió abiertamente ayuda. Durante el día no dejaba de arrastrarla al mundanal ruido, su toma de contacto con la ciudad y sus gentes no resultó tan complicada como esperaba, al contrario, él llegaba a disfrutar a través de ella, maravillándose con su inteligencia e ingenuidad. Dryah era como una esponja sedienta de conocimiento, una criatura enjaulada que obtiene la libertad después de mucho tiempo y se enfrenta a un nuevo mundo con la ansiedad y la curiosidad que eso conlleva. Era con la llegada del atardecer que las cosas se ponían más serias, después de su primera toma de contacto y los resultados de esta, decidió trasladarlos a ambos a una de las azoteas de los edificios circundantes, allí era mucho más sencillo proteger el espacio que utilizaban para sus lecciones sin arrasar o destrozar ningún parque; La última vez que vio las noticias se encogió ante los comentarios que hacían sobre el supuesto vandalismo al que fue sometido uno de los parques de la ciudad, su hermano no había tardado mucho en llamarlo para decirle unas cuantas cosas antes de que le colgase el teléfono.

Deslizó la mirada sobre ella y la vio sacudir el polvo del pantalón mientras mascullaba y emitía pequeños bufidos, esta noche sin duda estaba deseosa de devolverle el favor con una patada en el culo.

—No luches contra ello, sólo permite que te envuelva, tus instintos debería hacer el resto —la aleccionó una vez más—. El Libre Albedrío burbujea en tu

interior, quiere salir y le niegas esa liberación. Ahora mismo eres como una olla a presión sin válvula de escape, te harás daño a ti misma si sigues así.

Ella alzó sus expresivos ojos azules.

— ¿En qué quedamos Juez? —resopló y se llevó las manos a la cadera—. ¿Mantengo a raya el Libre Albedrío o le permito hacer lo que le dé la gana y nos vamos todos a hacerle una visita a Seybin?

Sus labios se estiraron en una divertida mueca. Al menos la chica tenía sentido del humor.

—Estoy aquí para evitar que eso pase —prometió y se tomó la libertad de retirarle algo del pelo—. Solo tienes que concentrarte en lo que haces, sentir el poder que corre por tus venas y unirte a él como si fueseis uno. No lo haces tan mal, en estos dos últimos días de entrenamiento conseguiste dominarte lo suficiente para no hacernos saltar a los dos por los aires... o volar el edificio, ya que estamos.

Ella entrecerró los ojos.

—Tú dijiste que era seguro practicar en el parque —rezongó ella al pillar al vuelo su indirecta—. No tengo la culpa de que la fuente no fuese tan resistente como esperabas.

Él puso los ojos en blanco.

—Dejemos que sigan pensando que se trata de una fuga en una tubería de gas.

Ella sacudió la cabeza.

— ¿Dejaré en algún momento de dar con mi culo en el suelo? —resopló con obvio cansancio.

Si esa muñequita seguía con esos pucheros lo iba a tener realmente jodido para controlarse, ya era bastante difícil concentrarse en algo que no fuese lo bien que le sentaba ese pantalón ajustado y el top a juego que realzaba sus pechos. Los dedos le hormigueaban ante la necesidad de llevarlos a esas dos bellezas y probar si eran tan blandas como prometía, se le hacía la boca agua

ante la fantasía de lamerla por entero y deslizar las manos sobre esas firmes curvas.

Se obligó a recuperar el sentido común y bajar de nuevo a la tierra, la mujer que permanecía en pie ante él esgrimía un poder suficiente para enviarlos a todos al infierno y no acababa de tener completo control sobre él, no lo aceptaba todavía como lo que era, una parte importante de ella.

—Dejarás de dar con el culo en el suelo cuando aceptes al Libre Albedrío como una parte de ti y no como un ente aparte —le explicó no por primera vez. Su mano obró por sí misma y sus dedos le acariciaron los labios maravillándose con su blandura—. Hasta entonces tendrás que acostumbrarte a terminar en el suelo. Necesitas ponerle freno al poder que escapa de tus manos, cuando consigas hacerlo podremos pasar a la siguiente fase y hablar con tranquilidad sobre el futuro que te espera.

Ella dio un paso atrás para librarse de la hormigueante sensación de su dedo sobre los labios, su contacto la ponía incómoda, podía sentir como se replegaba y el poder en su interior tomaba las riendas.

—Tengo que ponerle freno —murmuró ella y retrocedió al ver que avanzaba hacia ella cubriendo el terreno que ella ganaba.

Él asintió y se lamió los labios con felina anticipación.

— ¿Lo intentamos una vez más? —sugirió, su voz un cálido ronroneo.

Dryah se quedó sin palabras durante una milésima de segundo, los claros ojos azules fijos en ella provocaban un pequeño incendio por debajo de su piel que la incomodaba y ponía nerviosa.

— ¿Intentar el qué? —preguntó con recelo. Quizás ella no contase con su empatía, pero empezaba a reconocer ciertas expresiones en el rostro del Juez y aquella no auguraba nada bueno.

Su voz sonó más ansiosa de lo que quería y él no hizo otra cosa que aumentar esa sensación de peligro con una devastadora sonrisa.

—Por ahora, tendremos que limitarnos a esto.

Lo vio lamerse los labios como un animal que ve una presa y está muerto de hambre, entonces extendió ambas palmas a los lados de su cadera y sus tatuajes desaparecieron para dar paso a las dos hermosas y peligrosas dagas que empuñó con maestría.

—Veamos de lo que eres capaz, Libre Albedrío —la retó y se puso en posición de ataque.

Dryah tragó, la sonrisa y diversión que habitaba los ojos del Juez adquirió una dimensión totalmente distinta a la de las últimas jornadas, ahora también había una fiera y mortal determinación que trajo a su memoria un hombre totalmente distinto, aquel que no dudó en cumplir con su cometido y sentencia.

Retrocedió, fue instintivo, el inestable poder en su interior respondió una vez más a sus emociones.

—No me gusta esta clase de desafíos, Juez —rezongó dando un nuevo paso atrás, su mirada seguía clavada en la de él.

Los ojos azul cielo adquirieron un brillo letal, inhumano y se clavaron en ella como un certero dardo. Su propia reacción fue inmediata e involuntaria, el Libre Albedrío aceptó el desafío y comenzó a crepitar bajo su piel, fluyendo junto a su torrente sanguíneo en arduo deseo de unirse con aquel otro poder al que reconocía como digno adversario. La sangre se espesó en sus venas y se calentó hasta que pensó que terminaría por evaporarse, la imparable energía se desplegó a su alrededor como un mimoso amante dispuesto a protegerla. Su control sobre los hechos era nulo y la aterraba.

—No sigas —pidió al tiempo que clavaba su mirada en la de él—. No podré contenerlo.

Pero él no se detuvo. Sus labios se curvaron en una enigmática sonrisa y por el rabillo del ojo vio como rotaba las muñecas haciendo girar sus armas con naturalidad. La hoja curvada de las dagas parecía absorber la luz a su alrededor.

—No sé qué pretendes, Juez Shayler, pero estás arriesgando demasiado —
siseó luchando por mantener el control de su poder. Por cada paso que él daba
hacia delante, ella retrocedía otro hasta que no le quedó más que girar la
cabeza para comprobar que no acabase dando un paso en falso y cayese de la
azotea.

Se le aceleró la respiración, la salvaje vibración que habitaba en su interior se
revolvía deseosa por salir del escaso control que ejercía su voluntad. Por
extraño que pareciese conocía sus deseos, sabía que deseaba salir al
encuentro de aquel hombre y medirse con el poder gemelo al suyo. Ansiaba
darle una lección por atormentar a su portadora de aquella manera. Esa
repentina certeza se instaló en su cerebro como si le fuese susurrada, una idea
surgida de su propia mente y no solo la sensación o la reacción del Libre
Albedrío ante la bravuconería del hombre. Su mirada cayó entonces sobre las
dos brillantes y mortíferas dagas. Había algo hermoso y vivo en aquellas
mortales armas que esgrimía.

Se lamió los labios y volvió a encontrarse con sus ojos. La diversión seguía
allí, en un mudo desafío. Como la irritaba aquella maldita seguridad en el
Juez.

—Da un paso más y... —se encontró siseando.

Él ladeó ligeramente el rostro, su labio inferior acariciado con un sensual
movimiento de su lengua.

— ¿Y qué, bonita? ¿Vas a morderme? —la incitó él en voz baja, profunda,
llena de poder y arrogancia.

Sacudió la cabeza lentamente sin dejar de mirarlo. Mantuvo las manos
cerradas a ambos lados en firmes puños en un intento por contener el poder
que empujaba contra los confines del cuerpo que lo contenían aumentando el
calor, quemándola por dentro. Jadeó en busca del aire que de repente pareció
escasear, le dolía el pecho y en sus oídos vibró un ahogado zumbido.

—No lo contengas a la fuerza porque te hará pedazos, déjalo fluir. —Su voz
era firme, tranquila, esa cadencia que a menudo utilizaba con ella, ese
insoportable tono de profesor que la sacaba de sus casillas—. Permítele

acercarse a mí, deja que abandone la jaula que has creado a su alrededor.

La presión se hizo insoportable, el calor la derretía por dentro, el simple hecho de tomar aire dolía.

—Basta —masculló entre dientes, pero no estaba segura de si sus palabras estaban destinadas al hijo de puta que la provocaba o al ente que deseaba hacerse con el mando—. Ya basta...

Por su parte, el Juez no cedió ni un centímetro, muy al contrario, acortó la distancia entre ellos dos. Sus armas se posicionaron muy cerca de su garganta, un movimiento en falso y le cortaría la piel.

—Respira... ordénale y obedecerá —insistió él, su control era excelente en todo momento—. Hazle parte de ti, que se pliegue a tu voluntad.

Su cercanía aumentó la furia con la que el Libre Albedrío golpeaba su confinamiento, pero en esta ocasión además se plegó a su alrededor formando una eficaz barrera sobre su piel que la protegía de ese mentecato.

—Deja... de darme... órdenes —jadeó mientras luchaba por mantenerse en pie y sujetar las riendas del díscolo poder—. No...no me empujes más... o te... te daré una... buena patada en el culo.

Él ronroneó, si no supiese que aquello era imposible, diría que ronroneó de placer ante sus palabras.

—Cuando y donde quieras, preciosa.

Si tan solo pudiese hacerlo, pegarle una buena patada en el culo, estaba segura que terminaría sintiéndose mucho mejor. El Libre Albedrío estaba eufórico, no conocía otra palabra para describir lo que sentía, quería escapar a su control con tanta desesperación que dolía, deseaba... cumplir su deseo... y pegarle una patada.

Cerró los ojos e intentó calmar su respiración, aquietar sus emociones y retener de algún modo el descontrol que experimentaba.

No le harás daño... déjalo en paz... Seré yo quien le dé esa patada, no tú.

El Libre Albedrío pareció protestar a su orden, se revolvió con más intensidad durante un brevísimo instante para por fin aplacarse hasta permanecer como un ligero e insistente ronroneo pegado a su piel.

— ¿Soy una amenaza para ti, bonita?

La voz de Shayler atrajo de nuevo su atención, el hombre estaba a escasos pasos de ella.

—No —respondió entrecerrando los ojos sobre él al tiempo que alzaba una mano para apartarlo de ella—. Eres gilipollas, pero no una amenaza, Juez.

No tenía intención de hacerlo pero tampoco pudo evitarlo, toda la energía que había contenido y que la mantenía en un continuo estado de tensión se concentró en aquel simple gesto y explotó. Él tuvo el tiempo justo de retirar la hoja de la *Kahiya* para no hierla accidentalmente antes de que una repentina ráfaga de poder abandonase su piel y lo lanzase con atronadora fuerza hacia atrás.

Shayler esbozó una satisfecha sonrisa ante la cruda y letal vibración que la envolvía como una túnica y se reflejaba en sus ojos. Ella permanecía en pie e inclinada con las manos apoyadas en las rodillas mientras intentaba recuperar el aire, el esfuerzo la había agotado pero por primera vez era ella la dueña y no subordinada del Libre Albedrío. Había esgrimido el poder más inestable del universo y este obedeció a su orden.

— ¿Estás bien? —Empezó a caminar hacia ella.

La mirada fulminante que le dedicó fue suficiente respuesta.

—Eres... un... auténtico... gilipollas —se quejó ella entre jadeos—. Ojala te salga un moratón en el culo.

No pudo evitar reír ante sus palabras.

—Necesitarías algo más que sacudirme el polvo de encima para conseguir eso, preciosa —aseguró con diversión al tiempo que dejaba ir las armas que se esfumaron para retomar su lugar en la forma de tatuajes en sus muñecas—.

¿Continuamos?

La incredulidad en su rostro cortó algo de su diversión, ¿qué había dicho ahora?

— ¿Continuamos? ¡Continuamos! —jadeó ella con incredulidad. Su rostro decía claramente que pensaba que le faltaba un tornillo—. ¡Casi te mato, estúpido hijo de puta! ¿Y me dices si podemos continuar? ¡Qué te muerda un perro, Juez Shayler!

Él se sorprendió ante las vehementes palabras, ¿estaba preocupada por él? Una tibia calidez se extendió en su interior ante el pensamiento de que le importase aunque sólo fuese un poco.

—Estoy perfectamente bien, Dryah —la tranquilizó mientras acertaba la distancia entre ellos—. Me lo merecía por las veces que te lancé al suelo.

Ella pareció relajarse un poco al verlo caminar en su dirección sin daño aparente.

—Eso no hay quien te lo discuta —le dijo mirándole de reojo—. Y te lo advierto, como vuelvas a asustarme de esa manera o a amenazarme nuevamente con esas malditas dagas, juro que te...

Él se llevó las manos a la espalda, no estaba seguro de aguantar mucho más sin tocarla, y se inclinó hacia ella.

— ¿Sí? —Esperó pacientemente.

Ella entrecerró los ojos y masculló con los dientes apretados.

—Esta vez sí te morderé.

Él le guiñó el ojo.

—Estoy ansioso por que llegue el momento.

Su gruñido no era demasiado halagüeño pero estaba demasiado satisfecho para molestarse por ello.

—Estás loco, ¿Lo sabías? Me has dado un susto de muerte —confesó ella, dando rienda suelta a todo su nerviosismo—, por un momento pensé que acabarías hecho picadillo, no es que no te lo merecieras, la verdad.

Él asintió, su confianza era abrumadora para ella.

—No habrías permitido que eso sucediera —le aseguró. Sus dedos le acariciaron la mejilla con la excusa de retirarle un mechón de pelo de los ojos.

Ella retrocedió una vez más evitando su contacto, el desafío en sus ojos era palpable.

— ¿Quieres apostar?

Shayler retiró la mano y se la llevó al bolsillo para evitar estirarse hacia ella y abrazarla como quería. No le gustaba tener que llegar tan lejos para obligarla a enfrentarse a su propio poder, había sentido su dolor cuando el Libre Albedrío se revolvió en contra de su sujeción, pero también notó como se había plegado a ella interactuando en algún momento como una única entidad. Desde el momento en que probó el sabor de sus labios durante aquel glorioso momento en el sofá, no dejó de pensar en ella, en la dulzura de su boca, la suavidad de sus curvas y lo bien que encajaba en sus brazos. Sin embargo, cualquier nuevo acercamiento por su parte recibía un alejamiento por la de ella, era un extraño baile de voluntades que lo enloquecía.

—Has conseguido mantenerlo atado a ti, que te obedeciera pese a que quería extenderse —continuó sin dejar de seguir cada uno de sus movimientos con la mirada.

—Sí y duele como el demonio —le espetó ella.

Él se encogió de hombros.

—La próxima vez será mucho más fácil.

—No habrá próxima vez, Juez Supremo. —Se oyó una profunda voz a escasos pasos de ellos.

Ambos se volvieron a tiempo de recibir una segunda advertencia.

—Aléjate de ella, Shayler. Esto se termina aquí y ahora.

CAPÍTULO 12

No había duda que aquella noche se habían escapado todos los demonios del infierno. La velada empezaba a ser una buena candidata a encabezar la lista de “lo que nunca sucedería y que siempre me pasa a mí” de Dryah. La presencia de aquellos dos hombres de peligroso y mortal poder eran lo último que esperaba encontrarse hoy o cualquier día de su vida si tenía suerte, obviamente, la suerte debió huir a toda velocidad en cuanto vio sus rostros.

El frío de una hoja de acero contra su piel hizo que se volviese hacia el Juez. Él había materializado de nuevo sus armas, tan letales como el hombre que las portaba. Manteniendo una posición defensiva, sostenía la hoja de una de ellas vuelta hacia fuera, mientras la otra se apretaba desde la empuñadura a su costado y la empujaba hacia atrás, a su espalda, escudándola de lo que parecía ser otra nueva amenaza.

— ¿Se te olvidó avisar de que ellos también venían a cenar? —sugirió con toda la ironía que pudo reunir. No necesitaba una presentación oficial por parte de él para saber quiénes eran los recién llegados. La huella de poder en los tres hombres era idéntica.

—En realidad, ni siquiera los invité —le aseguró con la misma ironía.

Ella alzó la mirada hacia él, pero sólo se encontró con su espalda.

—Pues alguien lo hizo —comentó al tiempo que se inclinaba sobre su brazo para ver a los dos recién llegados.

Si Atlas hubiese bajado a la tierra y lo hubiesen vestido con pantalones multibolsillos de color azul oscuro, camiseta tanque y llevase el pelo rubio

suelto por encima de los hombros sin duda se habría parecido a ese hombre. Era comparable a uno de los Titanes, enorme en todos los sentidos, con unos hombros amplios y ni un gramo de grasa en su musculoso cuerpo. Portaba un cinturón anclado a la cadera en el que brillaban un par de cuchillos, pero eran sin duda las dos espadas cortas de hoja curva en lo que cualquiera se fijaría primero, sino por su aspecto letal, sí por el brillo de poder que manaba de ellas, que surgía de todo él en realidad. Y ella conocía ese poder, lo había sentido antes. Un repentino escalofrío bajó por su columna vertebral y desvió rápidamente la mirada hacia el otro hombre situado varios pasos por detrás del titán el cual vestía de manera parecida al Juez; unos jeans y una camisa oscura. Unos claros ojos azules destacaban en la tez morena de su rostro, unos ojos muy parecidos a los de Shayler.

Ella se tensó, su cuerpo rígido detrás del de él, aquellos hombres no eran algo que pudiese pasarse por alto.

—Tengo que admirar tu buen gusto, muchacho —habló el titán.

Lyon observó con detenimiento y curiosidad a la mujer que el Juez escudaba tras él. Unos brillantes y enigmáticos ojos azules se asomaban por encima del brazo del chico y se cruzaron un instante con los suyos. Tuvo que reprimir un escalofrío ante la cantidad de poder mezclado con una buena parte de emociones encontradas y cierto toque de curiosidad que le transmitieron. Toda una contradicción para alguien tan delicada en apariencia. Su cuerpo femenino y curvilíneo se adivinaba contra el del hombre que la escudaba, quien la mantenía a su espalda. Ella vibraba por el cansancio y la tensión en su cuerpo era palpable, la repentina liberación de su poder la había debilitado y a pesar de ello, seguía alerta a su presencia. Interesante.

—Una hermosa gatita con el poder suficiente para hacerte arder hasta los huesos, y no hablo de sexo, chico, aunque imagino que eso también podría hacerlo —comentó él y se tomó su tiempo en recorrer el cuerpo semi oculto tras Shayler.

Ella estaba a punto de abrir la boca para decir algo pero un firme gesto de parte del Juez la detuvo, sus miradas se encontraron.

—No te muevas ni un solo centímetro de aquí. —Escuchó como le decía

mientras se apartaba de ella muy lentamente y avanzaba algunos pasos hacia ellos cuidando de mantenerse en todo momento en un ángulo que le permitiera atajar cualquier ataque que se atrevieran a mandar hacia ella.

Lyon no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Ya sabía yo que antes o después tu normalmente buen juicio terminaría por abandonarte, Shayler —se burló al tiempo que sus labios se torcían en una enigmática sonrisa—. Supuse que mi presencia podría ayudar a que te centres.

Shayler le dedicó una mirada que decía a las claras que le importaba más bien poco su opinión en aquel momento; La presencia de ellos dos acababa de joderle la noche.

—La verdad es que tu presencia, cuando no es solicitada, tiende a irritarme, Lyon —le informó y se mostró un poco más relajado antes de volverse hacia el otro hombre—. Y la de los dos sólo está haciendo que mi límite de tolerancia roce peligrosamente el borde.

—Baja las armas, Lyon —pronunció John, sus ojos azules fijos en los de su hermano—. Bajadlas los dos.

—Ni en tus más jodidos sueños, compañero —chasqueó el titán por encima del hombro para luego volver toda su atención hacia el Juez—. El muchacho está jugando con su buena suerte.

—No quieres obligarme, Lyon —lo previno Shayler mientras daba rienda suelta a su poder—. No te gustaría.

El susodicho dejó escapar un bufido, sus labios se extendieron en una amplia sonrisa y entrecerró los ojos solo para posar la mirada sobre la mujer que permanecía allí dónde le había indicado.

—Quizás resultara un cambio interesante —murmuró su sonrisa extendiéndose más aún.

John soltó un irritado gruñido ante la decisión de su amigo e intercambió una última mirada con su hermano antes de hacer algo demasiado estúpido como

para ser analizado. Shayler no estaba de humor para tonterías y no tardó mucho en hacérselo saber a ambos.

A juicio de Dryah, la escena resultante no podía ser más inverosímil. El Juez se hallaba entre ella y la hoja curva del guerrero rubio la cual apuntaba directamente a su garganta. La otra espada había sido detenida en el aire por el hombre que poseía un considerable parecido con su guardián, la hoja dorada había detenido el movimiento mientras un arma gemela a esta se encontraba a escasos centímetros de su propio cuello. Ella tragó e intentó contener el poder que crepitaba furioso en su interior ante la más que visible amenaza, el corazón le latía a toda velocidad y la ansiedad volvía a ocupar un lugar principal. Desvió la mirada hacia las manos del Juez, las cuales empuñaban sendas dagas amenazando los testículos de uno y la garganta del otro con suficiente intención en sus ojos como para que no fuesen necesarias las palabras. Respiró profundamente para calmarse y se permitió cerrar los ojos dejando su vida en manos de ese hombre mientras luchaba por aquietar sus emociones y sujetar las riendas del poder sobre el que poseía un precario control. La intromisión de los dos guardianes universales recién llegados y su actitud bélica empezaban a ponerla de mal humor.

—Si tu guardián no aparta inmediatamente eso de mi cuello, le morderé, Juez y al diablo todo lo demás —declaró al tiempo que abrió los ojos y se encontraba con unos fríos ojos azules parecidos a los de Shayler.

Él chasqueó la lengua en respuesta, pero no se movió.

—Ya sabes que opino de tus mordiscos y la manera en que los quiero —le dijo en tono desenfadado. Su poder se extendió entonces cubriendo cada palmo del suelo que se extendía bajo sus pies, engullendo todo el edificio con un halo protector. Su mirada fue de Lyon a John y se oscureció cuando vio la daga dorada a escasos milímetros de la garganta femenina—. Aleja la Alcara de su cuello, John... ahora.

Su voz contenía un tono de advertencia.

—Y yo pensando que era el único con curiosidad —comentó Lyon con una sonora carcajada, parecía importarle bien poco la daga que el Juez mantenía contra su cuello.

John se limitó a bajar la mirada a la otra daga que amenazaba seriamente su entrepierna, su rostro estoico como siempre ascendió hacia su hermano con una ceja arqueada a modo de pregunta.

—Ahora —siseó Shayler, su mirada fija en la de él.

Lyon frunció entonces el ceño y respondió en tono serio mientras contemplaba a Dryah, quien no dudó en encontrar su mirada y sostenerla.

—Hazlo, John. La niña está luchando para controlar su poder —le informó, la risa en su voz había muerto por completo al ver el brillo en los ojos de ella.

John desvió a desgana la mirada de la de su hermano y la desplazó hacia ella. Sus claros ojos azules se encontraron ahora con los de él y lo que vio en ellos lo hizo vacilar.

—Aléjate de ella... alejaos los dos. —Shayler no les dio opción. Su palabra era ley y la estaba esgrimiendo sin importarle que fuese contra sus propios hermanos de armas.

Lentamente ambos retiraron la amenaza y replegaron sus armas, el Juez seguía cada uno de sus movimientos con enfado.

—Respira profundamente, Dryah —le susurró él dividiendo ahora su atención entre los guardianes y ella—. Sólo respira.

Ella dejó escapar el aire poco a poco y volvió a inspirar, repitió el proceso un par de veces hasta que se sintió tranquila.

—Tus hombres son unos gilipollas —le espetó al tiempo que se llevaba la mano a la garganta allí dónde una de las hojas la había acariciado—. ¿Qué ha pasado con lo de preguntar antes y atacar después?

—Tu vocabulario va mejorando —se burló él, sin embargo su sonrisa no llegó a iluminarle los ojos, los cuales se clavaron directamente en los dos hombres —. Lamentablemente, el día en que impartieron las clases de buenos modales, ambos estaban ausentes.

Ella chasqueó la lengua.

—Ahora entiendo de dónde viene tu insistencia sobre los buenos modales.

Él la ignoró y fijó la mirada sobre Lyon. El hombre observaba a su pupila como si le hubiese salido una segunda cabeza.

— ¿Esa niñita acaba de decir lo que creo haber oído? —preguntó con incredulidad.

—Te ha llamado gilipollas... a los dos —corroboró Shayler con sequedad. Las palabras no dichas pesaban mucho más que aquellas pocas pronunciadas.

—Shayler... —La voz de John se impuso en el incómodo silencio.

Él se volvió hacia el hombre y lo fulminó con la mirada.

—No quiero saberlo. —Fue tajante—. Prefiero ignorar el hecho de que habéis irrumpido en un *Antiquerum* sin más invitación que vuestra jodida presencia y amenazasteis abiertamente a mi custodio.

Lyon realmente pareció ofendido por tal declaración.

—Cuida ese lenguaje, mocoso —lo increpó el enorme guerrero, su tono tan afectado como sus palabras—. Nuestra presencia siempre viene con un buen motivo, además de una buena carga de curiosidad. —Esto último lo dijo señalando a la chica que permanecía a escasos pasos de ellos con un casi imperceptible movimiento de barbilla—. No sabía que estabas tan ansioso por echar abajo el Orden del Universo.

Una de las *Kahiya* giró sin esfuerzo en la mano derecha de Shayler, una sutil amenaza que no pasó por alto.

—Baja las armas, Shayler —murmuró John alternando la mirada entre él y la chica—. Está nerviosa y el Libre Albedrío fluctúa al compás de sus emociones. No quiero tener que matarla para detener su poder.

La mirada del Juez cayó sobre John como una sentencia de muerte, nadie, ni siquiera él iba a amenazarla.

—No me empujes, John, no lo hagas. —Fue tanto una advertencia como una petición. Shayler no estaba seguro en ese momento de si se pondría del lado de sus guardianes si llegaban a amenazar la seguridad de la mujer. No quería tener que obligarles a descubrirlo.

—Chicos, chicos... —habló Lyon cortando el tenso momento—. ¿Por qué no nos preocupamos de esas minucias después? Y cachorro, cuando vuelvas a amenazar las pelotas de alguien, avísame primero, no es algo agradable de contemplar.

Pasaron varios segundos hasta que alguno de los dos se movió. Shayler abandonó entonces su posición defensiva y con un movimiento de muñecas hizo desaparecer las dagas, su mirada se clavó alternativamente de uno a otro hombre antes de darles la espalda y volver con Dryah.

Ambos guerreros se miraron entre sí.

—Muy acertada tu elección de palabras, John —se burló Lyon en tono irónico—. Justo lo que necesitaba el volcán para aplacarse.

El hombre sacudió la cabeza, su mirada fija en la mujer a la que se dirigía su hermano.

—Ya ha empezado —masculló en voz baja, sin apartar la mirada de la chica—. Va a ser su perdición.

—Quien sabe —Lyon entrecerró los ojos sobre la pareja. El chico avanzaba lentamente hacia ella, como si se tratase de un animal acorralado o herido—, quizás sea todo lo contrario y ella sea justo lo que necesita.

— ¿La destrucción absoluta? —John miró a Lyon de reojo—. Claro, provoquemos el Apocalipsis para pasar el rato.

Lyon le dio unas palmaditas en la espalda e indicó con un gesto de barbilla a la pareja.

—Si se va a acabar el mundo, prefiero estar en primera fila —claudicó y empezó a caminar hacia la pareja.

John puso los ojos en blanco y le siguió.

Dryah sostuvo la mirada del Juez mientras caminaba hacia ella, de vez en cuando interrumpía el contacto para echar un vistazo a los otros dos hombres que se acercaban también en su dirección. Podía notar la tensión a su alrededor, en la forma en la que apretaba los puños y echaba furtivas miradas por encima del hombro. En el poco tiempo que llevaba junto a él nunca lo había visto así de molesto, tan mortal, sus ojos azules brillaban con una fría luz y su poder crepitaba a su alrededor de forma encolerizada. Podía sentirlo extendiéndose hacia ella, llamándola como si necesitase de su contacto para mantener la cordura. De forma involuntaria extendió la mano en su dirección y enlazó los dedos con los suyos sintiendo ella misma la necesidad de aliviar esa tensión. Él tiró de ella sin previo aviso acortando la distancia entre ambos, la rodeó con el brazo libre acercándola a su cuerpo, necesitando ese contacto, permitiendo que toda la tensión que lo mantenía en tensión se diluyese.

—Bonito espectáculo el de los cuchillos —murmuró y se apartó de él sin que pusiese demasiada oposición. Sus manos seguían todavía entrelazadas.

Él buscó su mirada y asintió. La mano que le quedaba libre ascendió entonces hasta su barbilla obligándola a alzarla para comprobar que el cuchillo no le había arañado la piel.

— ¿Estás bien?

Ella asintió y se deshizo de su mano. Él era muy dado al contacto físico, como si necesitara asegurarse en todo momento que ella estaba allí, que era de carne y hueso y no se desvanecería en cualquier momento. Toda esa proximidad la ponía nerviosa, hacía que se sintiese extraña por desear su contacto, la paz que le transmitía.

—Tan bien como puedo estarlo después de tener un cuchillo contra mi garganta —Rompió el silencio utilizando su habitual ironía, entonces se giró para ver a los dos hombres que se acercaban a ellos—. ¿Qué hacen aquí?

Él dejó escapar un bajo resoplido.

—Meter las narices donde nadie les ha llamado —gruñó mirando de soslayo a

los hombres—. No son peligrosos, sólo...

—Ciertamente no me parecen inofensivos —lo interrumpió con la mirada todavía clavada en ellos—. Ninguno de los Guardianes Universales lo es. Así que, ¿por qué están ellos aquí?

Shayler bajó la mirada sobre ella, sabía que la muchacha los había reconocido nada más verlos. La sorpresa de ello debió reflejarse en su rostro porque no tardó en llegarle una explicación.

—Su poder es inconfundible, al igual que su celo por protegerte de mí. Tiene gracia, ¿no?

Él sacudió la cabeza y apretó la mano que todavía mantenía en la suya al ver el cansancio en los ojos azules. El Libre Albedrío parecía aplacarse ante su presencia, pero todavía pulsaba en respuesta al poder de sus hermanos de armas y ella lo había estado conteniendo desde entonces.

— ¿Cansada?

Su mirada era suficiente respuesta.

—Creí responder a esa pregunta hace varias horas, sólo que tú preferiste ignorarla, Juez.

Él le dedicó una divertida sonrisa y se inclinó ligeramente sobre ella de modo que sus palabras no fuesen escuchadas por nadie más.

—Creo recordar que tenemos una conversación pendiente sobre lo que está bien o mal en los besos, ¿no? —El calor de su aliento la hizo estremecer—. Vuelve a llamarme Juez y te daré una clase práctica.

Ella hizo una mueca y lo miró al tiempo que se soltaba de su mano y se alejaba hasta una distancia prudencial y no demasiado obvia. Sus mejillas guardaban un leve tono rosado que no sabía si se debía al esfuerzo de los últimos minutos o a sus palabras.

—Sólo tú recordarías algo tan absurdo —rezongó, entonces cambió de dirección y señaló a los guardianes con un gesto de la barbilla—. Vienen

buscando mi muerte, ¿no?

Él la miró pero no respondió, no podía. No cuando sus palabras podrían sentenciar el destino de ambos y hacerlo elegir un bando.

—Genial —suspiró ella y se tensó ante la cercanía de los otros dos hombres —. Me encanta hacer esta clase de nuevos amigos.

Dryah se tomó su tiempo en examinar a los dos hombres que se acercaban a ellos, el enorme titán tenía una divertida sonrisa curvándole los labios e incluso le dedicó un guiño cuando la descubrió observándole. El otro se mantenía en cambio absolutamente inexpresivo, quizás incluso un poco aburrido, su mirada muy parecida a la del Juez se derramó sobre ella como si la estuviese midiendo.

Había oído como Shayler le llamaba John, el mismo nombre del hombre con el que había estado hablando por teléfono hacía un par de días.

—Él es tu hermano —dijo poniendo voz a sus pensamientos.

Shayler se giró hacia ella y asintió.

—Es John —le respondió, entonces señaló al rubio que caminaba por delante de él—. Y él es Lyon Tremayn.

Los dos hombres se detuvieron frente a ellos a tiempo de escuchar las palabras del Juez.

—Y tú tienes que ser la que ha sacudido el universo hasta los cimientos —se adelantó Lyon con una sincera sonrisa al tiempo que le tendía la mano—. Dreamara, ¿no?

Ella miró su mano extendida y luego al Juez quien se limitó a devolverle la mirada.

—Dryah —respondió ignorando la mano extendida del hombre—, me llamo Dryah. Y no he sacudido nada...

—A excepción de nuestro Juez, diría yo —chasqueó mientras retiraba la mano

con una divertida mirada en dirección a él—. Admiro tu buen gusto, cachorro y las pelotas que tienes.

—Y la falta de sentido común —añadió John deteniéndose al lado de Lyon, su mirada fija en ella—. Lamento decir, que no me produce ningún placer volver a verte... viva, Libre Albedrío.

Ella sintió como el Juez se tensaba a su lado, su propio poder respondiendo en muda protesta.

—Te recuerdo —murmuró sin apartar la mirada de él—, estabas en la Sala de los Ancianos—. Con alguien más...

Él asintió complacido por su buena atención.

—Así es —aceptó y miró a Shayler de reojo al decirlo.

Ella asintió una vez más.

—No pierdas el tiempo lamentándote por mí, estoy segura que antes o después alguien hará que tus deseos se hagan realidad —le soltó ella dejándolos a todos sorprendidos y a Shayler molesto por su respuesta.

El hombre entrecerró los ojos y se inclinó hacia ella para poner más énfasis en sus palabras.

—En ese caso, esperemos que sea cuanto antes.

Sus labios se curvaron en una inesperada sonrisa y alzó la mirada hacia el Juez, quien no estaba para nada contento con sus palabras.

—Me temo que eso dependerá del veredicto de... Shayler —le informó pronunciando por primera vez el nombre de pila del Juez.

Él arqueó una ceja ante su pequeña concesión.

—No contengas la respiración, nena, algo me dice que eso llevará más tiempo del que nos gustaría —la respuesta llegó de Lyon, quien no se había perdido ni un solo momento de lo que allí ocurría—. Joder, esto se va a poner

interesante.

—No, no lo hará —negó John, el hombre parecía sentir una natural animosidad hacia ella—. Y terminará hoy mismo.

Ella vio como los dos hermanos se medían con la mirada y no pudo más que preguntarse si aquel encuentro sería el principio del fin.

CAPÍTULO 13

El salón empezaba a resultar pequeño. Dryah se quedó en el umbral nada más verles entrar, incluso ahora parecían perros de presa dispuestos a hacerse pedazos en el momento en el que alguno de ellos hiciese el más mínimo movimiento. ¿Cómo diablos había terminado con estos tres peligrosos y poderosos hombres metidos en el salón de su nueva casa? ¿Por qué accedió a la petición del rubio Guardián de llevar a los dos hermanos a un lugar más discreto? La reacción del Juez a la velada amenaza de su hermano no fue algo que se pudiera pasar por alto, el rubio titán había tenido que tomar cartas en el asunto y contener al joven Juez mientras volaban toda clase de acusaciones entre los dos hombres. Fue extraño verlo salir en su defensa cuando él era el principal interesado y el único con potestad sobre el juicio que pendía sobre su cabeza.

Lyon, parecía ser el único en mostrar algo de serenidad en todo aquel asunto, el poder que envolvía a aquel hombre sin duda era acorde a su envergadura. El guardián era una auténtica mole, un vikingo rubio cuyos brazos podían competir en tamaño con el tronco de un árbol, la oscura camiseta que vestía se ceñía a unos abultados pectorales para caer más floja sobre los abdominales marcados y delgada cintura. Los pantalones de estilo militar, con múltiples bolsillos, parecían almacenar toda clase de armas, ya que cada movimiento del hombre estaba marcado por un metálico tintineo. Pero era su jovial actitud y la forma tan contundente con la que manejó la situación hizo que Dryah se relajara en su presencia, no así en la de John. El hombre poseía una vena

divertida y bromista y una inteligencia mucho más aguda de lo que podría parecer a simple vista.

Con todo, aquello no evitaba lo que veía ante ella, tres hombres que parecían dispuesto a apropiarse de su casa.

—Si no empiezas a respirar pronto, vamos a tener un pequeño problema, linda.

La voz de Lyon atrajo su atención así como la de sus dos compañeros. Los hombres parecían haber decidido hacer un alto en su conversación para volver a fijarse en ella. Shayler fue el primero en romper aquella reunión fulminando a su hermano con la mirada para luego atravesar la habitación para llegar junto a ella.

—No se quedarán mucho tiempo más —le informó nada más darle alcance.

Ella vio cómo su compañero esbozaba una pícaro sonrisa y al sentirse observado se giró y le dedicó un guiño.

— ¿Quieres apostar?

El hombre frente a ella no se molestó ni en mirarle, su tono de voz era suficiente para ponerle de rodillas a él y a toda la ciudad.

—Lyon, estoy al límite de mi tolerancia, si aprecias en algo tu pellejo, cierra la jodida boca —masculló de una forma tan fría y letal que ella se estremeció involuntariamente. De pronto, echaba de menos al Juez ella conocía, el hombre que era todo picardía, amabilidad y calidez, este poderoso y letal asesino que se paseaba por el salón como si el universo le perteneciese, la ponía nerviosa. Él era la ley suprema, no debía olvidarlo.

Su mirada se encontró con la de él y no pudo evitar estremecerse, algo que pareció molestar incluso más al Juez.

—Maldita sea, Dryah, deja de mirarme así, no voy a hacerte daño.

Ella le sostuvo la mirada y frunció el ceño.

—Dime eso cuando no tengas un estúpido juicio colgando sobre mi cabeza y uno de tus hombres no haya intentado rebanarme el cuello y posiblemente te creeré —le dijo, entonces se giró hacia los otros dos hombres—. Por lo demás, si queréis liaros a tortazos o despedazaros estáis en todo vuestro derecho, pero hacedlo fuera de mi casa. Y eso te incluye también a ti, Juez.

Lyon ahogó sin éxito una corta risita.

—Diablos, me encanta esta chica —aseguró entre fingidas toses.

Shayler lo fulminó con la mirada antes de centrar su atención una vez más en ella, en esta ocasión haciendo un verdadero esfuerzo para bajar el tono de voz y hablarle suavemente a pesar de que era obvio que tenía ganas de gritar con todo el mundo.

—En cuanto estos dos vuelvan a sus agujeros, hablaremos de ello.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero hablar de ello, quiero que se termine —insistió con obvia desesperación.

No tardó en recibir una respuesta.

—No podría estar más de acuerdo.

La respuesta de John rompió la momentánea paz.

—Es hora de poner punto y final a este juicio, Shayler —le dijo con absoluta claridad—. Ella no puede permanecer más tiempo en libertad.

—No eres tú el que debe tomar esa decisión. —Su respuesta fue tranquila, no se molestó ni en levantar la voz.

—No puedes retrasarlo más —exclamó y extendió la mano hacia la ventana—. ¿Es que no te das cuenta de lo que ha pasado esta noche? Ella no es capaz de controlar su propio poder.

Él dio un paso adelante, alejándose de ella.

—Lo único que tengo presente es que os habéis presentado en mi *Antiquerum* —le informó e hizo hincapié en la frase—. Y yo no os he invitado.

Su hermano bufó.

—Sabes que no intervendríamos si hubieses hecho lo que tenías que hacer desde el principio —le recordó a modo de advertencia, su mirada alternaba entre él y ella—. Lo ocurrido esta noche es el comienzo, Shayler no es necesario que te recuerde cual es el final.

Ella vio como el Juez apretaba los puños, el Libre Albedrío podía sentir el propio poder del hombre retorciéndose en su interior. El hombre estaba lejos de una relativa calma, su apariencia tranquila era una fachada.

—En eso te equivocas, John —siseó él—. No permitiré que una dudosa visión dirija mis pasos nuevamente... Esta vez, haré las cosas a mi manera.

El guardián avanzó hacia él ignorando su presencia.

—No podrás conservarla, Shayler. ¡Por todo lo sagrado, entra en razón!

Dryah sacudió la cabeza sin comprender qué ocurría allí.

— ¿De qué estáis hablando? —preguntó sin saber muy bien si era buena idea meterse en aquel intercambio. Pero la clara alusión a ella le daba la excusa que necesitaba—. ¿Qué pasa aquí?

Shaylerladeó la mirada al oír su voz, por un momento pareció olvidar su presencia.

—Esto no va a acabar bien —resopló Lyon un instante antes de dirigirse a ella y prácticamente arrastrarla fuera del salón—. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a la cocina, metemos la cabeza en el frigorífico y buscamos algo de beber mientras estos dos se lanzan cuchillos?

Ella parpadeó varias veces mientras analizaba la frase del hombre.

—No pienso meter la cabeza en ninguna nevera.

Lyon se rió y le pasó un brazo por los hombros.

—En ese caso seré yo el que bucee, no te preocupes —asintió con diversión mientras la instaba a dar media vuelta y salir por el umbral.

Ella intentó girarse, pero él no se lo permitió. Estaba decidido a sacarla del salón.

—Pero... ellos... —protestó y volvió la mirada atrás sólo para ver a Shayler asintiendo con la cabeza hacia Lyon antes de volverse de nuevo a su hermano.

—Olvídate de ellos, nena. El Juez ya es mayorcito y no necesita que nadie pelee sus batallas —la tranquilizó mientras la guiaba hasta el pasillo. Entonces se detuvo para consultarle—. ¿Por dónde?

No tuvo inconveniente en mostrarle la salida.

—La puerta está por allí —respondió estirando un brazo hacia la derecha.

Él dejó escapar un bufido y sonrió.

—Buen intento —le dijo antes de tirar de ella hacia la izquierda.

Ella se resistió una vez más, su mirada voló de nuevo hacia el salón, por algún motivo le preocupaba lo que pudiera pasar.

—No deberíais haber venido —murmuró.

Lyon dejó escapar un resoplido tras ver la dirección de su mirada.

—Entonces, ¿así están las cosas? —murmuró más para sí que para ella.

Dryah se giró al oírlo murmurar. Lyon esbozó una sonrisa y le plantó una enorme mano en la cabeza y le revolvió el pelo.

—Eres toda una caja de sorpresas, pequeña Dryah.

No estaba segura de que le gustara como sonaba aquello pues prometía más significado del que tenía a simple vista.

La cocina era bastante pequeña para gusto de Lyon, apenas un cubículo con el sitio justo para que una persona pudiera moverse a sus anchas, una persona de la estatura de la muchacha, no de la suya. En realidad se sentía como un gigante en una caja de zapatos.

— ¿Tienes algo parecido a cerveza en esta miniatura? —le preguntó mientras abría la puerta de la nevera y se inclinaba para echar un vistazo.

La oyó resoplar.

—Es una nevera, no una miniatura —le informó, verle registrar su nevera como si fuese un mueble de una casita para muñecas no tenía precio. Su mirada volvió una vez más al pasillo donde podía oír los exaltados murmullos que salían del salón.

Él apenas le dedicó un vistazo.

—Que no te quite el sueño, nena, John jamás hará algo que ponga en peligro a su hermano, aunque esté loco de remate y nos haya sentenciado a todos —la tranquilizó. Con un pack de cervezas en una mano y un refresco de limón en otra, cerró la puerta de la nevera—. Sólo se gritarán durante un rato. A lo máximo que pueden llegar esos dos es a sacar las armas y hacerse un nuevo tatuaje.

Ella puso los ojos en blanco.

—Justo lo que me apetece ver. Mi salón lleno de sangre.

Pero entonces se volvió por completo hacia él y sus claros ojos azules se clavaron en los suyos de una manera que lo hizo estremecer hasta el alma. Allí había más que puro poder, había un insondable dolor que parecía no tener fin.

— ¿De qué visión estaba hablando el Juez? —Dejó caer la pregunta.

Lyon le sostuvo la mirada durante un momento buscando más allá de lo que se veía a simple vista, dejó las bebidas encima de la mesa y deslizó el refresco de limón en su dirección. Él se tomó su tiempo en abrir su cerveza y darle un buen trago.

—No es nada que deba preocuparte —le dijo de forma escueta.

Ella no dejó de mirarle mientras daba cuenta de su refresco.

—Si no fuese importante, ninguno de vosotros estaríais aquí —replicó ella. Cuando el guerrero se negó a alzar la mirada, Dryah empezó a sospechar—. ¿Es por mí? ¿Por el Libre Albedrío?

Él dejó escapar un suspiro y la miró de medio lado.

—Estamos aquí por Shayler, Libre Albedrío. —Fue la respuesta del hombre—. Porque de su supervivencia depende en parte el equilibrio del universo. Como dije, no es nada de lo que debas preocuparte.

Ella puso los ojos en blanco ante la trillada coletilla.

— ¿Nada de lo que deba preocuparme? —repitió con ironía—. Ese hombre que está en mi salón y ostenta el título de Juez Supremo es el único que puede librarme de este maldito juicio, con lo que, sí, creo que debería preocuparme lo que está ocurriendo aquí. Esos dos tienen tanta testosterona como para inundar mi salón de sangre y convertirlo en una piscina cubierta.

—Buen punto —aceptó antes de llevarse la cerveza a la boca y darle un buen trago.

Ella sacudió la cabeza y volvió la mirada hacia el salón cuando oyó el ahogado murmullo de uno de los hombres que parecía hablar ahora a voz en grito. Algo en el tono de voz la ponía nerviosa y hacía que el Libre Albedrío respondiera en su interior a la urgencia de volver al salón a enfrentarse con aquellos dos.

—Hospedas el Libre Albedrío, pero no eres una sola entidad.

El hombre la contemplaba desde su posición junto a la mesa, la luz de la calle que se filtraba por el cristal y lo bañaba de un extraño tono ambarino que le confería un aspecto más peligroso del que ya tenía de por sí. Chasqueó la lengua—. Ese es un jodido problema.

Ella lo observó durante una décima de segundo y calculó la distancia que la

separaba de él y de la puerta. No iba a engañarse, en aquellos momentos Lyon podía ser el más accesible de los tres hombres, pero eso no le restaba peligrosidad. No se fiaba de él. En realidad, no se fiaba de ninguno de ellos, pero prefería arriesgarse con el Juez antes que con sus compañeros de armas.

—Sólo uno de los muchos que parecen envolverme últimamente —declaró ella, entonces giró sobre sus talones y salió por la puerta de la cocina.

Las voces del salón se hacían más claras a medida que se acercaba a la habitación, habían cerrado la puerta pero el tono de enfado era obvio, así como lo era la potente fuerza que parecía envolver el cuarto como si quisiera aislarla del resto de la casa. Las palabras parecían ser las únicas en no poder ser contenidas.

—No, Shayler, escúchame tú a mí por una jodida vez en la vida. —Esa profunda y oscura voz era la del otro hombre, John—. Acabará con todos nosotros, será la única que nos conduzca a la extinción y tú, jodido estúpido, tú lo estás permitiendo. Sabes tan bien como yo, aunque no quieras aceptarlo, que las visiones de nuestro oráculo se cumplen siempre...

— ¡No permitiré que se la crucifique por una maldita visión! —exclamó el Juez en respuesta—. Estoy harto del ser manipulado, no aceptaré ese destino así tenga que luchar con todas mis fuerzas contra él, no la culparé por algo que desconoce. No lo haré.

Un resoplido.

—Ni siquiera tiene control sobre su propio poder, Juez —le recordó lo obvio—. Lo has visto con tus propios ojos, tú mismo lo provocaste. Esto sólo tendrá un final, Shayler, el Libre Albedrío no puede vagar sin orden ni concierto y ella no parece estar siquiera cerca de entender que si no se une por completo y acepta quien es, no sólo estará fragmentada eternamente, morirá... o por tu mano... o por la del propio Libre Albedrío.

Ella mantuvo los ojos clavados en el cuadro con motivos florales de la pared sin ver realmente nada, las rosas enredadas en el portal de la pintura no eran más que manchas en su visión mientras su mente daba vueltas a las palabras que giraban sin control en su cabeza. Sus piernas se movieron por si solas,

dejó el apoyo de la pared y se dirigió hacia la puerta principal dejando a su estela la acalorada discusión que tenía lugar en el salón. No necesitaba oír más, no había necesidad, lo único que podía hacer era poner distancia entre ellos y esperar que eso le diese el tiempo necesario para tomar las riendas de su destino o de lo contrario, iba a morir una vez más.

El Libre Albedrío se revolvía en su interior enroscándose en torno a ella como si buscara protegerla, como si quisiera arroparla y consolarla, pero eso no cambiaba el hecho de que al final del día seguía siendo “algo” y no ella misma. ¿Cómo podía volver a unir las piezas en su interior si todo a su alrededor seguía desmoronándose? No era tan buena artesana, no era buena en nada, en realidad.

Abandonó el edificio sin mirar atrás, ahora la ciudad ya no parecía tan extraña a sus ojos e incluso empezaba a gustarle. Sumida en sus pensamientos no notó el frío de la noche, sus pies se movían uno delante del otro sin rumbo fijo, a esas horas de la noche la ciudad se mantenía en calma, con poco tráfico y le gustaba el cambio ya que no era tan sofocante como las prisas que parecían sacudirla durante las horas diurnas. La oscuridad era alejada cada pocos pasos por las luces del alumbrado público y los ocasionales faros de algún coche.

— ¿Por qué no puedo ser como ellos? —susurró para sí al contemplar a una pareja caminando de la mano al otro lado de la calle, riendo de forma divertida antes de que el hombre alzara la mano para parar un taxi y ambos subieran en él.

¿Por qué no podía ser una de aquellas personas anónimas? ¿Por qué le mostraban que existía un mundo más allá de la oscuridad que conocía si tenían pensado arrebatárselo? Sacudió la cabeza y continuó calle abajo, tras ella quedaban los edificios, las calles que empezaba a conocer, las tiendas y los escaparates. Se perdió en los recuerdos de una época lejana, un momento en el que su vida había significado algo para alguien, dónde había sido querida, atesorada... un tiempo ya extinguido y que nunca regresaría. Todo aquello cambió con su reciente despertar, ya ni siquiera estaba segura de ser ella misma, de quien era realmente.

—Libre Albedrío —murmuró contemplando su imagen en el vidrio de un

escaparate para luego bajar la mirada a sus manos—. ¿Quiénes somos, en realidad?

“Busca en tu interior”

Dryah alzó la mirada de nuevo y por unos instantes creyó ver dos figuras paradas una a cada lado de ella en el reflejo que le devolvía el cristal del escaparate, sus ojos se encontraron con los de una de las dos figuras, unos ojos tan cálidos y a la vez tan fríos que le calentaron y helaron la sangre todo al mismo tiempo. No consiguió descifrar el color desde aquella distancia, pero sí vio unas hebras de cabello rubio platino escapando de la capucha de la túnica de una de las figuras, así como oyó delicada y femenina de su propietaria, seguida por la sensual y masculina de su acompañante.

“Ella está ahí mismo, esperándote”.

La voz era cálida, suave, casi una caricia.

“Sólo abraza quien eres”.

La rotundidad y fuerza que vibró en aquella otra voz la sobresaltó.

— ¿Dónde has dejado a tu guardián, Libre Albedrío?

Dryah dejó escapar un jadeo cuando oyó una sedosa y suave voz femenina ahora a su espalda, se volvió casi de un salto para encontrarse con una mujer alta, con unos profundos y rasgados ojos verdes en un hermoso rostro.

—No deberías andar sola a estas horas de la noche, no es seguro.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza, su mirada volvió al escaparate y sólo vio el reflejo de ambas. Las dos figuras habían desaparecido.

—No estaba sola... yo... ¿quiénes son ellos? —murmuró más para sí misma que para la desconocida.

Uras contempló a la chica con extrañeza, la había visto aparecer por la calle y detenerse ante el escaparate para luego fijar su mirada en él como si hubiese algo interesante en la tienda de electrodomésticos. Esperaba encontrar a

Shayler con ella pero después de unos minutos se hizo obvio que la chica estaba sola. No podía evitar preguntarse si el Juez habría entrado por fin en razón. Pero aquello no tenía ningún sentido, aún ahora, estando a pocos pasos de ella podía sentir el tirón del Libre Albedrío, sentía el poder primigenio coleteando en su interior como si la estuviese midiendo, esperando ver si era una amenaza para la hembra que lo alojaba.

— ¿Dónde está Shayler?

La chica pareció dudar durante unos instantes, entonces entrecerró los ojos y la contempló.

—Eres... una de ellos —la oyó murmurar en voz baja—. Te vi en la Sala del Consejo... con el otro Guardián.

Uras se tomó la libertad de examinar a la chica, le sorprendía que se hubiese percatado de su presencia en un momento como aquel. Sonriendo para sí dio un nuevo paso hacia ella y se presentó.

—Soy Uras, la mujer de Shayler —se presentó—, y soy una de los Guardianes Universales tal y como has supuesto. Estuve en la Sala durante la proclama.

A la guardiana no le pasó desapercibida la reacción de la muchacha ante sus palabras.

—Deduzco por tu reacción que has oído hablar de mí —aseguró complacida.

Dryah se lamió los labios. Sí, por supuesto que había oído hablar de ella, aunque le sorprendía que el Juez estuviese emparejado con una mujer a la que catalogaba de zorra.

—Uras —repitió su nombre—. Tal parece que estoy destinada a encontrarme con cada uno de vosotros esta noche...

Era difícil no darse cuenta del nerviosismo y la desconfianza presente en la pequeña rubia, pensó Uras, especialmente cuando sus ojos reflejaban cada una de sus emociones. Podía sentir el inestable poder crepitando en su interior, envolviéndola como un dragón dispuesto a lanzarse contra el primero que

atravesara sus barreras.

—Calma, Libre Albedrío —le habló, su voz suave, pausada—. No estoy aquí para hacerte daño, por encima de todo, obedezco a mi Juez —respondió haciendo hincapié en la palabra Juez—. Se ha proclamado un *Antiquerum* y a ninguno se nos permite interferir.

Los labios de la muchacha se estiraron en una repentina e irónica sonrisa.

—Alguien debería advertir de eso a los dos hombres que hay en el salón de mi casa... dialogando... con tu Juez.

La sorpresa se hizo evidente en el rostro de Uras. La mujer sacudió la cabeza, haciendo que se balancearan las ondas de su pelo.

—Eso no es posible.

La rubia señaló lo obvio.

—Tú estás ahora aquí —declaró con obvia seguridad—. Sé que ninguno de vosotros está de acuerdo con mi presencia en este mundo y que desearíais verme de nuevo encerrada... o muerta.

La guardiana frunció el ceño, sus ojos se entrecerraron sobre la chica.

—Eres un peligro para el orden del universo —aclaró como si aquello fuese todo.

—En realidad no. —Se oyó una rasgada voz masculina a espaldas de las mujeres—. El verdadero peligro vendría con su extinción.

CAPÍTULO 14

Dryah dejó escapar el aire que ni se percató que contenía al reconocer la voz de Nyxx, el Cazador se acercó a ambas sigilosamente, no le sorprendía haber pasado por alto su presencia, el hombre era uno de los mejores en su campo. En dos pasos, acortó la distancia entre con ellas, sus ojos verdes cayeron sobre ella con una obvia pregunta que no tardó en tomar forma.

— ¿Dónde diablos has dejado al Juez? —Directo y sin anestesia.

Ella puso los ojos en blanco.

—Esa debe ser la pregunta de la noche.

El Cazador frunció el ceño pero no dudó en rodearle la cintura con un brazo para atraerla hacia él, las sutilezas hacían tiempo que se borraron de los modales del hombre y no podía importarle menos. La forma en la que miraba a la otra mujer era suficiente presagio de que las cosas podrían ponerse peor si decidía hacer cualquier movimiento que no le gustase.

— ¿A qué debemos el honor de contar con otro miembro de los Guardianes Universales metiendo las narices en un *Antiquerum*? —preguntó él, su mirada recorrió sin disimulo a la mujer—. Tenía entendido que tal proceso está únicamente ligado al Juez Supremo.

Ella puso los ojos en blanco y se removió en su abrazo.

—Es obvio que a los Guardianes se les escapó ese pequeño detalle —murmuró ella con ironía—. A todos ellos.

Él le dedicó una curiosa mirada.

— ¿Más cucarachas en tu casa? —comentó él en modo sardónica—. Habrá que decirle a Seybin que mande un fumigador.

La otra mujer respondió a ese comentario tensándose, sus ojos verdes se entrecerraron y las palabras salieron en un cortante susurro.

—Cuida tus palabras, Cazador.

La intensa e inhumana mirada del hombre se clavó en ella.

—Oblígame —gruñó en un abierto desafío.

Dryah sintió la corriente de poder que pasó entre ambos cargada de completa enemistad y ganas de pelea. Apretó el brazo del Cazador al tiempo que clavaba su mirada en la mujer.

—No, Nyxx —le pidió, sus ojos seguían fijos en ella—. Ella no hizo nada que no hiciesen sus compañeros antes que ella.

Para sorpresa de Cazador la muchacha abandonó su posición a su lado y camino directamente hacia la guardiana sin apartar la mirada de sus ojos.

— ¿Qué es esa visión de la que nadie parece estar interesado en hablarme? — preguntó, necesitaba saber la respuesta a esa pregunta de la que todo el mundo la excluía.

Uras se tensó involuntariamente al oír la pregunta, pero no le ofreció una respuesta.

—Existe esa visión —insistió ella y su mirada se hizo más oscura al recordar algo que había pasado por alto. En el círculo de los Guardianes Universales, la única mujer en sus filas, era conocida también como La Oráculo de la Fuente y sus visiones eran una sentencia para el futuro—. ¿Qué has visto? ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

Negándose a quedarse al margen, el Cazador dio un paso adelante.

— ¿De qué visión estás hablando?

Ella no le respondió, su mirada seguía fija en la otra mujer, aquella que tenía la respuesta.

—No tienes la menor idea de a lo que has provocado —respondió finalmente Uras, su voz un simple susurro—, pero eso no importa, nada importa, tú lo conducirás a su destrucción, nos conducirás a todos, Libre Albedrío.

La declaración se hundió en su pecho con la fuerza de un dardo. Ahí estaba otra vez, su vida siempre ligada a algún desastre.

—Sí importa —respondió con desesperada resolución—, a mí me importa. No deseo traer el infierno sobre la tierra o sobre alguien más, no si puedo evitarlo.

La Guardiania ladeó el rostro y la contempló durante unos instantes, entonces acertó el camino entre ellas y le susurró al oído:

—La muerte no puede evitarse... ni tampoco el destino.

Ella se retiró y la miró directamente a los ojos.

—Te equivocas —le respondió con una seguridad nacida de la experiencia, su voz impregnada con el poder que se alzaba en su interior—. Yo soy la única que puede cambiar lo que dicte el destino... y cambiaré el mío.

Uras se sorprendió ante la ferviente declaración, la chica creía firmemente en lo que había dicho. Por primera vez en demasiado tiempo como para llevar la cuenta, tuvo dudas de sí misma y su poder como Oráculo. Estaba ante el Libre Albedrío, el único poder que no se regía por ningún otro, la libertad total y absoluta de los designios marcados por el universo.

Con un ligero asentimiento de cabeza la mujer dio un paso atrás.

—Por tu propio futuro y por el nuestro, ojalá tengas razón.

Con una última mirada al Cazador, se desvaneció allí mismo dejándolos solos.

— ¿Qué me he perdido? —Nyxx se volvió a ella con la pregunta impresa en su rostro.

No pudo más que encogerse de hombros, aquello era una pregunta para la que todavía no tenía respuesta.

—Es lo que estoy intentando averiguar, Nyxx —suspiró y se giró hacia el Cazador. Su mirada lo recorrió de arriba abajo, fijándose en la rigidez de su pierna derecha y en la forma en que se apoyaba sobre la otra pierna—.

¿Problemas con la caza?

Él hizo girar los enormes hombros para librarse de la tensión que había recorrido su cuerpo y caminó hacia ella con una leve cojera en su pierna derecha.

—Más bien problemas con el asfalto —farfulló de mala gana.

Ella frunció el ceño ante la enigmática respuesta. El Cazador no parecía dispuesto a dar más explicaciones ya que desechó la pregunta con un gesto de la mano.

—Olvídalo, he tenido una cacería infernal, eso es todo —declaró al tiempo que examinaba sus alrededores—. ¿Y tú? No respondiste a mí pregunta, ¿dónde dejaste a Shayler?

Ella puso los ojos en blanco.

—Dos de sus chicos se presentaron en el momento menos oportuno y al Juez casi le da una apoplejía —Explicó al tiempo que se encogía de hombros, su mirada voló una vez más al cristal del escaparate en el que había visto antes aquellas dos enigmáticas figuras. Sabía que eran los mismos que la liberaron de la cárcel de piedra y la escoltaron a la Sala del Consejo, pero su conocimiento se terminaba allí—. Cuando me marché estaban inmersos en una de esas peleas por ver quien tenía el privilegio de matarme primero... Eso si no se arrancaban antes la cabeza entre ellos.

Nyxx arqueó una ceja ante la sarcástica declaración, sus labios se estiraron en una sonrisa irónica.

—Parece que no tienes tiempo a aburrirte.

Ella bufó.

— ¿Aburrirme? ¿Cuándo están intentando matarme cada cinco minutos? —resopló con obvio cansancio—. No tendría tiempo para eso.

Él estiró la mano y le revolvió el pelo en un gesto cariñoso.

—No te quejes, a mí intentan quemarme el culo cada dos.

Ella no pudo evitar reír ante la respuesta del hombre.

—Dile a Seybin que te dé vacaciones.

Nyxx gruñó.

—Tengo una idea mejor, dile que las coja él —le sugirió imprimiendo la misma ironía en su voz que había contenido antes la suya—. Todo los que estamos allá abajo te lo agradeceríamos eternamente. Y no lo digo en modo figurativo.

Ella sacudió la cabeza y contempló el reflejo de ambos en el cristal de la tienda de electrodomésticos, entonces se volvió hacia Nyxx y le sonrió.

—Quizás lo haga...

Sus palabras murieron abruptamente cuando algo absolutamente oscuro y helado la traspasó. El Libre Albedrío reaccionó al instante, el poder que yacía en su interior había permanecido en calma ante la presencia de la guardiana o del mismo cazador, ahora sin embargo estaba tan alerta como ella misma. Un repentino e injustificado miedo se filtró en su piel, sintió frío, un frío helado y mortal que le acarició el alma. Su mirada voló frenética de un lado a otro, observando la calle prácticamente desierta.

—Nyxx.

El Cazador desenfundó sus armas al oír el filo de absoluto terror en la voz de la muchacha. El instante de broma y despreocupación había muerto abruptamente y fue sustituido por un sentimiento de terror y muerte tan potente que él mismo lo sintió. Podía sentir como el crudo poder del Libre Albedrío fluctuaba bajo un precario control en su interior, despierto también por aquella posible amenaza. Recorrió rápidamente el perímetro con la mirada pero no encontró nada fuera de lo común.

— ¿Qué es?

Ella sacudió la cabeza, el frío persistía así como el terror que la consumía

poco a poco, su respiración empezó a hacerse más acelerada, el aire pareció espesarse mientras sus ojos escaneaban el lugar sin encontrar otra cosa que las ocasionales luces de algún vehículo. Algo en ella reconocía esa sensación, el odio subyacente que vivía bajo ese contacto y la reducía a una ansiosa y temblorosa figura. Su piel adquirió el tacto de la carne de gallina y la sangre empezó a correr espesa en sus venas, helándose cuando la oscura y ardiente voz vibrante de poder y malicia penetró en su mente.

“Toda existencia tiene un fin, alma. El tuyo está más cerca de lo que piensas”

—Tarsis —pronunció su nombre en voz alta. Sus ojos azules se abrieron de par en par mientras lo buscaba con la mirada aunque sabía que no iba a encontrarle; Él no estaba físicamente allí. El Cazador permaneció en todo momento a su lado, la sola mención de ese nombre fue como combustible para su rabia.

—Maldito cabrón —oyó el gruñido de Nyxx.

Una siniestra risa se elevó en su mente y la hizo estremecer. Su contacto provocó al Libre Albedrío que pugnó en su mente en un intento por expulsar aquella invasión o encontrar el hilo conductor que lo llevase a freírlo. Dryah podía sentirlo haciéndose eco de sus propios pensamientos, deseando extenderse y soltarse de su precario control para acabar con aquella amenaza.

Ella sacudió la cabeza en un intento de recuperar el control de sí misma, retrocedió un par de pasos hasta encontrarse con la espalda casi pegada al cristal del escaparate.

“Tanto poder en un envase tan insignificante”

Oyó su socarrona voz, el desprecio goteaba de cada una de las palabras que resonaban en su mente.

“Cómo es posible que el poder de dos dioses primordiales haya dado como nacimiento algo tan grande en un envase defectuoso. Un momento de debilidad de una diosa y la obnubilación de los celos sólo podía crear algo tan insulso. Tu existencia está prohibida. Nunca debiste de ser creada, alma maldita. Nunca debió darse tu nacimiento”.

Ante el recuerdo de unas palabras pronunciadas de manera parecida, el odio y el desprecio en la voz de la mujer que las había dicho, el dolor y la soledad que le causaron a partir de aquel incierto momento volvieron a surgir desde lo más recóndito de su ser. Creía tenerlas bien enterradas en un lugar donde nunca podrían volver a herirla pero allí estaban, alzándose de nuevo y esta vez con más fuerza. El dolor y la desesperación la desgarraron de dentro a fuera, su poder chilló en los confines de su cuerpo desesperado, arañando por escapar, por extenderse y castigar a todo aquel que osaba contradecir sus deseos y provocar su angustia.

“Nunca debiste haber nacido, no eres más que otro error en la maraña del universo.”

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla mientras los recuerdos la inundaban.

“¡Tenías que haber muerto! ¡Muerta es la única manera en la que servirás de algo!”

Se llevó las manos a la cabeza y se cubrió los oídos como si así pudiera ahogar todas aquellas voces. Sabía que Nyxx estaba a su lado, el Cazador pronunciaba su nombre una y otra vez pero era incapaz de alcanzarla o de parar el poder que pugnaba de su interior y que en un momento dado lo lanzó a varios metros de distancia. Sus ojos estaban ciegos a cualquier visión, sus oídos sordos a todo excepto la insidiosa voz que la atormentaba, atrapada en una espiral de dolor e ira de la que no conseguía escapar.

“Tu muerte será la única liberación que encontrarás, alma maldita”

Sacudió la cabeza en una negativa o creyó hacer tal movimiento, todo su cuerpo temblaba y crepitaba por la alta concentración de poder que se congregaba en su interior y le lamía la piel.

El Cazador dejó escapar un exabrupto mientras volvía a ponerse en pie, el poder que esgrimía aquella criatura era dantesco, tenía suerte de estar todavía de una pieza. El Libre Albedrío se había limitado a darle una advertencia, una que como hombre que era, no pensaba aceptar. Acortó una vez más la distancia entre ellos, aunque esta vez se cuidó de volver a tocarla mientras aquella

corriente de poder siguiere manando de su cuerpo.

—Dryah, pequeña, mírame... —la llamó. Su mirada seguía fija, perdida y no daba respuestas de oírle siquiera—. ¡Maldita sea, Dreamara! ¡Estás concentrando el Libre Albedrío, tienes que parar! ¡Si se escapa a tu control estarás firmando tu sentencia de muerte!

Ella no dio señal alguna de haberle escuchado o entendido, la frustración aumentaba por momentos mientras sentía como el poder en ella se hacía más intenso y letal.

—Mierda —masculló nuevamente—. Dryah, joder, tienes que volver en ti, es necesario que repliegues todo ese poder. Nena, vas a cargarte la ciudad y quien sabe que más si no lo haces. Te matarán por esto y todo el esfuerzo de Eidryen habrá sido en vano.

Ella siguió sin responder. Ni siquiera era consciente de las palabras del hombre, sólo podía concentrarse en el calor que empezaba a alejar el hielo en sus venas, un fuego abrasador que arrasaba su cuerpo, hiriéndola como solía ocurrir cuando se negaba a permitir que el Libre Albedrío tomase las riendas de su voluntad. La concentración de poder amenazaba con hacerla pedazos si no le permitía tomar el control.

Un repentino y sonoro estallido reventó en el relativo silencio de la calle, los vidrios de los escaparates se resquebrajaron bajo la presión del indisciplinado poder que se revolvía enfadado en su interior y crearon una lluvia de cristal que cayó sobre ellos mientras las distintas alarmas empezaban a ulular en una cacofonía de sonidos.

—Joder, oh, mierda... joder. —El Cazador tenía problemas para construir una frase entera—. ¡Maldición, Dryah, tienes que parar esto! ¡Ahora!

Los gritos del hombre atravesaron a duras penas su conciencia. Se obligó a respirar profundamente intentando llevar aire a sus doloridos pulmones, su poder estaba fuera de control, difícilmente podía retenerlo junto a ella y el esfuerzo la desgarraba con uñas afiladas. Podía notar el sabor metálico de la sangre en la boca debido a la fuerza con la que estaba apretando la mandíbula, mordiéndose la parte interior de la boca, su mundo se redujo a ahogados

murmullos, lo único que crecía con intensidad era la voz masculina que la tenía atrapada en una red de terror.

“Ya ha llegado, Libre Albedrío. Éste será el final”.

Ella apretó los dientes y sacudió la cabeza con fuerza negándose a darse por vencida ante ese hombre.

Libérame. Libéranos.

Aquella petición llegó desde lo más profundo de su interior, un eco de su misma voz, una reverente petición acompañada de un nuevo empuje de poder.

—No... por favor... no puedes... —masculló e intentó una vez más ponerle freno. Nadie sufriría por su mano, si tenía que morir para evitarlo, lo haría, pero no permitiría que el poder que le había sido entregado hiriese a nadie—. No podemos... quédate junto a mí...

Sus súplicas no surtieron efecto sobre aquella fuerte y rabiosa marea de poder que se estrellaba contra las paredes de su ser, desesperado por salir de su confinamiento para atacar y destrozarse a aquel que había osado alzarse en su contra. El Libre Albedrío gritaba en sus propios oídos ensordeciendo todo lo demás, haciendo añicos su débil control y extendiéndose finalmente sin ataduras. El dolor extenuante que la envolvía cada vez que el poder se rebelaba en su confinamiento se multiplicó por mil hasta hacerse insoportable para luego empezar a atenuarse poco a poco a medida que una marea de calidez y paz empezaba a bañar su interior y cada uno de los doloridos órganos que había atacado en su prisa por encontrar la liberación.

Libérame, libéranos.

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla, ya no era capaz de retener al Libre Albedrío así que abrió su mano y lo dejó ir. El dolor empezó a quedar entonces atrás siendo reemplazado por una nueva calidez que se extendió por su cuerpo, curó el daño hecho y consoló de alguna manera el enorme vacío que sentía en su interior y que no era capaz de llenar con nada. El poder ya no la hería, se enroscaba a su alrededor igual que un dragón protector que la aislaba de todo lo demás. Ya no había nada que la alcanzase, las preocupaciones

habían pasado a un segundo plano, sus pensamientos se convirtieron en ley, una palabra y el destino de universo se plegaría a sus deseos.

El gato dio un salto cuando su dueña se levantó de golpe del diván en el que se entretenía acariciándolo, le dedicó una mirada felina de indignación que sólo los gatos poseían y se dedicó a lamerse la pata. La mujer empezó a caminar de un lado a otro arrastrando a sus pies la fina tela de la vaporosa falda. Los tacones de aguja de las sandalias resonaron al compás de sus largos pasos mientras bajaba los tres escalones que separaban su tarima del nivel del suelo y atravesó el largo y desierto corredor. Sus manos de dedos largos y piel bronceada empujaron las puertas doradas, estas se abrieron para encontrarse del otro lado a dos hombres enormes ataviados con tan sólo unos ajustados pantalones de cuero uno de ellos y unas mayas de leopardo el otro. Ambos se inclinaron ante ella. Su mirada de profundos y felinos ojos verdes con motas ámbar se volvió hacia el que estaba a su derecha.

—Ella ha despertado. —En la voz de la mujer había ansiedad.

La confusión surcó durante un instante la mirada del hombre.

— ¿Mi señora? —preguntó uno de los hombres.

Ella se adelantó entonces y posó la mano sobre su antebrazo.

—Está sufriendo, ese estúpido dijo que no sufriría —insistió con la desesperación propia de alguien muy querido—. Tráemela, es aquí dónde debió quedarse desde el principio.

El hombre se limitó a posar su oscura mano sobre la de ella y tras inclinar la cabeza respetuosamente, partió rápidamente.

Ella se abrazó entonces, su mirada ascendió por las engalanadas paredes hacia la cúpula, como si pudiese ver más allá de aquel punto.

— ¿Qué has hecho, Eidryen? —Se mordió el labio inferior con desesperación—. ¿Qué has hecho?

Con un último vistazo al otro hombre, el cual permanecía en absoluto silencio,

dio media vuelta y regresó a la habitación que acababa de abandonar para preparar su llegada.

— ¿Por qué dejaste que se fuera sola?

Lyon se cruzó de brazos y enfrentó con aspecto aburrido la nueva explosión del Juez. Cualquiera pensaría que después de la pelea entre los hermanos, al chico se le acabarían las ganas de discutir, desgraciadamente estaba equivocado, Shayler parecía tener una vena obstinada en lo que concernía a aquella muchacha.

—Quizás debieses colgarle un busca del pantalón —le sugirió con despreocupación—. O mejor aún, un localizador GPS, de ese modo sabrías exactamente incluso en momento exacto en el que está en el baño.

El Juez se pasó una mano por el rostro mientras se asomaba a la ventana en busca del aire que parecía faltarle. Fue perfectamente consciente del momento en el que ella abandonó el apartamento e instantes después el edificio, en aquel momento de inestabilidad por su parte, no se detuvo a pensar en lo que ella hacía, dio por hecho de que no se alejaría. Se equivocó. La presencia de los dos Guardianes no hizo otra cosa que disparar su desconfianza natural. Lyon quizás pudo haber conseguido que bajase la guardia ante él su radical sentido del humor y la costumbre que tenía de restarle importancia a todas las cosas, pero ambos sabían que aquello no pasaría con John. Su hermano había mostrado en todo momento su desagrado ante la situación, fue brutal y cortante cada vez que dirigió su mirada o sus palabras hacia ella sin importarle que estuviese delante. Así que ella hizo lo único que pudo, se alejó de aquellos que consideraba una amenaza.

Dejó escapar un cansado suspiro, si esto era lo que le deparaba el destino, iba a tener más de un encontronazo con los suyos.

—No debiste dejarla salir —intervino John, sus palabras iban dirigidas a su compañero.

Lyon alzó las manos a modo de rendición.

— ¿Qué querías? ¿Qué la atase a una de las sillas de la mini cocina? —sugirió

con ironía al tiempo que señalaba a Shayler con un dedo—. Al contrario que tú, yo si le tengo aprecio a mis pelotas, las quiero unidas a mi cuerpo.

Suspiró, aquello no les conducía a ninguna parte.

—No puede enjaular al Libre Albedrío, John —insistió él, su tono de voz se había normalizado al hablar con su hermano, pero todavía persistía el enfado.

—Eso debiste pensarlo mucho antes de meternos a todos en este jodido lío, Shayler. —Fue la cortante respuesta de John—. Tienes un maldito juicio entre manos, así que acaba con ello. Y si sientes la maldita necesidad de tirártela, fóllatela de una vez y sácala de tu sistema. Ella no vale más.

—En eso estoy de acuerdo, Shay —concordó Lyon.

La mirada del Juez se clavó a modo de advertencia en John, abrió la boca para responder pero todo lo que salió de su garganta fue un doloroso jadeo. Tuvo el tiempo justo para aferrarse a la cortina cuando su interior fue atravesado por una letal cuchilla de fuego, sus piernas cedieron bajo el peso de una profunda agonía y dolor que no pensó que volvería a experimentar desde que fue investido como Juez Supremo. Los ganchos de la cortina reventaron con su peso rompiéndose uno tras otro mientras se la llevaba con él hacia el suelo.

— ¡Shayler! —Él apenas oyó el grito de John, seguido de una sarta de maldiciones.

— ¡¿Qué coño está pasando?! —exclamó Lyon acercándose también a él.

— ¡Shayler! ¡Shay! —masculló John de rodillas en el suelo sujetando a su hermano, quien era incapaz de hacer otra cosa que luchar por respirar—. ¡Qué demonios ocurre!

Los oídos le zumbaban, todo su interior bullía con su propio poder y el eco de aquel gemelo al suyo, las emociones lo desgarraban sin piedad como famélicas criaturas queriendo alimentarse de sus entrañas. Miedo, un miedo aterrador mezclado de un profundo dolor, desesperación y una pequeña sombra de luz luchaban por contener aquello que no debía ser desatado para finalmente sucumbir y llenarse de un mutismo total.

—Shayler, maldita sea, reacciona —masculló John mientras intentaba que reaccionase—. ¿Qué coño pasa?

Un relámpago de crudo dolor le atravesó el pecho e hizo que le brotasen las lágrimas por la intensidad del mismo.

—Ella... ella está... —jadeó al tiempo que se llevaba la mano al pecho y se aferraba con fuerza a su propia camiseta cuando lo que quería era estrujarse el alma para dejar de sentir tal dolor—. Duele como el infierno. No puedo respirar.

John gruñó en respuesta.

— ¿Ella? ¿Esa chica? —insistió. Su furia aumentaba al tiempo que empeoraba el estado de su hermano—. ¿Ella te está haciendo esto?

Lyon frunció el ceño, atento a cada uno de los movimientos del hombre.

—Creo que voy a cambiar mi voto —aseguró, ya olvidado todo motivo de diversión—. Matémosla, cuanto más rápido mejor para todos.

Un nuevo agujonazo de angustia le recorrió por entero, luchó contra el dolor y las manos que lo inmovilizaban para levantarse.

— ¡No! —jadeó intentando librarse de las manos de su hermano—. Tengo que llegar... a ella.

Lyon negó con la cabeza, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

— ¿Cómo es posible que estés tan vinculado a ella? —protestó, no le gustaba nada ver al hombre en aquel estado.

John apretó los dientes, él sabía la respuesta.

—El *Antiquerum* —explicó sin quitarle la mirada de encima a su hermano—. Es una mierda de infierno para él.

Shayler intentó incorporarse una vez más, en esta ocasión con relativo éxito.

—No solo para mí —masculló hasta quedar incorporado—. Tengo que ir...

John quería zarandearlo y despedazarla a ella por lo que estaba ocurriendo.

— ¿Estás seguro? —preguntó, su tono ahora era calmado, pero había un inmenso poder bajo aquella voz.

Se puso laboriosamente en pie y puso todo su esfuerzo en recuperar el dominio sobre su empatía. Necesitaba hacer a un lado aquella descarnada marea de emociones que lo había golpeado hasta el mismísimo alma si quería funcionar de nuevo.

—Tengo que hacerlo —asintió. Respiró profundamente y volvió a tomar las riendas—. Ha ocurrido algo, no sé lo que es pero está aterrada y sus emociones...

Una repentina ola de poder los alcanzó antes de que pudiese terminar la frase, el silencio que se instaló a su alrededor era tan absoluto como la muerte. Sus compañeros se miraron el uno al otro, entonces volvieron sus asustadas miradas hacia él, quien permanecía totalmente inmóvil. Sus ojos azules perdieron su brillo, sus sentidos se anularon por completo mientras escuchaba el grito del universo en respuesta a aquella intensa e inesperada llamarada de poder absoluto. Su propio ser se revolvió contra sí mismo desesperado por alcanzar aquella fuente, deseoso de unirse a ella y formar una única alianza para destruirlo todo.

—Se acabó el tiempo —murmuró John, sus manos se extendieron a ambos lados y al instante la daga dorada volvió a estar en su mano brillando con más poder que nunca antes.

—Que el Universo se apiade de ellos —susurró Lyon esgrimiendo sus propias armas.

—Todavía no —negó él, su voz bordeada de determinación y crudo poder—. No hasta que haya dicho mi última palabra.

Sin más dilación se desvaneció de aquella habitación y dejó a los dos Guardianes intercambiando una derrotada mirada.

—Él está irremediablemente perdido y nosotros jodidos —comentó Lyon mirando a su compañero de armas quien se limitó a sostenerle la mirada antes de desvanecerse también.

El hombre dejó escapar un suspiro mitad sonrisa.

—Esto se pone interesante.

Todo en su interior era un silencioso caos, el dolor se había marchado y dejó en su lugar un profundo e insondable vacío que sólo la conducía al temor, las voces no eran más que un espectro fantasmal de lo que una vez podían haber sido, su cuerpo alternaba de las llamas a una absoluta frialdad, quería gritar y suplicar por el final de ese tormento, pero de su garganta no salía ni una sola nota. Estaba aislada, apartada de la realidad que existía más allá de la oscuridad en su mente por la poderosa aura de cálido poder que la envolvía y mantenía alejada de todo. Los pequeños e insignificantes rescoldos de lucidez se filtraban en ella, una agónica súplica que la atraía hacia la cordura que cobardemente había huido.

Sabía que Nyxx permanecía a su lado, tan incapaz de alcanzarla como lo estaba ella de alcanzarle a él o a cualquiera. Su mundo se había quebrado, el Libre Albedrío era libre y ostentaba el control. Estaba completamente sola, ya no importaba la vida o la muerte, todo lo que era, lo que había sido ya no tenía importancia.

“No está todo perdido”.

En un parpadeo su corazón volvió a latir en su interior, podía sentir su palpitar, el calor que se filtraba de nuevo en ella y alejaba la frialdad penetrando en el vacío refugio en el que se había recluido.

“Acepta lo que eres”.

La calidez que la envolvía se transformó en unas delicadas manos que se deslizaban por su piel en una casi imperceptible caricia.

“Sois uno y el mismo”.

La voz cobró consistencia, en un momento femenina, al siguiente masculina, un coro que no cesaba en su insistencia.

“No existe sin ti y tú no existes sin él, no existe división, solo unidad”.

El Libre Albedrío. Ella. Dos partes de un todo.

“Dreamara no existe sin el Libre Albedrío y el Libre Albedrío no existe sin Dreamara”.

“Sois una y la misma. Acéptalo y te aceptará”.

No había división, en lo más profundo de su ser lo sabía pero le aterraba aceptarlo, temía perderse de nuevo en los designios de un Destino que no había pedido, que alguien más previó para ella.

“Es hora de dejar de huir”.

Tenía que dejar de huir, de esconderse y aceptar aquello que le era legado. Tenía una promesa que cumplir, una palabra que honrar. Viviría, por encima de todas las cosas, por muy difícil y dolorosa que fuese la vida, lo intentaría.

Shayler no podía quitar los ojos de ella, el Libre Albedrío la envolvía como un furioso dragón dispuesto a devorar a quien se interpusiera en su camino, la protegía y aislaba de todo. Ahora más que nunca se lo veía como un ente a parte y no una parte de ella misma.

—Tiene que replegar todo ese poder, de la forma que sea —le dijo John, que se había materializado a unos pasos de él—. No hay vuelta atrás, Juez Supremo. Solo hazlo.

Él ni siquiera se movió, sabía todo aquello pero...

—Lo siento, chico pero esta vez estoy con John. —Lyon se colocó a su izquierda. Ambos guardianes flanqueándolo como correspondía. Sólo faltaban los otros dos guardianes para que el círculo estuviese completo y el universo sellara sus decretos—. Debes poner fin a esto, Juez, y rápido.

Shayler volvió la mirada a su alrededor, observando a la gente que parecía

haberse asomado a la calle al escuchar la explosión mientras las sirenas de la policía se oían al fondo, sin duda alertados por las alarmas de los negocios cuyos escaparates reventaron.

—Ocupaos de los humanos —murmuró en voz baja, el poder palpable en su voz.

John asintió.

—No vaciles, no hay tiempo para ello —le pidió John y posó la mano sobre su hombro en un gesto de ánimo antes de dejarlo y ocuparse de los daños colaterales.

Él dirigió una vez más sus ojos azules hacia la mujer que permanecía allí en pie, sus ojos brillando con inhumana luz sin llegar a ver nada, su rostro pálido y el pelo desgreñado moviéndose como si una suave brisa lo meciese. Tenía que llegar a ella de algún modo, costase lo que costase.

—No voy a perderte ahora que te he encontrado —murmuró para sí y tomando una profunda respiración caminó hacia ella.

“Dryah”

Aquella nueva voz sonó clara, profunda y atravesó todas sus barreras llegando como un fresco bálsamo para su ardiente cuerpo. Podía sentir en sus palabras la preocupación, su miedo por ella, miedo a perderla, así como la firme resolución de no dejar que eso sucediera.

“Dryah, estás permitiendo que el Libre Albedrío se libere. Tienes que detenerlo, hacer que regrese a tu mano. Tú eres su dueña, quien lo controla, es parte de ti, pequeña.”

Deseó acercarse a él, darle alguna clase de respuesta, pero sus labios al igual que su voluntad parecían estar subordinados al poder que había tomado las riendas y la mantenía en aquel cálido limbo lejos de cualquier daño.

<<Recuerda, Libre Albedrío. Sois uno y el mismo. Una sola entidad>>.

—Uno y el mismo —musitó por fin. Su mente pareció abrirse paso hacia la

superficie, sus ojos abandonaron la oscuridad para abrirse a la luz, a las imágenes que recogían sus córneas. Parpadeó para alejar el trance en el que se había visto sumida, su mirada se topó con la de él y por primera vez desde el momento en que sus caminos se cruzaron se sintió realmente agradecida de verle.

—Shayler.

Él asintió, su sonrisa prometía una cálida invitación.

“Estoy aquí, mi niña.”

Una nueva lágrima descendió por su mejilla, el hombre caminaba lentamente hacia ella, su mirada fija en la suya.

—No dejes que siga haciéndote daño, es parte de ti, sé parte de él —la instruyó—. Todo irá bien, te lo prometo.

Ella bajó la mirada a sus manos y respiró profundamente. Poco a poco el inmenso poder que la envolvía empezó a decrecer en intensidad, la presión que ejercía en ella se suavizó y terminó por convertirse en un suave ronroneo que la acunaba, que le susurraba que se entregase a ella, que le permitiese llenar ese vacío en su interior.

“Permítele ser uno contigo, alma destinada a portar el Libre Albedrío. Permítenos hacer nuestra voluntad”

Dryah oyó de nuevo aquellas dos voces duales, su petición se convertía en una orden y la orden en una petición a su alrededor, le daban la oportunidad de decidir por sí misma y recomponer el envase roto en el que se había convertido.

Sus barreras naturales cayeron por fin a un pensamiento suyo y por primera vez desde su creación quedó expuesta sin limitaciones de ningún tipo al pasado, presente y futuro del Universo, al poder absoluto que esgrimiría cuando ella y el Libre Albedrío se convirtiesen en una sola entidad.

Una nueva explosión de poder nació en su interior cual ola expansiva que

barría todo lo que encontraba a su paso conduciéndola a los confines del universo, allí donde se encontraba su destino.

—Mi destino —susurró mirando ahora al hombre que se hallaba en pie a escasos pasos de ella con las armas desenfundadas.

Las piernas le fallaron y venció su peso para caer limpiamente al suelo. Antes de que hubiese tocado siquiera los adoquines se encontró atrapada contra un bronceado pecho masculino que olía a sándalo, su mirada ascendió hasta el collar con un antiguo símbolo egipcio y un rostro de duras facciones cuya frente, ojos, parte de la nariz y pómulos estaban cubiertos por una rígida máscara felina.

—Un... gato —susurró ella. Sus ojos se cerraron voluntariamente presos del agotador esfuerzo y sucumbió al bienvenido olvido.

Ante las atónitas miradas de los hombres, el extraño que acunaba a Dryah en sus brazos le dedicó una leve reverencia al Juez para desvanecerse a continuación con ella.

— ¿Quién coño es ese tío? —preguntó el Cazador reuniéndose con los guerreros.

Lyon se pasó una mano por el pelo y se estremeció.

—Sólo conozco a una mujer que podría hacer que un hombre vistiese esos horrendos leotardos y se cubriera el rostro con una máscara felina.

—No cabe duda que hoy es el día de los gilipollas y las grandes estupideces —siseó John y se giró hacia su hermano, quien no parecía estar de mucho mejor humor—. ¿Por qué será que no me sorprende viniendo de ella? Ahora empiezo a comprender de dónde viene tu propia estupidez.

El Juez lo fulminó con la mirada a modo de respuesta.

— ¿Es que sabéis quien era ese tipo? ¿A quién sirve? —Quiso saber el Cazador, su mirada fue de uno a otro hasta terminar en el Juez, quien todavía blandía sus armas.

—Desgraciadamente, sí —aceptó Lyon.

— ¿Y la respuesta sería?

—Bastet —dijeron los tres guardianes a un mismo tiempo.

—Estupendo —comentó y se giró hacia Shayler, quien seguía con la mirada clavada en el mismo punto—. Imagino que esto cambiará a partir de ahora un poco las cosas, ¿huh?

Shayler se volvió lentamente hacia el Cazador, sus ojos azules brillantes y letales sostuvieron durante un instante la mirada de Nyxx antes de hacer destellar las armas que portaba en sus manos.

—Más de lo que cualquiera se imagina.

Lyon intercambió una mirada con John, quien mantenía su atención sobre su hermano. A ninguno de los dos Guardianes les pasó por alto el giro que habían dado los acontecimientos.

— ¿Y ahora qué hacemos?

Shayler volvió lentamente la mirada hacia él, entonces a su hermano y respondió con absoluta claridad.

—Vosotros dos, podéis comenzar por desaparecer de mi vista —declaró alternando la mirada entre ambos—. Y que sea durante un largo periodo de tiempo.

—Oh, vamos, cachorro, te guste o no, es nuestro deber estar pegado a tu culo —le aseguró Lyon con un gesto de aburrimento—. Ve acostumbándote.

John sacudió la cabeza y paseó la mirada por los alrededores en dónde la policía humana y su servicio de bomberos llegaban para investigar lo ocurrido a la vista de los cascotes y cristales que quedaron esparcidos por los recientes sucesos. Afortunadamente, los guardianes habían llegado a tiempo de evitar un daño mayor y no les fue difícil hacer creer a los ingenuos mortales que habían sido víctimas de una fuga de gas. Su poder los escudaba de los recién llegados ocultándoles su presencia.

—No me ha gustado y no quiero tener que repetir —murmuró John volviéndose ligeramente hacia su hermano—. ¿Entendido?

Shayler se limitó a devolverle la mirada para finalmente darles la espalda y alejarse caminando sin decir ni una sola cosa más.

Nyxx arqueó una ceja ante la conducta del joven Juez y fijó su atención en los otros dos hombres que observaban como se alejaba su compañero.

— ¿10? —murmuró de pronto Lyon volviéndose a mirar a John.

—Que sean 5 —respondió el aludido.

— ¿Tú crees?

El Cazador miró a ambos Guardianes sin entender ni una sola palabra de lo que estaban hablando.

—No durará mucho más.

— ¿Durará? —se atrevió a indagar Nyxx.

Los dos se volvieron al unísono hacia él haciendo que se le pusieran los pelos de punta. Algo difícil de lograr.

—Bastet —respondió John con un encogimiento de hombros.

—Si Shayler no decide matarla antes —aceptó Lyon, entonces se volvió hacia Nyxx—. No te preocupes, lobo, el Juez se encargará de traerla de vuelta.

Nyxx se limitó a contemplar a los dos hombres que se despidieron de él con una leve inclinación de cabeza antes de darle la espalda y desvanecerse a los pocos pasos. Con un pesado suspiro echó un nuevo vistazo a la zona en un último intento de dar con aquel que había perturbado y desatado el caos que envolvió a Dryah pero no encontró nada. Entonces, él también se desvaneció.

Tarsis volvió a sonreír ampliamente provocando un ceño en la mujer que lo acompañaba, había resultado más fácil de lo que esperó en un principio,

lástima que el final no fue el que él deseaba pero el desarrollo de los últimos acontecimientos bien valieron el esfuerzo.

—Podrías haber conseguido que nos matara a todos nosotros —se quejó su compañera.

Su mirada giró muy lentamente hacia la mujer quien hizo un nuevo puchero al ver que por fin tenía su atención.

— ¿Y quién era el estúpido de la máscara? —continuó con sus quejas.

—Esto no fue más que la presentación, querida mía —le respondió Tarsis, sus labios retorciéndose en una satisfecha sonrisa—. Ahora debemos preparar el segundo acto.

Terra sonrió con lascivia y se inclinó sobre él, los generosos pechos se derramaron de su escote al asomarse sobre su brazo.

— ¿La utilizarás a ella? —ronroneó la mujer.

—Todo a su tiempo —le dijo mientras bajaba la mirada a sus pechos—. Todo a su debido tiempo.

CAPÍTULO 15

El tiempo no significaba nada para ellos, la luz y la oscuridad sólo eran una mezcla grisácea que se daba cita en la amplia y circular sala de piedra que hacía las veces de mirador para un mundo que solamente podían contemplar. Su interferencia era escasa, inexistente y con todo, siempre parecían estar presentes en cada una de las decisiones que impulsaban a los humanos y dioses por igual. Su voluntad era la voluntad del universo, su esencia la fuente de todo poder, relegados a una existencia eterna e intemporal, se los conocía como La Fuente Universal.

Las paredes lisas reflejaban la luz y creaban ligeros destellos que se derramaban sobre la menuda figura arrodillada en el suelo, frente a ella se extendía un pequeño charco de espeso líquido plateado contenido por un círculo de piedra con extraños símbolos. Sus dedos se movían por la superficie y creaban pequeñas ondas que iban y venían, el largo cabello libre de la capucha de su túnica, se derramaba en cascada hasta el suelo tiñendo de un blanquecino rubio su oscura túnica. Parecía una pequeña y delicada ninfa con la piel del color del nácar, sus ojos dos oscuros trozos de cielo que se destacaban en un rostro femenino de belleza indescriptible y que mostraban la profundidad del universo. Una ninfa luminosa contrapunto de la oscuridad.

Su mirada estaba fija en el charco mientras escudriñaba a través de las imágenes que se formaban con la claridad de quien ve a través de un cristal bajo el agua.

—Prometimos no interferir. —Una voz oscura, profunda sonó a su espalda.

Zhalamira alzó sus ojos azules hacia él y asintió. De pie, frente a ella, con la piel tan oscura como clara la suya, se alzaba su compañero y consorte, la oscuridad para su luz, su mirada obsidiana se encontró con la suya y le devolvió el gesto.

—Era necesario. —Su respuesta fue un musical susurro—. Se está desviando de su camino, su alma ha vacilado, todavía no está completa.

Él sacudió la cabeza y su pelo negro acusó el movimiento. Casi tan largo como el de ella, lo llevaba atado en una coleta en la base de la nuca.

—Nuestro Juez es un buen artesano.

Ella asintió.

—Pero no puedes conseguir una obra maestra si no cuentas con los medios adecuados.

Él posó la mano sobre su menudo hombro. Su rostro se alzó y sus ojos se encontraron.

—Estás interfiriendo de nuevo —respondió con un suspiro.

Ella sonrió con ternura.

—Un poquito —respondió antes de volver la mirada hacia el agua plateada y concentrarse en la nueva imagen que empezaba a aparecerse—. Y sólo por él.

La mujer se inclinó hacia delante, susurrando hacia la imagen que poco a poco iba tomando forma en el estanque. Como una película que se ve a través de una cortina de agua mecida por el viento, la escena se veía acuosa permitiendo distinguir por momentos la figura femenina. Tendida sobre una enorme cama cubierta con almohadones y sábanas de satén en tonos dorados, la rodeaban cuatro enormes postes de alabastro de los que colgaban unas suaves cortinas transparentes en un estilo arabesco.

—Tu destino, Libre Albedrío... estás encadenada a él...

Dryah se revolvió lentamente en aquella suave calidez que la envolvía con mimo, que la acariciaba con palabras tiernas y la arrullaba alejándola del dolor y la angustiada soledad que había conocido incluso desde antes de su despertar. A lo lejos, como formada por un coro de varias voces oyó nuevamente aquella extraña voz que acudía continuamente a ella tras su despertar.

“Tú destino... estás encadenada a él...”

¿Encadenada? ¿Destino? No. Negó mentalmente con la cabeza, ahora no quería saber nada del destino, quería quedarse así, en aquella tibia calidez y permitir que aquellas manos la arrullaran y calmaran el dolor que impregnaba su piel y su alma. Suspiró cuando sintió la fuerza de esas caricias deslizándose por sus hombros, moldeando su espalda para volver a ascender por sus brazos, disfrutó de la fuerza de su proximidad, de su conocido aroma mientras se amonestaba a sí misma interiormente por permitir tal cercanía.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué permitía tal cosa?

“Abre los ojos a tu destino, Libre Albedrío...”

Ella gimió y creyó sacudir la cabeza durante un instante sólo para ser recompensada al siguiente por un calor muy distinto y sensual que la recorría por entero y confluía en su bajo vientre. Las codiciosas manos le acariciaron la espalda y arroparon su cuerpo con un inesperado peso.

“Abre los ojos...”

—Te he echado de menos. —Oyó su voz clara y masculina al oído.

Ella apretó aún más los ojos, pero sus propias manos se movieron tímidamente topándose con los fuertes y cálidos músculos de sus brazos.

—Abrázame. —Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese pensarlo mejor.

Unos brazos fuertes la rodearon y atrajeron contra el fuerte y cálido pecho. El picante y especiado aroma se filtraba por su nariz, embriagándola y haciéndola cada vez más consciente de su proximidad.

—Estás temblando —le susurró él al oído.

Ella reaccionó acurrucándose más contra esa piel que calmaba la suya propia.

—Esto es un sueño, ¿verdad? —murmuró al tiempo que apoyaba la frente en su pecho—. La realidad no es tan cálida.

Le escuchó reír y sintió su aliento acariciándole el oído.

—La realidad puede ser tan cálida como quieras que lo sea —le dijo—. Sólo tienes que acercarte a mí.

Suspiró, al menos en los sueños podía permitirse ser sincera.

—No puedo —musitó mientras apretaba con fuerza los ojos, no deseaba abrirlos y despertar—. Eres mi verdugo.

Una cálida mano serpenteó entre los dos hasta alcanzar su barbilla y alzársela hacia arriba, ella tuvo que luchar con la necesidad de apretar aún más los ojos.

—Mírame. —Su voz portaba aquella cadencia que la instaba a obedecer.

Sacudió la cabeza, no estaba preparada para arriesgarse de esa manera, no cuando al abrirlos podía encontrarse con la solitaria realidad.

—No —negó con obstinación y se pegó más a la aquel cuerpo que le servía de abrigo—. No quiero despertar.

Una suave risa le acarició la piel y calentó su cuerpo.

—Abre... tus... preciosos... ojos —le decía mientras depositaba pequeños besos sobre estos y su rostro—, estaré aquí... justo aquí mismo cuando lo hagas... te lo prometo.

Negó una vez más con la cabeza, las traicioneras lágrimas surgieron entonces entre ellos y se deslizaron por sus mejillas.

—No deseo esto... acaba conmigo de una vez —pidió sintiendo como se le formaba un nudo en la garganta—. Entrégame aquello que me condena o me libera y termina ya.

Sintió como el cálido cuerpo masculino se movía, cambiando de posición y acto seguido se encontró con las manos de él aferrándole el rostro y sus acuosos ojos ahora abiertos contemplándose en los de él. No tenía dudas, había llegado a conocer muy bien aquellos cálidos ojos azul cielo velados por la pasión y el anhelo, una mirada peligrosa y ardiente que la hizo retroceder en más de una ocasión y que ahora sólo le aceleraba el pulso.

—Déjame ir... por favor... Shayler.

Ella lo vio negar con la cabeza, sus ojos oscurecidos por un dolor y una desesperación que no entendía.

—No permitiré que nadie te aparte de mí, no ahora que te he encontrado.

Se lamió los labios dejando que las palabras brotasen de sus labios, después de todo nadie podría dañarla en aquel lugar, en los sueños.

— ¿Cómo puedo confiar en ti? —le preguntó con desesperación—. ¿Cómo

puedo confiar en nadie? Mira lo que ha pasado hasta ahora, estoy rota...

Él posó el dedo índice sobre sus labios y detuvo sus palabras.

—Soy tu otra mitad, tu destino.

¿Su destino? ¿Sería él realmente su destino?

—Soy la pieza que encajará y hará que por fin te sientas completa.

Ladeó la cabeza y contempló ese rostro tan conocido y al mismo tiempo tan enigmático.

—Los sueños se evaporan con la salida del sol, Shayler. —Pronunció su nombre sin temor, sin miedo sólo por el placer de ver como sonaba en su lengua. Era tan extraño, saber que todo formaba parte de un sueño, que lo que allí ocurría estaba muy lejos de ser la realidad y con todo, se sentía tan increíblemente bien entre sus fuertes brazos, abrigada y protegida, como si aquel fuese el lugar al que pertenecía y el que debería ocupar.

—En ese caso te lo mostraré cuando estemos a plena luz —le aseguró sin apartar su mirada de la de ella, su piel, su cuerpo presionando suavemente el suyo—. Y entonces ya no tendrás duda de a quien perteneces, porque eres mía, bonita e iré contra el mismo universo si es necesario para conservarte.

Cerró nuevamente los ojos y sacudió la cabeza en una negativa, entonces permitió que la calidez y la amabilidad de aquel hombre la rodearan durante un instante antes de que su conciencia tirase de ella hacia un nuevo despertar.

El sudor le empapaba el cuerpo y se deslizaba entre sus pechos cuando finalmente abrió los ojos. Se quedó inmóvil, tratando de regular la respiración pues el aire que parecía haber huido de sus pulmones por decisión propia mientras su cerebro salía de la niebla inducida por el sueño y volvía a la realidad. Sus manos se abrieron a hacia los lados, acariciando la firmeza de un colchón para luego ascender tímidamente hacia su propio cuerpo, el tacto de la tela contra su piel la hizo soltar el aliento que retenía al comprobar que estaba vestida. Su mirada recorrió entonces la solitaria cama y los cortinajes que la envolvían en un cálido capullo.

— ¿Juez? —llamó en voz baja, temerosa de que el alzarla pudiera traerle del sueño a la realidad. Tragó saliva y probó de nuevo, esta vez con su nombre—. ¿Shayler?

Nadie respondió, su corazón latía acelerado mientras se volvía hacia ambos lados escarbando a través de la tenue oscuridad sin encontrar ni una sombra o relieve que pudiera indicar que había alguien más con ella.

<<A menudo los sueños son más sinceros que la realidad, mi alma>>.

La repentina voz surgida de sus más recónditos recuerdos trajo hacia ella una conversación del pasado. La voz de Eidryen había sonado alta y clara mientras la consolaba después de que se despertara gritando por una pesadilla.

—A menudo los sueños son más sinceros que la realidad. Nuestros anhelos, nuestros miedos se reflejan en ese espejo del alma cuando dormimos porque es el único lugar donde sentimos que estamos a salvo. Si sueñas con un pastelillo de fresas y su aspecto te parece delicioso, sin duda es porque lo has visto en algún lugar antes de ahora y lo deseaste. Los sueños nos revelan aquello que deseamos y no nos atrevemos a alcanzar, Dreamara, una caricia, un beso, un sólo gesto amable que sabes que no puedes tener en la realidad, se hará real en tus sueños.

Se estremeció cuando las palabras hicieron eco en su mente, se rodeó a sí misma con los brazos intentando alejar el repentino frío que le puso la piel de gallina.

—No —susurró en voz baja, temerosa de que algo más que un susurro pudiera conjurarle allí.

Había deseado que la abrazara, deseó su calidez, su amabilidad, los había buscado como un sediento busca una fuente en la que calmar su sed porque sabía que aquello era lo que quería en realidad. Quería que la abrazaran, que la abrigaran con calidez y amabilidad, pero por encima de todo, ansiaba que alejaran la soledad que la devoraba por dentro y que parecía hacerse más grande a cada paso. Pero, ¿por qué con él? ¿Por qué de entre todas las criaturas había tenido que ser él y no Eidryen? Eidryen la había protegido, la había abrazado... Y la había abandonado cuando más lo necesitaba, aceptó

para sí. Shayler en cambio se había mostrado sincero desde el principio, no se molestó en mentirle diciéndole que todo saldría bien si no que fue brutalmente franco en sus palabras. Vida o muerte, le había dicho dándole a elegir.

—Ni hablar —sacudió la cabeza con energía y desterró las cavilaciones que vagaban por su mente—. Él es mi carcelero... no mi libertad...

Gateando sobre la cama se acercó a las cortinas que se unían a los pies y las separó viéndose inundada casi de inmediato por un sentimiento de reconocimiento seguido por otro de sorprendida negación. Recorrió la habitación de derecha a izquierda reparando en pequeños detalles que conocía realmente bien, sus pies descalzos tocaron el frío suelo de mármol oscuro nada más dejar la enorme cama de cuatro retorcidos postes, dos enormes columnas se alzaban del suelo al techo decoradas con antiguos jeroglíficos y servían de soporte para el altísimo techo en forma de cúpula. Sabía sin lugar a equivocación que más allá de esos pilares estaba la antigua sala ricamente amueblada y decorada en tonos marrones, dos enormes puertas de alabastro cerraban el paso a una de las salas de baños más grande que había visto en toda su existencia. El aroma a incienso perfumaba el ambiente aumentando su misticismo.

—No puedo creerlo —musitó para sí mientras cruzaba la amplia habitación y atravesaba el soporte que formaban las dos enormes columnas para dirigirse hacia la izquierda donde un enorme arco cubierto con sedas entrecruzadas sobre su cabeza hacía las veces de puerta.

Dryah se detuvo en seco cuando un hombre de proporciones gigantescas se interpuso en su camino antes de dejarse caer sobre una rodilla, con un puño apoyado en el suelo y el otro cerrado sobre su corazón. Su atuendo dejaba más bien poco a la imaginación. Vestido con unos ceñidos pantalones de piel que envolvían unos poderosos muslos y unos brazaletes de metal rodeando sus hinchados bíceps, parecía una enorme estatua de cabello negro inclinada ante ella. Su voz sonó profunda y resonante cuando habló, su rostro se alzó lo suficiente para que pudiese vislumbrar parte de la máscara que se adaptaba a su rostro como una segunda piel y que simulaba la mirada de un felino.

—Mi ama ha dispuesto que os reunáis con ella tan pronto estuviereis despierta, mi señora.

Ella arqueó las cejas y ladeó la cabeza antes de responder:

—Llévame a ante ella. Estoy deseosa de oír lo que quiera tenga que decir.

El hombre inclinó la cabeza a modo de asentimiento, se incorporó y una vez comprobó que ella lo seguía la condujo a lo largo de los extensos corredores que formaban aquel laberíntico palacio egipcio.

Aquella mujer y su predilección por los gatos.

Shayler bajó la mirada al minino con pelaje marrón atigrado que ronroneaba y se enroscaba en sus piernas dándole la bienvenida. Al gato le faltaba parte de la cola y su oreja derecha mostraba una división en la punta, por no hablar de la enorme cicatriz atravesándole la parte derecha de la cara escapando por poco a su rasgado ojo de color miel. El hombre esbozó una mueca y se agachó para recoger al maltrecho minino.

—Hola viejo —lo saludó mientras lo acariciaba—, se te ve bien.

El gato maulló mirando al hombre y ronroneó frotando su cabeza con la barbilla de Shayler.

—Sí, yo también te he echado de menos, pero no se lo digas a Horus, ya sabes lo sensible que es —sonrió rascándole la cabeza al gato—. ¿Dónde está Bastet, chico? No habrás visto de casualidad también a una pequeña y preciosa muchachita rubia, ¿um?

El gato se limitó a ronronear más fuerte disfrutando del momento de atención. El Juez sonrió para sí y paseó la mirada por el extenso lugar, se fijó en las novedosas lámparas que cubrían aquella parte del edificio y que en su anterior visita no estaban y los dispersos divanes estratégicamente colocados con aquellas escandalosas pinturas de las paredes... Había cosas que realmente no cambiaban. Poniendo los ojos en blanco ante el peculiar gusto en arte de la dueña del lugar dejó al gato en el suelo y continuó por el corredor. El minino se tomó su tiempo para arreglarse el pelaje antes de salir raudo tras él y pasarle con un gracioso salto mientras sus cuatro patas se movían con la típica elegancia felina.

—Muy bien, chico, llévame con tu ama —murmuró y echó un nuevo vistazo a la pared de su derecha solo para fruncir el ceño ante aquella espantosa pintura —. Va a tener que explicarme muchas cosas.

Y la primera de ellas sería el por qué la muchacha había terminado en sus dominios. La noche anterior fue infernal, lo que había sido un prometedor comienzo terminó en un descenso en picado y sin frenos hacia el desastre total. Sabía que la inesperada presencia de los dos guerreros no hacía otra cosa que echar por tierra todos sus esfuerzos en acercarse a ella, en hacer que confiara en él; El pensar en su hermano y en su compañero de armas todavía le hervía la sangre. Entendía y no le quedaba más remedio que aceptar lo que los motivó a intervenir, para ellos su seguridad era lo primero, él habría hecho lo mismo si se tratase de alguno de ellos, pero su interrupción y más que todo, la palpable amenaza que habían supuesto para Dryah lo había sacado de sus casillas. Ver el temor en el rostro de ella, fue suficiente para que deseara hacerles picadillo en el lugar, de hecho, no tardó en dejarles perfectamente clara su opinión acerca de su presencia no solicitada en el *Antiquerum*.

Odiaba reconocerlo, pero John tenía razón: Tenía un problema. Uno de proporciones catastróficas en la personificación de aquella pequeña rubia y hasta que concluyera con ello, las cosas irían de mal en peor.

El gato volvió a maullar llamando su atención, el minino se había detenido en una intersección y posteriormente giró hacia la izquierda esperando que lo siguiese. Shayler tomó el mismo camino que el animal y entró en otra sección del lugar, una sala mucho más amplia con extensos ventanales sin cristal que dejaban pasar la cálida brisa y el calor de aquel oasis; Como el pasillo anterior, cada columna y espacio estaba lleno con divanes y absurdas estatuas o figurillas de gatos y de algún que otro miembro del panteón Egipcio.

El remanso de paz que constituía aquel antiguo templo no era fácil de encontrar, nadie que no hubiese sido previamente invitado invadía los dominios de la diosa Bastet; El oasis no estaba al alcance de los ojos de los humanos.

—Tan decadente como de costumbre —murmuró echando un vistazo rápido a la habitación antes de cruzarla sin prisas y penetrar en otro corredor como el anterior.

Necesitaba encontrarla, tenía la urgente necesidad de comprobar que se encontraba bien. No podía quitarse de la cabeza, ni tampoco del corazón, la absoluta sensación de desesperación que lo golpeó procedente de ella, el miedo y la indefensión que percibió incluso en la distancia cuando desató su poder y se vio incapaz de retenerlo. Sacudiendo la cabeza para alejar aquellos pensamientos se concentró en el presente y en dar con la chica y su captora.

—Esta vez has ido demasiado lejos, Bastet.

Bastet holgazaneaba sobre un amplio diván color crema tendida cuan larga era, con la piel color canela y un largo y rizado pelo castaño enmarcando los felinos ojos verdes mientras ojeaba las páginas de una revista de moda. Vestida con un moderno y despampanante traje que encontrarías en el Vogue y unas adorables sandalias a juego era la personificación de la belleza, elegancia y los gustos caros. Sus largas y cuidadas uñas tamborileaban de manera distraída el papel cuando oyó el roce de las puertas que aislaban aquella parte del templo del resto. Irguiéndose inmediatamente dejó su entretenimiento a un lado y apretó las manos con nerviosismo mientras esperaba a que las dos enormes hojas se abrieran para dejar entrar a la muchacha. La mirada de la diosa se demoró sobre la delicada y poderosa figura que se alzaba frente a ella cual orgullosa criatura, el pelo anteriormente largo de Dryah había sido reducido a unos desordenados mechones y sus ojos poseían ahora una profundidad sólo conocida por aquellos que han vivido una eternidad y la han perdido en un instante. El dolor que se instaló en su corazón no era nada comparado con el que relucía en las profundidades de aquella mujer, había algo que parecía no encajar del todo bien, como si su alma hubiese sido fragmentada y vuelta a pegar de manera descuidada. Abandonando su lugar junto al suntuoso diván, bajó los tres peldaños que separaban el estrado del resto de la gran sala.

—Gracias al sagrado Nilo que estás bien—la recibió, su voz matizada por un leve acento árabe cuando hablaba en inglés.

Dryah suspiró, miró al hombre que la acompañaba y con un leve gesto de agradecimiento atravesó las puertas abiertas de par en par. Dos colosales estatuas que representaban el cuerpo de una mujer con la cabeza de gato y el cuerpo de un hombre con la cabeza de un halcón franqueaban su entrada en aquella sala del trono de la Antigua Diosa Egipcia Bastet, protectora de los

infantes y las mujeres embarazadas. Una de las pocas diosas de la antigüedad que se habían acomodado a los designios del universo y contemplaba desde su oculto oasis el transcurrir de los tiempos. Además, ella era la única de las pocas personas que no la habían tratado en algún momento como a una paria.

Nada más llegar a su altura, la chica le dedicó una ligera sonrisa que esperaba borrarse del rostro de la compasiva diosa la luz de preocupación que adivinaba en sus ojos.

—Hola Bastet.

La mujer pareció contener el aliento mientras la miraba de arriba abajo.

— ¿Hola Bastet? ¿Eso es lo único que se te ocurre decirme después de todas las preocupaciones que me has hecho pasar? —se quejó al tiempo que se retorció las manos.

Ella esbozó una sonrisa irónica, no pudo evitarlo. La indignación en la voz de la mujer sólo hacía más profundo el tenso nudo que permanecía en su interior.

— ¿Preocupaciones, mi señora? ¿Debo suponer entonces que mi repentina presencia aquí puede ser explicada de una manera convincente? —sugirió, su voz adquirió un borde de dura ironía y amargura—. No recuerdo haber solicitado asilo, ni mencionar tu nombre para que apareciese uno de tus sirvientes y se me llevara sin más. Con sinceridad, no lo encuentro divertido.

La mujer se tensó y ella se odió a si misma al ver el brillo de dolor que pasó fugazmente por sus ojos verdes. La había herido y aquello contribuyó a que se sintiese aún peor, después de todo Bastet nunca había sido si no cariñosa y amable con ella.

—Lo siento —susurró casi de inmediato—. Han pasado demasiadas cosas y... esto me supera.

Bastet se adelantó lo suficiente para quedar frente de la muchacha, lo cual se hacía algo difícil dado la altura y el cuerpo de amazona de la diosa. Tomándole la barbilla con dos delicados dedos, la obligó a alzar la mirada para encontrarse con la suya.

—Nada que te incluya a ti como trofeo da significado a la palabra diversión, no en mi diccionario, Dreamara —aseguró con tono admonitorio, finalmente sacudió la cabeza y dejó caer la mano por el brazo de ella—. ¿Realmente esperabas que me quedara de brazos cruzados mientras eras arrancada de la seguridad en la que te dejó Eidryen y lanzada al mundo cual niña desvalida, a merced de todos esos imbéciles sin un solo gramo de materia gris en el cerebro? Mírate, por Horus, mira lo que le han hecho a tu pelo por no mencionar lo pálida que estás.

Ella dio un paso atrás en un intento por mantener su espacio y no sentirse agobiada por la preocupación maternal en la voz de la mujer.

—Mi pelo volverá a crecer —aseguró restándole importancia.

Bastet la miró durante unos instantes, entonces sacudió la cabeza y declaró con voz firme.

—Dime quien le hizo eso a tu preciosa melena, lo encerraremos en una tumba llena de cobras —prometió la mujer, sus ojos brillando con el poder de sus palabras.

Aquello le arrancó una sonrisa y le recordó que la dama frente a ella era muy capaz de cumplir su promesa.

—Sabes, Bast, un “Dryah, quiero verte”, habría sido una manera más fácil y menos extrema de traerme ante ti —aseguró al tiempo que se apartaba el pelo de la cara—. Esto no ha hecho si no complicar más las cosas.

La diosa se enderezó y suspiró. Finalmente sacudió la cabeza.

—Estaba muerta de preocupación por ti, mi querida —declaró en un susurro—. Eidryen jamás debió permitir esto.

Se tensó interiormente ante la mención del Dios del Destino.

—Eidryen hizo lo único que podía hacer —murmuró en voz baja, su mirada vaciló antes de volver a la diosa—. Al igual que lo han hecho todos desde mi reciente despertar. Si sus elecciones y decisiones han sido correctas o no... yo

no...

Bastet resopló ante aquella respuesta.

—Está claro que ninguno actuó con demasiada brillantez —la interrumpió la diosa, su tono de reproche cambió rápidamente al notar el aire de tristeza en ella—. Lamento mucho que Eidryen se haya ido, tesoro, si lo hubiese sabido...

Ella la interrumpió.

—El Destino eligió su camino... es, como debería haber sido.

A Bastet no le pasó por alto el tono subyacente en su voz, el resentimiento todavía estaba allí y aunque Dryah no pareciera consciente de ello, sabía que pasaría algún tiempo antes de que se desvaneciese por completo y no podía culparla por ello. Haciendo esa línea de pensamientos a un lado, retomó la conversación desde otra perspectiva.

— ¿Y cómo diablos terminaste en la ciudad de Nueva York? —le preguntó con curiosidad—. En el mundo humano, nada menos.

Ella volvió la mirada hacia la diosa y se encogió de hombros.

—Eso es, cuando menos, difícil de explicar —suspiró y bajó la mirada a sus pies descalzos. Le sorprendía no sentir el frío del suelo de mármol negro—. El Concilio me convocó tras mi despertar, Seybin hizo su aparición estelar y a partir de ahí todo ha ido cuesta abajo y sin frenos.

—Sabía que debía haberlo castrado hace siglos —masculló la diosa en voz baja, más para ella que para su pupila.

Dryah no pudo evitar sonreír ante la tajante respuesta.

—Seybin lo hizo para protegerme, o eso creo. —En realidad las acciones del dios no podía adjudicarlas a nada concreto, ignoraba si aquello obedecía a sus deseos y necesidades o a las de alguien más—. Con... el paso al otro lado de Eidryen y el de Elora... surgió un nuevo poder para mantener el Equilibrio del universo. El Libre Albedrío necesitaba un avatar y me despertó como lo que ves ahora ante ti. Eso sólo removió el avispero de los dioses y pronto me

encontré ante los Ancianos, con Seybin arreglándoselas para sacarme de en medio y enviándome al mundo humano. Las cosas a partir de ahí... digamos, que se complicaron aún más.

—Malditos dioses y sus desmesurados egos —resopló la así llamada diosa, sus ojos verdes brillaron con luz propia reflejando el crudo poder que crecía en su interior—. Hombres... no sirven para nada.

No pudo evitar señalar con un gesto de la barbilla hacia el siervo que todavía permanecía en pie cual sombra al otro lado de las puertas, lejos de ellas.

— ¿Y lo dice la diosa que tiene un harem de hombres como subordinados? — comentó con sutileza. Nunca había comprendido el orgullo que sentía Bastet al contar con tal contingente de hombres a su servicio. Ella parecía enorgullecerse de contar con todos ellos entre su guardia personal. En una ocasión le había dicho que sus pericias iban más allá de su talento como soldados pero Dryah había preferido no indagar más. La ignorancia a veces era una bendición.

—Eso es distinto —chasqueó la diosa moviendo una mano, sin dedicar siquiera una mirada hacia su subordinado—. Son hombres, los utilizas para lo que necesitas y después te deshaces de ellos, es algo que llevan inscrito en los genes desde que la humanidad existe. Los antiguos saben que ellos harían lo mismo con nosotras si se lo permitiésemos.

La diosa sacudió la cabeza y se volvió hacia ella, con una tierna mirada en su rostro.

—Hay mucho más allá de todo eso, mi querida —le acarició la mejilla con ternura—. No necesitas un hombre que te abra de piernas, necesitas amor... Y eso es más difícil de conseguir.

Amor. La palabra era más bien esquiva para ella. Toda persona por la que llegó a sentir cariño se marchó en un momento u otro dejándola sola a merced del destino. Entendía que aquella palabra era sinónimo de protección, amabilidad, cariño e incluso preocupación, pero no entendía la profundidad que otros le daban. Ella misma había visto el daño que se hacía en nombre del amor, su propia existencia se debía a ello y no estaba segura de querer

conocerlo de primera mano.

—Hablas de los hombres como si fueses pañuelos de papel, desechables — comentó y ladeó el rostro en busca de alguna respuesta que le ayudase a entenderlo en el rostro de la diosa—. Prescindibles. Bastet, me han enseñado que cada ser se mide por lo que es, que hasta la cosa más insignificante en el universo tiene un valor y un cometido. No entiendo como encajan tus hombres desechables en ese concepto.

—Sólo son hombres, querida, no hay que buscarles otra razón —aseguro con un leve encogimiento de hombros. Entonces le sonrió con condescendencia—. Eres demasiado joven para entenderlo, no tengas prisa.

Dryah arqueó una ceja ante la risible idea.

— ¿Demasiado joven? —Puede que no llevara tanto tiempo en el mundo como ella, pero ciertamente, no podía catalogársela de infante.

La mujer sacudió la cabeza y resopló.

—Puede que seas un alma vieja, Dryah, pero sigues siendo un bebé en cuestiones de la vida. —La aleccionó como una madre que explica las lecciones de la vida a una hija adolescente—. No tengas prisa por conocer lo que hay más allá de un hombre y límitate a disfrutarlo. Ya verás las estrellas cuando aparezca el indicado.

¿Disfrutarlo? ¿Ver estrellas? El estómago se le encogió con un ramalazo de inesperado calor cuando pensó en el húmedo sueño que la había despertado, sintió como le ardía la cara mientras se repetía interiormente una y otra vez que aquello era una locura. ¿Desde cuándo pensaba en el Juez en esos términos? Sí, tenía que admitir que era un hombre atractivo, risueño, a menudo conseguía arrancarle una sonrisa cuando nadie más podía, pero también era el único capaz de hacerla perder la paciencia con sólo una palabra, de llevarla más allá del miedo con un único gesto... ¡Maldición, estaba perdiendo la cabeza!

— ¿Cómo supiste que era el indicado para ti? —Se encontró preguntando.

Bastet pareció bastante sorprendida ante la pregunta, pero la sorpresa pronto dio paso a la curiosidad cuando detectó el leve sonrojo en las mejillas de la rubia y su esquiva mirada.

—Cuando llega, simplemente, lo sabes —le dijo mientras observaba atentamente su reacción—. Nada vuelve a ser lo mismo, cada pequeña cosa que ha significado nada, se convierte en todo, su mundo, se convierte en tu mundo... es difícil de explicar.

La diosa caminó hacia ella, quedándose a su lado, pero sin invadir su espacio personal.

— ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Crees haber encontrado al indicado para ti?

Dryah respondió con una negativa demasiado rápida, el sonrojo en sus mejillas aumentó.

—No. Él no sería el indicado ni para una maceta. La consideraría culpable de quedarse sin agua, aunque no pudiera regarse sola —respondió atropelladamente—. Realmente, no entiendo por qué lo he visto en mi sueño, seguro como el infierno que yo no le invité a unirse a la fiesta.

Bastet frunció el ceño ante sus últimas palabras.

—Los sueños siempre han sido una ventana al alma —le recordó la diosa—. A menudo reflejan lo que nos está vetado en la realidad o aquello que nos da miedo a enfrentar.

—Pero yo no temo enfrentarme a él —resopló con demasiada rapidez, demasiada pasión—. Si lo único que deseo es que se marche de una vez, que se aleje de mí antes...

— ¿Antes? —indagó Bastet, tratando de no presionar demasiado pero buscando al mismo tiempo una respuesta a tal misterio.

Dryah empezó a pasearse de un lado a otro de la enorme sala, la desesperación se notaba en sus puños apretados, en la tensión de su erguida espalda y sus rápidos pasos.

—No lo sé —negó y dejó escapar un agotado suspiro al tiempo que se pasaba una mano por el pelo—. Ése es el problema... que no lo sé y necesito que se marche antes de que el averiguarlo suponga más complicaciones para mí de las que ya tengo con el *Antiquerum* encima de mi cabeza.

La diosa realmente se sobresaltó, sus ojos verdes se abrieron desmesuradamente y sus labios se abrieron y cerraron varias veces antes de que pudiera decir:

— ¿El Juicio de los Dioses? —No, se resistía a creer aquello—. No, eso no es posible. ¿Qué gran daño has podido hacer tú para...?

La chica arqueó una ceja en una perfecta imitación del gesto más utilizado por el Juez.

— ¿Qué no puede ser? —se rió de mala gana—. Desde que abrí los ojos y sentí como Eidryen se alejaba para siempre de mí, he sido arrastrada y abandonada por Seybin en el mundo humano, sentenciada a un *Antiquerum* por el Consejo de Ancianos y juzgada por el hombre más obstinado e insistente de todo el universo. Y no contento con eso me dio como ultimátum; o controlas tu poder, o te encierro de nuevo... y eso en el mejor de los casos. Y como el Juez Supremo no era suficiente, fui atacada y amenazada por sus guardianes lo que desembocó en una pelea entre los tres hombres y el posterior asentamiento de sus inmensos egos en el salón de mi casa.

Dryah tomó aire bruscamente, pues lo había dicho todo de carrerilla pero no se molestó en mirar a la mujer, de otro modo habría visto cómo sus ojos se ampliaban aún más por la sorpresa e incredulidad.

—Sé que hay algo que no quieren que sepa, el Juez se ha negado a compartirlo. Todos parecen saberlo menos yo, lo único que oigo una y otra vez es que yo soy la culpable de una u otra cosa y en realidad... ni siquiera sé que he hecho mal para que todos busquen mi muerte... Me culpan por no poder esgrimir un poder que ni siquiera he pedido.

Ella se abrazó a si misma perdiéndose en los recuerdos.

—Oí aquella voz... vi el reflejo en el cristal... y entonces la voz de Tarsis lo

ocupó todo. Sé que era su voz y me asustó hasta el alma, Bast. Él hizo que perdiera el poco control que había conseguido ganar sobre el Libre Albedrío, dolía y quemaba como el infierno... era como si me estuviesen arrancando las entrañas, separándolo de mí a la fuerza y yo quería que se fuera y al mismo tiempo necesitaba que se quedara, le necesitaba porque aunque no lograra entenderlo, soy yo misma. En un momento me sentí como me vieron todos, hecha pedazos, desgarrada por completo y al siguiente las piezas parecieron empezar a encajar cada una en el sitio correcto. El dolor empezó a remitir y una inexplicable calma traída por su voz logró que esos pedazos encajaran perfectamente, sentí la necesidad de ir hacia él y estaba a punto de alcanzarle cuando vi una... máscara de gato.

Dryah respiraba de forma agitada, su cuerpo se agitaba con pequeños temblores que la recorrían por completo, sus pupilas estaban dilatadas y las lágrimas brillaban sin derramar en sus ojos.

—Dreamara... —oyó la voz tierna y maternal de la diosa muy cerca de ella, seguida de una cálida mano en su hombro y otra deslizándose por su brazo.

—Dryah... sólo Dryah —pidió en un susurro temblando cada vez más—. Sólo Eidryen me llamaba Dreamara... y él ya no está y yo... yo no... no soy la que era...

—Shhh. —La mujer la abrazó suavemente contra su pecho—. Está bien, Dryah. Lo has hecho muy bien, él estaría orgulloso de ti.

Ella cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente, llenando sus pulmones con la dulce y exótica fragancia de la diosa.

—No sé si podré continuar, ya no puedo más. Cada vez que me doy la vuelta hay alguien dispuesto a matarme o secuestrarme o... algo. Y no puedo seguir, sé lo que prometí, pero... es que es demasiado —murmuró contra el pecho femenino.

Bastet percibió su desesperación, la angustia y necesidad de sentirse a salvo, abrigada en los brazos de la única persona que le había proporcionado verdadera seguridad y que ya no estaba entre ellos.

—Dryah...

Ella sacudió la cabeza y se apartó lentamente, apenas unos centímetros de la calidez de la diosa.

—Necesito que esto acabe —aseguró con toda la firmeza que le permitían las lágrimas que se negaba a derramar—. Que él emita su veredicto de una maldita vez y se vaya. Necesito retomar las riendas de mi vida... quizás maltrecha, pero mía a fin de cuentas... Lo único verdaderamente mío.

Bastet se apartó lo justo para encontrar su mirada.

—Estás hablando del... Juez Supremo. —Más que una pregunta era una afirmación—. Dryah, ¿él está rigiendo el *Antiquerum*? ¿Shayler está...? —No pudo completar la frase, sus ojos se cerraron con fuerza y su pecho ascendió y descendió con una profunda bocanada de aire antes de volver a abrirlos y clavarlos en ella—. ¿Es él?

Dryah sacudió la cabeza con cansancio apartando su mirada para luego volver a mirar a la diosa.

—Siempre es él —aseguró con resignación, entonces se percató de algo—. Le conoces, ¿no es así?

La diosa bajó las manos por los brazos de ella y le dedicó una tierna sonrisa antes de separarse de ella.

—Creía que sí... pero ya no estoy tan segura —aceptó con un suspiro.

—Eso duele, Bastet. —Habló una profunda voz masculina procedente del otro lado de la sala, la cual fue coreada por un sonoro maullido.

Las dos mujeres se volvieron al mismo tiempo para ver más allá del diván en el que había estado sentada la diosa un gato marrón atigrado bajando los escalones hasta envolverse en los pies de la mujer con un cómodo ronroneo y al Juez Supremo tras él.

—Y hablando del infierno... aquí llega el diablo —murmuró Dryah casi sin darse cuenta de lo que hacía. Al ver que la diosa se volvía hacia ella al oír su

comentario se sonrojó—. Ya te lo había dicho.

La mujer negó con la cabeza.

—No, cariño, no tenía ni idea.

CAPÍTULO 16

Bastet bajó la cabeza hacia el gato que ronroneaba alrededor de sus pies y luego se giró hacia el recién llegado. Su mirada azul se cruzó con la de ella un segundo, acompañada por un respetuoso asentimiento para luego volver sobre la pequeña rubia que permanecía en pie a su lado y a la cual recorrió de arriba abajo en un minucioso aunque rápido examen que logró suscitar más curiosidad en la diosa. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

Shayler se detuvo frente a la chica quien se mantenía con la frente alta, su mirada aguantando con firmeza la del hombre. Su mirada bajó entonces sobre el gato que lo acompañó en su paseo.

—Es más inteligente de lo que parece —le aseguró con cierta diversión—. No tenía idea de que podía entrar también desde la parte de atrás, ha sido divertido.

Bastet realmente puso los ojos en blanco antes de responder.

—Me sorprende que haya un sólo centímetro del templo que no hayas recorrido ya —aseguró la mujer con un tono de advertencia en su voz.

Él le dedicó un guiño y se volvió nuevamente hacia la muchacha.

—Empiezo a pensar seriamente en atarte a mí de modo que no tenga que perderte de vista a cada momento y podamos terminar lo que hemos empezado sin tantas interrupciones —le aseguró con voz suave, su mirada recorriendo cada parte de su cuerpo haciéndola sentirse nerviosa e incómoda.

Ella entrecerró los ojos y apretó los puños antes de responder.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo. Yo también estoy ansiosa por terminar con lo que hemos empezado —le espetó al tiempo que se echaba hacia atrás para poner más espacio entre ambos. Si su altura ya era considerable cuando estaba calzada, descalza, parecía aumentar—. Dame tu sentencia y acabemos ya con esto.

Él ladeó la cabeza y la recorrió nuevamente bajando por sus largas piernas enfundadas en unos gastados jeans hasta los pies descalzos, cuyos pequeños y delicados dedos tenían las uñas pintadas de un bonito color rosa. Muy sexy.

— ¿Qué demonios haces descalza? —Más que una pregunta fue un gruñido. Un instante después, sus pies estaban calzados con unas cómodas sandalias que dejaban al aire los dedos de sus pies—. Así está mejor.

—Vete al...

Bastet carraspeó llamando su atención de vuelta hacia ella, en su rostro había suficiente curiosidad como para llenar una piscina. Shayler se acarició la perilla con un dedo evitando una sonrisa.

—Una inesperada visita —comentó entonces la diosa con una obvia pregunta en sus ojos.

—No abusaré de tu hospitalidad demasiado tiempo —le respondió él con una exagerada reverencia, para luego ascender la mirada hacia Dryah y disfrutar de la visión de sus pechos tensos contra la tela de la camiseta antes de advertirle—. Si vuelves a desaparecer nuevamente de mi presencia de esa manera, juro que te pondré sobre mis rodillas y te daré una zorra que no olvidarás en mucho tiempo.

— ¡Shayler! —exclamó Bastet con tono admonitorio.

El Juez se volvió lentamente hacia la diosa, su mirada había perdido el borde juguetón y volvía a ser absolutamente seria.

—No era mi intención traer mis asuntos a tu puerta, Bastet —le informó y se

volvió hacia Dryah durante un breve instante—. Pero la dama está bajo mi custodia hasta que se resuelva un asunto que tenemos pendiente y que es de suma importancia llevarlo a su término, como oportunamente acaba de recordarme. Ella es asunto mío, Bast, te ruego que no interfieras.

A la diosa no le quedó otra que apretar los labios para morderse un par de insultantes respuestas.

—Yo no soy asunto tuyo —respondió Dryah, sus ojos azules iluminándose en obvio desafío.

Él se inclinó sobre ella para quedar más o menos a la misma altura. Una de sus manos subió a su rostro y le acarició la mejilla en su gesto destinado a apartarle un mechón de pelo de la cara.

—No vamos a discutir por eso.

Ella contuvo el aliento ante la extraña y repentina sensación que le produjo su tono y su proximidad. Conocía aquel tono, él le había hablado así en... sus sueños. Notando como la cara se le calentaba, dio un paso atrás y lo enfrentó.

—Nuevamente estamos de acuerdo, Juez, yo tampoco discutiré —declaró agobiada.

Él sonrió para sí y se acercó un poco más a ella, viendo como su bonito rostro se coloreaba con un sutil tono rosado al tiempo que se ponía tiesa y contemplaba las posibilidades de alejarse un paso más. Él la tomó de la mano y tiró de ella suavemente para susurrarle al oído:

—Sabes mi nombre, utilízalo —le recordó al tiempo que acariciaba el pabellón de su oreja con sus palabras—. O si lo prefieres, lo arreglaremos de otro modo... uno más placentero.

Ella trastabilló rápidamente apartándose de él todo lo que le permitía el agarre sobre su muñeca, sus ojos brillaban desafiantes mientras sus mejillas se teñían de rosa y separaba los labios lista para discutir. Una imagen de lo más sensual pensó mientras tiraba de nuevo de ella, haciéndola tropezar con sus propios pies.

—No, bonita —le impidió objetar al estirar la mano y posar el dedo índice sobre sus labios—. Sólo una advertencia por persona, tú ya has tenido más que eso. La próxima vez, simplemente me cobraré.

Él notó su ahogado jadeo de respuesta y el leve estremecimiento que recorrió el cuerpo femenino. Satisfecho alzó la mano para besarle el dorso de la muñeca y la soltó. Al volver de nuevo su atención sobre Bastet vio la sorpresa y una silenciosa pregunta que decidió ignorar impresa en sus ojos.

—Pero ahora me interesa más oír que tienes que decir en relación a tu huida —le dijo observando el rostro de la otra mujer, mientras que le hablaba a ella.

—Yo no huyo —masculló una vez recuperó la voz. Al hombre no le pasó desapercibido el divertido gesto que hacía al limpiarse la mano dónde la había besado en el pantalón—. Hay una gran diferencia entre huir y marcharse porque tu casa ha sido invadida por tres neandertales.

—Dos, si no te importa. Prefiero pensar que mis neuronas todavía me convierten en homo sapiens —le dijo mirándola de reojo—. No vuelvas a irte sin comunicármelo primero.

Ella bufó.

— ¿Es que soy tu prisionera?

Él negó con la cabeza y se encontró con su mirada.

—No, Dryah. No lo eres —aceptó, su mirada fija en la de ella—. Pero sí eres mi responsabilidad. Se supone que tendría que haber la suficiente confianza entre nosotros como para que seas sincera conmigo.

Ella hizo una mueca.

— ¿Cómo tú lo has sido conmigo, Juez? —le espetó en un mudo recordatorio del hecho de la discusión que tuvieron sobre ella en su propio hogar—. ¿Qué es todo ese asunto de la profecía? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Él se tensó al escuchar sus palabras, ¿cómo era posible que ella supiese de la profecía? Entonces recordó que John le había estado increpando sobre ello,

Dryah debía haberlo estado escuchando.

—No es nada que deba preocuparte —desechó la pregunta con naturalidad.

—No me lo creo —negó—. Me estás pidiendo que confíe en ti, pero tú sigues ocultándome cosas. No sé en qué mundo alternativo entiendes que eso es confianza... Shayler, pero en el mío, por muy reducida que sea mi experiencia, no lo es.

Antes de que él pudiera decir una sola palabra más, Bastet lo previno con una sola mirada, su advertencia era clara. Su voz sonó firme cuando se dirigió a él.

—Dame una buena razón por la que no haga uso de tu primera amenaza, pero contigo —le dijo al tiempo que se llevaba las manos a las caderas. Una postura que él había visto ya demasiadas veces y huido de ella otras cuantas.

Sonrió, no podía evitar hacerlo al pensar en la absurda amenaza de la diosa.

— ¿Ponerme sobre tus rodillas... Bast? —le dijo en tono divertido, para luego chasquear la lengua y añadir—. Creo no equivocarme si afirmo ya estar un poco crecido para las nalgadas ¿um?

Al ver la furibunda mirada de la diosa la cual iba completamente dedicada a él, alzó las manos a modo de rendición.

—Ruego disculpes mi comportamiento, señora mía —se disculpó ante la mujer, para luego añadir con total seriedad—. Pero Dryah está bajo mi custodia, está sometida a un *Antiquerum* por petición del Consejo. Es mi responsabilidad.

La mujer suspiró y asintió antes de volverse hacia la chica, quien ahora intercalaba la mirada de uno a otro.

— ¿Cómo puede ser que hayas caído en las redes de este tunante?

Dryah arqueó ambas cejas ante tal declaración y miró a Shayler, quien cambió su atención del gato que se había enlazado entre sus pies a ella. Finalmente negó con la cabeza.

—Yo no he caído en las redes de nadie —respondió con demasiada franqueza. Entonces ladeó la cabeza y se encogió de hombros—. Él se ha limitado a hacer aquello que considera su obligación, poniendo bastante empeño en ello.

—Más de lo que debiera, diría yo —aceptó Bastet con un extraño tono en su voz. Su mirada voló entonces hacia el chico—. Y con más ardor que de costumbre.

Shayler alzó al gato en sus brazos y sonrió con petulancia a la mujer mientras acariciaba al minino.

—Demuestras mucho interés en un simple juicio, Shayler —le aseguró encontrando nuevamente sus ojos.

Él se encogió de hombros y sin dejar de acariciar al gato se dirigió una vez más a la diosa.

—El mismo que has demostrado tú al secuestrar a mi protegida —le recordó ladeando el rostro al decir—. ¿Qué diablos ha pasado ahora por tu cabecita, madre?

CAPÍTULO 17

Dryah dio un largo sorbo a su té mientras contemplaba en silencio como Bastet hablaba con Shayler, por el tono de su conversación y la obvia atención de la mujer para con el Juez parecía que hacía tiempo que no se veían. La diosa prácticamente los había arrastrado hacia una esquina de la gran sala, la cual estaba habilitada como un pequeño cenador con una mesa baja rodeada de enormes almohadones de aspecto mullido e insistió en que la acompañaran en la merienda. El paso del tiempo se confundía en su mente incapaz de distinguir si era de día o había anochecido, su reloj biológico era un completo desastre y el cansancio que venía acarreado de los días anteriores no ayudaba gran cosa. Su mirada vagó por las bandejas de pastelillos de los que estaba dando

cuenta él con absoluto placer, pasando por las cortinas de seda de varias tonalidades que cubrían las paredes, el vaso que tenía entre las manos despedía un agradable aroma a vainilla al tiempo que entibiaba sus dedos. La luz se derraba sobre ellos procedente de unas lámparas de aceite situadas en pebeteros de pie, los cuales dotaban a la sala de una extraña calidez e intimidad.

—Estoy segura que aunque dejes de mirarla un segundo no va a esfumarse en el aire —oyó que decía Bastet mientras posaba la mano en la pierna del hombre.

Ella paseó la mirada de la diosa al hombre que se había acomodado a su lado para encontrarse con su mirada azul cielo puesta sobre ella.

—Estás a punto de caer rendida sobre los almohadones —comentó sin dejar de mirarla con esa paciente intensidad que utilizaba cuando la sabía cansada y más allá de cualquier protesta.

Tras enderezarse posó el vaso sobre la mesa.

—Estoy cansada, eso es todo —murmuró, entonces volvió su atención sobre ellos—. Digamos que no he tenido oportunidad de descansar apropiadamente durante las últimas... ¿horas? Ha sido un... día o noche o lo que sea... bastante intenso.

—Por decirlo de alguna manera —asintió él y extendió la mano sobre una de las bandejas cercanas para tomar un pastelillo entre sus dedos y acercárselo a la boca—. Venga, prueba. No has comido nada.

—No tengo hambre —negó y se acomodó mejor sobre los almohadones.

El pastelito seguía vagando por delante de su rostro.

—Sólo un mordisco y te dejaré en paz —la engatusó.

Suspirando, volvió a incorporarse con lentitud, por fin y le quitó el dulce de las manos y se lo llevó a la boca.

—Todo sea por librarme de ti durante un rato —le dijo mientras masticaba.

Dio un nuevo sorbo a su té y trasladó su atención a Bastet, quien los miraba con una expresión indescifrable—. Así que, ¿cómo puede... esto... ser hijo tuyo?

La diosa rió al tiempo que Shayler se atragantaba con el trozo de pastel que cogió también para él.

—Es difícil de creer, ¿um? —se rió ella mientras veía como el chico fruncía el ceño.

La respuesta del Juez no se hizo esperar.

—Con eso te has ganado otro bocado, señorita respondona —le aseguró tomando un nuevo pastelillo de la mesa para acercárselo luego a los labios.

Tras poner los ojos en blanco, cogió una vez más el pastelillo de sus dedos y se lo llevó a la boca, para comérselo en dos bocados.

— ¿Contento? —le espetó mostrándole las manos vacías para finalmente volverse de nuevo a Bastet—. Difícil no... pero increíble, se le acerca bastante.

La diosa sonrió.

—No lo veas cómo es ahora, cuando llegó a mí era un bebé de pocas semanas que habían dejado a las puertas de mi templo —comentó mirando a Shayler como si tratase de ver en él al niño de corta edad que había recogido—. En la antigüedad los humanos hacían cualquier cosa para conseguir el beneplácito y favor de los dioses, era común que trajesen ofrendas o entregasen a sus hijos para que fueran criados como siervos de los dioses.

—Entre los humanos se la conoce como la Diosa Egipcia Bastet, protectora del hogar, la fecundidad amorosa y como prototipo de la dulzura maternal... —añadió Shayler antes de completar en voz baja—. Claro, que eso es porque no la han oído pegando gritos...

La mujer arqueó una ceja en respuesta a su interrupción a lo que él extendió una mano y dijo:

—Mis disculpas, continúa por favor.

—También se me conoce como la Diosa de la Luna, protectora de los Nacimientos y Embarazadas —continuó sirviéndose otra taza de té y ofreciéndole a ella, quien declinó—. Así que, era impensable que dejase a un bebé indefenso y sin protección. Shayler no fue el primer infante que dejaban en mi puerta, en aquella época me temo que los Asuntos Sociales y los Hogares de Acogida no estaban en las listas de nadie, así que las sacerdotisas del templo eran lo más cercano que teníamos y las que se encargaban de criar a los niños y niñas que luego entraban a formar parte de esa misma servidumbre.

—Y entonces le vomité encima —anunció él como si estuviese confesando el peor de todos los pecados.

Bastet sonrió y Dryah vio la mirada soñadora en los ojos de la diosa.

—Sí. Eso fue lo primero que hizo cuando la sacerdotisa que lo había recogido en la puerta lo trajo ante mí —aseguró la mujer mirando a su hijo adoptivo—. Pero no fue nada comparado a la enorme sonrisa que me dedicó después y que se ganó mi corazón. Tenías que haberlo visto entonces, Dryah, era la cosita más linda que puedas imaginarte, pequeñito, con unos adorables cachetes que te daban ganas de estrujar y unos enormes ojos azules. No había forma de que no me enamorase de él a simple vista.

La diosa suspiró e indicó con un gesto de la mano al chico repantigado a su lado.

—Así que me ocupé yo misma de él, lo crié y eduqué hasta que se reveló su verdadero destino —concluyó con un gesto dramático—. Y adiós al lindo bebé, hola Juez Supremo Universal.

—Gracias, madre, yo también te quiero —respondió el aludido lanzándole un beso.

—Aceptémoslo, es un chico muy mono aquí el espécimen masculino de enorme ego, pero nada en comparación a su época de bebé —continuó la mujer mirando a Shayler de reojo—, creo que todavía tengo algunas pinturas

de entonces, las buscaré y...

—Gracias por el aperitivo, Bast. Todo delicioso —respondió repentinamente, poniéndose en movimiento, horrorizado ante la perspectiva de su madre enseñando fotos suyas de bebé. Puaj—. Pero tenemos que irnos... Ya. Dryah está cansada y...

—Dryah está perfectamente, gracias... Shayler —lo interrumpió ella con absoluta dulzura, haciendo hincapié en su nombre.

La diosa chasqueó la lengua.

—Cuando tengas hijos, lo entenderás, querido.

—Hablaremos de ello en el momento en que los tenga, gracias —aceptó levantándose para luego tenderle la mano a Dryah—. Ahora tenemos un juicio pendiente, así que... Dryah.

Ella miró la mano extendida, le sonrió y se giró hacia la diosa.

—En realidad, sí me gustaría ver esas fotos de bebé, Bastet —pidió con repentino interés.

Él entrecerró los ojos y se agachó lo suficiente para decirle al oído y que sólo ella le oyese:

—Si lo que quieres es verme desnudo, eso podemos arreglarlo... y sin fotos.

Ella se apartó de él lo suficiente para mirarle a la cara.

—Como si fueses a tener esa suerte —declaró ella y lo examinó lentamente—. ¿Cómo es que acabaste siendo Juez? ¿No te aceptaron en el colegio de Abogados?

El chico sonrió ante el tono irónico en su voz.

—Lo cierto es que tengo la carrera de Derecho, sí. Aunque mi meta era ser cantante —confesó de pie ante ella—. Pero era tan bueno, que pronto me aburrí... llega a cansarte que la gente te adule.

—Por supuesto —murmuró con ironía mientras echaba la cabeza casi por completo hacia atrás para poder mirarlo—. Sobre todo cuando el motivo de adoración es algo como tú.

Bastet ahogó una risita ante el intercambio de los dos jóvenes, hacía mucho tiempo que no veía como alguien le paraba los pies a su hijo de una manera tan contundente y que la persona que lo hiciera fuera esa delicada mujer la enorgullecía aún más. Algo de su preocupación inicial se evaporó al ver que la pequeña alma era capaz de manejarse por sí misma, si bien, aquel lugar quedó rápidamente ocupado por la extraña sensación que notaba alrededor de ellos, un vínculo que no veía desde hacía muchísimo tiempo y que no hacía sino acercarlos más entre sí. El interés que Shayler mostraba por la muchacha iba más allá del simple coqueteo, podía intentar disimularlo bajo su típico carácter abierto y juguetón pero lo que veía en sus ojos distaba mucho de ser una simple seducción. La diosa tembló interiormente cuando una idea empezó a abrirse camino en su mente.

Su mirada fue de uno al otro mientras él aguijoneaba a la chica, Dryah respondía con seguridad, sin miedo aunque con la cautela que envolvía a un animal acorralado que espera que el cazador salte sobre sí. El sonrojo que a menudo cubría sus mejillas, era un claro indicativo de que no le era indiferente.

—Quien iba a decirlo —murmuró Bastet para sí. La mirada de los dos chicos se volvió entonces hacia ella y la hizo consciente de que acaba de hacer tal reflexión en voz alta. En el rostro de su hijo había una obvia pregunta que decidió ignorar, mientras que Dryah bajó la mirada al encontrarse con la suya y aprovechó el momento de distracción para escabullirse sobre los almohadones y ponerse en pie. Una posición más ventajosa para ella.

Bastet sonrió para sí.

—Os quedareis a cenar, espero —declaró con absoluta naturalidad al tiempo que se levantaba y se acercaba a la muchacha, tomándola del brazo la alejó aún más de él—. Sé que estás cansada, ¿por qué no vas a la sala de baños? Te sentará bien relajarte después de todo el ajetreo de las últimas horas y podrás tener un buen masaje, los chicos tienen unas manos únicas...

“Por encima de mi cadáver”

La diosa arqueó una ceja hacia su hijo cuando escuchó su advertencia en la mente con absoluta claridad.

—Nada de masajes y nada de máscaras de gato —negó casi al mismo tiempo ella—. Pero la idea del baño, no es mala.

—Claro que sí, mi querida —aceptó empujándola suavemente hacia una de los arcos que había situados detrás de la tarima—. Me ocuparé que tengan todo preparado y nadie te moleste. Sólo relájate y descansa.

Ella asintió y miró por última vez a Shayler quien le dedicó un leve asentimiento de cabeza. La observó abandonar el salón con paso lento y cansado, hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba realmente agotada, si bien no le quitó la mirada de encima mientras estaba sentada y vio la falta de sueño en las profundas ojeras y el agotamiento en sus ojos azules, no se percató hasta qué punto hasta que la vio marcharse medio tambaleante.

Se giró hacia la mujer una vez que la chica desapareció de su vista.

—Bastet...

La diosa se le adelantó.

—No me meteré en tus asuntos —lo interrumpió, no necesitaba que le dijese nada—. Sabes que nunca lo hago y no quisiera empezar ahora, pero...

—Madre...

—No, escúchame —pidió caminando hacia él—. Te he visto demasiadas veces interesado en mujeres y luego con esa zorra sin corazón, Shayler, pero no había ni remotamente el interés que veo ahora en tus ojos. Verdadero interés.

Él no lo negó, sólo pudo sostener la mirada de la mujer que lo había criado y a la que adoraba. Bastet suspiró.

— ¿Cuales son realmente tus intenciones, Shay? —le preguntó, su voz

reflejaba la preocupación que sentía—. Ella no es como las mujeres a las que estás acostumbrado, en muchos aspectos es todavía una niña.

Él se limitó a volver la mirada por donde el objeto de su deseo había salido.

—Shay, te conozco muy bien y sé la manera en que te conduces con tus mujeres —aseguró alzando una mano cuando él iba a protestar—. Jamás me he metido en tus cosas, hijo, es tu vida y la vivirás como quieras vivirla, pero ella no tiene a nadie ahí fuera que la guíe y no quiero que resulte lastimada.

Él se volvió hacia la diosa y apretó una de sus manos, llevándosela a los labios, donde depositó un breve beso.

—Me tiene a mí, Bastet —le aseguró con absoluta seguridad—. Ahora que la he encontrado, no voy a dejar que se aleje de mí.

Aquella declaración no hizo sino incrementar el peso de sus sospechas.

—Shayler, estamos hablando de un *Antiquerum*, tienes un deber para con el Consejo y puedo suponer dada vuestra presencia aquí y la actitud de Dryah, que no ha sido precisamente ayer.

—Sé cuáles son mis obligaciones, madre.

La diosa inclinó la cabeza en gesto respetuoso.

—Me disculpo por mis palabras, obviamente malinterpretadas —comentó—. Sé que eres absolutamente capaz, Juez Supremo, me limitaba a señalar que te está tomando más tiempo del acostumbrado.

Los ojos del joven brillaron y abrió la boca, listo para justificarse, pero la diosa negó con la cabeza.

—No —lo detuvo alzando una mano—. No deseo saberlo, sea lo que sea es tu decisión.

Suspiró profundamente, su mirada era de amor y cariño cuando la posó nuevamente sobre él.

—Pero no juegues con fuego —le pidió, sus ojos implorantes—. Puede que haya mucho más en el resultado de ese juicio que la simple libertad o condena de esa muchacha e intuyo que de algún modo tú también lo sabes.

Él se pasó una mano por el pelo y se volvió de nuevo hacia la diosa.

—Ella es importante para mí, Bastet —declaró con absoluta convicción—. Dryah no lo entiende, diablos, ni yo mismo lo entiendo pero sé que me pertenece, que ella es para mí. Esto es un diablo de embrollo, pero la necesito, es... mía.

Permaneció en silencio observando el paso nervioso de su hijo. Shayler había empezado a pasearse de un lado a otro, incapaz de permanecer quieto.

—Ha estado en mis sueños desde mucho antes de que supiera de su existencia —confesó por fin, la desesperación en su voz era palpable—, ella... ella ha sido mía tantas veces y sin embargo... —Se llevó las manos a la cabeza y las cruzó tras la nuca—. La mujer que tengo ante mí, el ser que debe ser juzgado por mi mano es totalmente distinta... o quizás no distinta sólo... inocente, solitaria y no sé si puedo alcanzarla.

Ella contuvo el aliento con cada palabra que Shayler decía y que confirmaba sus sospechas.

—Has soñado con ella.

Él carraspeó ligeramente ante la respuesta a esa pregunta.

—He hecho más que eso —respondió, su voz pura ironía.

Bastet rodó los ojos ante tal comentario y lo dejó pasar.

—Quizás ya es hora de que pongas un poco de orden en tu vida antes de continuar, Shay —le sugirió, no estaba del todo segura de que fuera buena idea meterse en algo que le concernía únicamente a ellos—. Detente un momento y echa un vistazo hacia atrás y analiza las cosas con más calma.

Él ladeó la cabeza ligeramente pensando en ello.

—No quiero verla herida más de lo que ya está —continuó ella y posó su mano sobre el hombro masculino—, como tampoco quiero ver como tú sufres por ello. Date tiempo, dáselo a ella, si estáis destinados a estar juntos, tú mejor que nadie sabe que ni el mismísimo universo podrá hacer nada por evitarlo.

El Juez asintió lentamente, su mirada vagó por la figura de la mujer un instante antes de detenerse en sus ojos verdes.

— ¿Por qué tengo la sensación de que tú sabes exactamente lo que está ocurriendo? —elucubró con natural desconfianza.

Tomó sus manos en las de ella y se las llevó a los labios para depositar un suave y amoroso beso en sus nudillos. La diosa era casi tan alta como él gracias a los centímetros extra de sus tacones.

—El futuro sería muy aburrido si todos supiéramos lo que va a pasar, cariño —le aseguró con una enigmática sonrisa mientras bajaba su mano por la barbilla de él—. Ten paciencia, todo llegará a su debido momento.

Él hizo una mueca.

— ¿Paciencia? ¿Qué es eso?

Ella sonrió y le dio un pequeño golpecito en el brazo antes de enlazar el suyo en el de él y conducirlo fuera de la sala.

—Pero cuéntame, qué es eso de los dos Neandertales.

El Juez se rió por lo bajo y empezó a contarle lo ocurrido en el salón de la vivienda de la muchacha mientras salían de la sala y pensaba en todo lo que le quedaba por delante.

Dryah suspiró nada más entrar en la sala de baños. El calor del vapor que manaba de la piscina de agua caliente mezclado con las hierbas aromáticas de los incensarios invitaba a la relajación, la sala estaba iluminada con dos o a veces tres lámparas de aceite que ardían lentamente emitiendo una agradable e íntima luz sobre la zona de baño y de masajes. Sobre largos aparadores de

piedra y mármol había un sinfín de aceites y jabones naturales y otros productos de belleza más modernos, algo a lo que Bastet parecía haberse adaptado muy bien en el mundo moderno. Uno de los lados de la amplia estancia estaba separado por dos arcos gemelos y un par de escalones, la pared estaba cubierta por enormes espejos de cuerpo entero que reflejaban los pequeños bancos de madera y las vasijas que se apilaban en otro improvisado tocador. El suelo allí era un poco más rugoso que el del resto de la habitación. Ella caminó directamente hacia el pequeño espacio de espejos, sus sandalias de discreto tacón hacían eco sobre el suelo resonando en la silenciosa sala, sólo el borboteo del agua que corría de la boca de lo que parecía ser la figura de un pez y caía a la piscina principal realzaba el calmante sonido de la sala.

Ahogando un bostezo se sentó en uno de los pequeños bancos de madera cubiertos por lienzos que curiosamente no estaban humedecidos y se sacó las sandalias. Estaba más cansada de lo que admitió ante el Juez, suponía que cuando pudiera enganchar la cama dormiría varios días seguidos y pensándolo bien, si eso hacía que pudiera perderle de vista durante ese tiempo, no sería una pérdida de tiempo. Suspirando se llevó las manos a la cintura del pantalón vaquero, lo abrió y lo deslizó por sus largas piernas, a ello le siguió la camiseta y el suave conjunto de ropa interior de color violeta que dejó pulcramente doblados a un lado de las sandalias.

Se estiró con ánimo de desperezarse, el movimiento se reflejó en el espejo. Su mirada fue hacia la superficie de cristal y contempló su reflejo intentando ver algo distinto en ella. Se sentía distinta, de algún modo estaba más en paz consigo misma, el Libre Albedrío corría ahora por sus venas mezclado con su sangre, el poder burbujaba en su interior pero no lo notaba como algo distinto, era como si le hubiesen devuelto aquello que estuvo mucho tiempo buscando y que sólo ahora daba dado con él.

Sacudiendo la cabeza ante sus extrañas cavilaciones, tomó uno de los lienzos a su lado y bajó hacia la atrayente piscina de agua caliente. Con pasos lentos y cuidadosos se acercó a la escalinata que se hundía hacia el fondo y empezó a descender. El agua lamía su piel a medida que se sumergía, ni muy caliente ni demasiado fría, mantenía una temperatura perfecta. Ella se dejó ir y nadó, sumergiéndose y volviendo a ascender unos metros más allá para finalmente regresar al borde y acomodarse en la repisa que salía de la pared de la piscina

en la forma de un cómodo asiento.

—Perfecto —suspiró agradecida.

Sus brazos apoyados en el borde exterior alcanzaron los frascos de jabones, los olió y eligió uno y procedió a enjabonarse lentamente, tomándose su tiempo, disfrutando de esos minutos a solas. Una vez que estuvo satisfecha con su aseo, se sumergió para eliminar todo rastro de jabón y nadó hacia una zona en la que hacía pie, pudiendo sentarse tranquilamente y relajarse sin temor a hundirse. Se estiró dejando que el agua desentumeciera sus músculos y relajase todo su cuerpo en aquel pequeño remanso de paz.

Lyon se desperezó y estiró los doloridos músculos nada más traspasar el umbral de la oficina, no recordaba cuando fue la última vez en que las cosas se les fueran tanto de las manos como ahora, realmente, tenía sus dudas de que alguna vez hubiesen llegado a estos extremos. John había entrado delante de él y permanecía apoyado de espaldas en el enorme escritorio caoba, las largas piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos mientras sus brazos se estiraban a ambos lados entrelazando las manos. Estaba callado, demasiado callado.

— ¿A qué le estás dando vueltas ahora, John? —le preguntó caminando hacia uno de los asientos dónde se dejó caer—. Yo diría que los acontecimientos se han resuelto por si solos, ahora es cuestión de papeleo, por decirlo de algún modo.

El hombre alzó la mirada hacia él, sus ojos azules estaban sombríos.

—En realidad, nada se ha resuelto y nada se resolverá, las cartas estaban echadas mucho antes de que ninguno de nosotros nos diésemos cuenta. Quizás podamos dejar de preocuparnos porque ella acabe con el mundo accidentalmente, pero el fin sigue ahí y nada evitará que sigamos descendiendo hasta estrellarnos —contestó volviendo la mirada hacia la ventana—. Shayler puede negarse a ver más allá de lo que tiene delante, pero yo no olvido que existe una profecía y que nos dirigimos irremisiblemente hacia ella. Hay algo que no logro ver claramente y sé que es importante. ¿Qué fue lo que hizo que esa muchacha desatara de pronto todo su poder?

Lyon echó la cabeza atrás y se apoyó en el respaldo.

—El Cazador de Almas dijo que Uras estuvo de visita, que prácticamente marcó su territorio frente a la pequeña Dryah —le explicó con una irónica sonrisa—. Esa zorra escrupulosa todavía anda tras el Juez, según parece.

John sacudió la cabeza.

—Evita mencionársela, parece que por fin ha recuperado parte de su cordura en lo que a esa mujer se refiere —aceptó al tiempo que dejaba escapar el aire.

—Sólo para acercarse a un peligro mayor —le recordó el con sorna—. El chico tiene muy buen gusto en mujeres, pero alguien debería decirle que se alejara del peligro que suponen.

— ¿El Cazador mencionó alguna otra cosa que te llamase la atención?

Lyon se rascó la barbilla en un gesto pensativo.

—Bueno... yo diría que nuestra presencia no le gustó demasiado, pero que nos soporta por el bien de la chica —dijo con un ligero encogimiento de hombros—. De todos modos, estoy seguro de que sabe algo.

— ¿Qué te hace pensar eso?

El guardián chasqueó la lengua y se llevó ambos índices en sus manos entrelazadas a la barbilla dándose suaves toquitos.

—Ella puede ser una principiante, pero estoy convencido de que la oleada que puso a Shayler de rodillas tuvo que ser provocada por algo... o alguien.

Su compañero asintió.

— ¿Podría él saber de quién se trata?

Lyon hizo una mueca.

—Si lo sabe, no está dispuesto a compartirlo con nosotros.

John dejó escapar un suspiro.

—En ese caso habrá que preguntarle directamente a ella.

—Sí, claro —se rió Lyon—. No hay nada que diga que Shayler no nos corte los huevos con tan sólo acercarnos a dos kilómetros de esa muchacha.

Resopló ante lo dicho por su amigo, pero sabía que no se equivocaba. Shayler había dejado terminantemente claro para ambos lo que les sucedería si volvía a verles el pelo en los próximos días y dado su apego por la chica, no dudaba que cumpliera con su palabra. Aliados o no.

—En ese caso, quizás debiésemos mantener una nueva charla con el Cazador —sugirió haciendo una nueva mueca. La sola idea no le atraía demasiado—. Y convencerle de que nos cuente lo que sabe.

Lyon se palmeó el muslo con la mano y chasqueó la lengua.

—Realmente, tienes ganas de que te pateen el culo, ¿um?

John puso los ojos en blanco.

—Sí, tanto como...

Un repentino ladrido procedente de la sala principal captó la atención de los dos hombres. Horus estaba allí fuera y ladraba como si le fuese la vida en ello, sus gruñidos y potentes ladridos hicieron que los hombres se miraran y dejaran sus asientos en una precipitada carrera hacia la parte principal del bufete.

Lyon fue el primero en asomarse sólo para frenar de golpe cuando vio el motivo de los furiosos ladridos del perro. Iba a ser verdad eso que decían que todos los animales se parecían a sus dueños, el dorado Golden Retriever estaba enseñando toda una fila de impresionantes dientes a Uras.

—Lyon, haz que este maldito chucho se calle, despertará a los muertos — exclamó la mujer que permanecía en pie en el umbral de la puerta, apretando su bolso con demasiada fuerza mientras fulminaba al perro con la mirada.

El hombre chasqueó los dedos llamando la atención de Horus, quien apenas le dedicó una mirada.

—Vamos, chico, ambos sabemos que su carne estaría dura y probablemente insípida, a tu amo le daría una apoplejía si te envenenases mordiéndola — murmuró el guerrero.

El can dedicó un último gruñido a la mujer antes de empezar a retroceder poco a poco sin apartar la mirada de ella hasta quedarse al lado de Lyon.

—Buen chico. —Premió al perro rascándole entre las orejas.

Uras fulminó tanto al hombre como al perro con una rabiosa mirada antes de entrar y dirigirse hacia John, su rostro cambió entonces al modo de hembra preocupada. Menuda farsante, pensó Lyon.

—John, tienes que poner punto y final a esto ahora mismo. Shayler tiene que retirarse de este juicio sin sentido, él no es parcial y esa mocosa sigue suponiendo el mayor de los peligros para nosotros. Nada ha cambiado.

El aludido se limitó a contemplarla sin decir palabra.

—Siento contradecirte... no, espera... no lo siento. Adoro el hecho de poder llevarte la contraria —se adelantó Lyon con una divertida sonrisa—. El juicio ya es historia, querida. Las cosas han cambiado de un plumazo.

La mujer volvió sus ojos verdes hacia él y por un momento creyó ver arrepentimiento y lástima en su mirada. Un momento tan fugaz que debió imaginárselo pues ella respondió con la misma ironía de siempre.

—No tienes ni idea, Ly —le aseguró sacudiendo la cabeza—. Ni la más jodida idea. Nada ha cambiado... el fin sigue siendo el mismo pues esa criatura sigue significando el final para nosotros.

—Esa criatura tiene un nombre, Ur —le recordó él y se tomó su tiempo para contemplar a la mujer—. Y por el interés que Shayler muestra por ella diría que también es más mujer.

—Lyon —lo previno John. Sabía que al hombre no le gustaba demasiado Uras,

no es que lo culpara, la mujer se había ganado ese desagrado a pulso, pero al final del día, ella seguía siendo una de ellos.

La mujer recorrió a Lyon como si fuese un ser insignificante.

—Dime eso cuando le hayas echado un polvo a una y hablamos, Ly —le soltó Uras para volverse nuevamente hacia John—. Te exijo que traigas de regreso al Juez, debe terminar con esto ahora.

John le devolvió una mirada similar a la que ella le echó a Lyon.

— ¿Me exiges? —repitió el guardián con un obvio tono de mofa—. ¿Me estás exigiendo tú a mí?

La mujer entrecerró los ojos mirándolo directamente, un poder absoluto y letal la envolvió lentamente como un sudario, sus ojos aumentaron su intenso color verde haciéndolos casi inhumanos.

—No me presiones, John —le advirtió, sus manos cerradas en sendos puños—. Tú mejor que nadie sabe con absoluta claridad lo que significa la Voz del Oráculo.

El hombre resopló y abandonó su lugar en el marco de la puerta del despacho para caminar hacia ella. Como si presintiera el duelo, Lyon se tensó.

—Jamás, óyeme bien, jamás se te ocurra volver a exigirme nada, Uras —le dijo mientras caminaba hacia ella—. Hombres más valientes han muerto por menos de lo que tú has hecho, así que no me presiones. Soy muy consciente de lo que ha visto el Oráculo y lo que significa, pero si tus problemas son con mi hermano, arréglalos tú misma con él. A mí no vengas a lloriquearme. Mi paciencia tiene un límite, Uras y tú lo has sobrepasado hace años.

La mujer no se amilanó ni retrocedió lo más mínimo, John tenía que concederle eso. Lástima que sus ojos brillaran con odio y rencor ante la negativa a intervenir de él.

—Quizás a ti te traiga sin cuidado lo que le pase a Shayler, John, pero a mí no —le espetó con voz suave y letal—. Esta obsesión suya por la mujer no lo

conducirá a ningún lado, ella está maldita y su maldición se extenderá sobre todos nosotros.

John se tensó ligeramente, no le gustó la rabia que existía en las palabras de esa mujer, su voz era la voz de las profecías, el Oráculo de la Fuente y en todo el tiempo que la conocía, no había errado ni una sola vez en sus pronósticos.

—La única maldición aquí es la que tú misma le impusiste, Uras —le respondió con letal certeza, haciéndola recordar un pasado que todos ellos preferían olvidar—. Tú has sido como un cáncer para él, quisiste atarlo a ti y lo único que conseguiste fue dejarle en recuerdo unos profundos tatuajes y una justificada rabia.

Ella abrió la boca dispuesta a defenderse pero la silenció con un movimiento de la mano.

—Ahórrate tus palabras —la acalló—. Pero ten en cuenta las mías—. Sus ojos adquirieron un brillo igual de mortal que los de ella, su poder empezó a crepitar a su alrededor, envolviéndolos a ambos, recordándoles quien era la mano derecha del Juez—. Si quieres joder con Shayler, jode con él, pero al Libre Albedrío será mejor que lo dejes estar, acércate a ella otra vez y puedo augurarte que sentirás el peso de la muerte en tus hombros, querida y no necesito de una profecía para augurarlo.

Uras entrecerró los ojos, toda ella bullía de rabia.

—No me asustan tus amenazas, John Kelly.

Él ladeó el rostro y sus labios se estiraron en una leve mueca.

—No es una amenaza, Uras —le respondió con absoluta confianza—. Pronto habrá una resolución para el *Antiquerum*. Yo que tú, no jodería con el Universo, es el único al que no puedes devolverle el golpe.

La mujer sacudió la cabeza y los miró a ambos.

—Sólo espero que no tengas que tragarte tus propias palabras, John, porque ninguno de nosotros volverá a ser el mismo cuando todo esto termine —

murmuró ella, entonces dio media vuelta y se marchó por la puerta.

Lyon se frotó la nuca con un repentino escalofrío.

—No me gusta esa maldita mujer, pero menos aún me gustan sus poderes — comentó—. Si lo que dice que ha visto es cierto...

—Hagamos lo que hagamos, ya no hay vuelta atrás —aseguró John con la mirada fija todavía en el lugar que había ocupado ella—. Empiezo a pensar que nunca la hubo.

Dryah se desperezó lentamente sintiendo los miembros pesados y relajados, la piel de las manos arrugadas de pasar tanto tiempo en el agua. La luz de los pebeteros no había disminuido, pero podía decir por el estado de su cuerpo que se había quedado dormida durante un rato en la calidez del agua. Tras ahogar un bostezo se movió pesadamente en el agua hasta alcanzar la escalinata por la que pudo salir de la piscina chorreando agua. Sus pies dejaban pequeños charcos a lo largo del camino hacia la zona de los espejos, pasándose las manos por el pelo lo escurrió un poco antes de tomar una de las tupidas toallas de algodón blancas que se amontonaban en uno de los estantes y empezó a secarse el pelo con gestos enérgicos. La suave tela que tomó para secarse se adhería a su cuerpo mojado como una venda y dejaba perfectamente visibles a través de ella los tensos pezones así como el triángulo de rizado vello dorado entre sus piernas, el espejo de cuerpo entero le devolvió su imagen resaltando las pecas que se esparcían sobre su espalda y descendían hasta sus prietas nalgas mientras se agachaba y volvía a levantarse para secarse las largas piernas. Sonriendo ante su propia imagen en el espejo, sacudió la cabeza y se envolvió una vez más en la tela, entonces procedió a examinar el contenido de los pequeños botes y ánforas con aceites y perfumes, el aroma de jazmín mezclado con un toque de vainilla fue el que más le atrajo, un aroma fresco y dulce.

Humedeció sus manos con una pizca del líquido y las frotó calentando el aceite que resbaló por sus brazos con mucho mino, la acción del suave aroma unido al agradable masaje sobre su piel la hizo cerrar los ojos durante un instante.

...Siente... es tuyo... tu destino...

Dryah abrió de golpe los ojos cuando aquella voz se filtró una vez más en su mente, la respiración se le aceleró cuando sus ojos se cerraron en la imagen que ofrecía el espejo frente a ella. De pie a su espalda, vistiendo los mismos jeans que había llevado antes y la camisa desabrochada dejando a la vista un apetecible torso estaba el Juez. Sus miradas se encontraron y él sonrió.

—Permíteme —notó el calor de su aliento en el oído mientras observaba su reflejo en el espejo.

Sus brazos la rodearon absolutamente fuertes y reales rozándole la espalda al estirarse para alcanzar el ánfora con el aceite y verter una generosa capa del líquido en sus manos.

—Qué... estás... —balbuceó incapaz de apartar la mirada de la figura en el espejo, sintiéndola tras ella—. No puedes estar... aquí.

Lo oyó reír, una risa suave y sensual que envió un escalofrío de placer por su columna. Al instante, la sensación fue sustituida por las manos de él sobre sus hombros ejerciendo una suave presión mientras observaba en el espejo como deslizaba los dedos por la parte posterior de su cuello y bajaba hacia sus hombros, acariciándole la clavícula y aventurándose un poco más allá al suave monte de sus pechos antes de ascender otra vez.

Sus miradas se encontraron a través del espejo cuando él se inclinó sobre su hombro y le acarició el oído una vez más con los labios.

—Dime que me vaya... y me iré...

Ella abrió la boca para responder, pero de sus labios escaparon una sinfonía de pequeños jadeos. Sus manos obraban magia sobre su piel tentándola a cerrar los ojos y dejarle... ¿Qué?

—Esto no está sucediendo —murmuró al tiempo que cerraba los ojos—. Tú no estás aquí...

Otra vez esa sensual risa.

— ¿No estoy aquí? —ronroneó en su oído.

Ella asintió mientras un delicioso temblor descendía por su columna y la encendía, las fuertes y expertas manos se deslizaban ya por su costado obligando la tela a retroceder dejando sus senos en libertad.

—No, no lo estás —jadeó con un profundo suspiro y se dejó ir contra él, sintiendo la suave y cálida piel contra su espalda.

Las codiciosas manos ascendieron por las costillas, rodearon sus llenos pechos y los amasaron al tiempo que le torturaba los sensibles pezones con sus pulgares. Podía verlo todo en el espejo, las manos más oscuras deslizándose sobre su piel clara, la pecaminosa boca mordisqueándole el cuello, obligándola a ladear la cabeza para darle mejor acceso.

Una desconocida e incómoda humedad se instaló entre sus piernas, aumentando con cada nueva descarga eléctrica que provocaban aquellas caricias sobre su piel. Pronto el lienzo cayó libre a sus pies y ella quedó totalmente desnuda, retorciéndose contra él mientras sus manos obraban magia.

—Shayler... —jadeó, necesitando pronunciar su nombre.

Él sonrió. Ella notó el gesto en su garganta un instante antes de que ascendiera por la barbilla en intermitentes besos y se apoderase de su boca. Su lengua acarició suavemente el labio inferior femenino, lo atrapó entre sus dientes y le dio un delicado tirón para luego lamerlo hasta que ella gimió y él aprovechó para deslizarse entre sus labios y saquearle la boca. Sus gemidos quedaron pronto ahogados por su beso.

Los largos dedos ascendían y descendían sobre su cuerpo, resbalando por la acción del cálido aceite. El contacto era enloquecedor, ardía, se sentía incómoda en su propia piel deseando algo que no sabía cómo alcanzar u obtener. Entonces aquellas mismas manos se deslizaron por el triángulo de vello entre sus piernas, abriéndose paso hacia abajo hasta acariciar apenas su sexo.

Ella se tensó durante un instante, gimiendo ante la extraña sensación de sus manos acariciando aquella parte de su cuerpo, sus ojos se abrieron repentinamente y cayeron en la imagen que le devolvía el espejo viendo como

su mano derecha se hundía entre sus piernas mientras la izquierda le apretaba un pecho y le tironeaba del pezón. Los ojos azul claro de él estaban presos en los suyos, observándola a través de su placer, el placer que él le estaba dando.

—Qué... —susurró, sus palabras entrecortadas por los jadeos—. Estás... haciendo... conmigo...

Él no contestó con palabras, sino que hundió sus dedos, alcanzó el botón escondido entre los pliegues húmedos de su sexo lo que la hizo temblar en sus brazos. Sólo entonces se permitió acariciarle el oído y susurrar:

—Déjate ir... te tengo —le susurró al oído—. Todo irá bien...

—No —sacudió la cabeza, casi sin aire—. Esto no está bien... esto no puede... estar... pasando.

Su mano se movió un poco y lentamente fue penetrándola con un dedo.

Ella lloriqueó aferrándose a sus brazos, tensándose mientras negaba con la cabeza, su mente un torbellino de sensaciones.

—Mía —le susurró nuevamente.

— ¡No! —gritó con fuerza cuando una corriente eléctrica empezó a recorrerla por entero.

Dryah abrió los ojos de repente, su cuerpo se deslizaba en el agua de la piscina y pataleó un par de veces antes de aferrarse al borde asustada. Respiró entre profundos jadeos girando la cabeza de un lado a otro desorientada buscando al hombre que la había sostenido en sus brazos y recorrido con sus manos.

En la sala de baños no había nadie más y ella no estaba de pie ante el espejo. Estaba todavía en el baño, sumergida en el agua. Todo su cuerpo vibraba y cantaba con una incomodidad que no había conocido nunca antes, sentía los pechos sensibles y el rescoldo de una mano fantasma entre sus piernas.

—Oh, dioses —gimió chapoteando en su apuro por llegar a la escalinata y encaramarse para salir de la bañera.

El ramalazo de sensaciones fue intenso y tan inesperado que Shayler tuvo que aferrarse a una de las columnas para no caer de rodillas, el aire huyó de sus pulmones como si un puño invisible se hubiese enterrado en su vientre sorprendiéndole y cogiéndole con la guardia baja.

Y lo cierto es que había bajado la guardia. ¿Cómo podía ser tan estúpido?

Desde que pasaba tiempo con Dryah se descuidaba, se permitía relajarse disfrutando del brillo y la sinceridad que brillaba en ella a medida que descubría el mundo, observando sus avances y la lucha por intentar acostumbrarse e integrarse en él. En el fondo era una luchadora, quizás hubiese tenido dudas al principio, pero el esfuerzo que ponía en dominar un poder que debería haber sido absolutamente suyo desde el comienzo no era el de alguien que no deseara vivir. Se había relajado absolutamente ante la familiaridad de su propio hogar tras comprobar que ella estaba a salvo y segura entre aquellas cuatro paredes. O al menos, segura hasta ahora.

Shayler inspiró profundamente tratando de dominar y alejar de sí aquellas emociones que no eran suyas; Ansiedad, incredulidad, miedo y un toque de excitación, todo ello mezclado con un profundo sentimiento de angustia y desesperación procedente de la única mujer que era capaz de atravesar sus defensas como un huracán sin previo aviso. Algo la había asustado a Dryah.

Cautelosamente extendió su propio poder hasta rozar el de ella que chisporroteaba en su interior, íntimamente ligado a ella, alimentado por las emociones que bullían en su interior y que ponían a prueba su nueva condición. El Libre Albedrío y ella misma se habían fundido en un único ser, ya no era capaz de ver donde empezaba uno y terminaba el otro, eran un solo ente, como debió ser desde un principio.

— ¿Qué demonios está ocurriendo ahora? —suspiró antes de desvanecerse en el aire.

Los pies de Dryah chapoteaban en el humedad que mojaba el suelo de mármol en su prisa por llegar al banco sobre el cual estaba su ropa, el agua todavía resbalaba por su piel dejando diminutas gotitas aquí y allá, mientras su húmedo cabello soltaba gotas sobre su rostro. Aferró rápidamente una de las

enormes toallas de algodón de la repisa y se envolvió con ella al tiempo que realizaba un rápido escaneo de la habitación la cual permanecía vacía a excepción de ella misma. Ni una sola vez se atrevió a posar la mirada sobre el espejo mientras cogía su ropa y se abalanzaba sobre las puertas de la sala de baños que se cerraron con un sonoro golpe a su espalda. No habían terminado de cerrarse a su espalda cuando terminó en brazos de un sorprendido Shayler.

—Ey, ¿dónde está el fuego? —jadeó al recibir el impacto del cuerpo menudo contra el suyo.

Todo ocurrió muy deprisa, pero no se le pasó por alto la mirada de sorpresa y posterior temor que vio en los ojos azules un instante antes de que ella empezase a increparle y pegarle con sus manos desnudas como una pequeña gata furiosa que intentara deshacerse de su captor.

—Tú maldito cabrón despreciable... —le gritaba entre golpes y patadas, debatiéndose en sus brazos—, por qué me haces esto, qué te he hecho... te odio... no tienes derecho... no lo tienes... maldito... te odio...

—Dryah, basta... quieta... —intentó detenerla al tiempo que evitaba sus golpes, aunque no pudo esquivar uno que fue directo bajo su ojo derecho, ni la patada que le propinó con sus pies descalzos en la espinilla—. Cariño, para... soy yo... Shayler.

Se las ingenió para volverla en sus brazos, pegando su espalda pegada contra él mientras le sujetaba las manos cruzadas contra el cada vez más acelerado latido de su pecho. Ella estaba mojada, el agua chorreaba de su pelo y por su cuerpo mojándole.

—Basta... por todos los dioses... quieta —gruñó apretándola con la suficiente fuerza para que dejara de luchar—. ¿Qué ocurre?

Para su sorpresa, ella no respondió, o al menos no lo hizo en la forma que él esperaba ya que perdió su rigidez y ansia de lucha y quedó totalmente inerte en sus brazos mientras se deshacía en lágrimas.

—Déjame ir —sollozó, su pequeño cuerpo medio desnudo temblando contra el suyo—. No quiero esto... no lo entiendo... déjame ir...

Shayler no entendía absolutamente nada, lentamente aflojó su agarre sólo para darse cuenta de que se escurría hacia el suelo y se dejó caer con ella, sosteniendo su cuerpo medio desnudo, volviéndola en sus brazos. La toalla se había deslizado y abierto dándole una clara visión de sus pechos, vientre y parte de la cadera, una visión que quedaría impresa para siempre en su retina.

—Dryah, ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —le preguntó mirando por encima de su cabeza hacia la puerta que se abrió un instante antes para dejarla salir.

Ella sacudió la cabeza, sus temblorosas manos ascendiendo a su propio rostro antes de hundirse en su pelo.

—Ya no sé lo que es real y lo que no —lloró, sacudió la cabeza y alzó la mirada hacia él—. Ayúdame... por favor, Shayler... no sé lo que estoy haciendo...

No entendía nada de lo que balbuceaba, pero sus lágrimas y la desesperación que veía en sus ojos era suficiente para que quisiera arrancarse el corazón.

—Shhh, todo está bien —la apretó contra él, abrazándola—. Estoy aquí, no dejaré que nada te haga daño.

—No —negó sacudiendo la cabeza con desesperación, apartándose de él sólo para aferrarle la camisa con más fuerza—. Tienes que hacer que acabe... haz que termine... por favor... devuélveme mi libertad.

Shayler se sintió inexplicablemente asustado cuando oyó nuevamente su nombre en los labios de ella, pero no era nada comparado al miedo que sentía ante lo que estaba a punto de hacer. Se había jurado a sí mismo ser parcial, era su deber y su misión como la Ley Universal juzgar a aquellos que ponían en peligro la balanza del universo, pero con ella supo desde el mismo momento en que la reconoció que no tendría escapatoria. La resolución de su sentencia se rebeló en el mismo instante en que se cruzaron sus caminos y desde entonces había buscado excusa tras excusa para mantenerse cerca de ella, alargando así una condena para ambos, buscando aquello que siempre anheló encontrar, rogando que estuviese en ella.

No vaciles más, Juez Supremo, tienes la verdad en tus manos.

Se tensó al escuchar la voz que había estado esperando oír con anterioridad. Siempre que preguntaba, todo lo que encontraba era silencio. Hasta ahora.

Libérala si ése es tu veredicto, o condénala.

Sacudió la cabeza interiormente y apretó más el cuerpo femenino contra él.

Es la hora... la hora ha llegado... no podemos esperar más.

Shayler respiró profundamente, la prórroga había llegado a su fin y ya no podía posponer más lo inevitable. Dryah se había encargado de echar por tierra su última barrera al aceptar como parte de ella el poder del Libre Albedrío, puede que le llevase algún tiempo acostumbrarse a él, a dominarlo completamente, pero ya no suponía un peligro para ninguno de ellos.

¿Por qué las prisas ahora?

Esperando no encontrar respuesta, como cada vez que había lanzado la pregunta al universo, se sorprendió cuando lo rodeó una tibia calidez y una mano fantasmal se posó sobre su hombro.

Tiene un destino que cumplir... ambos lo tenéis.

Se permitió arroparla aún más, atrayéndola a su regazo apretándola contra sí sin atreverse a soltarla. Le daba demasiado miedo que al hacerlo pudiese también perderla.

“No puedo perderla. Por favor... no me la quitéis.”

El Juez creyó oír una suave risa en su mente seguida de un coro de voces bordeado del poder más puro y eterno del universo. Luz y oscuridad mezclados e indivisibles. El poder de la Fuente Universal.

Está unida a tu destino, Juez Shayler. Sólo haz que se cumpla.

¿Qué se cumpla? ¿Qué se cumpla el qué?

No hubo respuesta. Como tantas y tantas veces antes, Shayler no obtuvo respuesta. Su mirada azul cielo bajó entonces a la valiosa carga que sostenía

en sus brazos, ella lo miraba a través de las lágrimas, sus ojos desprovistos de cualquier sentimiento que no fuera el de una amplísima y desgarradora soledad. Le limpió las lágrimas con el pulgar, demorándose más de la cuenta en la suavidad de su mejilla.

—Ha terminado, Dryah —murmuró intentando que su voz sonara todo lo firme que podía—. Terminó hace mucho tiempo. Tu voluntad, es la voluntad del Universo, Libre Albedrío.

Ella no podía apartar sus ojos de los de él mientras las palabras se filtraban lentamente en su mente, en su corazón, sosegando su más despiadado temor y removiendo al mismo tiempo las cenizas de la incertidumbre, de la desesperación de los pasados días. Ella negó con la cabeza incapaz de filtrar lo que le estaba diciendo. ¿El juicio había acabado? ¿Por fin?

— ¿Soy... libre? —respondió en apenas un hilito de voz.

La acercó más a él, hundiendo su propio rostro en el cuello de ella, hociqueando su piel con la nariz antes de echarse nuevamente atrás y buscar su mirada.

—Estás libre de cualquier cargo que haya podido impulsar este *Antiquerum* —le aseguró con lentitud, marcando sus palabras—. Pero no de mí. Entre tú y yo hay todavía cosas pendientes.

Ella abrió la boca para responder pero Shayler posó sus dedos sobre los labios femeninos para silenciarla.

—Y... —No le dejó hablar, sus ojos se cerraron en los de ella, su boca tan cerca que podía de la suya—, no voy a dejarte ir hasta haberlas solucionado todas.

CAPÍTULO 18

Siempre pensó que su hermano John era el maestro de la tozudez, obviamente, en aquel entonces no conocía a Dryah, esta mujer era capaz de llevar esa palabra a alturas absolutamente épicas. Después de lo sucedido a la entrada de los baños, la llevó a su propia habitación, consiguiéndole ropa y dejándole el espacio que parecía necesitar para que todo lo ocurrido fuera asentándose en su sitio. Ella se mantuvo en un incómodo silencio durante todo el tiempo, esquivaba su mirada y se encogía cada vez que se acercaba o se rozaban por casualidad. ¿Qué diablos había ocurrido para que se mostrase ahora tan cautelosa con él? Shayler repitió en su mente una y otra vez la visión de ella saliendo precipitadamente de los baños con nada más que una toalla, sus miradas habían colisionado y surgió el inexplicable acceso de rabia que sintió de pronto hacia él. ¿Qué había hecho? Por más que se devanaba los sesos, no encontraba ninguna respuesta satisfactoria. Ella había estado bien cuando se habían separado, cansada, pero bien. Y entonces sintió sus emociones como un puñetazo en el estómago, algo la había asustado, la pregunta era... ¿Qué?

— ¿Qué ocurrió en la sala de baños? —preguntó, su mirada buscó la de ella.

Ella lo miró, sus ojos enrojecidos por el llanto estaban bordeados por unos profundos círculos negros. El cansancio era obvio.

—Como si no lo supieras —masculló en voz baja.

—Nena, si lo supiera no perdería el tiempo con preguntas —declaró hastiado.

Se le quedó mirando fijamente durante unos instantes entonces apartó la mirada y volvió a arrellanarse sobre la cama. Se había sentado con las piernas cruzadas, él le había proporcionado unos nuevos jeans y un suéter azul junto con una chaqueta de punto, en la que se había envuelto buscando un poco del calor que parecía haber perdido en las últimas horas. Se la veía realmente cansada, apenas lograba mantenerse en pie y sus emociones, tal y como él las percibía, eran una maraña.

—Nada de aquello fue real —murmuró más para ella misma que para él—. Esto es una locura.

Frunció el ceño al oírla hablar consigo misma, dejó su lugar junto al escritorio y se acercó a la cama.

— ¿Qué es una locura? —le preguntó al tiempo que se acuclillaba ante ella y buscaba sus ojos—. Dryah, ¿qué ha ocurrido en la sala de baños? ¿Entró alguien mientras estabas allí?

Ella apenas alzó la mirada, respiró profundamente y sacudió la cabeza.

—No.

Él tomó las pequeñas manos en las suyas y consiguió que se sobresaltase.

— ¿Estás segura? Bonita, si alguien ha intentado algo...

Ella se soltó de sus manos y respondió con brusquedad.

—Ya te he dicho que no había nadie —exclamó con cansancio—. Déjalo ya y llévame a casa. Después podrás irte a donde te dé la gana y quedarte allí para siempre.

Se apartó de él, bajó de la cama y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación con nerviosismo.

—Sólo quiero ir a casa —farfulló—. Sólo a casa.

Él resopló con frustración. Le estaba ocultando algo, estaba seguro de ello y maldito fuera si tenía la más mínima idea de que se trataba.

—Maldición, Dryah. ¿Qué diablos ha pasado?

— ¡Nada! —exclamó volviéndose hacia él—. ¡No ha pasado absolutamente nada! ¿Vas a llevarme a casa o tengo que buscar la manera de llegar allí por mí misma?

¿Por qué no la estranguló cuando tuvo ocasión? Esta mujer podía hacer que un condenado a muerte se suicidara antes de tiempo. Se pasó la mano por el pelo con frustración, necesitaba calmarse, si se ponían a pelear no conseguiría nada de ella.

—Nada no es lo que te hizo salir corriendo como alma que lleva el diablo de la sala de baños —refutó con dureza—. Nada, no es lo que te hizo lanzarte

sobre mí como una gata furiosa... Qué diablos te hice, ¿eh? Yo ni siquiera estaba... ahí.

Shayler perdió la voz a medida que sus propias palabras se asentaban en su cerebro, su mirada volvió a la chica quien permanecía tensa, apretándose las manos con nerviosismo, su rostro ligeramente enrojecido y los labios apretados en una firme línea. Pero eran sus ojos los que la delataban, había algo en ellos que le decían que no erró en su suposición. Pero aquello no era posible, él ni siquiera se acercó a la sala de baños, había pasado buena parte del tiempo poniéndose al día con Bastet para finalmente volver a su dormitorio. ¿Qué diablos estaba pasando aquí?

—Dryah...

— ¡Basta! —explotó ella—. No ha pasado nada. Me quedé dormida en el agua y todo lo demás... ¡Arg! Ha sido una... pesadilla... un mal sueño.

Abrió los ojos desmesuradamente, no podía ser lo que estaba pensando, ella no... ¿Podría ser? Dioses, todo aquello se estaba dirigiendo en una carrera sin control hacia la locura.

— ¿Qué clase de sueño? —insistió, atento a su reacción.

Ella resopló, pero no se volvió a mirarle.

—Pues esos que tienes cuando estás dormida... uno inexplicable, absurdo y de proporciones bíblicas —respondió y enfatizó cada una de sus palabras—. Esa clase de sueño.

Todavía no estaba conforme, ella no solía ser tan vaga en sus respuestas, no importaba lo difícil que fuera o lo poco que le gustara, siempre hablaba de frente. Pero ahora, todos esos rodeos... ¿Podría ser que ella tuviese los mismos sueños que habían inundado durante tanto tiempo sus noches?

— ¿Tan absurdo como para estar protagonizado por nosotros dos? —sugirió en voz baja mientras caminaba hacia ella—. Dryah, mírame... fue...

El sonido de la puerta de la habitación al abrirse interrumpió el momento.

—Shayler, ¿podrías...? —Apareció Bastet y se sorprendió al ver a los dos juntos—. Vaya, me habéis ahorrado el avisaros de uno en uno... La cena ya está lista.

Él contuvo una maldición y asintió.

—Gracias, Bast. Ahora vamos —aceptó, su mirada puesta en la chica.

Dryah evitó mirarle y se dirigió a Bastet, agradeciendo a los dioses la oportuna aparición de la diosa.

—En realidad, quisiera pedirte un favor —se adelantó ella.

La diosa miró a su hijo antes de volverse a ella, en su rostro era patente la sorpresa.

—Por supuesto, querida. Pídemelo lo que sea —aceptó la mujer mientras le dedicaba una cariñosa caricia.

—Llévame a casa —le pidió. La angustia que reflejaban sus ojos era genuina—. Por favor. Necesito irme. Lo siento, pero no puedo quedarme aquí más tiempo.

—Dryah —la mujer empezó a preocuparse realmente. Su mirada fue a Shayler, quien sacudió la cabeza en forma negativa.

—Primero vas a cenar algo —intervino él—. Después, yo mismo te llevaré a casa.

La muchacha sacudió la cabeza.

—No...

Él clavó sus ojos en ella, no había discusión posible.

—No gastes saliva en discutir conmigo —le sugirió—. Cenaremos y luego te llevaré a casa.

La vio apretar los ojos y obligarse a tomar una profunda respiración antes de

asentir.

—Pero después me llevarás a casa —le recordó antes de añadir en voz baja—. Y te irás.

Él dejó escapar una breve risita.

—Hará falta algo más que tus malos modales para que te deje cuando dudo que seas capaz de encontrar la cama tú sola —le dijo de manera desenfadada—. Te quedarías frita en la alfombra de la entrada y no es un sitio agradable para dormir, créeme.

Ella pareció recuperar un poco el espíritu combativo.

—Empiezo a pensar que es el lugar perfecto para ti —le espetó ella.

Sonrió.

—Nah, ya me he acostumbrado a tu sofá.

Con una breve sacudida de la cabeza, dejó escapar un suspiro.

—Vete a casa, Shayler —pidió—. Sólo, vete a casa.

Él le sonrió con dulzura y le acarició la punta de la nariz con un dedo.

—Bueno, vamos mejorando, ya conseguí que dejes de llamarme Juez —aseguró complacido.

Ella sacudió la cabeza, no tenía ánimo para seguir peleando con él.

—No tienes a tu suerte —le recordó volviéndose hacia Bastet—. Creo que habías dicho que la cena ya estaba lista.

La diosa asintió y tomó el brazo de la chica inclinándose después para que sólo ella escuchase lo que tenía que decirle cuando abandonaron la habitación.

—No te enfades con él, está preocupado por ti —le susurró al oído.

Ella miró por encima del hombro de la mujer al hombre que salía tras ellas y sacudió la cabeza.

—Preferiría que no lo estuviese.

Aquel estilo de comedor con los enormes almohadones a modo de asiento llamaban a Dryah en una adorable invitación de echarse una siesta. Estaba luchando por mantener los ojos abiertos tanto como para evitar inclinarse hacia él, quien parecía estar pegado a ella con pegamento extrafuerte. Bastet había dispuesto la cena en una pequeña mesa baja, un poco más amplia de la que utilizaron a la hora del té. La diosa parecía tener una extraña inclinación hacia la comida a juzgar por la cantidad de manjares que había sobre la mesa, suficientes para alimentar a todo un ejército. Shayler se encontraba absolutamente a gusto en aquel ambiente, se lo veía relajado y risueño, pero a nadie se le escapó su atención para con ella.

Un pequeño plato con trozos de carne bañada en salsa y unas legumbres fueron depositadas delante de ella, su mirada fue del plato al hombre que se las sirvió.

—La salsa puede estar un tanto especiada para tu gusto, pero no es picante — se justificó y señaló el plato con un gesto de la barbilla—. Pruébalo, quizás te guste.

Tomó el cubierto y miró el plato sin verdadero apetito. Era mayor su cansancio que el hambre que pudiese sentir, pero conocía lo suficiente al Juez como para saber que si al menos no picoteaba algo, sería capaz de metérselo en vena.

El gusto azafranado inundó su boca mezclado con un toque dulce y la textura de la tierna carne, la cual estaba realmente deliciosa.

— ¿Está a tu gusto, querida? —preguntó Bastet desde el otro lado de la mesa redonda en la que se reunieron.

Tragó y asintió con una débil sonrisa.

—Está delicioso, gracias, Bast —respondió, su mano se movió

mecánicamente hacia las verduras, pinchándolas en el tenedor.

La diosa intercambió una rápida mirada con su hijo, quien asintió. Ninguno pasó por alto el obvio cansancio de la muchacha.

—Quizás deberíais quedaros a pasar la noche —sugirió ella, su mirada osciló entre uno y otro.

Aquello la espabiló al momento.

—No, yo... quiero irme a casa —contestó precipitadamente—. Necesito... yo... estaré más tranquila... allí.

La mujer posó sus inquisitivos ojos verdes sobre ella.

— ¿Estás segura? —insistió Bastet.

Asintió y se giró entonces hacia él.

—Suponiendo que tus hombres se hayan largado y dejaran mi hogar tal y como estaba cuando yo lo dejé.

Él esbozó una irónica sonrisa.

— ¿Ya han perdido el título de Neandertal?

Se encogió de hombros.

—Dame tiempo y encontraré una palabra que encaje mejor con ellos —le aseguó y pinchó otro trozo de carne.

Él permaneció con la mirada fija en ella, algo que la ponía nerviosa.

—Sé el motivo por el que te marchaste pero... —rompió el silencio tras unos instantes observándola—. ¿Qué fue lo que hizo que perdieras el control sobre el Libre Albedrío?

Ella se tensó automáticamente y mantuvo la mirada fija en el plato.

—Escuché la voz... de alguien... —respondió tras unos instantes de vacilación.

Madre e hijo se miraron entre ellos.

— ¿La voz de quién, querida? —se interesó la diosa.

Ella sacudió la cabeza en una negativa.

—Fue muy extraño. En un principio creí oír la voz de Tarsis, estoy segura que era él —aceptó sin dejar lugar a dudas—. Era la misma voz del hombre que estaba en el Consejo y exigió mi encierro... pero entonces escuché otras voces... No lo sé... Cuando quise darme cuenta, las cosas se me habían ido de las manos y el Libre Albedrío estaba rabioso y deseoso de escapar a mi control, pude sentir, casi oír lo que deseaba... Su necesidad de castigar.

Shayler hizo una nota mental de hablar con Tarsis.

—Era como si me estuviesen desgarrando por dentro... haciéndome jirones, robándome... algo... —continuó con la explicación—. Entonces esas otras voces... creo que solo fueron dos, pero parecían coreadas por muchas otras al mismo tiempo. Y había poder en ellas, un poder inmenso que vibraba en cada sílaba pronunciada por ellos. Juraría que eran ellos, los que me escoltaron fuera de la habitación y me condujeron hasta la Sala de los Ancianos... las mismas figuras encapuchadas cuyo reflejo vi en el cristal del escaparate, pero cuando me di la vuelta, allí sólo estaba esa otra mujer... la guardiana universal... Uras.

Shayler se tensó a su lado, en sus ojos bailó la incredulidad mezclada con el asombro. ¿Figuras encapuchadas? ¿Dos voces coreadas de ecos fantasmales llenos de poder? La descripción que ella daba sólo podía corresponder a ellos... pero... No, era imposible, ¿qué podría querer la Fuente Universal de esa mujer? Estaba a punto de indagar en el asunto y pedirle una explicación más clara sobre esas dos supuestas figuras cuando su mente rescató el último nombre que había pronunciado.

— ¿Uras? —Su voz se endureció e hizo que ella se sobresaltara a su lado—. ¿Qué diablos quería esa zorra?

La diosa posó la mano sobre su brazo serenándole.

—Shayler —le pidió al ver la respuesta que el nombre de esa mujer provocaba en su hijo—. Déjala que termine.

Ella parpadeó varias veces antes de continuar.

—Imagino que lo mismo que el resto de tus compañeros de armas —le dijo al tiempo que acompañaba sus palabras con un encogimiento de hombros—. Todos parecen haber llegado a la conclusión conjunta de que soy un peligro, no solo para el universo, sino también para ti. Ella se presentó como tu... mujer.

Él notó cierto tono irónico en su última frase. ¿Celos? No creía tener tanta suerte.

—No es mi mujer —bufó en respuesta—. ¿Qué fue lo que te dijo esa zorra?

Bueno, sin duda aquello aclaraba perfectamente los sentimientos del hombre hacia la guardiana.

—Como acabo de apuntar, no me quiere cerca de ti.

Él se limitó a poner los ojos en blanco.

—Ignórala y si vuelve a acercarse a ti, dímelo de inmediato.

Ella arqueó una ceja ante la respuesta masculina.

—Empiezo a pensar que quizás debiera ignorarles menos y escuchar lo que tienen que decir —añadió sin pararse a pensar—. Al menos tus guardianes parecen tener mucho que decir, al contrario que tú.

Shayler acusó la punzada dirigida a él, pero maldito si iba a ceder a lo que decía una estúpida profecía.

—Por esa regla de tres también puedo jugar yo, princesa —le recordó con ligereza—. Sigo esperando una explicación a lo que sea que ocurrió en la sala de baños.

Bastet seguía en silencio al intercambio de ambos, prefería mantenerse al margen y dejar que ambos jóvenes resolvieran sus cosas, la cercanía entre ambos y los laberínticos caminos que tomaban para esquivarse el uno a otro no hacía sino afianzar su suposición en torno a ellos. Pero la acotación que hizo Shayler con referencia a la sala de baños llamó su atención.

— ¿Ocurrió algo en la sala de baños?

Él asintió lentamente.

—Eso es lo que intento averiguar —respondió sin apartar la mirada de la de Dryah.

Ella apretó los labios en una fina línea, obviamente no estaba dispuesta a decir una sola palabra.

—No ocurrió N-A-D-A —insistió ella e hizo hincapié en cada letra.

Él arqueó una ceja en irónica respuesta.

—Nada no concuerda con la manera en que saliste de la sala, medio desnuda y de lanzarte arremetiendo contra mí como una gata furiosa —le recordó él tajante y directo.

La mirada de diosa alternó entre ellos para finalmente quedarse en la muchacha. El sonrojo en sus mejillas y el brillo de desafío en sus ojos marcó su respuesta antes de que apartase el rostro.

—Querida, ¿qué ocurrió? ¿Te molestó alguien? Si es así, no dudes en decirlo, se le castigará como merece.

Ella negó con la cabeza y dejó escapar un angustioso suspiro.

—Ya he dicho que no había nadie —insistió con desesperación—. Me quedé dormida en el agua, estaba cansada, aún lo estoy... yo sólo... fue una pesadilla. Me asusté y salí corriendo y... Shayler estaba allí y se llevó la peor parte.

La mujer se volvió entonces hacia su hijo.

—Imagino que eso explica el moratón bajo tu ojo, ¿um?

El hombre se llevó la mano a la cara, donde aquella pequeña rubia le había propinado un buen golpe. Él la vio sonrojarse aún más.

—No es nada —negó quitándole importancia, ya que en realidad, ni siquiera le dolía.

Bastet sonrió con secreto interés.

—Esa parece ser la frase de la noche —se rió suavemente. Su mirada vagó de uno al otro para finalmente concentrarse en su plato, no sin dejar caer—. Así que... ¿Soñaste con él?

La respuesta fue bastante gráfica puesto que se atragantó con el agua que estaba bebiendo. Shayler se inclinó hacia ella para darle unas palmadas en la espalda mientras tosía, ninguno vio la amplia sonrisa en el rostro de Bastet.

—Entonces así están las cosas —murmuró la diosa contemplando a la pareja a través de sus espesas pestañas.

—Despacio, respira —la atendía Shayler.

La mirada de la muchacha fue directamente hacia la diosa, sorprendiéndola con la súplica que vio en sus ojos seguida del casi imperceptible movimiento de cabeza. Estaba pidiéndole que guardara silencio.

— ¿Y quién es ese Tarsis, por cierto? —preguntó Bastet llevando la conversación hacia otros derroteros.

—Tarsis es... —comenzó Shayler.

—Fue uno de los Sumo Sacerdotes de Elora, en el Templo de la Esperanza — se adelantó Dryah al tiempo que se apartaba del contacto de su compañero.

La diosa frunció el ceño.

—Un hombre con poder...

—En realidad, un dios —la corrigió el Juez—. Uno demasiado oscuro y prácticas poco comunes...

Aquello despertó el interés de la diosa.

— ¿Y dices que él estaba en el Consejo?

Dryah asintió.

—Según he podido comprender, él fue uno de los primeros interesados en promover el consejo.

Shayler asintió, corroborando su respuesta.

—Qué interés puede tener para querer que se te encierre —murmuró Bastet más para sí misma que para los demás.

—No lo sé —negó el Juez al tiempo que se frotaba de manera distraída la barbilla—. Pero el *Antiquerum* solicitado por Seybin debería haber sido suficiente garantía para él...

Ella sacudió la cabeza.

—No lo será —negó con firmeza—. Había rabia en su voz, maldad cuando me habló... Diría que no le va a gustar el resultado de este juicio.

Bastet miró de uno a otro y finalmente se volvió a su hijo con las cejas arqueadas en muda pregunta. Shayler se limitó a dedicarle un ligerísimo asentimiento.

—Cada cosa a su debido momento —concluyó la diosa y tomó uno de los platos más cercanos a ella para ofrecérselo a su hijo—. Es tu privilegio.

Él arqueó la ceja en respuesta a la petición de la mujer, sus labios se curvaron en una perezosa sonrisa mientras cogía el plato y tras seleccionar un pequeño pastelillo, lo depositó de nuevo sobre la mesa. Sin mediar palabra se giró a Dryah y plantó el dulce ante sus labios.

—Abre la boca —le pidió.

Ella miró el pastel y luego a él.

— ¿Por qué?

Él puso los ojos en blanco.

—Es lo que suele hacerse cuando se come, ¿sabes? Luego la cierras y masticas —le respondió con divertida ironía—. Dale un mordisco, no te matará.

Ella miró el pastelillo detenidamente y de nuevo al juez. Finalmente suspiró y se acercó entreabriendo sus labios. La crema y el dulce sabor del dátil se mezclaron en una deliciosa combinación en su boca. Cerró los ojos para saborearlo bien.

—Está buenísimo, ¿qué es? —preguntó mirando el plato y a Shayler, quien se estaba comiendo el trozo que ella había dejado.

—Dulce de dátil —respondió Bastet echando una significativa mirada a su hijo—. Un pequeño pecado para el paladar.

A ella no le pasó por alto la mirada que intercambiaron madre e hijo, pero la dejó pasar. No estaba segura de querer averiguar su significado.

Bastet estiró la mano por encima de la mesa y acarició los dedos de ella.

—Sé que estás cansada, no quiero alargar innecesariamente esta cena —le aseguró con mirada maternal—. Cuando sientas que necesitas irte, díselo a Shayler.

Dryah asintió con un ligero rubor.

—Lo siento, pero estoy realmente cansada —aceptó con un ligero susurro.

—No hay nada que sentir, mi querida. Ésta es y será siempre tu casa —declaró la mujer con un ligero apretón antes de dejar ir sus dedos.

Shayler se volvió hacia ella, capturando su mirada.

— ¿Quieres irte ya?

Ella asintió.

—Por favor.

Él la ayudó a levantarse, al mismo tiempo que se incorporaba Bastet.

—Iré a buscar mis cosas —murmuró Dryah dejándoles espacio para que ambos se despidieran.

Él asintió y la dejó marchar, su mirada la siguió hasta que salió por las puertas dobles perdiéndose en el extenso corredor.

—No va a ser fácil, Shayler.

Bastet posó la mano sobre su hombro atrayendo su atención. Sus ojos reflejaban el dolor y la incertidumbre de una madre ante las decisiones de su hijo. Él tomó la mano entre las suyas y se inclinó para depositar un beso en sus dedos.

—Lo sé —aceptó con resignación—. No lo será para ninguno de los dos. Pero es mi destino, el de ambos y aunque todavía no se haya dado cuenta de ello, está encadenada a él... a mí.

La diosa asintió leyendo lo que él ya intuía en sus ojos azules.

—Es tu predestinada —susurró como si el decirlo en voz baja supusiera un impacto menor.

Él asintió, esa había sido la sospecha que vivía en él desde el mismo instante en que se cruzaron sus caminos y ahora las palabras de la diosa, se lo confirmaban.

—Sí, madre. Somos almas predestinadas. Una chistosa broma del destino, ¿no?

Ella sólo pudo responder con un maternal abrazo.

—Todo tiene un lugar y un sentido en la gran trama del universo, así que no, cariño, no es una broma del destino —respondió al tiempo que enmarcaba su rostro con las manos—. Es como estaba destinado a ser.

Él la besó en la mejilla.

—Cuídate —le pidió separándose de ella.

—Tú también —aceptó dejándolo ir—. Y cuídala a ella. Intuyo que sabe que está ocurriendo algo entre vosotros, pero es demasiado pronto para que lo comprenda.

Asintió.

—Lo tendré en cuenta —aceptó y le dedicó una profunda reverencia—. Estaremos en contacto.

Bastet contempló la salida de su hijo. Puede que no llevara su sangre, que no hubiese nacido de su vientre pero daría su vida por él sin dudar.

—Almas predestinadas —murmuró de nuevo alzando la mirada a los cielos, impulsando su voz más allá del reino de los vivos—. Siempre te ha gustado apostar fuerte, Eidryen. Los dioses quieran que tu pequeña alma esté a la altura de las circunstancias.

CAPÍTULO 19

Dryah se tambaleó tan pronto la soltó después de transportarlos a ambos de regreso al reciente hogar de la muchacha, la soltó solo para verla dar unos inestables pasos hacia un lado; O estaba mareada o mucho más agotada de lo que le hizo pensar y él optaba por la segunda opción a juzgar por las oscuras sombras que decoraban sus ojos.

—Cuidado. —La sujetó por la cintura para evitar que cayese—. Tu dormitorio

está por allá.

Ella posó la mano sobre su brazo en un intento por enderezarse.

—Creo no me gusta demasiado esta forma de viaje —murmuró apoyándose en él para mantener el equilibrio.

—Es cuestión de acostumbrarse —le aseguró y la instó a caminar hacia el pasillo—. Tienes un gran poder entre manos, pequeña, con el tiempo descubrirás cada una de sus ventajas.

Negó lentamente con la cabeza.

—Prefiero caminar sobre mis dos piernas, gracias —resopló y se dejó conducir por él.

No discutió con ella, su cansancio era palpable por lo que la llevó al dormitorio y se quedó en el umbral mientras ella se dirigía como una autómatas hacia la cama.

— ¿Necesitas ayuda? —sugirió.

La pregunta pareció sorprenderla, ahora estaba seguro de que le faltaba nada para quedarse dormida de pie. Se giró lentamente hacia él y pudo ver que sus suposiciones no eran muy descabelladas.

—Creo que a partir de aquí puedo arreglármelas yo sola —aseguró, la mirada de anhelo que le dedicó a la cama le provocó celos—. Sí, mi cama.

Él sonrió ante el tono soñador que utilizó.

—Ponte el pijama antes de meterte en ella —le recordó desde el umbral—. Dormirás más cómoda.

La muchacha se limitó a asentir.

—Lo haré —susurró en respuesta, entonces alzó la mirada y encontró sus ojos—. Gracias por traerme de regreso.

Shayler dejó el umbral de la puerta y caminó hacia ella, sus miradas sin separarse en ningún momento.

—Trata de descansar —le sugirió con voz suave, sedosa mientras recorría su rostro—, tenemos mucho de lo que hablar todavía.

Ella le sostuvo la mirada, se lamió los labios y tras un instante de silencio posó la mano sobre su brazo.

—Vete a casa, Juez —le dijo. Su mirada sincera, agotada—. Sólo vete a casa.

Él sonrió para sí, le acarició la mejilla con los nudillos y se inclinó hacia ella.

—Ahora estoy seguro de que sólo me llamas Juez para molestarme —le dijo con un bajo ronroneo.

Ella resopló y lo empujó suavemente.

—Que no te quepa la menor duda —le dijo retirando la mano—. Buenas noches, Juez Shayler Kelly.

Él se la sujetó antes de que pudiese retirarla por completo y tiró de ella para tenerla de nuevo junto a él.

—Buenas noches, Dryah —le susurró antes de bajar la boca sobre la de ella en un suave y breve beso—. Nos veremos cuando despiertes.

Ella se lamió los labios y dio un paso atrás.

—Lárgate de una vez, Juez —le dijo con un cansado suspiro.

Sonrió de nuevo, le acarició una última vez la mejilla con los nudillos y se marchó permitiendo que la puerta del dormitorio se cerrase tras él. Dryah se quedó contemplándola durante unos breves instantes, sus dedos ascendieron hasta los labios y los acariciaron.

—Siempre tiene que tener la última palabra —musitó. Negando con la cabeza le dio la espalda a la puerta y se dirigió a la cama. Necesitaba dormir, una buena noche de sueño borraría todas aquellas absurdas e inexplicables

sensaciones de su cabeza, o eso esperaba.

Shayler entró en el salón y contempló los muebles del salón y el sofá que se habían convertido en algo familiar, en los últimos días había pasado más tiempo en ese apartamento que en su propia casa. El lugar en el que habitaba la mujer de sus sueños; Literalmente. Su predestinada, su otra mitad. La única para él, la que encajaría perfectamente con la mitad de su alma, la mujer por la que empezaba a sentir un profundo cariño y una posesividad que iba más allá de la simple amistad. Era extraño como cambiaban las cosas, ya no se trataba de una obsesión ni algo creado por su subconsciente para darle un motivo por el que seguir adelante en un mundo lleno de conflictos. No, ahora se trataba de Dryah, una mujer real, de carne y hueso a la que acababa de dejar en su dormitorio. La poseedora de los ojos más hermosos y tristes que contempló jamás. Como le gustaría poder borrar esa tristeza de una vez por todas.

Se dejó caer en el sofá y echó la cabeza atrás con un suspiro. ¿Sería posible que hubiese soñado también con él? ¿Sería ese el motivo de su pequeña pelea?

Sonriendo se llevó la mano al lugar en el que le golpeó; Su pequeña gata salvaje.

Una ligera vibración en el bolsillo trasero del pantalón lo devolvió a la realidad, se inclinó ligeramente hacia un lado y extrajo su Blackberry para ver el número de John en el identificador de llamada. Justo lo que necesitaba. Realmente, no tenía ningunas ganas de hablar con su hermano, no estaba preparado para enfrentarse a John y a su “te lo dije”. Sin embargo no podía dejar pasar lo que ella le reveló durante la cena, la presencia de Uras y más exactamente, la presencia de Tarsis. Tenía que poner punto y final a todo aquello de manera oficial, presentarse ante el Consejo de Ancianos y comunicarles a aquellos cuatro seres su decisión. Dryah estaba ahora fuera de su jurisdicción, no permitiría que nadie tocara un cabello de su dorada cabeza. Con un suspiro, accionó el manos libres.

Durante un instante reinó el silencio, entonces:

—Imagino que has dado con ella.

Shayler se obligó a respirar profundamente, tenía que dejar de lado lo

ocurrido y concentrarse en el presente.

—Sí.

Se produjo un nuevo momento de silencio hasta que el guardián volvió a preguntar.

— ¿Ella está bien?

Dejó escapar un cansado suspiro y asintió.

—Todo lo bien que podría estar dadas las circunstancias —aceptó de forma concisa y directa. Entonces se permitió una breve pausa y a continuación declaró—. He terminado con el *Antiquerum*.

Su reacción se duplicó al otro lado de la línea en la forma de un nuevo suspiro.

— ¿Tú estás bien?

Shayler esbozó una mueca. No deseaba tener esa clase de conversación ahora.

—Sí.

Una ahogada maldición llegó desde el otro lado de la línea.

—Joder, Shayler. ¿Por qué tienes que buscar siempre el lado difícil de las cosas? —exigió saber—. ¿De entre todas las criaturas del universo tenías que tenerla precisamente a ella?

Él no pudo evitar sonreír ante el tono lastimero que escuchó en la voz de su hermano.

—Lo siento si no te gusta mi elección.

John bufó desde el otro lado de la línea.

—Y una mierda que lo sientes —su voz sonó claramente irónica—. Entiendes lo que eso significa, ¿verdad?

— ¿Qué estoy a punto de joder con el universo? Sí, lo sé —aceptó con un ligero encogimiento de hombros que su interlocutor no podía ver—. Pero eso no cambia nada.

A juzgar por el agudo gruñido que escuchó, la noticia no hizo más que confirmar las sospechas del otro hombre.

—Así que, ¿ya lo has hecho oficial?

—Estaba pensando en ir al Consejo ahora que llamaste —aceptó mientras echaba la mirada hacia atrás, hacia la puerta del salón—. Dryah comentó que el posible responsable de que desatara su poder es el mismo implicado en la petición de su encarcelamiento.

La respuesta fue rápida y concisa.

—Tarsis.

Bingo, pensó con diversión. Parecía que sus compañeros no habían estado tan ociosos como cabía esperar.

—El mismo —aceptó incorporándose hasta quedar sentado, con las manos cruzadas sobre las rodillas—. Y parece que no fue la única visita.

—Uras —corroboró John—. El Cazador de Seybin nos advirtió, parece que se encontraron y ella dejó marcado su territorio.

Como toda respuesta Shayler bufó.

—Pues se equivocó ligeramente de zona geográfica, los pantanos están un poquitín más al sur —comentó con tono mordaz.

John no contestó, en su lugar se oyó un sonido de papeles seguido por un bajo gimoteo canino. Él sonrió.

— ¿Horus está contigo?

El ladrido del perro al escuchar su nombre pronunciado por su amo le dio la respuesta.

—Lyon lo trajo a la oficina para que no se quedase solo en tu apartamento — le explicó—. Te gustará saber que casi le hinca el diente a Uras.

Shayler se echó a reír por lo bajo.

—Buen chico, Horus.

Ahora fue el turno de John de poner los ojos en blanco.

—Sí, bueno. Puedo sugerirte que te pases por tu oficina en cuanto tengas un momento, hay una cantidad inimaginable de papeleo esperándote y de paso que vienes, podrás recoger a tu perro.

Shayler puso los ojos en blanco ante la sola idea de los montones de casos y papeleo que tendría pendientes de archivar, sus primeras vacaciones en... siempre, terminaron bruscamente al segundo día de cogerlas cuando John lo levantó de la cama para ponerlo al tanto del *Antiquerum*. A partir de ese momento, no estaba muy seguro si se había bajado en alguna ocasión de la montaña rusa que se convirtió ese juicio.

—De acuerdo —suspiró con desgana—. Me pasaré por ahí después de hacerle la visita de rigor al Consejo.

—Sí... buena suerte con eso —le deseó su hermano antes de colgar.

Shayler miró el teléfono y suspiró para luego enterrar la cabeza entre las manos. Lo que daría por poder pasar un único día sin que los problemas llamasen a su puerta.

Nyxx apagó la colilla de su cuarto cigarrillo de la noche con el talón de la bota mientras dejaba escapar el humo entre los entreabiertos labios, su mirada

fija en la quinta planta de aquel edificio de tercera generación, uno de los barrios más humildes de Manhattan. Las luces seguían encendidas en la tercera ventana de la izquierda, la más cercana a la escalera de incendios que no estaba muy seguro que debiera ser utilizada. ¿Qué diablos hacía allí y por qué demonios volvía a fumar? Aquel era un hábito de lo más absurdo, aunque no es que pudiera matarle ya que técnicamente había muerto hacía mucho tiempo, demasiado para tenerlo en cuenta. Su agudo oído captó un movimiento procedente de la puerta principal, si podía llamársele así a la desvencijada reja cubierta de grafitis del que colgaba precariamente el número 19 en una placa de latón. El edificio debió ser derruido hacía años y en cambio seguía siendo utilizado para dar cobijo a una variopinta comunidad, desde una mujer mayor que vivía con una quincena de gatos, pasando por un profesor de piano desahuciado, una pareja de homosexuales y la pequeña ratoncito de biblioteca a la que rescató de terminar bajo las ruedas de un coche no muchos días atrás.

— ¿Qué coño estás haciendo, Nyxx? —se preguntó en voz alta. Aquella era la segunda noche que patrullaba por aquella calle, que se detenía en las sombras de un oscuro callejón observando la ventana de la tercera planta hasta que ella apagaba las luces y se iba a la cama.

La había seguido, en realidad, siguió la pista de su aroma por toda la jodida manzana. Su olor se le había grabado a fuego y antes que de que diera cuenta de las gilipolleces que hacía, la rastreó hasta una pequeña tienda de flores en la que trabajaba en el turno de tarde. Fue en una de esas tardes cuando la vio salir a altas horas de la noche y preocupado por su seguridad, la siguió hasta aquí.

Realmente, había perdido la cabeza.

Su mirada verde ascendió nuevamente hacia la ventana en el mismo momento que un agudo pitido empezó a sonar en uno de los bolsillos de su pantalón. Frunciendo el ceño rescató el teléfono y miró el identificador de llamada el cual daba el tono como “número oculto”.

Gruñó desde el fondo de la garganta al tiempo que contestaba.

— ¿Quién eres y por qué tienes mi número?

Hubo una ligera vacilación desde el otro lado de la línea antes de que una voz conocida le respondiera.

—Soy Dryah y tengo tu número porque Shayler lo grabó para mí —le dijo ella con suavidad.

Nyxx dejó escapar un suspiro cuando escuchó la voz de la chica. Había estado ando nervioso con su desaparición, sabía que el Juez no andaría muy lejos pero eso no es que le sirviera de gran consuelo.

—Ey, pequeña. ¿Qué haces levantada a estas horas?

Ella suspiró.

—Esa es una muy buena pregunta, pero en realidad, estoy en la cama, a punto de quedarme frita —aseguró con un bostezo—. Pero quería que supieras que estoy bien, Shayler me ha traído de vuelta a casa.

Nyxx oyó la somnolencia en su voz, era obvio que estaba luchando para mantenerse despierta.

—Tesoro, apaga el teléfono y duérmete, no vas a aguantar ni dos frases más —le dijo con su característica voz rota—. Ya hablaremos cuando hayas descansado.

—Sí... —la oyó bostezar de nuevo—. Te llamaré... después... mañana... cuando me despierte.

Nyxx sonrió con cariño, agradecido de poder oírla.

—Dulces sueños, princesa —le susurró.

—Oh, ¿Nyxx? —pareció recordar ella de pronto—. Ya soy libre. El juicio ha llegado a su fin y el Juez me ha dejado en libertad.

—Muy oportuno por su parte —murmuró el cazador más para sí que para ella. Al mismo tiempo, envió una plegaria de agradecimiento a los cielos, sin saber muy bien a quien iba dirigida—. Es lo menos que podía hacer, nena, tú no tienes culpa de lo que los demás han querido poner en tu camino.

El Cazador oyó otro bostezo y sonrió.

—Apaga las luces, Dryah y descansa.

—Buenas noches, Nyxx.

—Buenas noches, pequeña.

La línea se quedó en silencio cuando ella cortó la llamada. Devolvió el teléfono a su bolsillo e hizo una anotación mental de pasar a ver en un par de días a la pareja. Porque estaba seguro de que los encontraría todavía juntos, no sabía a qué se debía, pero sus sentidos de lobo no se equivocaban nunca y había notado algo entre esos dos que iba más allá de la atracción. El tiempo diría en que desembocaría.

Echando un último vistazo a la tercera ventana de arriba vio una figura que se movía tras las cortinas un instante antes de quedar nuevamente a oscuras. Tomando un profundo suspiro, alzó la mirada hacia el cielo y oteó el aire frío de la noche. Quizás no fue demasiado tarde para permitirse correr.

Shayler recorrió con la mirada el largo corredor que llevaba a la sala principal del Consejo, hecho de mármol y decorado al más puro estilo clásico griego, las esculturas y estatuas de unos dioses que sólo eran recordados en las leyendas, se alzaban orgullosos a ambos lados, había frescos decorando las paredes y el techo representando escenas de varias épocas y etnias con divinidades olvidadas hacía mucho tiempo por la humanidad. Las antorchas iluminaban el corredor con una suave y agradable luz, el Juez sonrió ante la ironía de ver aquello en la era de la electricidad, pero existían lugares en los que una simple antorcha o una lámpara de aceite era lo único que podías obtener y él no estaba allí para discutir sobre avances tecnológicos con los regentes de los panteones o el Consejo de Ancianos como preferían considerarse a sí mismos.

Alguien debía estar al tanto de las correrías de los dioses, de sus excesos, de sus continuas peleas por demostrar su superioridad en una época en la que sus nombres sólo aparecían en los libros de historia y ni siquiera eran considerados reales. Dioses e inmortales por igual debían ser regidos y controlados para mantener el equilibrio y aquella era una tarea que con gusto

depositaría en las manos de los Ancianos. Ellos podían encargarse perfectamente de aleccionar a los infantiles dioses, sólo cuando las cosas iban más allá de sus manos, o suponían un riesgo para el equilibrio del Universo, recurrirían a él. O así debía ser.

Sin más preámbulos, abrió la puerta de la Sala de los Ancianos con su poder y entró directamente.

Los tres Ancianos se volvieron desde los lugares en los que se encontraban al oír el sonido de las puertas. Aristes fue el primero en levantarse tras el enorme estrado, el más anciano y respetuoso de los cuatro miembros del Consejo reconoció la presencia del Juez con una inclinación de cabeza y rodeó el estrado en su camino hacia él. El hombre tenía la apariencia de un hombre de avanzada edad, pero su complexión y su aura de poder no hacían sino desmentir su edad.

—Un extraño placer teneros por aquí, Mi Juez —lo recibió Aristes, quien bajaba ya los tres peldaños que separaban la tarima de la parte rasa de la sala.

Shayler se adelantó para ayudar al Anciano, aquella deferencia a la edad del hombre siempre contribuyó a aumentar su respeto hacia él.

—Limito mis apariciones a cuando son realmente necesarias, Aristes —le dijo tendiéndole el brazo para ayudarlo a descender los últimos peldaños.

El hombre palmeó agradecido el brazo del chico y negó con la cabeza.

—Deja de tratarme como si fuera a romperme en cualquier momento, Juez Shayler, soy más anciano que tú, pero no menos capaz —le aseguró con buen humor.

—Jamás me atrevería a sugerir tal cosa —aceptó él y volvió la mirada hacia los otros tres hombres, quienes inclinaron su cabeza en señal de reconocimiento.

—Imagino que vuestra presencia aquí, obedecerá a algo más ya que no sois dado a las visitas de cortesía, Juez Supremo.

Él sonrió con ironía al más joven de ellos, su edad rondaba la misma del Juez, o al menos, su aspecto no era más allá del de un hombre a mediados de los veinte o inicio de los treinta.

—Hemos oído rumores sobre el incidente acontecido en el mundo humano —continuó, su voz firme y respetuosa pese al borde de ironía subyacente en su voz—, con el Libre Albedrío. Fue una suerte que ocurriera en un momento de la noche y no a pleno día. Según sé, vuestros hombres realizaron un buen trabajo.

No se le escapó el hincapié que hizo al mencionar a sus compañeros de armas.

—Yo no esperaría menos de los Guardianes, Larios —lo atajó Aristes, su mirada fulminó con eficacia al joven.

El Juez se mordió una irónica sonrisa y añadió.

—El episodio trajo consigo un resultado del que estoy seguro no esperaba aquel que lo inició.

— ¿Y ese sería? —se aventuró a preguntar Orest, quien permanecía como un simple espectador.

Arqueó una ceja en respuesta, siempre le había parecido divertida la forma en que intentaban mostrar su ignorancia ante los últimos sucesos cuando sabían exactamente lo sucedido en el momento en que sucedía, siempre lo sabían.

—Me sorprende que las buenas noticias no lleguen hasta vosotros —continuó mostrándose absolutamente afectado, para luego añadir con efectividad—, más aún cuando el cambio que se ha producido, se nota en la trama del universo.

—No siempre se pueden considerar buenas las noticias que nos llegan procedentes del mundo humano, Juez Shayler —comentó Aristes a modo de disculpa.

Él se limitó a asentir.

—En tal caso, déjame que sea el portador de tales noticias —le dijo al tiempo

que sacaba tres sobres color burdeos con un lacre negro del bolsillo interior de su chaqueta y se los entregaba a Aristes—, ya que al parecer no sois conscientes de la actual del Libre Albedrío en la trama del Universo. El *Antiquerum* se ha resuelto... y ahí está mi veredicto.

El Anciano no pareció sorprendido, se limitó a coger uno de los sobres que le tendía y rompió el lacre tomándose un momento para leer el contenido. Finalmente volvió a cerrarlo e inclinó levemente la cabeza ante él.

—El Juicio está resuelto entonces —aceptó el hombre.

Shayler asintió y levantó los otros dos sobres.

—Teniendo en cuenta que la petición salió de aquí, os agradecería que hicieseis llegar a Seybin, Señor de las Almas, mi veredicto. Querrá saber de primera mano cual ha sido —pidió tendiéndole uno de los sobres para luego mirar el otro y pasear su mirada sobre los otros dos hombres—. Así mismo, podéis hacerle llegar también a Tarsis, junto con todo mi agradecimiento y el de mi custodio, su intervención, sin la cual no sería posible llegar a un consenso con tanta... prontitud.

— ¿Qué insinuáis, Juez Supremo?

Shayler se volvió hacia Larios, quien había dejado su tarea, al igual que Orest y se encaminaban hacia ellos.

—No está en mi naturaleza insinuar, mi querido amigo, mi cometido se basa en certezas al igual que mi juicio —respondió con un tono demasiado amistoso para considerarlo real.

— ¿Podrías ser más claro, mi señor? —pidió Aristes, su mirada se centró en el Juez y Shayler vio verdadero interés en la mirada del Anciano.

—Tendría que preguntar a mi custodio para tener absoluta claridad de los hechos —le dijo alternando la mirada de uno a otro de los ancianos antes de volver a él—. Básicamente, “alguien” parecía tener cierto interés en liberar al Libre Albedrío sin importarle poner en peligro no sólo su estabilidad y el equilibrio del universo, sino a todos nosotros.

Aristes tomó el otro sobre que le tendía sin hacer ni un sólo comentario más.

—Me encargaré de que uno de nosotros entregue personalmente esta misiva a Tarsis —aceptó el Anciano, su mirada se cruzó durante una fracción de segundo con la de Larios. Shayler creyó ver incluso una luz de advertencia en su mirada.

—Te lo agradezco —aceptó antes de añadir—. No me gustaría que a mi protegida le ocurriera nada ahora que por fin podrá disfrutar de un poco de tranquilidad.

—Por supuesto —aceptó Aristes reconociendo la velada amenaza en las palabras del Juez.

Con un último vistazo a cada uno de ellos, dio media vuelta y se marchó por dónde había entrado.

Orest miró a Larios y después a Aristes, cuya mirada estaba fija en la puerta por la que había salido el Juez.

—Es joven e insolente —comentó el hombre tomando uno de los sobres.

—Es nuestra Ley —le recordó Aristes.

Orest asintió y levantó en sobre de su mano.

—Haré que le entreguen la misiva a Seybin lo antes posible.

Aristes asintió y se volvió hacia Larios, tendiéndole el otro sobre.

—Llévaselo a Tarsis, entrégalo en mano y transmite el mensaje del Juez palabra por palabra —ordenó el anciano.

Larios asintió, se inclinó y tomó el sobre.

—Entonces, ¿ahora la muchacha estará bajo la protección de nuestro Juez? —preguntó mirando el sobre.

—Sí —respondió Aristes sin dudar—. Esperemos que esa sea suficiente

advertencia para Tarsis. No es sensato ponerse en contra del Juez Supremo. No, no lo es.

Dicho esto, miró a ambos hombres y se volvió para continuar con la tarea que estaba realizando cuando apareció el joven Juez. Personalmente, se alegraba de la resolución de aquel juicio, Eidryen y Elora podrían descansar por fin en paz.

Sin duda el béisbol es el deporte americano por excelencia, aunque Seybin debía ser el primer dios que organizaba un torneo de aquel deporte en sus más oscuros dominios. Los gritos y jaleos del público ensordecían el improvisado estadio, si podía llamársele así a la amplia caverna presidida por la Puerta de las Almas y un público bastante... muerto. Aunque quizás la palabra más acertada fuera... fantasmal. Con todo, el jaleo que hacían era ensordecedor.

En el montículo de tierra central, uno de los Cazadores de Almas dialogaba a modo de señales con el receptor, mientras el bateador esperaba y se preparaba.

— ¡Vamos, Silver! —Animaban al bateador desde las gradas—. ¡Mándala fuera!

—Sí, Josh, muéstranos lo que sabes hacer —lo azuzó Seybin desde la primera base.

—Que te jodan, jefe —farfulló el bateador que respondía al nombre de Josh. Alto y fornido, con unos mechones negros y dorados escapando por debajo de la gorra de béisbol, poseía un aura letal. Josh era uno de los Cazadores de Almas más joven, que junto con Silver y el propio Nyxx formaban la élite y guardia personal del Señor de las Almas.

—Señores, señores... pongamos la pasión en el juego —sonrió Seybin mientras hacía cálculos sobre la distancia entre las bases y pendiente del lanzamiento—. Vamos, chicos, quiero una carrera completa.

El lanzador miró a Seybin por debajo de la gorra y sonrió con ironía.

—Tú siempre pidiendo, jefe —rezongó e hizo su primer lanzamiento.

La bola salió disparada esquivando el fuerte balanceo del bateador terminando con un ahogado golpe en el guante del receptor.

— ¡Strike 1!

—Esa ha estado bien, Silver —lo animó Seybin con un toquecito a su gorra.

—Pues espera a ver la siguiente —le dijo el lanzador sacándose la gorra e inclinándose en una payasa reverencia que dejó su pelo negro suelto cayendo sobre sus hombros. Tras volver a ponerse la gorra, lanzó.

Un fuerte sonido de madera contra cuero hizo eco en la enorme caverna cuando la bola salió disparada casi a ras del suelo hacia una de las esquinas. El bateador lanzó el bate y salió en un rapidísimo sprint hacia la primera base.

—Oh, adoro este deporte —aseguró Seybin saliendo disparado hacia la siguiente base.

— ¿Dónde diablos está la bola? —clamaba Josh—. ¡No le dejéis alcanzar la base!

—Demasiado tarde, polluelos —se reía Seybin pisando con fuerza la almohadilla de la segunda base en un rápido derrape antes de seguir hacia la siguiente.

— ¡Vamos, vamos! —Le animaban desde las gradas.

— ¡Vamos Silver, a por la segunda, ocupa la segunda!

La bola fue de guante en guante hasta ser decepcionada en la tercera base bajo una enorme polvareda provocada por el deslizamiento del corredor.

— ¡Fuera! —clamó el árbitro fantasmal cuando el polvo se despejó mostrando a Seybin tocando la base y el guante con la bola por encima de él.

— ¡Mierda! —maldijo Josh tirando al suelo el guante.

—Buena carrera, jefe —gritó Silver desde la segunda base que también había asegurado.

—De acuerdo, señoritas. Vayamos a por la carrera completa —sugirió Seybin sacudiéndose el polvo de los vaqueros, para luego arreglarse de un tirón la camisa de béisbol negra y roja en cuyo centro podía leerse en letras rodeadas de llamas “Demon’s Soul”

— ¿Alguna posibilidad de que se rompa una pierna? —sugirió Josh sacándose la gorra para pasarse la mano a través de su pelo.

—Veo más posibilidades de que nos la rompa él a nosotros. —Silver palmeó la espalda de su compañero con una amplia sonrisa. Con el pelo negro a la altura de los hombros y unos profundos ojos rasgados de color avellana, poseía la apostura de un modelo, sólo que era mucho más letal.

—Tienes razón —aceptó Josh tironeando de su propia camisa—. ¿Y dónde demonios está Nyxx? Él es el único que se las consigue meter dobladas al jefe.

—Lo último que supe es que andaba haciéndole de niñera a la mocosa esa, el Alma del Dios Eidryen. —Silver se encogió de hombros.

Josh puso los ojos en blanco y volvió hacia el montículo.

—Vamos, Josh, que sea para hoy —lo apremió Seybin.

—Si querías velocidad deberías haber arrastrado el culo de Nyxxon aquí, jefe —le respondió el cazador arrastrándose hacia el montículo.

—El culo del lobo está perfectamente bien donde está ahora mismo. Dejad de preocuparos por él como gallinas cluecas —se quejó Seybin poniendo los ojos en blanco—. Os pateará el culo en cuanto vuelva.

—Apuesto por ello —aceptó Josh dándole la vuelta a la gorra, dejando la visera hacia atrás antes de cavar el suelo con la punta del pie preparándose para lanzar.

La bola salió disparada una, dos veces, terminando en las manos del receptor. Un lanzamiento más sin que el bateador acertara y quedarían en tablas. Josh entrecerró los ojos sobre el receptor y negó con la cabeza ante el efecto que le sugirió, entonces se enderezó y se dispuso a lanzar.

Un fuerte sonido de bateo y la bola salió disparada más allá del alcance de cualquiera.

— ¡Yi-hah! —gritó Silver antes de salir disparado hacia la tercera base, al tiempo que Seybin se dirigía a completar la carrera.

— ¡Mi señor, mi señor!

Una menuda figura blanquecina, casi transparente entró corriendo desde la entrada de la caverna, en sus manos llevaba una bandeja de plata con un sobre de color borgoña sobre ella. La presencia de la figura y la urgencia en su voz hizo que todo el mundo fuese perdiendo empuje, uno tras otro hasta que el juego quedó detenido.

La mirada de Seybin llameó al fijarla sobre la desafortunada alma que corría hacia él con aquel recado en las manos.

— ¡Mi señor, uno de los Altísimos Ancianos ha traído esto para vos! — murmuró la figura arrodillándose inmediatamente frente a su señor, la bandeja plateada alzada más arriba de su cabeza—. Ha insistido en su urgencia.

Seybin frunció el ceño y se tensó ligeramente al reconocer el tono del sobre y más concretamente el lacre en cera negra que sellaba la carta. Tomando el sobre de la bandeja, rompió el lacre y extrajo el trozo de papel.

— ¿Ocurre algo, Seybin? —se adelantó Josh.

El Señor de las Almas sonrió secretamente antes de devolver el papel al interior del sobre y se volvió hacia sus Cazadores.

—Encuentra a Nyxx —le encomendó a Josh—. Que traiga su pulgoso culo a mi presencia.

Los dos Cazadores intercambiaron una confusa mirada.

— ¿Jefe?

Seybin puso los ojos en blanco.

—Viejas y cluecas gallinas —farfulló Seybin con ironía—. Sólo tráelo, Josh.

—Sí, señor —aceptó antes de dar media vuelta y desvanecerse en el aire.

—¿Va todo bien? —insistió Silver, buscando una respuesta en la mirada de Seybin.

—¿Tengo cara de Consultor Matrimonial? —le espetó Seybin arqueando una de sus finas cejas—. Dejad de preocuparos por nimiedades.

Silver imitó su gesto con mucha más ironía.

—Bien, me preocupaba el tener que buscar otro compañero de Póker —respondió el cazador.

Seybin esbozó una sonrisa y chasqueó los dedos. Al instante, el alma que había traído la bandeja con la misiva gritó estallando en llamas.

—Odio que interrumpan una carrera.

Dicho eso, se volvió hacia los presentes, señaló a uno de los espectros con el dedo y palmeó el hombro de Silver al tiempo que decía.

—Tú ocupa el lugar de Josh —le dijo al espectro—. Vamos, Silver, quiero completar mi carrera.

El Cazador puso los ojos en blanco y se rió volviendo a su posición.

—Tú mandas, Seybin.

Tarsis contempló la misiva que Larios acababa de depositar sobre su mesa, sus ojos llameaban con un oscuro y frío fuego, la había leído tres veces empapándose de la caligrafía fina y elegante que emanaba tanto poder como el hombre que la había escrito y durante cada una de esas pasadas el fuego en su interior aumentaba cada vez más y más. A duras penas intentaba mantener la compostura y su expresión estoica frente al Anciano del Consejo. No le pasó por alto el sutil aviso silencioso que le llegó al venir él personalmente y no un simple mensajero.

—El resultado del *Antiquerum* ha sido favorable al Libre Albedrío — comentaba el Anciano, quien permaneció en todo momento a escasos pasos de la puerta del suntuoso despacho—. El Juez Supremo ha añadido además una pequeña cláusula.

Tarsis arqueó una de sus oscuras cejas ante sus palabras.

— ¿Cláusula? —preguntó tratando de mantener su voz inexpresiva.

Larios fijó la mirada en el sobre y después sobre él.

—Harías bien en mantenerte lejos de esa muchacha a partir de ahora, el Juez Supremo la ha acogido bajo su ala e imagino que no tengo que decirte lo que eso significa —expuso antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la puerta—. El Consejo ha acatado las órdenes del Juez.

—Como siempre. —No pudo evitar murmurar, lo que le ganó una más que irritada mirada por parte del Anciano. Tarsis ignoró aquella respuesta y continuó con su conocido aplomo—. Acato y reconozco la autoridad de nuestro Juez Supremo en este veredicto. Gracias por haberos tomado la molestia de venir personalmente con esta misiva, mi señor Larios.

La ironía goteaba de la voz de Tarsis. El Anciano prefirió hacer caso omiso limitándose a inclinar la cabeza aceptando sus palabras antes de dar media vuelta para marcharse.

Tarsis esperó a que el hombre saliera por la puerta para dirigirse al aparador situado junto la ventana abierta con vistas al mar y se sirvió un generoso trago de whisky Escocés. Un ligero taconeo llamó su atención hacia la puerta entre abierta a su izquierda. Llenando el umbral con su escultural y lujurioso cuerpo, Terra posó sus ojos sobre él, mientras una de sus manos se deslizaba por encima de sus pechos cubiertos de encaje rojo y resbalaba por el vientre plano hasta un poco más abajo del diminuto triángulo de encaje a juego del tanga. Sus largas piernas estaban desnudas, bronceadas terminando en unos exquisitos zapatos que dejaban sus dedos con las uñas pintadas al descubierto. Su leonado pelo le caía en cascada por la espalda aumentando su lujurioso aspecto.

—Deduzco por el resplandor de tus ojos que no han sido buenas noticias — murmuró cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Podrían ser peores —respondió dando un pequeño sorbo a su bebida mientras la contemplaba por encima de la copa—. Nunca dejo las cosas al azar. Sólo necesito un poco más de tiempo para encontrar exactamente lo que necesito.

Ella sonrió de esa manera tan sensual que hacía que cualquier ser de género masculino se arrastrara a sus pies.

—En ese caso creo que podré hacer algo para mejorar tu humor —le dijo con tono sensual dejando su lugar en el umbral y entrando con paso lento y medido, los tacones de aguja de sus zapatos resonando sobre el suelo. Se colgó de él y recorrió su mandíbula con los dedos.

—Te das mucho más valor del que tienes, querida —se burló Tarsis mirando sin disimulo lo que tan generosamente ofrecía.

Ella se rió, una musical carcajada.

—Tanto valor como el que merezco, querido —aseguró y se estiró sobre él como una perezosa gatita para alcanzar su vaso de whisky y acercarlo a los rojos labios—. Pero no estaba hablando de sexo, si no de esa pieza de joyería que buscas con tanto ahínco.

Tarsis se tensó y la miró atentamente. Aquello no era algo que hubiese compartido con ella, que compartiese con nadie en realidad. Llevaba años detrás de aquella pieza tan especial. Al principio todo parecía indicar que sólo eran leyendas, pero en un mundo en que los dioses caminaban entre los humanos, confundiéndose con ellos, las leyendas siempre contaban con una pizca de realidad.

Tomando su barbilla con entre sus dedos la forzó a alzar el rostro.

— ¿Qué puedes saber tú de eso?

Ella hizo una mueca ante la presión de sus dedos clavándose en la carne, pero

se lamió los labios mojados por el licor y empujó el vaso contra su pecho.

—Lo suficiente como para hacerte delirar de felicidad durante un rato — aseguró con un sensual parpadeo—. Tú buscas algo muy especial... y yo sé dónde encontrarlo.

Él la soltó y cogió el vaso para devolverlo de nuevo a la bandeja sobre el aparador. No confiaba ni siquiera un poco en aquella perra, como todas las mujeres era una manipuladora infalible, su hermosura y su poder, la hacían además, ligeramente peligrosa. Un divertido brillo iluminó los ojos masculinos un instante antes de soltar una carcajada y atraer a la mujer en un estrecho abrazo.

—Las mujeres y sus artimañas —la siguió con la mirada—. Eres una auténtica perra, Terra.

Ella sonrió en respuesta y se lamió los labios.

—Sí, pero una perra con recursos —ronroneó con una invitadora mirada—. ¿Y bien, querido? ¿Estás dispuesto a arriesgarte para conseguir aquello que buscas con tanto ahínco?

Tarsis contempló el apetitoso cuerpo y se lamió los labios.

— ¿Qué tienes en mente?

Ella sonrió con diversión.

—No qué, Tarsis... si no, quién —le dijo con una sonrisa tan malévola como la suya propia—. Alguien que desea la desaparición de esa mocosa que esgrime el Libre Albedrío casi tanto como tú deseas tenerla para tus propios fines.

Tarsis frunció el ceño antes sus palabras. ¿Qué estaba maquinando esta mujer?

—Y ese alguien sería...

Terra sonrió y caminó hacia él, apoyó todo su cuerpo sobre el suyo, sus manos se envolvieron en su pelo antes de dar un seco tirón y acercar su cabeza hacia

ella.

—La misma persona que sabe dónde están esos brazaletes que tan desesperadamente buscas.

Oh, sí, pensó Tarsis sonriendo ante la lujuriosa mirada de la mujer que tenía pegada a su cuerpo, bien valía la pena retozar con el diablo si así se conseguía lo que quería. Y esos brazaletes eran la diferencia entre el alcanzar su meta o fracasar completamente. Terra estaba sugiriendo un medio para alcanzar un fin y ese medio prometía ser absolutamente delicioso.

—Estoy ardiendo en deseos de conocerla —respondió reclamando su boca en un hambriento y sensual beso.

La risa de la mujer quedó suspendida en el aire como toda respuesta.

Shayler abandonó la Sala de los Ancianos con la sensación de que por fin se había sacado un peso de encima, aquel juicio suponía un verdadero dolor de cabeza, lo había obligado a separar sus deseos de su responsabilidad empujándolo incluso a pelearse con sus hermanos de armas y la cosa no fue mucho mejor para la pequeña mujercita que dejó durmiendo totalmente agotada en el dormitorio. Algo tan sencillo como llegar a ella, verla y leer su inocencia o culpabilidad en su interior, se convirtió en la madre de todas las maldiciones. Dryah no era simplemente un rostro para él, era su predestinada, la única mujer cuya fantasía había amado y adorado en sueños y que ahora se alzaba como una extraña realidad ante él, combatiéndolo a cada paso del camino.

No obstante, la intervención de Tarsis seguía dándole vueltas en la cabeza. ¿Qué interés podría tener ese individuo para llegar a atreverse a poner en peligro el equilibrio del universo? John le comentó que Tarsis había estado más que entretenido durante la reunión del Consejo, él fue quien esparció la duda entre los asistentes, intentando ponerlos de su parte y pareció bastante molesto ante la inesperada intervención de Seybin. Quizás debiera mantener un ojo encima de ese tipo, sólo en caso de que el dios no se diera por aludido con la sutil advertencia que dejó al Consejo para él.

Necesitando despejarse un poco e incapaz de volver al lugar en el que estaba

ella sin tener la oportunidad de hacer algo más que verla dormir, optó por pasarse por la oficina y ver si podía enterrarse durante un rato en problemas más mundanales y humanos.

—Buena cosa que te hayas dejado caer por aquí —lo interceptó Lyon nada más entrar por la puerta dejándole la pelota amarilla del perro en las manos—. Toma, ocúpate de tu perro, o mejor aún, llévatelo antes de que piense seriamente en castraros a ambos.

—Yo también me alegro de verte, tío —aseguró sonriendo para sí al tiempo que echaba un vistazo a la oficina en busca del perro—. ¿Dónde está?

—Si tengo suerte, comiéndose el cuero de tu maletín —le espetó un instante antes de que el susodicho apareciera dando saltos y ladrando en dirección a Shayler—. Pues no, no tengo suerte.

—Hey, hola, chico —lo recibió agachándose para poder acariciarle, aceptando sus lametones y sus mimos—. ¿Te ha tratado bien este viejo refunfuñón?

—Mejor que a ti, seguro —aseguró Lyon saliendo por la puerta por la que acababa de entrar él.

— ¿Ya te vas?

Lyon levantó la mano en respuesta.

—Tengo que pasarme por la casa de acogida... te veré después.

Shayler asintió y se levantó enseñándole la pelota al perro que enseguida quiso alcanzarla.

— ¿John?

—En tu oficina —le respondió Lyon perdiéndose por el pasillo—. Detrás de un montón de papeles.

—Que bien —murmuró mientras atravesaba la parte principal del despacho.

La enorme y espaciosa sala de aspecto más hogareño que comercial constaba de varios espacios muy en sintonía con cada uno de los hombres que pasaban su tiempo en ella. Situado en el altillo rodeado por una media galería de ventanales había un piano de cola de color blanco, junto con un par de estanterías en la pared frontal llenos de cd's y dvds entre los que podía encontrarse desde famosas composiciones clásicas, hasta los últimos conciertos de artistas de actualidad. Al otro lado de la sala, justo en frente estaba el pequeño salón con un amplio sofá de módulos y una mesa de cristal, un mini bar con un arbusto con flores naranjas que nunca se marchitarían, por ser de plástico, completaba el cuadro. Lo cierto era que la jardinería no iba bien con ninguno de ellos. El único que parecía sobrevivir era el cactus que había en la repisa de la sala de ordenadores de Lyon, un sofisticado equipo informático situado en un pequeño habitáculo detrás de la puerta principal.

Shayler se dirigió a su oficina, la cual dominaba la zona contigua a la sala. En las paredes colgaban su diploma del colegio de abogados y un par de pinturas que Jaek había traído de sus visitas a los anticuarios. Una puerta de madera con una placa metálica con su nombre y profesión presidía la puerta de madera con clave informática.

— ¿Se puede? —preguntó tras abrir la puerta.

—Vaya, ¿el hijo pródigo regresa a casa? —lo recibió John sin levantar la mirada del informe que estaba leyendo y del que estaba sacando anotaciones.

Ignoró el comentario y entró en la oficina cerrando la puerta tras él antes de dejarse caer en una de las sillas frente al escritorio. Horus había decidido no separarse de él por si volvía a dejarlo atrás, así que se acomodó a su lado.

— ¿De dónde ha salido todo eso? —preguntó mirando horrorizado la enorme cantidad de papeleo que había sobre la mesa—. ¿Qué pasa? ¿Todos los neoyorquinos han decidido acusarse los unos a los otros?

John levantó la mirada de los papeles y la centró en su hermano.

—Esto es lo que pasa cuando te tomas vacaciones y seguidamente decides desaparecer de la faz de la tierra para atender algo así como... ¿Un Juicio Universal?

Él puso los ojos en blanco.

—No metas mis vacaciones en esto, que sólo he visto un día y medio de absoluta relajación —le aseguró inclinándose hacia delante—. Lo demás ha sido como... un viaje en el infierno de ida y vuelta.

—No esperes que sienta pena por ti —le aseguró dejando el bolígrafo a un lado para finalmente cruzar las manos sobre el escritorio—. No me das ninguna.

—Yo también te quiero, hermanito —respondió con ironía.

John sacudió la cabeza y se recostó contra el respaldo de la cómoda butaca de piel.

— ¿La chica está bien?

Chasqueó la lengua ante la forma en que se dirigía a ella.

—La chica se llama, Dryah y sí está bien —aceptó lentamente—. Sólo está cansada.

— ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Bien.

John lo miró por debajo de las pestañas y acotó.

—La verdad, si no te importa.

El Juez esbozó una irónica sonrisa y alzó la mirada hacia su hermano.

—La verdad es demasiado complicada.

— ¿Cuándo no lo ha sido?

Shayler asintió.

—Tienes razón.

John sacudió la cabeza y se lo quedó mirando durante un instante. Era desconcertante ver a su hermano tan descolocado y desesperado por algo como una mujer. Desde lo de Uras, nunca lo vio tan enganchado por nadie, siempre se limitaba a los rollos de una noche, nunca estaba mucho tiempo con la misma mujer y jamás se implicaba a sí mismo de la manera en que se había implicado con esta pequeña rubia.

—Deberías echarle un buen polvo —declaró de forma directa y sin andarse por las ramas—, de esa manera no tendría ni fuerzas ni ganas para seguir creándote problemas.

Shayler entrecerró los ojos un instante antes de que el marco con la titulación del Colegio de Abogados que colgaba en la pared detrás de John empezara a arder por combustión espontánea. El guardián se limitó a girar la silla hacia la derecha y mirar fijamente el cuadro, cuyo cristal había estallado y volverse de nuevo hacia el Juez con una ceja arqueada.

— ¿No te atrae de esa manera, entonces? —le preguntó con gesto inocente.

El muchacho dejó escapar un profundo suspiro y se levantó de la silla. John lo siguió con la mirada durante unos instantes al verlo acercarse a la pequeña nevera que permanecía oculta tras la puerta de un mueble y sacó una cerveza.

—Si todo fuera tan simple como arrastrarla a la cama y follármela, créeme, lo habría hecho ya y repetidas veces —respondió de mal humor antes de llevarse la cerveza a los labios—. Habría sido lo primero en mi lista.

John puso los ojos en blanco ante la ferviente respuesta del chico.

—Sólo es una mujer, Shay, ¿qué problemas puede crearte? —preguntó un leve encogimiento de hombros—. ¿Qué te envenene su cocina?

Shayler dejó escapar un bufido mitad risa.

—Sí, sólo una mujer —respondió con ironía—. Una maldita hembra que da la casualidad es el Libre Albedrío y que tiene la facilidad de crear un

calentamiento global y rotundo que me tiene al borde la mayor parte del día.

—Esperaría que a estas alturas supieras controlar lo que tienes en los pantalones, hermanito.

Él puso los ojos en blanco y John chasqueó la lengua.

—¿Has probado a atarla a una silla, preferiblemente de pies y manos, amordazarla y explicarle tranquilamente tu punto? —sugirió con profunda ironía.

—No tengo por costumbre ir por ahí atando a las mujeres que se niegan a escucharme —respondió llevándose la mano al puente de la nariz y empezar a frotarlo—. En realidad, nunca he tenido problemas para hacerme entender... salvo con ella.

—Tampoco creo que hablaras mucho con las otras.

Shayler resopló.

—Por una vez, daría lo que fuera por verte en esta situación, Einstein.

John esbozó una perezosa sonrisa antes de volverse a su hermano.

—Ni por todo el poder del universo, chico —negó levantándose del asiento y rodeando el amplio escritorio de madera maciza—. Pero si lo que quieres es quitártela de la cabeza durante un rato, aquí tienes toneladas de trabajo atrasado. Que lo disfrutes.

Shayler observó cómo su hermano salía por la puerta dejándolo solo con una cantidad infernal de papeleo. Bueno, después de todo, ¿no era precisamente eso por lo que vino a la oficina?

CAPÍTULO 20

El salón estaba completamente vacío cuando por fin se levantó, las cortinas ya habían sido descorridas y el sol matinal entraba a raudales iluminando toda la estancia más el sofá en el que solía dormir Shayler. La manta estaba pulcramente doblada junto con la sábana a un lado del sofá. La almohada descansaba sobre estas, pero del Juez no había rastro.

Dryah se había despertado con sed, con lo que nada más salir de su habitación hizo la primera parada en la cocina. Los platos que habían quedado el día anterior, o la noche, o lo que fuera, así como los cubiertos y vasos estaban ya en el lavavajillas, los restos de comida habían sido guardados en el frigorífico y en la solo quedaba el bol vacío de la fruta. Sabía que pronto tendría que acercarse a un supermercado para reponer todos los víveres que consumieran en los últimos días, el único problema era que no estaba muy segura de cómo hacerlo, ni de dónde sacar el dinero para costear esos víveres. Sabía por Nyxx, que Seybin había arreglado todo para que dispusiera de una cuenta corriente en el banco, así como varias tarjetas, pero a los hombres se los olvidó algo elemental; enseñarle a utilizarlas.

Su mirada recorrió por última vez el salón y volvió al pasillo, la puerta del baño estaba entre abierta, pero ya había comprobado antes que no había nadie.

— ¿Shayler? —llamó en voz alta, esperando por una respuesta que nunca llegó.

Se acercó nuevamente hacia la puerta del baño, vacilante llamó con los nudillos sólo para que esta se abriese del todo mostrando el cuarto vacío. Estaba completamente sola en la casa.

—Se ha ido —murmuró, completamente asombrada.

Después de todo lo que insistió y terqueó para que se marchara sin que le hubiese hecho el menor caso, ahora de repente, ya no estaba. Debería haberse sentido satisfecha por obtener su deseo, el *Antiquerum* ya no pesaba sobre su cabeza y podía empezar a vivir esa segunda vida que le habían dado. Entonces, ¿por qué sentía tal vacío ante su falta?

Sacudiendo la cabeza observó el vacío lugar, todavía podía verle en su mente paseándose por la vivienda como si le perteneciese, podía recordarle en la

cocina moviéndose en el minúsculo espacio mientras ella lo increpaba desde la puerta, siguiéndola hasta su habitación sólo para ganarse que le diese con la puerta en las narices u ofreciéndole su ayuda de una forma muy sensual cuando se iba a dar un baño. Y sobre todo, podía verle en el sofá, recostado con una mano tras la cabeza mientras veía algún programa en la televisión o se tomaba un descanso. Se dirigió hacia el sofá con paso lento inclinándose para recoger la manta que utilizaba él, una profunda sensación de soledad la atravesó y trajo lágrimas a sus ojos dejándola temblorosa. Se dejó caer en el asiento, apretando la manta contra su pecho y dejó que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas sin control.

— ¿Qué has hecho conmigo, Juez? —murmuró para sí mientras apretaba con fuerza la manta que todavía conservaba su aroma y se acurrucaba en el sofá. No entendía que le ocurría, por qué sus emociones reaccionaban de aquella manera ante su falta—. ¿Qué?

Shayler dio un respingo cuando sintió como si una mano helada le bajara por la espalda, volvió la mirada hacia atrás por reflejo pero todo lo que allí había era el respaldo de la butaca de su despacho y la pared con los títulos que le permitían ejercer su trabajo allí. Toda una ironía que hubiese tenido que hacer la carrera de Derecho para ejercer una profesión para la que había nacido. Se enderezó en el asiento haciendo rodar sus hombros y ladeando el cuello hacia un lado y hacia el otro, había perdido la cuenta de las horas que llevaba sentado leyendo archivo tras archivo y preparando los casos que debían ser presentados para las auditorías. Se quitó las gafas y empezó a masajearse el puente de la nariz; No dejaba de ser una ironía que padeciera de vista cansada con todo el poder que esgrimía.

Recostándose en el respaldo estiró la mano hacia la taza de café que tenía a un lado de la mesa sólo para darse cuenta que estaba frío. Su mirada fue hacia una de las ventanas, había bajado las persianas para poder trabajar tranquilamente durante la noche, pero a juzgar por la intensa luz que entraba a través de las rendijas, debía ser bien entrada la mañana. Tenía pensado volver al apartamento antes de que Dryah se despertara, obviamente, había calculado mal el tiempo y el trabajo que tenía pendiente. Demonios, había veces que odiaba realmente su oficina.

Estaba a punto de dejar la silla cuando empezó a escuchar una suave melodía

de piano al otro lado de la habitación; sólo podía tratarse de Jaek. Sonrió para sí y cerró los ojos mientras cruzaba las manos sobre el estómago, ese hombre tenía un don especial con ese maldito cacharro. El último de los Guardianes Universales era un hombre de múltiples talentos, el más importante de ellos residía en sus manos y en sus dotes médicas. Al acabar la melodía se levantó del asiento y rodeó su escritorio para abrir la pesada puerta que separaba la oficina del resto del ala del bufete.

Jaek seguía sentado cómodamente en el pequeño banco frente al piano. Vestido con un pantalón de traje hecho a medida en color gris oscuro, una camisa negra cuya corbata gris claro había sido aflojada completamente hasta colgar por ambos lados del cuello, parecía un hombre de negocios más que el dueño y barman del local de Jazz que regentaba; El The Guardian. Sus ojos azul cielo se alzaron hacia él nada más atravesó el umbral de la oficina y se permitió recorrerlo para terminar con una mueca.

—Tienes un cappuccino recién hecho esperando por ti al lado de la cafetera, todavía estará caliente —le dijo el hombre con una voz profunda y sensual, con un ligero acento que iba y venía.

—Que los dioses no permitan que alguna vez se termine el café —exclamó al tiempo que cruzaba la sala hacia la cafetera—. Llegaste temprano, ¿no?

— ¿Temprano? —Jaek esbozó una sonrisa llena un tanto cínica—. Chico, es casi la una de la tarde —le recordó volviéndose nuevamente a su piano, sus largos dedos acariciando con mimo un par de teclas.

Shayler lo miró horrorizado a punto de coger su cappuccino. No podía ser tan tarde.

— ¿La una de la tarde? —jadeó y bajó la mirada al reloj de su muñeca el cual seguía marcando las diez. Se había parado—. Mierda. Pensé que era más temprano. ¿Por qué a nadie se le ocurrió avisarme?

El hombre se encogió de hombros.

—Yo acabo de llegar —le recordó e indicó con un gesto de la barbilla la puerta que daba al exterior—. El señor, “No puedo pasar un detector de

metales sin que se detecten mis implantes entre todas las armas que llevo” dijo que estabas durmiendo como un bebé, que te dejara estar hasta que refunfuñaras. Y mira, aquí estás y refunfuñando.

Shayler entrecerró los ojos, empezaba a cansarle el tener a tres niñeras cuidando de él, especialmente cuando Jaek no era mucho mayor que él.

—Recuérdame que le meta su nuevo juguete por el culo —rezongó refiriéndose al nuevo juego de cuchillos de Lyon.

El hombre se limitó a sonreír.

— ¿Y John? —continuó mientras sacaba la tapa al vaso para dar un buen sorbo a su café.

El Guardián se rascó la barbilla al tiempo que lo miraba.

—Deja que recuerde sus palabras exactas. —Se mofó su compañero—. Veamos... ¿Que te tires de una jodida vez a esa pequeña bruja y que la ates si hace falta, todo por el bien de nuestra paz mental?

Hizo una mueca al reconocer en esas palabras parte de la discusión que tuvo con su hermano la noche anterior. Su evidente frustración había ido a recaer sobre John, quien se encontraba revisando unos papeles en su oficina, solo para dejárselos todos a él. Había llegado a la oficina después de pasar por el Consejo, allí se había topado con John y aprovechó su presencia para dar rienda suelta a toda la frustración que llevaba acumulada en los últimos días.

La respuesta de John había sido clara y concisa.

“Tíratela de una jodida vez, a ver si así puedes volver a centrarte en algo que no sea la polla que tienes entre las piernas”

Shayler sacudió la cabeza y se tomó el resto de su cappuccino de un trago.

—Atarla puede no ser tan mala idea después de todo —farfulló con un suspiro de cansancio—. No si así consigo alguna respuesta.

Negando con la cabeza ante su propia estupidez volvió la mirada alrededor de

la oficina en busca de su perro.

— ¿Horus? —lo llamó, seguido por un agudo silbido.

El perro cruzó la entrada principal moviendo la cola y se lanzó directo a su amo.

—Buenos días, chico —lo saludó Shayler rascándole con entusiasmo el pelo del lomo—. Ven, Lyon ha amenazado con castrarnos a los dos si te dejo un día más en la oficina.

El perro gruñó en respuesta haciendo sonreír a Shayler.

—Sí, yo opino lo mismo —le aseguró rascándole entre las orejas—. Esperemos que Dryah tenga mejor criterio. Tienes que causarle buena impresión, ¿eh?

El perro emitió un ladrido y movió la cola con más energía.

—Posiblemente le cause mejor impresión de la que le has causado tú —le dijo Jaek antes de empezar a interpretar una nueva pieza al piano.

Shayler lo miró y le lanzó un irónico beso al tiempo que le decía.

—Bésame el culo.

Entonces tomó al perro por el collar y se desvaneció del lugar.

Había algo que le hacía cosquillas en la nariz, una y otra vez lo apartó con la mano sólo para que esto volviese con más intensidad. Dryah gimoteó y se obligó a abrir los ojos sólo para encontrarse con él inclinado sobre ella, en sus labios brillaba una tierna sonrisa y el capullo de una rosa le hacía cosquillas al deslizarse por su rostro.

—Shayler —murmuró somnolienta—. No te has ido.

Él le acarició la nariz de nuevo con la rosa.

— ¿A dónde podría irme cuando tengo aquí todo lo que necesito? —le aseguró

dándole un beso en la nariz.

Ella se encogió ligeramente ante el gesto pero sonrió.

— ¿Estabas preocupada por mí?

—No.

—Mentirosa —se rió de ella, entonces bajó la boca sobre la suya en un tierno beso—. Te he echado de menos.

Ella sonrió.

—No hace ni unas horas que nos hemos visto —murmuró perdiéndose en sus ojos azules—. Me gustan tus ojos, parecen... honestos.

Él le acarició la mejilla con los dedos y sonrió.

—La honestidad forma parte de mi trabajo —aceptó recorriendo su rostro con el dedo índice, delineando sus ojos, su nariz, los labios antes de descender por el cuello hacia la uve de la camiseta de dormir.

Ella se perdió en aquellos ojos azules, sentía calor ante su mirada y la recurrente vergüenza que acudía a ella estando despierta se evaporaba bajo la confianza del mundo de los sueños. Porque aquel era un sueño, estaba segura.

—Esto no es real —murmuró con un suspiro—. Tú no estás realmente aquí, eres solamente un producto de mi imaginación, el sustituto perfecto.

Él se rió, pudo notar la vibración y el timbre de su risa.

—No hay necesidad de sustitutos, somos nosotros, siempre lo somos. Podemos hacer que sea tan real como queramos, tanto como permitas que lo sea.

Ella sacudió la cabeza, su mirada recorrió el rostro masculino buscando algo que confirmara su estado de ensoñación, pero todo en él parecía tan real.

—Ni siquiera sé porque sueño contigo —suspiró moviéndose bajo él—. Pero

aquí estás y me alegro de que así sea.

Él le sonrió y se inclinó a besarle nuevamente la punta de la nariz.

—Nos pertenecemos el uno al otro —le aseguró acariciándole la mejilla con los dedos—. Es nuestra maldición, antes o después debíamos encontrarnos. Nos pertenecemos.

—Esto es una locura —murmuró encogiéndose bajo sus caricias, temblando con creciente deseo por él—. Apenas nos conocemos... has sido mi Juez... no puedes ser mi amante.

— ¿Estás segura de eso? —la azuzó.

Ella se lo quedó mirando durante un breve instante.

—No.

Él sonrió y negó con la cabeza antes de bajar su boca sobre la de ella.

—Un paso cada vez, Dryah —le prometió, el cálido aliento de sus palabras acariciando sus labios—. No hay necesidad de apresurarse.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero te has ido... cuando despierte ya no estarás conmigo —susurró intentando encontrar la realidad en medio de su sueño—. Te dije que te fueras y...

Él puso un dedo sobre sus labios, silenciándola.

— ¿Cuándo te he hecho yo caso?

Ella sonrió a su pesar.

—Nunca.

Él le dedicó un guiño antes de sustituir su dedo por los labios, regalándole un beso al que ella no pudo negarse en aquel pecaminoso e íntimo sueño.

Shayler destelló directamente al interior del departamento y se preparó mentalmente para una nueva pelea con su compañera. Horus permaneció en todo momento a su lado con el hocico en alto, olisqueando el lugar desconocido para él. El hombre acarició la cabeza del perro antes de volverse hacia la televisión que emitía un programa de cotilleo matinal, era extraño que el aparato estuviese encendido a esas horas. El mando de la televisión asomaba encima de la mesa y fue cuando se inclinó a cogerlo que se encontró con la visión más adorable. Dryah permanecía acurrucada en el sofá, su camiseta se había enrollado un poco más arriba de su ombligo y dejaba a la vista parte de la sedosa piel de su estómago, sus largas y desnudas piernas asomaban con descaro entre la manta que mantenía apretada contra el pecho mientras abrazaba el cojín que él había estado utilizando como almohada. Horus lloriqueó a su lado haciendo que se girase hacia el perro y se llevara un dedo a los labios instándole a guardar silencio.

—Shhh, no queremos despertarla, Horus —susurró antes de volverse de nuevo hacia ella. Se acuclilló a su lado, admirando su rostro y fue cuando se dio cuenta que había surcos mojados en sus mejillas—. ¿Has estado llorando, pequeña?

Como si esperase aquella pregunta, ella parpadeó suavemente abriendo los ojos, sus labios se movieron suavemente como si fuesen a decir algo en cambio, lo que hizo, fue alzar una de sus pequeñas manos y acariciar su barbuda mejilla con las yemas de los dedos.

—Estás aquí... —Sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa antes de encontrarse a medio camino con la mirada sorprendida de él y atraerle hacia ella—. ¿Cuándo voy a dejar de soñar contigo?

Shayler jadeó en respuesta, un jadeo de asombro ante lo que la pequeña hembra que notaba bajo él hizo en aquel momento. Sus labios acariciaron los suyos con inocente suavidad, sus movimientos lentos y estudiados como si tuviese miedo de romper el contacto o no supiese exactamente qué hacer. El calor de la palma en su mejilla unido al sabor de los suaves labios sobre su boca era demasiado real para considerarlo una ilusión, no sabía cómo ni por qué, pero ella lo estaba besando.

La nobleza batalló interiormente con el deseo, sabía que algo no estaba bien,

si fuese otro no dudaría en mandar al demonio todo y aprovechar ese desinteresado regalo, pero Dryah no era así, ella más que besarlo desearía arrancarle la cabeza, no en vano se pasaba cada parte del día ordenándole que se fuera. Su suave aroma y la suavidad de su piel bajo sus manos era demasiado como para no aceptarlo y por los dioses que él no era un santo, no cuando tenía esa voluptuosa tentación tan cerca. Mandando la conciencia al diablo, tomó las riendas del beso, rodeándola con sus brazos y alzándola hacia él para encontrarla a mitad de camino, bebiendo su aliento, acariciándole los labios en muda persuasión para que abriera la boca y poder saborear finalmente su miel.

Ella suspiró bajo su asalto, rindiéndose a su sabor y a la fuerza de los brazos que la sostenían y mimaban, necesitaba el consuelo que aquellos le proporcionaban, la seguridad y la calidez que encontraba entre ellos incluso aunque aquello sólo formase parte de un sueño y el despertar la dejara tan sola como lo estuvo siempre. Sus manos ascendieron por su pecho hasta rodearle el cuello con los brazos y hundirse en el suave pelo masculino, la dureza de su pecho y el picante aroma de la colonia que utilizaba hicieron sonar ligeramente sus alarmas, pero decidió ignorarlas, aquel era su sueño y ya estaba cansada de luchar contra él en aquel plano. Su lengua exploraba su boca acariciando la suya y envolviéndola en un baile erótico y sensual que provocó una rápida respuesta en su cuerpo.

Shayler gimió en su boca acogiendo gustoso todo el peso de ella contra él cuando dejó el sofá y envolvió los delgados brazos alrededor de su cuello, sus manos bailaban sobre su espalda y bajaron hasta acunarle el trasero y apretarla más contra sí. Ardía por ella, su creciente erección empujaba contra los vaqueros recordándose con rabiosa intensidad, mil y una imágenes de los dos desnudos y enredados sobre la alfombra delante del sofá pasaron por su mente con la rapidez del relámpago. Como si necesitara cualquier estímulo para animarle.

Un suave gimoteo penetró entonces en su mente, un ruido que no pertenecía a ella y mucho menos a él, para convertirse en un audible ladrido.

Ambos se separaron de golpe y se volvieron hacia el sonido, Horus permanecía sentado sobre sus patas traseras barriendo el suelo con la cola y mostrando su larga y rosada lengua en una parodia de estúpida sonrisa canina.

Shayler respiraba de forma agitada, al igual que ella, quien todavía rodeaba su cuello con los brazos.

— ¿Quién... eres tú? —murmuró ella ladeando el rostro.

—Es Horus —explicó él observando también al perro antes de volver su mirada hacia ella. Sus labios estaban húmedos e hinchados y maldito fuera si no tenía problemas para concentrarse en algo que no fueran ellos.

Dryah volvió la mirada hacia él y articuló.

— ¿Horus?

Él asintió.

—Es mi perro.

Ella parpadeó como si aquella explicación no acabase de tener completo sentido.

—Tu perro.

Volvió a asentir.

—Ajá.

Ella frunció el ceño y entrecerró los ojos mirándole atentamente.

— ¿Shayler?

Él se lamió los labios.

—Sí, cariño.

Ella tragó y a juzgar por la forma en que lo miraba, sabía que su próxima pregunta no iba a tener una respuesta sencilla.

—Estoy despierta, ¿verdad?

No pudo evitar sonreír al responder.

—Creo que eso salta a la vista.

Ella parpadeó rápidamente, sus ojos azules empezaron a perder el velo de la pasión siendo sustituido por una avergonzada y cruda realidad. Estaba encima de él, sus brazos le rodeaban el cuello y sus manos la sostenían con firmeza. Y le había besado, a él, no a un sueño o al producto de su imaginación, se había lanzado directamente a sus brazos y había gozado su beso.

—Oh, mierda —murmuró al tiempo que sentía como sus mejillas aumentaban de calor.

Shayler vio el inmediato cambio en ella, sus mejillas enrojecieron inmediatamente al tiempo que su cuerpo se ponía rígido contra el suyo, sus labios se movían en entrecortados jadeos y sus ojos brillaban de vergüenza. Sus emociones llegaron hasta él con arrolladora intensidad, pasión mezclada con temor y grandes dosis de vergüenza.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —la escuchó murmurar de forma rápida y seguida al tiempo que se echaba hacia atrás, alejándose, alzando sus manos como si no supiera qué hacer con ellas—. ¿Qué es lo que he hecho?

— ¿Además de besarme? —sugirió él todavía sorprendido por la inesperada respuesta.

Ella abrió la boca para responder sin encontrar las palabras que buscaba. Obviamente, era indiscutible que sí le había besado. Diablos, prácticamente se había lanzado a sus brazos y no es que él fuera a quejarse por ello.

—Cállate —consiguió articular—. Sólo cállate... esto no es... yo no sabía... ¡Diablos!

No pudo evitar sonreír ante la repentina respuesta de ella.

—No te preocupes, lo disfruté —le guiñó un ojo.

Ella lo fulminó con la mirada, sus manos se abrieron y cerraron y sus labios intentaron formar palabras que nunca surgieron. Tuvo que contenerse para no

echarse a reír pues lo más probable era que si lo hacía, ella terminase por lanzarle algo a la cabeza.

— ¡No te estaba besando a ti, idiota! —le espetó, sus mejillas conservaban el suave tono rojizo.

Él arqueó una ceja en ese gesto que era tan común en él.

—Perdona si me cuesta creérmelo.

Ella chilló. Un delicado y femenino chillido de impotencia.

— ¡Oh, maldito seas tú y tu alter ego en mis sueños! ¡Te odio! ¡Os odio a los dos! —clamó desesperada, sus pequeñas manos hundiéndose entre su propio pelo—. Quiero que esto acabe, estoy confusa, me estás volviendo loca. Ya no sé qué es real y que no lo es. ¡Te he besado, maldita sea!

Él negó lentamente con la cabeza, sin entender realmente. Dryah estaba totalmente alterada, su cuerpo temblaba agazapado contra el sofá, sus pupilas estaban dilatadas y había un brillo de lágrimas en sus ojos. Pero lo que realmente captó su atención, fueron sus palabras. Una débil luz de esperanza empezó a nacer en su interior, confirmando un paso más en sus sospechas y acercándose más a la realidad.

—Cuéntame que ha ocurrido.

Ella dejó caer las manos a los costados y lo miró con desesperación.

—No lo sé —susurró—. Ya no lo sé. Shayler, esto es una locura.

Se le acercó muy lentamente, ella se había quedado sentada con la espalda pegada al sofá después de escabullirse de su abrazo.

—Mírame —le pidió, hablándole con suavidad mientras se acercaba centímetro a centímetro hacia ella—. ¿Tiene esto algo que ver con lo que pasó en la sala de baños del templo?

Ella apartó la mirada, él pudo ver como se mordía el labio inferior el cual le temblaba ligeramente.

— ¿Dryah? —insistió y le tomó la barbilla con delicadeza para girarla hacia él. Los ojos femeninos estaban llenos de temor y vergüenza y había un rescoldo de insatisfecha pasión—. Pequeña, ¿qué ocurrió en la sala de baños?

Ella se lamió los labios con suavidad y apretó los ojos con fuerza antes de contestar.

—Me quedé dormida... —murmuró respirando profundamente—. Y tú estabas ahí cuando creí estar despierta...

Shayler se tensó, el aire escapó de sus pulmones como si alguien hubiese enterrado el puño en su estómago. No podía respirar al ver como ella iba confirmando lo que él ya sabía.

—Sólo que no estabas despierta —terminó por ella.

Dryah sacudió la cabeza y alzó la mirada.

—No —respondió dejando escapar el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta.

Él la miró a los ojos.

—Dryah...

—No sé lo que está pasando, ¿vale? —respondió de forma brusca—. Yo no pedí que aparecieras en mis sueños y mucho menos de “esa” manera.

Ella se estremeció al recordar la intensidad y las sensaciones que le provocaba en ese plano y que se convertían en vergüenza e incomodidad ahora que estaba frente a él.

—Define “esa” manera —respondió con suave insinuación.

Se sintió fulminado por la mirada azul de ella, sus labios apretados y el brillo en sus ojos era suficiente respuesta. El júbilo estalló en su interior trayendo a sus labios una amplia sonrisa. Ella frunció el ceño.

—Yo no le veo la gracia, Juez.

Sacudió la cabeza, pero no pudo dejar de sonreír. Dioses, ella había soñado con él y a juzgar por el tono de sus mejillas y su respuesta corporal, no de una manera inocente.

—Ciertamente, no hay nada de gracioso en ello —aseguró, pero sus ojos parecían decir lo contrario—. Así que... ¿Has soñado conmigo?

Nuevamente el rubor aumentó el tono de sus mejillas. Él estaba tentado de bajar las defensas para escrutar sus emociones, pero le debía al menos esa privacidad.

Ella se puso rígida.

—Creo haber respondido ya a esa pregunta.

Él le sonrió con esa calmada calidez.

—Creo que la forma en la que me besaste es una buena respuesta, sí —aceptó con un bajo ronroneo.

Ella se apartó todo lo que el reducido espacio le permitía.

— ¡No te besé, estúpido! —clamó, aunque la realidad de los hechos saltaba a la vista.

Shayler se echó a reír, no pudo evitarlo.

—De acuerdo, no me besaste —se burló, estaba demasiado satisfecho con el giro de los acontecimientos para pararse a pensar en lo que hacía—. Te limitaste a comerme la boca, ¿mejor así?

Dryah se limitó a angostar los ojos y apretar con fuerza los dientes.

—Me alegro que lo estés pasando tan bien —refunfuñó.

Su sonrisa se amplió y le guiñó el ojo.

—No tienes idea de cuánto, bonita.

Pero con todo necesitaba su confirmación, quería que ella se lo dijese, que admitiese que había soñado con él.

— ¿Desde cuándo? —le preguntó en cambio. No podía ser mucho tiempo, ya que de otro modo, lo hubiese notado cuando se conocieron.

— ¿Desde cuándo qué? —respondió midiendo todos sus movimientos.

Él la miró fijamente, buscando la respuesta en su rostro, pero allí sólo había desconfianza y cansancio.

—Sabes, puedes ser exasperante cuando así lo quieres.

Ella alzó la barbilla con orgullo.

—Tomaré eso como un cumplido, gracias —le dijo al tiempo que se deslizaba sobre el sofá, apartándose de él para ponerse finalmente en pie. Su mirada esquivó en todo momento la de él—. Creo que iré a darme una ducha, para espabilarme del todo.

Él sonrió interiormente, estaba huyendo pero dadas las circunstancias todo lo que podía hacer era permitírselo.

—Las cosas no se solucionan huyendo de ellas —le recordó y se puso también en pie.

Ella se volvió a mirarle por encima del hombro.

—Hay una explicación a tus sueños, pequeña —le aseguró, pero no intentó acercarse a ella, podía sentir su indecisión, su necesidad de espacio y estaba dispuesto a dárselo—. Una conexión, en realidad.

Ella vaciló, pero la curiosidad y la necesidad de saber era más fuerte.

— ¿Conexión?

Él asintió una vez más.

—No eres la única que ha tenido... compañía... en sus sueños.

Ella aspiró con fuerza al escuchar sus palabras, su mirada se hizo más amplia, la sorpresa bailaba en sus ojos. Shayler asintió confirmando sus propias palabras.

—Cuando estés preparada, te lo explicaré.

Ella siguió en silencio, dio media vuelta y rodeó el sofá de camino hacia la puerta.

—Quizás no esté interesada en una explicación —murmuró desde la puerta—, y sí en olvidarlo... todo.

Shayler descubrió cuan sinceras fueron las palabras de la chica durante los siguientes días. Dryah se negaba en redondo a escuchar nada que saliera de sus labios en relación a sus sueños compartidos, no quería otra cosa que olvidarlo tal y como le dijo y por los dioses que ponía todo su empeño en ello mientras estaba despierta. Sus noches, sin embargo eran algo completamente distinto, los sueños acudían a ellos nada más cerrar los ojos, él no podía hablar por ella, pero en sí mismo durante la última semana había manifestado más frustración sexual que en toda su jodida vida. Sus interludios oníricos se habían recrudecido, atacando directamente sus emociones y su lívido se disparó hasta proporciones realmente incómodas; No era demasiado cómodo estar todo el jodido día empalmado sin poder liberarse de la manera en que le gustaría. Su mano llegó a ser un pobre sustituto que no hacía sino enfurecerlo aún más en contra de la hembra con la que compartía vivienda y que se había convertido en el foco de todos sus problemas. Pero ella no lo estaba llevando mejor, su inexperiencia había quedado patente en la primera de una sucesión de noches en las que se despertaba entre gritos y lloros, su cuerpo un absoluto volcán en erupción al que no estaba acostumbrada.

Sus gritos lo despertaron de golpe, Horus que dormía a su lado en el suelo levantó la cabeza mientras pero no se molestó ni en estirarse. El llanto y los ahogados jadeos se filtraron como siempre en su sistema, no importaba que levantase un muro de hormigón a su alrededor, las emociones de aquella mujer lo penetraban como si fuese mantequilla. Y en esta ocasión fue su propio lívido el que lo atormentó como si se tratase de una película porno. Joder, ¿qué pasaba con su empatía y aquella maldita hembra?

No recordaba experimentar algo parecido, por normal general lo que recibía eran emociones, sensaciones, pero nada tan extremo como el ser consciente del deseo y la brutal necesidad que ardía en ella. Un suave toque de su mente y cayó en su propio cuerpo, reviviendo una por una las sensaciones de las que estaba siendo preso el cuerpo femenino. Los pechos hinchados, los pezones tan duros que el contacto de la tela la molestaba, cada movimiento era una tortura para ella, captó la sorpresa e incompreensión ante la humedad e hinchazón que sentía entre sus piernas, el furioso ardor y el anhelo que le provocaba calambres o punzadas directas a su sexo.

—Joder —siseó dando un paso atrás. Replegó inmediatamente su poder mientras luchaba por ganar de nuevo el control sobre sí mismo. Su sexo se había endurecido contra los pantalones, la camiseta con la que dormía empezó a pegarse a su piel sudorosa y caliente de tal modo que deseó poder arrancársela y hacerla jirones. La intensidad de la excitación en el cuerpo de la mujer que se encontraba a escasos pasos de dónde se encontraba lo había barrido como un huracán.

Un nuevo grito de dolor y frustración lo atravesó dejándolo sin aire, estaba desesperada, asustada, sentía su confusión como un cuchillo que hurgaba en su interior. Su propia desesperación hizo a un lado la prudencia y lo envió a la puerta cerrada tras la que se la oía hablar.

El pomo cedió sin trabas, los goznes ni siquiera hicieron un ligero silbido cuando empujó y se encontró con una escena que le encogió las entrañas.

Ella estaba sentada en el suelo, la espalda pegada a la cama y se mecía hacia delante y hacia atrás. Podía ver la tensión en la rigidez de su columna, la incomodidad que hacía que las lágrimas resbalasen sin freno por sus mejillas, la urgente necesidad de arrancarse la piel para alejar el calor que ardía en sus venas y ahogar el pulsante dolor entre los muslos.

—Basta... por favor... —gimoteaba una y otra vez. Sus brazos rodeaban sus piernas—. No lo soporto más.

Acepta tu destino... abrázalo... lo necesitas y él te necesita a ti.

Shayler frunció el ceño al escuchar sus palabras, pero no tuvo tiempo de

hablar antes de que ella volviese a murmurar.

—Déjame en paz... por favor... sólo márchate —sollozó ocultando el rostro entre las rodillas.

Sus sentidos se pusieron alerta ante aquella inusual petición, estaba claro que no hablaba con él.

Éste es tu destino... reclámalo.

— ¡No! —chilló y se echó a llorar con desesperación—. ¡Maldita seas!
¡Basta! ¡Ya basta!

Le perteneces... sois uno...

— ¡Basta! —gimió con desesperación al tiempo que se incorporaba y empezaba a caminar de un lado a otro sin ser consciente de nada que no fuese cada una de las reacciones que vivían en aquellos instantes en su cuerpo—. ¡Ya basta! ¡No quiero! ¡No puedo! ¡Dejadme!

Él la vio jadear en busca de aire mientras aferraba con fuerza la tela de su camiseta y tiraba de ella, su espalda chocó contra el armario y al momento se dejó resbalar contra este hasta terminar en el suelo.

—Dejadme —lloriqueaba pegada a la puerta del armario.

No esperó un segundo más, abrió la puerta por completo y entró en el dormitorio directo hacia ella. Sus ojos azules se alzaron hacia él y vio en ellos un estado febril. Tenía las pupilas totalmente dilatadas, sus pechos subían y bajaban al compás de la rápida respiración mostrando las erguidas puntas de sus pezones empujando contra la tela y a juzgar por la rápida respuesta de su propio cuerpo, de algún modo esa pequeña hembra se había convertido en un afrodisíaco andante.

— ¿Dryah? —pronunció su nombre, su voz mucho más ronca de lo que deseaba. Señor, estaba ardiendo vivo.

La vio lamerse los labios, sus mejillas mojadas por las lágrimas, sus pequeñas manos fuertemente apretadas en la unión de sus muslos, su piel brillante por el

sudor, era una visión realmente sexy y lo estaba llevando al límite.

—Haz que pare —le suplicó ella. Sus ojos clavados en los suyos.

Tragando el nudo que repentinamente se instaló en su garganta, se acuclilló frente a ella, sin atreverse a tocarla todavía.

—Cariño, ¿qué ocurre? —Su preocupación por ella opacaba mínimamente el rabioso deseo.

Ella se deshizo en llanto con más fuerza incluso y estiró los brazos hacia él, alcanzándole, buscando su consuelo mientras le rodeaba el cuello y enterraba el rostro en su hombro.

—No lo soporto... tengo mucho calor y me duele... no sé qué hacer... —gimió apretándose contra él—. Y esas voces no dejan de susurrar... ya no lo soporto... me duele.

¿Voces? ¿Quién diablos estaba hablando con ella? ¿Quién estaba provocando aquello? Preocupado le puso la mano en la frente, pero a excepción del sudor y que estaba un poco colorada, no tenía fiebre, bajó la mano por su rostro hasta su hombro desnudo y ella se estremeció apretándose más contra él con un suave gemido.

—No... no hagas eso... me... me duele hasta la piel —siseó.

Su excitación era palpable y maldito fuera si no lo estaba poniendo de rodillas. Su deseo por ella empezaba a desmandarse y a lo bestia.

—Nena, ¿qué ocurre? ¿De qué voces estás hablando? —se obligó a ser suave, paciente mientras la apartaba un poco de él. Necesitaba perspectiva y aire, aunque el mirarle el escote dónde sus pechos asomaban llenos y apetecibles no era el lugar indicado para obtenerla.

—No hacen más que susurrar y susurrar... ya no lo soporto... tengo calor... quiero que me dejen dormir... ya no quiero sueños... ya no puedo más... me duele cuando me despierto y tengo calor...

Tragó saliva, su sexo pulsaba nuevamente en respuesta a la hembra que estaba

en sus brazos. Aquello no podía estar pasando... ¿Acaso...ella también?

—Cielo, respira profundamente —le dijo suavidad, sus manos se deslizaron por sus brazos notando como se encogía contra él para seguidamente jadear cuando sus dedos rozaron la piel expuesta de la curva de su cintura. Su piel era absolutamente sensible, el temblor en su cuerpo no hacía sino corroborar el hecho.

Shayler maldijo en todos los idiomas conocidos del universo, ella estaba compartiendo sus sueños, lo que quiera que hubiese ocurrido en la sala de baños en el templo de Bastet solo era el comienzo. Con todo, en todos los siglos que ella llevaba poblando sus noches nunca experimentó nada tan intenso como esto.

—Dryah, cielo, mírame —le pidió al tiempo que le alzaba el rostro y se encontraba con sus pupilas totalmente dilatadas. Una mirada velada por el deseo y la confusión, los labios húmedos, hinchados y sexys—. Mírame... Eso es. Así, respira lentamente.

Ella obedeció, su mirada fija en la suya, pero las lágrimas seguían brotando y el calor aumentaba ante su presencia. Sagrados Dioses, él mismo estaba como loco, pensando únicamente en quitarle la ropa y hundirse profundamente en su sexo.

— ¿Cuándo comenzó esto? —se obligó a mantener el control. Después de esto por dios que tendrían que condecorarlo—. ¿Anoche? ¿La anterior a esa? ¿Es lo mismo que experimentaste en los baños?

Ella sacudió la cabeza y se estremeció, las lágrimas surgiendo una vez más de sus ojos.

—No lo sé —gimoteó, su bonito rostro contenía una suplicante mirada—. No... no fue igual que entonces... ahora duele incluso despierta... No... no ha sido la primera vez, pero... —se echó a llorar de nuevo y hundió las manos entre los muslos—, duele... Shayler, me duele...

No sabía qué hacer, o mejor dicho, sí lo sabía pero no era un hijo de puta como para aprovecharse de ella en aquel estado.

—Tienes que hacer que pare —le suplicó ella, sus ojos mirándole con desesperación—. Te lo ruego... haz que pare... no... no puedo más...

Después comprendería que más allá de todo el poder que tuviese en el universo, solo era un hombre, uno excitado y que deseaba locamente a aquella mujer. Esa noche la tuvo por primera vez en sus brazos de forma real, sus manos acariciaron una piel que no se esfumó con la llegada de la mañana, su boca bebió de la de ella con abrumadora necesidad y la condujo a la bendita liberación las veces que lo necesitó. Aquella primera velada fue para ella y solo para ella, ni siquiera las dos horas que pasó él después tiritando bajo una ducha de agua fría consiguieron apagar el ardor en sus propias venas, pero al menos consiguió que ella pudiese descansar algunas horas.

Ese episodio todavía perduraba en su mente, ahora, casi una semana después. E imaginaba que también en la de ella, pues desde entonces lo había evitado como la peste y se había encerrado a cal y canto en su dormitorio por las noches, padeciendo en doloroso silencio, negándose a permitir nuevamente cualquier tipo de intimidad entre ellos.

Shayler se movió incómodo acomodándose en los holgados pantalones de chándal que llevaba puestos, había dejado los vaqueros a un lado cuando se hizo evidente que el agua fría no servía para disminuir la potente erección que crecía contra las restricciones de la ropa. Estaba acostumbrado a lidiar con las emociones residuales que le asaltaban tras sus interludios en el mundo de los sueños, pero aquello empezaba a pasar el nivel de soportable para rallar peligrosamente el de “voy a cometer una locura y a la mierda las consecuencias”.

Un nuevo grito de frustración atravesó su férrea defensa, sus emociones de por sí solas emergentes se mezclaron con la necesidad y el agudo y caliente dolor que captó de ella. Por más que intentaba escudarse de aquel bombardeo, ella siempre conseguía traspasar sus defensas. El Libre Albedrío decidió también unirse a la fiesta pues rugía al compás de sus emociones. Una punzada atravesó su pene con tanta intensidad que tuvo que apretar los dientes para evitar echar a perder el jodido pantalón.

— ¡Argg! ¡Malditos sean todos los poderes del Universo! —clamó levantándose de un salto. Empezó a pasearse de un lado a otro del salón, su

cuerpo tenso y con un humor irascible causado por la frustración y por no hallar una forma adecuada con la que terminar con todo aquello.

Eran almas predestinadas, si albergó alguna duda por pequeña que fuera al respecto, después de esto quedó anulada. La conexión íntima y brutal que se daba entre ellos era suficiente prueba y si no hacía algo al respecto, seguiría creciendo y los dioses no lo permitiesen, cometerían alguna locura. Tenía que poner fin a aquello, pero para hacerlo era necesario que ella participara, que le escuchase y comprendiese algo que dejó claramente no tenía pensado hacer. No volvería a estar en la misma habitación que él por propia voluntad.

— ¡Y maldita tú también, pequeña hembra irascible y cabezota! —rezongó con visible irritación.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un resoplido que enmascaraba una risa. No sabía de qué le servía maldecirla cuando ella era tan víctima como él de lo que les sucedía a ambos. Se acercó hasta la ventana y la abrió permitiendo que el frescor de la noche inundara el salón. La camiseta con la que solía dormir, más por comodidad de ella que de él mismo hacía días que terminó olvidada en un rincón, si tenía que sufrir las malditas consecuencias de su conexión con ella, lo haría al menos con cierta comodidad. El sudor perlaba su torso haciendo brillar sus músculos y abdominales. Suspiró de alivio cuando el aire nocturno lo acarició y se permitió apoyar la nuca contra el dintel de la ventana disfrutando del refrescante aire que enfriaba su ardor. A pesar de todo, aquello no servía para borrar de su mente la imagen de ella retorciéndose sobre la cama, de su piel clara en contraste con la suya más oscura cuando la levantó del suelo y la tumbó de nuevo en la cama decidido a terminar con su sufrimiento de aquella noche. Tan solo el tema de las supuestas voces que mencionó seguían dando vueltas en su mente, su primera opción había sido descartada, pero el recuerdo de ella mencionando a dos figuras encapuchadas y su dual complicidad lo llevaban una y otra vez a una única y extraña conclusión; La Fuente Universal.

Sin embargo, aquellos dos entes, los únicos que estaban realmente por encima de él se habían negado a contestar ninguna de sus preguntas, en realidad, desde que había comenzado todo el asunto del Juicio Universal, se habían mantenido rigurosamente silenciosos y eso no era lo usual.

Shayler cerró los ojos y respiró profundamente atrayendo el aire nocturno a sus pulmones, la sangre bullía por sus venas espesándose con cada minuto que pasaba, los ahogados lloriqueos procedentes de la habitación al otro lado lo estaban volviendo loco. Él había oído esos pequeños lloriqueos en sus propios oídos cuando la hizo llegar por primera vez con los dedos a la necesaria liberación, sus gemidos estaban impresos en sus oídos así como su sabor quedó impregnado en su boca. Ella había estado húmeda e inflamada, el néctar había goteado de su sexo escurriéndose por entre sus muslos y bañó sus dedos cuando la penetró, la sensación de ella cerrándose a su alrededor todavía lo enloquecía. Ahogando un gemido abrió de nuevo los ojos y masculló un juramento en un idioma que no había utilizado en mucho tiempo mientras clavaba la mirada en la puerta del salón.

Era hora de tomar cartas en el asunto, de terminar con aquel tormento y mostrarle a esa díscola y tozuda mujer que su lugar estaba junto a él y solo junto a él.

—No me habéis dejado otra salida, perdonadme por lo que estoy a punto de hacer —murmuró, su voz bordeada con el suficiente poder como para hacer que sus palabras traspasaran cualquier frontera—. Pero es la única manera en que puedo retenerla a mi lado.

Sin esperar una contestación o señal a su favor, dejó la ventana y cruzó a zancadas la habitación para salir al pasillo y acortar la distancia que lo separaba de la mujer que estaba destinada a él desde el principio de los tiempos. Ya no había dudas, en su interior sabía perfectamente que ella era su pareja, la única que le estaba destinada y la que lo apartaría de su vacía existencia de una vez por todas. Ella era su Alma Predestinada.

La puerta seguía cerrada al igual que las últimas noches, sin embargo en esta ocasión su caballerosidad dio paso al hombre al que no le importaban los modales ni los pucheros femeninos. Era hora de que comprendiese lo que había entre ellos, que entendiese lo que los unía para que pudiese decidir, porque si de algo estaba seguro, era que aunque lo matase su rechazo, le permitiría elegir. No dejaría que otros, ni siquiera él, eligiesen por ella. Shayler sabía mejor que nadie lo que era verse privado de voluntad y tener que vivir con las consecuencias de lo que alguien más decidía para ti, te gustase o no. Se lo pidió por las buenas y ella se negó rotundamente a

escucharle, así pues sólo le dejaba un camino que podía tomar, uno que la haría comprender como ninguna otra cosa en el universo quién era él y que significaba ella en su vida.

Con un movimiento de muñeca liberó una de sus armas y extendió la otra hacia la puerta del dormitorio la cual se abrió de golpe.

Ella lo miró con sorpresa a través de unos ojos empañados por las lágrimas, su cuerpo se puso rígido nada más notar su presencia y sus muslos se apretaron involuntariamente. Sus manos permanecían alrededor de su estómago en un vano intento de alivio.

— ¡Márchate! —se las arregló para exigirle—. ¡No quiero ver tu maldito rostro en todo lo que me quede de vida! ¡Si es que tu presencia no me mata antes!

Shayler se tensó ante sus palabras, pero no dijo nada, aunque quisiera, nada de lo que dijera iba a aliviar el malestar que sentía y dudaba mucho que quisiera repetir el último interludio que tuvieron. En cierto modo, se alegraba, pues sabía a ciencia cierta que esta vez no se detendría y los llevaría a ambos hasta el final, algo que preferiría hacer cuando ambos estuviesen en pleno uso de sus facultades mentales.

—Difícilmente podría matarte cuando ni siquiera dejas que me acerque a ti —le dijo mientras entraba en el dormitorio. La *Kahiya* fuertemente aferrada en su mano derecha.

Dryah siguió sus pasos con la mirada sin dejar de mirar la mano que aferraba la daga.

—No creo que hayas venido con eso para hacerme un bonito tatuaje. —Ella recurrió a la ironía para enmascarar su miedo.

Él suspiró y atravesó la distancia que los separaba en un par de zancadas. Ella se levantó entonces de golpe, chocando contra el borde de la cama pero consiguiendo mantenerse en pie.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó empezando a

preocuparse realmente—. ¡Vete!

Él respiró profundamente, se detuvo frente a ella y alzó la daga.

—Espero que puedas perdonarme por lo que estoy a punto de hacer.

Ella abrió desmesuradamente los ojos cuando lo vio girar la hoja de la daga hacia él mismo y con una rápida pasada se abrió un corte en la mano izquierda de la cual manó sangre.

— ¡Te has vuelto loco! —exclamó encogiéndose ante la fría acción—. Shayler, esto no tiene ninguna gracia, me estás asustando. Tu mano...

Ella se estiró por instinto hacia su mano herida, pero él se la llevó a la boca y lamió la palma ensangrentada antes de que pudiese hacer nada.

—*Itzi sangria teizta onti ty animas reitzum* —murmuró en algún desconocido dialecto—. Sangre dada libremente en comunión de almas.

Dryah sacudió la cabeza en un gesto negativo cuando lo vio destellar nuevamente la daga y con su mano sana tomar la que ella extendió hacia él para acercarla de un tirón a su pecho.

— ¿Qué estupidez estás haciendo ahora? ¿Has enloquecido? —jadeó ella con incredulidad, forcejeando al tiempo que miraba con horror como la sangre manaba de su mano y goteaba sobre el suelo—. Por lo más sagrado, déjame, tu mano, estás sangrando mucho...

—Me sumí en la locura en el instante en el que apareciste en mi vida —le aseguró apretándola más estrechamente contra él, obligándola a alzar la mirada para encontrarse con la suya—. Y para esa clase de locura, no hay salvación.

Antes de que pudiese hacer algo o contestar, bajó su boca sobre la de ella, la obligó a abrir los labios y le introdujo la lengua en una caricia persuasoria que terminó en un húmedo beso matizado por el sabor herrumbroso de la sangre. Finalmente se apartó de ella rompiendo el beso con la misma ferocidad que lo había iniciado, la miró a la cara, contempló sus labios ahora manchados con

su propia sangre y los ojos oscurecidos por la confusión y el inevitable deseo que vibraba en su interior. Le acarició la mejilla con la mano herida sin ser consciente de ello hasta que la sangre tiñó la inmaculada piel.

—Ahora eres tú la única que puede absolverme de mis pecados y aceptar o rechazar lo que soy.

Ella abrió la boca para protestar, pero no tuvo tiempo. Un potente fuego empezó a extenderse por su interior, un calor muy distinto al que había sentido hasta ahora y que la abrasaba de tal manera que creyó que todos sus órganos se fundirían o reventarían por la intensidad del fuego. Era como sentir un millar de hogueras ardiendo al mismo tiempo en su interior, el Libre Albedrío protestó al unísono con ella pero no pudo hacer nada. Sus manos se aferraron con fuerza a los fuertes brazos mientras las lágrimas caían de sus ojos completamente dilatados, su garganta se esforzó por aspirar el aire que aliviara los ríos de lava ardiente que fluían ahora por sus venas.

—S-Sha-y-ler... —jadeó, su mirada se clavó en la suya con un obvio reproche. No lo había dicho en serio, pero la estaba matando.

El Juez se limitó a sostenerle la mirada mientras la sujetaba fuertemente entre sus brazos, evitándole pelear.

—Ríndete, amor... sólo ríndete —le susurró, sus palabras, su voz una muda súplica—. Todo irá bien, te sostendré. Sólo quédate conmigo, Dryah. Quédate junto a mí.

Ella lo miró acusadora un instante antes de que finalmente cerrara los ojos y quedase completamente laxa en sus brazos.

—Mi sentencia está ahora en tus manos, mi alma predestinada —le susurró mientras la recogía en sus brazos.

La depositó en el centro de la cama comprobando su respiración la cual se había regulado, así como el ritmo cada vez más lento de su corazón. Su mirada cayó en la mancha de sangre que le manchaba el rostro así como en la camiseta y pantalón del pijama que llevaba puestos. El corte que se hizo en la mano seguía sangrando, así que se trasladó al baño y tras limpiarlo y ponerle

unas gasas lo aseguró de cualquier manera con un trozo de venda para luego volver con ella.

Dryah ni siquiera se movió cuando se tumbó en la cama a su lado, atrayéndola a sus brazos, uniéndose a ella en aquel ritual prohibido.

CAPÍTULO 21

El agua de la fuente se movía en rápidos remolinos rompiendo la plateada calma, ni siquiera las delicadas manos de Zhalamira parecían conseguir aplacar la marejada que se había creado en el espejo.

—Ese ha sido un movimiento realmente estúpido por parte del Juez.

Ella alzó la mirada hacia Garkos, su consorte, quien miraba el agua con el ceño fruncido.

—Estúpido no, sí desesperado —aceptó con melodiosa voz mientras se apartaba un mechón de pelo y lo retenía tras su oreja.

Él la miró, aquellos ojos obsidiana se clavaron en ella.

—Los has empujado demasiado cerca del borde —le recordó, había cierto tono de censura en su voz—. Me sorprende que no sucumbiera y la hiciera suya a la primera oportunidad.

Ella chasqueó la lengua y volvió la mirada hacia el agua de plata.

—No hacemos más que conducirlos hacia donde deben ir —dijo sumergiendo sus dedos en el agua—. Lo que hagan a partir de ahora, será su decisión, como lo fueron cada una de las que los ha llevado hasta aquí.

El hombre negó con la cabeza.

—Nunca debimos haber interferido.

— ¿Y dónde habría estado la diversión si no? —le recordó con una cálida sonrisa y sacudió la cabeza de cabellos blanquecinos—. Nuestro Juez ha hecho lo único que podía hacer, ahora, su alma está en manos de ella... veamos si es merecedora de tal honor.

La figura masculina volvió sus ojos oscuros hacia su compañera y arqueó una elegante ceja.

— ¿Y si no lo es?

Ella fijó de nuevo su atención en el líquido bajo sus dedos.

—Lo será —aseguró con convicción—. Es la única que puede serlo... su única compañera...

Él dejó escapar un resoplido.

—Almas predestinadas —murmuró sacudiendo la cabeza con resignación—. Algo tan sencillo como eso y lo han convertido en un verdadero desafío de voluntades.

Ella le sonrió y extendió su blanca y pálida mano para que él la tomara.

—A veces eso es todo lo que se necesita —aseguró fijando su mirada en la suya.

—Sabes que sus actos deben ser castigados —le recordó tomando su mano para ayudarla a ponerse en pie—. No está permitido, ni siquiera a él, utilizar una conexión de esa magnitud.

—Ya pensaremos en el castigo llegado el momento —le dijo apretando sus dedos alrededor de los de él—. Por ahora, dejémosles que encuentren el sendero que parecen haber perdido.

Dryah se estremeció al abrir los ojos y reconocer la cúpula sobre ella. Conocía muy bien cada uno de los mosaicos que la componían y que simbolizaban un tiempo que pensó había dejado atrás. Se incorporó con un

ahogado jadeo sobre la losa de piedra que una vez fue su lecho, el temor corrió por sus venas obligándola a ponerse en movimiento. A su alrededor, las altas paredes de piedra de su olvidada prisión confirmaron el lugar en el que estaba.

—No —susurró, sus ojos azules se abrieron de forma desmesurada por el temor, la sangre se agolpó en sus oídos ahogando cualquier otro sonido—. ¿Juez?

Giró sobre sí misma pero allí no había nada más que su celda y ella misma.

— ¿Shayler? —insistió, el temor haciendo presa en su pecho, impidiéndole respirar con normalidad—. ¡Shayler!

La única respuesta que obtuvo fue su propio eco. Se envolvió con sus propios brazos en un vano intento de ahuyentar la conocida sensación de soledad que la había acompañado durante tantísimo tiempo.

—No quiero esto... no lo quiero... —murmuró como si se tratase de una letanía—. No quiero estar aquí... ¡Shayler... por favor...!

¿Shayler?

Dryah alzó la mirada y se volvió al oír una voz femenina distinta de la suya y al mismo tiempo con un ligero acento que la hacía conocida.

¿Shay? Pequeño, ¿dónde estás?

Una de las paredes de la que fue su celda empezó entonces a decolorarse, la piedra empezó a evaporizarse en un polvillo gris dando paso a unas imágenes, de un momento y un lugar lejano en el tiempo.

— ¿Qué es...? —murmuró al tiempo que daba un paso adelante en un intento de ver las imágenes que surgían entre la niebla—. ¿Quién?

“Observa con atención, Libre Albedrío, él está desnudando su alma para ti”

Se giró ante aquella voz que no dejaba de resonar en su mente en el momento que menos esperaba, pero como siempre no había nadie.

— ¿Qué quieres de mí? —preguntó, pero la respuesta nunca llegó. Con un suspiro volvió nuevamente hacia la pared la cual parecía haber desaparecido para mostrar como una vieja película las escenas que aparecían ante ella—. ¿Qué quieres de mí... Shayler?

Las palabras no terminaron de abandonar sus labios cuando vio la enorme sala con columnas que mostraba la imagen, el sonido de pisadas se hacía cada vez más claro mientras una figura envuelta en sedas se iba acercando al tiempo que llamaba con voz llena de angustia.

—Shayler... Shay, cariño. ¿Dónde estás?

El sonido se hacía más claro a medida que tomaba conciencia de lo que veía. Enseguida reconoció el cabello leonado, la estilizada figura de piel olivácea de Bastet, la diosa se movía con gracia y elegancia, su belleza realzada con la vestimenta egipcia propia de la época de los primeros faraones. Pero fue su voz y la mirada de preocupación en su rostro lo que la sorprendió, desde que podía recordar, jamás había visto a la mujer tan preocupada y vulnerable.

—Shay, mi vida, sal —suplicaba mirando con impaciencia a su alrededor—. No ha pasado nada.

Frunció el ceño mientras observaba como la mujer buscaba a su hijo detrás de cada columna y cortinajes rogándole que saliera. Un ruido procedente del otro lado de la sala captó su atención, antes de darse cuenta de lo que hacía se encontró traspasando la brumosa niebla que proyectaba las imágenes y se encontró caminando sobre el conocido suelo de mármol de la sala hasta una de las enormes estatuas con la efigie de un enorme gato. Oculto tras ella, sosteniendo entre sus bracitos un cachorro de perro se encontraba el niño de poco más de cinco o seis años, su mirada azul cielo brillaba con temor mientras aferraba con fuerza al animal contra su cuerpo. El pelo dorado le caía en desordenados rizos por su rostro, uno que ella conocía, o al menos lo hacía en su versión adulta.

—Shayler —murmuró sorprendida. El niño, por su parte, no pareció notar siquiera su presencia.

La voz de la mujer pronunciando en voz alta su nombre cambió de nuevo su

atención.

— ¿Shayler? Mi vida, ¿dónde estás?

El cachorro en brazos del niño empezó a gimotear y a moverse, haciéndole difícil el permanecer ocultos.

—Estate quieto —le decía el niño en un dialecto que hacía mucho tiempo que no oía y encajaba con el suave acento que encontraba en la actualidad en su voz—. Tienes que estar calladito, Horus, si mamá te ve, se enfadará.

La suave e infantil voz fue como un shock para ella pues otorgaba más realismo a lo que presenciaba y la confundía más si cabe.

—Hijo, por favor —suplicó la diosa, cercana a las lágrimas—. Cariño, te prometo que no ocurrirá nada. Shay, ven a mi lado.

El niño pareció vacilar, pero entonces el cachorro empezó a emitir unos diminutos ladridos que delataron su posición. Bastet giró hacia el lugar donde estaban ocultos, se recogió la liviana falda del vestido y caminó hacia ellos.

—Mi amor, haces que tu madre envejezca siglos de golpe con tus travesuras —murmuró la diosa arrodillándose ante el niño al tiempo que le tendía los brazos.

El pequeño pareció vacilar y aferró con más fuerza al cachorro. La desconfianza infantil brillando en sus ojos.

— ¿Te vas a llevar al cachorrito para sacrificarlo? —le preguntó él. Incluso en su papel de niño poseía una personalidad arrolladora.

Bastet pareció realmente golpeada por la pregunta.

— ¿De dónde has sacado esa idea?

—Atina dijo que lo sacrificarías porque sólo te gustan los gatos —balbuceó al tiempo que ocultaba su carita en el cuello del perro—. No quiere que Horus entre en su jardín, dice que es una bestia sucia y buena para nada.

La mujer suspiró y lo miró con ternura.

—Mi pequeño Shayler —murmuró mientras le acariciaba el rostro.

—Quiero quedarme con el perrito, mami —la sorprendió entonces al dejar al animalito caer al suelo mientras se enfrentaba a su madre—. Los dioses no merecen que nadie muera por ellos, ¿de qué les puede servir un perrito? Yo no les serví de nada.

La reacción de Bastet fue abrumadora desde el punto de vista de la muchacha, llegó a percibir su angustia al dirigirse a su hijo.

— ¡Te prohíbo que hables así! —alzó la voz, asustándole cuando lo sujetó por los bracitos y lo obligó a mirarla—. Tú lo eres todo para mí, Shay, mamá estaría muy triste si te pasara algo, mi amor. Nunca dejaré que nada te haga daño, hijo, nunca.

El niño se mordió entonces el diminuto labio y volvió la mirada hacia el cachorro que caminaba con dificultad.

— ¿Puedo quedármelo?

La diosa suspiró y atrajo a su hijo contra su pecho.

—Me parece que ya le has puesto nombre, ¿um? —le sonrió ella, acunándolo en su regazo.

Él le dedicó la sonrisa más inocente y hermosa que podría recibir una madre.

—Se llama Horus.

Ella le sonrió de regreso.

—Bienvenido a la familia, noble Horus.

Dryah sintió curiosidad por aquella imagen de los dos, le habría gustado acercarse más, ver más, pero cuando intentó avanzar sintió como algo tiraba de ella. Se giró para mirar tras de sí solo para encontrarse de nuevo en la sala de piedra, en el mismo punto que estaba antes de entrar a formar parte de

aquella escena como una muda espectadora. Una vez más, la pared frente a ella fluctuó con aquella neblina y se aclaró lo suficiente para mostrarle otra imagen.

El sonido de unos golpes seguidos por risas y abucheos fue lo primero que registró.

—Tienes tanta puntería como un ciego con una venda sobre los ojos, Shayler.

La voz le resultó familiar. Al igual que antes, la bruma empezó a desaparecer hasta formar una película transparente a través de la cual pudo ver al propietario de aquella voz junto a su hermano, en los que parecía un yermo descampado. Un joven Shayler se sacudía el polvo de la ropa, y a juzgar por su atuendo aquellas imágenes eran bastante antiguas.

—Gracias por los ánimos —farfulló él, su mirada alternaba de su hermano a un montículo de piedras a pocos metros de su posición.

Una versión mucho más accesible y despreocupada de John caminó hasta él y le posó la mano sobre el hombro. La jovialidad y paciencia que vio en aquellos ojos se había perdido en el hombre que conoció días atrás.

—Si consigues derribar al menos uno, te librarás de una patada en el culo —lo retó y se cruzó de brazos.

El chico lo miró con diversión y le hizo un gesto con el dedo corazón antes de volverse y mirar fijamente la línea de altas y enormes rocas que se extendía ante ellos. La curiosidad, o quizás fuese esa extraña atracción que la llevaba hacia él la instó a dar unos pasos hacia delante. Su apariencia no distaba mucho de la actual, si bien llevaba el pelo mucho más largo y atado con una cinta de cuero a la nuca, su actitud era claramente la de un joven despreocupado, sin el peso de la madurez y el poder que ostentaría. Los tatuajes que cubrían sus muñecas tampoco estaban.

—Si no derribo ni siquiera uno, entonces sí dejaré que me corras a patadas —fue su irónica respuesta.

John se limitó a poner los ojos en blanco y señalar la fila de piedras.

—Eres uno de los miembros más jóvenes de los Guardianes, si fuiste elegido por La Fuente, no es precisamente por tu apostura y éxito con las mujeres, mocoso.

Shayler se echó a reír.

—Um... no estoy seguro de que ella piense de la misma manera que tú.

John pareció perder el buen humor ante el reciente comentario.

—No deberías mezclarte con tus compañeros de armas... —le dijo, y a juzgar por su tono, no era una advertencia vacía. No necesitó pensar demasiado para suponer que la mujer a la que se referían era Uras. La manera posesiva en que la chica había reclamado al Juez como su pareja le provocó una punzada en el estómago, no comprendía el motivo, pero no le gustaba aquella mujer.

— ¿Es para hoy?

La pregunta del Guardián hizo que dirigiese su mirada hacia Shayler quien levantó su mano derecha y sin mucho esfuerzo, hizo polvo la primera de las piedras. Quizás no tuviese todavía el rango que le correspondía por derecho, pero incluso en su juventud, el hombre ya apuntaba sobre su verdadera naturaleza y poder.

— ¿Por qué me estás enseñando todo esto, Shayler? —murmuró para sí misma, mientras veía como los dos hermanos seguían burlándose entre ellos y compartiendo una estrecha camaradería.

La imagen empezó a desvanecerse una vez más y la sensación de tirón estuvo nuevamente allí, pero esta vez estaba preparada, o eso creía. En esta ocasión no volvió a la fría habitación de piedra, en un parpadeo se encontró de pie en un descampado, el tiempo era inclemente y con todo a ella no la tocaba. Llovía con fuerza, el viento ululaba con inusitada rabia y la tierra bajo sus pies se mezclaba con agua y algo de color herrumbroso, rojizo.

Su mirada se clavó en aquellos pequeños ríos que surcaban el suelo y casi al instante una punzada en el pecho la dejó sin aire durante unos segundos. El dolor era lacerante, más igual de rápido que había venido se marchó y la dejó

contemplando ahora lo que parecía ser los restos de algún templo. Un par de titilantes luces atrajeron su atención a una de las arcadas la cual todavía poseía parte del techo. Bajo esta vio la figura inmóvil y cetrina de un empapado y moribundo Shayler, quien estaba siendo atendido por su hermano y otro hombre que no conocía.

— ¡Acaba de una maldita vez! —La voz de John inundó el solitario lugar, su mirada clavada en la figura encapuchada que permanecía de pie al lado de su hermano.

La quejumbrosa respuesta no se hizo esperar.

— ¡No puedo!

Dryah se sobresaltó al escuchar el tono femenino de esa voz, antes de que pudiese poner freno a sus acciones se encontró caminando hacia ellos.

— ¡El demonio que no puedes, Uras! ¡Tú has empezado esto, por los dioses que no permitiré que te lo lleves! ¡Acaba de una jodida vez con ello!

—No... no la quiero... cerca.

Aquella voz susurrante contenía una buena carga de agonía, el dolor era tan profundo que sintió como las lágrimas descendían por sus ojos sin poder contenerlas. Él estaba consciente y se moría de dolor. La necesidad de acercarse y darle consuelo fue lo que hizo que se detuviese en seco, sin comprender muy bien el porqué de su reacción. A pesar de ello, no sacó los ojos de la escena que se desarrollaba ante ella, unas imágenes que no estaba segura de poder borrar jamás de su mente o su alma.

—Shhh, cálmate... no permitiré que esa perra se acerque de nuevo a ti —le prometió John acariciándole la frente con ternura—. Pero tienes que aguantar, chico, por lo que más quieras, no puedes irte... me oyes... no te dejaré.

—Acaba con el ritual.

La voz llegó de alguna zona entre las sombras, sus pasos chapoteaban en el suelo cubierto de agua, suciedad y sangre, tanta sangre que se le hacía difícil

pensar que él seguía con vida. Con horror contempló ahora más de cerca cómo sus muñecas estaban en carne viva, con intrincados símbolos que parecían haber sido grabados por el cuchillo ceremonial que yacía tirado de modo descuidado a un lado. El corazón se le encogió al ver un espectáculo tan dantesco, la camisa del Juez estaba hecha jirones y sus pantalones se habían encharcado con la sangre de vida que se escapaba de su cuerpo y el agua de lluvia que cubría el suelo.

—No... —susurró llevándose las manos a la boca, retrocediendo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡No puedo! —repitió de nuevo la figura encapuchada cayendo de rodillas. El golpe hizo que la capucha se le retirara, mostrando el hermoso rostro de una joven y preocupada Uras—. No puedo hacerlo... los dioses me perdonen... no puedo hacerle esto.

El gruñido de advertencia de John fue suficiente para llamar de nuevo su atención.

—Es demasiado tarde para echarse atrás —le recordó, su voz contenía tanto odio como su mirada—. ¡Haz lo que estás destinada a hacer, Oráculo!

Shayler parecía no estar de acuerdo, pues intentó pelear contra el agarre de su hermano, pese a que la pérdida de sangre lo tenía más cerca del otro mundo que de este. Dryah sacudió la cabeza, doliéndose por la escena que tenía ante sus ojos, por el destino al que a partir de ese momento estaría atado el Juez.

Uras agachó entonces la cabeza y cuando volvió a alzarla, una solitaria lágrima se escurría por su mejilla, mezclada con el agua de la lluvia. Ella alzó las manos sobre el cuerpo moribundo, susurró algunas palabras en un idioma extraño y casi al instante un pequeño punto luminoso empezó a formarse sobre el cuerpo moribundo del Juez y ante las manos extendidas de ella. Se cortó la palma de la mano y dejó que la sangre manase de ella y entrase en contacto con la luz, cada uno de los hombres presentes hizo el mismo gesto y poco a poco, la luz cambió a un tono rojizo y negro.

—Elegido por el Universo, Consagrado por la Fuente de Todo Poder, ahora y hasta el fin de los tiempos —murmuró ella mientras el haz de luz empezaba a

fluctuar hasta formarse una espesa niebla que fue empezó a desvanecerse dando paso a las dos dagas de aspecto mortal que Dryah sabía eran el emblema del hombre—. Nos sometemos a vuestra voluntad, ponemos nuestra sangre a su cuidado y para su protección, somos Guardianes Universales y responderemos ante este único poder con nuestras propias vidas.

Las armas explotaron en una potente ráfaga de luz que impactó en ambas muñecas de Shayler cicatrizando en el proceso los cortes y dejando en su lugar los tatuajes rojos y negros que rodearían sus manos.

El grito de dolor que salió de su garganta hizo eco en el interior de Dryah haciéndola gritar al mismo tiempo en sintonía con la agonía de aquel hombre, deseando al mismo tiempo alejarle de todos los que lo rodeaban y que sólo le habían traído desgracia. Algo en su más profundo interior se rompió en ese momento y todo lo que encontró fue un profundo anhelo de querer volver a él, de enterrarse en sus brazos y mantenerlo cerca de ella.

—Basta —susurró incapaz de apartar la mirada de él, allí tendido entre la sangre y el agua de la lluvia—. Por favor... basta... Shayler... por favor.

La escena empezó a diluirse poco a poco y ella se encontró nuevamente en la estéril habitación de piedra, los recuerdos de esa última visión estaban impresos a fuego en su mente, todo lo que podía ver era la sangre que lo había cubierto y a la mujer que casi acaba con su vida.

—Por qué me enseñáis esto, ¿qué es lo que queréis de mí? —susurró arrodillada en el suelo, sus delgados brazos envueltos a su alrededor intentando alejar el dolor y la angustia instalado en su pecho.

“Éste es tu lugar... y él tú Destino”

Ella dio un respingo y alzó la cabeza de golpe buscando la procedencia de aquella voz. Se heló al reconocerla, las lágrimas acudieron a sus ojos sin que pudiera hacer nada para impedirlo cuando una de las paredes empezó a diluirse hasta formar una compacta niebla que fue tomando forma hasta moldear la figura de un hombre.

— ¿Eidryen?

Tenía miedo de moverse, miedo de que si lo hacía la imagen que se formaba ante ella, la presencia del hombre que lo había significado todo se fuera para siempre.

—Él es tu destino, mi niña, tu alma predestinada.

Se quedó en silencio, observando como la imagen se iba solidificando dando forma a la conocida casaca color blanco ribeteada de verde y dorado que siempre llevaba el Dios del Destino, sus manos estaban extendidas a los lados, su postura erguida, poderosa incluso en esa nueva encarnación.

—Dreamara.

Las lágrimas cedieron por fin resbalándose por sus mejillas, el dolor que sentía ante su partida se concentró todo en el pecho y le robó las palabras.

—Te he hecho daño en mi afán de conducirte hacia tu destino —murmuró el hombre que permanecía a escasos pasos de ella.

Sacudió la cabeza con una firme negativa.

—Es como tenía que ser —respondió en apenas un hilo de voz—. Entiendo porque lo hiciste.

—Alma... —Él siempre la llamaba de ese modo, con ese tono reverente en su voz—. Estoy orgulloso de ti, mi pequeña. Alcanzaste aquello que he deseado para ti, te mantuviste firme a pesar de las dificultades y abrazaste tu destino.

Ella bajó la mirada sobrecogida por las palabras del dios. El dolor que había henchido su pecho en más de una ocasión por su pérdida empezó a diluirse poco a poco.

—Pero todavía te queda un largo camino por recorrer —le aseguró.

Dryah alzó la mirada para encontrarse al hombre mucho más cerca de ella. Eidryen levantó la mano derecha y la acercó a su mejilla, conteniéndose de tocarla.

—No es un camino que debas recorrer sola —le aseguró al tiempo que

estudiaba su rostro—, él está ahí para ti.

Ella parpadeó varias veces antes de susurrar.

— ¿Shayler?

El Dios del Destino asintió.

—Él es tu destino, el único que hará que todo lo que ocultas en tu interior desaparezca por completo. No estás sola, Dreamara, tu alma le pertenece como la suya te pertenece a ti. Eres todo lo que le separa de una solitaria existencia, dale una oportunidad. Dátela a ti misma.

Ella bajó la mirada sonrojada, por primera vez le daba vergüenza mirar al hombre que la había criado y protegido a la cara.

—Él...

—Sois Almas Predestinadas —le confirmó el dios—. Le perteneces desde el principio de los tiempos, desgraciadamente sólo ahora hemos podido reunirnos.

Ella alzó la mirada con sorpresa y cierta sospecha.

— ¿Los sueños?

Eidryen sonrió como sólo un dios conocedor del futuro podía hacerlo.

—Era su destino —respondió como si eso lo explicara todo.

Ella sacudió la cabeza.

—Si hay alguien que odia incluso más que yo los tejemanajes de los dioses, ese es Shayler —suspiró—. No le gustará saber que ha sido utilizado.

—Guiado, querida, sólo guiado —la corrigió Eidryen.

Ella respiró profundamente y alzó la mirada para encontrarse con la del dios, la cual era gemela de la suya.

— ¿Estás bien allí... donde quiera que estés ahora? ¿Elora está contigo?

Eidryen asintió, solamente asintió y por extraño que pareciera aquello fue suficiente para ella.

—Me alegro.

El dios sonrió ampliamente e inclinó la cabeza en un antiguo saludo de respeto.

—Vive por todos nosotros, Libre Albedrío pero sobre todo, vive por él.

Antes de que pudiera dar una respuesta, la imagen del dios empezó a desvanecerse. Dryah extendió su mano en un gesto desesperado pero sólo acarició el aire. Suspirando, cerró los ojos y se llevó la mano al corazón, por primera vez desde su despertar sentía que toda la oscuridad y el dolor que había guardado su corazón ante la pérdida del dios se diluía reemplazado por una serena aceptación.

—Buen viaje, Eidryen —susurró al unísono con el Libre Albedrío.

Su mirada vagó nuevamente por la cámara de piedra, la aprensión por aquel lugar seguía viva en sus huesos pero una nueva serenidad empezó a filtrarse en su interior, así que aguardó en silencio y esperó a que le fuese mostrado el siguiente paso en el camino.

Éste no se hizo de rogar.

—Sueño con ella todas las noches... es la más hermosa de las criaturas, dulce y cálida. Con ella me siento completo, siento que aleja toda la oscuridad que hay a mi alrededor, mi otra mitad... mi predestinada...

Ella volvió la mirada hacia atrás, mirando fijamente la pared que nuevamente se diluía dejando paso a la imagen de un hombre solitario, sentado en la azotea de uno de los edificios de una enorme ciudad, su mirada azul estaba teñida de pasión, anhelo y una melancólica tristeza.

—...la veo en cada una de mis noches, acompañándome...

—Shayler, eso me suena a la mujer perfecta... ya sabes, las que sólo existen en los sueños.

Él sonrió de medio lado y se encogió de hombros antes de volverse hacia el otro hombre, alguien a quien Dryah había visto al lado del Juez en su anterior visión. Su aura era inconfundible, aquel tenía que ser el último de los Guardianes Universales.

—Es algo complicado, Jaek —aceptó con un suspiro—. Parece tan real, la siento tan real cuando estoy a su lado...

—Quizás lo sea, amigo —lo animó—. Quizás te esté esperando en algún lugar... y sea real.

Shayler se echó a reír y levantó su botella de cerveza hacia el otro hombre en un gesto de brindis.

—Con mi suerte —respondió antes de darle un largo trago a la cerveza—, si algún día llega a cruzarse en mi camino, ni siquiera se fijará en mí, me considerará un patán y un gilipollas y me pegará una patada en el culo sin saber siquiera que está destinada a mí.

Su amigo hizo una mueca.

—Si es tu alma predestinada, aunque se canse de darte de patadas volverá a ti, le guste o no, al final siempre volverá a ti —aseguró su compañero palmeándole la espalda—. Sólo asegúrate de que sea la indicada... no quiero tener que levantar de nuevo tu lastimoso culo.

Shayler levantó la botella hacia él.

—Lo tendré en cuenta.

“Almas Predestinadas, Libre Albedrío”.

Aquella conocida voz se filtró en la mente de Dryah y ella sacudió la cabeza, cerrando con fuerza los ojos.

—No. No es posible —susurró negándose a abrir los ojos—. Él no puede ser

mi destino.

La mano había dejado de darle punzadas pero sabía que tardaría un tiempo en sanar completamente, no podía hacer gran cosa al respecto sin exponerse a que sus Guardianes le diesen una patada en el culo por su enorme estupidez. Shayler bajó la mirada hacia la mujer inconsciente a su lado en la cama, su piel estaba caliente, demasiado caliente, hacía horas que estaba en ese estado y no despertaba. ¡Maldito fuera, no se despertaba! Era consciente de que llevar a cabo aquel ritual era una locura, había roto al menos una docena de normas al recurrir a ese rito de sangre. La comunión de las almas no era algo que funcionase siempre, tenía que estar absolutamente seguro de que había una conexión entre las dos partes o aquella de ellas que fuera sometida al paso de la sangre, podía perderse para siempre.

—Vamos pequeña, vuelve a mí —le suplicó acariciándole el pelo como había estado haciendo durante el último par de horas.

¿Qué clase de gilipollas era para recurrir a algo así? Un gilipollas desesperado.

Sacudió la cabeza y volvió a tumbarse a su lado, atrayéndola a sus brazos donde la sabía segura mientras esperaba que abandonase el viaje y volviese a él. Nunca antes había realizado esta conexión, pero sabía que ella vería aquello que debía ser visto para entender quién era él y porque le estaba destinada; Si es que lo estaba. Sacudiendo la cabeza dejó sus dudas a un lado. Estaba destinada a él, lo estaba. Era una certeza que llevaba impresa en sus huesos. Sus sueños con ella, su posterior encuentro, los dioses no podían ser tan crueles como para alejarla ahora de su lado.

—Tienes que volver a mí, Dryah —le susurró abrazándola estrechamente—. Por favor.

Como si hubiese respondido a su ruego, ella jadeó en busca de aire, sus ojos azules completamente abiertos y fijos en un punto. Las lágrimas empezaron a deslizarse entonces por sus mejillas, seguidas por las convulsiones de los desgarradores sollozos que lo llevaron a abrazarla más estrechamente dejando que diese rienda suelta a sus emociones.

—Shh, ya está tesoro, ya ha acabado —la acunó contra él.

Ella pareció llorar más fuerte en respuesta, ocultando su rostro en su pecho, sus manos aferrándose a la su camisa.

—Shhh, déjalo ir, pequeña —le susurró abrazándola con fuerza—. Déjalo ir, sólo, quédate conmigo.

No podía articular palabra, todo lo que podía hacer era llorar dejando que el dolor de él, de ella, se fuera con sus lágrimas, sólo entonces podría enfrentarse realmente al hecho de que estuviese encadenada a su destino.

CAPÍTULO 22

Uras apagó la luz del baño contiguo a su dormitorio. Decorado en tonos blancos y negros, en un estilo muy chic, la habitación era lo suficientemente grande para dar cabida a un pequeño vestidor, un salón interior y una enorme cama lujosa de dos por dos que ocupaba la pared central. Tras atar el cinturón de la bata de seda negra que envolvía su curvilíneo cuerpo se dejó caer en el asiento frente al tocador, digno de una estrella de cine. Las bombillas colocadas alrededor del marco le daban el aire retro que tanto le gustaba, los peines y cepillos de empuñadura de plata sólo eran un toque más de sus caros gustos.

Sonriendo ante su imagen en el espejo, tomó uno de los frascos de encima del mueble y procedió a derramar un poco del líquido en sus manos.

—No creo que debieses estar por aquí, se te olvida que debo lealtad a mi Juez, no le gustaría enterarse que recibo esta clase de visitas.

Tarsis se limitó a contemplar a la mujer voluptuosa y de pronunciadas curvas, poseía un cuerpo hecho para el pecado. Sus manos resbalaban por el terso muslo en su camino hacia la rodilla y pantorrilla mientras extendía la aceitosa loción. Las uñas pintadas de un oscuro color rojo rodearon su tobillo en una

suave caricia antes de volver a ascender todo el camino de vuelta al muslo. La tela de la bata se abrió un poco más y dejó a la vista una buena porción de piel blanca, así como los montículos de sus llenos pechos.

Continuó con su cuidado personal como si la presencia del semidiós no significara nada para ella.

—La lealtad sólo es para aquellos que se la merecen, querida —le dijo pasando por detrás de ella al tiempo que se encontraba con su mirada a través del espejo del tocador.

Ella agitó suavemente las pestañas con una mirada lánguida mientras recorría apreciativamente el cuerpo masculino a través del espejo. Alto y oscuro cual dios pagano, tenía la misma aura de sensualidad que de malicia. Sus ojos se cerraron nuevamente en los de él.

—La mía pertenece a mi Juez —respondió con voz sedosa, y mortal.

Tarsis sonrió abiertamente, su mirada brillaba animada.

—Demasiado hermosa, demasiado mortal y demasiado ingenua —se burló recorriendo el cuerpo femenino con la mirada, sin llegar a tocarla en ningún momento—. Ir en contra de los deseos del Juez Supremo del Universo es un suicidio. No me creas tan tonto.

Ella se giró y le echó un vistazo por encima del hombro.

—Tonto no encajaría con la descripción del ser que provocó al Libre Albedrío cuando su avatar apenas tenía control sobre él —le respondió. Al contrario que sus compañeros, había identificado al poder que rondaba a la muchacha, en realidad estuvo a un paso de terminar con la chica ella misma en caso de que su poder se le saliera de las manos. Sabía que aquello habría supuesto desobedecer una orden directa de su Juez y más aún, enemistarse para siempre con él, pero lo prefería cabreado antes que muerto. Tomó el bote de aceite y vertió el líquido en sus manos frotándolas antes de extenderlas sobre la nueva pierna—. Inepto. Estúpido o suicida, se acercarían más.

La mirada del dios cayó una vez más sobre la expuesta piel femenina.

—Mis asuntos no son con el Juez, si no con ese pequeño e insignificante ser que por casualidades de la vida ha ido a hospedar al Libre Albedrío.

Uras apenas apartó la mirada de lo que estaba haciendo cuando preguntó.

— ¿Pequeña? Es posible. ¿Insignificante? —se rió ante la sola idea—. Lo encuentro difícil de creer.

Él la rodeó, mirando con fingida distracción los complementos y cremas que había diseminados por encima del tocador.

—Sí, imagino que el Juez también es de la misma opinión ya que finalizado el juicio, no se ha separado de ella —vertió sus palabras como un comentario inocente—. No es que lo culpe, a pesar de todo ella siempre fue... una beldad.

La mano de la mujer dudó unos segundos sobre su piel, lo justo para que supiese que había apretado las cuerdas correctas. Tragándose una secreta sonrisa volvió la mirada sobre el cuerpo femenino. Hembras. Eran tan fácilmente predecibles, patéticas en realidad cuando se trataba del sexo masculino, podían convertirse fácilmente en monstruos cuando el demonio de los celos se interponía entre ellas y lo que quería conseguir.

—La belleza es sólo algo efímero —dijo Uras restándole importancia.

—Tanto o más que el deseo.

Su oscura mano vagó por encima de la piel descubierta de los hombros de la mujer sin llegar a tocarla en ningún momento.

—Somos criaturas caprichosas, con vidas demasiado extensas y el aburrimiento llega antes o después llamando a nuestra puerta.

Ella bajó la pierna y alzó la cabeza, su espalda rígida.

— ¿Qué extraña maquinación te trae a mi puerta, Tarsis?

El hombre se inclinó sobre su hombro izquierdo, soplando su cálido aliento en una línea desde el hombro hasta el cuello, deteniéndose a susurrar en su oído.

—La curiosidad —le susurró antes de moverse y repetir la misma operación sobre el otro hombro—, los celos en la mirada de una mujer... un susurro de advertencia ante un adversario... el destino... todo y cualquier cosa bajo un mismo propósito.

Se estremeció involuntariamente, sus pezones se endurecieron mostrándose como dos picos y empujando contra la tela de seda con cada palabra vertida por el hombre en sus oídos. Él sabía cómo inflamar sus sentidos. Uras echó la cabeza hacia atrás, sus labios se entreabrieron dejando escapar un suave gemido y se maldijo a sí misma por sucumbir con tanta facilidad al magnetismo sexual que manaba por cada poro de él. No era una simple neófita, su poder era fácilmente comparable al suyo y en temas de hombres no era ninguna aficionada y en cambio, ahí estaba ese semidios, haciéndola arder con un simple susurro.

— ¿Qué te ha hecho esa mujer para que estés tan deseoso de aliarte con el mismísimo diablo para destruirla? —murmuró espabilándose el deseo.

Él esbozó una maliciosa sonrisa y le contestó con otra pregunta.

— ¿En qué te ha convertido tu Juez para que la lealtad que tanto predicas se tambalee ante la sola mención de una pequeña hembra? —ronroneó al tiempo que le acariciaba el pabellón de la lengua con la oreja.

Uras cerró las manos en sendos puños, sus largas uñas clavándose en sus propias palmas.

—No la quieres cerca de él —siguió engatusándola él—. Pero no es sólo eso, ¿no es así? Hay algo más. Algo oscuro, algo inevitable...

—Se ha profetizado que El Libre Albedrío simbolizará el fin de los Guardianes Universales —respondió ella sin interés en ocultar algo que antes o después sería de dominio público. Sus profecías eran sagradas y certeras, su visión había sido clara. Esa muchachita corrompería a su Juez y acabaría con la existencia de los Guardianes tal y como era conocida—. Una advertencia que con cada paso que daba se acerca más a la realidad.

—Deseas detenerla —Él derramó su cálido aliento en su oído—. A toda costa.

Eso no honra vuestro voto sagrado, ¿o sí?

—Y tú quieres su destrucción —declaró ella, mirándole de reojo—. ¿Acaso eso te hace mejor que yo?

Él rió, su risa rica y llena de poder.

—Eso, querida —le susurró apartándose de ella—. Sólo nos hace iguales.

Antes de que pudiera emitir una respuesta él posó uno de sus delgados dedos sobre sus labios y se inclinó nuevamente.

—Buscas tu propia justicia y yo la mía —le aseguró mirando sus labios con deseo—. Al final, ambos deseamos lo mismo. Búscame si crees que puedes llegar a hacer algo más que suspirar por ese hombre tuyo, estoy seguro — deslizó el dedo desde su boca por el escote de la bata hundiéndolo entre sus pechos—, que podemos llegar a un acuerdo.

Ella cerró los ojos disfrutando de la sensación de ese dedo entre sus senos un instante antes de que se desvaneciera. Por fin abrió lentamente los ojos para encontrarse con su imagen en el espejo, la imagen de una mujer llena de deseo, deseo por un hombre que no había sabido aprovecharlo. Apretando los labios estiró la mano hacia el tocador y tras coger lo primero con lo que toparon sus dedos, lo lanzó contra el espejo.

Su imagen se distorsionó cuando los pedazos de cristal empezaron a caer sobre el mueble y al suelo, ya sólo quedaba el eco de la risa masculina recordándole sus propias palabras.

“Ven a mí en busca de tu justicia, Guardiania, y la obtendrás”.

Ahora, su lealtad y su corazón volvían a estar en guerra y temía cual saldría vencedor en esta ocasión.

Dryah apretó con fuerza la taza de té humeante que Shayler depositó en sus temblorosas manos minutos antes, su atención estaba en el peludo animal de color dorado que la miraba con unos enormes ojos marrones y la enorme lengua rosada colgando por un lado de sus imponentes fauces. No podía dejar

de temblar y todas sus emociones parecían haber decidido irse de juerga al mismo tiempo, notaba la cabeza embotada, la garganta ardiendo y un herrumbroso sabor en la boca que comenzaba a irse con el sabor dulce del té. El Juez la había envuelto en una manta y permanecía sentado a su lado, pero ella prefirió mantener su atención en el perro.

—Horus —murmuró y el animal meneó la cola en respuesta.

—Parece que le gustas —comentó con suavidad. Desde el momento en que abrió los ojos y se deshizo en lágrimas entre sus brazos, el hombre no estaba seguro de cómo enfrentarse a ella. Dryah no había hecho mención alguna a lo ocurrido.

El sencillo comentario la hizo alzar la mirada hacia él para deslizarla luego a una de sus manos, la cual estaba vendada.

—Tu estupidez no conoce límites —rezongó en voz baja.

Él no fue capaz de rebatir eso.

—Lo siento —murmuró con verdadero pesar.

Ella le dedicó una cansada mirada.

— ¿El qué? ¿Qué cometieses la estupidez de hacerte un tajo en la mano o que hayas estado a punto de matarme por ello? —le respondió con estremecedora serenidad.

Sacudiendo la cabeza para consigo misma, suspiró.

— ¿Qué diablos me has metido en la boca?

Sus labios se estiraron en una perezosa sonrisa, el alivio empezó a filtrarse en sus facciones.

— ¿Además de la lengua? —respondió de manera burlona.

Ella se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada.

—Agradece que apenas puedo sostener la taza, de lo contrario no te digo donde iba a terminar el té —le espetó—. Si en algún otro momento decides tener otra reveladora idea... consúltame antes, de ese modo podré matarte y ahorrarnos todo lo demás.

Él esbozó una irónica sonrisa.

—Bienvenida —le dijo con su habitual buen humor.

Dryah decidió ignorarlo y posó la mirada una vez más en el perro que barría el suelo con la cola. De manera instintiva extendió la mano libre hacia él quien guardó la enorme lengua en su boca tras lamerse el hocico y se incorporó para acercarse a sus dedos olisqueándolos antes de permitirle que le acariciara la cabeza.

—Horus —lo acarició y se permitió relajarse ante el cálido contacto del animal—. Tu dueño es un auténtico gilipollas, pero tú eres muy guapo y listo, ¿verdad?

El perro ladró como para darle la razón. Ella sonrió y acarició nuevamente la cabeza del can.

—El dueño está aquí mismo, gracias —rezongó él al tiempo que dejaba a su lado.

Lo siguió con la mirada cuando atravesó la habitación para cerrar la ventana.

—Es el mismo cachorro que escondiste de tu madre, ¿verdad? —comentó cogiéndolo por sorpresa—. Sé que el nombre era el mismo... pero... eso parece que fue hace tantísimo tiempo... lo que me lleva a preguntar, ¿qué edad tienes?

Él se la quedó mirando con cierta sorpresa, entonces sacudió la cabeza.

—Más de la que tienes tú —le dijo, entonces señaló a Horus con un gesto de la barbilla—. Horus llegó a mí cuando tenía cinco años humanos. Había sido una de esas ofrendas a la Diosa. Las sacerdotisas del templo de mi madre entraron en cólera cuando lo vieron, ya que se suponía que Bastet adora a los

gatos y lo primero en lo que pensaron fue en deshacerse de él. No se lo permití. Bastet le otorgó el papel de mi guardián y como tal ha seguido a mi lado y seguirá hasta que le llegue la hora, ¿verdad amigo?

El perro ladró en respuesta.

—Debería darte vergüenza preocupar así a tu madre —murmuró ella dando un respingo cuando Horus posó la cabeza sobre su regazo y gimoteó para que siguiese acariciándolo.

Él la miró con cierta sorpresa.

— ¿Mi madre te habló de ello?

Alzó la mirada hasta encontrarse con la suya y ladeó la cabeza.

—No. Me lo mostraste tú... con tu sangre —declaró con un ligero estremecimiento. Alzó la taza de té y se la tendió, ya se había cansado de la bebida—. No pensé tener que volver jamás a esa prisión.

Él cogió la taza.

— ¿Prisión?

La ironía estaba presente en su voz y en su mirada cuando le dio la respuesta.

— ¿Prefieres la descripción dormitorio de piedra? —sugirió con ironía—. Para mí ha sido una prisión y el volver allí... —sacudió la cabeza—. Fue extraño.

La necesidad de moverse hizo que dejase la cama, se levantó pero no llegó a dar ni dos pasos antes de que sus piernas cediesen. La rápida intervención del hombre, quien dejó precipitadamente la taza sobre la mesilla de noche para luego rodearla por la cintura con los brazos impidió que terminase en el suelo.

— ¿A dónde piensas que vas?

Ella puso los ojos en blanco.

—A un lugar al que no puedes ir tú por mí —le espetó con marcada ironía antes de dejarse caer contra él—. Creo que no me responden las piernas.

Su respuesta no se hizo esperar.

— ¿Te llevo en brazos? —susurró sin malicia y con una buena carga de simpatía.

Ella puso los ojos en blanco.

—No abuses de tu buena suerte —le dijo, entonces le dejó ayudarla a salir de la habitación. El perro se levantó casi al momento y salió trotando delante de ellos.

—No pensaba hacerlo —aceptó mientras la acompañaba—. Mis dotes médicas se reducen a hacer vendajes, de las cuales mi perro fue la primera víctima.

¿Por qué no le sorprendía?

—Pobre Horus.

Él se detuvo un segundo al ver que vacilaba.

— ¿Seguro que te encuentras bien?

Ella resopló.

—Diría que mucho mejor que antes de que entraras en mi habitación e hicieras esa cosa de cortarte en pedacitos —refunfuñó y dejó escapar un suspiro—, pero el que me metieras la lengua manchada con tu sangre en la boca... y déjame decir un enorme “puaj” ante ello, tampoco resultó una experiencia agradable. No. De hecho, desde que estás a mí alrededor las experiencias agradables se han reducido a un rotundo cero.

Él ladeó el rostro para encontrar su mirada.

— ¿Todas? —sugirió con voz suave y una obvia mirada en sus ojos.

Ella se tensó y se apartó de él con rapidez. Su rostro adquirió un suave sonrojo al tiempo que su cuerpo abandonaba la sensación de frío que la envolvía y se calentó ante el recuerdo de lo ocurrido entre ellos noches atrás. De lo que él le había hecho. ¿Cómo pudo olvidarse de algo así?

Los sueños se habían vuelto más crudos e intensos a medida que pasaba el tiempo, de un día para otro o mejor dicho, de una noche a la otra la simple necesidad de sentirse abrazada y querida dio paso al deseo, a la necesidad de sentir piel contra piel, al anhelo de sus besos y de cosas que ni siquiera estaba segura de entender. Lo que esos episodios provocaban en su cuerpo la dejaban anhelante, frustrada y absoluta y malditamente dolorida, deseando con rabiosa intensidad que algo o alguien hiciera desaparecer ese dolor. Le costaba dormir, pero cuando por fin conseguía cerrar los ojos todo lo que veía era a él. A ambos. Desnudos y entrelazados mientras disfrutaban de su mutua compañía. Había luchado incluso en sus sueños por alejarse de él, de las sensaciones que le provocaba. Cada noche era más cruda que la anterior, hasta el punto en que había llorado y rogado que acabara con ello, con ese sordo dolor que la enloquecía. Sintió como su rostro aumentaba en calor y sacudió la cabeza para obligarse a hacer a un lado aquella única realidad que habían compartido.

—Está bien, fue un golpe bajo de mi parte —aceptó él al ver como se le encendía la cara y apartaba la mirada.

Ella hizo una mueca.

—Agradece que la culpa no es enteramente tuya —musitó sin levantar la mirada del suelo—. Enhorabuena, conseguiste lo que querías. Ahora comprendo que es algo que ninguno de los dos podía prever o evitar.

Él frunció el ceño ante su enigmática respuesta, pero no la presionó.

—Necesitaba que me escucharas, pero no era algo que estabas dispuesta a hacer —se justificó él—. Y no estoy muy seguro de que eso haya cambiado ahora.

Ella levantó lentamente la cabeza, pero todavía no lo miró, sus ojos se detuvieron a la altura de sus abdominales allí donde la nueva camiseta que se había puesto marcaba la firmeza de sus músculos.

—Exiges que todo se haga a tu manera, sin pararte a pensar si para mí es o no el momento de hacerlo —le reprochó. Por dentro eso era lo que la enfadaba, no estaba preparada para enfrentarse a todo aquello y él había precipitado las cosas con su impaciencia—. La verdad, tus métodos para resolver las cosas apestan, Shayler.

Él esbozó una ligera mueca pero no dijo nada, quizás estuviese en lo cierto y se había precipitado. Tomó nota mental de aquello para no volver a cometer el mismo error. Estaba acostumbrado a hacer las cosas según sus reglas esperando que los demás se limitaran a acatar sus órdenes, su papel en el orden del universo no le había enseñado otra cosa.

Ella lo sorprendió entonces posando su mano, la palma abierta sobre su estómago, al aferrarse a la tela de su camiseta.

—No me siento bien, creo que voy a vomitar.

Él la rodeó inmediatamente con el brazo y la ayudó a mantener el equilibrio.

—Sería todo un detalle que no lo hicieras sobre mí —musitó deslizando una de las manos a su nuca empezando a masajear el punto donde nacía el pelo—. Respira profundamente.

Sacudió la cabeza y se soltó de él llevándose una mano a la boca mientras se apresuraba con paso tembloroso al umbral de la puerta y de ahí doblaba a la derecha para entrar rápidamente en el baño y vaciar el contenido de su estómago en el retrete. Todo su cuerpo se estremecía con el esfuerzo de las arcadas, un pegajoso y frío sudor perló su frente. Iba a estallarle la cabeza. Dryah se dejó caer en el suelo con una mano rodeando su estómago y la otra apoyada en la pared, una toalla húmeda le fue puesta en las manos, mientras otra le refrescaba la frente, alzando la mirada se encontró con la preocupación en sus claros ojos azules.

—Gracias —murmuró en voz baja con un pequeño estremecimiento. Odiaba sentirse así de vulnerable, sobre todo frente a él—. ¿Puedes dejarme sola, por favor?

Él pareció vacilar.

— ¿Estás segura?

Ella sintió.

—Por favor.

Shayler se retiró de mala gana. Todo en él gritaba que se quedara con ella, que desoyera su ruego y se quedara, pero nadie mejor que él sabía que había momentos en los que se necesitaba privacidad y no iba a negársela por su propio egoísmo.

—Estaré al otro lado de la puerta —señaló la puerta de madera—. Si me necesitas...

Ella simplemente asintió. Sin decir nada más, el Juez la miró una última vez y salió al pasillo cerrando suavemente la puerta.

Dryah se estremeció, todavía sentía un nudo en el estómago que invitaba a las arcadas, pero su estómago ya había quedado vacío, le dolía la cabeza y sentía unas inexplicables y repentinas ganas de llorar. El recuerdo de Eidryen la inundó, como sus palabras que hacían eco en sus oídos.

“Es tu destino. Estás destinada a él, eres su alma predestinada”

Levantó un tembloroso brazo y tiró por segunda vez de la cadena del retrete para finalmente arrastrarse por el suelo y acurrucarse en la esquina que formaba la pared con la bañera, subió las rodillas y las apretó contra su pecho mientras daba rienda suelta a las lágrimas que habían acudido a sus ojos y se deslizaban ahora por sus mejillas, unas lágrimas que no podía ni quería detener. Todo su mundo cambiaba a un ritmo vertiginoso y no se sentía capaz de seguir la corriente, todo lo que podía hacer era mirar mientras era arrastrada en contra de su voluntad hacia un fin del que no estaba segura.

Shayler se apoyó de espaldas a la puerta escuchándola llorar, el corazón se le encogió en un puño pero sabía que no podía hacer nada por ella, debía permitir que se liberara de sus ataduras por sí misma, que asimilara lo que quiera que hubiese descubierto en su transición y lo aceptara. Para bien o para mal, debía escoger su propio camino. Cerró los ojos con fuerza y dejó caer la

cabeza hacia atrás golpeándose contra la madera, sus ahogados sollozos lo hacían sentirse más miserable que nunca, llegando al punto de preguntarse si había hecho bien al empujarla hacia aquel ritual.

¡Y una mierda lo había hecho bien! Se había saltado todas las reglas una tras otra, le sorprendía que no se abriese la tierra bajo sus pies y se lo hubiese tragado. Sus actos tenían una penalización y antes o después debería enfrentarse al castigo que los Poderes Primigenios decretasen para él por tal falta. Sólo esperaba que aquello no llegara hasta que hubiese arreglado las cosas con la mujer que permanecía del otro lado de la puerta. Dioses, la amaba. Y el saberlo no hacía sino contribuir a su desesperación. Ya no se trataba de un sueño o de una fantasía hecha realidad, se había enamorado de Dryah, la rubita que se enfrentaba a él con uñas y dientes, la mujer que lo arrojó la primera noche que pasó en su sofá, la hembra que había saboreado en su momento de mayor necesidad, la niña inocente acusada por el único delito de haber venido al mundo. Amaba a la mujer de carne y hueso, no la fantasía que el destino había creado para él en sus sueños y ese amor empezaba a nublarle el juicio.

Dejó escapar el aire de sus pulmones y sonrió con ironía. Se había enamorado de la mujer que iba a destruir a su gente, su mundo y entonces comprendió que la profecía de Uras empezaba a hacerse realidad pues, por salvarla a ella, estaba dispuesto a dar la espalda a los suyos.

Se pasó la mano por la cara y notó la barba de dos días, aquello no hacía sino desconcertarlo aún más. Era un hombre acostumbrado a un puntilloso aseo y desde que se topó con ella, todo eso pasó a un segundo plano. Llevaba el mismo pantalón de hacía dos días y si bien no olía, su aspecto desaliñado era prueba de que algo le pasaba. Tenía suerte de que tanto su hermano como sus compañeros hubiesen decidido acatar sus órdenes y mantenerse al margen o lo estarían pinchando por aquel cambio de actitud cuando todos lo conocían mejor que él mismo.

— ¿Qué estás haciendo conmigo, Dryah? —murmuró para sí—. ¿Qué?

Por ella ardía en el más profundo de sus sueños, por ella suspiraba cuando sus ojos estaban abiertos y el día despuntaba por la ventana del salón, por ella estaba dispuesto a dar la espalda a los suyos.

El llanto al otro lado de la puerta cesó después de un rato, Shayler oyó el correr del agua procedente del grifo del lavabo así como el abrir y cerrar de puertas, poco después otro grifo se unió a la sinfonía del agua y una colorida maldición femenina dio paso a un pequeño golpe seguido de otra maldición. Él frunció el ceño.

— ¿Va bien todo ahí dentro?

Un nuevo golpe seguido de un bajo resoplido y entonces la voz de Dryah se alzó por encima del ruido del agua.

—Estoy bien —respondió con voz quebrada, entonces la aclaró y continuó—. Voy a darme una ducha.

— ¿Puedes tu sola? —respondió. La imagen del agua resbalando por su cuerpo desnudo se instaló en su mente y lanzó una punzada de deseo directamente a su sexo.

— ¿Te estás ofreciendo a frotarme la espalda? —No pudo evitar responder con tal carga de ironía que era imposible no entenderla.

Él esbozó una sonrisa.

—Sólo si no muero en el intento —murmuró en voz baja, entonces respondió—. Eso depende, ¿seguiría vivo después de hacerlo?

—No. —Una rotunda y firme negativa.

—Eso me parecía —murmuró riéndose entre dientes—. En ese caso, me iré a la cocina y prepararé algo para los dos, ¿de acuerdo?

Creó oír algo así como “haz lo que quieras” antes de oír un pequeño grito seguido de varios coloridos tacos.

— ¿Dryah? —preguntó.

— ¡Está caliente! —jadeó con una nueva maldición.

Él rió y sacudió la cabeza en una negativa antes de caminar hacia la cocina.

Ella suspiró y se relajó bajo el chorro de agua caliente tras regular la temperatura, el agua le hacía cosquillas sobre la sensibilizada piel, parecía que ni siquiera el episodio que la había dejado casi arrastrándose podía borrar las huellas de la frustración que provocaban sus sueños. Se estremeció y cerró los ojos, en contra de su voluntad su mente vagó de nuevo hacia el último de sus sueños. Recordó la sensación de aquellas manos resbalando por su piel, como se deslizaban por su cuerpo y acariciaban con suavidad la columna de su cuello provocándole cosquillas, como descendían sobre sus pechos, dedos que rodeaban y atormentaban sus hinchados pezones para continuar el viaje hacia su estómago y rastrillar a través de los rizos entre sus piernas hasta encontrar la abertura de su hambriento sexo. Un jadeo escapó de sus labios cuando su propia mano imitó el recorrido que había hecho la de él hasta perderse en la creciente humedad entre sus piernas. Dando un respingo abrió los ojos y apartó la mano inmediatamente al tiempo que sacudía la cabeza. Diablos, esa incómoda sensación volvía a estar entre sus piernas, un ligero hormigueo que la dejaba nerviosa e insatisfecha deseando... ¿Qué? ¿A él?

— ¿Has perdido el juicio por completo? —se reprendió a sí misma.

Su mano palmeó en busca del grifo para cerrar el agua, pero en su lugar lo que hizo fue abrir el chorro del agua fría. Un agudo grito salió de sus labios un instante antes de que cerrara de todo ambos grifos y saltara de la bañera a la alfombra de baño chorreando agua.

—Oh, estúpida, estúpida, ¡estúpida! —se sermoneó a sí misma, entonces añadió—. ¡Es toda culpa suya!

Tomó una de las enormes toallas del colgador y se envolvió en ella antes de sentarse en el borde de la bañera y suspirar con resignación.

—Maldición, ¿por qué entre todas las personas posibles tenía que ser precisamente él? —musitó en voz baja hundiendo el rostro en sus manos.

El pitido del microondas sacó a Shayler de sus cavilaciones, el agua que había puesto a hervir para la infusión de ella y su propio café humeaba en el recipiente cuando lo sacó del electrodoméstico sirviéndola en sendas tazas. Las provisiones del refrigerador se habían reducido en los últimos días,

algunas incluso se echaron a perder lo cual indicaba que pronto habría que hacer la compra. Estando soltero y viviendo por su propia cuenta, estaba acostumbrado a valerse por sí mismo y sabía manejarse en un supermercado; cosa que no estaba muy seguro en cuanto a su compañera de vivienda. Dryah había mostrado su ingenuidad ante muchas de las cosas cotidianas en el mundo humano y no le sorprendería que hacer la compra no fuese otra de ellas.

Puso la mesa con dos servicios, una pequeña bandeja con bocadillos, zumo de naranja, tostadas y café ocupaban la mesa en la reducida cocina, el bol de fruta había terminado en el lavavajillas después de tirar las últimas piezas estropeadas. Su pequeña rubita parecía tener una inclinación especial hacia la fruta, sin duda una sana afición.

— ¿Eso qué huelo es café? —murmuró una suave voz a sus espaldas.

Se volvió a tiempo de ver una figura femenina, de corto cabello rubio revuelto y húmedo envuelta en un enorme albornoz blanco que le llegaba un poco más debajo de las rodillas, sus pies enfundados en unas zapatillas en el mismo tono. La recorrió de los pies a la cabeza para terminar en sus brillantes ojos azules. Todavía estaban enrojecidos y tenía la nariz ligeramente colorada, pero su aspecto había mejorado, en realidad, su aspecto era endiabladamente sexy.

—El café es para mí —aceptó apartándose para hacerle sitio y que pudiese entrar. Era incapaz de sacarle la mirada de encima—. Te he preparado una infusión, por si la preferías al zumo de naranja.

Ella miró la mesa dispuesta para los dos y se volvió de nuevo a él.

—Gracias —asintió y se volvió hacia la mesa donde encontró al perro dormido bajo esta—. Parece que a Horus le gusta también la cocina.

Bajó la mirada hacia donde ella señalaba y se encogió de hombros.

—No le gusta estar solo.

—No es el único —murmuró sentándose en una de las sillas, teniendo cuidado de no tocar al perro.

—Tú no estás sola.

Ella se volvió hacia él y asintió.

—Supongo que ya no.

Sin decir nada más, se preparó una infusión y la sostuvo con un suspiro entre las manos.

— ¿Tienes idea de cómo funciona ese ritual tuyo? —le preguntó entonces, su mirada buscó la suya.

—No es mi ritual.

Ella se encogió de hombros y señaló lo obvio.

—Tú lo llevaste a cabo.

Shayler asintió.

—El riesgo merecía la pena.

Ella le dedicó una desconfiada mirada.

— ¿Qué quieres decir?

—Todo acto tiene repercusiones.

Ella asintió, pensando que se refería a lo que ella había visto en el transcurso de su viaje.

—Eso parece —murmuró bajando de nuevo la mirada hacia la taza humeante en sus manos—. No sé qué quieres que diga.

—A veces no es necesario decir nada, las cosas se ven a simple vista — aceptó llevándose la taza de café a los labios.

—He visto a Eidryen —murmuró—. No sé por qué o como, pero vino a mí.

Aquello le tomó por sorpresa, no estaba seguro de que pudiese darse algo así.

— ¿El Dios del Destino se presentó en el Pasaje?

Ella arqueó una ceja ante su respuesta.

— ¿Pasaje?

Él asintió.

—Lo que has atravesado se conoce como El Pasaje de las Almas —explicó y dejó sobre la mesa la taza de café—. Se supone que te muestra aquello que necesitas ver, de aquellos que necesitas saber.

Eso tenía sentido, pensó dando un sorbo a su propia bebida. Eidryen había ido a ella para hacerle ver aquello que necesitaba saber, su propio destino.

—Él me dijo que... tú y yo... somos Almas Predestinadas —susurró, su mirada todavía concentrada en su taza—. Quería que supiera que yo estaba destinada a ti desde antes de que naciera, que lo que había hecho era parte de mi Destino.

Él dejó escapar un débil suspiro, sus palabras confirmaban las sospechas que tenía al respecto.

—No me di cuenta hasta ese momento, lo mucho que lo he extrañado y lo que más sentía desde su partida —continuó ella mirando fijamente su infusión—. No podía liberarme completamente del pasado hasta saber que él estaba bien, que estuviese donde estuviese, era feliz. Ellos están juntos y Eidryen parecía feliz.

Shayler se movió contra el mueble, acomodándose en el lugar. Por extraño que pareciera, sus palabras también liberaron algo en su interior y sintió paz por el juicio que había llevado a cabo en contra de su voluntad.

—Me alegro por él —aceptó con sinceridad.

Ella asintió y después de un momento de silencio y volvió la cabeza hacia él.

— ¿Por qué ninguno de tus Guardianes hizo nada para evitar que Uras te hiciera esto? —Dryah estiró la mano y tocó con la yema de sus dedos los tatuajes en la mano del Juez.

Shayler se sintió estremecer bajo su contacto y por primera vez se preguntó qué diablos habría visto de su pasado. Sus palabras daban a entender que había presenciado una de las etapas más dolorosas de su vida, él no quería eso para ella, el dolor de aquella noche corría profundo en su interior no necesitaba que alguien más cargara con él.

—No podían —murmuró, su voz perdió el borde de simpatía y diversión. Ahora parecía más bien sumido en sus recuerdos—. En realidad, nada ni nadie podría cambiar lo ocurrido. Fui designado por la Fuente Universal para ser su

Juez Supremo y Uras fue la a entrega elegida para hacerme entrega de tal honor.

— ¿Honor? —Dryah dejó escapar un doloroso jadeo ante el recuerdo de la sangre mezclada con el agua de lluvia y la tierra del suelo. Sus ojos se alzaron hasta conectar con los suyos—. Te vi, Shayler, te morías en los brazos de John y ella no hizo sino infligirte más dolor.

Él notó sus tumultuosas emociones, la rabia y el dolor en el tono de su voz. Se le acercó, acuclillándose ante ella de modo que quedaran a la misma altura y no tuviese que levantar la cabeza.

—Dryah, esos recuerdos son míos y fue algo que pasó hace mucho tiempo —le acarició la mejilla con ternura—. No tienes que cargar también con ese dolor. Esa herida hace mucho que dejó de sangrar.

—El compartir el dolor con los demás, no significa que sea una carga —respondió mirándole directamente—. No tenías que haber pasado por aquello tú solo.

En ese momento agradeció a todos los dioses y al mismísimo corazón del universo por haberla puesto a ella en su camino. Su compasión era algo que no veía muy a menudo.

—Y no lo hice. Uras fue la que más sufrió en todo esto. Ella es el Oráculo Universal y como tal puede vislumbrar la trama del Universo, pero no tiene poder para evitarlo. —Sus palabras le trajeron a la memoria la profecía que la Oráculo vaticinó sobre la mujer que tenía frente a él—. Una auténtica y jodida maldición.

—O un merecido castigo —murmuró ella, sus ojos se apartaron entonces del Juez, avergonzada por sentir que era verdad.

—Dryah... —le tomó la barbilla y se la alzó para que lo mirara.

Ella apretó los labios y sacudió la cabeza.

— ¿Es que no es toda una vida de lucha más que suficiente? —protestó entonces al tiempo que negaba con la cabeza—. No quiero ser yo quien comience otra para ti.

Él esbozó una lenta sonrisa.

—Pero tampoco vas a ponérmelo fácil, ¿um?

Ella lo contempló con total seguridad.

—Ni siquiera lo es para mí —resopló, la desesperación se palpaba en sus palabras—. Almas Predestinadas, Shayler. Dos mitades de un todo, destinados desde el principio de los tiempos a encontrarnos una y otra vez a lo largo de las vidas y de nuestras reencarnaciones.

Ella negó con la cabeza y se apartó de su contacto. Sólo ahora empezaban a cobrar sentido las cosas. La necesidad de estar en su compañía aun cuando todo lo que quería era mandarlo a volar, la seguridad que encontraba en su presencia y la maldita atracción que sentía por él a cada paso del camino, sus sueños... ¿Cómo habían llegado a complicarse tanto las cosas?

—Esa descripción no encaja conmigo, Shayler —declaró, sus palabras y la mirada en sus ojos denotaba su angustia—. No puede encajar conmigo. Algo tan sencillo como el que dos personas anónimas se conozcan, se sientan atraídos el uno por el otro, se enamoren y decidan pasar la eternidad juntos

por que ignoran que estaban destinados a hacerlo, se vuelve una lucha de voluntades cuando se trata de alguien como tú y como yo.

Él vio la desesperación en sus ojos, la escuchó en su voz.

—Tú lo sabías y callaste. ¿Por qué?

Le sostuvo la mirada pero no respondió de inmediato. Las mejillas de ella empezaron a enrojecer y su voz surgió vacilante.

—Sé que has estado soñando conmigo antes de esa... noche —murmuró con mirada avergonzada—, mucho antes incluso de que nos viésemos por primera vez.

Shayler cerró los ojos con fuerza, respiró profundamente y volvió a abrirlos. Su mirada la abrasó con su intensidad y el desnudo deseo que había en ella.

—Dos partes de un todo, dos almas separadas en algún momento de la eternidad y que esperan el momento de volver a encontrarse —resumió él sus propias palabras, entonces añadió—. Estuviste en mis sueños desde mucho antes, sí, pero jamás pensé que podías existir en carne y hueso. Y cuando te vi...cuando nos conocimos... bien, es difícil asimilar ciertas cosas cuando la mujer que tienes ante ti es catalogada como un peligro para el Universo y tienes el deber de discernir si es inocente o si merece condena. Difícilmente podía ir a ti y decirte “Ey, creo que eres la mujer que me está destinada y vamos a pasar una eternidad o varias juntos”.

Ella bajó la mirada, en eso debía darle la razón.

—Concedido.

Shayler volvió a acariciarle la barbilla con un dedo, alzándosela para que lo mirara.

—Nunca pretendí ocultarlo, Dryah —aceptó con absoluta sinceridad—. Pero tampoco es algo que puedas contar así como así, sin prueba alguna, sólo porque es algo que crees muy dentro de ti.

Ella se lamió los labios, un gesto que detonaba nerviosismo.

— ¿Y cómo estás tan seguro de poder asegurarlo ahora?

Sus ojos se clavaron en ella, brillantes, resolutos.

—Porque te deseo —aceptó sin más ambages—. Y no sólo en mis sueños.

Ella abrió la boca para contestar a eso, pero las palabras no llegaron.

—Y tú también me deseas —insistió él.

—En tus sueños, Juez —respondió ella de manera automática.

Él se echó a reír.

—No sólo ahí, princesa —declaró y antes de que pudiera hacer cualquier otra cosa, se acercó todo lo que su posición le permitía—. Y estaré encantado de demostrártelo.

Ella se echó atrás, su mirada fija en la de él y frunció el ceño, su pequeña naricita se arrugó y se permitió olisquearle. Entonces se volvió a mirar al perro acostado a sus pies e inspiró hacia él volviendo a hacer el mismo gesto con la nariz.

—Queda agua caliente —murmuró trasladó de nuevo la mirada de uno a otro y sonrió—. Para ambos.

Él se echó a reír y miró a Horus.

—Compañero, acaban de decirnos que olemos. —Él se giró hacia Dryah con mirada pícaro—. ¿Quieres ayudarme frotándome la espalda?

Ella arqueó una ceja imitándole.

—Antes se la frotaría al perro, junto con todo lo demás —le soltó al tiempo que dejaba su asiento para ir hacia la nevera—. Ah, y afeitarte... tu barba me pica.

Shayler se quedó literalmente con la boca abierta.

—Ya puestos, ¿no querrás algo más? —se rió a pesar de todo.

Ella hizo una mueca al abrir la puerta de la nevera y la cerró volviéndose a él.

—Sí. Mi nevera está prácticamente vacía —resopló—. Necesito reponer algunas cosas.

Él asintió y se agachó sobre Horus para rascarle la cabeza.

—Ve haciendo la lista de la compra mientras nos bañamos —le dijo—. Iremos en cuanto terminemos.

CAPÍTULO 23

La sección de frutería del supermercado no era el mejor lugar para pegarle una patada al Juez, pero por los dioses que la estaba pidiendo a gritos.

El hombre había bañado a Horus a conciencia, entonces se lo entregó con un par de toallas y un cepillo para que lo secara y peinara mientras él se encargaba de su propio aseo. Ella intentó explicarle que sólo lo dijo por molestarle una pequeña broma en pago de todo lo que la hizo pasar en las últimas horas, pero el Juez pareció acusar el comentario de forma muy personal. De hecho, tras ducharse y afeitarse tal y como le pidió, la llevó a uno de los supermercados de la vecindad y se mantuvo en silencio mientras conducía el carro de la compra; Y eso porque casi empotra el maldito artilugio contra una de las baldas nada más sacarlo de su soporte.

Shayler estaba decidido a que experimentase por sí misma algo tan cotidiano como hacer la compra y ella no pensaba darle la satisfacción de amilanarse por ello. Tras colocarse uno de los guantes de plástico tal y como vio hacer a otras personas se acercó a las cestas colocadas en la frutería, artículos que al menos reconocía. Sus manos volaron con titubeo por encima de las cajas con la mercancía, la frutería funcionaba en modo autoservicio por lo que tenía que servirse ella misma y la verdad fuese dicha, no sabía ni por dónde empezar.

— ¿Problemas? —sugirió él en tono llano, sin visible burla.

Se giró ligeramente hacia él y dudó unos instantes entre decirle la verdad y pedir su ayuda o mandarlo al infierno.

—Hay demasiadas variedades y precios. —Se decidió por la verdad—. Y ninguna se parece a lo que he visto o probado hasta ahora, ¿cuáles debo coger?

Él se apoyó con despreocupación sobre la barra del carro y miró la fruta.

—Te sugeriría que las que estén más o menos maduras. Puedes meter una o dos de las más verdes para dejarlas que maduren y de ese modo no se estropearán —le dijo con un ligero encogimiento de hombros.

Ella frunció el ceño al tiempo que miraba la fruta con una nueva cara de concentración.

— ¿Y cómo se supone que sabes si están maduras?

Él sonrió con gesto irónico.

—Palpándolas, querida.

Ella imitó su gesto arqueando una de sus finas cejas y volvió la mirada hacia la fruta, perdiéndose la pícaro sonrisa en el rostro del hombre. La chica cogió varias piezas de fruta y las apretó sin lograr notar la diferencia. Entonces su mirada pasó a los plátanos unos más amarillos que otros y tomó uno entre sus manos antes de volverse hacia él.

— ¿Estos también se palpan? —preguntó acariciando con un dedo toda la longitud de la fruta—. Son más suaves y blandos, pero...

Él se quedó hipnotizado contemplando como acariciaba la maldita fruta de arriba y abajo con suavidad, rodeando con la yema de los dedos la punta para luego acercarla a su rostro y mirarla como si se le hiciera la boca agua. Su entrepierna se quejó endureciéndose en respuesta a lo que estaba seguro que prefería que le hiciese a él y no al plátano.

—No sé por qué no creo que esta sea la forma adecuada para comprobar su madurez —rezongó al tiempo que manipulaba el plátano de un lado a otro como si fuera una porra. Shayler realmente tragó con fuerza.

—Por lo que más quieras, deja de hacer eso —suplicó, su voz más ronca que de costumbre.

Ella volvió su atención hacia él al oír el ronco tono de voz, su mirada azul brillaba ligeramente oscurecida, una mirada que empezaba a reconocer. Su propio cuerpo respondió al mismo tiempo con un leve hormigueo, mientras apartaba la mirada la cual cayó casualmente en la entrepierna del hombre. Ella sacudió la cabeza y se fijó finalmente en la fruta que todavía tenía entre las manos, entonces volvió de nuevo hacia su entrepierna al tiempo que su rostro empezaba a subir de temperatura.

—Oh, mierda —masculló lanzando el plátano con tanta rapidez que acabó cayendo en el carro de la compra.

No pudo evitarlo, la escena había sido la cosa más graciosa y adorable que Shayler había visto en mucho tiempo y se echó a reír con ganas, aferrándose al carrito para mantenerse en el lugar. Ella lo fulminó con la mirada, pero no pudo evitar permanecer con una enorme sonrisa en sus labios.

—Recuérdame que te deje palpar a tu gusto... —le susurró cuando ella volvió a su lado con intención de decirle que podía hacer con sus carcajadas—, otras cosas.

—Que te muerda un perro, Juez —le espetó con su mirada azul echando chispas.

Él luchó para recuperar la compostura.

—Eso también me lo cobraré después —le respondió guiñándole el ojo.

Tras decidir ignorar su comentario, le dio la espalda y sacudió la cabeza.

—Se supone que tendrías que ayudarme y enseñarme como hacer esto, no utilizarme como bufón para tu entretenimiento —refunfuñó y cogió una nueva

bolsa en la que empezó a introducir toda clase de fruta.

Él posó la mano sobre la de ella para detenerla y le indicó el dispensador con las bolsas plásticas.

—Por separado, tesoro —le dijo todavía sonriente—. Una bolsa para cada variedad y tipo de fruta. Luego las dejas sobre la pesa y marcas el número que te indica la etiqueta correspondiente.

Mirándole de reojo asintió y se concentró en las manzanas, después cogió unas naranjas y finalmente se inclinó hacia los plátanos. En ese momento él le cogió la mano y le guiñó el ojo cuando ella se giró con mirada interrogativa.

—Sólo soportaré tus coqueteos con el plátano una vez —le aseguró besándole la piel descubierta de la muñeca antes de hacerse cargo de esa fruta.

Ella puso los ojos en blanco, se sacó los guantes y los dejó en el contenedor antes de continuar al pasillo siguiente.

Después de la larga y difícil conversación que mantuvieron a lo largo de la mañana y el posterior desayuno tardío en la cocina amenizado por comentarios y sincerándose sobre los recientes acontecimientos, él parecía estar mucho más relajado, aunque no pasaba igual con ella. Si bien entendía lo que ocurría e intentaba actuar en consecuencia, no podía evitar la necesidad de seguir guardando las distancias con él. El permanecer juntos en una misma habitación adquiriría un concepto totalmente distinto al que había tenido hasta el momento, sus miradas se encontraban y surgía el incómodo deseo. Era cuestión de tiempo que aquello se le fuera de las manos y al contrario que el Juez, ella no tenía la menor idea de si eso sería realmente algo bueno.

Se inclinó sobre una de las estanterías más bajas y frunció el ceño al ver las distintas marcas de cereales. Una vez más, la caja que se terminó aquella mañana parecía no encontrarse entre las expuestas.

—No hay ninguno con la misma caja que se terminó esta mañana —murmuró al tiempo que repasaba cada una de las cajas—. ¿Alguna sugerencia?

Alzó la mirada hacia él y frunció el ceño al verlo mirando cierta parte de su

anatomía con un anhelo propio de alguien moribundo y hambriento.

—Shayler... —El tono que imprimió a su voz fue suficiente advertencia para el hombre, quien dejó de mirarle el culo y sonrió con picardía.

Él alzó las manos en gesto de rendición.

—No puedo evitarlo, bonita, esos vaqueros te hacen un culo impresionante.

Ella entrecerró los ojos sin dejar de mirarle y señaló la balda con los cereales.

—Céntrate —le exigió sin dejar de fulminarlo con la mirada.

Con una amplia y satisfecha sonrisa masculina, bajó la mirada en la dirección que le indicaba y chasqueó la lengua.

—Lo siento, eso me recuerda a la comida para perros —aseguró al tiempo que hacía una mueca mientras miraba los productos expuestos—. Temo que no puede ayudarte en eso.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante su respuesta.

—Siempre eres de mucha ayuda, gracias, Shayler —dijo con ironía.

El hombre sonrió y consultó su reloj.

—Si salimos de aquí antes de una hora, te invito a una cafetería en la que hacen además de un estupendo capuchino, un chocolate delicioso —la engatusó conociendo de primera mano su reciente afición al chocolate.

Dryah se enderezó y lo miró de arriba abajo. Después de varios días viéndolo en pantalón de chándal y con camiseta, o más puntualmente, sin ella, era todo un espectáculo encontrárselo nuevamente afeitado, con esa marcada perilla y vestido con una camisa blanca e informales pantalones vaqueros. Los ojos azul cielo se encontraron con los suyos y pudo ver en ellos un eco de la risa que burbujeara en su interior.

— ¿Tengo el aprobado?

Ella parpadeó saliendo de su ensoñación.

— ¿El qué? —preguntó distraída.

Shayler sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo en un profundo suspiro.

—Sigue mirándome así, preciosa y vamos a tener muchos problemas —le aseguró, en su voz había cierto anhelo.

Ella se sonrojó y aquello pareció hacerlo reaccionar una vez más. Shayler negó con la cabeza y se inclinó ante ella para coger un paquete de cereales con miel.

—Toma, pruébalos —le tendió el paquete—. Jaek come de esas cosas y parece preferir esta marca, dice que no saben a croquetas de perro.

Ella miró la caja que le tendía y luego a él.

—Jaek.

Él asintió.

—Sí, Jaek —aceptó con un firme movimiento de cabeza—. Es el único al que todavía no conoces y por suerte para ti, es el más razonable del grupo.

Ella miró la caja de cereales otra vez y suspiró.

—Me cuesta creerlo —comentó y metió la caja en el carro para volverse de nuevo hacia él—. ¿Qué viene ahora?

—Leche, huevos, azúcar... —contabilizó Shayler de memoria—. Y mantequilla, la que había en la nevera era prima hermana del Señor Pelusa.

Dryah hizo un gesto de asco ante la descripción del Juez.

—Oh, y comida para la mascota peluda de color canela que se ha apropiado de mi cama —añadió él al tiempo que componía una mueca. Horus encontró una cómoda cama en el sofá y se apropió de él después del baño.

Ella lo miró con ironía.

— ¿Ahora, además de secar y cepillar a tu perro, también tengo que darle cobijo? —preguntó con ironía.

Él se encogió de hombros.

—Era eso o que nos castraran a los dos —aseguró encogiéndose mentalmente ante la amenaza.

Dryah pareció paladear la idea durante unos breves instantes.

— ¿Y eso sería un problema por...?

Él pareció entonces realmente ofendido.

— ¡Muérdete la lengua, señorita! —se ofendió Shayler y bajó la mirada a su pantalón para susurrar—. No le hagas caso, no tiene idea de lo que se está perdiendo.

—Gracias a los dioses por mi bendita ignorancia —aseguró con tanto convencimiento que él no pudo si no sonreír.

—La ignorancia no es una bendición —le respondió él en voz baja, con un matiz muy sensual—. Por otra parte, hay lecciones que son muy... interesantes... de aprender.

Sus labios se curvaron en una inocente sonrisa.

—Sigue soñando, Juez, sigue soñando.

Shayler levantó dos dedos de su mano derecha y los balanceó en el aire.

—Y van dos... —sonrió con complacencia—. ¿Vamos a por la tercera?

Ella le dio la espalda y continuó con el siguiente pasillo.

—Dijiste que me invitabas a chocolate si acabábamos antes de una hora, así que, muévete... Shayler —respondió con el mismo coqueteo que estaba

utilizando él.

Él sonrió para sí y fue tras ella.

La terraza del Green Garden empezaba a llenarse cuando llegaron y ocuparon una de las mesas cercanas a la entrada del local. Al otro lado de la calle se extendía el gran pulmón de la ciudad, El Central Park, el cual se veía bastante concurrido dada la hora. Dryah prefería los espacios naturales y abiertos al bullicio y ajetreo de las calles, así que cuando le oyó mencionar el enorme parque pidió que se lo enseñase. El día estaba ligeramente encapotado y empezaba a notarse ya en el aire el frío que venía con la llegada del Otoño, de todas formas todavía se estaba bien en la terraza.

Una pequeña y atractiva camarera se acercó a ellos en cuanto los vio, su sonrisa era contagiosa y había un brillo de felicidad a su alrededor que resultaba contagioso. Ella observó a la chica cuando esta pasó al lado de Shayler y le posó la mano en el hombro con un gesto amistoso.

—Hacía tiempo que no te veía por aquí, abogado —sonrió a Shayler al tiempo que le dedicaba a ella una nueva sonrisa—. Y en tan linda compañía.

Él no tardó en devolverle la sonrisa.

—He estado algo ocupado últimamente, Juls —la saludó correspondiendo a su amable recibimiento, entonces se volvió hacia Dryah—. Ella es... mi chica. Dryah ella es July, la camarera del Green Garden.

—Veo que al fin me has hecho caso —respondió la mujer guiñándole un ojo antes de tenderle la mano a Dryah—. Es un placer conocerte, Dryah.

—El placer es mío —respondió con una leve inclinación de cabeza y le dedicó una mirada divertida.

“¿Tu chica?”

Él sonrió descaradamente.

“¿No te gusta la idea?”

Ella puso los ojos en blanco.

“Sigue soñando, Juez, sigue soñando.”

Ignorante de aquella conversación privada, la camarera sacó el blog de notas de su delantal para tomarles nota.

— ¿Y bien, chicos? ¿Ya sabéis que vais a tomar?

—Para mí lo de siempre —contestó Shayler, entonces se giró a ella—. ¿Quieres probar ese chocolate del que te hablé o prefieres otra cosa?

—Si te gusta el chocolate, tenemos uno con caramelo y vainilla que está para chuparse los dedos —aseguró la camarera enfatizando las palabras con un gesto de las manos—. Y también hay chocolate blanco si lo prefieres.

—Creo que probaré el de caramelo y vainilla, gracias —aceptó un tanto abrumada por la efusividad de la muchacha.

Tras apuntarlo en la libreta, alzó de nuevo la mirada hacia ellos.

—Muy bien, un capuchino expreso y un Mil y Una Noches —anotó la camarera antes de volver a mirarlos—. ¿Os apetece un trozo de tarta de manzana? La señora Jonson acaba de hacerla y está para chuparse los dedos.

—Sí, porque no —aceptó Shayler recostándose en el respaldo de la silla—. Trae una ración, Juls, la compartiremos.

—Una ración para dos, muy bien —anotó con una amplia sonrisa, su mirada volando de uno a otro—. ¿Alguna cosa más?

—Sí —continuó él al tiempo que estiraba su mano ventada y se reía—. Lárgate.

La camarera sonrió y le echó la lengua de forma juguetona.

—Tú siempre tan directo —se burló con diversión, hasta que se fijó en su mano—. ¿Y eso?

Él bajó la mirada y se encogió despreocupadamente de hombros.

—Un pequeño accidente, nada importante —le dijo al tiempo que movía la mano lastimada—. Esto es lo que pasa cuando meto las manos donde no debo.

No podía estar más de acuerdo, pensó Dryah mientras lo miraba.

—Habrás ido al menos al hospital a que te lo miren, es demasiado vendaje para no ser nada —le aseguró la camarera con obvio recelo.

Él le sonrió de aquella manera que hacía que las mujeres se olvidasen de hasta su propio nombre, o al menos eso es lo que hacía en ella.

—No estaría aquí, de no haberlo hecho.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Mentiroso.

La camarera observó el intercambio de miradas entre ambos y levantó las manos a modo de rendición.

—Vaaale. Sé cuándo estoy de más. Iré a dentro a preparar vuestras consumiciones.

—Gracias, July —aceptó él para seguidamente fulminarla a ella con la mirada.

La chica se volvió sonriendo a la gente y se detuvo momentáneamente a intercambiar unas palabras con los clientes de otras mesas antes de desaparecer en el interior del local.

—Ella tiene razón, deberías haber ido a un hospital a que te miraran eso —le dijo ahora que la camarera ya no les oía—. Tú mismo has admitido que no sabes nada de curar.

—Creo recordar que lo que dije es que me daban bien los vendajes —la corrigió al tiempo que levantaba la mano vendada.

Dryah lo miró durante un momento, finalmente se encogió de hombros.

—Allá tú. Cuando la mano se te caiga a pedazos, no digas que no te lo advertí.

Shayler puso los ojos en blanco ante tal infantil observación.

—Parece una persona agradable —comentó entonces ella con la mirada puesta nuevamente en la camarera que ya entraba por la puerta del local.

—July y su novio Markus son unos buenos amigos —aceptó siguiendo su mirada—. Ella trabaja aquí a jornada completa para poder pagarse los estudios de veterinaria. Su pareja está ahora en Ginebra, trabaja para una empresa de artículos informáticos y le ha tocado irse allá unas cuantas semanas.

—Pero ellos son... humanos... —respondió sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, nosotros no somos como ellos.

Shayler se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano.

—Somos más parecidos a ellos de lo que crees —le aseguró acariciándole el lugar del pulso con el pulgar—. Nos mueven los mismos deseos, respiramos su mismo aire y tenemos las mismas inquietudes, puede que nuestra esencia sea distinta pero al final del día somos como ellos.

Dryah ladeó la cabeza pensativa, intentando entender, sus palabras se parecían mucho a lo que pudiese haberle dicho Eidryen.

—No le des muchas vueltas —le acarició la palma—. Las cosas suelen llegar por sí solas.

Ella retiró la mano y sacudió la cabeza.

—Eso parece ser indiscutible —aceptó mirando hacia el otro lado de la calle—. Quiero verlo de cerca, ¿te importa si después vamos allí?

Él siguió su mirada y asintió.

—Para eso te he traído —aceptó con un leve asentimiento—. Un poco de

tranquilidad y normalidad nos vendrá bien a ambos.

No podía discutir ante tal afirmación, con todo no dijo nada al respecto. Pacientes esperaron a que la camarera volviese con su pedido y lo dejase sobre la mesa deseándoles a ambos una buena mañana para seguir después con su trabajo.

—Pruébalo a ver si te gusta —le indicó el chocolate que acaban de dejar ante ella y tomó el platillo con la ración de tarta para cortar una esquinita y se la llevaba a la boca—. Um, esta mujer es una maga en la cocina. Ten, prueba.

Ella se encontró con un pedacito de tarta de manzana con un aroma delicioso frente a los labios.

—No está caliente, está buena y no es veneno —le dijo él con una sonrisa al verla vacilar—. Abre la boca.

Se resistió unos instantes, pero el aroma era demasiado apetitoso.

— ¿Y bien? —le preguntó una vez probó el postre.

Ella se sorprendió al notar el agradable sabor.

—Está bueno —aceptó mientras saboreaba la manzana con verdadero placer—. Realmente bueno.

Él asintió.

—Ya te lo dije.

Dryah lo miró con detenimiento mientras destapaba el café y le añadía azúcar. Se lo veía completamente relajado, cómodo en aquel lugar, inconsciente de la gente que los rodeaban, del ruido del tráfico, el ambiente, simplemente disfrutando de la vida. Envidiaba esa capacidad en él.

—Ella te llamó abogado, ¿no se supone que eres Juez? —le preguntó tomando ahora su humeante chocolate.

Él le dio un sorbo al café y lo paladeó antes de dejar la taza de nuevo sobre el

plato.

—Soy Juez Supremo por nacimiento y abogado de oficio por vocación—le respondió él con un ligerísimo encogimiento de hombros—. Al final del día ambos cargos conllevan lo mismo, proteger al inocente. Me gusta este mundo y la gente que vive en él. Mi madre me crió para que conociese y respetara todas las culturas por igual, así que, cuando conseguí asentarme un poco, me vine a la universidad y me saqué la carrera de derecho. Cuando quieres encajar en un sitio, tienes que ser parte de ellos, así que abrí mi propio despacho y trabajo allí cuando no tengo que atender asuntos de mayor envergadura.

Ella asintió impresionada por la capacidad de adaptación de este hombre, la hacía preguntarse dónde encajaba ella dentro de todo eso.

Shayler notó su cambio inmediatamente, el aire relajado que tuvo hasta el momento fluctuó al compás de su mirada. Sus ojos volaron por encima de la gente que se daban cita en la terraza del café y siguieron hacia el parque situado al otro lado de la calle. Había un aire de agotamiento e indefensión a su alrededor, como si buscase algo que no daba encontrado. Como le hubiese gustado poder levantarla del asiento, sentarla sobre sus piernas y besarla hasta hacer desaparecer por completo la mirada perdida en su rostro. En realidad, deseaba hacer más que eso, la deseaba a ella pero era consciente de que no estaba preparada para tal reclamo. Lo único que podía hacer era tener paciencia y esperar. Desgraciadamente, ninguna de esas dos cosas estaba entre sus prioridades ahora mismo y sí en cambio otras más placenteras.

—Ten cuidado y no te quemes con eso—le advirtió al tiempo que le indicaba la taza de chocolate.

Ella lo miró por encima de la taza y suspiró.

—No te queda el papel de niñera, Shayler.

Él suspiró.

—Créeme, preferiría el de amante.

Y a pesar de su advertencia, ella se quemó con el chocolate.

No era la primera vez que pensaba en ello, Dryah no podía dejar de preguntarse si los humanos se daban cuenta de lo afortunados que eran, de lo ricos que eran sus vidas y la belleza del mundo en el que vivían. Recorrió con ávida alegría el entorno que la rodeaba; altos árboles, una extensa pradera y un par de lagos que si bien eran artificiales no restaban en nada el encanto y la tranquilidad que encontraba entre aquellos senderos cubiertos de vegetación en el corazón del Central Park. Él se había reído de ella al verla suspirar con tanto alivio, había bromeado con la idea de que ella fuese en realidad una chica de campo; quizás tuviese razón.

En sus más de tres kilómetros cuadrados de extensión, el gran pulmón de la ciudad acogía en su seno una abundante diversidad de aves que acampaban a orillas de los lagos, así como unos frondosos y amplios jardines que en primavera deberían ser una alegría de flores multicolor. Los puentes de piedra sorteaban los pequeños riachuelos permitiendo ver las aves que navegaban bajo su sombra y en cada recodo podías encontrar alguna escultura o estatua que recordaba a viejas leyendas o cuentos clásicos. Ella florecía cada vez que estaba en espacios abiertos y verdes como si la naturaleza la llamase invitándola a formar parte de su entorno, su cuerpo permanecía relajado y perdía la tensión a la que se sometía involuntariamente al verse rodeada de gente. La ansiedad que agitaba su pecho en las atestadas calles neoyorquinas perdía su intensidad en los largos paseos por aquellos tranquilos páramos, ni siquiera le molestaban los muchos deportistas que aprovechaban el recinto para hacer footing o los fotógrafos que se entretenían con sus pasatiempos, el parque la relajaba.

— ¿Estás segura que en otra vida no has sido un árbol o algo así? Disfrutas muchísimo de los parques.

Se giró ante el inesperado comentario y lo miró pensativa.

—Teniendo en cuenta que ésta es mi segunda reencarnación y que en la anterior fui una parte de otro ser, no sé si los árboles entrarían en mi rango — le dijo, sin duda era una pregunta curiosa—. Aunque empiezo a considerar el hecho de que en una vida anterior, tú hayas sido algo menos agradable... quizás un capullo... y no precisamente de flor.

Shayler arqueó una de sus cejas en respuesta.

—Y volvemos a los insultos —se rió entre dientes—. Ya empezaba a acostumbrarme a que fueras amable.

Le ignoró y abrió el botellín de agua fría para refrescar nuevamente el ardor que le quedó en la boca, el chocolate estaba delicioso pero se había quemado con el absurdo comentario de Shayler. Notó como sus mejillas se encendían ante las implicaciones de tal petición, podía no ser una experta en el tema, podía no conocer el amor de esa manera o los entresijos de una relación sexual, pero reconocía el deseo cuando lo veía y el Juez no se molestaba en ocultarlo. Había visto demasiadas veces la pasión en los ojos de Eidryen cuando miraba a Elora como para no reconocerla, pero se resistía a ella con uñas y dientes. ¿Qué hizo la pasión si no conducir a una diosa enamorada y celosa a su creación? Un apasionado momento de cólera bastó para que dos dioses sellaran su destino y el de ella. La pasión era peligrosa y no caería presa de ella; no podía. Por más que disfrutara de su compañía, de la sensualidad y erotismo que encontraba en el calor de los sueños, la realidad era muy distinta, mucho más cruel. El interludio compartido días atrás confirmó sus temores, había encontrado demasiado atractivo el placer, las caricias y el calor que podía ofrecerle ese hombre, no era rechazo lo que sentía hacia él, era un miedo atroz a que esa sensación, a que las nuevas emociones que se abrían paso en su interior desencadenases algo mucho peor. No tenía valor para enfrentarse al pensamiento que insidioso agujoneaba su mente desde el momento en que él llevó a cabo el oscuro y prohibido ritual, aquel que le descubrió un destino que lo ataba a él como sólo puede ser hecha prisionera un alma.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, dobló hacia la izquierda en el siguiente recodo del camino y se encontró con una de las muchas estatuas que plagaban el parque. Un perro con la cola rizada hacia el lomo, la cabeza en alto y una especie de arnés alrededor del cuerpo se encontraba encaramado a una enorme piedra. En la parte frontal una enorme placa con el relieve de una especie de hombre sobre un trineo tirado por siete perros decía:

—Dedicado al indomable espíritu de los perros guía que trajeron la antitoxina a través de seiscientas millas cruzando peligrosas aguas a través del traicionero ártico desde Nenana para devolver la vida a Nome, en el invierno

de 1925. Fidelidad. Resistencia. Inteligencia —leyó la inscripción en voz alta, para finalmente reparar en el nombre que había bajo los pies del perro—. Balto.

Notó su presencia casi al instante, los largos dedos acariciaron la placa que acababa de leer.

—Esa es la estatua de un héroe. Su nombre era Balto y fue quien lideró el último tramo en una carrera contra reloj para salvar a un pequeño pueblo de Alaska, Nome, trayendo la antitoxina para acabar con el brote de difteria que estaba asolando la localidad.

— ¿Carrera? —Se giró hacia él en busca de una respuesta.

Él asintió.

—Veinte mushers, para que lo entiendas, son los hombres que conducen los trineos tirados por los perros, se vieron envueltos en una carrera de más de mil kilómetros en la que tuvieron que luchar contra la enfermedad, el frío glacial y el tiempo para llevar la vacuna hasta ese pequeño pueblo. De no ser por este perro y sus compañeros, el pueblo habría perecido.

Se acercó a la estatua mirándola desde varios ángulos realmente asombrada por la historia que acababa de contarle Shayler.

—Lo cierto es que se hizo una película de animación recreando su aventura —recordó él mientras miraba la estatua.

—Balto.

Él la observó acariciando lentamente el hocico de la estatua con tal suavidad y reverencia que lo dejó suspirando por ella. Adoraba a esa pequeña muñequita y la suavidad que provocaba en él era tan contraria a la conocida oscuridad en la que se movía que a menudo tenía miedo de que si la perdía de vista, se perdería a sí mismo en esa oscuridad. Dryah se giró entonces hacia él, sus miradas se encontraron durante un instante y se mantuvieron hasta que finalmente ella la apartó.

— ¿Te molesta todavía? —preguntó él al ver que volvía a quitar la tapa del botellín de agua para beber.

Sacudió la cabeza, pero no le miró.

—No es más que una ligera molestia —le dijo tras cerrar nuevamente el tapón—. Debí hacerte caso cuando me advertiste que estaba caliente.

Él se encogió de hombros sin responder a ello. Dryah bajó entonces la mirada a su mano.

—Por otro lado, yo no soy la de las grandes estupideces.

Él siguió su mirada hacia la mano vendada y la alzó flexionando los dedos, todavía sentía el tirón de la piel, pero no le dolía.

—Por suerte para mí, conozco mis armas —comentó al tiempo moviendo los dedos—. Mañana no quedará más que una tenue cicatriz.

Ella chasqueó la lengua.

—Una cicatriz como prueba de tu estupidez.

Él sonrió.

—Es una pequeña prenda a pagar por aquello que deseo obtener.

Ella sacudió la cabeza, le dio la espalda y continuó con el paseo. Sus palabras quedaron a su espalda como una silenciosa advertencia.

—No vuelvas a hacer algo tan estúpido —murmuró—. No merece la pena.

Él introdujo las manos en los bolsillos y la siguió.

—Si de vez en cuando me escucharas, no tendría que recurrir a la estupidez —resopló más para sí mismo que para ella—. Recientemente he descubierto que tienes tendencia a ignorar a propósito cualquier suceso que haga referencia a nosotros como pareja o que me incluya a mí.

Ella se detuvo en seco y se giró hacia él, sus ojos destellaban con la intensidad de sus emociones.

—Llevas ventaja sobre mí en ello, Juez Shayler, eres propietario de una información de la que solo recientemente he sido partícipe.

Él frunció el ceño.

—No niego que te conocí... de algún modo mucho antes de que nuestros caminos se cruzaran —aceptó al tiempo que clavaba su mirada en ella—, pero ni en mis más salvajes pesadillas imaginé que esa conexión tenía que ver con que fueses mi predestinada.

Ella acusó el golpe de sus palabras.

—Quizás no, pero tienes la suficiente experiencia sobre tus hombros como para pensar en alternativas, en posibilidades que muy bien pudieron acercarte a esa conclusión —le espetó desesperada—. No estás en la tierra por estar, tu dominio sobre los dioses, la ley que ostentas... Ambos sabemos que no eres tan ingenuo.

Él dejó escapar un resoplido.

— ¿Qué esperas oír de mi boca, Dryah? ¿Qué sabía quién eras, que lo oculté porque me pareció un juego divertido? —se hizo eco de su desesperación—. No tienes idea de lo que es desear a una mujer con tal necesidad que la sola idea de despertarte y dejar de verla te carcome las entrañas, no podrías siquiera empezar a comprender lo que significa ver el objeto de tus sueños de pie ante ti, de carne y hueso y estar obligado a darle muerte si es necesario.

Ella lo interrumpió con firmeza y agonía.

— ¡No, no lo sé, Shayler! ¡Por supuesto que no lo sé! No me habéis dejado tiempo de poner los pies sobre un suelo firme antes de lanzaros sobre mí como ángeles vengadores. He despertado en un mundo en el que todo lo que conocía y tuve ha desaparecido, me encontré con una espada de Damocles sobre la cabeza en la mal disimulada forma de un Juicio Universal cuando yo no hice otra cosa que existir y ni siquiera por mi propia voluntad. Aparecisteis tú y tus

Guardianes y me obligáis a elegir entre la vida y la muerte cuando ni yo misma sé si estoy respirando o muriéndome en el proceso.

Bajó las manos con gesto derrotado, ¿podía él comprender lo que sentía, lo que era para ella encontrarse como una hoja zarandeada por el viento sin posibilidad de cambiar ese hecho?

—Y cuando por fin puedo dejar atrás esa pesadilla tengo que hacer frente a la realidad que se me muestra en el mundo de los sueños, una realidad que me revela como tu compañera predestinada —negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro—. Hablas de pasión, pero no tienes ni idea de lo que la pasión hizo conmigo, de lo que siento al respecto. No me has dado tiempo a pensar siquiera en el porqué de todo lo que está sucediendo, de asimilar lo que otros eligieron para mí... Nadie me pide mi opinión, sólo disponen y ordenan y yo me siento perdida, zarandeada como una hoja en el viento.

Sus ojos volvieron a buscar los de él, por primera vez la expresión en su rostro era indescifrable.

—Puede que sea tu alma predestinada, pero no puedo aceptar que sea la pasión la que rija mi destino, no deseo estar encadenada a él —negó con firmeza—. Fue la pasión en los ojos de una diosa lo que me dio vida, fue el amor en los ojos de mi padre lo que lo llevó a dar su vida por la mía... Es un poder demasiado voluble para ser dejado al Libre Albedrío, un poder que no podré controlar jamás.

Él le sostuvo la mirada durante algunos instantes, entonces acortó la distancia entre ambos y alzó la mano vendada hacia su rostro y le acarició la mejilla. Sus dedos se deslizaron por la suave piel y bajaron por la base de su cuello provocándole un escalofrío. Sus ojos azules seguían fijos en los de él y las emociones que percibía en su interior eran un eco de sus propias palabras. La mujer que se mantenía firme y en pie frente a él tenía miedo de la pasión e incluso del amor.

—No confundas el ardor que promueven los celos con la pasión que inflama los sentidos y nos conduce a hacer las más increíbles locuras —le dijo sin dejar de acariciarla—. Yo no pondría en riesgo mi propia vida aceptando el castigo que quieran infligirme por quebrantar mi propio juramento y desafiar a

aquellos que están por encima de mí si no estuviese completamente seguro de la naturaleza de la pasión y el ardor que corre por mis venas. Cuando vaya a ti, mi compañera predestinada, entenderás completamente la diferencia y créeme, iré a ti y no podrás evitarlo.

Ella alzó la barbilla en un tembloroso desafío.

— ¿Una nueva amenaza, mi Juez? —preguntó, su respiración aumentó el ritmo mientras dejaba que sus manos la calmasen.

—Sabes que nunca hago amenazas, Dryah, me limito a constatar un hecho —le aseguró acercando su cuerpo al de él, permitiendo que sus senos se presionaran con su pecho, que sus caderas se encajaran en el hueco de sus caderas.

Ella perdió un poco de su ímpetu.

—No puedes ir contra el destino.

Él negó con la cabeza.

—Te equivocas, puedo y nada ni nadie evitará que reclame lo que es mío —le aseguró, su cálido aliento bañándole los labios—. Ni siquiera tú.

Antes de que pudiera esgrimir una respuesta a modo de protesta, sus labios acariciaron los suyos, la lamió con avidez hasta lograr arrancarle un ahogado jadeo que utilizó su lengua para deslizarse hacia la húmeda cavidad de la dulce boca y saborearla a su antojo para beber de ella como un hombre sediento. Sus dedos empezaron a acariciarle la nuca, mientras la otra apretaba su pequeño y respingón trasero contra la creciente dureza de su miembro.

Su beso terminó tan abruptamente como había empezado, ambos jadeantes, sus ojos reflejando el fuego que los consumía a ambos.

— ¿Vas a volver a decirme nuevamente que no puedo hacerlo?

Ella apretó los labios.

—Te odio —susurró en un débil susurro, sus labios húmedos por su beso—.

Odio que tengas tanto poder sobre mí.

—No, me deseas —le susurró acariciándole la nariz con un dedo—. Y vamos a encargarnos de ese deseo muy pronto... Cuando dos almas predestinadas se encuentran, es para toda la eternidad, bonita, no hay escapatoria.

Ella sacudió la cabeza, sus instintos la obligaban a luchar, a prevenirle.

—Acabarás por destruirnos a ambos —aseguró, sus ojos brillantes por las lágrimas que se negaba a derramar y por el rabioso deseo que giraba en su interior—. No puedo hacerlo... no quiero.

Él se la quedó mirando mientras la tenía acunada contra su cuerpo, su pene duro y palpitante por el deseo de penetrarla se apretaba contra la íntima unión de sus muslos, pero ella seguía resistiéndose, quizás su cuerpo respondiera con tanta hambre como el propio, pero algo en su interior la mantenía prisionera.

— ¿A qué tienes tanto miedo? —Necesitaba saber que era lo que la refrenaba.

Ella le sostuvo la mirada sin vacilar.

—No quiero convertirme en tu condena como me convertí en la de otros — confesó—. Entiéndelo, estoy maldita, Shayler, nada bueno puede salir de mí.

Él sacudió la cabeza a modo de negación.

—No existe maldición alguna en ti, mi niña. Y si la hay, es mi elección correr el riesgo.

Ella dejó escapar un angustioso resoplido.

—Nada de lo que diga o haga va a hacer que cambies de idea, ¿verdad?

Él esbozó una ligera sonrisa.

—No —respondió con seguridad al tiempo que le apartaba el pelo de la cara—. Y haré que muy pronto, tú veas las cosas desde la misma perspectiva que yo.

Dryah sacudió la cabeza y se lo quedó mirando sin saber que más decir, que hacer para hacerle entender lo que sentía en lo más profundo de su interior, lo que su unión podía significar para el resto del universo. No sabía de dónde venía aquel presentimiento, no estaba segura de si tenía algo que ver con esa profecía vaticinada por el Oráculo, cualquiera que fuese esta, pero la sensación de inexplicable frío seguía allí, envolviéndola.

—Eres idiota, Juez. Un completo y absoluto idiota —respondió con un puchero.

Él sonrió abiertamente.

—Y con esta, querida, son tres —le aseguró inclinándose nuevamente sobre ella—. Siempre me ha gustado que me desafíen.

Ella se echó atrás lo justo para evitar su beso.

—Algunos desafíos pueden conducir a la muerte.

Él le acarició la mejilla con el pulgar.

—Una muerte que resultaría de lo más dulce si con ello te consigo a ti —prometió y había poder en sus palabras—. Ahora, ¿vas a dejar que te bese?

Ella suspiró y se rindió. Hiciese lo que hiciese, ese hombre se saldría con la suya, lo sabía, aunque tuviese que desafiar al mismísimo universo para conseguirlo. Aquello debería asustarla como el demonio, sin embargo, hacía nacer un anhelo cada vez mayor en su pecho.

CAPÍTULO 24

Caminaron en silencio durante buena parte del paseo, Dryah no volvió a hacer comentario alguno sobre ellos, después de su beso se había limitado a permanecer a su lado mientras recorrían el resto del parque. Sus intentos por

recuperar la conversación y el buen humor cayeron en saco roto, así que al final optó por mantener el mismo silencio el cual solo fue roto por la melodía del teléfono móvil que comenzó a sonar.

Shayler sacó la Blackberry del bolsillo interior de la cazadora e hizo una mueca al ver el contacto en el identificador de llamadas. Era justo lo que necesitaba para mejorar la jodida mañana.

— ¿Qué pasa? —respondió con un resoplido.

Ella le echó un vistazo al oír el tono irritado en su voz. Su expresión cambió del hastío del momento a la incredulidad.

— ¿Cómo que le ha pegado un tiro al vecino? —respondió con incredulidad a su interlocutor—. No, por supuesto que no. ¿La vaca? ¿Qué vaca? Dioses Lyon, nada de lo que estás diciendo tiene sentido ninguno para mí.

Hubo un murmullo procedente desde el otro lado de la línea al cual el contestaba con un murmullo o monosílabos.

—Sí, esa es la Señora Álvarez. Sí, la que tiene la casa victoriana en herencia... —respondió confirmando cada dato que le daban, entonces resopló y se pasó una mano por el rostro—. Lyon, esa mujer tiene al menos ochenta años, es imposible que le disparara a una vaca.

Dryah frunció el ceño ante lo absurdo de aquella conversación. ¿Una mujer de ochenta años disparándole a una vaca?

— ¿Cómo que de cartón piedra? ¡Lyon, no me jodas! —resopló—. No estoy de humor para gilipolleces.

La réplica no tardó en llegar.

—Está bien, está bien, me pasaré por ahí —aceptó al tiempo que se cogía el puente de la nariz entre el dedo y el índice. Empezaba a tener dolor de cabeza—. Ya veremos que ocurrió con esa vaca.

Cortó la llamada y devolvió el teléfono al bolsillo interior de la chaqueta, su mirada al igual que su expresión era a todas luces un reflejo de la

exasperación que sentía en aquellos momentos hacia su compañero.

—Estoy convencido de que aunque me fuera a las Antípodas, encontrarían la manera de comunicarse conmigo para contarme estas chorradas —farfulló hablando más para sí mismo que para ella.

— ¿Alguien le ha disparado... a una vaca? —no pudo evitar preguntar Dryah.

Shayler volvió la mirada hacia ella y se encogió de hombros.

—Ejerce la abogacía de oficio y te encontrarás los casos más inverosímiles que pueda haber en este mundo —aceptó al tiempo que consultaba el reloj—. Tengo que ir al despacho para ver de qué se trata, desde aquí podemos coger el metro. Estaremos allí en cinco minutos.

Ella arqueó una ceja en respuesta imitando el gesto que él hacía a menudo.

— ¿Qué te parece si te vas tú solito y yo me vuelvo a casa? —sugirió con una amplia sonrisa que no tenía ni una pizca de verdadera—. Podrás atender tus cosas y yo no tendré que verles la cara a los Guardianes, lo cual teniendo en cuenta mi último encuentro con ellos y sus cuchillos, sería muy agradable.

Él esbozó una irónica sonrisa, la cogió de la mano y tiró de ella.

—El metro está por aquí.

Shayler la condujo hacia un enorme edificio modernista de color arena que se alzaba unas cuantas plantas por encima del nivel del suelo, el edificio a simple vista hacía que el grupo de apartamentos en el que vivía ella pareciese una caja de zapatos en comparación. Las puertas principales parecían contar con un sofisticado diseño informático de apertura el cual él no tuvo problemas en manejar. Tras un ligero pitido de aviso, la puerta se desbloqueó permitiéndoles entrar.

—Vamos —la invitó Shayler.

El retroceder fue algo instintivo en ella.

— ¿Qué te parece si entras tú, arreglas lo que tengas que arreglar y yo te

espero aquí? —murmuró mirando con desconfianza la puerta.

Shayler suspiró profundamente antes de posar la mano en la parte baja de la espalda y empujarla hacia delante.

—No. —La hizo pasar ante él.

La recepción del edificio era gigantesca, las paredes estaban pintadas en un suave color ocre con aplicaciones de madera y algunas plantas estratégicamente situadas. Una enorme placa a modo de directorio dominaba la zona central dando nombre al edificio como “Complejo Universal”, Dryah apenas tuvo tiempo de echar un rápido vistazo a las sillas tapizadas en verde y dorado y a la moqueta que ahogaba el sonido de sus pasos mientras le seguía hacia los ascensores situados en la parte izquierda, al fondo de un largo corredor. Un par de enormes cuadros dominaban las paredes dándole un toque de color, pero lo que más sorprendía una vez te fijabas en los cuadros era que se trataba de reproducciones de jeroglíficos egipcios.

— ¿Jeroglíficos?

Él echó un vistazo por encima del hombro para ver lo que le había llamado la atención y sacudió la cabeza.

—Cosas de mi madre, ella fue la decoradora.

Se quedó mirando el cuadro y nuevamente la decoración y colores de la amplia sala, Bastet siempre había tenido un gusto exquisito para estas cosas, y también un poco excéntrico.

Shayler accionó el botón del ascensor y comprobó la planta en la que estaba parado antes de volverse hacia la esquina opuesta y fruncir el ceño ante la cámara de seguridad hábilmente camuflada.

— ¿Toda la decoración es cosa de Bastet? —preguntó ella una vez más observando la madera pulida de la puerta de los ascensores.

Él asintió.

—La mayor parte —dijo con la mirada fija en los cambiantes números que

indicaban el piso en el que estaba el ascensor—. Se dedicó mayormente a las zonas públicas, las oficinas y los apartamentos de alquiler. La planta del despacho también la decoró ella, aunque después cada uno de nosotros agregó algo propio. Las plantas privadas con los apartamentos de los chicos, quedaron fuera de su jurisdicción.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Espera, ¿estás hablando de todo el edificio? —preguntó sin entender.

Él asintió.

—Las oficinas del despacho están en la sexta planta. Es un acceso directo de modo que nada más salir del ascensor ya te encuentras con el mostrador de recepción y de ahí todo lo demás —le explicó contemplando el cambio de números que por fin se iba acercando al piso en el que estaban ellos—. Al igual que mi ático. El resto ya está diseñado en forma de apartamentos, del mismo estilo que los de tu edificio.

Ella ladeó el rostro ante lo que acaba de decir.

—Entonces, ¿vives aquí?

Él le dedicó una satisfecha sonrisa.

—Sí —asintió satisfecho—. En el último piso, y la azotea está parcialmente cubierta, tiene unas vistas fantásticas.

Finalmente las puertas se abrieron para mostrar el interior de una cabina de acero revestida en madera y rodeada de espejos, era lo suficientemente amplia como para dar cabida a veinte personas. Ella miró a todos lados con recelo, si había algo que no acaba de gustarle demasiado eran los ascensores, eran zonas demasiado claustrofóbicas.

Shayler le pasó el brazo alrededor de la cintura al mismo tiempo que la instaba a entrar en el ascensor, ya había notado anteriormente el recelo que sentía hacia los espacios reducidos o como se tensaba cuando estaba en medio de una aglomeración de gente como ocurrió al entrar en el metro.

—Sólo son seis pisos —le aseguró apretándola suavemente contra él.

Ella asintió y se quedó inmóvil a su lado, cuanto antes subiera ese maldito chisme y volviese a abrirse, antes podría salir de su confinamiento.

—Entonces, todo el edificio es vuestro —murmuró contemplando su reflejo en el cristal frente a ella. A su lado parecía mucho más pequeña de lo que era, como si toda su fuerza y poder la engullesen convirtiéndola en una delicada pieza que debiese ser protegida a toda costa. Le gustaba la sensación de protección que obtenía cuando estaba tan cerca de él, pero no estaba muy segura de querer verse como una pieza de cerámica delicada que hubiese que cuidar por miedo a que se rompiese.

—Digamos que el trabajo de Juez Supremo está bastante bien remunerado —se burló encontrando su mirada en el espejo—. Al menos no tengo que preocuparme por pagar el alquiler y puedo dedicar mi tiempo a hacer aquello que se me da bien.

— ¿Seducir a mujeres incautas?

Se rió entre dientes.

—Hoy estás graciosa, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—Sólo digo lo que he visto.

Frunció el ceño y se giró a mirarla.

— ¿Y eso según tú sería?

Ella no vaciló.

— ¿La camarera del café? —sugirió volviéndose también hacia él.

Él resopló.

—Difícilmente cuando su novio es un buen amigo —respondió con seguridad.

—Um-hum.

Él sonrió satisfecho, demasiado satisfecho.

—Estás celosa —aseguró con entusiasmo—, no es un mal comienzo.

Ella bufó en respuesta.

—Para eso debería admitir sentir algo distinto a las ganas que tengo de perderte de vista, Juez —aseguró con absoluta desenvoltura, entonces lo miró de arriba abajo—. Y no es el caso.

Se acercó lo suficiente para acariciarle el oído con el aliento.

—Mentirosa.

Ella se apartó y lo miró.

—Fanfarrón.

Él se echó a reír y todavía seguía riéndose cuando se abrieron las puertas del ascensor. Tal como le había comentado, ante ellos se abría una amplia zona de recepción compuesta por una mesa de oficina con dos sillas frente a esta y un par de plantas decorando una esquina. Colocado en la pared color arena, estaba el anagrama del despacho de abogados.

—Bienvenida a mi mundo —le susurró al oído una vez más.

Dryah traspasó la puerta de doble hoja que permanecía abierta para entrar en una acogedora sala de estar dividida en dos alturas, con un ventanal a la derecha que permitía iluminar el enorme piano de cola de color blanco que se asentaba allí. Al otro lado un amplio sofá de módulos en forma de ele con una mesa de cristal central sobre la que habían algunas revistas de coches, periódicos y un par de botellas de cerveza abiertas.

—No le digas eso, Juez, o dará media vuelta y saldrá corriendo.

La voz sonó a espaldas de ambos, Dryah se volvió para ver a Lyon abandonando su puesto junto a una mesa con varias pantallas y aparatos

informáticos que no reconocía y que quedaba parcialmente oculta al entrar en la sala. El hombre era tan enorme como lo recordaba, el pelo rubio atado en una coleta en la nuca, una atractiva y divertida sonrisa en su cara, aunque en esta ocasión vestía una camiseta negra que marcaba sus evidentes músculos y unos gastados vaqueros en vez de los pantalones de multibolsillos y las armas desenfundadas con las que lo vio la última vez.

—Por la expresión de tu cara puedo ver que recuerdas nuestro último encuentro —aseguró el hombre con diversión—. Te aseguro que no es nada personal, es sólo, que aquí el chico hace cosas estúpidas la mayor parte del tiempo.

—Eso no hace falta ni que lo jures —respondió ella mirando al susodicho de reojo, quien puso los ojos en blanco.

El Guardián le dedicó entonces una curiosa mirada a Shayler, quien se limitó a negar con la cabeza. No pensaba dar explicaciones.

—El expediente. Ya —le recordó—. Y explícame de nuevo lo del disparo y la vaca, porque todavía sigo oyendo campanas.

—Vaaale —respondió Lyon juntando ambas palmas con ironía—. Está todo en tu mesa, incluidas las fotos de la vaca.

Shayler puso los ojos en blanco y se volvió hacia su acompañante.

—Serán cinco minutos —le dijo indicándole el sofá—. En ese mueble de allí hay un mini bar, coge lo que te apetezca.

Ella buscó el lugar que le indicaba con la mirada.

—También hay café recién hecho en la cafetera, por si lo prefieres —ahora fue Lyon quien habló—. Y si Jaek no se las zampó todas, también hay muffins.

Shayler se volvió hacia su compañero con ironía.

— ¿El horno sobrevivió? —Había verdadera sorpresa en su voz.

El hombre se limitó a poner los ojos en blanco.

—Muy gracioso —Lyon negó con la cabeza e indicó el despacho—. Entra, antes de que decida hacerte comer “mis” magdalenas.

Ambos hombres pasaron a la habitación continua, cerrando la puerta tras ellos. Sobre esta, impreso en una pequeña placa negra con letras doradas estaba escrito el nombre del Juez:

—Despacho de Abogados Universal —leyó ella en voz alta—. Shayler Kelly, Abogado.

Sacudiendo la cabeza ante la ironía del asunto, se volvió para contemplar la habitación. Era una sala amplia, lo suficiente como para que aquellos cuatro hombres se movieran a sus anchas y no tropezasen entre ellos, a juzgar por los peculiares muebles, como el horrible sillón orejero y el piano al otro lado estaba claro que cada uno de ellos debía tener su propio rincón. El brillante color blanco del piano llamó su atención, el sol entraba por la ventana y caía directamente sobre la nacarada cubierta arrancando brillantes reflejos, Dryah acarició suavemente la lisa superficie, colocado en el soporte permanecían abiertas unas partituras y las teclas quedaban al aire sin la cubierta que las protegía normalmente. Sus dedos volaron sobre la partitura, descendiendo sobre las teclas sin llegar a tocarlas, había algo en ese piano o en el lugar que estaba ubicado, fuese lo que fuese, transmitía paz.

—El piano no se ofenderá porque lo toques.

Ella dio un respingo, apartando inmediatamente las manos como si hubiese sido cogida haciendo algo que no debía, en pie en el umbral de la puerta, con la chaqueta del traje anclada con un dedo por encima del hombro, la corbata colgando alrededor de su cuello y la camisa por fuera del pantalón a juego con la chaqueta, la escrutaba uno de los hombres más enigmáticos que hubiese conocido jamás. Podía tener la apariencia de un cansado hombre de negocios, pero todo en él sugería peligro y oscura sensualidad, sus ojos azul claro la miraban como si pudiese ver a través de su alma, como si fuese capaz de encontrar sus más íntimos pecados y sacarlos a la luz. Ella lo reconoció por las escenas que había visto en el pasado de Shayler.

—Tú debes de ser Dryah —la saludó al tiempo que entraba en la sala. Su forma de caminar era felino, muy sensual y al mismo tiempo había algo en él

que invitaba a relajarse.

—Y tú eres uno de los Guardianes Universales —murmuró en respuesta, todavía parada junto al piano.

El hombre asintió y le tendió la mano cuando llegó hasta ella. Incluso subida como estaba en la tarima, que la alzaba unos ocho o diez centímetros del suelo, él la miraba directamente a los ojos.

—Soy Jaek Simmons —se presentó con la mano todavía extendida.

Ella vaciló durante un instante, entonces salió al encuentro de su mano.

—Hola —respondió notando el firme apretón de sus dedos.

El hombre sonrió con suavidad e indicó la puerta de la oficina al tiempo que dejaba ir su mano.

— ¿Está Shayler en la oficina?

Ella siguió su mirada y asintió.

—Está hablando con Lyon sobre una vaca.

Jaek rió en respuesta.

—Una interesante conversación, sin duda.

Ella se sonrojó al darse cuenta de cuáles fueron sus palabras exactas.

—Lyon lo llamó por no sé qué asunto sobre una mujer, una casa victoriana y alguien disparándole a una vaca —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. Sinceramente, no sé qué tiene que ver una vaca en todo esto, pero eso fue lo que dijeron.

—Entiendo —aceptó él. Dejó la chaqueta del traje sobre el piano y se deslizó por detrás de ella hacia la banqueta dónde se sentó—. ¿Tocas?

Ella sacudió la cabeza con efusividad.

—Con mi suerte, se me enredarían los dedos si tan solo lo intento —sonrió espontáneamente. Algo en aquel hombre la hacía sentirse relajada, en calma—. Pero sí me gusta el sonido del piano. Shayler tiene una de esas melodías en su teléfono, es suave y lenta pero me gusta.

Jaek asintió con la cabeza al tiempo que se volvía hacia las teclas y posicionaba sus dedos.

— ¿Algo así, quizás?

Sus dedos empezaron a deslizarse con auténtica maestría por encima de las teclas arrancando una suave y agradable melodía que ella había escuchado en varias ocasiones en la Blackberry del Juez.

—Sí —aceptó gratamente sorprendida—. Es esa.

Jaek interpretó la pieza de memoria mientras observaba disimuladamente al Libre Albedrío. Le sorprendió mucho no notar su presencia hasta entrar en la oficina y verla acariciando su piano, sabía que estaba Shayler pues lo había sentido nada más traspasar la puerta principal, el poder de su jefe era inconfundible. Ella había reaccionado con pronta cautela ante su llegada, midiendo las distancias y sopesando el posible peligro que entrañaba, sabía que lo reconoció con la misma rapidez que él a ella, pero le sorprendió encontrarse con una muchacha tan joven y cálida. Al verla, comprendió muchas de las conversaciones con sus otros dos compañeros. La pieza siguió su progresión, ella permanecía en silencio, había cerrado los ojos y disfrutaba de la música, su poder reconocía a un afín en cuanto lo tenía al alcance y con ella parecía haberse adormecido cual gato satisfecho.

Una irónica sonrisa le estiró los labios, esta criatura cuya presencia había alterado no sólo la vida del Juez, si no en parte las suyas propias respondía a la misma necesidad que sus compañeros de armas y él mismo, relajándose bajo la influencia de la suave melodía del piano.

Era inquietante ver como una profecía podía dar un cariz totalmente distinto a una misma persona, como podía comparársela con el mayor de los males, cuando en realidad poseía el alma de un ángel.

Jaek terminó con un par de notas sostenidas, volviendo la mirada por encima de su hombro hacia los dos hombres apoyados en la puerta abierta de la oficina. Lyon lo saludó con una inclinación de cabeza, pero la mirada del Juez estaba puesta sobre ella, sus ojos mostraban más tranquilidad y sosiego del que le había visto en todos los siglos que llevaban juntos.

— ¿Desde cuándo concedes audiciones privadas? —lo saludó Lyon.

—Desde que he encontrado a alguien que realmente las disfruta y no se pone a roncar de fondo —le respondió él con una divertida sonrisa.

Dryah se sonrojó cuando captó la mirada del Juez sobre ella, pero lo más extraño fue cuando él le tendió la mano y se encontró aceptándola al caminar hacia él.

— ¿Te ha gustado? —le preguntó tomando su mano para acercarla a él.

—Mucho —aseguró apartando su mirada de él para volverse hacia Jaek—. Ha sido precioso, gracias por interpretarla.

El nuevo guardián inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Ha sido un verdadero placer —aseguró y posó ahora su mirada sobre Shayler—. ¿Solucionaste lo de la Vaca Victoriana?

— ¿Qué? —la respuesta de Shayler fue automática, al igual que su cara de póker.

Lyon sonrió con ironía.

—En realidad la vaca no es victoriana, es de Taiwán —aseguró con un leve encogimiento de hombros.

—No sabía que hubiese vacas tailandesas, en Holanda sí, pero en Tailandia... —se burló Jaek.

—Oh, dejaos ya de vacas, terneros y cualquier cosa que tenga cuernos —exclamó Shayler cansado de aquella locura, entonces se volvió hacia Lyon—. Y tú dile a la señora Álvarez que no vuelva a disparar contra el repartidor de

la leche, que él no tiene la culpa de que esté sorda como una tapia.

— ¿En serio quieres que le diga eso? —sonrió Lyon, quien parecía estar pasándose muy bien.

—Dile lo que te salga de los...

—Shayler, tenemos una dama delante...

Shayler arqueó una ceja en respuesta a Jaek.

—No dirías lo mismo si escuchases la forma tan creativa que tiene para insultarme —aseguró el Juez poniendo los ojos en blanco. Finalmente se volvió hacia ella—. Vámonos antes de que me vuelvan loco.

Ella lo miró de los pies a la cabeza.

—No eches la culpa a tus Guardianes de algo que es defecto de nacimiento.

Lyon se echó a reír a carcajadas.

—Me empieza a caer realmente bien tu chica, Shay.

Ella frunció el ceño.

—No soy su chica —aclaró Dryah.

La mirada de Jaek fue de uno a otro, entonces murmuró:

—No será por mucho tiempo.

—Esto se está poniendo interesante —aseguró Lyon con inusitado interés.

—Que os muerda un perro —respondió Shayler de forma desapasionada, recurriendo a la maldición que siempre salía de los labios de ella antes de conducirla hacia el exterior—. Si ocurre algo, cualquier cosa... no me llaméis. Llamad a los bomberos, ellos también saben apagar el fuego.

Dryah puso los ojos en blanco y salió delante de él echando un último vistazo

hacia atrás para ver a Lyon partiéndose de la risa y a Jaek dedicarle un guiño. Había cosas que simplemente era mejor no entenderlas.

Él la condujo de nuevo al ascensor y de ahí a la calle.

— ¿Fue prudente el hacerles llamar a los bomberos en vez de a ti? —se burló ella.

Él entrecerró los ojos y se inclinó sobre ella, quedando casi nariz con nariz.

—Si lo que quieres es apagar un fuego —le susurró, su voz profunda, sensual, casi un ronroneo—, puedes empezar por extinguir el mío.

Ella le sostuvo la mirada y le susurró en respuesta.

—Ni el agua de todos los océanos podría extinguir tu libido, Juez —sus labios se estiraron en una dulce y apetecible sonrisa—. Eres un caso perdido.

Tarsis miró nuevamente a Terra y el obsequio que traía entre sus manos. Tanto tiempo de desesperación y rabia, tanto de búsqueda y lucha por fin culminaba en la forma de los antiguos brazaletes que la mujer sostenía entre sus manos. Dos piezas de fina joyería hecha por el más experto de los artesanos cuando el hombre no era sino una larva en la escala de la evolución, dos piezas de poder para unos y la perdición definitiva para otros.

—Hermosos, ¿no es así? —murmuró gozando del poder que tenía en aquellos momentos en sus manos.

—La más exquisita de las piezas, sin duda —clamó él de manera reverente.

—Y también la más peligrosa —le recordó acercándose con ellos.

—Sólo en las manos equivocadas, mi querida —aseguró recogiendo las piezas de su almohada, sopesándolas y sintiendo bullir su poder—. Sólo en las manos, equivocadas.

— ¿Y ahora? —inquirió la mujer con una mirada lujuriosa.

—Ahora, esperaremos a que los celos hagan efecto —respondió volviéndose

a ella con la misma lujuria que había en los ojos de ella.

—Ah, los celos —rió con coquetería—. La más peligrosa de las armas.

Tarsis sonrió mientras volvía a depositar las piezas de joyería en su lugar y las miraba con tanta lujuria como había mirado hacía escasos instantes a la guardiana que se había presentado ante él.

—Sí, querida. Una de las más peligrosas.

CAPÍTULO 25

Horus empezó a mover la cola cuando vio a su amo entrando en el salón pero no parecía tener intención de dejar en un futuro cercano el sofá, después de todo tampoco era algo tan terrible ya que las intenciones del propio dueño eran dejar también ese maldito sofá. Aunque convencer a su futura compañera de cama se presentaba una tarea un poco complicada.

Después de la breve parada en el despacho, Dryah prefirió volver a casa, estaba cansada, se sentía vapuleada por lo ocurrido los últimos días, pero sobre todo estaba incómoda por las verdades que habían visto la luz en las últimas horas. Y él no estaba de mucho mejor humor, la frustración tendía a sacar a la luz su intempestivo carácter y cuando el motivo de tal frustración y el remedio para ponerle fin eran el mismo y esta se encontraba profundamente dispuesta a no hacer nada para remediarlo, no era una buena señal.

Ella había aceptado en voz alta que entre los dos había algo, que no le era indiferente y él sabía que le deseaba. Con todo, seguía resistiéndosele con uñas y dientes.

— ¿No sería mejor que le pongas una manta en algún sitio para que se tumbe?
—oyó la voz de su atormentadora a la espalda, al girarse la vio apoyada al umbral de la puerta con una caja de croquetas para perros bajo el brazo—. Te ha robado la cama.

—No tengo predilección por esa cama, puedo dormir en cualquier otra —le aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. O no dormir en absoluto.

Ella se encogió de hombros.

—Tú mismo si quieres permanecer insomne —le espetó al tiempo que alzaba la caja de croquetas para perro y la hacía sonar—. Horus, ¿tienes hambre, chico?

Por toda respuesta, el perro se enderezó sobre el sofá y abrió la boca todo lo

que le daba en un canino bostezo antes de lamerse el hocico con la lengua y dar media vuelta para volver a dormirse.

—Creo que tomaré eso como un no —aceptó y dirigiéndose ahora a él repitió la operación, en sus labios bailaba una pícara sonrisa—. ¿Hay hambre, chico?

Sin embargo no estaba de humor para apreciar su sarcasmo.

—Sí, ja, ja. Muy graciosa —le soltó de mal humor. La frustración era una mierda y él la deseaba a ella, no a otra—. El hambre que tengo ahora mismo, sólo podrías saciármela de una manera... y esa implica el que estés desnuda y debajo de mí. O encima, no es que tenga predilección por ello.

Ella arqueó una de sus doradas cejas y sonrió con afectación.

—Vaya, es una pena que no me gusten las comidas... exóticas.

—Sí, una maldita pena —farfulló volviéndose nuevamente hacia el perro y con un agudo silbido consiguió que se pusiera en pie—. Horus, arriba. Hora de salir a dar un paseo.

Ella miró al perro quien pareció moverse a regañadientes. El animal saltó del sofá y se sacudió para luego detenerse al lado de su dueño.

— ¿A dónde vas? —se encontró preguntándole.

Shayler apenas la miró, se limitó a acariciarle la cabeza al perro.

—Horus lleva todo el día encerrado —le dijo mientras le rascaba tras las orejas—. Al final del día sigue siendo sólo un perro y tiene necesidades. Si no las satisface, terminará marcando tu precioso sofá.

Ella apretó los labios ante la brusca manera en que le estaba hablando.

—No puedes culparme por lo que está ocurriendo, Shayler.

Él dejó escapar un ligero bufido, si no se iba ahora mismo tendría una nueva discusión con ella y no estaba de humor para ser paciente.

—No y tampoco lo hago —aceptó con ironía—. Aunque no puedo decir lo mismo de tu actitud. Somos dos los que estamos metidos en esto, Dryah, pero la cobardía te impide verlo y tratar de encontrar una solución... o hablar siquiera conmigo de forma directa.

Ella acusó el impacto de sus palabras.

—No vas a poder huir para siempre, bonita, así que ni siquiera lo intentes —continuó con voz fría, molesta—. Cena algo y vete a la cama. Intenta descansar... si es que puedes.

Sin más que decir, palmeó el lomo del perro y se dirigió a la puerta. Ella permaneció allí en pie, sin saber qué hacer, sin encontrar una respuesta adecuada a su acusación.

—Shayler... —lo llamó dirigiéndose hacia la puerta, pero esta se cerró antes de que pudiese decir nada al respecto—. Lo siento. Ya te dije que estaba... maldita.

Y lo estaba, no le cabía duda, su presencia no hacía más que herir a la gente que le importaba. Y el Juez, él empezaba a importarle de veras.

El día había comenzado más o menos bien, pero a medida que transcurrían las cosas pareció irse una vez más por el desagüe. La maldita frustración lo había empujado a comportarse como un auténtico cerdo, sabía que no era un dechado de virtudes pero ante todo sentía respeto por las mujeres y echarle la culpa a Dryah de algo que ella no podía controlar fue un golpe bajo. No le pasó por alto la punzada de dolor que notó en sus revueltas emociones, sabía, porque lo había sentido en ella, que estaba tan perdida o más que él con todo aquello. Al menos en su caso la experiencia hacía la situación un poco más llevadera, sabía lo que hacía el deseo y como enfrentarse a ello, pero ella era inocente en ese tipo de juegos, totalmente inocente.

Ella tenía miedo, se lo confesó sin ambages. Él mismo lo veía en sus ojos, lo sentía en la forma en que respondía a sus besos, lo veía en su propia alma que luchaba por encontrar su lugar.

—Seré estúpido —se frustró consigo mismo.

Horus que caminaba a su lado alzó las orejas como si estuviese hablando con él. Shayler le sonrió y le acarició la cabeza.

—Es tan testaruda como preciosa, Horus —le dijo al perro sonriendo a medias—. Y ya ves lo bonita que es... así que, imagínate su grado de testarudez.

El perro gimoteó en respuesta arrancándole una sonrisa completa.

—Sí, ese sonido lo he hecho yo demasiadas veces últimamente —dijo con una mueca—. Y no estoy seguro de poder seguir conteniéndome, puede que haya llegado el momento de hacer un paréntesis y alejarme, permitirle que batalle ella sola con aquello que no comprende hasta que entienda que lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con lo que hizo que viniese a este mundo.

El perro emitió un par de cortos ladridos.

—Sé que te ha gustado, ¿es cariñosa contigo, verdad? —Se agachó y cogió la cabeza del perro entre las manos—. Ojalá empleara algo de ese cariño también conmigo.

Suspirando, acarició la cabeza del perro permitiéndole un par de lametones antes de levantarse y obligarlo a correr.

—Vamos a correr un rato —le dijo—. A ver si así nos cansamos los dos lo suficiente para poder dormir toda la noche sin interrupciones.

Dryah hundió por tercera vez la cuchara en el tazón y la apartó con un gesto de desgana. No tenía hambre, ni quiera le apetecía el cuenco de macedonia que se había preparado, la fruta del supermercado seguía en las bolsas en las que la habían metido como si se burlase de ella y de su incapacidad para resolver sus propios problemas.

—No sé qué hacer —gimió hundiendo los dedos en el pelo, agachando la cabeza sobre la mesa.

Le dolió la manera en que Shayler la había tratado, siempre había sido educado, amable, incluso cuando la volvía loca con sus insinuaciones había

visto su sonrisa y sabía que bromeaba, pero ahora, su enfado era genuino al igual que la frustración en sus palabras.

Él la deseaba por algo que ni siquiera era real, los sueños que compartían no eran reales... pero sí lo fue el breve interludio que compartieron, aquel en el que le mostró con paciencia y suavidad lo que era el deseo, alcanzar el cielo solo para terminar de nuevo en el infierno. Sabía que si cerraba los ojos todavía podía notar el calor de su boca en su cuello, derramando besos por su garganta, entre el valle de sus senos, sentir la humedad que su ardiente boca no había hecho sino aumentar entre sus piernas mientras le acariciaba los pechos y la rescataba de aquel mundo en llamas, apaciguándola a costa de su propia comodidad.

Le deseaba, tal y como le confesó, le daba miedo lo que la pasión desenfadada podía traer consigo. Ella era un vivo recordatorio de lo que podía ocurrir cuando había de por medio un fuerte poder arraigado a ellos.

<<Sigue adelante sin rendirte>>.

Las palabras de Eidryen hicieron eco en su mente, recordándole su promesa, su decisión de no mirar atrás y de enfrentarse a lo que se antepusiera en su camino sin rendirse.

— ¿Y si me equivoco? —murmuró para sí.

<<Eres vida, eres parte de todo y todo forma parte de ti. Elige, Libre Albedrío. Ha llegado el momento de elegir>>.

Cerró los ojos al escuchar una vez más aquella voz dual que se filtraba en su mente, aunque esta vez lo hizo con más ímpetu que de costumbre.

<<ELIGE>>.

Ella abrió los ojos de golpe, su mirada recorrió la solitaria habitación para luego caer sobre el bol que tenía entre las manos.

—De acuerdo —musitó y dejó escapar un cansado suspiro—. Elegiré.

CAPÍTULO 26

Shayler abrió la puerta de la calle dejando que Horus se deslizara en su interior, la copia de las llaves que había hecho del juego de Dryah balanceaba en una mano mientras la bolsa con la cena del restaurante italiano colgaba de la otra. Pasó frente a él al volver y supuso que dada la hora, todavía podía llevar algo para la cena, ella seguramente ya se habría ido a la cama, así que eso los dejaba a Horus y él mismo para compartir el sofá y cenar una ración de lasaña y canelones.

Prefirió volver tarde, después de la despedida que tuvieron, no estaba seguro de cómo recibiría ahora mismo otro rechazo por su parte. Instintivamente sabía que si ella necesitaba tiempo para aceptar lo que ocurría entre ellos, se lo daría aunque eso significara tener que apartarse durante un tiempo. Sabía que no era tan fuerte como para soportar verla día tras día y no poder tocarla; No era un hijo de puta como para anteponer sus necesidades por encima de las de ella o tomarla por la fuerza. Aquello no sólo la destruiría a ella, si no que acabaría con él para siempre.

Suspirando cerró la puerta y se dirigió hacia el salón con Horus delante de él, la luz estaba encendida pero no se oía ningún sonido procedente de la televisión, puede que Dryah la dejase encendida para él después de todo.

—Empezaba a pensar que ibas a dejarme otra vez sola.

Shayler alzó la mirada al oír su voz, sus labios se curvaron en una irónica sonrisa y tenía una respuesta a punto cuando la vio junto a la ventana. La luz del exterior la enmarcaba con un aura dorada que no hacía sino realzar su inocente belleza. Uno de los tirantes de la camiseta se le había escurrido del hombro y caía por su brazo, las largas piernas estaban desnudas y perfectamente depiladas y el pequeño pantalón de felpa anudado a la altura de su redondeado vientre dejaba a la vista su ombligo. Estaba descalza y sus ojos mostraban un brillo de inocencia mezclado por la determinación y lo que no se atrevía a interpretar como una brizna de deseo.

— ¿Quieres que me vaya? —sugirió echando el pulgar hacia atrás—. Todavía estoy a tiempo.

Ella sacudió la cabeza y miró la bolsa que traía en una mano. Shayler siguió su mirada y caminó hacia la mesa.

— ¿Has cenado? Hay suficiente para los dos —le respondió dejando la bolsa sobre la pequeña mesa.

Ella negó una vez más.

—Shayler, lo siento —la oyó murmurar—. Yo... no sé cómo hacer esto... yo...

Él alzó la mirada y la vio allí, retorciéndose las manos.

—Sé que estás enfadado conmigo, pero te pido que me escuches un momento —le pidió al tiempo que buscaba su mirada.

Él se enderezó, dejó la bolsa a un lado y se llevó las manos a los bolsillos.

—Te escucho.

Ella volvió a lamerse los labios en un gesto de obvio nerviosismo.

—Tienes razón... tengo miedo —comenzó con lentitud, midiendo sus palabras—. Lo tengo. Tengo demasiado miedo a querer algo que me pueda ser arrebatado mañana. Pero no soy ninguna cobarde, ¿de acuerdo? Puede que no sepa que es lo que esperas de mí, que no entienda demasiado bien esta conexión que nos une, pero sé que está ahí porque la siento y es solo contigo.

Me siento bien cuando me abrazas, por primera vez en mucho tiempo me siento libre y protegida y sé que es algo que solo sentiré junto a ti.

Él perdió su postura despreocupada, no sabía que esperaba cuando le pidió que la escuchase, pero por los dioses que aquello no era. Qué se proponía aquella hembra, ¿volverlo loco?

— ¿A qué diablos crees que estás jugando, Dryah? —No pudo evitar la ironía

en su voz.

Ella respiró profundamente obligándose a permanecer en su lugar, no podía permitirse dudar ahora, si lo hacía sabía que sólo lo haría peor para los dos, entendía su desconfianza, aunque la ironía que encontró en ellas hería como el demonio.

—No estoy jugando a nada —susurró en respuesta, tragando el nudo que empezaba a formársele en la garganta. Dioses, si ahora era él el que la rechazaba, no estaba segura de poder volver a dar ese paso otra vez—. Aunque quisiera hacerlo, no sabría cómo, Shayler. Lo que intento decirte es... que estoy aquí... que deseo lo mismo que tú... si tú todavía lo deseas.

Shayler sintió su miedo al rechazo, su lucha interior y notó también la fuerza de voluntad en su voz, la libertad de elección que le permitía, que se permitía a sí misma. Ella no estaba jugando con él, tenía razón, aunque quisiera hacerlo no sabría ni por dónde empezar. Y pensar que la había llamado cobarde... Esa pequeña mujer le estaba mostrando ahora más valor del que él mismo tenía.

En sus ojos se veía la incertidumbre, la mortal espera y el miedo al rechazo, un miedo que compartía sin saberlo siquiera.

—No se me dan bien estas cosas, Juez —insistió ella con nerviosismo y una ligera molestia—, ¿quieres decirme algo de una bendita vez?

Él esbozó una amplia sonrisa y caminó hacia ella.

—Ya sabes lo que opino acerca de que me llames Juez —declaró deteniéndose frente a ella—. Por otra parte, estaría completamente desahuciado y loco si permito que alguien te aparte de mí.

Dando un paso atrás para mantener una cierta distancia entre ellos, le tendió la mano.

— ¿Vas a dejar que ocupe el lugar que deseo a tu lado?

Ella miró su mano y luego a él. Se tomó un instante en encontrar las palabras que diesen una respuesta, solo esperaba que esta fuese suficiente para él.

—Prometo intentarlo —respondió posando su mano sobre la de él.

Él asintió y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Por ahora es suficiente para mí —aseguró tirando de ella para acercarla a él y acariciarle los dedos con los labios.

Ella contuvo el aliento, entonces lo dejó escapar.

—Una última cosa —lo interrumpió y aquello lo tomó por sorpresa—.
¿Podemos ir despacio?

Shayler asintió lentamente y la contempló con una tierna sonrisa.

—Lo intentaremos.

Se había terminado el momento de pensar, ahora mismo todo lo que quería era a él, por absurdo que pareciera después de todo el esfuerzo que puso en mantenerse alejada, lo quería a él y la serenidad que sólo encontraba en sus brazos.

—Me conformo con eso —aceptó correspondiendo a su sonrisa mientras él la acercaba por completo a su cuerpo y le rodeaba la cintura con un brazo.

Sus labios se encontraron en medio del necesitado abrazo, aspirando el picante aroma masculino que siempre lo rodeaba, permitiéndose sucumbir al placer que encontraba en sus brazos, en su boca, acariciando su lengua con la propia respondiendo con la misma hambre que él imprimía en ella robándole el aliento.

—Creo que tenemos que ponernos de acuerdo en el significado de ir despacio —se rió en medio de cortos jadeos, mientras trataba de recuperar el aliento—. Necesito respirar...

Él se rió con ella, la frente apoyada en la suya viendo su propio reflejo en sus ojos.

—Es todo culpa tuya —le respondió y la mantuvo cerca—, es lo que provocas en mí.

Ella sonrió y cerró los ojos para saborear la intimidad de estar tan cerca de ese hombre. Sus labios volvieron a encontrar los de ella y la llevaron una vez más a alturas que no estaba segura de pudieran ser alcanzadas de otra manera. Él gimió contra sus labios, su lengua hundiéndose en la húmeda boca, probándola, saboreándola, llenándose de ella como un hombre sediento. Las manos masculinas la recorrían desde los hombros a la cintura, una vez sobre la tela de la camiseta y a la siguiente sobre la piel. La suavidad de su contacto era agradable y cálida, relajante. El cuerpo pegado al suyo era duro como el acero, la piel suave y caliente bajo sus vacilantes dedos y se sentía absolutamente bien tenerlo así de cerca. Los labios se arrancaron de su boca descendiendo por la columna del cuello dejando húmedos besos a su paso que provocaban deliciosos estremecimientos en su cuerpo, sentía que las rodillas le flaqueaban y estaba segura que en cualquier momento sus piernas y acabaría derretida en el suelo.

Los ardientes besos invirtieron el descenso precipitándose por el costado hacia el delicado lóbulo que mordisqueó delicadamente antes de recorrerle el pabellón de la oreja con la lengua. Dryah se estremeció entre sus brazos un instante antes de oír la ronca voz susurrándole al oído.

— ¿Sigue siendo demasiado rápido para ti? —le oyó ronronear entre beso y lamida.

Ella gimoteó encogiéndose de cosquillas antes de suspirar con languidez mientras él le acariciaba la piel desnuda entre el nacimiento de su redondo trasero y el inicio de sus omóplatos.

—Tomaré eso como un no —rió y volvió a sus labios para besarla hasta quitarle el aliento. De ese modo lo único que podía hacer era respirar a través de sus labios, tomando el aire del de él.

Shayler la acercó a sí mismo, deslizó una de las rodillas entre las piernas de ella y la desestabilizó recibiendo todo su peso. Sus labios se sentían suaves y apetecibles bajo los suyos, pero era su sabor el que lo tenía subyugado mientras bebía una y otra vez de su boca. Su lengua salía a su encuentro con la más tímida de las respuestas, la inocencia en ella no hacía sino inflamar sus sentidos, la sola idea de saber que no le pertenecía a nadie, que no hubo alguien que gozase de su cuerpo antes que él lo volvía posesivo y muy

protector. Ella gimió contra sus labios, sus pequeñas manos aferradas a las mangas de la camisa que empezaba a suponerle una pesada carga, necesitaba sentir piel contra piel, sentirla contra él.

Haciendo acopio de toda su voluntad se obligó a separarse de ella, los ojos azules estaban oscurecidos por el deseo, los blandos labios entreabiertos e hinchados por su beso mientras intentaba recuperar el aliento a través de cortos jadeos. Sus manos seguían aferradas a él en un intento de mantenerse en pie. Le liberó los dedos aferrados a la tela y se los llevó a la boca, lamió sus yemas una por una antes de depositar un suave beso en el pulso de la muñeca y notar su estremecimiento contra él. Ella seguía sus movimientos con estudiada concentración, temblaba y se estremecía cuando tocaba el acorde adecuado en el delicado cuerpo.

— ¿Estás bien? —le susurró enlazando los dedos finos de ella con los suyos antes de llevárselos de nuevo a la boca para besar sus nudillos.

—Sí —suspiró lamiéndose los labios mientras sus ojos seguían cada uno de los movimientos de su boca sobre sus nudillos—. No importa que me de todo vueltas, ¿verdad?

La risa profunda y masculina la hizo estremecer aumentando el calor que recorría sus venas y diluyó el nudo de lava ardiente que empezaba a formarse en la parte baja de su vientre, su mirada seguía fija en el cuerpo masculino que se cernía sobre ella, su piel de un bronceado tono oliváceo fue quedando al descubierto con cada botón de la camisa que quedaba al descubierto. Se mordió los labios y alzó su transparente mirada hacia él.

— ¿Puedo... ayudar?

Su sonrisa se hizo mucho más dulce y menos lobuna, se inclinó sobre ella y la besó tiernamente los labios.

—Soy todo tuyo —le susurró con voz sensual, profunda al tiempo que apartaba sus propias manos y la dejaba hacer.

Ella se lamió el labio inferior que se mordía con nerviosismo y posó las temblorosas manos sobre uno de los botones, los músculos de los marcados

abdominales se tensaron ante el suave roce de sus dedos e hizo que retirase las manos de inmediato solo para volver a intentarlo una vez más. La camisa fue abriéndose botón a botón revelando unos firmes y marcados abdominales y un suave rastro de vello color canela que bajaba desde su ombligo y se perdía en la cintura de sus pantalones vaqueros. Con timidez deslizó las manos sobre la piel al descubierto apartando la tela de la camisa hacia los lados. Dioses, el hombre no tenía ni un gramo de grasa en todo ese pecaminoso cuerpo. Sus músculos estaban bien definidos, de una forma natural que nada tenía que ver con horas sin fin trabajando en el gimnasio, la piel bronceada se mostraba caliente bajo los dedos, en conjunto era una visión que no se cansaba de contemplar. Recorrió cada plano, cada pliegue con timidez, sus ojos a menudo buscaban la confirmación de sus movimientos en los de él, como si pidiese un permiso que estaba más que dispuesto a darle. Sus manos ascendieron por el centro del pecho espolvoreado de vello, tuvo que alzarse de puntillas para deslizar la camisa por los anchos hombros salpicados de pecas y hacerla descender por los firmes brazos hasta arremolinarse en las muñecas un segundo antes de terminar en el suelo; Era una buena cosa que los puños de la camisa no estuviesen abotonados.

Ella dio un paso atrás y contempló absorta el desnudo torso, la boca se le hizo agua ante la visión, de repente tenía hambre de algo que no podía definir, un algo que tenía mucho que ver con él.

—Si sigues mirándome como si fuese el más apetitoso de los postres, lo de ir despacio va a esfumarse, nena —le dijo él con voz ronca.

Las mejillas de Dryah se encendieron en respuesta.

—Lo siento... no pude evitarlo —confesó y su sonrojo aumentó aún más.

Shayler se echó a reír y la atrajo de nuevo hacia su cuerpo, le cogió la barbilla entre los dedos y se la alzó obligándola a encontrarse con su mirada. Un gruñido de satisfacción masculina emergió desde el fondo de su garganta mientras descendía sobre ella para reclamarla en un nuevo beso, suave y cálido, tan exigente que cedió a sus atenciones. Sus manos alcanzaron el redondeado trasero y aferraron ambas nalgas alzándola contra él, uniéndola íntimamente con su pesada erección, la cual palpitaba y se endurecía cada vez más en el confinamiento de sus pantalones. Ella se estremeció en respuesta e

hizo que profundizara más aún el beso.

La pequeña y fina camiseta empezaba a estorbarle tanto como a ella su camisa. Los pezones se marcaban duros y erguidos contra las restricciones de la tela, una prensa que él se imaginó rasgando una y otra vez para liberar los perfectos montículos que tan bien encajaban en sus manos. Abandonando el pequeño culo sus manos ascendieron por los costados, acariciando las costillas antes de sumergirse entre sus cuerpos y alzarse alrededor de los llenos senos. Ellos encajaban perfectamente en sus manos, pesados y llenos. Los masajeó con suavidad y se permitió disfrutar de la sensación de los pequeños botones entre sus dedos; Los suaves gemidos femeninos fueron la mayor de las recompensas. Le acarició los labios con la lengua una vez más, entonces descendió por su barbilla, saboreando la piel de su cuello y dejó una húmeda senda que conducía directamente a los orgullosos pezones que destacaban contra el algodón de la camiseta. Su boca se cerró alrededor de uno de ellos, succionándolo por encima de la tela, humedeciendo la tela mientras los mordisqueaba a placer y utilizaba la otra mano para aumentar la sensación en el otro.

Dryah no podía encontrar el aire necesario para aplacar el ardor de sus pulmones, todo su cuerpo estaba en llamas y el conocido dolorcillo que sintió las últimas noches volvió a instalarse entre sus piernas al tiempo que se humedecía más y más. De su boca escapaban gemidos de placer que apenas podía contener, sus manos se aferraban ahora al alfeizar de la ventana y a la pared intentando que sus temblorosas piernas no cedieran bajo su propio peso. La estaba matando y maldita fuera si podía hacer o emitir una sola queja por ello.

Su boca pasó entonces al otro pecho repitiendo la atención que prodigó al otro pezón, sintió como se lo metió en la boca y succionaba con fuerza como si quisiera tragársela. Se obligó a apretar con fuerza los ojos y respirar en un intento de conservar la cordura, algo que él ponía a prueba con asombrosa pericia.

—Shayler... —musitó entre jadeos—. No... no puedo...

¿Qué debía decir? Ni siquiera podía conseguir una idea coherente con él amamantándose de sus pechos. Lo que le hacía le dejó el cerebro hecho

papilla, a lo máximo que llegaba era a sentir e incluso aquello amenazaba con hacerle perder la cabeza.

—Por favor... —lloriqueó.

Él soltó la delicada carne y se apartó lo justo para admirar la camiseta mojada por su boca en la zona de los pechos, un instante después le rozaba la piel del escote con los dedos mientras la tela sucumbía a la fuerza de sus manos y se rasgaba en dos.

—Nena, prometo comprarte otra —se justificó cuando la tela cayó abierta y los senos quedaron en libertad con un ligero bamboleo—. Oh, diosa...

Él alzó las manos con actitud reverente ante los dos montículos que se erguían en una muda invitación ante él, sus dedos acariciaron la suavidad y blandura de la carne unos segundos antes de que fuese su boca la que tomara la iniciativa tomando uno de los pezones con tanta gula que pensó que se la bebería entera.

Ella gritó de asombro cuando un relámpago de calor la atravesó por entero para terminar en su palpitante sexo, sus terminaciones nerviosas protestaron ante el desbordamiento de las sensaciones que le sobrevino mientras él se daba un festín con sus pechos desnudos. Las piernas ya no la sostenían, no luchó, se dejó caer contra él, permitiendo que la sujetara mientras terminaba arrodillada entre sus muslos.

—Ya... no me... sostenían... las piernas... —No pudo evitar reírse de sí misma.

Su mirada azul era abrasadora y estaba concentrada en los suaves y tiernos pechos cuyos pezones se erguían húmedos y brillantes por sus atenciones. Al oír sus agónicas palabras alzó la mirada y sin previo aviso se apoderó de su boca en un húmedo y hambriento beso que la hizo gemir de necesidad. Sus manos ascendieron a los hombros de él para poder estabilizarse mientras la movía con total maestría hasta acomodarla en su regazo. Él tomó entonces una de sus manos y la apretó directamente contra la dura protuberancia que empujaba contra los pantalones al tiempo que dejaba escapar un ronco gemido.

—Esto...es lo que llevas provocándome... toda la semana —gruñó pegado a su boca—. No hago más que desearte, mi necesidad por ti es demasiado grande, demasiado vital... te necesito para sobrevivir, mi niña.

Ella gimió ante la sensación de aquella dureza bajo su palma unida a las palabras de él, quiso retirar la mano azorada por lo inesperado de la acción pero él no se lo permitió, por el contrario, le mostró como acariciarle por encima del pantalón.

—Suave —gruñó, a juzgar por su voz parecía estar sufriendo lo indecible. Solo sus palabras desmentían que lo estuviese pasando mal—. Sí, así...

Se lamió los labios, la sensación de su sexo bajo su mano aumentaba su propia necesidad de él y hacía que se humedeciera en respuesta.

—Estás... duro... y grande —gimió con inocente sinceridad.

—Ajá —fue todo lo que pudo articular perdido en el gozo de sus caricias—. ¿Y tú? ¿Estás mojada para mí?

No le dio tiempo siquiera a responder pues deslizó la mano libre por su muslo y ascendió hasta colarse por debajo de los cortos shorts y braguitas dónde encontró los humedecidos rizos que ocultaban la entrada a su sexo. Sus dedos se empaparon con sus jugos y gimió al unísono con ella cuando deslizó la yema del dedo por su entrada de atrás hacia delante para luego hundirse suave y lento arrancándole un pequeño jadeo.

—Mojada, muy apretada, perfecta —su boca volvió a cubrir la de ella ahogando sus jadeos mientras su dedo seguía probando las profundidades de su sexo, lubricándolo aún más.

Ella gimoteó y se retorció entre sus brazos, sus manos se deslizaron de su agarre hasta sujetarse una vez más de sus hombros.

—Por favor... —gimió sin saber muy bien que le estaba pidiendo—. Más... despacio...

Shayler respiró profundamente y se obligó a retirar el dedo de la suave y

cálida vaina que lo contenía dejando un rastro de humedad al salir de ella. Su boca se desligó de la suya y le permitió recuperar el aire que parecía faltarle, dándoles tiempo a ambos para relajarse y calmar la ardorosa pasión que surgía entre ellos. Su mirada vagó por la habitación apenas consciente de que todavía estaban en el salón, junto a la ventana, los dos medios desnudos y sentados en el suelo. ¡Bien, Shayler! Se maldijo a sí mismo. Estaba tan perdido en la pasión, en su sabor que ni siquiera se detuvo a pensar en ella, en su comodidad y en que esta sería su primera vez.

—Se me escapó de las manos —se disculpó mientras la acunaba contra él al tiempo que se levantaba. Su peso era más que perfecto y encajaba de maravilla contra su cuerpo—. Lo siento... se suponía que íbamos a ir despacio.

Ella alzó la mirada hacia él y le dedicó una cálida y sonrojada sonrisa.

—Esa fue nuestra primera suposición, sí.

No pudo evitar tomarse un momento para contemplarla allí en sus brazos, sus pechos desnudos y orgullosos, sus pezones rosados y erguidos, su piel sonrosada y una aceptación y seguridad en sus ojos que no encontró hasta ahora. Bajó su boca sobre la suya y la obsequió con un calmado y suave beso. Iba a ir despacio, la complacería y cuidaría de ella y de sus necesidades, aunque eso lo matase en el proceso.

—Vayamos a un lugar más privado y más cómodo —le susurró antes de besarle la nariz y hacerlos destellar a ambos a la habitación de ella.

Dryah sintió que algo se hundía bajo su espalda cuando él se dejó ir con ella todavía en sus brazos, el aroma y la suavidad de su edredón los acogieron y la hizo consciente del lugar al que los trasladó. La vergüenza volvió entonces a asomar la cabeza, sus brazos se cruzaron automáticamente sobre sus pechos y su rostro adquirió un bonito tono rojizo. Él no dudó en tomar sus manos al tiempo que negaba con la cabeza, impidiéndole cubrirse frente a él.

—No te ocultes de mí —le susurró y le besó tiernamente los labios, la nariz y los párpados en una rápida sucesión—. Eres un regalo a la vista, realmente hermosa.

Su boca descendió sobre la de ella en un contundente reclamo, sometiéndola con su lengua y urgiendo una respuesta que no tardó en encontrar. Su pequeña rubita aprendía deprisa y lo estaba volviendo completamente loco con su lengua y con las suaves manos sobre su piel. Sosteniéndose sobre los codos exploró su boca a placer, haciendo arder nuevamente la pasión en aquellos cristalinos ojos azules. Sus pechos volvieron a llamar su atención poco después y se dio un auténtico festín con sus pezones, chupando y lamiendo mientras era recompensado por pequeños gemidos de placer que escapaban de forma desinhibida de los hinchados labios. Su boca abandonó los sensibilizados pezones para continuar su descenso hasta el ombligo, el cual besó para luego seguir con el descenso. Sus dedos se engancharon en la goma del pantaloncillo y tironeó de él hasta quitárselo. Un diminuto triángulo de tela de color azul era todo lo que cubría ahora a la mujer que deseaba más que a su vida. Fijando su mirada en la de ella, enganchó dos dedos en los extremos de la minúscula braguita y tiró hacia abajo, los sedosos rizos dorados quedaron al descubierto mientras deslizaba la prenda por sus largas piernas y la lanzaba de forma descuidada por encima del hombro.

Finalmente la tenía totalmente desnuda, una visión que quedaría para siempre impresa en su memoria.

—Eres hermosa. Mucho más hermosa que un sueño —aseguró con voz enronquecida, sus ojos brillando de puro gozo—. Dioses, eres perfecta.

La sintió estremecerse en respuesta, no estaba seguro de si era por el deseo o por el miedo a lo desconocido, pero sus ojos permanecían tranquilos y curiosos, esperando su próximo movimiento. Sin pensarlo, pasó su mano por el suave vientre acariciándole el monte de Venus y envolviendo sus dedos en los rizos que asomaban entre sus apretados muslos. Sus manos bajaron a la suave carne de sus caderas, acariciándola con suavidad en una promesa de absoluto placer, su mirada ascendió hacia ella mientras retrocedía sobre la cama hasta quedar a sus pies.

—Ábrete para mí —susurró de manera ronca, invitante.

Ella vaciló, el aliento se quedó prisionero en su garganta cuando él se arrodilló sobre el colchón y la obligó a separar las piernas para dejarla totalmente expuesta a su mirada. Aquello debería haberla deshecho en un

charco de vergüenza, pero el hambre y el deseo desnudo que vió en sus ojos la hizo sentirse segura, hermosa y poderosa. Antes de que pudiese pensar en algo que evitara lo que estaba por venir, él le separó las piernas aún más y se inclinó hacia delante, su rostro muy cerca de su sexo. Su mirada se volvió más ardiente, más cruda y sexual cuando le dedicó un guiño desde su posición y la probó con la boca.

Gritó al sentir la primera pasada de su lengua, sus manos la mantenían abierta mientras se daba un auténtico festín entre sus piernas. Podía sentir su lengua lamiéndola, recogiendo la humedad de sus jugos que se derramaban por el incontrolable deseo, sumergiéndose para chuparla haciéndola retorcerse sobre el colchón. Estaba convencida que de no ser por su sujeción, habría saltado de la cama.

El calor aumentó en su interior hasta proporciones insoportables, el peso en la parte baja de su vientre se hizo más y más incómodo, el sordo dolor en sus piernas era cada aumentó y su necesidad con ella. No podía respirar, el calor era demasiado agobiante, las sensaciones que recorrían su cuerpo demasiado crudas, aquello no se parecía ni remotamente a lo que sintió las primeras noches, ni siquiera cuando la necesidad fue tan grande como cuando él la hizo correrse la primera noche con tan solo los dedos. Maldito fuera, necesitaba correrse ya.

Gimió incapaz de pronunciar una palabra coherente, luchando con la tensión que se iba contrayendo cada vez más alto en su interior.

—Por favor —lloró, su cabeza dando bandazos sobre la cama, las manos aferrando las sábanas con absoluta desesperación—. Oh, dioses, por lo que más quieras, haz algo ya...

Cuando creyó que no podría resistirlo más y que se moriría de agonía allí mismo, todo su mundo explotó a su alrededor, la habitación empezó a dar vueltas, el techo se convirtió en el suelo y el suelo en el techo, ya no había luz ni oscuridad, todo lo que podía sentir era una marea bañándola y llevándose consigo toda la tensión dejándola absolutamente relajada.

Lo sintió moverse, oyó algo metálico cayendo al suelo, el susurro de la ropa antes de volver a tener toda aquella cálida piel masculina cubriéndola como

una manta.

—No te vayas —se encontró susurrándole.

Él le acarició la frente y la besó suavemente en los labios.

—No pienso irme a ningún sitio —le susurró al oído mientras volvía a besarla, haciendo que probase su propio sabor en la boca de él, encendiéndola nuevamente mientras se movía entre sus piernas—. Vas a tenerme a tu alrededor hasta hartarte de verme y escuchar mi voz.

Ella rió ante la diversión que escuchó en la suya, entonces lo vio rasgar un pequeño papelito plateado y extraer de él una arandela de goma para enfundarse con ella el sexo.

—Déjame adivinar, no tienes ni idea, ¿huh?

Ella se sonrojó aumentando el atractivo color de sus mejillas.

—A veces la ignorancia es una bendición —declaró lamiéndose los labios—, pero internet ha resultado ser una buena fuente de información. Sé lo que es un preservativo, gracias, Juez.

Él se echó a reír y se inclinó sobre ella.

—Solo por eso, te has ganado un pequeño castigo —ronroneó y bajó su boca para arrastrarla en un nuevo beso hasta tenerla jadeando y necesitada nuevamente. Por fin se permitió posicionarse a sí mismo en la entrada de su sexo y mirarla—. Voy a estar todo el tiempo a tu lado, muy cerca de ti, tan cerca cómo tú y yo podamos estarlo, ¿de acuerdo?

Ella asintió, su mirada prisionera de la suya.

—Si tienes miedo, solo tienes que abrirte a mí, yo estaré ahí para cuidar de ti —le prometió mientras volvía a acariciarla, calmándola—. Todo irá bien.

No dudó en asentir otra vez, la confianza brillaba en sus ojos azules.

—No tengo miedo de ti, Shayler —aceptó con suavidad—. Tú haces que me

sienta segura. En ti he encontrado el lugar en el que deseo permanecer.

Él asintió, acarició sus labios con los suyos y la abrió un poco más, acomodándola para que le fuese lo más fácil posible su primera unión.

—No apartes tu mirada de la mía —le susurró y empezó a empujar muy lentamente—. Nunca te dejaré caer, te lo prometo.

Sin permitirle pensar más en ello, reclamó su boca en un nuevo beso en el que vertió todo lo que sentía por ella, el anhelo, la necesidad y el amor que crecía exponencialmente en su interior. Se permitió bajar por completo los muros que protegían su empatía y se filtró en sus emociones al mismo tiempo que se hundía en su cuerpo penetrándola de una sola embestida hasta enterrarse por completo en ella. Sintió la barrera de su virginidad ceder a su paso, como su cuerpo se tensaba en respuesta y el quejido que escapó de sus labios terminó tragado por su boca. Un par de solitarias lágrimas se deslizaron por sus mejillas y en ella notó la mezcla de dolor y placer que acompañó sus acciones. La sensación era indescriptible para él, la forma en que su sexo se apretaba alrededor del suyo, como lo succionaba de aquella inexplicable y perfecta forma, no dudó en compartir todo aquello con ella mientras hundía la mano entre sus cuerpos y bajaba al sexo femenino dónde acarició el punto exacto que haría se relajase y facilitase aquella extraña intrusión en su cuerpo.

—Shhh, ya mi amor —le habló sin dejar de acariciarla—. Te tengo, ahora todo irá bien, solo siénteme, Dryah, estoy aquí... déjate ir... así, bien... estoy justo aquí, sé que puedes sentirme dentro de ti, alcánzame, todo irá bien.

Poco a poco su carne se fue relajando a su alrededor y ella empezó a gemir y a retorcerse bajo él. Aquello fue su perdición, quería darle tiempo para adaptarse a su tamaño, a la sensación de tenerlo dentro pero ya no podía esperar más y empezó a moverse entrando y saliendo, embistiéndola con largas y lentas estocadas, uniéndose a ella de una manera tan íntima como no había experimentado con ninguna otra mujer.

—Suave, bonita, suave —siseó cuando ella se apretó a su alrededor haciendo las sensaciones mucho más intensas.

Su cuerpo lo rodeaba y lo succionaba, sus piernas se habían envuelto por

voluntad propia alrededor de su cintura permitiéndole una penetración más profunda mientras el sudor perlaba sus cuerpos dejándolos brillantes. Él podía sentirla en su interior, rozando su alma con aquella tibieza que la caracterizaba y sintió también la necesidad de ella, el hambre de afecto que parecía disminuir a su lado.

—No te vayas. —Sus palabras hicieron eco en sus oídos, pronunciadas en voz alta no había forma de evitarlas—. No importa lo que ocurra... pero no me dejes...

La súplica era tan intensa en su alma, tan desgarradora que su propia empatía respondió a ella. Sin dejar de acariciarla, la rodeó por la cintura y la incorporó hasta que ambos quedaron sentados, unidos íntimamente como sólo podían estarlo los amantes. Sus miradas se encontraron y en la de ella encontró una silenciosa súplica mezclada con el deseo.

—No permitas que nadie me aleje de tí —pidió ella una vez más, el labio inferior le tembló al pedir aquello.

Él le acarició el rostro, pasó el pulgar por el tembloroso labio y negó con la cabeza.

—Nadie va a alejarme de ti, mi niña —le prometió atrayéndola contra él, uniéndolos por completo—, eso tenlo por seguro. Nada ni nadie evitará que permanezca a tu lado hasta el fin de los tiempos.

Sus ojos azules brillaron con la marca del poder del Libre Albedrío que contenía en su interior.

—Hasta el fin de los tiempos —aceptó al tiempo que salía en busca de su boca para sellar aquella promesa con un beso tierno e inocente como ella misma.

Él la abrazó, hundió una mano en su pelo para retenerla mientras la besaba con hambre y volvía a penetrarla en aquella nueva postura que lo impulsaba todavía más en su interior.

Sus jadeos se mezclaron con los de ella, sus miradas prisioneras una de la otra

mientras daban rienda suelta a la pasión que contenían sus cuerpos y que amenazaban con hacerlos pedazos. La suavidad y lentitud dieron paso a la febril necesidad de la pasión, sus embestidas se hicieron más duras y profundas, los gemidos femeninos se unieron a los suyos con el mismo ímpetu mientras volvía a tumbarla de espaldas en la cama y la tomaba con frenesí arrastrándola a un orgasmo que sacudió los mismísimos cimientos del universo para luego unirse a ella en su propia liberación.

Dryah sólo alcanzó a oír el propio ritmo de su corazón en los oídos, su mundo volvió a estallar por segunda vez con una fuerza ensordecedora haciendo a un lado todo lo demás. El primer momento de dolor, el sentirse repleta de una forma que nunca antes experimentó, la increíble sensación de tenerlo muy dentro de ella, poseyéndola. Se sentía tan lánguida, tan relajada que dudaba que pudiera mover ni un músculo después de aquello. Él se dejó caer cuan largo era a su lado, su respiración tan trabajosa como la suya, como si acabase de correr una auténtica maratón. Entonces se movió volviéndose de costado, apoyándose en el codo y sujetando la cabeza con la mano mientras la miraba con una ternura que la hizo sonrojarse hasta las raíces del pelo al darse cuenta de que era lo que acababan de hacer, de lo que le pidió y ambos forjaron en medio de la arrolladora pasión. Ya no había vuelta atrás para ellos.

—Lo siento... yo...

Él negó con la cabeza.

—Yo no lo siento... no lamento nada en absoluto, no lo hagas tú —pidió acariciándole el rostro.

Ella se incorporó a su vez, pero se detuvo al sentir una ligera molestia entre los muslos.

—Shayler, lo que dije... el Libre Albedrío...

Él posó una mano entre sus senos y la obligó a tumbarse de nuevo.

—Hasta el fin de los tiempos, Dryah —repitió sin coacción alguna, sus dedos acariciando con pereza su piel—. No quiero nada menos contigo... así que ve haciéndote a la idea.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro y se acurrucó contra él en busca de calor.

—Empiezo a comprender por qué te eligieron como Juez Universal — murmuró ella, sus labios se estiraron poco a poco en una tímida sonrisa—. Cuando decides algo, no hay manera de que lo dejes pasar.

Él se echó a reír, su risa clara, verdadera y más relajada que antes.

—Es uno de mis más grandes defectos, bonita —aseguró y dejó escapar un profundo suspiro—. Y sé que no es el único... no debí presionarte como lo hice, en mi defensa solo puedo decir que estar a tu lado y no tocarte... Es un jodido infierno.

La suave y pequeña mano descansó sobre su costado, todavía con timidez.

—Sé que yo tampoco hice las cosas mucho más sencillas, pero...

Él negó con la cabeza, se incorporó y la miró impidiéndole continuar.

—Escúchame —le pidió y sus palabras sin duda la sorprendieron.

Ella asintió con la cabeza y esperó paciente, aunque en sus ojos se filtraba ya una tenue luz de temor.

—No quiero presionarte, soy un hombre impulsivo, lo reconozco y tú haces que esa impulsividad se descontrole, al igual que lo haces con mi empatía — confesó con tono firme y directo—. Te he visto en mis sueños durante más tiempo del que debería ser prudente, pero era una mujer muy distinta a la que ahora mismo tengo frente a mí y eso me confundió en su momento. Te necesito, te he necesitado por siempre, a ti, no a un sueño o una ilusión, si no a ti. Eres la hembra más exasperante y voluntariosa que he conocido en mi larga vida, pero ya ves que me gustan los desafíos. Te herí con mis palabras y eso me ha herido también a mí, sé que necesitas tiempo y espacio para digerir todo lo que sucede a tu alrededor y te daré todo el que necesites... pero vas a tener que sufrir mi presencia te guste o no, porque no pienso alejarme de tu lado. Eres mi destino, pequeña Dryah, mi único destino.

No había palabras para responder a una declaración de intenciones como aquella, y si las había, ella no las conocía todavía. Una mezcla de alegría y temor se filtró en su interior, le habría gustado responder de la misma manera pero era demasiado pronto.

— ¿Eso quiere decir que después de todo me quieres a tu lado?

Él se echó a reír ante el tono dudoso en su voz.

—Entre otros muchos sitios —le respondió con la misma picardía de siempre—. No te esfuerces en buscar una respuesta, nena, no es necesario. Esta aparecerá en el momento en que menos lo esperes y será perfecta, te lo aseguro.

Asintió.

—Eres un hombre extraño, Juez Shayler —comentó mirándole a los ojos—. Pero me gusta esa extrañeza tuya.

Él sonrió ampliamente y acarició sus labios con los propios.

—Tienes ganas de que te castigue, ¿no es así? —sugirió él con una risita—. ¿Recuerdas lo que dije al respecto?

Ella se hizo la despistada.

—Creo que era algo sobre... ¿besos?

Él chasqueó la lengua.

—Si mal no recuerdo, el término correcto fue “comerte la boca” —aceptó antes de darse media vuelta y levantarse de la cama de forma imprevista. En un abrir y cerrar de ojos se deshizo del preservativo usado y volvió a su lado. La desnudez no parecía un gran problema para este hombre—. Pero se me ha ocurrido un nuevo pago del que podremos disfrutar los dos.

Su mirada la recorrió con renovada hambre hasta que cayó en sus muslos y el hilo de sangre que los manchaba, como lo había manchado a él mismo.

—Pero antes, voy a enseñarte otro de los grandes placeres de compartir la cama —le aseguró mientras descendía de nuevo sobre la cama para alzarla a ella en sus brazos—. Una ducha para dos —concluyó besándole la nariz antes de recorrer su cuerpo con una hambrienta mirada—. Creo que me estoy enamorado de tus pechos.

— ¡Shayler! —jadeó ante sus crudas palabras al tiempo que su piel adquiría un intenso rojo.

—Tranquila, bonita, no voy a dejarte caer —rió comiéndosela con los ojos—. Un baño te sentará bien, estarás mucho más cómoda y podrás dormir tranquilamente... después de que yo haya acabado contigo.

Ella se sonrojó, sus labios se abrieron y cerraron con dificultades para articular palabra.

—Yo... ah... —no tenía palabras para refutar su declaración.

Él la acunó en sus brazos mientras se dirigía a la puerta para luego salir al pasillo.

—Empecemos con la ducha y ya veremos donde nos lleva lo demás —la calmó una vez más con un suave y prometedor beso.

Y eso es lo que hicieron, empezaron con la ducha... y terminaron mucho tiempo después.

CAPÍTULO 27

Shayler despertó con una agradable sensación de estar saciado y tranquilo que no había experimentado en mucho tiempo, después de los interminables días y noches en continuo estado de excitación el cual sólo lo ponía de mal humor, la absoluta paz que ahora habitaba en su interior parecía demasiado real como para ser verdad.

Las escenas de la noche anterior empezaron a colarse una tras otra en su mente y trajeron una enorme sonrisa a su rostro, estirando el brazo para buscar a su compañera se sorprendió cuando encontró vacío el lado de la cama que ella ocupaba, un rápido vistazo al reloj le dijo que era demasiado temprano incluso para abandonar las sábanas.

— ¿Dryah? —preguntó al tiempo que encendía una de las lámparas de la mesilla y echaba un vistazo a su alrededor. La habitación estaba vacía a excepción de él mismo.

Tras hacer a un lado la sábana se levantó, alcanzó los pantalones que quedaron olvidados en el suelo la noche anterior y se los puso antes de salir por la puerta de la habitación. Desde el pasillo escuchó el suave murmullo de la televisión y vio los ocasionales destellos de luz que producían los cambios de escena que iluminaban la habitación en penumbra. Caminó lentamente hacia la habitación, la televisión estaba encendida y emitía el diario matutino, el volumen no estaba precisamente bajo pero aquello no parecía molestar demasiado a los dos ocupantes del sofá. La cola de Horus sobresalía por uno de los lados, al igual que sus patas traseras, y por la manta de tela escocesa que sobresalía desde el otro lado del sofá, sabía que no estaba solo.

Encontró a su desaparecida compañera de cama acurrucada en la esquina contraria del sillón, sus dedos hundidos en el pelaje de Horus, cuyo cuerpo estaba retorcido hacia el otro lado, su cabeza prácticamente colgaba del sofá mientras dormía profundamente. Ella lo utilizaba de almohada, con la manta de cuadros cubriéndola a medias.

—Vaya pareja. —No pudo evitar sonreír al verlos a los dos.

Recogió la tela del suelo para volver a arroparla, ella estaba absolutamente desnuda a excepción de su propia camisa la cual había remangado en los brazos, algunos de los botones superiores se habían soltado dejando una buena porción de su piel expuesta. El hambre lo recorrió nuevamente; como si el hacerle el amor a lo largo de la noche no hubiese sido suficiente. Necesitaba más, la necesitaba a ella y su sexo parecía estar rabiosamente de acuerdo. Sacudiendo la cabeza dobló la manta y la arropó con ella, no iba a tomarla otra vez y menos cuando ella estaba tan vulnerable. Había encontrado en ella una amante entregada, pasional y muy curiosa, pero no podía olvidar lo obvio,

era su primera vez y necesitaba tiempo para recuperarse y asimilarlo, tanto su cuerpo como ella misma. Le acarició la mejilla y se inclinó para besarle la frente, ella se encogió y frunció el ceño ante la inesperada molestia que la despertaba de su sueño. Horus pareció elegir aquel momento también para desperezarse y se levantó saltando al suelo dónde procedió con sus estiramientos caninos.

—Gracias, Horus —farfulló al ver que el perro saltaba al suelo y el movimiento la despertaba. Él optó entonces por ocupar el lugar dejado por el animal y atrajo su cálido cuerpo contra el suyo con tanta suavidad como pudo.

Dryah se movió incómoda al sentirse vapuleada por tanto movimiento. Tenía el cuerpo rígido y una ligera molestia rondaba entre sus piernas cada vez que se estiraba. Intentó darse la vuelta sólo para descubrir que no podía lo cual la llevó a su somnolienta mente a despejarse y obligarla a abrir los ojos.

—Buenos días —la saludó él al ver su somnolienta mirada azul.

Ella ladeó ligeramente la cabeza, parpadeó varias veces y sonrió suavemente dedicándole un somnoliento saludo.

—Buenos días —murmuró enderezándose con esfuerzo, su mirada recorrió la habitación en una rápida sucesión, un poco desorientada—. ¿Qué hora es?

Shayler la dejó ir, permitiéndole su propio espacio, algo que sabía ella necesitaba.

—Demasiado temprano para que abandonases la cama —le dijo y se dio el lujo de pararle la mano por el pelo desordenado antes de dejar caer el brazo sobre el respaldo del sofá—. No son ni las seis de la mañana.

Ella se incorporó sobre el sofá hasta quedar con las piernas dobladas a un lado, el movimiento la hizo dar un respingo y arrastró un suave color rosa sobre sus mejillas al comprender inmediatamente la causa.

Él extendió la mano una vez más hacia ella, posándola en una de sus rodillas.

— ¿Estás bien? —preguntó al ver como apoyaba la mano en la parte baja del

vientre—. ¿Dolorida?

Ella sacudió lentamente la cabeza.

—Estoy bien —asintió sonrojada con la inesperada conversación—. Sólo... estoy... incómoda.

Él asintió con naturalidad.

—Puedes tomarte un analgésico —sugirió frotándole suavemente la rodilla para animarla—. No te hará daño. Y... lo siento... si hubiese podido evitártelo, lo habría hecho.

Ella se limitó a asentir, se encontraba realmente incómoda hablando con él de esa manera a pesar de que haber pasado toda la noche en absoluta intimidad, al abrir los ojos y encontrarse desnuda pegada a su cuerpo se había sentido tan vulnerable que necesitó abandonar su compañía para poner un poco de orden en sus caóticos pensamientos. Todo sucedía con demasiada rapidez, no se mentiría a sí misma diciéndose que no lo había deseado, porque sería un gran embuste, pero algo que ayer había parecido una buena idea, a la luz de un nuevo día tomaba el cariz de las dudas y Dryah todavía conservaba una buena parte de ellas. Conocía el vínculo que los unía, ahora más que nada entendía su necesidad de ella, porque era la misma que recorría su cuerpo y se instalaba en su alma cada vez que él estaba cerca, como en ese preciso momento.

—Te queda bien mi camisa —murmuró él acariciando la tela que le cubría un poco más debajo de los muslos—. Mejor que a mí, incluso.

Ella bajó la mirada a su mano y abrió la boca para responder pero las palabras se habían esfumado de su mente, al igual que cualquier cosa coherente. La necesidad de aire ocupó todo lo demás, su pecho se comprimía con una repentina incomodidad que no sabía muy bien cómo superar.

—Estaba en el suelo... —comentó en voz baja, intentando darle más fuerza a sus palabras—. Yo... tú dejaste la mía... inservible, necesitaba... necesito... dios, no puedo respirar...

Él no tardó en tomar las riendas de la situación, le alzó la barbilla y lo obligó a mirarle a los ojos.

—Está bien, está bien... —la detuvo con aquella voz sensual y firme que tan bien sonó en sus oídos la noche anterior—. Sólo mírame, ¿ok?... Eso es... y ahora, respira profundamente...

Ella obedeció y tomó su mano libre sin ser consciente de ello, necesitando su contacto para recuperar la compostura y serenarse.

—Eso es, así, respira lentamente —la alentó y empezó a acariciar la mano que ella había puesto voluntariamente en la suya—. Relájate... no ha pasado nada malo... vamos a hacerlo despacio, con tranquilidad, no hay que apresurar las cosas.

Ella se lamió los labios sin apartar la mirada de él ni un solo momento.

— ¿En serio crees que eso sea posible? —le preguntó.

Él le sonrió en respuesta y se llevó su mano enlazada a la suya a los labios para besarle suavemente los nudillos.

—Tendremos que aprender a hacerlo —le guiñó el ojo. De alguna forma, su presencia, su contacto la iba calmando—. ¿Mejor?

Ella asintió, dejó escapar un pequeño suspiro y deslizó su mano libre sobre la camisa.

—Mi mente es un caos... —confesó al fin, su mirada bajó al suelo—, me desperté y... necesitaba espacio. El detenerme a buscar algo en mi armario no se me pasó por la cabeza... y bueno... tu camisa estaba aquí... entera.

Sus dedos se deslizaron una vez más por su mejilla.

— ¿Dejaste la cama y cruzaste el pasillo hasta el salón completamente desnuda? —la pregunta sonó agónica en su voz.

Aquello la hizo fruncir el ceño, entonces refuló al ver la mirada en sus ojos.

—Como dije, mi mente... no está en su mejor momento.

Él suspiró y volvió la mirada al perro, quien empezó a menear la cola en cuanto sintió la atención de su amo sobre él.

—Tú sí que eres un perro con suerte —le aseguró con un profundo suspiro.

No pudo evitar sonreír ante su compungido rostro, pero la tristeza no duró mucho en su mirada, ya que en cuanto volvió a posar los ojos en ella y la recorrió con la mirada, el brillo de una conocida y fulgurante hambre los inundó.

—No podré volver a ponerme esa camisa —aseguró sin apartar la mirada de ella.

Ella lo miró un poco azorada y avergonzada. No esperaba que el haber hecho uso de aquella prenda, la hiciera inservible para él.

— ¿Por qué no?

Shayler hizo una mueca al escuchar el tono de su voz.

—No es lo que piensas —se apresuró en explicarle—. Te queda endiabladamente mejor a ti que a mí, estás... rabiosamente sexy con ella.

Su declaración hizo que volviese a respirar con normalidad. Tenía que centrarse pronto, esos altibajos emocionales iban a hacerla pedazos si se permitía que sus palabras la afectasen tanto.

—Bueno, creo que así quedamos a mano —comentó y señaló con un gesto de la barbilla su estropeada prenda junto a la ventana—. Me quedo con tu camisa a cambio del destrozo que hiciste con la mía.

Él chasqueó la lengua y se inclinó hacia ella.

—Te prefiero desnuda, pero si insistes, es tuya —aseguró con un ligero encogimiento de hombros, entonces cambió la posición de sus manos y cogiéndola por debajo de los codos la obligó a avanzar hacia él—. Ven aquí.

Dryah se encontró sentada a medias en su regazo, su espalda acunada en el hueco entre su hombro y su cuerpo, sus brazos la rodeaban y una de sus manos jugaba con sus dedos.

—Me encanta sentirte así —le aseguró acomodándose para dejarle espacio a ella—. Te marchaste antes de que pudiera darte los buenos días como es debido.

Ella echó la cabeza atrás para mirar su rostro y él le dedicó una dulce sonrisa.

—Lo siento —susurró entonces bajando la mirada a sus dedos entrelazados—, necesitaba estar sola un rato...

Él le acarició los dedos con los propios y depositó un suave beso en su cuello antes de moverla para poder mirarla a la cara.

—Todo esto va demasiado rápido para ti.

Ella asintió con semblante culpable.

—No me malinterpretes, me gusto lo que hicimos... mucho... pero... vas muy rápido y yo... —murmuró indecisa, sintiéndose demasiado vulnerable—. Necesito recuperar las riendas de mi vida, tener algo de poder sobre ella y sobre mis actos, no es culpa tuya, pero... necesito... tiempo.

Él le tomó el rostro y la obligó a mirarle.

—No te eches la culpa de algo que es compartido, Dryah. Nos fuimos a la cama de mutuo acuerdo y a mí también me encantó. Esto era algo que antes o después iba a suceder —le aseguró, el pulgar con el que le sujetaba el rostro empezó a rozarle la barbilla—. Comprendo tu incomodidad, la sensación de que todo se te va de las manos, el sexo es nuevo para ti... por no mencionar la conexión que nos une, pero no estoy aquí para atarte, cariño, si no para ayudarte. Cuando sientas que las cosas se desmadran, que se escapan a tu control y vamos muy rápido, no temas en compartirlo conmigo. Con un “Ey, Shay, ve más despacio” será más que suficiente.

Sus palabras significaban mucho para ella.

—No hay necesidad de que huyas de la cama para ello —le dijo ahora al oído, su nariz acariciándole la piel del cuello mientras se deleitaba con su aroma—. Sólo dime que no, sabré entenderlo. No te haré daño, nena, antes moriría que intentarlo.

Se lamió los labios y se dio el lujo de dejarse ir contra su pecho, disfrutando el calor del cuerpo masculino al abrigo de sus brazos.

—Lo sé —musitó contra su piel y era cierto, estaba segura de sus palabras—. Y lo siento.

Él negó con la cabeza y se separó un poco para poder mirarla a la cara.

—Ya te lo dije, Dryah, ahora que te he encontrado, nada hará que me separe de ti, nada.

Ella asintió y le echó los brazos al cuello, apretándose contra su calor, deseando tan sólo sentirlo así, sentirse a salvo junto a él.

—Voy a volverte loco —aseguró con una triste risita.

Él bufó.

—No más de lo que yo te volveré a tí —le sonrió en respuesta y volvió a acunarla entre sus brazos.

Sus ojos azules se encontraron finalmente con los suyos.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Shayler se estiró para recoger la manta que había quedado a un lado en el sofá y la estiró sobre ellos.

—Voto por quedarnos en el sofá y dormir un par de horas más —declaró rodeándola con los brazos—. Así podré darte los buenos días como era mi intención.

Ella se relajó en sus brazos e intentó calmar el tumulto de emociones que seguía girando sin control en su interior.

— ¿Y después? —insistió.

La respuesta fue rápida y sincera.

—Aire puro, espacios abiertos, algún lugar donde Horus pueda estirar las patas y tú sentirte a gusto.

Bostezó.

—Parece un buen plan.

Él le apartó el pelo de la cara y la besó en la cabeza antes de acomodarse mejor sobre el sofá.

—Sí, lo será.

Nyxx volvió la mirada hacia el fondo del oscuro callejón y alzó el rostro como si pudiera oler el aire, entonces dejó escapar un cansado suspiro y caminó hacia la pared cubierta de cajas y trozos de palés que se apilaban al fondo. No tuvo que esperar demasiado hasta que el aire empezó a fluctuar y se abrió una brecha en el espacio que permitía a gente como él trasladarse de unos planos de existencia a otros. Colocándose a un lado, permitió que el rastreador saliese por su propio pie antes de aferrarlo del brazo y lanzarlo al suelo con una efectiva llave que remató con la rodilla clavada en la espalda del recién llegado y el brazo retorcido a su costado mientras farfullaba y escupía tratando de soltarse.

—Joder, Nyxx, soy yo, Josh.

Él se inclinó lo suficiente para poder susurrarle al oído, manteniendo en todo momento su agarre.

—Te he dicho una y mil veces, que enmascaras tu paso entre un plano y el siguiente, Josh, un día de estos te encontrarás con un cuchillo clavado en las pelotas y no será el mío —le aseguró al tiempo que tiraba bruscamente del hombre para ponerlo en pie.

El Cazador de Almas se hizo a un lado para permitir que su compañero se girara. Los ojos de Josh estaban ocultos tras unas oscuras gafas mientras su

boca se curvaba en un desagradable rictus. Prácticamente le gruñía aunque al cazador parecía traerle más bien sin cuidado, después de todo el que mordía realmente de los dos era él, no el antiguo cazador que había aparecido de improviso.

— ¿Qué coño pasa contigo, tío? Llevo dos jodidos días buscándote en esta mierda de plano y cada vez que creo estar cerca, descubro que te acabas de largar —se quejó el chico. Este vestía unos gastados pantalones vaqueros, zapatillas deportivas y una camiseta de béisbol.

—Así que eras tú el gilipollas que me ha estado rastreando —comentó sacudiendo la cabeza mientras miraba con ironía la camiseta con el anagrama de Seybin que llevaba su compañero de armas—. No me digas que el jefe os ha arrastrado de nuevo a uno de sus partidos subterráneos.

—Que te jodan, Nyxx —escupió su compañero con visible mal humor—. Llevo los últimos dos días rastreando tu culo, Seybin quiere que te reportes, no sé si tendrá algo que ver con la misiva que llegó de los de arriba, pero está empezando a ponerse de mal humor.

Arqueó una ceja ante su respuesta.

— ¿Cuándo has visto tú a Seybin no ponerse de mal humor? —rezongó el Cazador dejando el callejón para detenerse bajo la luz de la única farola que había en la entrada—. Así que, recibió una misiva... imagino que le comunicarían el resultado del *Antiquerum*.

El recién llegado no respondió, se limitó a reunirse con él bajo la luz.

—Todo lo que sé es que quiere tu pulgoso culo en su presencia... bueno, eso lo quería hace dos días... ahora ya te quiere vivo o muerto —aseguró el cazador con un ligero encogimiento de hombros—. Me ha hecho comprar incluso una nevera portátil, por si tenía que llevarte en pedacitos.

Un ligero pitido intermitente empezó a inundar el silencio del callejón por encima de la voz de Josh.

—Que chistoso —gruñó Nyxx y se llevó la mano al bolsillo trasero del

pantalón, de donde sacó su teléfono para finalmente fruncir el ceño. Su mirada voló de un lado a otro de la calle, como si buscara algo para finalmente volver a mirar el teléfono y apretar un par de teclas esperando a ver el resultado.

Entrecerró los ojos y se volvió hacia la calle—. Tengo cosas que hacer, dile al hijo de puta de nuestro jefe, que lo veré tan pronto tenga un momento.

Sin mediar palabra, se concentró en el teléfono y se dirigió calle abajo.

— ¡Ey! —lo llamó Josh al verle alejarse—. Nyxx, ¿qué coño está pasando, tío?

Él se limitó a mirarle por encima del hombro y responderle:

—El Universo está a punto de irse a la mierda, Josh, eso es lo que pasa —le respondió como si aquello fuese algo que ocurriese todos los días, entonces alzó una mano a modo de despedida y se desvaneció a los pocos pasos.

—Estupendo —farfulló el cazador mirando a su alrededor con irritación—. Seybin va a montar una jodida fiesta cuando lo sepa. Gracias por nada, Nyxx.

Soltando un profundo suspiro y miró a su alrededor antes de desaparecer por el mismo lugar por el que había entrado.

La mañana brillaba con desacostumbrada hermosura, el sol iluminaba todo desde un despejado cielo más propio del verano que de principios de otoño, Horus se había pasado los últimos minutos corriendo de un lado a otro, ladrándole a los pájaros como un pequeño cachorro antes de regresar al lado de su amo y acompasar su paso al de él.

— ¿Qué te llevó a ponerle el nombre de Horus a un perro? —preguntó Dryah mientras observaba al perro que mantenía el paso de Shayler con fiel precisión, pese a que iba sin correa, el can no se apartaba de su amo—. Si mi memoria no me falla, Horus era un halcón... el que tenía cabeza de perro era... um...

—Anubis —le recordó Shayler—. Y tenía cabeza de chacal.

Ella se llevó un dedo al mentón y meditó su respuesta durante unos segundos.

—Chacal, perro... ¿no es lo mismo?

Él sonrió.

—No si se lo preguntas a mi madre —aseguró—. Casi se muere de un infarto cuando le puse Horus a este chico de aquí.

No pudo si no sonreír en respuesta.

—Había olvidado ese pequeño detalle. Bastet —aseguró inclinándose hacia el perro—. Sea como sea, el nombre te queda perfecto, Horus.

El can respondió sacando la lengua fuera.

—Voy a sentirme ofendido, has seducido a mi perro —declaró su amo con fingida afectación—. De hecho, esta mañana dejaste nuestra cama por él.

Ella lo miró de reojo.

—En realidad es mi cama y no la dejé por él —negó frunciendo el ceño, entonces sacudió la cabeza—. Aunque es divertido verlo mover la pata cuando le acaricias cierta parte del lomo.

Shayler se echó a reír ante el comentario y negó con la cabeza.

—Sólo a ti se te ocurriría encontrar diversión en algo así.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Bueno, si quieres que te encuentre a ti igual de divertido, ya sabes lo que tienes que hacer —aseguró con total inocencia.

Aquella afirmación hizo que se echase a reír con ganas.

—Cariño, el parecerme a un perro no entra en mis prioridades.

Ella se mordió la sonrisa que pugnaba en sus labios y echó un vistazo a su alrededor al enorme mercado medieval que se celebraba en el Fort Tryon

Park, conociendo su gusto por los parques y espacios abiertos, Shayler había sugerido un cambio de aires. Su sorpresa llegó con una visita a uno de los puntos más importantes de Manhattan desde donde obtenía unas preciosas vistas del Río Hudson y las empalizadas del mismo, unos enormes acantilados de piedra y vegetación que orillaban el río. La gente iba ataviada de acuerdo al tema central del festival, las mujeres llevaban hermosos trajes del Medioevo al igual que los hombres, damas, cortesanas, siervas y vendedores todos se daban cita en un pequeño mercado con puestos de gastronomía y artesanía.

Sus ojos se movían en una rápida sucesión de unos puestos a otros, observando los trajes de las mujeres y sonriendo espontáneamente ante la sensación de estar al aire libre bajo el suave sol de los primeros días de Octubre. Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo y lo mucho que podían cambiar las cosas en unos cuantos días. Con una genuina sonrisa, indicó uno de los puestos.

—Voy a ver que tienen expuesto.

Shayler observó la falda larga en tonos azules y blancos que flotaba alrededor de sus tobillos y se movía al compás de sus pasos, la tela enmarcaba a la perfección sus voluptuosas curvas, ciñendo el redondeado trasero que lo estaba volviendo loco. Los tacones de sus botas asomaban bajo la tela con cada paso que daba y sabía que la camisa blanca que cruzaba por delante por encima de su ombligo y a la espalda bajo la chaqueta de punto, estaría abrazando unos pechos que llenaban a la perfección sus manos. Su pene se tensó ante el recuerdo de la noche compartida la cual esperaba poder repetir pronto. Ella despertó en sus brazos con una sensualidad suave y cariñosa, aderezada por su natural curiosidad que hacía sus interludios difíciles de olvidar. Gracias a los dioses por los pequeños favores.

—Shayler —lo llamó desde uno de los puestos. Se había dado la vuelta hacia él y sostenía en sus manos una maceta de cerámica de varios colores—. ¿Qué te parece? ¿Crees que cogerá el cactus?

Él la contempló con una de las manos en el bolsillo y la otra sosteniendo la correa de Horus.

— ¿El cactus? —frunció el ceño sin saber de qué le estaba hablando.

Ella pareció sorprenderse durante un instante y luego sonrió, con esa mirada hechicera que prometía una de sus ingeniosas respuestas.

—Sí, ya sabes, esa cosita verde con pequeños pinchos que casualmente pertenece al género de las plantas —le dijo con sutil inocencia, arrancando una risita al hombre del puesto de artesanía que los miraba.

—Sé lo que es un cactus, amor, gracias —le respondió con diversión.

Ella se volvió hacia el puesto y señaló varias de las piezas expuestas.

— ¿Y aquella? —le señaló una maceta en tonos dorados y marrones—. No parece ser mucho más grande.

Su mirada fue a donde le indicaba y se encogió de hombros.

—La que tienes en las manos es llamativa, sin duda —aceptó.

Dryah examinó cuidadosamente la maceta y finalmente asintió, inclinándose hacia delante para enseñársela al perro. Shayler disfrutó de una de las vistas más dulces del día en el proceso.

— ¿Tú qué dices Horus?

El perro dio un único ladrido en respuesta y movió la cola.

—Pues esta entonces —asintió devolviéndosela al vendedor para que la envolviese bien mientras echaba mano del pequeño bolso que llevaba cruzado y hurgaba en su interior. Si bien no desconocía el arte del pago, todavía le costaba relacionar el precio con el tema de lo barato y lo caro.

—Son seis dólares, señorita. —El vendedor le entregó el artículo escogido perfectamente envuelta y en una bolsa de papel.

Antes de que ella consiguiese localizar su cartera, Shayler ya había pagado al vendedor y recogido el cambio. Ella lo miró con un puchero.

—Quería hacerlo yo —se quejó con un precioso puchero. Señor, que ganas de besarla.

—Ya tendrás oportunidad de hacerlo más adelante —le hizo un guiño.

Ella sacudió la cabeza y con una sonrisa se despidió del vendedor para continuar con su exploración.

—Este sitio es precioso, es una pena que esté tan lejos de casa.

—En realidad no está a más de un salto —le recordó con una conocedora sonrisa—. Tenía que tener sus ventajas el ser quienes somos, no todo iban a ser impedimentos.

—Creo que me gusta más que el metro —confesó ella con absoluta rotundidad haciéndole sonreír.

No hacía falta ni que se lo jurara, él mismo había podido comprobar la rigidez que la envolvía cuando se veía en medio de una marea de gente, tendía a pegarse a él en busca de refugio y seguridad en esos momentos. Shayler acarició la cabeza de Horus quien permanecía absolutamente en silencio a su lado, caminando a su paso y deteniéndose al mismo tiempo que él, su inteligencia podía rivalizar tranquilamente con la de un humano, al igual que su entendimiento.

—Se la ve feliz, ¿verdad? —susurró al perro quien gimoteó en respuesta.

En realidad, brillaba con luz propia, la sombra que había estado envolviéndolos días atrás había desaparecido así como la tensión de esa misma mañana; para que luego dijeran que el sexo no era terapéutico. Guardándose ese comentario para sí mismo se detuvo detrás de Dryah la cual estaba mirando un nuevo puesto. La comerciante, una mujer de edad avanzada, con un hermoso rostro y cálida mirada le sonrió e inclinó la cabeza a modo de saludo, Shayler correspondió a su saludo y observó la exposición por encima del hombro de ella: Era una exposición de piezas de cristal engarzadas en plata y otras piedras semipreciosas o minerales. Entre toda aquella variedad hubo una pieza que llamó su atención; un pequeño colgante en forma de dos alas de ángel. Las plumas estaban ribeteadas con hilo plateado y el conjunto iba unido a una placa de nácar en forma de rombo. Las manos de ambos acabaron chocando sobre la misma pieza.

Dryah echó la mano atrás ante la pequeña descarga eléctrica que recibió con su contacto, sus ojos se alzaron inmediatamente para encontrar la mirada azul de su compañero quien la observaba con su usual interrogación. Sus mejillas se tiñeron de rojo. Él tomó la pieza y la alzó para que ella pudiera verla también. El pequeño medallón venía colgado en una cadena plateada y el hilo que bordaba las plumas brillaba a través del cristal como si le diesen movimiento. Era un finísimo trabajo de artesanía.

— ¿Hermoso, no es cierto? —Habló la artesana, sonriéndoles a ambos—. Está hecho en cristal tallado, si os fijáis bien podéis ver las líneas de las plumas. El cordón que lleva es de plata, pero también lo hay en oro, si preferís.

Shayler sonrió con calidez a la mujer, quien le correspondió.

—Pruébaselo, así veréis como queda realmente —le sugirió la vendedora.

Él buscó la mirada de Dryah pidiendo su permiso y le colocó el colgante alrededor del cuello permitiendo que éste cayese hasta unos centímetros más arriba de la uve de sus pechos. La pieza destacaba suavemente sobre la piel clara, realmente le quedaba perfecto.

—Le queda perfecto, señorita —aseguró la mujer y sacó un pequeño espejo de debajo de la mesa—. Mírese.

Ella se giró hacia el espejo y contempló el colgante que lucía sobre su piel quedándose atrapada por la suave luz de sus destellos. Este tenía el mismo brillo de...

—Un alma —susurró en voz alta y alzó la mirada hacia él, en sus ojos reflejaban su misma opinión.

Él asintió.

—Mi alma —le sonrió con calidez, su mirada diciendo todo aquello que las palabras no podían expresar.

La mujer pasó la mirada de uno a otro y sonrió al ver a la enamorada pareja.

—Tenéis la cadena también en dorado.

Dryah sacudió la cabeza.

—No, así es perfecto.

Shayler asintió y se volvió hacia la mujer.

— ¿Acepta tarjeta?

—Por supuesto —asintió la mujer y procedió a cobrarle su compra.

Ella se llevó la mano al colgante y tiró de la manga de la chaqueta de Shayler con la otra.

—Gracias —le dijo antes de tirar de él hacia abajo y depositar un beso en su mejilla.

Él le acarició el rostro con los nudillos.

—Si llego a saber que iba a ver esa sonrisa en tu rostro, hace mucho tiempo que te habría hecho un regalo.

Ella sonrió con timidez y apartó la mirada, soltándole en el proceso.

—Aquí tiene, joven —la mujer le tendió el recibo para que lo firmara y le devolvió la tarjeta y la copia del papel. Entonces los miró a ambos y les sonrió con calidez—. Hacéis una pareja realmente bonita. Os deseo mucha felicidad.

Ella se puso roja como un tomate y balbuceó un gracias, mientras él asentía hacia la mujer y rodeaba la cintura de la chica con el brazo cambiando a Horus de mano.

—Gracias —aceptó Shayler volviéndose con Dryah a su lado.

Dryah se volvió hacia atrás y se despidió de la mujer con la mano.

—Era una mujer agradable —aceptó acariciando su nuevo colgante.

—Y espero que notaras que no he ligado con ella —le dijo él con repentina seriedad.

Aquello hizo reír tanto a Dryah que empezaron a dolerle las costillas.

—Dioses, Shay, eso sería demasiado incluso para ti —aseguró entre risas—. Al final va a ser verdad eso que dicen de los hombres...

Él la contempló, era agradable verla tan animada.

— ¿Y eso qué sería, bonita?

—Cuando darán el próximo partido de la Súper Bowl... lo que quiera que sea eso.

Ahora fue su turno de echarse a reír con ganas.

—Dryah, eso quizás lo piensen los hombres que no tienes a una preciosidad como tú a su lado —aseguró de buen humor—, yo difícilmente puedo pensar en otra cosa que no seas tú... desnuda... y entre las sábanas.

Ella asintió pacientemente.

—Sí, eso es la segunda cosa en la que pensáis todos —aseguró con total convicción arrancando una nueva carcajada de su compañero.

El ascensor parecía no subir con la premura que requería, o quizás fuera su impaciencia la que hacía que el tiempo pasase cada vez más despacio. Desde que había recibido la visita de Tarsis se había notado más nerviosa, su conexión con la Fuente se había limitado a frustrantes sesiones en las que no conseguía ni un único vislumbre, las visiones que tuvo al principio no hacían si no repetirse cada vez que cerraba los ojos y nada cambiaba; el desenlace seguía siendo el mismo. La pequeña hembra iba a ser la destrucción de todos ellos, pero no se trataba sólo de los Guardianes, no podía dejar de ver la expresión de desolación en los ojos de su Juez cuando la sostenía en sus brazos en aquella visión, cuando sostenía su cuerpo inerte. La muchacha que ostentaba el Libre Albedrío estaba destinada a morir en sus brazos y aquello sin duda acabaría con él.

Malditos fueran los dioses y la mismísima Fuente, la pequeña niña rubia sería la ruina para todos ellos y ninguno parecía, o no quería, darse cuenta de ello.

Las puertas se abrieron ante la recepción del despacho, había preferido no venir, de nada iba a servir el que repitiera lo que ya les había comunicado hasta la saciedad pero no podía darles la espalda, eran sus hermanos y les gustara o no, ella era uno de ellos.

—Diablos, se ha desatado un cataclismo, ¿verdad? —la recibió Lyon desde su esquina en la que tenía montada la sala de seguridad de todo el edificio. El gigante era un enamorado no sólo de las armas, sino también de los equipos informáticos—. Déjame adivinar... has tenido una visión en la que tu esmalte favorito de uñas se agotaba.

Bien, quizás no le importara darle la espalda a este hombre en particular. Desde que se conocieron, de eso hacía ya demasiado tiempo como para recordarlo, sus intercambios eran un continuo ir y venir de dardos envenenados. Incluso hubo una época en la que incluso llegó a creer que se sentía atraída por ese neandertal, afortunadamente había llegado Shayler a su vida para hacerle ver lo equivocada que estaba. Sin embargo, ese periodo de felicidad se truncó por completo el mismo día en que siguiendo las órdenes de su Oráculo, había entregado al joven guerrero el cargo de Juez Supremo al que estaba destinado desde su mismo nacimiento.

Haciendo esos pensamientos a un lado, fijó sus fieros ojos verdes sobre aquella masa de músculo y se tomó un instante para mirarlo de arriba abajo.

— ¿Otra vez abusando de los esteroides, Lyonel?

Lyon apretó los dientes ante la mención de su nombre completo.

— ¿Y tú por fin has dejado el alcohol? Sabes lo que produce eso en tus alterados nervios —le dijo antes de darle nuevamente la espalda para centrarse en la pantalla del ordenador.

Uras puso los ojos en blanco y recorrió la sala con la mirada, la puerta de la oficina de Shayler estaba abierta.

— ¿No hay nadie?

Él encogió sus enormes hombros.

—Por suerte para los demás —respondió con ironía—. Si venías a llorarle a John, no está. Se está ocupando de un par de casos ya que Shayler está alargando sus vacaciones y convirtiéndolas en una bonita luna de miel con su nueva adquisición. Es una beldad, por cierto y tengo que admitir que su ingenio es refrescante.

Ella sintió una punzada directa al corazón, pero no dijo nada.

—Deduzco por tus palabras, que sigue con ella.

—Si por ella te refieres a Dryah, sí, yo diría que ni el pegamento extra fuerte les haría justicia —aseguró mientras oprimía algunas teclas en el panel que tenía frente a él—. Y sabes qué, me alegro, el muchacho se merece un poco de felicidad después de sus experiencias con las zorras sin escrúpulos con las que se ha visto envuelto, ya sabes lo que quiero decir.

La mujer hizo lo posible por ignorar su comentario, de hecho, siempre había sido una experta en oír solamente lo que quería oír viniendo del hombre que tenía ante ella, pero hoy ese arte parecía eludirla al igual que muchas otras cosas. El aguijón de sus palabras hizo mella.

—Ella está maldita, Lyon. Y está arrastrando a Shayler en el proceso —murmuró, necesitando hacer un último intento.

—Ur, con sinceridad, no dudo de lo que hayas visto en tu visión, estaría loco si lo hiciera —aceptó el guerrero volviéndose hacia ella en su silla—. Y no dudo tampoco de que antes o después esa profecía que has vaticinado se cumpla. Si tenemos que irnos a la mierda, es algo que haremos antes o después, así que... mientras tanto, si nuestro Juez quiere bailar con el diablo, que se marque un buen tango, al menos estará satisfecho cuando tenga que enfrentarse al Fin de los Tiempos.

Ella sacudió la cabeza, no valía la pena gastar saliva donde no la iban a escuchar.

—No se trata sólo de Shayler, Lyon —concluyó—. Se trata de todos nosotros.

Él se encogió de hombros.

—En lo que a mí concierne, lo que tenga que venir llegará en algún momento Ur, si ha de pillarme sentado comprobando los circuitos de la instalación del edificio o sacando brillo a mis armas eso ya me da igual, después de todo, ¿quién quiere vivir para siempre?

Uras no respondió, se limitó a mirar nuevamente a su alrededor y finalmente al hombre.

—Ninguno os lo estáis tomando en serio y La Fuente sabe que yo no me lo he inventado —rezongó en un bajo murmullo antes de volverse hacia la puerta—. La Profecía se cumplirá, Lyon, no sé el momento exacto ni bajo qué circunstancias, pero lo que he visto, se cumplirá.

Él se levantó para verla marchar.

—En ese caso, esperemos que nos encuentre a todos de pie y en el bando correcto —aseguró al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Sí, esperémoslo.

Con un leve asentimiento de cabeza, Uras dio media vuelta y salió por la puerta, algo le decía que el final se estaba acercando, el donde fuera a encontrarla dicho desenlace, era algo que ni siquiera ella podía prever.

La luz del camión de bomberos que se habían encargado de la extensión del incendio producido en el antiguo edificio de viviendas a primera hora de la mañana, seguía dando vueltas reflejándose en aquel momento en las oscuras paredes manchadas de hollín. Las ventanas de la cuarta planta parecían ser las más afectadas, unas ligeras columnas de humo blanco salían por dos de los ventanales rotos que continuaban siendo regados por las mangueras de los bomberos para enfriar la estructura. Afortunadamente, los desperfectos parecían afectar únicamente a esa parte del edificio. El fuego se había originado probablemente por una sartén dejada al fuego o una olla que se hubiese derramado alcanzando alguna cosa inflamable. Como escuchó decir

a los bomberos y la patrulla de policía que se hicieron cargo del desalojo del edificio, era una suerte que hubiesen saltado las alarmas a tiempo o de lo contrario el episodio podría haber dejado más desperfectos que una cocina destrozada.

Nyxx agudizó la mirada y buscó entre las personas que habían sido desalojadas a la única humana que realmente le interesaba encontrar. Había llegado tan pronto como el viejo sistema de alarmas de incendio del edificio se puso en marcha avisando directamente al parque de bomberos más cercano. En los últimos días se había encontrado a sí mismo recabando información sobre la estructura de aquel destartado edificio, sobre sus posibles sistemas de seguridad, los cuales eran prácticamente inexistentes dado la antigüedad del mismo, y cualquier dato que pudiera ser de interés para él. Todo aquello era una completa locura, pero esa humana que salvó de acabar bajo las ruedas del coche se había convertido en una obsesión, algo en ella le impelía a permanecer cerca, a vigilarla siempre desde las sombras y no podía explicarse el motivo.

Lluvia. Ese era su nombre. Uno poco común. Ella no había aparecido entre la gente que fue desalojada del edificio, estaba claro que no estaba en su piso, algo que él mismo se encargó de comprobar. Era extraño puesto que la mujer no solía pasar la noche fuera ni tampoco salía a una hora tan temprana.

— ¿Dónde diablos estás, Lluvia? —murmuró para sí mientras oteaba el aire el cual sólo traía consigo el aroma de humo.

Entonces, una gastada falda de algodón en tonos rosas y morados atrajo su atención cruzando a un lado del camión de bomberos así como el repentino aroma a té verde que siempre la acompañaba.

—Ahí estás —respiró al verla y dejó escapar el aire que no había notado ni que estaba conteniendo.

En la mirada de ella se barajaba la sorpresa y el desconcierto a medida que se acercaba a la multitud y decía algo a uno de los bomberos que intentaban cortarle el paso, el hombre respondió con un asentimiento y señaló con el dedo hacia arriba. Ella perdió el color y dejó caer al suelo la bolsa de papel marrón que había estado abrazando, su contenido se derramó por el suelo

mezclándose con el agua y la espuma que utilizaron en la extinción del incendio.

Un profundo gruñido escapó desde su garganta, un sonido animal de advertencia cuando vio que el bombero le indicaba el grupo de vecinos y ella se movía lentamente hacia ellos olvidando por completo su carga. Una mujer la interceptó, Nyxx la reconoció como la inquilina del piso contiguo al de la chica y se relajó cuando la vio haciendo una serie de gestos con la mano hacia ella obteniendo su asentimiento.

Permaneció allí, mirándola, hasta que los bomberos les dijeron que era seguro que entraran en sus viviendas. Los daños se habían limitado a la cocina y a los electrodomésticos que había en su interior, ni la estructura del viejo edificio ni los apartamentos adyacentes habían sufrido daños de consideración. Con todo, él no estaba conforme, el edificio era lo suficientemente viejo para caerse por su propio peso, por otro lado, no era como si pudiera hacer algo al respecto. Era un Cazador de Almas y uno maldito no alguien anónimo a quien conocías en la calle y con el que podías entablar una amistad o algo más. Lo mejor que podía hacer era mantenerse alejado de ella, aunque eso empezara a resultar cada vez más difícil.

Suspirando profundamente dio la espalda al edificio y se preparó para el encuentro con su jefe, no dudaba que Seybin tuviese algo importante que decirle si seguía preguntando por él con tanta insistencia.

Dryah se movió inquieta, pegándose cada vez más a él buscando un apoyo en el que aliviar un poco el dolor de sus pies. Si el ascensor no era algo que le gustara demasiado, el que además le dolieran los pies estaba minando con las pocas energías que le quedaban después del extenso recorrido que habían hecho a lo largo del día. No estaba acostumbrada a utilizar ese tipo de calzado, los cómodos aunque altos botines no era adecuados para hacer largas caminatas, a esas horas de la tarde ya le dolían los dedos y parte baja del talón, añoraba poder sentarse, o mejor aún, descalzarse.

—Sólo quedan un par de pisos más, ¿crees poder aguantar en pie hasta entonces? —la pinchó él pensando que su nerviosismo era por estar encerrada en un sitio estrecho y cerrado. Vale, en cierto modo eso también contribuía, pero ahora mismo, lo que captaba toda su atención eran sus pobres pies.

—En pie no lo sé, me duelen los tobillos y los dedos, quiero sentarme —se quejó levantando uno de sus pies en un intento de aliviar un poco el dolor—. Recuérdame que no me ponga tacones altos cuando se me ocurra la feliz idea de caminar y caminar y seguir caminando.

Él bajó la mirada a los pies calzados con unos botines blancos atados al tobillo, los altos tacones le otorgaban unos buenos ocho centímetros de altura a la muchacha. Nunca había entendido por que las mujeres insistían en torturarse andando sobre ese tipo de calzado.

—Quítatelas —le sugirió mirándola ahora a ella—. Si te hacen daño, estarás más cómoda descalza. Te dejaré unos calcetines para que puedas corretear por el piso una vez que estemos arriba.

Dryah arqueó una ceja en respuesta.

— ¿Corretear por el piso? —repitió con una divertida sonrisa—. ¿Te parezco un perrito?

Él devolvió la sonrisa y le acarició la nariz.

— ¿No es eso lo que haces en tu casa? Correteas del sofá a la cocina y de ahí al dormitorio con unos gruesos calcetines.

Hizo una mueca al escuchar la verdad en sus palabras.

—En realidad son unas zapatillas —replicó pensativa—. Tienen unos puntitos por la parte de abajo para que no se deslicen, o eso es lo que ponía la caja.

—Sé lo que son, cielo —sonrió al tiempo que negaba con la cabeza—. Y no, no me pareces en absoluto un perro... un gato, quizás... pero definitivamente no un perro.

Ella vaciló.

— ¿Debo tomarme eso como un cumplido? —sugirió sin estar muy convencida de ello.

Él se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Un suave y breve beso.

—Decididamente, es un cumplido —aseguró y acarició el colgante que llevaba al cuello con las yemas de sus dedos. Dryah se estremeció ante el contacto de su piel y bajó la mirada a sus pies, en un intento de relajarse.

—Me encantan estas botas, son cómodas, pero no tanto como para hacer una larga caminata.

El ascensor dio un imperceptible bote al detenerse en el piso indicado haciendo que ella se olvidase de sus cansados pies y volviese a concentrarse nuevamente en su nerviosismo en el interior de aquellos cubículos. Shayler le rodeó la cintura con el brazo y la hizo salir delante de él cuando las puertas se abrieron dando paso a un amplio recibidor. Una larga alfombra del color de la arena mojada cubría el suelo de madera de un lado a otro del extenso pasillo, un par de plantas que pedían agua a gritos se alzaban a ambos lados de una puerta de doble hoja de madera de castaño con incrustaciones doradas cuya cerradura electrónica se situaba a un lateral de la pared a la altura adecuada para el Juez. El pasillo estaba bien iluminado por unas lámparas adosadas a las paredes y un par de cuadros reproducían unos alegres paisajes dándole un aspecto suave y hogareño y ligeramente informal.

Shayler tecleó rápidamente una clave en la cerradura y las puertas se abrieron.

—Bienvenida a mi humilde morada —le dijo al tiempo que se hacía a un lado y la invitaba a pasar. Horus se adelantó a ambos colándose entre las piernas de los dos hacia el interior del apartamento.

—Creo que alguien tenía prisa por volver a casa —comentó con diversión.

—Echaba de menos su cama —le dijo él y chasqueó la lengua al ver que cambiaba su peso de un pie a otro continuamente—. ¿Te vas a quitar las botas o te las quito yo?

Ella puso los ojos en blanco y se agachó para desabrochar las cintas que cerraban los botines en sus tobillos y tiró de la cremallera. Shayler la contempló mientras se quitaba el otro y una vez descalza cogía ambos zapatos y se arremangaba ligeramente la falda, la cual sin los centímetros extra de los tacones caía por debajo de sus tobillos. Era un gesto absolutamente inocente, pero en su fogosa mente empezaba a encontrarle todo tipo de significados y

oportunidades. Ciertamente, estaba metido en un buen lío.

— ¿Mejor?

Ella suspiro de placentero alivio.

—Muchísimo mejor —murmuró, su voz suave y sensual, envió un estremecimiento por todo él.

Durante todo el día no hizo sino pensar en la noche anterior, en lo fantástica que había sido y en lo mucho que se moría por volver a repetir la experiencia. La deseaba como nunca, se moría de ganas por arrancarle la ropa y explorar su cuerpo, volver a saborear esos turgentes pechos, un buen plan de no ser por el pequeño detalle de que ella requería algo más de preparación, suavidad y más paciencia de la que parecía reunir en aquellos momentos.

Había logrado convencerla para que fueran a cenar a su piso, en vez de volver directamente a su nuevo hogar, esperaba poder relajarse en territorio conocido y qué diablos, allí no le invadían los recuerdos que sabía entrarían en acción en cuanto viera la habitación donde se la había tirado o el baño en el que disfrutaron de una agradable y erótica ducha conjunta. Necesitaba la cabeza fría y que el bulto en sus pantalones dejase de palpitar creándole la más rabiosa de las necesidades.

—Vamos a dentro, podrás sentarte en el sofá y descansar los pies.

Ella asintió y pasó delante de él internándose en el territorio del Juez. Por algún motivo el estar aquí la hacía sentirse casi tan nerviosa como lo había estado esa misma mañana, cada pared, cada mueble de aquel lugar emanaba el mismo poder que su dueño haciéndola sentirse desvalida en comparación, insegura. Nada más traspasar las puertas, se encontró con un amplio salón decorado en tonos verdes y marrones, un enorme sofá en forma de ele de un estilo parecido al que vio en la oficina dominaba una de las paredes, este estaba flanqueado por un par de mesas bajas de cristal y una lámpara de pie en una de las esquinas. En medio otra mesa de madera servía de soporte a varias carpetas, un par de libros y los mandos de la televisión LCD de cuarenta y dos pulgadas que dominaba la pared contraria. Varios muebles en forma de módulos rodeaban el aparato, en ellos había un equipo de música y una gran

cantidad de cds y dvds en un lado y algunos manuscritos antiguos, libros sobre leyes y el código penal vigente, e incluso algún que otro libro de cocina y otros temas cubrían del suelo al techo al otro. Apoyados de forma desordenada había alguna que otra figurilla, fotos de Shayler con su madre o sus compañeros y un par de diplomas, uno de ellos su título de abogado.

Dos enormes ventanales permitían una perfecta vista de los edificios que rodeaban esa zona y del lado este de Central Park, la luz que se habría colado ofreciendo plena claridad empezaba a perderse ahora ante la llegada del ocaso. Un par de cuadros con papiros egipcios decoraban también las paredes.

— ¿Has leído todo eso? —preguntó caminando hacia la pequeña biblioteca. Sus dedos acariciaron los lomos de algunos viejos libros, leyendo títulos de obras antiguas, especializadas o alguno de los más recientes bestsellers.

—Sí, algunos de ellos varias veces —aceptó contemplándola. El tenerla allí, el verla así acariciando sus cosas le parecía un sueño en vez de la afortunada realidad—. Hay otra estantería en el dormitorio y otros cuantos guardados en aquel arcón que ves allí. Me gusta leer.

—Ya lo veo —aceptó volviéndose hacia él con renovado nerviosismo. Las botas fuertemente apretadas contra su estómago—. Es un lugar agradable.

—Es amplio —aceptó mirando a su alrededor para luego mirarla a ella—. ¿Quieres beber algo? Me temo que el té no entra entre mis gustos, pero podríamos conseguir algo decente en la nevera.

Ella se encogió de hombros, podía notar como le hormigueaba la piel y le sudaban las palmas, así como se iba formando un incómodo nudo en el estómago.

— ¿Agua? —sugirió intentando una sonrisa.

Él la miró y dejó escapar un lento suspiro.

—Vamos a hacer una cosa —le dijo quitándole las botas y dejándolas a un lado, para volver a ella y tomarle de ambas manos—. Vas a mirarme a los ojos, a respirar profundamente y luego soltar el aire muy lentamente.

—No sé si... —empezó a temblar.

—Shh, mírame y respira profundamente —le habló con suavidad al notar sus manos apretando cada vez más las de él—. Recuerda lo que hemos hablado esta mañana, no voy a hacer nada que tú no quieras que haga, estaré a tu lado siempre que lo necesites pero si me dices que no, es no.

Ella asintió recordando sus palabras e hizo lo que le pidió, respiró profundamente y soltó el aire muy despacio, pero el nudo seguía creciendo y creciendo.

—Eso es —la acercó muy lentamente a él—. Respira profundamente.

—Shayler... —su nerviosismo iba en aumento—. No... no funciona... no puedo...

Él la fue atrayendo lentamente hacia él, hasta tenerla completamente en sus brazos.

—Estás teniendo una crisis de ansiedad, nena... respira —le susurró al oído, mientras le frotaba suavemente la espalda, sosteniéndola en sus brazos pero sin apretarla, dejándole el espacio que necesitaba—. No pasa nada, estoy aquí contigo y tenemos todo el tiempo del mundo.

Ella cerró los ojos y se concentró en respirar, aspirando el picante aroma masculino y llenando sus pulmones del aire que parecía no poder encontrar, las cálidas manos en su espalda la calmaban haciendo que su corazón bajase el frenético ritmo de sus latidos.

—Respira tranquilamente —le habló con ternura—, todo irá bien.

Ella sacudió la cabeza, temblando entre sus brazos, sintiendo como sus manos empezaban a hormiguar.

—Necesito aire —jadeó empezando a hiperventilar.

—Voy a llevarte a la azotea, ¿ok? —le susurró al oído—. Estarás al aire libre.

Ella asintió, en un abrir y cerrar de ojos pudo notar el suave viento contra su

rostro y su espalda, frío y refrescante, poco a poco empezó a separarse de él, los ojos cerrados respirando profundamente.

—Lo siento —farfulló obligándose a respirar profundamente.

—No es culpa tuya —respondió permaneciendo cerca de ella—. Tú y yo llevamos un ritmo distinto y yo tengo que adaptarme a él, eso es todo.

Ella alzó la mirada y negó con la cabeza.

—No eres tú, Shayler, es solo que... necesito tiempo... adaptarme —aceptó vacilando en sus palabras, pero sonando absolutamente sincera. Sus mejillas adquirieron un saludable tono rojizo—. Tengo miedo de perderme por el camino con todo yendo tan deprisa.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios, besando sus nudillos antes de inclinarse hacia ella, buscando quedar al mismo nivel de su mirada.

—No permitiría que te perdieses nada —le aseguró mirándola directamente a los ojos—. Si necesitas más tiempo, encontraremos ese tiempo, si necesitas ir despacio iremos más despacio, no hay por qué apresurarse.

Ella asintió.

—Lo siento de veras, esto... se me escapa de las manos —resopló—. Me siento arrastrada en varias direcciones y no puedo hacer nada para detenerme o girar. No sé si me estrellaré contra un muro haciéndome pedazos o lo atravesaré como si fuera una cortina de agua.

Dryah se rodeó con los brazos y empezó a examinar el lugar a su alrededor. La azotea había sido convertida en un cómodo y hogareño cenador, todo el perímetro estaba cercado por una tarima de madera y robusto cristal, algunas de ellas cubiertas por enredadera natural, que junto a algunas macetas con arbustos y flores formaban un pequeño jardín en miniatura. Parte del suelo estaba cubierto por láminas de duro parqué imitando el color del césped, ésa era la única parte que permanecía a cubierto por el enorme cenador de seis postes cuyas cortinas albergaban una pequeña mesa de cristal y unas sillas de hierro forjado protegidas por unos mullidos cojines. Bajó los brazos y

acarició con los dedos las cortinas recogidas admirando el bonito rincón que había sido creado en un lugar tan insólito. Volvió la mirada hacia él y le dedicó una triste sonrisa.

—Lo siento, ayer todo fue tan... perfecto y hoy yo... lo estoy estropeando todo —murmuró llevándose las manos a la espalda y balanceándose sobre sus pies desnudos—. No fuiste demasiado afortunado en el reparto de compañeras predestinadas al emparejarte conmigo.

Él sacudió la cabeza y caminó lentamente hacia ella, sus manos cómodamente metidas en los bolsillos.

—Bueno, eras tú... o una inuit y teniendo en cuenta el frío que hace por Alaska, el haberme emparejado con una esquimal, sí habría sido un auténtico coñazo —le respondió en un intento por quitarle importancia a todo aquello—. Así que, el haber terminado con una pequeña muchacha, descalza y en mi azotea no lo considero un mal trueque, es más, creo que he ganado bastante con el cambio.

Ella no pudo si no sonreír ante tal explicación.

—Sí, viéndolo así, sí has ganado con el cambio —aceptó caminando hacia el cenador, donde sus pies estaban a salvo de congelarse por el helado suelo—. Sabes, creo que ahora sí podría querer utilizar esos calcetines que mencionaste.

Él puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, entonces extendió la mano hacia ella y en un abrir y cerrar de ojos sus pies calzaban unas cómodas bailarinas.

— ¿No pudiste hacer esto mismo cuando empecé a quejarme de mis pies? — preguntó señalando dicha parte con los dedos índice de cada mano.

Él se encogió de hombros con inocencia.

—Entonces me habría perdido la diversión de verte cambiar de pie una y otra vez.

—Sabes, podría ser una buena idea que me enseñaras a hacer estas cosas — aceptó con repentino interés—. Podría ahorrarme mucho tiempo.

Él se echó a reír.

—Estoy seguro que podría ahorrarnos mucho tiempo a ambos.

—Hablabas de vestirme, no de desvestirme, Juez —aseguró con un divertido bufido.

Él arqueó una ceja ante su respuesta.

— ¿Volvemos a los viejos hábitos?

Ella puso los ojos en blanco.

—No me dejarías olvidarlo aunque quisiera.

Dryah respiró profundamente y soltó el aire, el hormigueo en sus manos había desaparecido y podía respirar con normalidad sin esa sensación de opresión en el pecho que la sofocaba.

—Este lugar es agradable —murmuró observando las sillas a cada lado de la mesa—. ¿Podemos quedarnos aquí? Aunque sea un rato

Él la acompañó.

— ¿No tienes frío? —sugirió echando un vistazo a su alrededor, el cielo estaba despejado y lo más seguro era que empezase a helar de un momento a otro.

—No, estoy bien —aceptó alzando la mirada más allá de él hacia las estrellas que empezaban a aparecer a medida que el cielo se iba oscureciendo para dar paso a la noche—. La noche es agradable, no hace tanto frío.

Él siguió su mirada y contempló el cielo que iba perdiendo su color anaranjado, permitiendo que la oscuridad ocupara su lugar, la noche había empezado a colarse dejando ver ya algunos puntos de luz en el firmamento, pero la temperatura era todavía agradable.

—Es tu elección —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Como más cómoda te encuentres.

Asintió y alzó nuevamente la mirada al cielo nocturno, estirando una mano como si pudiese acariciar el firmamento.

—Ha habido momentos en los que quise ser una de ellas.

Él siguió su mirada y la dirección extendida de su brazo.

—Una de esas almas errantes que iluminan desde el cielo a aquellos que dejan atrás.

Shayler notó el tono de nostalgia en su voz, pero más allá de eso sus emociones estaban en paz, calmada.

—Eidryen me dijo una vez que cuando los dioses todavía caminaban entre la humanidad y se confundían con ellos, existía la creencia que cada alma que abandonaba este mundo, alcanzaba el cielo y brillaba para iluminar el camino de los que todavía quedaban atrás. Un brillante recordatorio de que no estarían solos en la eternidad.

Él la miró con intensidad.

— ¿Todavía anhelas ese destino?

Ella bajó la mirada y buscó la de él.

—No —respondió con sinceridad—. Ahora quiero estar aquí, así, e intentar hacer de mi vida algo que tenga sentido... con lo cual no sé dónde entras tú, porque si bien te quiero en ella, el sentido en ello, es nulo.

Asintió conforme.

—En eso estamos de acuerdo.

Ella frunció el ceño y sonrió con ironía.

— ¿En qué no tienes sentido alguno?

Shayler esbozó una sincera sonrisa y negó con la cabeza.

—En que me quieras en tu vida —le recordó con sensual calidez—. Porque yo sé que no quiero vivir sin ti en la mía.

Dryah respiró profundamente y sonrió, aquellas palabras significaban mucho más de lo que él pensaba o ella misma comprendía.

— ¿Cenamos? —sugirió sentándose en una de las sillas.

Shayler sacó el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón.

— ¿Qué te apetece? —le preguntó mientras miraba el directorio.

—Pizza —sonrió con picardía.

Él puso los ojos en blanco.

—Me encanta tu romanticismo.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Pues será el mismo que el tuyo ya que fuiste el que me descubrió la comida italiana —le recordó con una amplia sonrisa.

Él sacudió la cabeza y se dispuso a pedir pizza para los dos.

CAPÍTULO 28

La pizza terminó acompañada por una ensalada improvisada en unos minutos por los dos aspirantes a chef de cocina. Dryah había acompañado a Shayler de regreso al piso el cual apenas estaba a dos tramos de escaleras de la azotea, curiosamente, se accedía desde el interior de la vivienda, convirtiéndose en su refugio privado. Mientras él recogía las pizzas y pagaba al repartidor, ella se

encargó de registrar la nevera en busca de bebida y cualquier cosa que le apeteciese. Se había sorprendido al ver la cantidad de recipientes plásticos en los que había sobras de comida, alguna de las cuales parecían formar incluso su propio ecosistema. Antes de darse cuenta, llenaba el cubo de la basura con los desperdicios, dejados los recipientes en el fregadero y rescatado algunas cosas con las que él sugirió hacer una ensalada. La habilidad del Juez para improvisar era realmente única, en pocos minutos habían conseguido meter en un bol ingredientes de los que no estaba muy segura si irían bien juntos, para finalmente aliñar la mezcla y subirla en unas bandejas junto con las pizzas que pidieron.

La cena resultó ser de lo más agradable y divertida, se encontró riendo a menudo con las escenas que le relataba sobre su infancia o sus aventuras con su hermano y compañeros. Toda la tensión que estuvo acumulando empezó a desaparecer ante la comodidad y calidez que encontraba en su compañía y el postre acabó encontrándolos a ambos cómodamente arropados en un amplio balancín a juego con las sillas, con una tarrina de litro de helado de chocolate y dos cucharas.

—...y entonces John apostó que no sería capaz de hacerlo —le contaba él mientras hundía la cuchara en el bol del helado frente a ella.

—A ver... espera, espera —murmuró lamiendo el chocolate de su cuchara, antes de sonreír y asegurar—. ¿De veras lo hiciste?

Él se llevó la cuchara de helado a la boca y asintió.

—Tengo que admitir que no fue algo fácil, pero sí, al mediodía, los calzones del pobre señor Smith con las caricaturas de unos osos, quedó colgado y ondeando del mástil de la bandera de la universidad —respondió alzando la cuchara con orgullo—. Aún hoy se preguntan quién logró tal hazaña.

—Oh, pobre profesor —se rió recostada entre sus brazos, con la tarrina de helado delante de ella.

—Pobres sus alumnos —la corrigió lamiendo su propia cuchara—. Intenta aprenderte todo el Código Penal de memoria en tres días... ese hombre no era un profesor, era un torturador.

— ¿Te lo aprendiste? —preguntó alzando la mirada hacia él.

—Digamos que una parte la memoricé y la otra... hice trampa —respondió al tiempo que hacía girar la cuchara con picardía.

—No quiero saber cómo, de veras —sonrió removiéndose bajo la manta—. Eras terrible.

—Sólo era un universitario más —aseguró él haciéndole sitio para permitirle acomodarse mejor—. ¿Estás incómoda?

Ella sacudió la cabeza.

—No te muevas tanto. —Se acurrucó más contra él—. Eso es, así, perfecto.

Él se echó a reír.

—Me alegra servirte de colchón.

Ella puso los ojos en blanco pero no se movió.

—Tienes tanto de colchón, como yo le almohada —le dijo con diversión—. Nada de lo que hay ahora mismo debajo de mí es precisamente blando.

Shayler se echó a reír con ganas, arrancándole un ligero sonrojo a las mejillas de ella.

—Vaya, gracias, cielo, me alegra saberlo —se rió al tiempo que la abrazaba, ella podía notar como su cuerpo vibraba bajo el de ella.

Dryah echó la cabeza atrás y sonrió a su vez.

—No pongas en mi boca cosas que yo no he dicho, no me refería a esa clase de dureza, sinvergüenza.

Con el movimiento la tarrina de helado empezó a resbalar de su regazo, Dryah le echó las manos inmediatamente sólo para terminar con los dedos hundidos en el chocolate.

—Arggg... ¿Mira que has conseguido? —se quejó al tiempo que se incorporaba para dejar la tarrina a un lado. Sus dedos estaban pringados con el chocolate.

Él se ocupó pronto de solucionar el problema al coger su mano y llevarse los dedos uno por uno a la boca, chupando y lamiendo el chocolate de ellos y provocando un ramalazo de calor que la recorrió entera.

—Ah... —no sabía ni que decir.

Él le dedicó un guiño.

—Desde luego, acabas de dar un mejor uso al chocolate —comentó con voz ronca, sus ojos ligeramente brillantes.

Ella lo miró sorprendida, pero sonrió a pesar de todo.

—Yo...ah... supongo —respondió acariciándose los labios ante la sensación de la lengua que le lamía y succionaba dedos. Todo en ella había despertado ante tal erótica caricia y empezaba a sentirse sobrepasada por las turbulentas emociones en su interior—. Ah... sería mejor que volviésemos a dentro.

Intentó apartar a un lado la manta para ponerse en pie, pero él no le dejó. Le sujetó la mano de modo que tuviese que girarse hacia él para mirarle.

—No hay necesidad de que huyas de mí —le aseguró con voz suave, tierna.

Ella se lamió los labios.

—No estoy huyendo —negó rápidamente, entonces se mordió el labio inferior al notar la absoluta mentira en su voz.

Shayler suspiró y se movió, haciendo que el balancín oscilara ligeramente.

—Y tampoco hay necesidad de que me mientas —continuó y le acarició la nariz con la punta del dedo—. No quería que te sintieras incómoda, sólo estaba bromeando, como hemos estado haciéndolo toda la noche.

Ella cerró la boca y apartó la mirada, no sabía que decir.

—Dryah. —Le tomó la barbilla para alzarle el rostro—. No pasa nada, podemos volver a dentro si eso es lo que quieres. El salón está a nuestra disposición, podemos ver una película, lo que haga que te sientas más cómoda.

Ella suspiró y sacudió la cabeza, su mirada iba de él a la noche despejada, todo su interior vibraba con su cercanía y había estado perfectamente a gusto a su lado hasta que lo estropeó todo con sus revueltas emociones. Parecía una montaña rusa con tantos altibajos. Shayler se mostró amable y tierno y ella lo había estropeado todo.

Él posó su mano sobre la suya con suavidad, captando una vez más su atención.

— ¿Vemos una peli? ¿Um?

Ella encontró su mirada e hizo una mueca.

—Soy única echando las cosas a perder, ¿eh? —musitó sin dejar de sostenerle la mirada.

Él negó con la cabeza.

—No más que yo —le aseguró, le apartó un mechón de pelo de los ojos con una pasada de los dedos—. ¿Vamos a dentro?

Ella respiró profundamente y negó con la cabeza.

—Quedémonos aquí un rato más —pidió y se obligó a volverse sobre el asiento haciendo que se balanceara—. Si es que esto no nos tira antes al suelo.

Shayler sonrió ante la mirada de desconfianza que vio en los ojos de ella cuando el balancín empezó a moverse, él tenía uno de los pies plantado en el suelo, evitando que se desplazaran más de lo debido.

—No te caerás al suelo, relájate —le sugirió extendiendo los brazos por encima del respaldo.

—Si pudiera lo habría hecho hace tiempo, de hecho es lo primero que hay en mi lista —farfulló acomodándose nuevamente cerca de él—. Pero es una

lección que se me resiste.

—Ven aquí —la llamó con un dedo—. Te enseñaré una forma rápida y efectiva de relajarse.

Ella lo miró con desconfianza.

— ¿Qué tienes en mente?

Una traviesa sonrisa cruzó por sus labios.

—No quieres saberlo, cariño.

Ella puso los ojos en blanco ante su respuesta, pero se acercó de todos modos.

—Que sepas que esto va en contra de mi buen sentido común —le dijo mientras se arrastraba hacia él. Casi de rodillas sobre el balancín, permitió que él la guiara hasta su regazo, sentándola sobre él con suavidad y arrojando su espalda con el brazo para que no cayese y pudiera mirarla a la cara—. ¿Y ahora qué?

—Dímelo tú.

Ella frunció el ceño en respuesta.

—Estás tensa, nerviosa y también excitada —aseguró recorriendo el cuerpo femenino con la mirada—. Y un poco asustada.

Ella se enderezó y alzó la barbilla.

—No estoy asustada.

Shayler le acarició el pelo y siguió sus dedos con la mirada.

—Cautelosa, entonces.

Ella no respondió, pero se dejó ir contra el cuerpo de él.

—Vale, puede que un poco asustada.

Su asentimiento llegó seguido de una buena pregunta.

— ¿Por qué? —continuó acariciándole el pelo de manera distraída.

Ella hizo una mueca, tomó aire y soltó todo de carrerilla.

—Porque sé perfectamente lo que quieres y no sé si yo también lo quiero —
murmuró en tono bajo, casi de fastidio.

Él sonrió ante su tono.

—Aja —fue su única respuesta—. Yo también sé lo que quiero y eso eres tú,
sin toda esa ropa en la que te escudas y tendida debajo de mí. O encima. O en
cualquier forma y lugar que se nos ocurra.

Ella soltó un pequeño resoplido.

—Si piensas que voy a relajarme de esa manera, estás fallando
estrepitosamente, Shayler —le aseguró mientras cerraba los ojos y disfrutaba
de la suave caricia de sus manos sobre su pelo.

—Por supuesto.

Sus ojos azules se abrieron de nuevo y cayeron sobre los de él.

—Estoy nerviosa —confesó.

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé. —Fue toda la respuesta que recibió de él. Su mano se deslizó por su
pelo, bajando por su cuello hasta recorrer el hombro y seguir perezosamente
por su brazo.

Ella se relajó y no pudo evitar esbozar una sonrisa ante su placidez y
tranquilidad.

— ¿Hay algo que no sepas hacer? —le preguntó acariciando distraída uno de
los botones de su camisa.

—En realidad sí.

Ella echó la cabeza atrás, contra su hombro y lo miró a los ojos.

—Vaya, una novedad.

Se inclinó hacia ella y le acarició la nariz con el dedo.

—¿Vas a dejar que te bese, te desnude y... lo que surja? —su pregunta fue directa, sin pretensiones y llena de ternura en cada una de sus palabras.

La respuesta surgió al instante, sin necesidad de pensarla.

—Sólo si consigues alejar todo lo demás y te quedas conmigo a cada paso —susurró en respuesta sin dejar de mirarle a los ojos—. Quizás deberías empezar por lograr que deje de temblar.

Él bajó el rostro hasta terminar frente contra frente.

—Alejaré lo que haga falta y no me separaré de ti —le prometió, entonces chasqueó la lengua al añadir de manera sexy y profunda—. Pero no voy a poder complacerte en esa segunda petición, tengo intención de hacerte temblar de deseo hasta que supliques.

Ella sonrió ante la picardía y decisión que escuchó en su voz.

—¿Podemos ir despacio esta vez? —pidió con un repentino estremecimiento de anticipación.

Él le besó la punta de la nariz.

—Podemos intentarlo —aceptó y tiró de su cuerpo hacia abajo, acomodándola sobre el delgado colchón que daba asiento al balancín. Apoyó con firmeza una pierna en el suelo para mantener el columpio estable antes de volver a su boca y besarla con el hambre de ella que llevaba acumulando durante todo el día.

Se tomó su tiempo en saborearla, lamiéndole los labios, mordisqueándolos para finalmente introducir la lengua en su boca encontrándose con la de ella en un baile tan íntimo e intemporal como la misma vida. Los suaves gemidos

escapaban de su garganta como pura música para sus oídos.

— ¿Bien hasta aquí? —sugirió con voz ronca mientras sus manos descendía hacia la chaqueta y el lazo de la blusa separándolas lo suficiente para tener acceso a los tiernos montículos de sus pechos. Los pezones empujaban ya duros y erguidos bajo la tela del sujetador, un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de ella cuando ahuecó sus manos alrededor de aquellas suaves masas y las apretó acariciando con el pulgar los duros botones haciéndolos crecer y estirarse—. ¿Um?

Ella se limitó a responderle con un entrecortado jadeo, sus manos encontraron también el camino sobre su cuerpo, perdiéndose en el interior de su camisa al tiempo que la hacía a un lado para poder acariciarle la piel. Su contacto la dejaba caliente, maleable como si fuese arcilla en sus manos, su duro sexo encontró alojamiento en la uve entre sus muslos, apretándose por encima de su falda en claro deseo de encontrar una cavidad más húmeda y caliente que lo acogiera por entero. El aire frío de la noche dio paso al calor que ya se arrastraba sobre su piel cual serpiente, la necesidad de sentirle contra ella empezaba a resultar una urgencia absolutamente necesaria y para él parecía ser lo mismo, dado su afán de quitarle la ropa.

Ella gimió por sus caricias, sus manos lograron deshacerse de los botones de la camisa y acariciaban ya la cálida piel del hombre maravillándose de su textura, suavidad y del poder que latía bajo aquellos músculos. Sentía que se abrasaba, ardía como si un río de fuego fluyese por sus venas, incendiándola, haciéndola arder como un descontrolado incendio. La necesidad de sentirle contra su piel se hacía insoportable, le quería junto a ella, quería frotarse contra él, que la marcara con su aroma.

—Shay... —gimió, sus palabras extrañas incluso en sus propios oídos—, tengo... calor... mucha... calor...

Él respondió besando su camino desde su garganta en descenso a sus pechos, donde empezó a lamerle la piel, mordisqueándola, besándola, disfrutando del cremoso sabor.

—Te aseguro... que no eres... la única... —ronroneó sin dejar de lamerla entre los pechos. La temperatura había empezado a subir rápidamente,

demasiado rápido y él mismo empezaba a notar cómo le sobraba la ropa. Se incorporó a penas lo justo para sacarse la chaqueta y arrancarse la camisa de dentro de los pantalones, para atacar las cintas de la blusa de ella que se ataban a su espalda tironeando hasta sacárselas y dejar expuesta por completo la visión del encaje violeta del sujetador, sus pezones oscurecidos y empujando contra la tela—. Te necesito desnuda... piel contra piel.

—Dioses... es tan agradable —susurró arqueándose bajo él, buscando ansiosa las caricias de sus manos, el contacto con su cálida piel—. No dejes de tocarme...

Él jadeó ante sus palabras, su propia piel estaba en llamas, la camisa le molestaba, el roce de la tela con la piel se hacía insufrible, necesitaba deshacerse de ello, de cualquier barrera que hubiese entre los dos. Con un rápido movimiento se alzó sobre ella y contempló un cuerpo tan febril como el suyo retorciéndose bajo él, la camisa se deslizó sin dificultad de sus anchos hombros hasta los puños, sacó una mano y tiró del resto de la tela para sacársela por completo y lanzarla después al suelo. La piel suave y blanca de su amante y los ojos azules vidriados de deseo lo atraía como una sirena, no pudo ni quiso mantenerse mucho tiempo más alejado de ella.

Sus labios se encontraron en un hambriento beso, lamiéndole los labios, enlazando su lengua en la de ella, chupándola, bebiéndosela por completo. Sabía que tenía que bajar el ritmo, ir más despacio en su favor pero no podía hacer nada por detenerse, la necesitaba, necesitaba más, lo necesitaba todo.

—Te necesito —le susurró ella en un angustiado jadeo haciéndose eco de sus propios pensamientos. Sus manos aferraron la tela de la falda tirando de ella como si tampoco pudiese soportar la textura de la tela—. Shayler, te necesito ahora.

Él intentó sacudirse aquella neblina de lujuria que lo envolvía, estaba caliente, rabiosamente caliente, su pene llenaba sus pantalones de forma dolorosa, necesitando, ansiando hundirse en ella.

—Se... supone... que íbamos... a ir despacio —gimió resbalando sus manos por las caderas de ella, aferrando la tela de su falda y tirando sin contemplaciones—, ¿recuerdas?

Ella sacudió la cabeza sobre el blando colchón del balancín.

—No... se nos da... bien... eso... de... despacio —gimoteó y se arqueó bajo él. Sus manos habían estado acariciando su pecho y ahora descendían a la cintura del pantalón, rozando tímidamente la tela, pasando sus dedos sobre la dura protuberancia que había allí—. Dioses... por favor, Shay... me quema... no lo aguanto... te necesito...

Como respuesta a su necesidad, una oleada de calor lo consumió, yendo directamente hacia su sexo el cual pulsaba de necesidad, no podía esperar más, la necesitaba con desesperación.

—Mi diosa... Dryah...

Encontró sus manos cuando él se las acarició antes de hacerlas a un lado, para encargarse de sí mismo. El primero botón se soltó seguido de un segundo y tercero hasta que por fin su verga saltó libre y llena, su corona del color de una ciruela madura estaba húmeda ya por una gota del líquido pre seminal que se derramaba por su larga vara.

Apretando los dientes en un esfuerzo por contenerse a sí mismo, enlazó la mano de ella con la de él evitando que lo acariciara, en cualquier otro momento estaría encantado de que lo hiciera, pero ahora, si lo tocaba, acabaría derramándose en su pequeña mano.

Devolviendo sus manos a la seguridad de su pecho, deslizó las suyas hasta su falda, esta estaba prisionera a medias entre ellos, pero no fue un impedimento para que en la febril necesidad que los consumía, terminase enrollada por encima de sus caderas dejando al descubierto unas largas y suaves piernas. Los muslos blancos y apetitosos y el pequeño triángulo de encaje violeta a juego con el sujetador totalmente empapado por los jugos que lloraban de su sexo lo recibieron. Estaba tan excitada que con sólo una caricia se correría, gracias a los dioses por los pequeños favores, la necesitaba ya, no podía esperar más a poseerla, su aroma almizclado lo estaba llevando al límite. Demonios, nunca en su vida había estado tan jodidamente caliente.

Ella empezó a gimotear y lloriquear cuando rozó su henchido sexo con los nudillos, toda ella se estremeció bajo su cuerpo, sacudiéndose en aquel

precario balancín que a duras penas podía mantener lo suficiente estable.

—Dioses —gimió alzado las manos con desesperación, apretándose contra él—. Shay... quema... duele...

Él gimió al sentir lo mismo en su interior.

—No sé qué coño está pasando aquí, Dryah —confesó. Sentía la piel en llamas, todo su cuerpo vibraba y sus manos, era como si estuviesen envueltas en fuego—. Te necesito ahora, pequeñita... no sé si podré ser suave...

Ella dejó escapar un sollozo prácticamente doblándose bajo él, su mano buscando las de él.

—Ven ahora... por favor...

Él enlazó su mano con la de ella por encima de la cabeza mientras la buscaba con la boca, besándola con un hambre desesperada, rogando así mismo que ella estuviese tan hambrienta como lo estaba él mientras se hacía hueco entre sus piernas y rasgaba sin contemplaciones el triángulo de seda que cubría la húmeda entrada.

—Necesito hacerte mía, duro y rápido —jadeó con voz ronca mientras se conducía hacia su húmeda entrada, posicionándose de modo que la cabeza de su pene se hundió lentamente en el empapado pasaje—. Dryah... te necesito.

Ella se arqueó inquieta bajo él, repitiendo sus propias palabras.

—Te necesito.

El calor y la necesidad crecían con cada caricia entre ellos.

—Mía... —siseó tomando su boca en un fiero beso al tiempo que empujaba en ella, penetrándola de una sola embestida, abriéndose paso en su apretada carne—. Ahora y siempre, solamente mía.

—Shayler —jadeó sintiéndolo profundamente alojado dentro de ella, llenándola tan completamente que no sabía dónde empezaba uno y terminaba el otro, sólo existía él junto a ella—. Tuya...

Él ahogó un gemido de placer al oír su voz, bajó la boca sobre la de ella y la reclamó con todo el amor que pudo imprimir en ese simple gesto, una de sus manos se deslizó por su muslo y tomó su pierna por debajo de la rodilla, alzándola, enlazándola a su cadera y abriéndola más a sus profundas embestidas, ahogando los jadeos y gritos de placer que salían de la garganta femenina en su propia boca mientras daba rienda suelta a toda la urgencia y calor que consumía su cuerpo. El aire se perfumaba con el olor del sexo, sus oídos apenas podían registrar el sonido de los ahogados jadeos así como el sonido de la carne golpeando contra carne.

—Dioses... —gimió saliendo de ella sólo para empujar con más fuerza.

Ella se arqueó una vez más, saliendo a su encuentro con cada embestida.

—Oh, señor —gimió apretándose más a él, acompañando sus estocadas.

Sus manos permanecían enlazadas, apretadas fuertemente como si temieran que al soltarse se perdieran el uno al otro, el placer era desbordante conduciéndolos al límite, en todo lo que podían pensar era en dar, en entregarse a aquella orgía de placer. Por primera vez en mucho tiempo se sintieron completos, sus almas cantaban al unísono recitando las palabras que no habían sido pronunciadas desde el inicio de los tiempos. La sabiduría ancestral inundó sus mentes, sus cuerpos y se encontraron recitándolas mentalmente, ardiendo aún más con cada sílaba pronunciada mientras se acercaban un poco más al fin.

Somos uno... somos el mismo

Somos luz y oscuridad... somos el infinito, presente, pasado y futuro

El destino del universo... y la libertad del espíritu

Nuestra es la ley y nuestra la libertad... uno y el mismo.

El principio y el fin, en la vida y en la muerte,

Mientras haya luz o esté la oscuridad, seremos eternos, uno y el mismo

El principio y el final, poder en estado puro,

La Ley del universo, el poder definitivo,

Avatares del Único Poder.

Unidos en la vida, unidos en la muerte

Como Consortes de la Fuente Universal.

Consortes para la Eternidad.

El orgasmo los precipitó hacia el abismo haciéndolos subir al cielo sólo para descender en rápida sucesión. Todo el poder del universo estalló entonces en su interior y a su alrededor, un calor abrasador recorrió el cuerpo de cada uno hasta centrarse en un único punto, calcinando sus manos entrelazadas durante un agonizante instante de dolor y placer al que siguió la completa oscuridad.

Shayler jadeaba en busca de aire, su cuerpo demasiado saciado como para querer moverse, podía oír la respiración jadeante de su amante bajo él unidos en más de una manera.

Cuando creyó poder pronunciar un par de palabras coherentes se incorporó lentamente para ver el rostro sonrojado y agotado de ella, su respiración era casi tan imposible como la suya. Sus temblorosos dedos le acariciaron el rostro, apartándole el pelo de la cara y limpiaron las lágrimas que mojaban sus mejillas con el pulgar antes de besarla muy suavemente.

— ¿Estás bien? —la preocupación goteaba de su voz.

Sus ojos, vidriados por el deseo, se clavaron en él.

—No... lo sé —susurró ella luchando por respirar—. ¿Qué... diablos... fue... todo eso?

Él se lamió los labios.

—El orgasmo más explosivo... que he... tenido jamás —aceptó retirándose lentamente de su interior, haciéndola gemir en el proceso—. Shh, ya... ha sido duro, lo siento bonita. Vas a estar bien.

Ella no pudo evitar dejar escapar un pequeño bufido.

— ¿Bien? —En su voz se oía la risa—. No sé ni si podré volver a caminar después de esto. —Intentó incorporarse solo para volver a dejarse caer con un gemido. Su mano abandonó la de él para cubrirse con ella los ojos—. Dioses... todo me da vueltas.

Él luchó por incorporarse sin que el balancín se moviese y los enviase a ambos al suelo, con un ligero tambaleo consiguió ponerse en pie y empezó a recolocarse los pantalones cuando reparó en el intrincado patrón que cubría su mano derecha y que ascendía por su antebrazo. Aquel no era su tatuaje, sino un diseño totalmente nuevo en un brillante tono negro y dorado.

— ¿Qué demonios? —masculló al contemplar con incredulidad el diseño en su mano. Un angustiado gemido empezó a elevarse desde su más profundo interior al reconocer el patrón, había algo en aquel diseño que estaba mal, muy pero que muy mal. No podía ser que sus problemas fuesen a crecer hasta tales proporciones. No ahora. ¡Era demasiado pronto!

Ella se incorporó lentamente hasta permanecer sentada solo para ahogar al mismo tiempo un nuevo jadeo.

— ¿Shayler? —Su voz sonó tan angustiada que no duró en volverse hacia ella.

El aliento se le quedó atascado en la garganta cuando vio el mismo intrincado diseño con los colores invertidos. Más oro que negro, cubriendo la parte superior de la mano y muñeca de la muchacha, se dibujaba un intrincado patrón. Se vio obligado a parpadear varias veces para comprender que lo que veía era real y no otro de sus ilusorios sueños.

— ¿Shayler? —El filo asustado en la voz de Dryah lo sacó de su estado de shock—. ¿Qué está pasando? ¿Qué significa esto? ¿Por qué...?

La mirada de él fue desde su propio tatuaje al de ella y viceversa, finalmente tragó el nudo que se le estaba formando en la garganta y alzó la mirada hacia ella.

— ¿Qué quieres primero, las buenas o las malas noticias?

Ella lo miró y observó una vez más los tatuajes en ambas manos con mayor recelo.

— ¿De qué estás hablando?

Él respiró profundamente y volvió a su lado, acuclillándose de modo que pudiera mirarla a los ojos y ella a él. Tomó su mano entre las de ella y tras tragarse una maldición al ver y tocar el diseño tatuado en su mano alzó la mirada hacia ella.

—La buena noticia es que... éste ha sido el polvo más extraordinario de toda mi vida —le dijo intentando encontrar algo bueno en todo aquello. Entonces levantó su propia mano, con el nuevo tatuaje y gimió—. Las no tan buenas son que, de alguna retorcida e irremediable manera, la Fuente Universal nos ha unido a ti y a mí como sus Consortes.

Ella sacudió la cabeza, su mirada iba del tatuaje de él al propio, para finalmente volverse de nuevo a mirarle.

—No te entiendo.

Él dejó escapar el aire muy lentamente y sonrió con ternura.

—Cariño —murmuró aferrando su mano—. Estamos casados.

CAPÍTULO 29

—Hay que ver como se ha espesado el aire aquí de repente —comentó Lyon, su mirada vagó de un miembro a otro de la pareja que se habían reunido con ellos hacía algo más de media hora.

Se había encontrado con ellos hacía poco más de una hora, Shayler había entrado por la puerta como alma que lleva el diablo seguido de una bastante encendida Dryah; la discusión entre ambos llegó a sus oídos incluso antes de

que se abriesen las puertas del ascensor. Todo parecía indicar que los tortolitos estuvieron haciendo manitas en el apartamento del Juez, dado que venían del piso de arriba, o algo peor a la luz del motivo de la actual reunión y los nuevos tatuajes que ambos lucían sobre la piel; Por otro lado, las dos de la madrugada no era precisamente una hora para hacer visitas, con lo que, si sumaba dos y dos tendría frente a él el resultado de aquella inesperada reunión.

Desgraciadamente, ni en sus más salvajes fantasías esperó algo como aquello.

El Juez había estado mortalmente serio cuando atravesó las puertas, siseó una seca orden a su compañera y echó un rápido vistazo alrededor de la sala encontrándolos a Jaek y a él mismo; No pidió ni preguntó, se limitó a exigir el paradero de su hermano y concertó una reunión en su oficina. Ninguno se molestó en pedir explicaciones, no era usual ver a Shayler con esa expresión en el rostro ni dando órdenes como un sargento. Algo había pasado y a juzgar por los recientes acontecimientos y la presencia de la pareja allí, las sospechas de Lyon se inclinaban hacia algún nuevo desastre.

Y ese desastre vio la luz pocos minutos después de la llegada de John, cuando el Juez dejó caer las noticias como una bomba nuclear sobre todos ellos. El miembro más joven y poderoso de los Guardianes Universales acababa de contraer matrimonio con la mujer que lo acompañaba, la cual permanecía sumida en un furioso silencio tras la inesperada orden ladrada por el juez, sin que ambos tuviesen voz o voto en tal suceso. Shayler tendría verdadera suerte si conseguía mantener las pelotas en su sitio, el brillo en los ojos del Libre Albedrío era absolutamente letal cada vez que cruzaban las miradas. En la de la muchacha pudo ver una sombra de reproche y quizás, también dolor.

Dioses, la Fuente Universal si sabía cómo sacar lo mejor de cada uno de ellos.

John posó una mano a modo de advertencia sobre su hombro al ver el inesperado brillo en los ojos del Juez. Shayler mantenía un precario control sobre su poder, la situación lo había sobrepasado y a juzgar por la tensión y la mirada fulminante que su nueva esposa le lanzaba de cuando en cuando, ella no lo llevaba mucho mejor. Tal parecía que el reciente enlace no había contado con el consentimiento de ninguno de ellos. El Juez permanecía apoyado contra la pared con los brazos cruzados a la altura del pecho, su

mirada seguía fija con mortal precisión sobre él, mientras que Dryah, sentada en el sofá, miraba de vez en cuando la marca tatuada en su mano y la frotaba como si pudiese borrarla y olvidarse del asunto para siempre. En su caso, el tatuaje cubría la parte superior de la mano con líneas delicadas e intrincadas en tonos dorados y negros, el diseño rodeaba la base del dedo corazón y ascendía hasta la muñeca formando una delgada pulsera de tinta indisoluble. El patrón era el mismo que cubría la mano derecha de Shayler, pero al contrario que el tatuaje original que le cubría la muñeca, ahora este se extendía sobre su mano y una pequeña porción del antebrazo, el color negro predominaba sobre el dorado.

—Mantén la boca cerrada —le sugirió el antiguo Guardián con voz llana.

John no pensó en llegar a ver jamás ese tipo de diseño sobre la piel de ninguno de ellos, sabía que podía darse en almas predestinadas, cosa que obviamente explicaba el repentino e intenso interés de su hermano en la rubita, así como los exóticos sueños que lo estuvieron atormentando a lo largo de los siglos, pero aquello era uno de tantos ritos y leyendas que había aprendido o le habían sido inculcadas en su educación como Guardián, no algo real y tangible. Al menos no hasta ahora.

—Es obvio que la Fuente tiene sus propios planes para vosotros —comentó fijando su mirada en la de su hermano.

—Y menudos planes —aseguró Lyon sin poder contenerse. La mirada que recibió de parte de Shayler lo obligó a morderse la carcajada que amenazaba con abandonar su garganta—. Aunque debió habérselo pensado muy bien para tomar tal decisión.

Un bajo resoplido llegó desde el sofá.

—Nadie tiene derecho a decidir por mí.

Los hombres se volvieron hacia Dryah, quien había murmurado aquella respuesta. Su mirada vagó de unos a otros terminando en el Juez. La mirada de Shayler no podía ser más exasperada.

— ¿Cómo tengo que decirlo para que lo comprendas, Dryah? —le respondió

realmente tenso, las palabras surgían de su boca entre dientes—. Esto no ha sido decisión mía, ni siquiera estaba seguro de que pudiera llevarse a cabo, maldita sea. Alguien más decidió por encima de mí, de nosotros.

— ¡No tenían derecho! —exclamó ella levantándose de golpe—. ¡No pueden enlazar la vida de alguien por el simple hecho de que pueden hacerlo! No pedí ser atada a ti, no pedí nada de esto y en cambio he tenido que aceptarlo porque es mi destino. Maldición, estoy encadenada a ello y no pedí estas cadenas... no lo hice. Tan solo pedí algo de tiempo.

Las lágrimas se deslizaron por las suaves mejillas remarcando sus palabras, él sintió el acuse de recibo como un puñetazo en el estómago. Ella estaba enfadada con él por algo que no había podido prever o evitar. Sabía que estaba confusa, que tenía dudas, pero escuchar en sus labios su rendición ante lo inevitable dolía. Para él, tenerla era la meta que siempre, incluso inadvertidamente, deseó alcanzar, para ella... era solo una piedra más en su destino. Estaba dispuesto a darle tiempo para que se adaptara a aquella nueva situación por la que ambos atravesaban, había tratado de ser paciente, la había amado y la amaba con todo lo que era pero parecía que aquello no era suficiente, cuanto más parecía acercarse a ella, más lejos e imposible parecía el final.

El dolor y la desazón ante todo lo ocurrido lo llevó a hablar sin pensar, dando rienda suelta a su frustración.

— ¿Y crees que yo sí lo pedí? ¿Qué pedí pasarme siglos deseando a una mujer a la que creía un sueño y no realidad? ¿Crees que eso es lo que yo merecía? —le espetó, el tono de su voz era el eco de sus propios sentimientos—. ¿Qué no hubiese dado cualquier cosa por vivir sin todo esto, sin el peso de lo que soy? Mis cadenas son iguales o más pesadas que las tuyas, cariño, sólo que en mi caso, elegí aceptarlas, porque era aceptarte a ti, aceptar lo que soy y aceptar mi destino.

La vio tensarse, supo en el preciso instante en que la hirió con sus palabras, vio como las lágrimas descendían por sus mejillas y caían al suelo junto sus pies y se sintió miserable por ello.

— ¿Qué es lo que quieres realmente, Dryah? —insistió, la desesperación

palpable en su voz—. ¿Qué?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé —confesó en un angustiado susurro—. Es que... todo va demasiado rápido... y yo no... no puedo... no puedo seguirte... no así.

Shayler suspiró profundamente y dejó escapar lentamente el aire. Aquella pequeña hembra estaba acabando con él. En los últimos días había padecido más que en toda su vida a causa de ella, no podían seguir así, o encontraban un punto intermedio y se comprometían ambos o terminarían hechos pedazos.

—Vamos, vamos, dicen que el matrimonio es para toda la vida, pero siempre podéis recurrir a un Divorcio Express —sugirió Lyon intentando suavizar el ambiente con su habitual despreocupación.

No estaba de humor para las salidas de tono de Lyon. Ni siquiera lo evitó, su poder fluctuó haciéndose eco de sus emociones y al instante los tatuajes en sus manos cambiaron para dar paso a las dagas gemelas que simbolizaban su derecho de nacimiento y poder.

Lyon alzó las manos pidiendo calma.

—Wow, tranquilidad, cachorro. Estás más susceptible que un puerco espín e igual de espinoso —silbó el guardián, pero no retrocedió ni un paso.

La tranquila y firme voz de John pareció penetrar en la tensa atmósfera que envolvía la oficina.

—Lyon, deja de provocarle —le advirtió y se giró entonces hacia Shayler—. Y tú repliega ese poder, no le estás haciendo un favor a nadie comportándote como un adolescente.

La mirada del Juez cayó entonces sobre él y lo que vio en ella hizo que apretase la mandíbula. Shayler estaba al borde, en su actual estado podría cometer alguna estupidez de la que se arrepentiría después. Maldiciendo en voz baja se giró hacia la mujer que permanecía en pie ajena a lo que había provocado. Su mirada se clavó en la suya.

“Me da lo mismo lo que desees, pienses o creas que te mereces, pero ahora él te necesita.”

Ella dio un respingo al escuchar su voz, sus palabras habían sonado fuertes y con un obvio tono de disgusto.

“¡Ve a él, maldita sea! Si fuiste elegida como su consorte no fue por un capricho, estás destinada a ser su balanza, como él será la tuya. Ahora, ve a él y tráelo de vuelta. No escuchará a nadie en estos momentos, yo puedo detenerlo, pero no lo haré si hay un método menos peligroso. Ahora, muévete”.

Ella parpadeó y abrió la boca como si quisiera protestar ante su tono de voz, pero la mirada que le dedicó fue suficiente para hacerla desistir. Sin mediar palabra se giró entonces hacia el Juez, quien permanecía en una tensa postura, con las dagas fuertemente sujetas en sus manos. El fuego que ardía en los ojos azules tenía una cadencia de mortalidad y final que la hizo estremecer al mismo tiempo que atraía al Libre Albedrío.

—Shayler.

Le llamó, pero él no dio ni una sola muestra de escucharla. Echando un nuevo vistazo a John, quien asintió, decidió caminar hacia él.

—Shayler, déjalo estar —pidió una vez estuvo a su lado—. Ya hemos causado bastantes problemas, no empeoremos las cosas.

Un bajo gruñido fue el preludio de su respuesta.

—Apártate —masculló solo para sus oídos, la tensión en su cuerpo era tan palpable como su poder. En su interior el Libre Albedrío se revolvía alegre y lujurioso por unirse a su poder, a su otra mitad—. No le haré nada más que un par de agujeros nuevos para pendientes.

Ella resopló y negó con la cabeza, su mano tatuada se posó sobre la de él.

—No le quedarían bien —murmuró en su mismo tono de voz.

Shayler no se midió, permitió que una de sus armas saliese de sus manos impactando limpiamente en el marco de la puerta, a escasos centímetros de la

oreja de Lyon y mantuvo la otra quieta bajo el contacto de la mano femenina. Un movimiento equivocado y rasgaría la suave piel con la hoja curva de la *Kahiya*.

—Buena puntería —murmuró Jaek examinando la daga clavada en la pared, para finalmente fruncir el ceño.

Lyon puso los ojos en blanco ante su temerario Juez y se volvió con intención de arrancar la daga de la pared y entregársela, pero la sorpresa lo paralizó.

—Wow —murmuró sin llegar a tocarla—. ¿Ahora tuneas tus armas?

El Juez entrecerró los ojos sobre la empuñadura que sobresalía de la pared y finalmente se volvió a mirar la que tenía en la mano, todavía bajo el contacto de Dryah. Liberándose suavemente de la mano de ella, echó un buen vistazo a la daga que sostenía. El mismo peso, la misma sensación en sus manos pero el diseño y el color habían cambiado.

— ¡Qué coño! —maldijo acercándola a él para examinarla mejor.

Ella dio un respingo ante su inesperada explosión y siguió su mirada, la cual estaba puesta en el arma, hasta que dio con el motivo del sobresalto del hombre.

—No poseía esos colores —murmuró observando el objeto en la mano masculina.

—La madre que... —exclamó él examinaba detenidamente el arma. En realidad, era algo más ligera, más suave al tacto y la hoja mucho más dura de lo que recordaba, pero igual de manejable. La empuñadura en forma de serpiente se entrelazaba ahora en tonos dorados y negros, los mismos tonos que surcaban la parte superior de la hoja con una copia exacta del nuevo diseño tatuado en su muñeca y antebrazo—. ¿La *Kahiya* también?

—Al ser alterado el patrón de tus tatuajes, es posible que también le han hecho una remodelación a tus dagas —comentó Lyon arrancando el arma del lugar en el que se clavó para entregársela—. La Fuente debe estar de un finísimo humor con vosotros.

Él gruñó al tiempo que la recuperaba de manos de su compañero.

—Al diablo con la Fuente y con todos sus jodidos planes —masculló agarrando el arma por la empuñadura para luego hacerla recuperando así los tatuajes que cubrían sus muñecas y parte de la mano y antebrazo en la derecha —. Lo único que saben hacer es joderme la vida.

Jaek, quien hasta el momento se había mantenido en un prudencial silencio, se levantó de la banqueta junto a su piano.

—Deberías ser un poco más respetuoso con aquellos poderes que pueden darte una buena patada en el culo.

El Juez dejó vagar su mirada sobre el hombre.

—Lo seré cuando demuestren ser igual de respetuosos conmigo y con mi vida —masculló entre dientes. Estaba realmente cabreado y muy irascible.

—Quizás, si hablastes con ellos... —le sugirió ella, atrayendo de nuevo su atención.

Él entrecerró los ojos y se inclinó sobre ella.

— ¿Para decirles qué? —le respondió él bajando el tono, mirándola fijamente —. ¿Que la mujer que me está predestinada, a la que han elegido como mi compañera y consorte tiene tanto miedo de enfrentarse a su destino que no hace más que huir? Eres tú la que no sabe lo que quiere, Dryah, no yo.

Ella se tensó ante su brusca respuesta, el dolor en su voz era tan tangible que casi podía tocarlo y más allá de sentirse dolida por sus palabras, sabía que ellas encerraban la absoluta verdad. Tenía miedo a enfrentarse a su destino, temía el hecho de permitir que él se colase en su alma, como lo había estado haciendo, que se hiciese un hueco en su corazón y viviera allí por siempre, porque si llegaba a pasar algo y lo perdía como había perdido a Eidryen, moriría con él. Había tenido que luchar para aceptar la explosiva reacción que ocurría entre ambos cuando se tocaban, debía lidiar con las emociones que ese hombre provocaba en ella, ni siquiera tuvo tiempo de analizar todo aquello cuando un nuevo revés del destino los unía por medio de un antiguo ritual de

enlace del que no tenía conocimiento. ¡Su mundo giraba a toda velocidad y sin frenos!

Allí estaba la dolorosa verdad, lo que no se atrevía a enfrentar, el amor que empezaba a sentir hacia ese poderoso ser que se alzaba ante ella echándole en cara sólo verdades. Si tan sólo pudiese tener un poco de tiempo para adaptarse a las cosas, para comprender todo aquello, pero el universo estaba decidido a negárselo, o a aplazarlo y la empujaba en un vagón sin frenos que la dirigía inexorablemente hacia el hombre con el que empezaba a conocer el amor, aquel que llegó a su vida como un verdugo y que ahora se rebelaba como parte de su destino.

No podía seguir allí y menos ahora, necesitaba tiempo, espacio o ese hombre la consumiría por entero.

—Perdona por haber pedido un poco de tiempo para poder ver donde pongo los pies —le dijo con voz tranquila—. Es algo que no volveré a hacer.

Le dio la espalda y recorrió con la mirada a los presentes, sus ojos se encontraron un instante con los de John.

—Si vuelves a darme órdenes de esa manera, lo que no te gustará es mi respuesta, Guardián —lo previno. Entonces se giró hacia Jaek y su voz se hizo mucho más cálida, educada—. ¿Podrías acercarme a mi casa, por favor?

El hombre la contempló en silencio unos instantes, sus ojos se clavaron en los de ella como si la sondease, buscando en lo más profundo de su alma. Entonces desvió la mirada hacia Shayler, quien negó con la cabeza y sin dejar de mirarla a ella.

—No vas a ir a ningún sitio, bonita, tú y yo todavía tenemos cosas pendientes por tratar.

Ella negó a su vez.

—Ninguna de la que desee hablar ahora mismo —le dijo con la misma calma que había utilizado con Jaek—. No necesito oír más insultos, por el día de hoy mi cupo está lleno. Prueba la semana que viene.

—Dryah... —Era un simple aviso.

Ella se llevó las manos a las caderas y lo imitó.

—Shayler...

Lyon frunció el ceño ante la reciente actitud del hombre. El Juez había estado nervioso, cabreado incluso, pero en las pocas ocasiones en que vio a la pareja junta, nunca se había dado tal irritabilidad entre ellos. El joven siempre había sido correcto y amable con las mujeres, ya estuviese saliendo con ellas o fuesen sus clientes, había demostrado un perfecto manejo del sexo femenino. Hasta entonces sólo conocía una mujer que lo hubiese llevado al borde, y los motivos no tenían nada que ver con la actual actitud hacia esta pequeña hembra, con Uras su vocabulario era más bien... extenso y no precisamente educado.

—Esa no es forma de hablar a una dama, chico —le recordó con suavidad—. ¿Recuerdas? Damas... perras... Van en sacos diferentes.

Él lo fulminó una vez más con la mirada, si sus ojos matasen ya lo habría asaetado tres veces.

—Métete en tus asuntos, Lyon —rugió fulminando a su compañero. Entonces resopló, dio media vuelta y se acercó al mini bar dónde sacó una cerveza y la vació rápidamente—. Meteos todos en vuestros asuntos.

John miró a Dryah quien permanecía en silencio apretando su mano tatuada contra el estómago, su mirada clavada en los tatuajes de la misma. Su mirada se dirigió entonces a Lyon y gesticuló un irónico “bien hecho, genio” a modo de censura antes de regresar su atención sobre Shayler.

— ¿No es un poco pronto para ahogarte en el alcohol? ¿Lleváis qué... dos horas como matrimonio? —comentó John, suspirando interiormente ante la tarea que tenía por delante.

—Enternecedora escena, ¿verdad? —insistió Lyon, aquel hombre carecía de sentido de auto conservación—. Todavía no sé si debo felicitarle o darle el pésame.

Lyon se volvió entonces hacia Dryah quien había levantado el rostro al oír la voz de John y su propia respuesta y le dedicó un guiño.

—No te ofendas, preciosa, tú serías un premio para cualquiera.

—Lyon, cierra la puta boca —siseó Shayler y se giró a Lyon a modo de advertencia—. No te lo diré otra vez.

El hombre puso los ojos en blanco.

—Eso conllevaría el estar muerto y como no es el caso, seguiré hablando, gracias —le respondió Lyon con tono altanero.

Shayler bajó la botella ya vacía y la dejó encima del mueble con un golpe seco, su mirada se entrecerró sobre el guerrero.

—Eso puede arreglarse y estoy de humor para ello, ciertamente.

El Guardián resopló empezando a perder su buen humor.

—Tranquilízate de una jodida vez, chico —le espetó Lyon empezando a cansarse de la actitud despectiva de su Juez y amigo.

—Tranquilizaos los dos —acotó John avanzando lentamente hasta pararse en medio de ambos, su mirada fue de uno a otro y finalmente hacia la chica, quien se limitó a sostenerle la mirada. Su poder respondía al de Shayler, podía sentirlo ondeando en su interior, extendiéndose hacia él, pero no suponía amenaza alguna, ella tenía dominio absoluto sobre su poder—. Lyon, quédate con Dryah durante un rato, pero no hagas que se suicide contándole tus batallas... los dioses saben que yo he estado a punto.

Jaek dio un paso adelante, quedándose cerca de la chica.

—Me quedaré cerca para evitar que eso suceda —añadió él consciente de la mirada que Shayler dedicó entonces a su hermano.

John asintió en agradecimiento y cruzó la mirada con la del Juez.

—Tú... a la oficina... ya —le ordenó señalando la habitación adyacente con

el dedo—. No es momento para que provoques una jodida guerra interna tu solito.

Shayler sostuvo la mirada de John durante unos instantes, entonces respiró profundamente y tras echar un rápido vistazo a su compañera, se volvió hacia el despacho.

John suspiró resignado y se giró una vez más hacia Dryah cuando su hermano desapareció en la oficina.

— ¿Vas a quedarte con él?

Ella ladeó el rostro, pero sus ojos siempre permanecieron en los de él.

— ¿Tengo otra opción? —contestó levantando la mano tatuada.

John miró el tatuaje y luego a ella.

—Supongo que no —aceptó sonriendo a su pesar—. Aunque lo quisieras, él no te dejaría ir.

Ella asintió.

—Eso pensé —musitó con la misma suavidad.

John la miró durante unos instantes, entonces proyectó su voz como lo había hecho antes.

“Si le quieres... de la forma en que sea, procura no hacerle daño. Ya ha sufrido bastante en su vida, no necesita que le arranquen también el alma.”

Sin más, se volvió y entró en la oficina.

—Nunca le haría daño a propósito —murmuró viendo como la puerta se cerraba tras él.

Jaek intercambió una mirada con Lyon y se acercaron a la chica. Ambos la rodearon y ella nunca fue tan consciente de lo que significaba la palabra sándwich como en ese momento en el que se encontró entre ambos hombres.

Ellos eran como dos sólidas paredes de roca a su lado, el poder manaba de ellos como lo hacía de los otros dos Guardianes y a pesar de todo, se sentía a salvo.

—Ven a sentarte, esto va a ir para rato —le sugirió Jaek extendiendo la mano hacia el sofá en el que había estado sentada momentos antes.

Ella miró una vez más la puerta ahora cerrada de la oficina.

—No van a matarse, ¿verdad?

Lyon posó una mano sobre su delgado hombro.

—Eso depende de lo mucho que cabree Shayler a John —le aseguró con un profundo suspiro.

Ella alzó la mirada.

—Hablo en serio, Lyon —respondió volviéndose hacia él.

El Guardián chasqueó la lengua y sacudió la cabeza al mismo tiempo.

—No conoces en absoluto a Shayler si te has parado siquiera a considerarlo —le aseguró al tiempo que señalaba con un movimiento de cabeza hacia la puerta cerrada—. John es el único capaz de inculcar algo de sentido común en el cabezota de nuestro Juez, lo que has visto aquí sólo ha sido una pataleta masculina y bastantes celos, ¿no?

Jaek asintió a la pregunta de Lyon.

—Él está tan preocupado como tú por esto —continuó Lyon alzando su mano tatuada—, pero más que nada, está preocupado por ti. No ha estado nada bien decirle que podía irse a freír espárragos.

Ella frunció el ceño.

—Yo no he dicho eso —negó mirando a Lyon sin comprender.

Jaek sonrió ante su ingenuidad.

—Lo que Lyon intenta decir, es que Shayler está dolido, pequeña, tus palabras no fueron las más acertadas.

El aludido asintió.

—Sí, prácticamente le has dicho que se jodiera.

Jaek negó con la cabeza.

—Lyon, déjalo. Creo que ya se ha hecho una idea de lo que quieres decir.

Dryah asintió.

—Sí, Lyon, déjalo así —aceptó pegando unas palmaditas en el brazo del hombre. Miró a Jaek quien le sonrió y salió de entre los dos para volver al sofá, dejándose caer sin ánimos, apoyó los codos en las rodillas mientras sujetaba el rostro entre sus palmas—. Me siento como en una montaña rusa, arriba y abajo, arriba y abajo, después un giro y otra vez abajo —farfulló sin saber muy bien por qué se lo decía a esos dos—. Y todo eso empieza a resultar mareante.

Lyon chasqueó la lengua.

—Nena, tú has logrado en él en unos pocos días lo que nosotros no hemos logrado en semanas —aceptó con sinceridad—. No te rindas ahora. Todo irá bien.

Ella se le quedó mirando esperando encontrar la ironía propia en sus palabras, pero todo lo que oyó en ellas fue la verdad. Con un suspiro asintió y volvió la mirada hacia la puerta de la oficina, sabía que no era John quien tenía que arreglar las cosas con Shayler, era ella.

Shayler se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio, se sentía dividido, eufórico y malditamente traicionado, todo ello al mismo tiempo. Ni siquiera había tenido tiempo para analizar fríamente lo ocurrido entre ellos, todo era un ping, pang, pun, un caos detrás de otro. En un momento estaba teniendo el mejor sexo de su vida con la chica perfecta y al instante siguiente la Fuente jodía con ellos y los unía como consortes; Los había casado. ¡Casado! Como

si tuviese pocos problemas con la pequeña rubia como para añadir un repentino matrimonio a la lista. Y Dryah no se había tomado nada bien la noticia, lo cierto es que no podía culparla, para él también era algo difícil de digerir. Aunque en su caso y desde su punto de vista, lo ocurrido sólo consolidaba lo que siempre había sabido, que ella le pertenecía, el hecho de que lo hubiese hecho la Fuente Universal, le daba un significado especial ya que quería decir que aprobaban su unión.

Pero había sentido el rechazo de ella, su indefensión y dolor por que otros eligiesen y decidiesen por ella, temiendo que su vida nunca llegase a ser realmente suya, una sensación que él conocía íntimamente.

—Está claro, que tienes un máster en buscarte problemas, —comentó John sacándolo de sus silenciosas reflexiones—. Cuanto más complicados son, allí estás tú...

Volvió su todavía desafiante mirada hacia su hermano. Sabía lo que John pretendía, había captado perfectamente el instante en que se comunicó con Dryah para que intercediera sabiendo que sólo respondería a ella en aquellos momentos. Tenía que concedérselo, fue un buen movimiento por que se estaba muriendo por clavarle ambos cuchillos a Lyon en las pelotas.

— ¿Quieres la enhorabuena o una patada en el culo para celebrar tus recientes esponsales? Tu novia no parece estar muy contenta con el resultado. Claro que, viendo el humor que tiene hoy el novio, no es que pueda culparla.

Soltó un bufido en respuesta y se levantó incapaz de permanecer sentado y quieto por más tiempo.

—Todo lo que quiero es un momento de tranquilidad, los dioses saben que de eso he estado escaso últimamente —aseguró mientras empezaba a pasearse de un lado a otro—. Quisiera poder llevarme a mi mujer a un lugar tranquilo, donde podamos estar a solas sin nadie ni nada intentando joder el momento y disfrutar de poder tenerla junto a mí. Con eso, me conformo.

John cruzó los brazos sobre el pecho, había cerrado la puerta tras él y se apoyaba en ella mientras observaba a su hermano. Shayler estaba desesperado, literalmente. El hombre que tenía frente a sí volvía a ser aquel

chiquillo inquieto e inseguro que había buscado durante demasiado tiempo, la única verdadera familia que tenía, por cuyas venas corría la misma sangre. Su existencia había sido un tabú durante mucho tiempo, un nuevo maldito movimiento de aquellos que ostentaban el peso del universo. Podía sentir su poder crepitando en el aire, coleando cual serpiente enfadada deseando poder destrozar algo a su paso, lo que fuera con total de poder liberarse de su reciente mal humor.

—Tu mujer —murmuró John haciendo inciso en las palabras de su hermano—. Puede que te la hayas follado, hermanito, pero esa criatura tiene poco interés en considerarse propiedad de alguien.

Dejó de contemplar el paisaje a través de la ventana y se giró lentamente hacia él, sus ojos brillaban con la inestabilidad de un poder que no acababa de ser puesto bajo control.

—Me pertenece a mí —aseguró remarcando cada una de las palabras—. Le guste o no, estamos metidos los dos en el mismo barco y no hay nadie más.

John arqueó una ceja ante su infantil declaración.

— ¿Quieres que te busque un rotulador para que le pongas tu nombre para que los demás niños no jueguen con tus juguetes?

Su reacción fue rápida y explosiva. En un segundo estaba junto a la ventana y al siguiente los cristales de esta reventaban con la intensidad de una explosión de gas, llevándose por delante un par de cuadros, rasgando las persianas y provocando una cascada de cristales que caían hacia la calle.

John se acercó lentamente a la ventana cuyos marcos habían reventado y se asomó para ver como los diminutos fragmentos cayendo en la oscura noche. Los dos cuadros de las paredes habían caído al suelo con la intensidad, uno de ellos estaba roto, mientras el otro se mantenía en una precaria posición.

—Y ahora, a ver cómo le explico esto a los del seguro —murmuró sacudiendo la cabeza mientras miraba los desperfectos.

El Juez no respondió, se limitó a rodar los hombros como si la repentina

rabieta lo hubiese hecho relajarse un poco.

— ¿Tienes idea de lo que va a costar arreglar esto? —le preguntó señalando los desperfectos con el pulgar—. Llevamos 3 ventanas nuevas en menos de un año, los del seguro no van a colar esta vez.

—Les pagamos suficiente como para que lo hagan y puedes aprovechar para decirles que las hagan de abrir hacia los lados y no de bascular —rezongó el chico antes de pegarle una patada a los trozos de ventana del suelo y desplomarse en su sillón tras el escritorio—. Dryah tiene razón —empezó de nuevo al tiempo que dejaba caer la cabeza contra el respaldo de la silla—, lo nuestro va de un desagüe al siguiente, sin frenos y sin dirección, en una interminable cuesta abajo.

— ¿Y? —preguntó John cruzándose de brazos—. No he visto que eso te haya detenido antes. Nos has desoído a todos y has hecho lo que te ha salido de las pelotas, te has opuesto a una profecía que sabes tan bien como yo que antes o después va a cumplirse y que acabará con todos nosotros y todo por conservar la a ella.

Shayler se enderezó dispuesto a contestar a eso, pero él lo detuvo antes de que pudiera decir nada.

—Ni lo intentes —no quería oírle—. Lo quieras o no, esa es la verdad. Has dado la espalda a los tuyos por ella, te has mantenido alejado de tu deber y todo por ella... Ahí tienes una parte de la profecía que te niegas a contemplar. Ella se ha interpuesto entre tú y los Guardianes.

—Ella no se ha interpuesto entre yo y nadie, John. Dryah difícilmente ha hecho algo para mantenerme apartado de aquí, más bien al contrario, a cada momento que tiene me echa de su lado. He oído tantas veces lo de “vete a casa, Juez”, que si alguien me lo dice otra vez, lo apuñalaré —aseguró sin pensárselo demasiado—. Según habéis interpretado esa profecía, lo que habéis sacado en claro de ella es que los Guardianes se dividirán, pero en ningún momento se dijo que fuera su mano la que provocase tal división o que fuesen las acciones de otros los que promovieran que se llegara a esa conclusión.

El antiguo Guardián puso los ojos en blanco.

—Sigues negándote a las visiones del Oráculo, ¿um?

Él resopló con cansancio.

—John, mi destino lo creo yo, no una estúpida profecía —declaró con irritación como cada vez que tocaban el tema—. Quiero a Dryah a mi lado y al diablo todo lo demás.

John puso los ojos en blanco ante el apasionado discurso.

—Bueno, tu cabeza sigue siendo igual de dura a pesar de todo —murmuró con un suspiro de cansancio—, pero tu cerebro parece que todavía funciona. No sé a dónde nos conducirá esto y sólo puedo rogar que no estés equivocado, de lo contrario, creo que nos veremos todos en el infierno.

Shayler empezó a relajarse, su mirada sostuvo durante un buen rato la de su hermano.

—Dryah no es Uras, John.

Los ojos azules gemelos a los de Shayler se alzaron para encontrarse con los suyos.

—Todas las mujeres son iguales a la larga, hermano —le respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Mi interés por que mantengas la cabeza fría y la polla dentro de los pantalones no era por llevarte la contraria. Reconozco que puede resultar ser un deporte estimulante cuando uno está aburrido, pero a la larga cansa. No quiero verte herido de nuevo y menos por una mujer cuando no valen la pena.

John sacudió la cabeza y finalmente se encogió de hombros.

—Mira, Uras vino a mí cuando tú te negaste a escucharla... o mejor dicho, cuando amenazaste con rebanarle la cabeza si volvía a cruzarse en tu camino —le explicó apoyándose en la esquina del escritorio—. Estaba preocupada no sólo por ti, si no por el destino de los Guardianes y no voy a engañarte, hermano, ella es nuestro Oráculo, la portavoz de la Fuente Universal y lo que ve en sus visiones es lo que será. Nos guste o no es un hecho que La Guardia

va a desaparecer de una forma u otra, si tu mujercita tiene algo que ver en ello, eso ya no lo sé y después de los últimos acontecimientos, me inclino pensar en que la Fuente tiene sus propios planes para vosotros dos.

Él suspiró y miró a su hermano.

— ¿Te has puesto en contacto con ellos?

Ahora fue el turno de John de suspirar y ponerse de mal humor.

—No será porque no haberlo intentado —respondió, entonces añadió con voz cargada de ironía—. Parece que no soy suficientemente bueno para una audiencia últimamente.

Se llevó una mano a la frente, tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Esa maldita zorra insiste en que ella será el fin de los Guardianes Universales —murmuró Shayler con desazón.

—Tal y como la conocemos —acotó John—. Sí, lo sé. Parece que Uras ha hablado con todo aquel que ha querido escucharla o que no ha tenido escapatoria.

El Juez se recostó de nuevo contra el respaldo de la silla.

—Debería envenenarse con sus propias visiones —gruñó, el pensar en aquella mujer hacía que le hirviese la sangre—, si llega a acercarse a Dryah otra vez, amenazarla o algo, no le gustará lo que encuentre.

—Cálmate —le sugirió—. Uras no le hará nada y menos ahora que estás vinculado a esa niña por los Esponsales Sagrados. Si la Fuente te ha unido a ella, deber ser que después de todo es lo que necesitas, de lo contrario no lo habría hecho.

Shayler resopló, empezaba a estar realmente cansado.

—Podrías explicarle eso a Dryah —murmuró dejando caer la cabeza contra el respaldo del asiento.

John esbozó una ligera sonrisa.

— ¿Y quitarte la diversión? Jamás te haría eso, hermanito —le respondió con cierta diversión—. Ya has comunicado la buena noticia a Bastet.

Él gimió realmente. Un sonido bajo y lastimero.

—Eso sí que sería el fin del mundo —aseguró con tono lastimero—. Todavía no lo ha aceptado mi esposa... como para ir a contárselo a mi madre. No gracias, me llegan los problemas que tengo.

—Deberías empezar por tu mujer —sugirió John, entonces, esbozó una sonrisa divertida al caer en la cuenta de algo—. Diablos... eso quiere decir que ahora es ella también es mi cuñada, ¿um?

Él puso los ojos en blanco.

—Eso si no me mata antes —aseguró con dramatismo.

John puso los ojos en blanco.

—Deja de quejarte y haz algo —rezongó y por fin dejó escapar un cansado suspiro—. Y que ese algo sea ella, si tienes ojos en la cara y tu empatía no ha colapsado por completo tus emociones, deberías darte cuenta que ella no lo está pasando mucho mejor.

Él suspiró de nuevo, cerró los ojos y contó hasta diez.

—Y no te confíes, algo me dice que esto no ha hecho más que empezar.

Shayler lo miró a través de un ojo abierto.

— ¿La calma que precede a la tormenta?

—Posiblemente. —Se encogió de hombros—. Ya sabes que por aquí, siempre son despiadadas.

Dryah arrancó la mirada de la puerta de la oficina cuando quedó de manifiesto que ésta no iba a reventar en pedazos. La potente sacudida que habían oído

minutos antes en el interior de la privada oficina la hizo saltar del sofá, sin embargo ninguno de los dos hombres que permanecían en la sala principal con ella parecían preocupados en lo más mínimo. Cuando les había preguntado uno puso los ojos en blanco y el otro comentó que era algo cotidiano. El silencio había sido la progresión normal de tal acontecimiento, aunque no estaba muy segura de si aquello era algo bueno o malo, a juzgar por el explosivo carácter que reunían los dos hombres encerrados en la oficina. Podrían estar matándose el uno al otro y nadie se daría cuenta hasta que la sangre empapara la moqueta.

Suspiró. Estaba cansada. Lo único que quería hacer era volver a su hogar, meterse en la cama —sola— y dormir un mes seguido con la esperanza de que cuando volviera a abrir los ojos toda aquella locura en la que se veía envuelta fuese sólo producto de su imaginación. Su mirada fue de Lyon a Jaek, ambos hombres se habían acercado al mueble bar y se sirvieron sendas cervezas de la nevera, Lyon le había ofrecido una la cual declinó en favor de la botella de agua que jugaba entre sus dedos. El tatuaje en su mano no hacía más que atraer su atención, estaba casada, unida irremediablemente a un hombre al que no acababa de entender y todo por una fogosa y pasional sesión de sexo.

Tras hacer esos pensamientos a un lado, quitó el tapón a la botella. El agua bajó fría y refrescante por su garganta, ahogando los problemas durante un breve momento. Apenas tuvo tiempo de dejar la botella sobre la mesilla de cristal del centro cuando oyó un breve e intermitente pitido procedente del otro lado de la sala, Lyon frunció el ceño y atravesó la habitación en un par de largas zancadas al tiempo que soltaba un bajo siseo.

—Joder, cuando se trata de provocar el Apocalipsis, se juntan todos los Jinetes —murmuró el guerrero contemplando la pantalla de uno de sus monitores.

Jaek se levantó y caminó hacia Lyon, Dryah los siguió con la mirada.

— ¿Crees que venga a felicitar a los novios? —le preguntó Lyon mirándolos por encima del hombro.

El joven Guardián negó con la cabeza.

—Dudo incluso que traiga un regalo —contestó Jaek chasqueando la lengua

ante la imagen del monitor.

La mirada de Lyon fue hacia la puerta cerrada de la oficina.

— ¿Les avisamos?

Jaek suspiró y se giró hacia la muchacha encontrándose en sus ojos una clara pregunta.

—Lo siento, pequeña, pero vas a asistir a algunos fuegos artificiales —le respondió caminando directamente hacia la oficina.

Ella entrecerró los ojos, se levantó y se dirigió hacia Lyon pero no llegó a ver más que un borrón de color rojo en la pantalla antes de que él la cambiase.

Estaba a punto de preguntar el motivo de tanto secretismo cuando se abrió la puerta de la oficina y salió John. El hombre seguía de una pieza.

—Tenemos un problema —comunicó Jaek indicando con un gesto de la barbilla hacia el monitor de Lyon

Lyon asintió.

—El Apocalipsis, Johnny —le aseguró desde su silla en la pequeña sala de ordenadores.

John frunció el ceño hasta que oyó un ligero taconeo al fondo, en ese momento dejó escapar todo el aire de sus pulmones en una baja maldición.

—Justo lo que me hacía falta —farfulló dirigiéndose hacia la puerta de la entrada.

Ella le siguió con la mirada hasta que oyó un bajo siseo a pocos pasos por detrás de ella. Shayler había dejado la oficina, su mirada iba más allá de ella, hacia la puerta principal y no era precisamente una mirada amistosa.

— ¿Qué coño hace ella aquí? —exclamó, el borde de desprecio en su voz era fácilmente reconocible.

Dryah se volvió entonces en la misma dirección que el Juez y se encontró a Uras cruzando el umbral de la puerta. La mujer era realmente una belleza, incluso con unos simples jeans y una blusa de color rubí, el largo pelo recogido en una cola de caballo cayendo por su espalda, resultaba llamativa sin rozar lo vulgar y peligrosamente sensual. Sus labios pintados de un intenso rojo se curvaron en un mohín de desagrado cuando reparó en su presencia, recorriéndola de arriba abajo antes de volverse hacia Shayler.

—Parece que no has perdido la costumbre de coquetear con el peligro —dijo la recién llegada mientras le echaba un nuevo vistazo y se giraba después al Juez—. Hubiese pensado que con una vez habría sido suficiente para ti.

Él avanzó lentamente, su paso era despreocupado y casual mientras se acercaba a la mujer, sus labios se curvaron en una irónica sonrisa cuando se detuvo al lado de su recién desposada novia. Su mano se posó en la parte baja de su espalda, pero era su mirada azul e intensa la que estaba fija sobre la recién llegada.

— ¿Qué cosa no te quedó clara la última vez que hablamos? —Su voz sonó dura, fría y con una sequedad que ella que la sorprendió.

Uras chasqueó la lengua y se adelantó, quedándose a escasos pasos de la pareja. Su mirada fue directamente hacia ella.

—Habría esperado que supieras captar una indirecta, Libre Albedrío.

Ella arqueó una delgada ceja rubia y se encogió ligeramente de hombros.

— ¿Eso era una indirecta? A mí me pareció claramente una declaración de territorialidad —respondió y señaló a Shayler con el pulgar—. Y la dirigiste a la persona equivocada. Él es el de los litigios, cualquier queja o reclamación deberías dirigirla a su Señoría.

La mujer apretó los puños y la fulminó con la mirada, parecía dispuesta a arrancarle los ojos y a Dryah aquello no pudo si no causarle pena. Estaba a punto de decírselo cuando sintió el flujo de poder y la tensión manando de la mano que Shayler tenía posada en su espalda.

—Si te importa en algo tu pellejo, no vuelvas a acercarte a ella, Uras —la previno él, su voz claramente bordeada de poder—. Tu influencia sólo causa desastres.

Los ojos de Uras llamearon en respuesta volviéndose ahora hacia él.

—No puede ser que estés tan ciego que no veas lo que se extiende ante tus ojos, lo que ya ha empezado —respondió, sus ojos verdes clavados en los de él—. Porque ya ha empezado Shayler, el que ella esté aquí es la prueba.

El hombre no cedió ni una pizca.

—Ella está en el lugar que le corresponde —declaró con voz fría, letal, únicamente dirigida a la mujer.

Aquello encendió el carácter ya de por sí explosivo de la mujer.

— ¡No es una de nosotros! —clamó—. Abre los ojos de una maldita vez. Lo que había visto se está cumpliendo, Shayler, ya ha empezado a cumplirse... nos estás dando la espalda por ella y acabará destruyéndote como ya ha empezado a destruirnos a nosotros... ¡Es la única que destruirá a los Guardianes!

Ella dio un respingo ante la desesperación que oía en las palabras de la Guardiania. El veneno en su voz y el letal brillo en su mirada cuando la dejó caer sobre ella conectó directamente con el Libre Albedrío, su poder encontró un desafío en sus palabras y no parecía dispuesto a dejarlo pasar. Shayler dejó caer la mano para adelantarse un par de pasos hasta quedar en frente de la mujer, su voz bordeada con una clara amenaza.

—No te acercarás a ella, ni ahora ni nunca —la avisó muy suavemente, remarcando poco a poco sus palabras—. Si te veo cerca de mi mujer, si me entero que le haces daño de la manera en que sea, Uras, vas a conocer de primera mano el regalo que tan amablemente me has hecho.

La Guardiania lo miró realmente dolida, siendo perfectamente consciente de lo que significaban las palabras del Juez.

—Estás absolutamente cegado por ella —lo acusó, su voz bordeada de dolor y desprecio—. Estás defendiendo a alguien como esta...

—Contén tu lengua, cobra venenosa —la interrumpió Lyon parándose al lado de ella—. No estás en posición de insultarla.

Uras se volvió hacia Lyon y frunció los labios, su rostro se tornó en una máscara de desprecio.

—Y aquí está lo que ninguno quisisteis ver —declaró ella, su mirada saltando de uno a otro de los presentes para terminar sobre John—. Te lo advertí... os lo advertí a ambos... ella nos separaría... y aquí está la prueba.

Dryah sacudió la cabeza y se adelantó casi sin darse cuenta.

— ¿Qué prueba es esa, Uras? ¿Cuál es el crimen del que se me acusa? —Su mirada fue de la mujer a los hombres que estaban a su alrededor—. Quiero saber qué es lo que ocurre, empiezo a estar harta de que se me oculten las cosas, si tengo algo que ver en todo este sin sentido, quiero saberlo.

Uras alzó la barbilla y la miró con una mezcla de lástima y desprecio. Dryah puso los ojos en blanco ante ello y se dirigió nuevamente a la mujer.

—Eres el Oráculo de la Fuente Universal —recordó—. Sé que me has visto en tus predicciones...

—Dryah —se adelantó también Shayler.

La muchacha extendió la mano para detenerlo y negó con la cabeza.

—Es mi derecho —insistió ella sin sacar la mirada de la de la mujer—. ¿Qué has visto en tus visiones, Oráculo?

Los ojos verdes de Uras la miraron fijamente durante un breve instante, entonces deslizó su mirada hacia Shayler, sus palabras sin embargo fueron dirigidas a Dryah.

— ¿No te lo ha dicho tu amante, niña? —preguntó mirando a Shayler con intensidad, volcando en él toda la rabia contenida, el dolor y los encontrados

sentimientos que la envolvían—. ¿No te ha dicho que tu destino es acabar con todos nosotros, dividir a los Guardianes Universales, separar a su Juez del camino que debe seguir sólo para terminar muerta en sus brazos?

Ella se tensó ante las palabras vertidas por la mujer, su respiración se hizo más difícil como si le hubiesen oprimido los pulmones.

— ¿Shayler? — Esperaba una confirmación a lo que acababa de decir el Oráculo. Aunque no tenía motivos para dudar de ella, de sus predicciones. Había visto demasiadas señales implicadas para considerar una simple coincidencia sus palabras.

— No creo en profecías, Dryah. — Fue la tajante respuesta de él, su mirada no se separó ni un instante de su hermana de armas, pero ya no había en él compasión o sentimiento alguno que inspirara camaradería. Odio y una profunda pena corrían de la mano en sus iris azules.

— ¿No crees o no quieres creer, Shayler? — murmuró Uras en voz muy baja.

Dryah dio un paso más hasta que ambas estuvieron una frente a la otra. Uras le quitaba a la pequeña rubia unos buenos centímetros, pero allí, frente a frente, parecían dos dignas adversarias.

— Dime lo que has visto — pidió ella, entonces alzó su mano hacia la mujer—, muéstramelo.

La sorpresa cruzó durante un breve instante por el rostro de Uras ante la insólita petición de Dryah, sus ojos bajaron lentamente hacia la mano extendida de la muchacha y volvieron a ascender hacia su rostro.

— Eres más valiente o más estúpida de lo que pensaba, Libre Albedrío — aseguró la Guardiana mirándola con un nuevo y recién descubierto respeto.

— Estoy cansada de que todo el mundo hable en mi nombre, elija en mi nombre, obre en mi nombre — murmuró en voz baja sin apartar sus ojos de los de la mujer—. Llámame estúpida, pero no estoy dispuesta a que también escojan mi muerte.

—Y al fin, estamos totalmente de acuerdo en algo —habló Shayler a su espalda, su mano izquierda posándose en el hombro de ella.

Dryah se volvió ligeramente hacia él, mirándolo por encima del hombro.

— ¿Al fin te has cansado? —respondió con profunda ironía, mientras bajaba la mano—. Te ha llevado tiempo.

Él la miró.

—De muchas cosas sí —aceptó inclinando levemente la cabeza—, de otras, todavía estoy intentando acostumbrarme a ellas.

Sus miradas se encontraron durante un breve instante, entonces él asintió.

—Es tu privilegio —aceptó y miró entonces a Uras con la misma frialdad de antes—. Muéstraselo, Oráculo.

Uras se tensó, su mirada sostuvo un instante la del juez y finalmente asintió con una profunda inclinación.

—Como ordenéis, mi Juez.

Dryah respiró profundamente y volvió a alzar su mano con la palma hacia arriba esperando.

—Eres Libre Albedrío, tu voluntad es libre de elegir —murmuró Uras antes de alzar su propia mano y unirla a la de ella. Su mirada vagó entonces sobre los demás hombres, la decisión palpable en sus rasgos—. Observa ahora, Libre Albedrío...

<<Acompáñala en este viaje, Juez Universal, tú también debes ver para poder juzgar>>.

Shayler se sobresaltó al escuchar la voz de la Fuente Universal surcando su mente un instante antes de encontrarse sumido en un mundo de tinieblas en el que empezaron a pasar una tras otras una serie de imágenes en las que se vio a sí mismo, a su compañera y a los Guardianes Universales tal y como Uras lo había contemplado en su visión. Junto a él, Dryah asistía también en silencio a

aquellas desoladoras escenas, inconscientemente buscó su mano y se aferró a ella mientras vagaban juntos por aquel mar de profecía.

Una voz coreada por varias voces, poder en estado puro, se coló en medio de aquel mar llenando toda conciencia con su presencia, la única voz a la que debía responder el Libre Albedrío, la única voz a la que seguiría la Justicia Universal... La Voz de la Fuente Universal.

<<Lo que una vez estuvo reunido... se separará... la hermandad dará la espalda al hermano... la familia se romperá por la intrusa... el equilibrio que da balance al Universo se quebrará nuevamente... dos que se han hecho uno volverán a ser sólo mitad y donde estuvo una vez el dolor... se abrirá camino la esperanza>>.

Dryah aspiró con fuerza al salir del trance al que los condujo la visión del Oráculo, junto a ella, tomando su mano, Shayler contuvo una maldición. Frente a ellos, la Oráculo de la Fuente y la única mujer en los Guardianes abrió los ojos casi al mismo tiempo y dejó caer la mano que todavía se entrelazaba con la suya.

—Eso ha sido rápido.

La voz de Lyon rompió el silencio trayendo a los tres a la realidad nuevamente. Dryah le miró, pero en realidad todavía estaba viendo las imágenes que la visión de Uras les había mostrado, su cuerpo empezó a temblar, algo de lo que no se dio cuenta hasta que Shayler la atrajo contra él y la apretó suavemente entre sus brazos.

—Yo... yo voy... yo he... dioses, Shayler —susurró incapaz de quitarse aquellas imágenes de la mente.

Uras dio un paso hacia ellos, su mirada más calmada, casi podría decirse que triste y compasiva sobre ella.

— ¿Lo entiendes ahora? Tu sola existencia, ha empezado nuestra destrucción.

— ¡No! —respondió Shayler con una fuerte y potente negativa.

Uras lo miró, el dolor reflejándose en su rostro.

—Shayler, no puedes darle la espalda a la realidad —le aseguró con desesperación—. Sabes perfectamente que las visiones no pueden evitarse, quisiste intentarlo y mira qué sucedió.

Él sacudió la cabeza.

—No, Uras —negó aferrando a la mujer que temblaba entre sus brazos—. He contemplado tu visión, pero no la acepto, llámalo Profecía si así te place, pero nada ni nadie va a dirigir nuestro destino... no lo permitiré, no otra vez.

Ella bajó la mirada hacia la muchacha y sacudió la cabeza con pesar.

—Vas a condenarnos a todos por una mujer cualquiera.

Él negó con la cabeza y alzó su mano tatuada para que ella la viese.

—No es cualquiera, Uras. Es mi consorte.

La Guardiania no respondió, no podía aunque quisiera hacerlo, su mirada quedó fija en la mano de Shayler sólo para bajarla después a la de Dryah, la cual permanecía extendida sobre el pecho masculino y contempló el patrón que designaba no sólo sus esponsales, si no que los investía a ambos como Consortes de La Fuente.

Uras empezó a sacudir la cabeza, incapaz de creer lo que veían sus propios ojos.

—No... no puedes —se negó a aceptar lo que sus ojos le mostraban—. Mis dioses...

—Yo seré quien elija mi destino, Uras, no una estúpida visión.

Ella sacudió la cabeza, respiró profundamente y clavó sus ojos en los del Juez.

—No Shayler —negó, sus labios se estiraron en una irónica sonrisa—. Lo que has hecho es unir tu destino al de ella.

Dryah se obligó a respirar profundamente y calmarse mientras la arropaban los brazos de su consorte. Su corazón latía de manera acelerada, incapaz de disminuir el ritmo, los rescoldos de la visión navegaban todavía en su mente y más allá de ello, la voz que había puesto palabras a la profecía.

—Puede que atada a ese destino —murmuró ella al cobijo de sus brazos—, pero seré yo quien elija el camino que me lleve allí, la forma en que llegaré y a quienes tendré a mi lado.

—Nadie puede huir de su destino —les recordó Uras con sequedad—. Pregúntaselo a Shayler si no me crees.

Ella alzó la mirada hacia Uras y entrecerró los ojos ante el vivo recordatorio de lo que entrañaban esas palabras.

—No fue Shayler quien eligió ese destino, Uras, no fue Shayler el que lo condujo y grabó esas marcas en sus muñecas... —aseguró y dejó que el calor y protección de los brazos masculinos para encararse con la mujer—. Puede que haya un punto fijado en nuestras vidas, un Destino si así quieres llamarlo, pero la manera de llegar a él, el camino a seguir lo elegimos con nuestras decisiones. Soy Libre Albedrío, Uras y como tal... mi destino sólo lo elegiré yo, nadie me encadenará a él.

—Y con eso creo que ha quedado perfectamente clarito que a los dos tortolitos le traen sin cuidado lo que hayas visto —añadió Lyon en voz alta. El hombre eligió ese momento para acercarse a Uras y pasando por detrás de ella, le mostró la puerta—. Así que... buen viaje, palomita y cuidado con el aterrizaje, caerse de morros duele.

Uras fulminó a Lyon con la mirada, entonces se volvió hacia los demás los cuales se limitaron a permanecer en silencio, observándola pero sin decir una sola palabra en su favor o beneficio. Shayler cruzó la mirada con ella una última vez y en sus ojos había una clara advertencia.

—No tienes idea de lo que has iniciado, Juez —murmuró enderezándose, antes de volverse hacia la puerta.

—No, Uras, eres tú la que no tiene idea de cómo terminará —aseguró

apretando los dientes—. Ella me da la paz que no he encontrado en toda mi vacía existencia, llena la mitad de mi alma que había estado vacía. Es mi luz, el único camino que quiero seguir y haré lo que sea para que siga siendo así.

La mujer pasó su mirada de él hacia la chica que permanecía en silencio.

—Sólo espero que no te arrepientas cuando la veas morir en tus brazos, Shayler.

—Lárgate —fue la cortante respuesta del hombre—. Sal de mi vista u olvidaré que todavía eres mi hermana.

—Shayler —lo advirtió John, tratando de llamar a la calma.

— ¡Fuera! —bramó sin dar lugar a ninguna réplica.

La mujer echó un último vistazo a la sala, a la gente allí reunida y sonrió tristemente antes de dar media vuelta y salir por la puerta dejando tras de sí el último fragmento de su alma y su vida.

Dryah dejó escapar un profundo suspiro, su mirada cayó en Lyon quien le señaló a su compañero con un gesto de la barbilla. Al parecer, todo el mundo parecía estar seguro de que su lugar era aquel y no otro.

— ¿Desde cuándo lo sabíais?

Shayler se volvió entonces hacia ella pero no respondió. Su mirada vagó hacia John.

—Desde el principio. —John tomó el relevo y le respondió—. Poco después de que se convocase el *Antiquerum*.

Ella se volvió a él, quien asintió lentamente.

—John me lo dijo —asintió—. Uras lo hizo después, cuando se hizo evidente que la profecía que ella había vaticinado me traía sin cuidado. Pensó que si me lo decía ella misma, la cosa cambiaría.

—Y no fue así, tú... —Lyon vaciló ante el apelativo a utilizar—. ¿Cómo se

supone que tengo que llamarlo ahora? ¿Marido, novio, amante, hijo puta con el que te acuestas?

Shayler puso los ojos en blanco y Dryah sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir, es que si mañana se acaba el mundo, que demonios, marquémonos un buen tango y bailemos con el diablo —aseguró con un leve encogimiento de hombros—. Al menos moriremos satisfechos.

—No sé si me gusta esa analogía —dijo ella sacudiendo la cabeza.

Jaek asintió.

—Todo lo que ha pasado hasta este momento, ha ocurrido por algo —le dijo mirándola a ella y luego a Shayler—. Lo que tenga que venir, lo enfrentaremos como siempre lo hemos hecho, cuando llame a nuestras puertas.

Ella suspiró y caminó hacia el sofá dejándose caer de golpe.

—Todo esto me supera —aseguró apoyando la cabeza contra el respaldo, con la mirada clavada en el techo—. Y no pienso dar un paso más, los dioses saben que me esperará una vez salga por esa puerta.

—Una cama y un más que merecido descanso —contestó Shayler yendo hacia ella. Sus movimientos eran cuidadosos, casi tímidos cuando se acercó al sofá y se acuclilló a su lado—. Te llevaré a casa y te dejaré para que descanses tranquila.

Ella lo miró a los ojos, parte de su anterior rabia había desaparecido sustituida por un tenue brillo de arrepentimiento y desesperación. El hombre que estaba ante ella, no sabía cómo enfrentarse a la situación que tenía entre manos, tenía miedo de acercársele y eso la sorprendió más que ninguna otra cosa.

—Lo siento, Dryah —murmuró y buscó lentamente su mano, acariciándola con suavidad—. Todo esto también me supera, pero debí ser más responsable y consciente de mí mismo y no pagarlo contigo. Te llevaré a casa si eso es lo que quieres, los dioses saben que mereces tener tiempo para ti misma después

de todo lo que ha pasado.

Ella le sostuvo la mirada durante unos instantes, entonces sus labios se curvaron en un cansado mohín.

—Empiezo a sentirme un poco bipolar —murmuró contemplando su mano sobre la de ella, sus tatuajes haciendo juego—. Ya no sé si quiero pegarte una patada o ignorarte, no sé si quiero seguir enfadada contigo cuando es obvio que esto no ha sido culpa tuya, o pedirte que te alejes y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Su mirada fue entonces de Shayler a los demás.

— ¿Os dais cuenta de lo que significa mi presencia aquí? ¿De lo que significa para vosotros? —murmuró ella buscando la mirada de los otros hombres—. Nada bueno va a salir de esto, lo sé.

Lyon se encogió de hombros.

—Lo único que veo es al muchacho hincado de rodillas y suplicando, algo que no he contemplado en toda mi vida. Solo por eso, ya me caes bien —aseguró frotándose la nuca como si estuviese incómodo en aquella situación—. Por otro lado, creo que hablo en nombre de todos al decir que somos conscientes de lo que se nos viene encima, todo esto debe conducir a algún sitio, simplemente habrá que estar atentos para ver la meta.

Ella buscó la confirmación de sus palabras en las miradas de los otros dos miembros, los cuales se limitaron a asentir.

—Entonces es que estáis todavía más locos que vuestro Juez —suspiró ella moviendo la mirada hacia Shayler quien simplemente se encogió de hombros.

—Eso es indiscutible, linda —aseguró Lyon de buen humor.

Ella sacudió la cabeza.

— ¿Crees que podríamos tener aunque sólo fuera un bendito día de tranquilidad? —le preguntó a su compañero—. Con unas cuantas horas me conformo, lo justo para que mi cabeza deje de dar vueltas a una velocidad

alarmante y pueda enterrarla bajo las sábanas durante un ratito.

—Podemos intentarlo —aceptó él con la misma suavidad con la que ella había hecho la pregunta.

Suspiró cansada y no se lo pensó dos veces, necesitaba su contacto, la paz que aunque pareciera imposible a la luz de los recientes acontecimientos, encontraba al estar cerca de él. Estiró sus brazos hacia él y dejó que su menudo cuerpo se deslizara contra el más grande y duro, acurrucándose en sus brazos.

—No quise lastimarte con lo que dije antes —le susurró ocultando el rostro en el hueco de su cuello, mientras se pegaba a él—, siento haberte hecho daño.

Shayler la apretó suavemente contra él y se incorporó, llevándola con él.

—Te entiendo, pequeña —le susurró en respuesta—. Y estaré justo aquí para ayudarte.

Ella asintió separándose ligeramente de él.

—Vámonos a casa —pidió apoyando la cabeza en su hombro.

Él asintió y se volvió hacia sus compañeros quienes miraban disimuladamente hacia otro lado, sólo John cruzó entonces su mirada.

—Iros y tratad de descansar —le sugirió mirándolos a los dos. Entonces caminó directamente hacia ellos, pero sus palabras así como su mirada se posó sobre Dryah—. Cuida de él.

Shayler esbozó una sonrisa irónica.

—Más bien debería ser al revés.

John arqueó una ceja en respuesta.

—Todavía hay un agujero en tu oficina allí donde tendría que haber una ventana, créeme, ella es mi mejor opción en estos momentos —le aseguró con total convencimiento.

— ¿Te has cargado otra vez la ventana de la oficina? —preguntó Jaek con ironía.

—No me hicieron caso cuando les dije que quería una ventana que se abriera, no que basculara —respondió Shayler a modo de disculpa.

Ella puso los ojos en blanco y asintió hacia John.

—Me encargaré de que no redecore nada más —aceptó con una ligera inclinación de cabeza.

John asintió y los miró por última vez a Shayler.

—Cuida tu espalda, hermanito —le dijo apretando el hombro de Shayler.

Shayler asintió.

—Tú también, John, tú también —respondió tomando su mano de manera fraternal, para finalmente volverse hacia los otros dos hombres—. Y vosotros también.

Los hombres se limitaron a asentir con la cabeza y se despidieron de ambos cuando la pareja dejó las oficinas del despacho. Jaek que había permanecido ligeramente callado se volvió hacia John.

—El diablo saldrá de su escondrijo, lo sabes, ¿verdad?

John asintió y miró a sus dos compañeros.

—Lo estaremos esperando.

Seybin contemplaba con mirada ausente el hipnótico baile de las llamas del hogar, unas llamas que ardían sin leña, carbón o algún combustible que no fuera su propio deseo, aquella sala de paredes gruesas y frías era el único lugar en el que se permitía realmente relajarse y aislarse de su papel en aquel mundo oscuro y solitario. Su mente no dejaba de girar alrededor del estallido de poder y posterior consolidación que había sentido hacía escasas horas, aquellos dos entes jugaban a un juego muy peligroso pero no podía negar que el inesperado movimiento que habían realizado le supuso una buena media

hora de carcajadas. Imaginaba que Eidryen también se estaría riendo allí donde quiera que estuviese, después de todo, sus planes estaban saliendo tal y como lo había previsto.

El movimiento de la Fuente Universal había sido cuando menos radical, pero tenía que pensar que sabían perfectamente lo que hacían. Cualquier dios nacido de sus entrañas conocería esa huella de poder en cualquier momento y como uno de ellos, a Seybin no se le escapó el inteligente juego de estrategias que habían estado llevando a cabo con el Libre Albedrío y el Juez Supremo, sin duda con la intención de conducirles al movimiento definitivo que pondría fin a todo este embrollo.

La carta que el Juez le hizo llegar unos días atrás permanecía sobre su escritorio, Nyxx la había leído por encima nada más traspasar la puerta hacía escasamente una hora pero las noticias no le habían sorprendido, el propio Cazador le confirmó que había recibido la resolución del juicio por la propia Dryah poco después de que se llevase a cabo, lo que todavía ignoraba el hombre era el reciente vínculo que se había forjado entre ellos dos, una noticia que Seybin pensaba guardarse de momento.

Nyxx permanecía sentado en una de las sillas frente al escritorio sumido en sus propios pensamientos, no dudaba que principalmente en esa pequeña humana que había conocido recientemente. Seybin no estaba seguro del papel que esa muchacha vendría a representar en el tapiz del universo, pero había una huella impresa en su alma que reconocía y que la perfilaba como algo más... y por algún motivo que todavía no podía precisar, era algo que influiría tanto en sus dominios, como en la vida de su Cazador.

—Entonces... son almas predestinadas.

Se encontró con la mirada de Nyxx y asintió lentamente. En realidad, aquello ya eran viejas noticias en relación al último movimiento creado por la Fuente.

—Eidryen lo supo desde el momento en que Elora la creó —aseguró mirando nuevamente el fuego, recordando aquel momento de estupidez llevado a cabo por los celos y la inexperiencia de una joven diosa—. La imprudencia y los celos de Elora los condenaron a ambos y puso en movimiento el destino de más de una persona. Ellos estaban destinados a estar juntos desde el principio

de los tiempos, son la balanza que equilibra el universo, una absoluta putada.

—No entiendo esa fijación de los dioses por manejar las vidas de otros como si fuéramos simples marionetas —escupió el Cazador, sus manos cerrándose en puños.

Seybin arqueó una de sus oscuras cejas en respuesta.

—Gracias por lo que me toca —dijo con ironía—. Todos rendimos cuentas a alguien al final del día, Nyxx, ni siquiera los dioses estamos exentos de ello.

El Cazador lo miró y se encogió de hombros.

—Como acabas de decir, una absoluta putada —aceptó echándose hacia delante, apoyando los codos en sus muslos—. Dryah debe estar rabiosa de felicidad a la luz de los últimos acontecimientos, ¿uh?

Seybin puso los ojos en blanco.

—No te haces una idea —aseguró el dios pensando en el último movimiento de la Fuente.

Nyxx lo miró arqueando una ceja a modo de respuesta, pero él obvió el tema y cruzó los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba en una esquina de la chimenea.

— ¿Sabemos algo nuevo de esa rata almizclera de Tarsis? —preguntó entonces. Aquella rata parecía haberse metido en su ratonera desde el incidente.

Seybin sacudió la cabeza.

—Ha estado muy silencioso desde su inoportuna intervención, si es que realmente ha sido él el que provocó al Libre Albedrío —respondió con una mueca—. No dudo de Dryah, sé que es capaz de reconocer a esa rata, pero todo aquello fue demasiado extraño.

Dejó su asiento y rodeó el escritorio hasta detenerse junto al Cazador.

—Por las noticias que recibí del Consejo, parece que el Juez ha sido más contundente y claro con respecto a la opinión que le merece esa sabandija y su posible actuación —continuó al tiempo que echaba atrás la butaca de piel para poder sentarse—. Su misiva con el veredicto del *Antiquerum* iba junto con una dedicatoria particular.

Nyxx sacudió la cabeza.

—Lo que a mí me preocupa es la motivación que hay detrás de sus actos —aseguró con un resoplido—. Algo me dice que no ha acabado, Seybin y lo que se avecina va a joder con todos.

Él asintió, esperaba estar equivocado en relación a las sospechas que giraban en su mente. Si lo que planeaba esa rata coincidía con lo que él pensaba, las cosas iban a ponerse realmente feas y sólo los dioses sabían cómo acabarían entonces ellos y todo el universo.

—Esperemos que no tengamos que enfrentarnos al fin de los tiempos para descubrirlo —aceptó recostándose contra el respaldo de la silla, cruzando las manos detrás de la nuca—. ¿Quién es ella, Nyxx?

El aludido alzó sus ojos verdes para encontrarse con la curiosidad reflejándose en la mirada del Señor de las Almas. Una irónica sonrisa cubrió sus labios.

—Empezaba a preguntarme cuando lo soltarías.

Seybin dejó escapar un bufido y bajó las manos, enfatizando sus palabras.

—Permites que las almas te pateen el culo, desapareces durante varios días y no te reportas, y las pocas veces que lo has hecho has sido muy esquivo —enumeró—. Sólo podía ser una mujer...

—O hacienda.

Puso los ojos en blanco.

—No me hables de esos burócratas, dentro de poco pedirán que declare lo que hago aquí abajo.

Nyxx se rió entre dientes.

—Sin duda sería digno de contemplar —aseguró con diversión.

Él hizo una mueca.

—No, no lo sería —aseguró golpeando su escritorio con un rítmico movimiento de dedos—. Y ese nuevo descubrimiento tuyo... ¿Tiene nombre?

Nyxx puso los ojos en blanco y dejó su asiento.

—Me voy —le dijo directamente, sin rodeos—. Si ocurre algo, algo así como el Fin de los Tiempos, saca entradas de primera fila y llámame. Mientras tanto, tengo cosas que hacer.

Seybin permitió que sus labios se curvaran en una divertida sonrisa.

—Tómame unos días libres, lobo y ve a correr —le sugirió por encima del hombro—. Tus pulgas necesitan movimiento.

Nyxx alzó su dedo corazón en un claro signo obsceno hacia su jefe y Seybin sólo se rió.

Dryah contempló nuevamente el apartamento de Shayler cuando salieron del ascensor y suspiró de cansancio. Todo lo que quería era meterse en la cama y olvidar que había ocurrido todo aquello, cerrar los ojos y dormir durante varios días seguidos para ver si al despertar las cosas empezaban a asentarse en su sitio. Él había sugerido devolverla a su apartamento pero se negó, no creía estar en condiciones de hacer ningún viaje por breve que fuera y su vivienda era tan buena como cualquier otra; después de todo, sólo necesitaba un colchón en el que poder tumbarse, cerrar los ojos y dormir. Permitted que la condujera directamente al dormitorio, el reciente enfrentamiento con Uras la había afectado más de lo que creyó posible, la Oráculo de la Fuente le había mostrado la visión, se vio a si misma allí, a cada paso, confirmando cada una de las palabras dichas por la mujer, pero no podía aceptarlo, de hacerlo estaría firmando su propia sentencia de muerte y ya había pasado por demasiado como para rendirse ahora.

Shayler encendió las luces del espacioso dormitorio, una enorme cama dominaba gran parte de la pared, un par de sillas, un armario y un cajonero junto con un par de cuadros y una pequeña televisión anclada en la pared formaba toda la decoración, sin duda algo espartano y masculino acorde con el propietario. En la pared del fondo, se abría otra puerta.

—Esa puerta da al cuarto de baño, hay toallas limpias en el mueble blanco junto al lavabo —le decía mientras habría uno de los cajones del mueble y sacaba una amplia camiseta azul oscura y se la tendía a ella—. Dormirás más cómoda, puedes dejar la ropa encima de una de las sillas.

Ella asintió y tomó la camiseta en sus manos, ésta era suave y olía como él, a hombre y exotismo.

— ¿Crees que habrá algún momento en el que mi vida no se vea amenazada o deje de convertirse en una amenaza para los demás? —murmuró acariciando la tela, fijándose en el logo de la camiseta.

Él le acarició el brazo, intentando transmitirle su confianza.

—No permitas que las palabras de Uras te afecten.

Alzó la mirada hacia él.

—Supiste de esa visión desde el principio, todos lo sabíais —le recordó con tono de reproche—. Te pregunté por ello y te negaste a responderme, y ahora dices que no permita que las palabras de Uras me afecten. Es un poco difícil cuando yo misma he visto lo mismo que ella, al igual que tú.

Él la miró y se grabó en la memoria cada plano de su rostro, cada recoveco. Toda ella.

— ¿Qué bien habría hecho que te dijese lo que ella había visto? —le dijo con un suspiro—. Sólo mira lo que nos ha hecho, nada de ello tiene por qué suceder, somos capaces de encontrar el camino para evitarlo nosotros mismos.

—Ya no sé qué hacer, Shayler. —Alzó las manos y las dejó caer—. De verdad que ya no lo sé.

—Cree en ti misma —le dijo con pausada precisión— y en lo que te dice tu instinto. Eres el Libre Albedrío, ni la más oscura de las profecías podrá cambiar eso, tú más que nadie, eres la única que puede cambiar el destino, tu destino.

—Creer en mí misma —repitió aceptando la verdad que encerraban sus palabras—. A veces es más fácil decirlo que hacerlo.

Aquello no podía discutirse.

—Lo harás, lo sé.

Ella dejó escapar un cansado suspiro y echó un nuevo vistazo a la habitación y luego a él.

—Creo que debería irme a la cama.

Él asintió, le acarició el rostro y la besó en la frente antes de retirarse.

—Intenta descansar —le deseó alejándose de ella—. Si me necesitas, estaré en la sala.

Se quedó mirando cómo se giraba dispuesto a dejarla a solas en la habitación. Aquello tendría que haberla agradado, debería haber estado contenta de que le permitiera tener un poco de privacidad después de todo lo ocurrido, pero el verlo alejarse la hizo sentir frío, un frío interior que se filtraba en sus huesos y le recordaba demasiado a la soledad que había experimentado durante tanto tiempo y que sólo cuando él entró en su vida fue desvaneciéndose poco a poco. Qué una ironía, el mismo hombre que había traído tal consecuencia de locuras en su vida era el mismo que evitaba que se hundiese en la desesperación y soledad que la rodeaba. Quizás las cosas estuviesen yendo demasiado rápido, quizás otros hubiesen tomado decisiones por ellos, pero si de algo estaba segura en aquellos momentos era de que lo necesitaba a su lado.

Las palabras surgieron de sus labios antes de que pudiera evitarlo.

—Te necesito. —Aquello lo detuvo cuando estaba a punto de alcanzar la

puerta.

Shayler se volvió y se la quedó mirando. Ella apretó con fuerza la camiseta que le había dado y encontró su mirada.

—Por favor, quédate conmigo —pidió suavemente al tiempo que extendía una temblorosa mano—. Por favor.

— ¿Estás segura? —le preguntó queriendo que fuese completamente consciente de lo que le estaba pidiendo.

Asintió y caminó hacia él.

—Ya no te diré que vayas despacio —le aseguró con un ligero sonrojo.

Shayler sacudió la cabeza y sonrió a pesar suyo.

—Como si nosotros supiéramos que es eso —le aseguró volviendo a su lado, su mano acariciándole la mejilla.

Ella sonrió en respuesta y encontró su mano, enlazándose con la suya antes de entregarse por completo a sus besos.

Y por una vez, sí fueron despacio.

Uras se materializó ante la discreta casa de planta baja situada a pie de playa, la blanca arena se extendía a lo largo de una amplia franja comprendida entre los dos salientes de los acantilados que la bordeaban. Las olas lamían suavemente la orilla, a la vez que se estrellaban con fuerza contra los escarpados bordes más allá. Un interesante contraste el de aquella calma contra el verdadero poder que la habitaba. El dios siempre había sentido una especial inclinación hacia la privacidad y no se tomaba muy bien el que alguien que no estuviese invitado, merodease por sus inmediaciones.

Respiró profundamente, sus altos tacones se hundían sin piedad enterrándose profundamente en la arena con cada paso que daba, así que no le quedó otro remedio que sacarse los zapatos y llevarlos en las manos. Con cada paso que daba se cuestionaba lo que estaba a punto de hacer, lo que aquello supondría, todo su interior gritaba en protesta pero ella hacía oídos sordos, no podía

asistir impotente a la destrucción que se avecinaba, al final de todo lo que conocía y amaba, si había una remota posibilidad de hacer algo para cambiarlo, debía hacerlo, aunque eso significase su condena.

Su mente volvió unas horas atrás, la furia y el rencor que había visto en los ojos del Juez había quedado grabados a fuego en su mente, sus palabras se le clavaron con mortal certeza en su alma haciéndola comprender que él estaba dispuesto a sacrificar todo aquello que eran, así mismo si hacía falta, por la mujer rubia que protegió en su presencia. Los intrincados diseños tatuados en las manos de ambos fue un doloroso dardo para ella. Si bien era consciente de la insalvable separación que provocó lo ocurrido entre ella y Shayler en el pasado, todavía conservaba la esperanza... el sueño de que quizás, con el tiempo, él llegase a comprenderla... Que estúpida había sido.

Había fallado a Shayler cuando debió estar a su lado, había conseguido que su don abriese un profundo abismo entre ambos que jamás se había cerrado, no podía dejar que ese mismo don fuera el que acabase ahora con la única familia que había conocido, haría lo que fuese necesario para cambiar esa profecía aunque tuviese que aliarse con el mismísimo diablo para ello.

Tomando una profunda bocanada de aquel salado aire, se obligó a seguir adelante.

—No puedo creer que tan espléndida sirena se haya atrevido a arribar a mi costa —la recibió una voz masculina materializándose frente a ella.

Uras se tensó, su pelo leonado volando sobre el hombro. Tarsis estaba frente a ella, la ropa blanca que envolvía su cuerpo resaltaba su bronceado y contrastaba con el oscuro pelo negro que se mecía con el viento. El hombre ante ella era profundamente sensual y atractivo e igualmente letal, uno de tantos dioses e inmortales con los que se vio obligada a tratar en algún momento de su extensa vida. Pero en este hombre había algo más, algo oscuro e indescifrable en el fondo de su mirada.

— ¿A qué debo el honor y el placer de una visita tan... espléndida?— respondió calibrándola con la mirada—. ¿Qué podría ser lo que llevase a un Guardián Universal a tocar a mi puerta?

Ella se estremeció involuntariamente ante el sensual tono en su voz. En su interior, todo gritaba por que diese la vuelta y se alejara, pero su voluntad era demasiado fuerte para ignorarla; Había tomado una decisión y aceptaría las consecuencias.

—Lo mismo que te ha llevado a ti a robar uno de los más poderos objetos hechos alguna vez por los dioses —le dijo, su mirada verde clavándose en la de él—. Algo que nunca debería haber abandonado el lugar en el que se encontraba.

Tarsis sonrió con petulancia, su mirada se deslizó suavemente sobre el voluptuoso cuerpo femenino.

—Y eso debería suscitar mi atención por... —insistió sin dejar de mirarla.

Uras alzó la barbilla y tomó una profunda respiración haciendo a un lado de una vez por todos los gritos de poder en su interior.

—Porque soy la única oportunidad que tienes para llegar a ella.

CAPÍTULO 30

Shayler se quedó mirando a la mujer tendida en la cama mientras abrochaba la camisa con desgana, tumbada boca abajo, con la sábana enredada entre sus piernas, quedaba expuesta la cremosa piel de su espalda, así como el nacimiento de las prietas nalgas que lo provocaban como sólo ese cuerpo femenino sabía hacerlo. Dryah dormía apaciblemente, agotada y satisfecha como una tierna gatita, había resultado ser bastante curiosa en el tema del sexo y absolutamente entregada, algo que agradecía después de toda la tensión que había acumulado durante los últimos días y que se evaporó con cada ronda de cama. El tenerla finalmente con él, el poder disfrutar de ella como había hecho los dos últimos días era un regalo del cielo, un paréntesis de tranquilidad que ambos buscaban con tanto ahínco. Habían podido dejar atrás la tensión, ella pudo enfrentarse a la realidad de su situación aceptándola como algo inevitable, apoyándose en él a cada paso del camino, disfrutando de su mutua compañía dentro y fuera de la cama.

Se acuclilló a un costado de la cama viéndola dormir, unas hebras doradas cubrían su mejilla ocultando el hermoso rostro, él las retiró con los dedos haciendo que encogiera la nariz.

—Sigue durmiendo. —Sonrió y depositó un beso en su mejilla—. Todavía es temprano.

Ella frotó la nariz contra el colchón antes de volverse a medias hacia él, entornando los ojos.

— ¿A dónde vas? —preguntó, su voz somnolienta, mientras se llevaba los puños a la cara y se restregaba los ojos. El movimiento no hizo más que alejar la sábana dejando a la vista sus apetecibles pechos. Sus pezones se erguían orgullosos hacia él, llamándole a reunirse con ella nuevamente en la cama.

Tuvo que obligarse a mirarla a la cara, pese a que sus pechos eran con mucho más atrayentes en aquel momento.

—Quédate en la cama —le susurró descendiendo sobre ella, capturando sus labios en un breve beso—. Mantén el lugar caliente, me reuniré contigo tan

pronto termine con esto.

Ella se despabiló un poco, sacudió la cabeza y se peinó el cabello con los dedos, antes de tomar la sábana de la cama y cubrirse con ella. Las ventanas de la enorme habitación seguían cerradas, ni un solo rayo de luz se filtraba a través de las ventanas.

— ¿Qué ha ocurrido ahora? —murmuró con un resignado suspiro—. ¿No puede esperar unas cuantas horas? Los dioses saben que tú has dormido tanto como yo, lo que equivale a nada.

Él se rió y volvió a besarla.

—Es John —acotó entre beso y beso—. Me necesita abajo. Tiene que ser algo importante o no pediría mi presencia con tanta urgencia sabiendo que estamos los dos aquí. Ahora, sé buena y quédate en la cama, tal y como estás ahora... y haré hasta lo indecible para librarme de ellos y volver a ti.

Ella volvió a recostarse bostezando.

—Parece que los problemas no llegan a terminarse nunca —suspiró—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Es ella?

Le acarició la nariz con el dedo.

— ¿Son celos eso que oigo?

—Si conociese el concepto de los celos, podría contestarte a ello —murmuró bostezando nuevamente.

Sacudió la cabeza y se inclinó nuevamente a besarla.

—Cierra los ojos y duerme —pidió sobre sus labios—. Volveré antes de que despiertes.

—Más te vale —ronroneó encogiéndose sobre el cálido colchón, el sueño reclamándola.

—Dulces sueños, bonita.

Con un último beso sobre su pequeña nariz, la observó mientras volvía a dormirse. John lo había llamado apenas unos momentos antes, su voz firme, seria y sus palabras escasas, una simple frase que lo decía todo:

—La Fuente ha proscrito a uno de los nuestros.

Aquella declaración cayó como un jarro de agua fría sobre su cabeza. En todo el tiempo que llevaba ejerciendo su mandato, ésta era la primera vez que la Fuente exigía que se diese caza a uno de sus hermanos, la sola idea era aterradora. Le había preguntado a John el nombre, pero él se había limitado a gruñir y decirle que bajara inmediatamente. Él la miró y suspiró, por mucho que la amara seguía teniendo un deber para con los suyos, no podía darles la espalda ahora, no cuando la vida de uno de los suyos estaba en juego y empezaba a tener una ligera sospecha de quien. La pregunta que realmente rondaba ahora su mente era, ¿por qué?

Destelló del apartamento hasta la oficina, traspasó el umbral de la puerta y saludó a Lyon con una inclinación de la cabeza mientras buscaba a John. Jaek estaba como siempre junto al piano y la puerta de su oficina permanecía abierta. El agujero en su ventana seguía allí, lo cual quería decir que aún no se habían presentado los albañiles.

—Imagino que ya te has enterado de las noticias —comentó Lyon, su voz era baja, seria, libre del amistoso tono que siempre lo rodeaba.

Echando un rápido vistazo con la mirada a los dos asintió.

—Sí —aceptó—. Al menos en parte... me falta el dato más importante.

Lyon asintió y se levantó de su asiento.

—A nosotros también —aceptó el guerrero.

—Ya estás aquí —oyó la voz de John procedente de su espalda. Shayler se volvió para verlo entrar por la puerta, su hermano no se había afeitado y el pelo le caía revuelto sobre los ojos. Conociendo la pulcritud del hombre, aquello era ya de por sí preocupante—. Ya era hora de que abandonaras la cama.

Él esbozó una ligera mueca y arqueó una de sus cejas.

— ¿Estabas pensando en quemarla hasta los cimientos, hermanito? —sugirió con ironía—. Te ruego que empieces a buscar otra diana de tiros, mi cama, esté en el lugar que esté... ahora tiene dueña.

John puso los ojos en blanco.

—Intuyo que habéis hecho las paces.

— ¿Ahora se le llama así? —preguntó Jaek con ironía mientras dejaba su lugar junto al piano para reunirse con ellos.

—Me sigue gustando más lo de follar como conejos —le aseguró Lyon y entonces miró a John—. Vamos a seguir con rodeos o nos lo dices ya.

—Preferiría que lo dijese ya —aseguró él, su mirada fue de unos a los otros —, aunque viéndonos aquí reunidos, mis sospechas se confirman.

Los cuatro se miraron entre ellos durante un silencioso momento.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Jaek contemplando a ambos hombres.

—Eso es lo que me gustaría averiguar —aseguró él mirando a su hermano—. ¿Y bien?

John le miró a los ojos, su expresión era insondable.

—La Fuente ha roto el contrato con uno de nosotros.

Él asintió y se preparó a sí mismo para la confirmación.

— ¿Por qué? ¿Qué ha hecho ahora? —No había que ser un genio para sumar dos y dos.

John sacudió la cabeza, parecía realmente cansado mientras estaba allí de pie, su hermano nunca se había visto así de desesperado.

—Se supone que somos tu última línea de defensa y ahora... alguien ha

cometido traición.

Estaba empezando a exasperarse.

—Solo di su nombre en voz alta, sabes que no haré nada sin una declaración, e incluso así, me reservo el derecho de mover un solo dedo por que a esos dos les haya dado el síndrome premenstrual —sentenció, sus ojos clavados directamente en John.

El hombre le sostuvo la mirada, sabía que él tenía razón, pero dejar surgir aquellas palabras era condenar a muerte a uno de los suyos. Al destierro.

—La única mujer que pude realmente llegar a hacerte algún daño, Shay —respondió por fin al tiempo que dejaba salir el aire bruscamente antes de añadir—. Uras.

Shayler apretó los dientes y respiró profundamente para calmar el estallido que sintió en su interior que lo dejó absolutamente inerte a cualquier emoción. Allí estaba, la confirmación que no deseaba escuchar, puede que no quisiese ver a esa mujer nunca más, pero seguía siendo su hermana de armas, familia en cierto modo, por lo que su traición, fuese cual fuese, lo hacía todo más difícil.

—La Fuente ha decretado que se la dé Caza.

Él sacudió la cabeza, se hacía realmente difícil de creer aquello.

—Esto es absurdo, ¿qué diablos ha podido hacer esa imbécil que fuese tan grave para la Fuente?

Lyon chasqueó la lengua.

—Te creía un poco más inteligente, chico. Pero entiendo que todavía eres demasiado joven en cuestión de mujeres.

Arqueó una ceja ante tal disparatada declaración.

—Esa mujer es peligrosa, lo ha sido siempre —le recordó Jaek—, si una hembra celosa ya es imprevisible, unido a una guerrera como ella... es mortal.

Él negó con la cabeza una vez más.

—Todos sabemos cuál es el castigo por ir contra los decretos de la Fuente Universal, ni siquiera ella se atrevería a tanto —insistió, deseaba poder creer en sus propias palabras.

John negó una vez más con la cabeza.

—Yo mismo fui convocado para escuchar sus palabras —respondió John encontrando su mirada con la de él—, estuve frente a ellos, Shayler. Es Uras.

El Juez se tensó. Si el que se ordenara la Caza para alguno de los suyos era del todo inusual, el recibir la visita en persona de la Fuente Universal, era algo que cualquiera de ellos podían contar con los dedos de una mano. ¿Qué diablos había hecho ahora esa zorra psicótica que causara esa orden?

— ¿Cuál es exactamente el cargo que se le imputa?

John guardó en silencio por unos momentos. La Fuente lo había convocado sin previo aviso, el estar frente a aquellas dos figuras encapuchadas que formaban ya era de por sí algo de lo que no disfrutaba, si a ello se le añadía la frialdad y falta de piedad que habían mostrado frente a su petición de anular tal aberración, se convertía en un infierno que no desearía a nadie.

Su orden fue clara e irrevocable.

—No me han dado, o mejor dicho, no han querido darme una respuesta exacta —sentenció John—. Pero sea lo que sea, ha tenido que tener una importante implicación para nosotros, Shay. Han decretado la muerte como Guardián y el Destierro.

El Destierro para aquellos de su clase consistía en perder todo aquello para lo que habían nacido, eran despojados de sus poderes, su rango, dejaban de ser la primera línea de defensa para convertirse en parias. Su vida, su inmortalidad, sus recuerdos, todo les era arrebatado. Aquel era un destino que Shayler no le deseaba a esa mujer.

—Eso no tiene sentido, John —negó, de alguna manera quería creer que

todavía había una oportunidad para ella—. Nada de lo que haya podido hacer merece tal castigo. Vamos, todos sabemos cómo es. No le gusta seguir órdenes, es explosiva y tiende a hacerlo todo a su manera, pero... ¿Cometer traición? ¿Hacia sus hermanos de armas? ¿Después de cómo ha insistido y luchado contra esa maldita profecía?

Lyon puso los ojos en blanco y miró a John.

— ¿Puedo pegarle ya?

El hombre se limitó a negar con la cabeza.

—Shayler, una mujer celosa puede cometer los errores más grandes —le intervino Jaek—. Deberías tenerlo en cuenta ahora que tienes una atada a ti.

—Dudo que esa pequeña sepa siquiera el significado de eso —murmuró John.

Shayler hizo caso omiso a la respuesta de John.

— ¿Por qué no han venido directamente a mí?

—Después del precipitado enlace, imagino que quisieron darte tiempo para la Luna de Miel —aseguró Lyon batiendo las pestañas. Esta vez fue Jaek el que le dio en la nuca, seguido por él mismo.

—Sin duda, debido a tu implicación en los hechos —continuó John—. De algún modo esto parece conducir a un único lugar...

Los hombres se miraron los unos a los otros, quedándose en repentino silencio, tratando de digerir las implicaciones de todo aquello.

—Lo que ella vio de los Guardianes se está cumpliendo... —murmuró Jaek poniendo en palabras lo que todos pensaban, pero ninguno se atrevía a decir—. La división... ha comenzado.

Uras sintió el momento exacto en que Shayler abandonó a la mujer. Su amante. Su consorte por designio de la Fuente. La única que había sabido llegar al endurecido y receloso corazón masculino derritiéndolo y colándose en su interior; sólo por eso, la envidiaba. Envidiaba la calidez y ternura con la que

la miraba, la furia con la que la protegía. Era algo que deseó ver durante mucho tiempo en sus ojos con respecto a ella, había estado enamorada de él desde que era apenas una adolescente, aquellos que fueron elegidos incluso antes de alcanzar la pubertad por la Fuente para formar parte de los Guardianes Universales habían permanecido juntos, crecieron como una familia y se apoyaron como tal. Ella más que nadie había deseado ese contacto, el calor de la cercanía de sus hermanos y ahora estaba a punto de cometer un acto que podría al hombre de rodillas. Si conocía bien al Juez, y lo hacía, el arrebatarse a esa mujer, el que algo le pasase a ella... sería condenarlo a un infierno en vida y ella estaba a punto de precipitar tal final.

—Increíble que todavía pueda desvanecerse después de tal sesión amorosa —masculló su acompañante, dedicándole una mirada inquisitiva—. Sería una pena encontrar a la zorrilla muerta por excesos sexuales. Aunque... a mí no me importaría.

Uras apretó los dientes antes de fulminar con la mirada a la inmortal. Aquella zorra de pelo negro era la compañera de Tarsis, toda su hermosura estaba bien compensada por el veneno y la maldad que manaba de cada uno de sus poros.

Sus ojos bajaron a los brazaletes que les había entregado el dios. Él no le había facilitado demasiada información acerca de su cometido, se limitó a sonreír con satisfacción y enigma cuando le hizo tal pregunta. Ella sabía exactamente el poder que contenían aquellos brazaletes, sabía a ciencia cierta que en las manos equivocadas era un peligroso arma de contención, pero había algo más que se le escapaba, un oscuro y ardiente poder que emanaba de ellos, tan antiguo como la misma Fuente e igual de peligroso.

— ¿Cuál es exactamente su función? —le preguntó a su acompañante.

La mujer esbozó una adorable sonrisa que en otra circunstancia la haría aún más hermosa.

—Pensé que lo sabías, querida, hacer el trabajo más fácil —le aseguró alzando los brazaletes a la altura de sus ojos—. Estas preciosidades encadenarán al mayor poder del universo dejándola tan mansa como un gatito al que le han extirpado las uñas. Volverá a la cárcel de la que nunca debió abandonar.

Se estremeció interiormente, ¿lograría aquello parar la profecía que había visto en sus visiones? ¿Sería suficiente con encerrar su poder y volver a sumirla en un profundo sueño? La joven hembra era el Libre Albedrío, ¿y si aquello afectaba al balance del universo? No era como si el poder desapareciera, pero...

“Ella me da la paz que no he encontrado en toda mi vacía existencia, llena la mitad vacía de mi alma. Es mi luz, el único camino que quiero seguir y haré lo que sea para que siga siendo así”.

Las palabras que Shayler le había gritado seguían clavadas profundamente en su alma, pero no era tanto el significado de estas, como el tono helado que oyó en su voz lo que la hirió. Él había sido sincero en cada una de sus palabras, sus amenazas en cualquier otro momento baldías contenían la absoluta verdad, aquella rubia muchacha se había convertido en su mundo, en su obsesión, en el motivo de que incluso peleara con sus propios hermanos de armas. ¿Es que no podía ver lo equivocado que estaba? ¿Qué todo lo que sentía, lo que había hecho, había sido por él? Uras sacudió la cabeza, ella mejor que nadie debió saber que ni todas las palabras del mundo harían nada por evitar el desprecio en los ojos del Juez. Su historia era demasiado oscura, después de todo como la Oráculo del Universo, había tenido el conocimiento para designar al Juez, y debería cargar con ese estigma hasta la última de sus consecuencias.

—El Libre Albedrío no es algo que se pueda contener —murmuró ella—. Si juegas con el diablo, desatarás el infierno.

—Sólo si no tienes al diablo por aliado —se rió Terra y volvió la mirada hacia el edificio—. Es hora de que te decidas, querida... el tiempo ha empezado a correr.

Dicho esto, la mujer desapareció.

—El diablo no tiene amigos —susurró ella antes de desvanecerse a su vez.

La habitación permanecía en penumbra apenas iluminada por las dos lámparas de noche que derramaban su luz sobre el cuerpo desnudo que dormitaba entre las revueltas sábanas. Tumbada boca abajo, con ambos brazos alrededor de la almohada y la sábana cayendo de la curva de sus nalgas, era la visión de la

inocencia y satisfacción femenina después del sexo. Uras se acercó con sigilo y la contempló en silencio durante unos breves instantes, su rostro estaba vuelto de lado y sus rosados labios se curvaban en una satisfecha a la par que inocente sonrisa. La mujer sintió una punzada de celos, algo en su interior se rompió nuevamente y tuvo que clavarse sus propias uñas en la palma y apartar la mirada para evitar quebrarse.

—Sexo en estado puro —ronroneó Terra, sus ojos ardían con lujuria mientras pasaba la mirada por la cama revuelta y la figura inconsciente que descansaba sobre ella. Uras se sintió repentinamente asqueada por ello—. La pasión todavía impregna las paredes y se mezcla con la poderosa aura que teje las protecciones... Si me acerco a ella, sonarán campanas.

La mujer le tendió los brazaletes a la Guardiania, quien se los quedó mirando como si las serpientes impresas en él fueran a cobrar vida en cualquier momento.

—Es hora de que elijas qué intereses vas a atender, querida.

Uras trasladó la mirada de los brazaletes a la figura desnuda enredada en las sábanas, ella, quien había estado retozando y disfrutando entre los brazos del único hombre que había significado algo para ella. La única que destruiría el vínculo de los Guardianes. La visión se había presentado sin avisar, marcándola a fuego, como siempre imágenes inconexas y vagas, pero con un claro significado... el fin de su antigua orden.

Respirando profundamente le arrebató los brazaletes de las manos, los miró y miró a la mujer que había desencadenado aquel Apocalipsis, la única que les traería la destrucción a todos. Cerrando los ojos invocó el poder ancestral al que reaccionarían los brazaletes, Tarsis se había salido con la suya, ya que únicamente la sangre de un Guardián Universal tenía el poder de hacer funcionar tales artefactos. Un par de frases recitadas en un extraño dialecto y estos se deshicieron en sus manos como si fueran polvo para rodear finalmente las muñecas de la inconsciente hembra sellando el destino de ambas.

Dryah se despertó de golpe al sentir como una helada y oscura mano de poder se resbalaba por su columna, abrió los ojos sólo para encontrarse a Uras de pie al lado de la cama junto a otra mujer de lujuriosa mirada y profunda

oscuridad, sus propias muñecas atadas con dos pesados brazaletes de metal dorado. Su propio poder protestaba en su interior, lanzándose contra las paredes de su cuerpo en salvaje agonía, intentando zafarse de ese repentino confinamiento.

— ¿Uras? ¿Qué... has... hecho? —jadeó ella arrastrándose sobre la cama, aferrándose con fuerza a la sábana tratando de cubrir su desnudez, mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde está Shayler?

La mujer de largo pelo negro y ojos lujuriosos se lamió los labios mientras la medía con la mirada, entonces se inclinó sobre la cama y declaró:

—Nunca debiste haber despertado, Libre Albedrío —murmuró Terra mirándola con esos profundos y fríos ojos—. En realidad... nunca debiste existir.

La pequeña rubia no tuvo tiempo a emitir ni un gemido, en un momento las estaba enfrentando y al siguiente las bandas de oro que ahora rodeaban sus muñecas se estrecharon hasta casi fundirse con su piel, el siempre presente poder que fluía en su interior empezó a gritar desesperado por liberarse mientras una profunda e insondable oscuridad se lo tragaba, separándoles, dividiéndoles a la fuerza. La agonía se extendió por todo su cuerpo y lo único que pudo hacer fue gritar.

Shayler sacudió la cabeza, no podía asimilar algo como aquello, ellos habían sido siempre una unidad, eran sus hermanos, no podía ser que uno de ellos hubiese cometido un crimen tan grande como para exigir el destierro.

—Tiene que haber algún error —insistió renuente a aceptar tal cometido—. No es posible...

—Tu fe en tu gente te honra, Juez, pero no permitas que te ciegue —le recordó Lyon.

—Es tu cometido, Shayler, tú eres nuestra Ley.

Está a punto de contestar cuando empezó a notar que le faltaba el aire, sus sentidos se nublaron y todo vínculo que tuviera con el mundo se desconectó

dejándole abierto sólo a la voz del Universo:

“CUMPLID EL COMETIDO, JUEZ. NADIE NOS BURLA, NADIE NOS DESAFÍA, NADIE ROBA LO QUE ES NUESTRO POR DERECHO, NADIE TIENTA A LA MANO DE PODER.”

Jadeó bruscamente en busca de aire, la opresión en su pecho no cedía, el aire era incapaz de entrar en sus pulmones y todo su cuerpo empezó a rasgarse por dentro como si lo estuviesen torturando a cuchilladas. John notó su repentino cambio así como el sutil movimiento en la trama del universo; Todos lo notaron.

—Eso sí que es una forma de convencer a los incrédulos —comentó Lyon jadeando también, algo lo había golpeado profundamente dejándolo sin aire por unos instantes.

—No, no se trata de eso —negó Jaek mirando realmente asustado a su alrededor—, noto un vacío de poder... estaba ahí en un momento y ahora...

La palidez cubrió el rostro de los dos hermanos, la mirada incrédula de John se cruzó con la negación que veía en los ojos de su hermano.

—No está... —se las arregló para decir John, las palabras parecían imposibles de pronunciar—. No lo siento...

Lyon y Jaek fueron perdiendo el color a medida que la realización se filtraba en sus rostros.

— ¿Dónde está el Libre Albedrío? —murmuró Lyon, su expresión era mortal y atónita.

—No puedo sentirlo... —susurró Jaek en un ahogado jadeo.

Shayler dejó escapar el aire bruscamente, sus pulmones empezaron a funcionar de nuevo solamente para verse sorprendido por un aterrador frío que se filtraba en su cuerpo congelándole hasta los huesos, un frío nacido del miedo.

—Dryah.

El nombre no había terminado de dejar sus labios cuando desapareció dejando a sus compañeros totalmente golpeados con la repentina revelación.

Nyxx se detuvo en seco y provocó el choque de un par de transeúntes que venían tras él los cuales no dudaron en hacerle partícipe de su descontento. Su mirada vagó a su alrededor, buscando más allá de la trama del tiempo y el espacio, luchando por encontrar la huella de un poder que repentinamente había dejado de existir.

—Mi dios —murmuró, su rostro perdiendo el color.

Con un jadeo se obligó a volver sobre sus pasos sin dejar de sondear los planos mientras se dirigía a uno de los callejones más cercanos, pero por más que lo intentaba todo lo que encontraba era simple vacío.

“¡Seybin! ¿Qué coño está pasando?”

Nyxx maldijo en voz baja.

“Es el Libre Albedrío. Algo le ha ocurrido a Dryah”

La voz del Dios de las Almas sonaba fría, seria, más glacial de lo que Nyxx la había oído en... siempre. Un bajo gruñido animal brotó de la garganta del Cazador.

—Tarsis.

La oscuridad se hacía cada vez más asfixiante mientras trataba de agarrar con fuerza aquella mano gemela a la suya que había quedado atrapada en el interior del prístino cristal. Esa figura gemela gritaba pero de su boca no salía una sola palabra, sus ojos, un duplicado de los suyos le suplicaban que hiciera cesar el dolor, no quería que las separaran. Era su propio reflejo el que veía en ese espejo, su propia mano la que sostenía, el Libre Albedrío había sido encerrado con llave y era incapaz de alcanzarlo. El aire escapó bruscamente de sus pulmones cuando su sensibilizado cuerpo impactó contra el reluciente suelo de mármol negro, su piel entró en contacto con la fría baldosa espabilándola y devolviéndole algo de lucidez a aquel extraño episodio. Dryah abrió los ojos y alzó la cabeza para ver a ambas mujeres ahora en pie

sobre ella, la Guardiania permanecía a cierta distancia, su mirada fría y al mismo tiempo incapaz de sostener la suya, la otra, en cambio, parecía estar interesada en el cuerpo apenas cubierto por la sábana.

—Va a ser divertido, sí, muy divertido —aseguró lamiéndose los labios mientras estiraba una mano hacia la muchacha. Dryah se arrastró hacia atrás, huyendo de su contacto, no le gustaba la oscuridad que había sentido en ella anteriormente.

Aunque ahora no sentía nada, nada en absoluto. Todo a su alrededor parecía haberse sumido en un sordo mutismo, ya no sentía el poder que había corrido por sus venas, no sentía la presencia del universo y tampoco podía sentir el poder de su consorte.

—Shay... —jadeó incapaz de sentirle, ni siquiera por un vínculo de esposales que parecía haber hecho más íntima su conexión. El pánico se mostró en su rostro—. ¡Qué habéis hecho! ¿Dónde está el Shayler?

Uras volvió la mirada hacia la chica al oír el nombre en sus labios y se sorprendió ante el absoluto pánico que cubría el rostro de la pequeña rubia.

— ¡Qué le has hecho! —gritó de nuevo y se puso en pie mientras apretaba con fuerza la sábana que ocultaba su cuerpo—. ¿Todavía no le has causado suficiente dolor? ¿Dónde está Shayler! ¿Dónde...!

El fuerte sonido de carne contra carne fue instantáneamente seguido por el peso de un cuerpo golpeando contra el suelo y un ahogado gemido femenino. Uras se sobresaltó al ver como la amante de Tarsis le había girado la cara a la muchacha lanzándola al suelo. La mirada en sus ojos era de oscura, llena de malevolencia.

—Sólo hablarás cuando se te permita, zorra —clamó ella con fiereza.

El poder ancestral que corría por sus venas y la marcaba como una de los Guardianes rugió con fuerza ante el injustificado acto, demasiados siglos de lucha contra las injusticias habían dejado una marca en Uras como para que ahora permitiera una acción como aquella.

—Eso no era necesario —clamó con fiereza. Su mirada cayó sobre el cuerpo tendido en el suelo, la mirada azul de Dryah brillaba con lágrimas contenidas, una rojiza marca empezaba a oscurecer su pálida mejilla mientras un hilo de sangre manchaba su labio inferior. Sus miradas se encontraron y ella no dudó en responder con la verdad—. El Juez Supremo no será jamás tocado por poder alguno mientras tenga a los Guardianes Universal bajo su mando. Ni yo ni mis hermanos permitiremos que nadie se acerque a él.

Algo de la tensión, así como el temor que habían cubierto los ojos azules de la muchacha desaparecieron paulatinamente, pero su voz estaba cargada de profundo pesar.

—Sólo espero que sus hermanos, sí puedan protegerlos... de ti —murmuró haciendo una mueca de dolor. Debía de haberse mordido la parte interior de la boca con el golpe—. No has sido más que un odioso cáncer en su vida, Uras.

Ella palideció un instante antes de que sus facciones mostraran vergüenza y apretase los llenos labios con furia.

Un sonido de aplausos empezó a oírse entonces desde la parte más oscura y alejada de la enorme sala de mármol a la que Dryah no había prestado atención hasta ahora. El lugar estaba vacío y a juzgar por la capa de polvo y el olor a humedad que había en el aire, no se había utilizado en mucho tiempo. Una figura cubierta de negro arrancó le arrancó un jadeo, no había error posible en la identidad de aquel hombre que caminaba hacia ella con oscura majestuosidad. Su sonrisa satisfecha no era nada comparada con la malicia que brillaba en sus ojos, una mirada que no disimulaba en esconder el odio y el disgusto que le provocaba su presencia allí. La misma mirada que había vislumbrado en su rostro durante la sesión en la Sala de los Ancianos.

—Hasta que por fin nos vemos nuevamente cara a cara, Alma Maldita —clamó Tarsis. Vestido con unos simples vaqueros y una camisa negra, totalmente abierta por delante y el salvaje pelo negro enmarcando sus cinceladas facciones, era el etíope de la belleza masculina. Una belleza oscura, diabólica.

Ella aferró con fuerza la sábana contra su cuerpo, su mirada fue entonces de Tarsis a Uras, quien también se había quedado mirando al hombre. El dios

captó el movimiento y sonrió.

—Es asombroso como obran los celos, ¿no es así? —murmuró acercándose a la muchacha hasta quedar prácticamente a sus pies, acuclillándose para quedar a su altura—. Los más fieles aliados pueden convertirse en crueles enemigos cuando los dominan los celos. Pero, ¿qué sabrás tú de eso, verdad?

No respondió, pero tampoco le dio la satisfacción de apartar la mirada. Había algo simplemente diabólico en su rostro, algo oscuro y peligroso que no presagiaba nada bueno.

—Has cumplido con tu parte, querida —le dijo él entonces a la Guardiania, su mirada sin embargo nunca la dejó. Calibró su cuerpo, relamiéndose de anticipación y consiguiendo que se encogiese y estremeciese de asco. Si osaba tocarla, se moriría—. No tendrás que preocuparte más de esta díscola criatura.

Uras vaciló por primera vez desde que entró en aquella habitación.

—Ella está vinculada como consorte al Juez Universal, si algo le pasa a él por causa de ella... —lo previno, la advertencia más que clara en su voz—. La Fuente Universal los ha unido con los Sagrados Esponsales.

Tarsis se volvió entonces hacia la mujer y la recorrió con la mirada, en un gesto absolutamente sexual.

—Como ya dije, ella es lo único que me interesa... —le respondió acariciándole con la mirada los labios, los pechos—. Tu Juez no se verá afectado en ninguna manera.

Dryah clavó los ojos en ella, el desprecio y la pena que Uras vio en ellos, no sabía si se debía a su traición, o a que sentía lástima de ella.

—Guárdate tu compasión, Libre Albedrío, la necesitarás más que yo.

La muchacha cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—No será mi compasión lo que necesites, Guardiania —declaró con pena—, para perdonarte a ti misma por lo que acabas de hacer... y harás.

Uras se tensó y amenazó con dar un paso adelante cuando Tarsis se volvió nuevamente hacia la pequeña rubia, sus ojos relucieron del negro al rojo en un instante. Una fuerte ráfaga de poder impactó directamente con el cuerpo femenino, alzándola sobre sus pies y lanzándola contra la pared tras ella con un potente golpe.

—Aprenderás a mantener la boca cerrada a menos que se te pregunte —clamó Tarsis con una calma fría y mortal. Ignorando a la Guardiania Universal, caminó directamente hacia el lugar en el que había caído la muchacha quien yacía en el suelo—. ¿Ves lo que me obligas a hacer, pequeña alma? No quiero tener que destruirte, así que, compórtate, por favor.

Uras hirvió nuevamente, su instinto guerrero se despertaba ante la injustificada acción llevada a cabo por Tarsis, pero se contuvo recordándose que no debía interferir, aquello no era asunto suyo, su lealtad era para con los suyos, para su Juez.

—Con esto, nuestro trato queda sellado, querida Uras —murmuró Tarsis, sin siquiera mirar a la guardiana—. Su alma, por tu profecía... esperemos que tus oráculos perdonen el pecado que acabas de cometer.

La mujer clavó la mirada en la espalda de Tarsis antes de volverse hacia el menudo cuerpo que empezaba a moverse con dificultad, su mirada encontró momentáneamente la de ella y se sorprendió al ver en aquellos ojos azules compasión. ¿Aquella estúpida niña se estaba compadeciendo de ella? Con el labio roto y un nuevo hilo de sangre corriendo de la comisura de su boca la pequeña hembra mostraba tanto coraje como una verdadera guerrera o tanta estupidez como alguien que no tenía apego por la vida.

Incapaz de seguir soportando su mirada, Uras se volvió a Tarsis y le advirtió.

—Mi Juez no debe sufrir daño alguno, Tarsis —le recordó—. Harás bien en recordar mis palabras.

Tarsis se limitó a inclinar la cabeza en una ligera reverencia. Con un último vistazo a la indefensa rubia, Uras se volvió sobre sí misma y desapareció.

La sonrisa en el rostro de Tarsis hizo que Dryah realmente sintiese miedo.

—Ha pasado mucho tiempo, Alma Maldita.

Dryah se arrastró hasta conseguir apretarse contra la pared, el Libre Albedrío gritaba como un lejano eco en algún lugar en su interior urgiéndola a levantarse nuevamente, la necesidad de extenderse y castigar a aquel demonio era demasiado poderosa para ser negada incluso en el confinamiento en que aquellos brazaletes que rodeaban sus muñecas lo tenían. Pero la ausencia de su poder solamente era superada por la ausencia de él, era la ausencia total de Shayler la que la hería más que los golpes que había recibido, hasta aquel momento no se había percatado de lo que significaba el vínculo que compartían las almas predestinadas, siendo consciente el uno del otro, siempre en perpetua compañía. Ahora, donde debía encontrarse su esencia, sólo había una enorme soledad.

Shayler, pensó, el Juez iba a montar en cólera cuando descubriera la nueva traición de Uras, una traición que lo destruiría cómo ninguna otra cosa podía hacerlo, ni siquiera su repentina desaparición opacaría el dolor que sentiría cuando descubriera que su hermana lo había traicionado de nuevo. Quería llorar, gritar y patear por todo aquello, él no se merecía algo así, merecía ser querido, cuidado, amado... y nuevamente iba a ser traicionado por la mujer que casi acabó con su alma. No podía permitir que él arriesgase la vida enfrentándose a Tarsis, no quería que saliera herido por causa de ella, nadie merecía ser herido por proteger a otros pero era incapaz de alcanzar su poder, incapaz de llegar al Libre Albedrío.

El dios volvió a acuclillarse a escasos pasos de ella, sopesándola con la mirada, estudiándola. Su sola presencia la ponía nerviosa, simplemente había algo en el hombre que proclamaba a gritos su oscura naturaleza.

—Se me ha negado mucho tiempo esto —murmuró recorriéndola con la mirada, su mano siguiendo el sendero de sus ojos aunque ella se apretaba contra la pared y se encogía para escapar de su desagradable toque. Le agarró la mandíbula con fuerza, atrayéndola hacia él, notando el cálido aliento a licor y especias muy cerca de su rostro—. Sí, absolutamente perfecta, una creación única... aunque desafortunada. Tu sola existencia condujo a dos de los más importantes dioses a la muerte... una muerte nada agradable, tengo que añadir.

Ella se zafó de su agarre de un tirón, sus manos se aferraron con más fuerza a

la sábana que cubría su desnudez, cada brusco movimiento enviaba una oleada de dolor a través de su cuerpo debido al fuerte golpe.

—Eidryen y Elora escogieron su propio destino —replicó en voz baja, le dolía la parte interna de la boca y sentía como empezaba a entumecerse parte del rostro—. El único que les permitiría estar juntos.

Tarsis entrecerró los ojos, nuevamente ese brillo rojizo opacó el color natural de sus pupilas, sus manos se cerraron con fuerza sobre los delgados brazos y la arrastró con fuerza hasta levantarla, ella no dudó en forcejear y pegar patadas como una gata asilvestrada. Un seco bamboleo y una sonora bofetada que le volvió el rostro silenciaron momentáneamente aquella batalla. A Dryah le zumbaban los oídos, el dolor había explotado sobre el lado izquierdo de su rostro y podía saborear la sangre en su boca mientras caía de nuevo al suelo.

—Empiezo a entender por qué el Juez tiene un interés tan especial en ti —se mofó volviendo a inclinarse sobre ella, quien esta vez retrocedió arrastrándose, el temor se instaló inevitablemente en sus ojos, algo que pareció disfrutar Tarsis—. Ha debido de tener las manos llenas contigo, pequeña gata salvaje.

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y se deslizaron lentamente por sus mejillas, si no iba con cuidado, la mataría con una de sus palizas. Luchando por mantener el único trozo de tela que lo separaba de él, se arrastró nuevamente alejándose de él.

— ¿Qué es lo que quieres? —murmuró ella haciendo una mueca cuando las laceraciones en el interior de su boca fueron rozadas con su lengua.

—Todo a su tiempo, querida niña —respondió recorriéndola con una indiferente mirada, entonces se alzó y echó mano al bolsillo trasero de su pantalón de dónde sacó una cinta dorada cuyas puntas semejaban las cabezas de dos serpientes. Un diseño a juego con los dos brazaletes.

—Por todos los dioses —exclamó Terra, quien había estado disfrutando de toda la escena en cómodo silencio. Su asombro sólo era parejo a la reverencia que veía en sus rasgados ojos cuando posó la mirada sobre la cinta dorada—. Lo has encontrado.

Tarsis le dedicó una erótica mirada por encima del hombro.

—Siempre obtengo lo que quiero, querida, siempre —le aseguró a la mujer, más su mirada estaba puesta sobre la muchacha—. Y he esperado demasiado tiempo para conseguirte a ti... demasiado tiempo.

Dryah se tensó, recogió los pies bajo su cuerpo y se apretó contra la rugosa pared a sus espaldas.

— ¿Por qué tienes tanto interés en mí? —se aventuró a preguntar, siempre sin perder de vista las manos del hombre que ahora jugueteaban con el collar. Su pequeña mano se deslizó sobre la otra cubriendo el tatuaje que la vinculaba a su esposo—. ¿Qué beneficio puedes sacar de mi presencia? Nunca antes mostraste interés en mi persona, sólo en la de Elora.

Tarsis alzó la banda de oro dejándola deslizarse entre sus dedos.

—Ah, querida, el beneficio está a la par de mi interés —aseguró con una socarrona carcajada, sus labios se estiraron en una amplia sonrisa mientras se inclinaba hacia ella y le mostraba la cinta con las dos cabezas de serpiente—. He esperado mucho tiempo por algo como esto, aunque he de reconocer que no resultaste ser una presa fácil, querida.

Ella se apretó todavía más contra la pared, como si pudiese fundirse con esta cuando lo vio aproximarse a ella cual animal acechando a su presa.

— ¡Qué quieres de mí! —exclamó en un desesperado grito.

—Tu voluntad, Libre Albedrío, sólo, tu voluntad.

La fina banda de oro desapareció de sus dedos instantáneamente para formarse nuevamente alrededor del cuello femenino como una cinta de metal suave y cálido que cosquilleaba contra su cuello. Dryah se quedó absolutamente inmóvil, el miedo tomando las riendas al tiempo que su poder gritaba como un lejano eco en su mente mientras las costuras de la conciencia empezaban a soltarse como si hubiesen sido unidas por una mala costurera.

—No... —susurró, las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Qué estás

haciendo... no... no puedes...

El dios sonrió ante la inútil lucha que parecía estar llevando a cabo la mujer.

—Tu voluntad, mi querida niña, es todo lo que necesito de ti —le respondió en un susurro, derramando el calor de su aliento en su oído—. Tu voluntad y tu vida. Un alma por otra, mi querida... es todo lo que quiero.

Dryah apenas comenzó a negar con la cabeza cuando sintió una débil oleada de oscuridad manando del collar que le rodeaba el cuello, su visión empezaba a emborronarse por momentos al igual que su mente se sumía en la confusión. Intentó luchar contra aquel sopor, gritó pero de su garganta no salió una sola palabra, todo su cuerpo parecía estar paralizado, su mirada se tiñó de horror y ascendió hacia él quien simplemente parecía esperar anhelante algún hecho.

—Déjate ir... entrégamelo todo... ahora... —le susurró Tarsis alejándose de ella lentamente—. Eso es... ahora Alma... entrégate a mí...

Ella sintió como la conciencia la abandonaba poco a poco, todo su ser se revelaba contra aquella orden mental que la instaba a entregar su voluntad a ese demonio pero no parecía poder encontrar las fuerzas para rechazarlo. Él la contemplaba, admirando la blancura y el tacto de seda de su piel expuesta, disfrutando del desvanecimiento de lucha y esperanza que había en sus ojos azules, creciéndose ante el miedo que reflejaban hasta que su mirada quedó absolutamente vacía de todo. Una satisfecha sonrisa jugueteó entonces en los labios masculinos.

—Muy pronto... muy pronto me llevarás a ella.

Dryah se perdió en la oscuridad, las lágrimas fluyendo por sus mejillas, mientras su último pensamiento racional vagaba en busca de su otra mitad.

Shayler se precipitó hacia la habitación y se quedó totalmente inmóvil al contemplar la escena ante él. La cama estaba completamente vacía, no había ni la más leve esencia de ella o su poder en todo el dormitorio o en toda la casa, su sangre empezó a espesarse en las venas al tiempo que sus oídos zumbaban con el intenso latido del corazón.

—Dryah —susurró con angustiosa desesperación, mientras buscaba algún indicio de lo ocurrido allí.

Su mirada recorrió centímetro a centímetro el dormitorio, acariciando la sábana sobre el colchón cerró los ojos con fuerza y tomó aliento, entonces lo notó, sutil y delicada la huella de ese otro poder, dos esencias en realidad, una de ellas era ajena a él, pero la otra...

—Uras —murmuró en voz baja, letal. Ella había estado allí, de alguna manera había tenido algo que ver con la desaparición de su mujer.

Shayler cerró los ojos y respiró profundamente, se habían terminado las vacilaciones o cualquier clase de renuencia por su parte. La Fuente había ordenado su Destierro y la mujer acababa de firmar con sus actos su sentencia de muerte.

CAPÍTULO 31

Uras contempló las ruinas a su alrededor, odiaba aquel lugar, el único en el que había empezado todo, aquel que le había arrebatado en un solo golpe lo que más le importaba en toda su larga existencia. En aquellos días ella era tan joven e inexperta como él, pero su poder como Oráculo ya había alcanzado su punto más álgido, cuando la visión había llegado a ella y la Fuente la eligió para que llevase a cabo sus órdenes, había firmado sin saberlo su propia sentencia. Le había entregado al Juez el poder que conllevaba su derecho de nacimiento rompiendo con ello cualquier cariño que él hubiese podido sentir por ella, marcándolos con la huella de la traición, una traición que Shayler no había perdonado ni siquiera tanto tiempo después.

Suspiró, quizás después de todo éste era el final que se merecía, en su desesperado intento por mantener lo único que le quedaba había vuelto a hacerle daño.

—Uras.

Se volvió hacia el sonido de la voz que esperaba oír antes o después y sonrió tristemente antes de enfrentarse a su Juez con todo el coraje y el valor de un Guardián.

—Así que el círculo se cierra.

La mujer había abandonado su imagen de Hollywood por el cuero negro. Vestida con un pantalón, botas de tacón de aguja y una blusa negra permanecía apoyada en una de las columnas derruidas de lo que en otro tiempo fue un templo dedicado a los dioses de la luz y la oscuridad, el pelo castaño le caía por encima de uno de sus hombros atado en una apretada coleta.

—Has tardado en venir.

Él la fulminó con la mirada, la rabia presente en su voz.

— ¿Por qué? —preguntó. A pesar de que su semblante era absolutamente oscuro y letal, había dolor en su voz.

—Mi propia estupidez, supongo —le dijo volviendo la mirada hacia él—. Cada vez que he intentado evitar una profecía, ésta se ha cumplido... y de la peor de las maneras. Imagino que es la manera en que tiene La Fuente de castigar la intromisión indeseada de alguien.

— ¿Dónde está Dryah? —insistió él, sus pasos lo llevaron rápidamente a ella, su mano sujetando su brazo mientras la hacía volverse para enfrentarla—. ¿Qué le has hecho? ¡Contesta, maldita sea!

Uras se enfrentó a él alzándose sobre los ocho centímetros extra que le proporcionaban los tacones, sus ojos verdes chocaron con la furiosa mirada del Juez.

— ¿Por qué tenía que ser ella? —preguntó con voz bordeada de rabia y dolor—. ¿Por qué alguien que nos destruirá a todos? ¿Qué nos dividirá?

Shayler le apretó el brazo con más fuerza.

—Terminará con los Guardianes, Shayler —insistió sin dejar de mirarle a los ojos—. Da igual lo que hagamos por evitarlo, el vínculo se romperá... se ha

roto... nos ha dividido.

Él apretó los dientes y la miró sin pestañear, su voz contenía tanto veneno que era un milagro que no cayese fulminada allí mismo.

—No ha sido ella la que ha roto el vínculo, Uras —le recordó, sus ojos bordeados de una triste amargura—. No ha sido ella la que dio la espalda a sus hermanos para involucrarse con un dios con demasiadas aspiraciones de poder.

— ¡Yo no he sido la que os ha dado la espalda! —clamó ella, sus ojos verdes llameando con furia—. No fui yo el que vivió obsesionado por una mujer que lo visitaba en sueños, no he sido yo la que ha amenazado a mis hermanos para proteger un poder inestable que muy bien podría haber acabado con cualquiera de nosotros en un abrir y cerrar de ojos. ¡No fui yo la que amenazó de muerte a sus hermanos si se atrevían a tocarle un pelo a esa maldita mujer! ¡Tenías que ser imparcial en un juicio que sólo tú puedes impartir! ¡Y no hay parcialidad cuando está en juego el corazón, Shayler, tú mejor que nadie debería saber eso!

No contestó. Sabía todo eso, sabía a ciencia cierta que por proteger a Dryah se enfrentaría con sus propios hermanos, que iría al mismísimo infierno y volvería sólo por borrar el dolor que tantas veces vio en aquellos ojos azules que lo habían rondado durante siglos. Y ellos lo sabían y lo habían aceptado, por su felicidad, por su juramento de protegerlo pasase lo que pasase, la habían aceptado a ella más allá de lo que dijese la profecía vaticinada por Uras. Por Shayler, ellos morirían si tenían que hacerlo y aquello era una carga que siempre llevaría en lo más profundo de su alma, un estigma que le había sido designado a él. Los Guardianes dependían de él, tanto o más de lo que él dependía de ellos y sentía que de algún modo les había fallado. Sin duda, de algún modo, había fallado a Uras. Más allá de su odio, su rencor hacia ella por lo que el destino había provocado, era su hermana de armas y ahora debía pagar el precio más alto de todos.

—Eres tú el que nos ha fallado, Shayler —insistió ella al tiempo que se soltaba de su agarre—. Yo me he limitado a seguir mis instintos y a mantener mi juramento por encima de todas las cosas, el que me obliga a anteponer tu vida por delante de la de cualquiera, incluso de mi misma.

Él negó con la cabeza, pero le sostuvo la mirada.

— ¿Incluso si se trata de utilizar a una inocente en el proceso? ¿Cuándo te volviste tan fría, Ur? —preguntó con frialdad—. Nuestro principal juramento es hacia nuestros hermanos, sí, pero también lo es el proteger a aquellos que no tienen quienes los protejan.

— ¡Nunca debió haber sido creada! ¡Fue un maldito desafortunado accidente del destino! —exclamó alejándose de él con la necesidad de mantenerse en movimiento—. Nada de esto debía haber ocurrido jamás... tú no deberías haber sido el elegido... Si no fuese por mi estupidez, tú no habrías sido condenado a cargar con la voz de la última Justicia. No era tu momento. Maldita sea, ni siquiera sabes quién eres realmente.

Shayler apretó los puños tratando de contener el torrente de dolorosos recuerdos que tanto sus palabras como el lugar en el que estaban traían hasta él. Las ruinas de aquel antiguo templo sólo accesible para los Guardianes Universales era el recordatorio de un oscuro momento en la relación de ambos, un lugar y un tiempo que lo había cambiado todo.

—El destino nunca puede ser burlado por completo, Uras —declaró suavemente—. Podemos rodearlo, intentar cambiarlo, luchar por encontrar un mejor camino, pero si algo tiene que pasar, pasará antes o después. Y ese, era el mío.

Ella se mordió el labio y cerró los ojos con fuerza.

—Al igual que las profecías, Shayler —murmuró en respuesta, las lágrimas brillaban en sus ojos, pero se negaba a dejarlas salir. No había llorado jamás en presencia de ningún hombre y no iba a empezar ahora—. Dices no creer en ellas, pero aquí estás, aceptando que el convertirte en Juez Supremo era tu destino, algo que no podrías haber evitado.

Él caminó hacia ella, ¿cómo podía explicárselo? ¿Cómo podía hacerla comprender la diferencia?

—Yo acepté aquello, Uras —le dijo parado a su espalda—, a pesar de todo, acepté que ese era mi destino, mi camino en aquel momento, no habría luchado

contra ello aunque mil veces deseara hacerlo.

La tomó por los hombros, obligándola a volverse hacia él.

—Lo que tú has visto no puedo permitir que se haga realidad, porque no es mi destino, no es lo que quiero para mí, para ella. No me quedaré de brazos cruzados para perderla.

— ¿Permitirías que te separe de tus hermanos? —exclamó poniéndole entre la espada y la pared—. ¿Nos darás la espalda a favor de ella, permitirías la destrucción de lo que somos, de lo que nacimos para ser?

Él la contempló durante un instante en silencio, finalmente asintió.

—Dryah es mi destino —respondió bajando la mirada al tatuaje en su mano, que lo proclamaba como desposado—. Y sé que ella no me separará de aquellos a los que quiero estar unido, si no que me dará fuerzas para evitar que eso suceda.

Uras negó con la cabeza y se alejó unos pasos de él.

—Hubiese dado hasta mi alma porque dijese esas mismas palabras de mí —murmuró recorriendo con la mirada las frías ruinas—. Que me amases como pareces amarla a ella, hasta el extremo de estar dispuesto a sacrificarlo todo.

Él no contestó, no estaba seguro de poder decir algo que fuera acertado en aquel momento. Su única preocupación era encontrar a su consorte, ya no podía sentirla y sólo la permanencia del tatuaje en su muñeca le aseguraba que no la había perdido para siempre.

— ¿Qué te ha pasado, Uras? —No pudo evitar preguntar—. ¿Qué ha hecho que estés tan amargada? ¿Tan enfadada con el mundo?

— ¿Y tú me lo preguntas? —se burló ella con sorna—. ¿Tú de todos ellos me lo preguntas? ¿Qué te ha hecho el destino a ti, Shayler? ¿Qué te ha dado si no ha sido dolor, miseria, soledad y efímeros momentos de felicidad? El don de la profecía es una carga tan pesada como lo es el regir la voluntad del universo, con una única salvedad... que yo no puedo hacer nada por evitar el

resultado final.

Con un profundo suspiro, ella se volvió hacia él y abriendo las manos hizo destellar una preciosa y antigua espada plateada, cuya hoja estaba surcada por unas intrincadas líneas de rosas rojas y negras. La empuñadura se movió diestramente entre sus manos hasta terminar clavada en el suelo, frente a ella.

—Sé lo que te ha sido ordenado, mi Juez, esa ha sido la última de las profecías que me ha regalado la Fuente —aseguró ella con una triste sonrisa.

Uras había visto que esto sucedería, la Fuente había ido a ella en persona, aquellas dos figuras encapuchadas se habían aparecido y le habían obsequiado con el último de sus regalos: La visión de su futuro.

Shayler miró la espada y sus ojos se empañaron con pena, no quería hacerlo, no podía hacerlo.

—Dryah, Uras —suplicó, sólo aquello podría salvarla de lo que él estaba obligado a hacer—. Sólo devuélvemela.

Estaba dispuesto a ir en contra del mandato de la Fuente si eso hacía que pudiera recuperarla.

La mujer se dejó caer de rodillas ante su propia arma y levantó un poco de polvo en la caída, sus manos se cerraron una sobre la otra en la hoja, permitiendo que ésta se hundiese en la carne derramando su sangre.

— ¡Maldita sea, no lo hagas! —exclamó él con fiereza, pero era todo lo que podía hacer. Dividido como estaba entre el deber y el corazón, sólo podía pensar en su mujer—. No me obligues a esto.

—El Libre Albedrío ha sido encerrado, vinculado por sangre ancestral, confinado y dividido en el cuerpo humano del que forma parte —murmuró inclinando la cabeza sobre la empuñadura—. Tarsis quiere utilizarla para traer de vuelta a la Diosa Elora.

Uras apretó con fuerza los ojos, una simple lágrima escapó de ellos. Aquello era el motivo por el que había venido al templo, por el que esperó

pacientemente la llegada de su verdugo, en su última visión se había revelado también el propósito de Tarsis, algo que ni siquiera ella podía permitir.

—Un alma por otra alma —continuó entre susurros—. Pero ya no quedará alma que pueda canjear si no libera el Libre Albedrío y restablece el equilibrio que ha sido interrumpido con su confinamiento.

Shayler empezó a palidecer ante las implicaciones de aquellas revelaciones, su poder empezó a obrar por sí mismo danzando a su alrededor buscando a su otra mitad, desesperado por no poder encontrar aquello que lo mantenía en equilibrio.

—Él ni siquiera sabe que el alma que tiene en sus manos se está muriendo poco a poco y todo gracias a los brazaletes que él mismo consiguió... que yo le puse —respondió llanamente. Uras alzó la mirada, sus brillantes ojos verdes clavándose en los suyos—. Haz lo que tienes que hacer, Juez y ve a buscarla. Quizás aún estés a tiempo de conseguir lo que yo jamás he conseguido y de detener la última de mis profecías.

Shayler respiró profundamente, en sus manos apareciendo las dagas que eran indicativos de su rango. Caminó lentamente hacia ella, su corazón al igual que su alma rompiéndose con cada paso que lo acercaba a su hermana de armas, la que una vez había sido su mejor amiga y amante.

Con un pesado golpe cayó al suelo de rodillas, apenas alzándose un par de centímetros por encima de ella, su mirada se cerró en la de ella y declaró.

—No permitiré que me deje —murmuró con profundo convencimiento—. No ahora que la he encontrado.

Ella sonrió y por primera vez en mucho tiempo, volvió a ver a la mujer que había sido antes de que el destino y el peso de sus cargos se hubiesen impuesto sobre ellos.

—Si alguien puede hacerlo, ese eres tú, Juez Supremo —aseguró ella cerrando los ojos.

Shayler la contempló durante un breve instante que pretendía encerrar toda una

eternidad, sus manos asieron sus armas que empezaron a brillar con un oscuro tono rojizo, describiendo un amplio arco hacia los lados, cerró los ojos y murmuró:

—Adiós, Uras.

Sus manos descendieron cruzándose sobre el cuerpo indefenso de la Guardiana, sus armas alcanzaron la piel, mordiendo la carne, extrayendo sangre al tiempo que el poder que había esgrimido a lo largo de los siglos se liberaba por fin de su confinamiento en el cuerpo de la mujer y estallaba libre dispuesto a volver a sus orígenes, en el seno de la Fuente.

“Adiós, Shay. Sé feliz.”

El cuerpo sin vida de la mujer fue envuelto por una cálida luz antes de disolverse y volver al seno del Universo donde yacería en espera de su próxima reencarnación, Shayler se quedó solo en aquel lugar rodeado de la tenebrosa soledad que lo había acompañado desde el primer instante en que puso los pies allí, arrodillado ante la solitaria espada sin brillo por cuya hoja resbalaban todavía las últimas gotas de sangre de la Guardiana Universal.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla y cayendo al suelo, limpiándosela con el dorso de la mano se levantó, respiró profundamente y se volvió dando la espalda a aquel lugar de muerte.

En su mente y en su corazón solamente había una meta, recuperar a su mujer.

—Sólo un poco más, amor mío. Sólo un poco más.

CAPÍTULO 32

Shayler había vuelto al dormitorio que ambos habían compartido los últimos días, las sábanas revueltas de la cama en la que apenas unas horas antes había estado con ella era un claro recordatorio de la mujer a la que amaba más que a

su propia vida. Su aroma a jazmín todavía impregnaba la ropa de cama quemándolo con la culpa mejor de lo que lo haría un trago de ardiente licor, esta lo corroía como una dañina enfermedad, cebándose en él. ¿Por qué la dejó sola? ¿Por qué no se había quedado con ella o se la llevó con él? ¿Por qué tenía que haberlo convocado John con tanta urgencia? ¿Por qué tenía que haber respondido él? Demasiadas preguntas, demasiadas posibles respuestas, pero la única verdad era que ella se había ido y su vida dependía de lo rápido que pudiera recuperarla.

¿De dónde habían salido aquellos malditos brazaletes? Uras le dijo que tenían el poder de contener el Libre Albedrío, separándolo del cuerpo, dividiéndolo de su avatar a pesar de que ya eran uno solo. Aunque quisiera negarlo, aunque desease con fervor que ella mentía, la realidad era que no podía sentir ni a su mujer ni su poder como Libre Albedrío.

—No puedo perderte, dioses, ahora no —gimió enterrando la cara entre el puñado de tela que tenía aferrado, ahogando el grito de rabia y desesperación que pugnaba por abandonar su garganta.

¿Cómo podía perderla ahora que por fin la había encontrado? ¿Justo cuando empezaban a entenderse? No podía, no podía darse el lujo de perderla como había perdido a Uras. El dolor lo atravesó como un relámpago y laceró un poco más su ya sangrante corazón. Le había fallado y también a su hermana de armas. Su relación con Uras siempre fue extrema, o se querían o se odiaban, ella no había sido capaz de acortar la distancia entre ellos, la traición se interpuso entre ellos como un abismo demasiado grande, insalvable. La mentira y el engaño que conoció de su mano echaron por tierra su amistad, la cercanía que los unía. Si bien fueron amantes, él nunca llegó a entregarle el corazón, este permaneció oculto, amando en silencio a una fantasía de sus sueños, reservando su amor para Dryah. Había creído ser completamente honesto en ese sentido, ella le hizo creer que así lo entendía y que no le importaba. Que inocente había sido entonces, tanto como para permitir que lo desangrara sobre la misma tierra donde acababa de entregarle su destierro.

Las lágrimas escaparon de sus ojos azules, una tras otra cayendo por sus mejillas y golpeando sus arañados nudillos, no podía fallarle también a Dryah, si la perdía a ella que los dioses se apiadaran de la humanidad, porque no pararía hasta masacrar a cada uno de los que se habían encargado de

arrebatársela.

Se pasó una furiosa mano por el rostro para borrar todo rastro de las traicioneras lágrimas. En sus manos estaba el poder para salvar o dejar morir a la mujer que se había colado en su vida y quedó fuertemente arraigada a ella, haría hasta lo imposible para traerla de vuelta a su lado, al lugar al que pertenecía, de donde nunca se apartaría.

Dejando escapar un resoplido se concentró en hacer un rápido inventario de la zona, la habitación estaba tal y como ellos la habían dejado, la ropa tirada a un lado de la cama, el suave pijama junto con su propia camiseta y cinturón al otro lado, las sábanas estaban arrugadas, pero faltaba una de ellas. Imaginaba que aquello era todo lo que su mujer tuvo tiempo de coger cuando irrumpieron en el dormitorio. La sangre empezó a correrle fría en las venas ante la idea de lo que podrían hacerle, obligándose a mantener la calma, se concentró de nuevo en el dormitorio y en el rastro de poder que percibió la primera vez, en la sutil huella que había más allá del desaparecido poder de Uras.

Allí estaba. Era un rastro sutil pero poderoso, lo suficiente para que pudiera rastrearlo hasta la fuente sin mayores problemas, pero antes tendría que averiguar todo lo que pudiera sobre esos brazaletes y el único que podía tener tal información era John.

Tarsis admiró nuevamente su obra. Sentada en el alfeizar de la ventana, con la luz del atardecer cayendo sobre el rubio cabello y la pálida piel, con aquellos inexpresivos ojos azules mirando al vacío como habían permanecido desde que le colocó el collar, Dryah era absolutamente inconsciente de lo que ocurría a su alrededor. Su conciencia había sido enterrada en algún lugar de su interior y el Libre Albedrío neutralizado; Ahora era la marioneta perfecta.

— ¿Estás seguro de que tienes el control sobre ella? —preguntó Terra, echándose el pelo por encima del hombro mientras la estudiaba a pocos pasos—. Es hermosa, una criatura etérea y hermosa. No me sorprende que el Juez la haya encontrado tan apetitosa.

El hombre desestimó su pregunta con un gesto de la mano.

—Ella es todo lo que necesito para llevar a cabo mi propósito.

— ¿Crees realmente que va a funcionar?

Como siempre, Tarsis la ignoró. No tenía intención de compartir sus planes con ella, no más de lo que ya había hecho, en realidad.

— ¿Qué sabemos de nuestro querido muchacho? —Su pregunta estaba hecha tanto para distraerla como para servirle de información.

Terra se miró las uñas, estudiándolas como si de repente fueran de lo más interesante.

—Si estás preguntando por el Juez —respondió ella, mirando de reojo a Dryah en busca de alguna involuntaria reacción, pero la chica seguía quieta como una estatua—. Ese monumento de la naturaleza ha despachado a uno de sus Guardianes sin ceremonias.

Tarsis se volvió hacia ella con cierto interés.

— ¿Qué quieres decir?

Ella arqueó una de sus perfectamente depiladas cejas.

— ¿No lo has notado en el éter? —se burló—. Si bien es cierto que no se ha anunciado a bombo y platillo, todo apunta a que la putita que hizo tratos contigo ha terminado perdiendo la cabeza a manos de la poderosa Ley del Universo. Literalmente.

Él dejó caer la mirada sobre la muchacha la cual ahora vestía con una simple túnica en color negro, destacando sobre el color claro de su piel.

—Interesante —murmuró contemplándola. Ella ni siquiera parpadeaba, su mirada fija en el horizonte, muerta, vacía—. Eres el envase perfecto, pequeña muñeca, el envase perfecto.

Tarsis acarició con los nudillos el moratón en el rostro femenino y se volvió, atravesando la sala con aire satisfecho. Terra contempló a la pequeña rubia durante unos instantes y se levantó para seguirle a la habitación contigua, no tardó mucho tiempo antes de que los gruñidos y gemidos inundaran toda la planta baja de aquella casa en la playa.

Dryah se encontró a sí misma entrando en la Sala de las Almas, la larga túnica negra moldeaba su cuerpo, arrastrándose a sus pies mientras traspasaba el umbral hasta el altar de piedra en el que yacía otra versión de sí misma. Tumbada, con una túnica blanca gemela a la suya, la capucha cubriéndole los largos bucles rubios que caían por los bordes de la mesa y los dedos entrelazados, reconoció en aquel espejo al Libre Albedrío, su poder, su otra mitad.

—Quizás esto sea lo mejor —murmuró contemplando su reflejo yacente sobre la piedra—. Aquí nadie te alcanzará, ni te hará daño...

<<Pero tampoco te hará sentir, ni te permitirá descubrir.>>

Ella volvió la mirada, la sala seguía vacía de no ser por su propia presencia y su reflejo, pero aquella invisible presencia sonaba en forma de eco, una sola entidad que contenía el poder del Universo.

— ¿Qué hay de bueno en sentir, en descubrir las cosas cuando al final acabas por perderlo todo?

<<Lo mismo que hay de bueno en arriesgar, sin saber cuál será el final. La posibilidad de elección.>>

— ¿Qué elección tengo yo... tenemos nosotras? Sólo soy una moneda de cambio... ambas lo somos —declaró mirando su propio brillante reflejo en la durmiente figura.

—Vuelves a hablar de ti misma de forma separada... dos entes... en vez de uno.

La voz sonó esta vez a su espalda, pero ya no era un coro de voces, si bien había poder en sus palabras, la tibia y musical cadencia era femenina.

— ¿No es eso lo que me estás mostrando? —insistió al tiempo que se giraba hacia la voz.

Frente a ella, la mujer se retiró la capucha de la capa que la cubría mostrando un largo y brillante pelo blanquecino, su piel clara contrastaba ampliamente

con la túnica que la cubría de pies a cabeza. Junto a ella, su reflejo lo formaba un hombre de tez oscura y cabello negro cubierto por la misma ropa. Dryah los reconoció a ambos como la Fuente Universal, después de sus anteriores encuentros empezaba a reconocer su presencia.

—No, pequeña alma, tú y ella sois una y la misma —le respondió la mujer al tiempo que caminaba hacia su reflejo sobre el altar—. Te necesita para vivir, como tú la necesitas a ella...

—Ni siquiera soy capaz de protegerla... de protegernos... —murmuró ella mirando su reflejo con pena—. ¿Qué hay de especial en mí para que me la hayáis entregado? Sólo soy un alma maldita, no tengo valor.

Una mano de piel blanca se posó en su mejilla magullada, mientras su contraparte posaba una mano más oscura en su hombro, rodeándola con su aura y poder.

—Alma de Eidryen —susurró la mujer—, el pasado que has tenido y el futuro al que llegarás es uno solo, como lo eres tú.

—Eres una sola entidad, Dreamara, hija del Destino y la Esperanza, nuestro Libre Albedrío —continuó la voz del hombre, mucho más oscura y profunda que la de la mujer—. Has nacido de nuevo para mantener el equilibrio junto al Juez Supremo. Suya es la mitad de tu alma, como tuya es su mitad. Nada de lo que hacemos está hecho al azar, pequeña alma sentenciada.

Ella bajó la mirada a sus pies descalzos.

— ¿Y por qué me siento dividida? —preguntó alzando de nuevo la mirada hacia su reflejo dormido.

La mano femenina se deslizó por su rostro, obligándola a encontrar su mirada.

—Porque has sido dividida, despojada y privada de aquello que es tuyo por derecho —le dijo ella, su mano tomó la de Dryah y la posó sobre las manos enlazadas de su espejo—. Y con cada nueva hoja que cae, pierdes también tu vida y es algo que no podemos permitir que suceda.

—Tu muerte sólo traería consigo más muerte y ya estamos cansados de tanta oscuridad. El Juez está exhausto, cada paso que ha dado en el camino lo ha ido acercando al límite, necesita de tu luz para continuar, de la mitad de su alma para mantenerse en el camino correcto —continuó esta vez el hombre y posó la mano libre sobre las de ambas—. Abandonarle es abandonarnos, abandonarnos es abandonarle.

—Nunca podría abandonarle... yo... —su voz se desvaneció ante lo que estaba a punto de confesar—. Le amo.

Aquella era la única verdad, el mayor temor que alojaba su corazón. El amor que sentía por Shayler, el cariño que él se había ganado con su paciencia y dedicación.

—El amor es sin duda la fuerza más poderosa del Universo, úsala sabiamente, pequeña Dryah —le susurró antes de que ambos retiraran las manos y la dejaran frente a su espejo.

Esta abrió los ojos de un azul tan intenso como el suyo, se incorporó lentamente hasta quedar sentada y su capucha cayó hacia atrás mostrando su larga cascada de rizos dorados. Su mirada se clavó en la propia y pudo ver allí todo el poder, la soledad y la tristeza, así como la alegría y los nuevos descubrimientos que había hecho en su nueva vida, pero faltaba algo... ella estaba incompleta... como lo estaba en sí misma.

—Has estado rechazando tu verdadera esencia incluso cuando la has aceptado, de otra manera ningún poder habría podido dividirte. —Las dos figuras encapuchadas estaban ahora a su espalda.

Su reflejo no se movió ni articuló palabra alguna, se limitó a permanecer allí con la mirada triste, perdida, como lo había estado el día en que abrió los ojos y comprendió que todo su mundo había cambiado, que todo lo que una vez fue parte de ella, ya no existía. Conocía esa mortal soledad que reflejaban sus ojos, la desesperación que vagaba en su rostro y la esperanza que se retorció en sus manos.

—No quiero estar sola... —susurró apretando la mano de aquel espejo que permanecía ante ella—. No quiero enfrentarme a un mundo que no conozco en

soledad, no quiero esgrimir un poder que no entiendo en soledad. Pero ya no estaré sola... él está conmigo... con las dos... y lucharemos para alejarlo de su oscuridad, aunque tenga que estar encadenada a su destino para que eso suceda.

Su reflejo sonrió y la rodeó con sus brazos, fundiéndose en un abrazo antes de convertirse en luz e inundarla por completo.

Dryah recuperó entonces la conciencia del Universo, sintió el cálido poder corriendo por sus venas, arropándola, plegándose a sus deseos, a sus movimientos, toda ella era Libre Albedrío y como tal, haría su voluntad.

—Te queda una larga lucha por delante, Consorte Universal y llegará el momento en que pediremos algo de ti —dijeron las dos figuras a su espalda en una sola voz—. Y sólo aceptaremos tu palabra por respuesta.

Ella se volvió entonces a la Fuente, su mirada era la de una guerrera, decidida a luchar y recuperar aquello que era suyo por derecho.

—Tenéis mi palabra —susurró y ejecutó una antigua venia que solamente se había reservado para los dioses más importantes del universo.

Ellos sonrieron y la mujer inclinó la cabeza.

—Vive, Libre Albedrío, es el único pago que pedimos.

Ella asintió.

—Viviré.

Lyon encendió su tercer cigarrillo y le dio una profunda calada, había dejado de fumar hacía más de un año y el retomarlo ahora no era sino una excusa para no salir por la puerta y romper un par de cabezas, preferiblemente las de algún dios que hubiese decidido escoger aquel momento para joderlo. Expulsó el humo lentamente, formando anillos con su lengua mientras recorría con la mirada la transitada calle a través de la ventana. En aquel mundo al otro lado del cristal, la gente seguía con sus vidas inconscientes de las batallas que los dioses libraban por la supremacía, inconscientes de poderes realmente

aterradores y que harían que más de uno de ellos se meara en los pantalones. Sí, los humanos bien podían ser una especie protegida, por que pasase lo que pasase, no se enteraban de nada, vivían en su linda burbuja de ruido, contaminación, atracos, pederastia, asesinato y todos los males que habían expulsado al mundo.

John abrió entonces la puerta de la oficina del Juez, más utilizada por él que por Shayler y salió como una exhalación cruzando la sala en una rápida carrera que terminó en un frenazo frente a la puerta que empezaba a abrirse en ese momento.

Los acordes que había estado interpretando Jaek al piano se detuvieron inmediatamente, seguidos por el arrastrar de la banqueta por el suelo de madera, todos tenían su mirada puesta en el antiguo Guardián, la puerta y el hombre que permanecía del otro lado, apoyado en el umbral con aspecto cansado.

Shayler posó una mano sobre el hombro de su hermano y apenas le dedicó una mirada antes de traspasar el umbral y reunirse con los demás en la sala de recepción.

—Ey, muchacho —se le acercó Lyon, intentando dar con la frase correcta.

El Juez se limitó a sacarle el cigarrillo de las manos, darle una profunda calada y soltar el humo, antes de abrir la ventana y lanzar el cigarrillo por ella.

—El hijo puta de Tarsis tiene a Dryah —dijo sin más dilación.

Todos maldijeron ante las noticias.

—La traeremos de vuelta —se adelantó Lyon.

Él asintió y miró a John.

— ¿Qué sabes de un par de brazaletes gemelos de oro con inscripciones y creo que dos cabezas de serpiente? —preguntó directamente, su mirada yendo de John a los demás.

Su hermano negó con la cabeza, al igual que los demás.

—Son el motivo principal de que no podamos sentir el Libre Albedrío. Todavía no entiendo cómo pero ese hijo de puta se ha hecho con los brazaletes y según me han relatado, pueden no sólo contener uno de los poderes más fieros del universo, si no también almacenarlo... —Shayler tuvo que apretar los dientes con fuerza antes de añadir—. Aunque ello traiga consigo la muerte del portador.

John abrió ligeramente los ojos al comprender.

—Están alrededor de las muñecas de Dryah —comprendió, su mirada fue hacia sus compañeros.

—La está matando... —corroboró Shayler—. Pero todo lo que ha hecho no le servirá de nada si antes no la lleva a la Puerta de las Almas. Tienen la ilusoria esperanza de que ella la abra y pueda hacer un intercambio.

— ¿Intercambio?

Shayler asintió en dirección a Jaek.

—Quiere traer de vuelta a Elora.

El hombre sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero eso es una locura —aseguró Jaek

—En ningún momento dije que ese hijo de puta estuviese cuerdo —respondió él. Su tono era bajo, mortal.

Los hombres guardaron silencio durante unos instantes mientras intentaban digerir lo que les estaba contando su jefe. Shayler se pasó una mano por el pelo, sólo John se percató del ligero temblor en los dedos del Juez, así como el doloroso brillo en sus ojos. Él había tenido que llevar a cabo una de las tareas más odiadas por cualquiera con un poco de compasión, dar muerte a un hermano. Su primer destierro. Y por si eso fuese poco, la mujer a la que amaba más que a su vida, algo de lo que ya no le quedaba duda, había sido raptada prácticamente bajo sus narices y se estaba muriendo, sabían los dioses

donde.

¿Es que la penitencia que tenía que soportar ese chico no acabaría nunca?

—Convocaré a La Fuente a ver si pueden decirnos algo más sobre esos brazaletes —le dijo.

Shayler se limitó a asentir.

—Comuníquale también, que el... Destierro, se ha llevado a cabo —añadió con voz profunda, libre de cualquier expresión.

Los tres se miraron entre ellos durante un instante y compartieron un incómodo silencio solamente roto por la respiración de los guerreros. Él se volvió entonces hacia John y añadió.

—Y diles también a esos hijos de puta que recuperaré a mi mujer cueste lo que cueste y me importa una mierda que les guste o no —remató con fiereza.

—Eso, amigo, te ha salvado de una paliza.

Shayler se volvió hacia la puerta para ver allí en el umbral al Cazador de Almas. Nyxx llenaba el vano de la puerta con su altura, su apariencia oscura y letal, incrementada por la enorme cantidad de armas que se adivinaban bajo la ropa. Una de sus manos estaba enguantada, como siempre, presumiblemente para cubrir alguna cicatriz. El Cazador lo fulminó con la mirada mientras entraba en la oficina con ese andar mortal a la par que elegante, sus ojos verdes brillaban con rabia contenida, claramente estaba haciendo su mejor esfuerzo para no saltarle encima y molerlo a palos. Tan pronto como estuvo frente a él, le asestó un puñetazo certero que lo envió directo al suelo, con el labio partido y escupiendo sangre. Lyon y Jaek no dudaron en armarse a sí mismos y enfrentarse al Cazador.

— ¡No! —clamó él al tiempo que alzaba una mano para detener a sus compañeros.

Nyxx apenas les dedicó una mirada por encima del hombro antes de ir hacia él y tenderle la mano.

—De eso, si no te salvabas —aclaró el Cazador.

Shayler lo miró con recelo, pero aceptó su mano y dejó que tirara de él para ponerlo en pie.

—Te dije que cuidaras de ella, ¿no es así? ¿Y tú qué haces? Te la follas, consigues que os casen y finalmente la dejas sola cuando sabías que esa zorra psicótica no podía ni verla delante. Debería matarte —siseó casi nariz con nariz—. Pero eso seguramente la haría llorar y odio, realmente odio sus lágrimas.

Se mantuvo en silencio, el tormento que había en sus ojos le decía al Cazador todo lo que necesitaba saber. Sí, debería matarlo. De hecho, le encantaría pegarle y dejarlo hecho un amasijo de carne en el suelo, pero dudaba que el Juez se dejara y por otro lado, nadie con esa mirada merecía que lo golpearan cuando la culpa de ello lo estaba matando ya.

El Juez se recompuso inmediatamente, poniendo nuevamente sus emociones bajo control.

—Necesito acceso a La Puerta de las Almas —dijo con tono frío, mortal.

Nyxx se echó a reír.

—Oh, bueno, eso podemos arreglarlo. No sabía que tenías tanta prisa por morir.

Shayler lo agarró de la camiseta y cerró su mirada en la del lobo.

—Tarsis pretende canjear a Dryah por Elora —masculló perdiendo ya la escasa paciencia que le quedaba—. Mi esposa se muere por qué ese hijo de puta ha encerrado el Libre Albedrío con la ayuda de unos jodidos brazaletes, así que, no me empujes, Nyxx, hoy llevo un día de perros.

Nyxx se soltó de su agarre y dio un paso atrás cuando las palabras del Juez empezaron a colarse en su cerebro.

—La Puerta sólo se abre cuando hay un alma cerca de ella y no vuelve a cerrarse hasta que la arrastra en su interior —explicó mortalmente serio—. No

existen trueques, Juez. Es unidireccional. Dryah ha estado delante de esa puerta una vez, no le permitirá permanecer ante ella una segunda sin reclamarla y una vez que lo haga, no habrá vuelta atrás, yo ya no podré evitarlo. La perderemos para siempre.

Shayler apretó las manos, los tatuajes de sus manos brillaron un instante y al siguiente estaba empuñando sus dagas.

—En ese caso, será mejor darse prisa —asintió con fuerte convicción—. Porque no tengo intención de perderla.

El Cazador esbozó una perezosa sonrisa al tiempo que posaba la mano sobre el hombro del Juez.

—Creo que éste es tan buen momento como otro para que hagamos una visita a mi jefe —aseguró Nyxx con renovado interés.

Dryah cerró los ojos y al volver a abrirlos se encontró observando un punto fijo en la pared color arena de una amueblada habitación. La ventana abierta a su lado dejaba entrar una fresca brisa con aroma a sal mientras se escuchaban unos ahogados jadeos y gemidos procedentes de la puerta que encontró abierta a su espalda. Lo ocurrido en las últimas horas pasó como una flecha por su mente, fragmentos de conversaciones, los golpes, la humillación, los locos planes que había debatido Tarsis cuando ella no era consciente de nada excepto obedecer sus órdenes. Apretó los labios con fuerza al recordar cada una de esas precisas órdenes, sus ojos salieron disparados hacia la habitación y hubiese jurado que podría abrir un agujero con la intensidad de su mirada en aquella pared. Oh, aquello le iba a salir muy, muy caro.

Se sorprendió a sí misma al sentir aquella vena vengativa, pero sonrió para sí al darse cuenta de algo. Había vuelto y esta vez con todo lo que era.

Deslizó la mano por la garganta y la encontró rodeada todavía por aquel collar que la había privado de su voluntad, si bien el poder que mantenía su poder de decisión cautivo se había extinguido, el metal no se desprendía. Los brazaletes que rodeaban sus muñecas atrajeron entonces su atención, podía sentir como por sus venas corría el poder del Libre Albedrío, pero las restricciones seguían allí y con ellas el peligro sobre su vida.

Un nuevo gemido seguido por un grito salió de la habitación haciéndola sentirse asqueada, las arcadas amenazaron con entrar en escena. No se oponía al sexo, pero el pensar en aquel demonio y sus previas intenciones, le entraban unas enormes ganas de castrarlo.

Su mente voló en cambio hacia su consorte. Lo que había dicho Tarsis delante de ella todavía resultaba confuso en su mente, como si todo aquello permaneciera en medio de una densa niebla de la que solamente podía arrancar algunos fragmentos, y uno de ellos era el de Uras... Aquella mujer la había raptado y entonces... su esencia se había apagado hasta desaparecer en un único momento en el que sintió el poder del Juez alcanzando su punto más álgido y seguidamente el fin del de la Guardian. La agonía se extendió por su interior ante la repentina comprensión. No, Shayler se moriría. No podía ser verdad, la Fuente Universal no podía ser tan cruel como para obligarle a sesgar la vida de uno de sus hermanos. Necesitaba llegar a él como fuera, si lo que había dicho la zorra que estaba con Tarsis contenía algo de verdad, el Juez estaría pasando ahora mismo un infierno.

Su mirada voló nuevamente hacia la habitación, sus piernas ya se habían puesto en movimiento solo para obligarlas a detenerse a los pocos pasos. No conseguiría nada enfrentándose a ellos, no era una guerrera, ésa era la verdad, su poder todavía seguía bajo ataduras y el vínculo que la unía a su consorte y al Universo, parecía haberse interrumpido de alguna forma, ahogado a cualquier intento de su parte por alcanzarles. No. Tendría que ser más inteligente que sus captores, esperar el momento oportuno y rogar que Shayler diera con ella antes de que fuera demasiado tarde. Sabía que él la buscaría, así tuviese que remover cielo y tierra, daría con ella.

— ¿La Puerta de las Almas? —Una profunda voz femenina llegó procedente del otro lado de la habitación, seguida por una profunda respiración y el roce de las ropas—. Ahora sí que te has vuelto loco, Tarsis. Nadie entra en los dominios del Señor de las Almas sin invitación... o sin estar muerto.

—Mi invitación está justo ahí fuera, querida —respondió el aludido con una voz profunda y oscuramente sensual que se filtró en su cuerpo asqueándola—. Todo lo que necesito es el alma que habitará en su cuerpo cuando el Libre Albedrío quede finalmente confinado en los brazaletes.

Dryah apretó los dientes con frustración, algunos fragmentos de conversaciones habían acudido a su memoria, monólogos que Tarsis mantuvo creyéndola inconsciente de todo lo que la rodeaba, él quería llevarla ante la Puerta de las Almas y canjearla por Elora, estaba convencido de que una vez que el Libre Albedrío la dejara, volvería a ser simplemente un alma y podría recuperar a la divinidad.

La obsesión de aquel hombre por la diosa de la Esperanza iba más allá de la locura, desde que podía recordar Elora había estado enamorada de Eidryen y fue por causa de ese amor y los celos que ella cobró vida. Por lo que podía recordar, Elora nunca había tenido nada que ver con Tarsis y con todo, él estaba dispuesto a sacrificarla con tal de recuperar a la diosa.

Se tensó, la intención de Tarsis era separar y dividir su esencia, encerrando al Libre Albedrío, sólo quedaría su alma para el intercambio que necesitaba. Pero el Libre Albedrío, era una parte de sí misma, la mataría si la dividía de esa manera. Bajó la mirada a sus manos enjauladas con aquellos grilletes de oro, podía sentir como la vida se escapaba, como el Libre Albedrío luchaba con el confinamiento al que lo estaban destinando. La Fuente se lo había advertido, su tiempo empezaba a agotarse, cada segundo, cada minuto que pasaba las separaba un poco más, no importaba que ella la hubiese aceptado por completo, que se hubiese aceptado a sí misma, el poder de esos brazaletes era demasiado fuerte, si no se deshacía de ellos, el Libre Albedrío quedaría confinado y ella moriría.

La voz de Tarsis sonó mucho más cercana ahora, parecía que los juegos de cama habían llegado a su fin y tenía ya otros planes en mente. Dryah guardó silencio y mantuvo la mirada ausente en todo momento, fingiendo ser la muñeca sin cerebro en la que se había convertido bajo el control del collar.

—Ella será la que me devuelva lo que me robaron —comentaba el dios cruzando ya el umbral de la puerta totalmente desnudo a excepción de unos pantalones de cuero negro que moldeaban un prieto culo y largas piernas—. Corregirá el error que surgió con su nacimiento.

Con paso lento y despreocupado se fue acercando a ella, contemplándola mientras permanecía con la mirada perdida a través de la ventana, sus largos dedos ascendieron a su rostro, acariciándole la piel mientras recogía unos

suaves mechones de pelo entre sus dedos para comprobar su textura. Ella tuvo que luchar para no dar señal alguna de reconocimiento a pesar de que todo en su interior le gritaba que se alejara de ese contacto.

—Fue una pena que las cosas no saliesen entonces como debían —susurró Tarsis, su boca muy cerca de su oído, su aliento le calentó la piel e hizo que se le encogiese el estómago—. Ella no debió crearte, tenía que haber destruido el alma de su amante tal y como esperaba, no crearte a ti a partir de ella. —Sus dedos se movieron sobre la piel desnuda de sus hombros, su mirada no dejaba de recorrerla—. Lo tenía todo planeado tan cuidadosamente y entonces... una sola palabra de ese maldito Eidryen y ella dudó. No hay nada tan imprevisible como una mujer enamorada y celosa.

Dryah se encogió interiormente ante la repentina confesión de los hechos de su nacimiento. Eidryen nunca le dijo exactamente por qué la diosa la había creado, cada vez que intentaba preguntar a su protector o a la diosa que le dió la vida, todo lo que encontraba eran evasivas. Elora ni siquiera podía mirarla a los ojos, la diosa a menudo la evitaba, no la quería en su presencia y había supuesto que era porque ella le recordaba su mayor error. Dryah empezó a sentir que le faltaba el aire, su garganta se cerró cuando todo lo que deseaba era gritar y maldecir a ese hombre, él era el único culpable de su presencia en el mundo.

<<Estabas destinada a él, Libre Albedrío. Tu nacimiento debía darse de una manera u otra. Debe existir un equilibrio. No te rindas ahora>>.

Aquella cálida voz se filtró nuevamente en su mente, haciendo a un lado el dolor y el rencor, calmándola, trayendo a su mente la imagen del hombre que más significaba en su vida, el único por el que debía luchar.

—Te estás debilitando, puedo sentir como tu alma se divide. —La voz de Tarsis volvió a cobrar protagonismo—. Debemos darnos prisa, tú me devolverás lo que es mío por derecho. —Su mirada volvió entonces por encima del hombro hacia el dormitorio donde todavía se oía a la otra mujer—. Y esa estúpida zorra, también cumplirá con su cometido.

Sus palabras fueron dichas en un bajo ronroneo, pero tan letal que envió un profundo escalofrío por todo su cuerpo. Dryah tembló interiormente haciendo

un esfuerzo sobrehumano para evitar que sus emociones se reflejaran sobre ella. Fuese lo que fuese lo que Tarsis reservaba para su amante, empezaba a comprender que su destino no sería mejor que el de ella misma.

CAPÍTULO 33

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Tarsis —murmuró Terra mirando a su alrededor con inquietud, era obvio que la mujer no quería estar allí—, puede que a Seybin no le guste verme rondando por sus dominios...pero a ti, a ti te matará.

Él apenas la miró al dirigirse a ella.

—Siempre te ha gustado jugar con el diablo, querida —le dijo con ironía—. No te quejes si ahora decide invitarte a su fiesta.

Terra chasqueó la lengua y observó a la muchacha que caminaba ante ella con una túnica negra como única vestimenta. Tarsis no se había molestado en vestirla o calzarla después de que se la entregasen, había hecho destellar esos harapos sobre su cuerpo desnudo. Su voluntad había sido completamente anulada permitiéndole al hombre que hiciese lo que quisiera con ella, por suerte para la pequeña rubia, él estaba demasiado ocupado en su cama como para buscar algo en ella que no fuera el medio para recuperar a esa diosa suya.

Sonrió para sí pensando en lo estúpidos que podían llegar a ser los hombres, incluso aquellos que se creían más inteligentes. Su amante se había equivocado con ella y muy pronto iba a descubrir cuan astuta y maliciosa podía llegar a ser realmente una mujer cuando estaba su propia piel en juego.

—Siempre me ha gustado una buena fiesta, cariño —aseguró con un fiero brillo en sus ojos—. Sobre todo, cuando no soy el menú principal, sino que lo es ella.

Tarsis ignoró el comentario y se volvió hacia la muchacha que caminaba a su

lado como una autómata.

—El caminar por estos corredores debe ser como volver al vientre materno para ti, ¿no es así, pequeña alma? —le susurró al oído.

Los recuerdos de aquel trayecto todavía permanecían frescos en la mente de Dryah, reconocía cada uno de los giros y vueltas del oscuro pasillo que conducían a la parte más profunda del dominio del Señor de las Almas y al volver a recorrerlos por segunda vez, llevando consigo a aquel ser egocéntrico, no hacía si no recordarle la ironía de su destino.

Siempre cazada. De un modo u otro, su vida siempre volvía a aquel lugar, donde había comenzado todo. La oscura caverna que sabía se hallaba al final del laberíntico descenso había sido su cuna, su condena y ahora también sería su tumba.

Dryah cerró con fuerza los ojos y respiró tan profundamente como pudo intentando no ahogarse en aquel aire viciado con olor a tierra y polvo, a muerte y eternidad. Necesitaba de todos sus sentidos para enfrentarse a la difícil prueba que le esperaba. Cada paso que daba la acercaba más y más a los primeros recuerdos que poseían, los de su creación. Unos recuerdos brumosos y dolorosos.

—Seguro que en algún lugar de tu cabecita todavía puedes recordarlos —oyó que comentaba él. El dios había permanecido durante todo el descenso a su espalda, con una mano firmemente cerrada alrededor de su brazo mientras que la otra portaba la bola de luz que emergía de su palma iluminando el sendero por delante de ellos. Ella no había respondido y mantuvo en todo momento el rostro inexpresivo y la mirada distante—. La persecución debió de ser absolutamente deliciosa.

—Sólo tú podrías considerar delicioso algo como eso, Tarsis —farfulló Terra caminando por detrás de ellos—. El Cazador de Almas no consideró tan divertido el castigo que recibió por ello.

Hubo un nuevo momento de silencio mientras ella se detenía en la siguiente encrucijada y se perdía en sus recuerdos. El sonido de la respiración escapando de su boca, el ardor en sus pulmones mientras corría, echando

rápidos vistazos por encima del hombro, los gruñidos y las pisadas cada vez más cerca mientras intentaban darle caza... Él había estado más que dispuesto a matarla en aquella ocasión, era su trabajo y lo cumplía al pie de la letra.

Ella había corrido por su vida, las lágrimas empañando su visión, las piedras del suelo la hicieron tropezar en múltiples ocasiones mientras en sus oídos sólo escuchaba el desesperado latido de su corazón al precipitarse por aquellos interminables corredores.

Su mirada giró hacia la izquierda, observó la pared desigual y la mancha oscura que había sobre ella, la oscuridad dada por la sangre... su propia sangre. Sin decir una palabra se encaminó en esa dirección, seguida de cerca por Tarsis.

—Es una pena que el todo poderoso Juez errara en su juicio con respecto a ti —continuó el dios pese al mutismo de ella—. Pero no se puede culpar a un hombre por tentar al destino cuando la mujer que desea está de por medio. Realmente, las circunstancias hacen los más extraños compañeros de cama.

El silencio se mantuvo nuevamente hasta que el último de los corredores empezó a ampliarse más y más hasta abrirse y alzarse iluminado por la tenue luz que recibía la enorme caverna de las antorchas coronadas por llamas eternas que ardían sobre las paredes. A lo lejos, cruzando la sala, se alzaba majestuosa la Puerta de las Almas.

Dryah se estremeció al posar sus ojos sobre aquella enorme losa de piedra tallada con imágenes del infierno y el cielo, de figuras encapuchadas siendo arrastradas por manos desde todos lados. La chica dio un instintivo paso atrás, mientras sus oídos se llenaban de susurros y su piel era recorrida por una brisa invisible tan fría, que le dejó la carne de gallina.

Los recuerdos volvieron a asaltarla, viéndose así misma allí de pie muchos siglos atrás, entre aquella enorme puerta y la amenazadora hoja del Cazador de Almas que había estado más que dispuesto a devolverla al lugar al que pertenecía. Nyxx la había perseguido sin descanso durante horas y horas, acorralándola, guiándola sin que ella fuera consciente hasta ese mismo lugar, la hoja de sus cuchillos emitiendo un brillo mortal mientras la acechaba y se cernía sobre ella como un lobo sobre su presa.

Y entonces la había apuñalado.

Un ahogado jadeo había escapado de entre los labios de ella, seguido por la atónita mirada en los ojos del Cazador cuando estos bajaron a la sangre que manchaba su cuchillo y se filtraba por la túnica de ella. Él la retenía todavía en sus brazos, mientras la luz en sus ojos se diluía, oscureciéndose y la vida se le escapaba poco a poco. A sus espaldas, el ensordecedor sonido de la piedra rozando con el suelo hacía de banda sonora, al tiempo que los gritos y los apresurados pasos de los dioses resonaban en la caverna.

—No... es... posible... eres un alma... tu sangre...

— ¡Maldición, Nyxx! ¡Qué mierda has hecho! —Había clamado Seybin.

— ¡Dreamara! —Había sido la voz de Eidryen la que evitó que se uniera a las voces que la llamaban desde la puerta, a las manos que se estiraban a por ella.

Y entonces Nyxx había hecho lo que nadie esperaba, se había cortado la mano ofreciendo su sangre a la puerta. Sólo ella había visto como una mano de luz traspasaba el neblinoso umbral tomando la del Cazador sellando aquel silencioso pacto y dejándole las quemaduras cuyas cicatrices Nyxx ocultaba bajo el guante.

El Cazador había empeñado su propio destino aquella noche, nadie sabía a ciencia cierta que trato había sellado pero a juzgar por la mirada en los ojos verdes, intuía que sería parte del infierno.

Un tirón en su brazo la devolvió al presente. Tarsis la había cogido por el codo y ahora permanecían frente a frente, sus ojos llameando con una intensa mirada que la mantuvo congelada en el lugar y que permitió que el dios supiera que ya no estaba bajo su influencia.

Una irónica sonrisa estiró sus labios.

—Astuta y mucho más poderosa de lo que habíamos anticipado —murmuró deslizando su mano desde el codo de ella hasta la muñeca, tomando su mano entre sus dedos para alzarla gentilmente hacia su boca—. Debo confesarlo. Tenía mis dudas sobre el poder del collar sobre ti, me sorprende que hayas

podido eludirlo cuando ya no tienes acceso a tu poder.

Dryah lo miró con frialdad, sus ojos brillaban con un odio que no pensó que pudiera sentir hacia otro ser en el universo.

Él rió y besó el dorso de su mano antes de soltarla.

—Tienes la misma mirada que ella —le dijo al tiempo que le alzaba el mentón—. Sin duda, vas a ser un buen cambio.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No cuentes con ello —siseó con voz clara, concisa. Las voces y murmullos que salían de aquella enorme puerta e inundaban la sala, parecieron ganar intensidad ante su voz—. No abriré la puerta para ti... ni para nadie.

Los ojos del dios se fijaron en sus brazaletes.

—Lo harás —aseguró con absoluta y desapasionada convicción—. No tendrás elección... de un modo u otro, esa puerta se abrirá y reclamará lo que tanto tiempo le fue negado. Y yo estaré justo aquí para verlo y hacer el cambio preciso.

Ella se estremeció interiormente.

—Adoro a las mujeres inteligentes —sonrió recorriendo su cuerpo con la mirada—. Es una lástima que tu muerte sea más seductora para mí que tu cuerpo.

Dryah negó con la cabeza y se apartó un paso de él para mantener la distancia.

—No podrás traerla de vuelta, Tarsis. Ella no volverá.

Ella vio cómo se oscurecían las facciones de Tarsis cuando oyó aquella profunda y poderosa voz a sus espaldas. Los tres se volvieron a tiempo de ver a Seybin, el Señor de las Almas saliendo de entre las sombras, el hombre vestía un impecable y caro traje hecho a medida en seda negra a juego con una camisa color rojo sangre que mostraba parte de sus bronceados y torneados pectorales, su forma de caminar era tan sensual como mortal, digna de una

pasarela de moda con una de sus manos en el bolsillo y otra colgando descuidadamente a un costado. El dios era tan irresistible como mortal.

—Tus razones deben ser absolutamente poderosas y tus pelotas enormes para adentrarte en mis dominios sin invitación, Tarsis —continuó Seybin e inclinó la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua—. No obstante, encajarías realmente bien en la categoría de “suicidas”. Sólo alguien lo suficientemente estúpido bajaría aquí para mear sobre mis zapatos italianos.

Su mirada cambió entonces hacia Terra y arqueó una ceja al tiempo que ladeaba la cabeza.

—Siempre buscando asociaciones de lo más extrañas, Terra —chasqueó la lengua—. Empiezo a pensar seriamente en que tu último castigo no fue tan bueno como debería.

Terra puso los ojos en blanco, pero se contuvo a la hora de responder.

—Cualquier castigo que sale de tus manos no es precisamente dulce, Mi Señor —lo galanteó con una leve inclinación de cabeza.

—Retírate, Terra —le susurró Seybin, sus ojos llameando con una obvia advertencia—, a no ser que quieras unir tu futuro al de Tarsis.

Ella cruzó la mirada con Tarsis, el dios parecía ligeramente sorprendido, pero más allá de la sorpresa llameaba un profundo odio; Su traición no era algo con lo que hubiese contado.

—Deberías haberme escuchado cuando te dije que las mujeres somos las criaturas más imprevisibles, querido —le dijo con una burlona y maliciosa sonrisa, antes de volverse hacia Seybin y con un ondear de sus dedos a modo de despedida se desvaneció.

—Zorra traicionera —masculló Tarsis en voz baja.

Seybin lo miró con ironía.

—No tienes idea.

La mirada del Señor de las Almas cayó ahora sobre Dryah suavizándose hasta que hizo un recorrido exhaustivo de su cuerpo y tomó nota de la costra en el labio, el juego de amarillos y morados sobre su mejilla para finalmente oscurecerse por completo al caer sobre las muñecas de la chica y reconocer los brazaletes.

—Así que éste es el motivo de que se haya descompensado el equilibrio de poder —comentó volviendo a alzar la mirada hacia Dryah, notando finalmente los morados bajo sus ojos, la falta de brillo en ellos y el agotamiento que la acercaba al final—. Has contenido al Libre Albedrío o mejor dicho, lo estás reuniendo en esos brazaletes. La estás matando lentamente.

Dryah se mantuvo firme pese a que las palabras de Seybin no hacían más que confirmar lo que su cuerpo estaba experimentando, lo que su espíritu sabía más allá de cualquier duda. Se debilitaba a pasos agigantados. Se moría.

Tarsis resopló con sorna, ignorando el sufrimiento de la chica.

—Deberías estar contento, voy a devolverla al lugar al que pertenece —le dijo con sorna—. A dónde nunca debió haber salido. ¿Tengo que recordarte que es algo que tú mismo dijiste una vez?

Seybin arqueó una de sus oscuras y perfectas cejas.

— ¿Eso quiere decir que alguien escucha lo que digo? —se burló el dios—. A Nyxx le dará un apoplejía cuando lo sepa... pensaba que era el único con ese honor.

El dios volvió a mirar a Dryah y examinó los morados de su mejilla.

— ¿Algo de esto ha venido de esa pequeña zorra traicionera de tacones de aguja? —le preguntó con voz suave, baja, demasiado mortal.

Ella no respondió, pero Seybin tampoco pareció necesitarla.

—Estupendo, una nueva alma para mi colección —aseguró el dios con un encantado suspiro, entonces se volvió hacia Tarsis—. Así que... ¿Vamos a quedarnos aquí y ver qué sucede?

Tarsis dejó escapar una sonrisa mitad bufido pero no soltó a Dryah si no que la llevó consigo hacia la enorme puerta de piedra que se alzaba imponente ante ellos. La mirada de ella se amplió, deteniéndose en seco, negándose a seguir cuando empezó a escuchar las mismas voces que había oído la vez que la trajera Nyxx, pero en esta ocasión las voces no gritaban, eran simples susurros.

—Oyes las voces, ¿no es así? —Tarsis sonrió complacido al ver la mirada de horror en los ojos azules de la muchacha—. Las oyes llamándote, gritan tu nombre, te suplican, quieren que vayas a ellas... ¿No es así como funciona, Seybin?

El Señor de las Almas se cruzó de brazos y cruzó la mirada con la de ella para finalmente asentir.

— ¿Te susurran? —preguntó el dios sin emoción en la voz, buscando la respuesta en su mirada. Ella asintió lentamente—. Se irán haciendo más altas a medida... que el Libre Albedrío te vaya abandonando.

Dryah cerró los ojos y asintió en silencio. Una manera sutil de conformarle su sentencia de muerte y que cuánto más cerca estuviese de esta, más altas se harían las voces hasta convertirse en ensordecedores gritos que la atraparían en su tela. Así que, después de todo, éste era el final. Quería gritar y llorar hasta que su garganta y sus ojos quedaran secos, deseaba maldecir a todos y cada uno de los que habían formado parte de aquella parodia de vida que le habían dado, una vida que solo ahora comenzaba a cobrar sentido. Solo ahora que lo había encontrado a él.

— ¿No puedo hacer nada para evitarlo? —preguntó a pesar de todo, las lágrimas reuniéndose ya en sus ojos.

Seybin se limitó a susurrar.

—Ya sabes lo que ocurrió la última vez —contestó Seybin con firme suavidad—. Me temo que tú no podrás hacer nada, alma.

Dryah sacudió la cabeza.

—Es Dryah —declaró con fuerza, intentando soltarse del agarre de Tarsis sin conseguirlo—. Soy y siempre seré Dryah.

Ella alzó la mirada entonces hacia Tarsis, sus ojos brillando con la pura determinación, los dedos masculinos se hundían sin piedad en la tierna carne de su brazo pero eso no evitó que intentara alejarse de él.

—No tienes elección —le dijo él con sorna.

Ella entrecerró los ojos y alzó la barbilla.

—Si desaparezco de este mundo, Tarsis, me aseguraré de que sea sin que obtengas lo que has venido a buscar.

El hombre se tensó, la furia brillaba en sus ojos, todo él estaba listo para hacerla pagar por sus palabras cuando levantó la mano en alto dispuesto a golpearla.

—Tócala y eres hombre muerto.

Dryah dejó escapar un angustiado jadeo, su corazón se saltó un latido mientras se volvía lentamente en dirección a aquella profunda y poderosa voz masculina que conseguía derretir todas sus defensas. El Juez Supremo de la Fuente Universal se alzaba en toda su estatura y poder, sus inseparables dagas empuñadas por sus manos mientras era flanqueado por sus Guardianes y por Nyxx, el Cazador de Almas de Seybin.

El infierno se había desatado y ellos estaban allí para luchar.

— ¿Se te ha olvidado lo que es la puntualidad, chucho? —murmuró Seybin poniendo los ojos en blanco.

—No me jodas —masculló Nyxx con una mueca dejando el grupo para caminar hacia su amo y señor.

Shayler permitió que su mirada dejase al dios que había firmado su sentencia de muerte para recorrer rápidamente a su compañera y aliviar la desesperación que había sentido, sin embargo, el fuego de su rabia fue el que aumentó al notar las marcas sobre su rostro, las profundas sombras bajo sus

ojos lo cual palidecía ante el lacerante dolor que atravesó su alma cuando captó su línea de vida apagándose y oyó el desesperado grito del Libre Albedrío que estaba siendo arrancado a la fuerza de su otra mitad por los brazaletes que rodeaban las delgadas muñecas.

La estaba perdiendo... ahora que al fin la había encontrado... iba a perderla de nuevo.

—No puede ser... —se negó a aceptarlo a pesar de que la realidad se hundía en su alma con afiladas garras—. Ahora no...

El rostro de Nyxx palideció cuando captó lo mismo que había captado el Juez.

—Su poder... apenas lo siento ya... —murmuró Lyon, palideciendo a su vez.

John jadeó al sentir exactamente lo mismo, un absoluto vacío allí donde debía estar el Libre Albedrío.

—La está matando... —No podía dar crédito.

Jaek negó con la cabeza, incrédulo. Si bien todos habían sido conscientes de lo que los esperaba, sentirlo en sus propias almas era algo que los aterraba.

— ¿Cómo puede...?

El poder de Shayler crepitó a su alrededor, ampliándose y extendiéndose alimentado por las tumultuosas emociones que lo desgarraban vivo, el odio y una inusitada rabia ardían a fuego lento en sus ojos fijos de nuevo en el dios. No podía perderla, no ahora, no cuando la había encontrado después de tan larga espera.

Si moría... él se iría con ella.

—Eres hombre muerto, Tarsis —masculló entre los apretados dientes—. Nada más que un cadáver andante.

El hombre se dio el lujo de sonreír con sorna.

—No negaré esa posibilidad —respondió con premeditada suavidad, su

mirada pasó del Juez a la mujer que sostenía todavía y la apretó contra él—. Pero no seré el único que corra esa suerte.

Tarsis volvió a la muchacha en sus brazos sin apartar la mirada del Juez, su mano libre se deslizó por la cabeza femenina enredándose en su pelo, haciéndola echar la cabeza hacia atrás de un tirón, arrancándole un quejido de dolor. Sus ojos se deslizaron del hombre al que se enfrentaba a la mujer que mantenía como rehén.

—Encuentra el descanso en el otro lado, Alma Maldita —le susurró al oído, el aire cálido de su aliento vertiéndose como veneno sobre ella un instante antes de que la girara con brusquedad atrapando su espalda contra su pecho—. Si puedes.

Dryah dejó escapar un ahogado jadeo, el aire quedó atrapado en sus pulmones cuando un caliente y desgarrador agujonazo de dolor atravesó su estómago y sus manos alcanzaron a tocar la humedad que empapaba sus dedos. Su mirada se clavó en la del Juez quien corría hacia ella con un desesperado grito rompiendo de sus labios.

—Shayler... —susurró mientras un par de solitarias lágrimas caían por sus mejillas. Las piernas temblaron bajo su peso y se sintió arrastrada hacia delante antes de que su cuerpo terminará golpeando el suelo con un fuerte golpe. Parpadeando vio ante ella la enorme puerta, los susurros que salían de ella se hacían cada vez más altos, pero aquellas voces no gritaban, su tono era suave, amoroso, pidiéndole que fuera a ellas. El sonido de la piedra al deslizarse arrancó una nueva lágrima de su rostro.

La Puerta de las Almas, había comenzado a abrirse y no volvería a cerrarse hasta que la hubiese acogido en su seno.

CAPÍTULO 34

Sus manos estaban manchadas con la sangre de aquel que se había atrevido a

arrebatarle lo que era suyo y con la de la mujer que era propietaria de la mitad de su alma. Shayler apretó con fuerza la herida en el abdomen de su esposa mientras la arropaba en sus brazos, aquel maldito bastardo la había apuñalado y la sangre no dejaba de manar bajo su mano, la vida se le escapaba a pasos agigantados y él estaba impotente, incapaz de evitarlo.

— ¡Jaek! —gritó llamando a su compañero, el único que podría hacer algo por ella.

El Guardián no tardó ni dos segundos en plantarse a los pies de la pareja, sus manos deteniéndose sobre el ensangrentado abdomen, pero para su consternación, no ocurrió nada.

—No puedo —murmuró alzando su asombrada mirada azul hacia Shayler—. Son esos brazaletes, no puedo alcanzarla...

Shayler se tensó, apretando su frágil carga entre los brazos, examinando frenéticamente las bandas de oro que cubrían las delgadas muñecas sin éxito.

—No me dejes... —le susurró al tiempo que la acunaba contra él, las lágrimas se deslizaban por su rostro incapaz de hacer frente al dolor—, no puedes dejarme, Dryah, por favor...

—Shay —susurró ella, su rostro permanecía sumergido contra su cuello.

—Estoy aquí, mi amor. —La apartó lo justo para poder verla, su mano manchada con su sangre le apartó el pelo de la cara dejando a la vista unos ojos azules que empezaban a apagarse.

—El Libre Albedrío —murmuró ella y se lamió los labios en un intento por encontrar las palabras exactas.

—Te quitaremos esos brazaletes y todo irá bien —le aseguró con desesperación—. Volverá a ti.

Ella dejó escapar un quejido de dolor y jadeó en busca de aire.

—No... no puedes liberarla... no puedo... ella... nosotras... se morirá.

Él sacudió la cabeza.

— ¡No! —exclamó con fuerza, se negaba a la posibilidad de perderla—. No lo permitiré, no vas a dejarme.

Dryah suspiró demasiado cansada incluso para mantener los ojos abiertos, más allá veía la puerta ya completamente abierta.

—Me está llamando... —Sus labios se curvaron en una débil sonrisa—. Me necesita.

Él se resistió a dejarla marchar.

—No, cariño, no te necesita —negó acariciándole el rostro—. No la mires, bonita, mírame a mí... eso es... tienes que quedarte conmigo.

Ella se estremeció en sus brazos.

—No puedo... —le dijo con voz lastimosa, su cabeza cayó hacia un lado, viendo el cuerpo inerte de su secuestrador en el suelo en un enorme charco de sangre. Los Guardianes lo rodeaban como si esperasen que fuera a levantarse de un momento a otro—. Ella nos quiere... nos quiere a ambos...

Shayler siguió su mirada hacia Tarsis, quien de rodillas luchaba por respirar a pesar de las profundas heridas que había obtenido al interponerse en su camino, Lyon y Jaek estaban atentos a cualquier movimiento que pudiese hacer el hombre, sabiendo que si Shayler perdía a la mujer, el hombre sería el siguiente en morir.

— ¿Qué quieres decir? —le preguntó volviéndose hacia ella.

La agonizante mirada azul seguía puesta en Tarsis mientras contemplaba las sombras que se movían alrededor del hombre, unas manos invisibles que no durarían en arrastrarlo hacia la Puerta una vez que su alma abandonase el mundo de los vivos.

—Él ha provocado el asesinato de un alma inocente... lo quieren —musitó sabiendo más allá de toda duda que la Puerta no dejaría ir a su asesino—. Y me quiere a mí... tienes que dejar que me marche.

—No. —Se negó a dejarla y la apretó con más fuerza contra él—. No quiero continuar sin ti, maldita sea, prometí darte tiempo, íbamos a aprender juntos a ir más despacio, quería enseñarte a amarme...

Sus manchados labios se estiraron en una dulce sonrisa.

—Te amo, Shay —le sonrió mientras luchaba por alzar la mano hasta su rostro, acariciándole la barbuda mejilla—. Sé lo que es el amor gracias a ti, el tiempo que me diste ha sido más que suficiente para aprender a amarte. Soy tuya, tu compañera predestinada, tu consorte y eso no lo cambiará ni la eternidad.

Él inclinó la cabeza hasta apoyar su frente sobre la de ella y cerró los ojos con fuerza.

—No puedo perderte, no quiero. —Se resistía ante la sola idea—. Y no voy a dejar que te vayas sola.

Disfrutó de su proximidad, intentando evitar las voces que tiraban de ella, que la llamaban a atravesar la Puerta, su mirada luchó por encontrar la del Juez por encima de toda aquella cacofonía que sólo ella oía.

—Te amo, mi niña —le susurró él besando suavemente sus labios—. No vas a volver a estar sola nunca más, allí a donde vayas yo iré contigo.

Dryah hundió la cabeza en su pecho demasiado cansada para discutir con él, las voces seguían llamándola y ahora incluso podía sentir unas manos fantasmas tirando de su cuerpo, alma o esencia hacia la puerta.

—No me sueltes. —Sollozó, a pesar de todo, estaba asustada.

Él negó con la cabeza y la apretó con más fuerza.

—Nunca, mi amor.

Un agónico y desesperado grito llamó la atención de ambos, Shayler apenas se volvió para ver como sus compañeros se retiraban del lado de Tarsis como si hubiesen sido empujados hacia atrás al tiempo que unas sombras en forma de

varias manos empezaban a arrastrar al hombre entre gritos y alaridos por el suelo en dirección a la Puerta. El dios gritaba y peleaba clavando los dedos en el suelo, dejando tras de sí un rastro de sangre mientras era arrastrado sin misericordia por una poderosa fuerza hacia su interior.

— ¿Qué coño es eso? —clamó Lyon desde el lugar en el que aterrizó a varios metros de donde estaba. John estaba junto a él y estaba tan sorprendido como él mismo.

Jaek luchó por ponerse en pie por sí mismo, su rostro estaba igual de blanco que el de su compañero mientras observaba como Tarsis era arrastrado en contra de su voluntad.

—Cuando La Puerta se abre, reclama aquel que esté frente a ella —respondió Nyxx con voz baja, reverencial—. Aquel que haya manchado sus manos con la sangre de un inocente.

Seybin intercambió una sorprendida mirada con el Cazador, como si de repente algo hubiese encajado en la mente del Dios. Nyxx sostuvo su mirada durante un instante antes de volverse de nuevo hacia la mujer que acunaba el Juez en sus brazos.

—Ella será la siguiente —dijo en un bajo susurro.

Shayler contempló atónito como aquellas manos fantasmales tiraban de Tarsis hasta el interior de la neblina que cubría el interior de la puerta, sus gritos fueron ahogados tan pronto traspasó el umbral y penetró aquella neblina quedando tan sólo el silencio. Dryah se estremeció en sus brazos llamando nuevamente su atención, tenía dificultad para respirar y apenas podía mantener ya los ojos abiertos.

—Shhh, ya ha terminado todo, pequeña —le susurró aferrando su cuerpo casi inerte en sus brazos mientras se levantaba y se enfrentaba a la Puerta—. Ya ha terminado.

Tomando una profunda respiración apretó su preciada carga contra su pecho y se volvió lo justo para mirar hacia sus compañeros de armas. Su mirada se cruzó con la de su hermano John e intentó poner en esta todo el agradecimiento

y el cariño que sentía en su interior hacia su hermano de sangre.

John palideció cuando leyó las intenciones en el rostro del Juez, todo su cuerpo se quedó paralizado cuando leyó las palabras que formaban sus labios un momento antes de inclinar la cabeza en una reverencia hacia sus compañeros y caminar directamente hacia la niebla que remolineaba a través de la puerta.

— ¡No! —gritó con desesperación cuando la pareja fue tragada por la niebla —. ¡Shayler, no!

Seybin sonrió para sí mientras contemplaba como la puerta empezaba a cerrarse nuevamente.

— ¡¿Pero qué coño ha hecho?! —clamó Lyon avanzando desesperadamente hacia la puerta que se cerraba poco a poco.

Nyxx se abalanzó hacia John en un intento de frenarlo, evitando que llegase a la puerta mientras ésta se cerraba.

— ¡No! ¡Mi hermano está ahí! —clamó luchando contra el agarre del Cazador.

—No puedes hacer nada —lo sujetó Nyxx, su voz firme, dura—. La Puerta debe cerrarse.

—Dioses —gimió Lyon cayendo de rodillas allí mismo.

— ¡Shayler! ¡Maldito seas! —clamó John gritando a pleno pulmón, poniendo en su voz toda la desesperación de la que era presa.

El Cazador lo dejó ir cuando esta se cerró con un sonoro golpe de piedra que resonó en toda la cavernosa sala. Al final, La Puerta había reclamado sus almas.

La niebla parecía cubrirlo todo, mirase a donde mirase lo único que veía era un manto blanco, sus pies, calzados con unas sandalias doradas hacían eco sobre el marmóreo suelo mientras avanzaba por la amplia sala vacía; volvía a estar sola, nuevamente estaba sola. Todo lo que una vez había conocido, lo que había visto y llegado a amar quedaron atrás y ella volvía a estar sola. Dryah

volvió la mirada de un lado intentando ver algo más que la niebla, pero apenas podía divisar nada a pocos pasos de distancia.

— ¿Hola? —murmuró insegura y temblorosa, para finalmente alzar la voz—. ¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Como si fuese en respuesta a su pregunta, la espesa niebla frente a ella empezó a despejarse poco a poco permitiéndole ver las enormes baldosas negras y grises que cubrían el suelo, ella siguió el sendero que se abría hasta que su mirada cayó sobre una figura tendida sobre el suelo.

— ¿Hola? —preguntó de nuevo intentando distinguir la figura que empezaba a quedar a la vista.

Un repentino jadeo escapó de sus labios cuando reconoció a la persona allí tendida, el temor a que sólo fuese una visión la hizo ir despacio al principio, para terminar recorriendo los últimos pasos en una rápida carrera que terminó de rodillas y junto a él.

—Shayler —gimió cayendo a su lado, buscando frenética algún signo de daño o herida en su cuerpo mientras lo llamaba—. Shay, por favor.

Le acarició el rostro, recorriendo todo su cuerpo, sus ropas estaban limpias y libres de la sangre que lo había cubierto, su propia sangre se dio cuenta al tiempo al recordar la herida mortal en su estómago y que parecía haber desaparecido. Su túnica estaba limpia y no había ni rastro de sangre en sus propias manos.

—No lo entiendo —musitó mirándose las manos antes de inclinarse nuevamente sobre él y sacudirlo suavemente—. Shay, por favor, despierta.

—Siempre has buscado la manera más complicada de hacer las cosas. ¿Por qué iba a ser ahora diferente?

Ella se sobresaltó ante el inesperado sonido, la cadencia familiar en aquella voz femenina hizo que se girase hacia el lugar de dónde había provenido. Sus dedos buscaron los de él enlazando sus manos.

—Que cruzase él también no ha sido cosa mía —comentó ahora otra voz, esta masculina.

La tensión aumentó en su cuerpo, al igual que su nerviosismo. Aquella segunda voz tenía un significado especial para ella, pero no, no podía ser él. Entrecerrando los ojos trató de ver más allá en la niebla, buscando alguna pista de aquellos que invadían su soledad.

— ¿Y te sorprende? Es Libre Albedrío, amor, cualquiera que esté vinculada a ella hará su libre voluntad —su voz musical contenía un atisbo de risa—. Lo cual hace que yo gane esta vez.

Un bajo resoplido acompañó a la nueva respuesta.

—Como si te permitieras perder alguna vez.

La risa fue la introducción que eligieron las dos figuras que poco a poco surgieron de la niebla. Ella sonreía con calidez, sus ojos violetas enmarcados bajo un arco de claras pestañas, su largo y rizado cabello recogido como recordaba habérselo visto alguna vez, mientras vestía un bonito vestido de color blanco con bordados azules que realzaba el tono bronceado de su piel. Junto a ella, cogido de su mano y una cálida sonrisa en su rostro le acompañaba uno de los hombres de su vida.

—Ha pasado mucho tiempo, pequeña alma —la saludó la suave y melodiosa voz de Elora.

—Has corrido un enorme riesgo al atravesar la puerta, Dreamara —aseguró el dios que la acompañaba, su cálida mirada gemela a la suya le daba la bienvenida.

Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas, cualquier palabra, cualquier respuesta quedó atascada en su garganta cuando lo reconoció.

—Eidryen.

Él sonrió en respuesta, sus ojos llenos de todo el amor y el cariño que sentía por ella.

— ¿Cómo se te ha ocurrido arrastrarle a él hasta aquí? —preguntó Elora dejando el lado de Eidryen para acercarse a la pareja y acuclillarse al lado del inconsciente Juez—. Ha roto todas las reglas escritas y por escribir.

Ella se mordió el labio inferior, su mano seguía enlazada en la del hombre.

—No habría podido detenerle aunque quisiera.

La diosa suspiró y negó con la cabeza al tiempo que se volvía hacia su compañero.

—No conoce de reglas y su voluntad es suficiente para traspasarlas todas, ¿no es eso lo que habías dicho? —murmuró con obvia ironía antes de volverse hacia la pareja y mirar a Dryah—. Imagino que querrás que despierte.

Ella asintió con fervor, la esperanza brillando en sus ojos.

Elora le sonrió con ternura y entonces bajó la mirada sobre el Juez, su mano se deslizó suavemente sobre el pecho masculino logrando que éste abriera los ojos y tomase una fuerte bocanada de aire.

—Eso está mejor —aceptó la diosa al tiempo que se levantaba.

Dryah se inclinó inmediatamente sobre él, buscando su mirada.

—Shay —lo llamó mirándole a los ojos—. Shayler, ¿puedes oírme?

Su impaciencia era absoluta.

—Si hablas un poquito más bajo, mi cabeza te lo agradecerá, bonita —respondió él parpadeando varias veces antes de llevarse la mano libre a la cabeza y resoplar—. Dioses, menuda resaca.

La risa inundó el ambiente.

—El dolor de cabeza debería ser la menor de tus preocupaciones, Juez Supremo —lo saludó Eidryen al tiempo que le ofrecía la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

Shayler alzó la mirada hacia aquella voz y contempló con estupor a los dos dioses, entonces tomó la mano que se le ofrecía con un sincero agradecimiento y se levantó. Cuando creyó que sus piernas lo sostendrían sin enviarlo de nuevo al suelo, buscó a su compañera y consorte con la mirada, sus manos se movieron por sí solas sobre ella, tocándola, atrayéndola a sus brazos en busca de alguna de las heridas que había visto en su cuerpo.

—Estoy bien —le aseguró con una tierna sonrisa—. Simplemente no pidas una explicación.

Suspirando aliviado, le acarició el rostro antes de volverse hacia los dos dioses y recorrer a uno y luego al otro con la mirada.

—Se os ve bastante bien... para estar muertos —les dijo con absoluta ironía.

Dryah jadeó ante sus palabras y le pegó con la mano en el brazo.

—Eso no ha sido amable.

Shayler arqueó una ceja y se inclinó sobre ella.

—Mi amabilidad tiene un límite, amor, especialmente después de permitir que un gilipollas te rapte e intente utilizarte de moneda de cambio —le aseguró poniendo énfasis en cada palabra—. A partir de ahora no te perderé de vista.

Ella hizo una mueca, pero no podía estar más de acuerdo con su solución.

—Ha pasado por la puerta, ¿no es así? —preguntó Elora, su voz era dura, fría cuando habló.

Shayler volvió la cabeza hacia ella y asintió lentamente.

—La Puerta o lo que quiera que sea le arrastró a su interior.

La mujer asintió satisfecha.

—Nunca entendió que jamás iba a amarle —respondió con un pesaroso suspiro—. No puedo alegrarme por su paso al otro lado, pero ha sido algo que se ha buscado él solo.

—Sólo lamento no haberlo pasado a cuchillo —murmuró Shayler apretando más a Dryah contra él.

Elora asintió y miró a su compañera.

—Pero vosotros no deberíais estar aquí —negó, su mirada puesta en la pequeña alma—. Todavía no ha llegado vuestro tiempo.

Ella bajó la mirada a sus manos y levantó los brazaletes que todavía cubrían sus muñecas.

—El mío sí.

Eidryen caminó hacia ella y tomó sus manos por primera vez en siglos, su mirada fija en la de ella.

—No, mi niña. Tu momento no ha llegado —le aseguró y alzando ligeramente sus manos, los brazaletes se abrieron y cayeron al suelo con un sordo golpe—. Todavía tienes una larga vida por delante junto... a tu consorte.

Ella se sonrojó, ante el sutil tono en la voz de Eidryen. El dios sonrió y la atrajo a sus brazos, estrechándola en un momento y susurrándole al oído al siguiente.

—Me enorgullece ver la mujer en la que te has convertido, no habría podido pedir nada más para ti —le susurró vertiendo en sus palabras todo su amor—. Ahora debes dejar atrás el pasado, nada de lo que ha ocurrido es culpa tuya, estaba escrito mucho antes incluso de que nacieras... como lo está tu futuro al lado de ese hombre.

Dryah le abrazó a su vez y susurró en su oído:

—Te quiero, padre —le susurró a su vez, depositando en aquel último abrazo todo lo que él había significado para ella.

Finalmente dejó sus brazos y volvió al lugar al que pertenecía, junto a su compañero y consorte y asintió mirándole a los ojos.

—Ahora sí —aseguró con una hermosa sonrisa.

El Juez le devolvió la sonrisa y tomó su mano.

—Abriré la Puerta una última vez para vosotros —les dijo Elora y les invitó a acompañarla, apenas a unos cuantos pasos se abrió nuevamente la niebla para dejar a la vista la Puerta de las Almas.

La mirada de la diosa cayó entonces sobre Dryah, vacilante tomó sus manos en las de ella y las apretó mirándola a los ojos.

—Se feliz, pequeña —le pidió apretando gentilmente sus manos—. Y perdóname... por todo.

Ella bajó la mirada, miró a Shayler y finalmente se volvió a la diosa. Para sorpresa de esta, Dryah soltó sus manos y la abrazó.

—No hay nada que perdonar —le dijo al oído—. Me has hecho el mayor de los regalos al darme la vida... madre.

Elora se tensó un instante antes de devolverle el abrazo, una solitaria lágrima se deslizó por su tersa mejilla. No había necesidad de palabras. Apartándose lentamente de ella le acarició el rostro, entonces se volvió a Shayler y sonriendo pasó ambas manos por el pelo de Dryah devolviéndole la cascada de tirabuzones que había sido una vez.

—Mi regalo para ti —le dijo al Juez, quien sonrió e inclinó la cabeza con agradecimiento y respeto antes de tomar la mano de su compañera—. Cuida de ella.

—Con mi vida —aceptó él, su mirada fue entonces hacia Eidryen—. Eternamente.

El dios le dedicó una ligera inclinación y se movió al lado de la diosa, enlazando el brazo alrededor de su cintura.

—Hasta que volvamos a encontrarnos —respondió mirándolos a ambos.

Ella asintió, en sus ojos brillaba de nuevo el poder más grande y letal del universo.

—Volveremos a encontrarnos, Eidryen —aceptó ella con una cálida sonrisa y tras despedirse de ambos, se volvió hacia la Puerta.

Shayler permanecía a su lado, sus manos entrelazadas.

—No me sueltes —le pidió ella.

Sus labios se curvaron en una amplia y hermosa sonrisa.

—Estás encadenada a mi destino, amor —le aseguró con absoluta convicción —. No hay posibilidad de que te deje ir.

La risa de Dryah hizo eco mientras atravesaban por última vez La Puerta de las Almas.

John permaneció delante de aquella maldita puerta varias horas, había luchado hasta lo indecible por encontrar una manera, una justificación a lo ocurrido sin éxito. Aquella pieza de piedra tallada no respondía a sus peticiones, como tampoco lo hacía La Fuente Universal. Había perdido ya la cuenta de las veces que los había invocado, que les exigió que se personificaran ante él, pero una vez más le ignoraban. A estas alturas, su desesperación empezaba a dar paso a la resignación, una resignación para la que no estaba preparado. Shayler era la única familia en la que creía, sangre de su sangre y ahora que él se había ido... No, la sola idea era demasiado dolorosa como para aceptarla.

— ¿Todavía sigues aquí? —lo sorprendió Nyxx alzando la mirada hacia La Puerta.

—Vete al infierno, lobo.

El Cazador chasqueó la lengua y mostró la sala a su alrededor.

—Bienvenido a él —le dijo con ironía.

John lo miró de medio lado pero no dijo nada, su mirada seguía fija en la enorme puerta de piedra que se alzaba ante él.

—Hubo un tiempo en el que yo también miré de esa manera a la Puerta en busca de respuestas —confesó Nyxx contemplando la imponente mole.

Su mirada azul voló hasta el Cazador.

— ¿Y obtuviste alguna respuesta?

Él bajó la mirada a su mano enguantada y sacudió la cabeza.

—No, sólo más preguntas —aceptó mirando a su alrededor—. ¿Has conseguido que se fueran por fin?

—Después de amenazarlos de manera bastante creativa, sí —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Pero no me sorprendería que volviesen a presentarse en cualquier momento.

El Cazador dejó escapar un bufido mitad risa en respuesta.

—Nunca te das cuenta de cómo son verdaderamente las cosas hasta que ocurre una putada como esta —suspiró Nyxx—. Hace que veas la vida y su brevedad de otra manera.

John iba a responder cuando un fuerte sonido explotó en la sala haciéndolos saltar con las armas ya en las manos, la mirada de ambos se volvió de inmediato hacia la Puerta mientras retrocedían.

— ¿Qué coño? —masculló Nyxx al sentir la corriente previa a la apertura de la puerta.

— ¿Y ahora qué pasa? —respondió John volviéndose hacia él.

Nyxx sacudió la cabeza con incredulidad.

—Si no supiera que es imposible, juraría que la Puerta se está abriendo de nuevo —jadeó el Cazador de Almas extendiendo su mano enguantada hacia el Guardián Universal—. Y yo no lo he solicitado así que retrocede... esto no me gusta.

John frunció el ceño.

—Pensé que la puerta sólo podía abrirse si había algún alma que recolectar ante ella —aseguró con total ironía.

Nyxx rió de mala gana.

—Ese es el punto, amigo, no hay ningún alma en la zona —respondió con sequedad—. La Puerta está siendo abierta...

La desconfianza abandonó el rostro del Guardián.

—...desde dentro —comprendió John.

Ambos intercambiaron una sorprendida y esperanzada mirada y se acercaron lentamente, manteniéndose a una prudente distancia. La Puerta empezó a abrirse nuevamente, las dos enormes losas de piedra se deslizaron con pesadez sobre el suelo permitiendo la visión entre ellas de la cortina de niebla que siempre acompañaba a su apertura, una cortina que poco a poco empezó a diluirse para dar paso a dos figuras que la atravesaron caminando.

— ¡Por todas las almas condenadas! —exclamó Nyxx con una aliviada carcajada.

—Gracias a los dioses —murmuró John permitiéndose respirar de alivio por primera vez en las últimas horas.

De pie ante la Puerta de las Almas, tomados de la mano, los dos seres más poderosos del Universo, El Libre Albedrío y la Ley Universal, volvieron a reunirse con los vivos.

EPÍLOGO

Un semana después...

Shayler permanecía sentado en el sofá con Dryah acurrucada en su regazo mientras sus dedos jugaban con las hebras del largo pelo rubio que caía ahora sobre sus pechos en dos coletas. Adoraba ver su pelo largo cayendo por su espalda o rodeándoles a ambos mientras yacían en la cama, haciendo el amor

o contemplándose el uno al otro mientras daban gracias al destino que había permitido que llegasen a unir sus vidas. No había nada mejor que tenerla así, abrazada estrechamente contra él como ahora, sobre cuando había creído que nunca podría volver a disfrutar de esa proximidad.

Su mirada vagó sobre sus compañeros, Lyon se había acomodado en aquel horrible sillón orejero que tantos dolores de cabeza ocasionaba a sus compañeros, lo cual era el motivo por el que lo conservaba, Jaek se inclinaba sobre su piano arrancando algunas notas al teclado mientras John los fulminaba con la mirada desde su lugar junto al mini bar.

— ¿Y... cómo está ella? —preguntó Dryah con suavidad. Shayler había compartido con ella la noticia nada más recibir la confirmación de La Fuente, quien había concedido una segunda oportunidad a la antigua miembro de los Guardianes Universales permitiéndole renacer en el mundo humano, ajena a lo que una vez había sido.

—Está bien, sigue con su look de Hollywood e ignora quien ha sido en su otra vida, pero se la ve feliz —aceptó Lyon repantigado en su sillón favorito—. Ha intentado venderme una de esas asquerosas camisas de seda... no me creyó cuando le dije que no encontraría talla para mí. —El hombre se llevó una mano a la camisa que tenía puesta y la aireó—. Me equivoqué.

Shayler sonrió ante ello, esperaba que en esta nueva vida, la antigua guerrera encontrara aquello que había estado buscando durante toda su eternidad.

— ¿Y Nyxx? ¿Alguno habéis sabido algo de él? —insistió al tiempo que se incorporaba, su mirada yendo de uno a otro con preocupación. Había visto al Cazador cuando regresaron de la Puerta, él y John habían estado montando guardia, pero cuando había querido hablar con él, Nyxx ya se había marchado.

— ¿Hablaste con Seybin? —le preguntó Shayler incorporándose para rodearla con los brazos.

Ella asintió.

—Hablé con Seybin, pero todo lo que me dice es que “está teniendo su propia aventura”.

Lyon se encogió de hombros.

—Cuando los dos os esfumasteis, el Cazador también se esfumó —comentó Lyon encogiéndose de hombros.

John frunció el ceño.

—Él estaba conmigo cuando traspasasteis la Puerta de nuevo —aseguró sin dejar de fulminarlos a ambos con la mirada—. Imagino que el shock lo habrá hecho pedir unos días libres, los dioses saben que yo los necesito.

Jaek acarició un par de teclas del piano.

—Sí, sería todo un detalle que cuando decidáis hacer alguna gilipollez parecida, nos dejéis la dirección y el teléfono... sobre todo si va a ser un viaje a donde no podemos protegeros —se burló el chico—. Algunos tenemos la tensión un poco delicada... y nos sube con rapidez.

John entrecerró los ojos y la tapa del piano de Jaek cayó de golpe sobre sus manos. El pianista se libró por un pelo.

—No tengo intención de volver a acercarme a esa puerta —aseguró Dryah apretándose contra su marido.

—Eso será algo que todos te agradeceremos, muñeca —asintió Lyon con un guiño.

Ella miró entonces a John, el hombre había prácticamente tumbado a Shayler de un puñetazo una vez que la Puerta se cerró tras ellos dejándolos de nuevo entre los suyos, Nyxx había tenido que intervenir para que Shayler no se llevara la paliza de su vida. El Guardián había tenido un brillo mortal en la mirada que intentaba borrar por todos los medios la profunda preocupación que lo había embargado. Shayler todavía conservaba un bonito moratón bajo su ojo derecho que lo probaba.

—Lo siento, John —murmuró mirando al mano derecha y hermano del Juez—. Te prometo que no dejaré que Shayler vuelva a meterse en problemas.

El Juez puso los ojos en blanco mientras Lyon se reía por lo bajo.

— ¿Con esta, cuantas van? ¿50? —preguntó Jaek manteniendo las manos alejadas de las teclas del piano al mirar a John.

—Le ha dicho que hasta que se disculpe mil veces no la iba a perdonarla, así que... todavía le queda —se rió Shayler antes de mirar a su hermano.

John se limitó a ignorarles, tomó una cerveza del bar y se dirigió a la oficina de Shayler, cerrando la puerta tras él.

Dryah suspiró resignada.

—Nunca va a perdonarme —negó con un suspiro. Shayler le besó la cabeza.

—Está así conmigo, no contigo —le aseguró antes de darle una palmadita en el muslo para hacerla a un lado y poder levantarse, dejándola nuevamente en el lugar que había ocupado él al tiempo que la señalaba con un dedo—. No te muevas de ahí. Ni un milímetro.

Ella puso los ojos en blanco pero no pudo evitar sonreír.

—Aquí me quedaré —le aseguró acurrucándose en el sofá.

John le quitó el tapón a la cerveza y le dio un largo trago, la luz del atardecer entraba por la ventana que habían arreglado recientemente esa semana, la cual ahora podía abrirse hacia un lado. Había pasado una semana desde que la pareja había vuelto, los dioses sabían que estaba feliz por su hermano, había una mirada y una tranquilidad en Shayler que hacía tiempo no veía y eso se lo debía a esa pequeña rubia que estaba con él. Sólo por eso, podría considerarla ya una hermana. Pero había algo más que lo carcomía interiormente, algo que llevaba días retrasando y no sabía cuánto más podría hacerlo. La Fuente había acudido a él cuando menos se lo esperaba, arrancándolo de esa misma oficina para hacerlo comparecer ante los dos avatares que no dudaron en comunicarle un nuevo asentamiento para la vacante de Uras.

— ¿John? —lo llamó Shayler abriendo la puerta.

Él se volvió y alzó la botella de cerveza a modo de invitación.

—Dile a Dryah que está perdonada, siempre y cuando se mantenga ella también fuera de problemas —le dijo con un suspiro de resignación—. De lo contrario, seré yo mismo quien la despelleje.

Shayler rió entre dientes.

—Le alegrará saberlo —aceptó cerrando la puerta tras él—. ¿Qué ocurre?

Él sacudió la cabeza.

—Nada —negó sin mirarle a la cara.

El Juez chasqueó la lengua y se apoyó contra el escritorio.

—No me vengas con esas, Johnny. ¿Qué pasa?

John luchó interiormente consigo mismo, la Fuente parecía tener un placer especial en hacer de él el mensajero para todas sus asignaciones y la última había sido una petición un tanto peculiar. ¿Petición? En realidad se habían limitado a decirle un nombre y que ocuparía el lugar de Uras.

—La Fuente ha exigido un reemplazo para Uras —respondió sin más dilación—. Se trata de mantener el Equilibrio.

El hombre perdió la sonrisa. La pérdida de Uras era algo que pesaría durante mucho tiempo, si no por siempre en su memoria, no podía concebir la idea de que alguien más, un desconocido ocupara su lugar.

—No —dijo rotundamente.

El Guardián resopló.

—No es tu decisión, Shayler —le recordó—. Ese lugar debe ser completado por alguien.

— ¡Maldita sea! ¡No! No condenaré a nadie de esa manera —negó con rabia.

—No tendrás que hacerlo —declaró y se preparó para lo que sabía vendría ahora—. La Fuente ha elegido ya.

La mirada de Shayler se llenó de pena, dolor y una determinada negación. Estaba a punto de abrir la boca, cuando llegó un grito desde la sala. Un grito de dolor femenino.

Ambos se precipitaron hacia la sala solamente para encontrarse a Lyon y Jaek con las armas desenfundadas y a Dryah en medio de los dos, arrodillada en el suelo, sujetándose la mano izquierda con la derecha.

Al siguiente parpadeo, el escenario cambió y los Guardianes se encontraron en el mismo lugar donde todo comenzaba y terminaba, las ruinas del Templo del Primer Poder. Todos sostenían sus armas en las manos, formando un círculo alrededor de la piedra central en la que se encontraba Dryah, flanqueada por los dos poderes que conformaban la Fuente Universal; sus avatares, una mujer con largo cabello casi plateado y su compañero y consorte de piel oscura.

La mujer se adelantó, en sus manos levitaba una hermosa espada dorada y negra, cuya hoja estaba surcada por una enredadera sin final de rosas negras y plateadas.

—Conoces la Ley, Juez Supremo, una vida por otra vida.

Ante la voz de Zhalamira y el contundente mandato los cuatro hombres clavaron una rodilla al suelo, sus armas cruzadas sobre el muslo y la cabeza inclinada en muestra de respeto.

—Arrebata una vida y darás nacimiento a otra —concluyó Garkos, el otro miembro de La Fuente.

Shayler apretó los puños sobre sus armas, ahora cruzadas sobre su muslo, conocía la Ley, sabía que nadie ni nada de lo que dijese iba a cambiar la decisión de la Fuente, con todo lo intentó.

—Durante toda mi vida no he hecho más que seguir vuestros dictados como si fueran los míos, vuestra Ley, es mi Ley, pero...

—Una ley que no dudasteis en quebrantar al utilizar un ritual prohibido —le recordó ella con una suave amonestación.

— ¿Qué ritual? —se interesó Lyon

La mujer se volvió hacia el Guardián y luego volvió hacia el Juez Supremo.

—Sabéis que vuestras acciones ameritan un castigo, Juez.

— ¡Pues castigadme a mí, no a ella! —jadeó levantándose de golpe, olvidando la deferencia y el respeto que debía a aquellos dos seres.

Garkos se adelantó hasta quedar a escasos pasos de distancia de él.

—Vuestra consorte aceptó libremente, Juez Supremo —le explicó, su voz coreada al mismo tiempo por la de su contraparte y consorte.

Shayler alzó la mirada sorprendido, aterrado de hecho y se encontró por fin con la de Dryah, sus ojos azules contenían una promesa de calidez, inocencia y amor.

—Ellos dicen la verdad —aceptó ella mirando a los dos seres ancestrales—. Confieso que no sabía de qué se trataba, pero les prometí aceptar su próxima petición, fuese cual fuese.

Zhalamira contempló a la muchacha durante un momento y asintió en muda respuesta a lo que quiera que viese en sus ojos, entonces dejó su lugar y descendió hasta pararse ante el Juez. Su delicada mano se posó con suavidad sobre el hombro masculino.

— ¿Realmente creéis que nos habríamos tomado tantas molestias para reuniros sólo para separaros ahora? —le sonrió y por primera vez él vio en sus ojos azules algo más que inexpresividad—. Ella es vuestra, Juez Supremo, pero el Libre Albedrío también nos pertenece a nosotros y como tal, es nuestro deseo que se una a los Guardianes Universales.

Él abrió la boca pero volvió a cerrarla inmediatamente.

— ¿Mi castigo...? —preguntó.

La mujer se limitó a sostenerle la mirada, pero fue su compañero el que respondió.

—Ella ocupará el lugar de la Oráculo para que el círculo vuelva a estar completo —le dijo Garkos—. Los designios del Oráculo nunca se equivocaron, su anterior avatar vio el fin de los Guardianes, la división final que marcaría el nacimiento de una nueva era. Ella no comprendió que no se trataba de un fin definitivo sino de una renovación. El universo sigue siendo un lugar salvaje que necesita de equilibrio y es por eso que estáis vosotros aquí.

La delicada mano de Zhalamira abandonó el hombro del Juez, su mirada pasó sobre cada uno de los presentes.

—Aquí y ahora, renovamos el voto hecho a los Guardianes Universales — declaró, su voz un eco de infinito poder—. Servid a la Ley Universal y seréis protegidos por esa misma Ley, jurad lealtad al Juez Supremo designado por nosotros porque él es nuestra voz, nuestra razón y nuestra palabra. Su Juicio es eterno e infinita su lealtad.

Y como una sola unidad, los Guardianes recitaron su voto una vez más, reforzando sus lazos para la eternidad.

<<Protegemos a aquellos que no pueden ser protegidos, cuidamos de aquellos que no se cuidarán solos y mantendremos el Equilibrio del Universo. Ese es nuestro cometido y a él nos encomendaremos>>.

Nuevamente el silencio inundó el abandonado lugar, uno a uno los Guardianes fueron abriendo los ojos y levantándose al comprobar que el Poder Primigenio había vuelto a sus confines dejándolos solos. Shayler se puso en pie rápidamente y se precipitó hacia el montículo de piedras a tiempo de coger a Dryah, quien había caído sentada sobre los escombros con la hermosa espada sobre su regazo.

— ¿Estás bien?

Ella asintió con una cálida sonrisa.

— ¿Por qué lo has hecho? —insistió él sin entender todavía por qué se había sacrificado por él, por qué había pagado ella su castigo.

La respuesta de Dryah no se hizo de esperar.

—Um... veamos. Ser parte de una unidad de élite compuesta por cuatro hombres desquiciados y un poco psicópatas a los que les da lo mismo adentrarse en las mismísimas entrañas de la tierra para buscarme, evitarle a mi consorte, amante y amor el tedio de tener que entrenar a alguien mucho menos eficiente y desastrosa que yo... y oh, sí... pasar el resto de la eternidad encadenada a ti —sonrió ella con amor—. ¿Qué más podría pedir un alma maldita como yo?

Shayler negó con la cabeza y rió.

—El fin de tu maldición, cariño —le aseguró al tiempo que la ayudaba a levantarse y tomaba su espada en una mano para acercarla contra la firmeza de su pecho y capturar su mirada con la propia—. Y ya la has encontrado en mí, porque estarás eternamente encadenada a mí destino.

Ella sonrió y le echó los brazos al cuello, besándolo y sintiéndose por fin completa y parte de todo el universo.

BONUS

Cuando escribí por primera vez Encadenada a Mi Destino, hubo un par de escenas que por dar fluidez al libro y aligerar un poco el número de páginas quedaron fuera. He querido mantener en esta reedición la misma historia sin alteraciones importantes, a pesar de todo, me apetecía mucho mostraros lo que me quedó en el tintero, pues son cosas que si bien yo las he visto y veo en mi cabeza cuando escribo sobre los personajes de esta saga, para el lector pueden pasar desapercibidas.

Espero que disfrutéis de estos pequeños bocaditos.

Kelly Dreams

ESCENAS INÉDITAS

Esta escena fue escrita para mostrar los sentimientos y la desesperación de Shayler ante la actitud reticente e inocente de Dryah después de que Bastet le confirmase que eran Almas Predestinadas. Él es un hombre adulto, acostumbrado a tener lo que desea sin esfuerzo y la actitud de su protegida y compañera predestinada no hace más que tambalear una y otra vez su modo de vida, sus costumbres. Por ella él practicará una paciencia que no tiene (la verdad sea dicha, el Juez es un hombre impetuoso por naturaleza) y esperará hasta el momento idóneo para reclamar aquello que el Destino ha reservado para él.

ESCENA 1#

Se moría por hundirse en ella, dejar que aquellos suaves y blandos muslos lo acogieran y sus piernas lo rodearan apretándolo contra ese hermoso cuerpo mientras se hundía una y otra vez en su cálida y húmeda carne. Quería beber de su boca, mordisquear la suave piel de la base del cuello donde se unía con la clavícula y seguir bajando, trazar un húmedo camino con su lengua hasta detenerse en los llenos e invitantes senos, rodear el duro pezón y succionarlo muy dentro de su boca.

Shayler se movió incómodo en los confines del dormitorio, su mano bajó a la dura protuberancia que empujaba la tela de sus pantalones en un intento por aliviar la dolorosa necesidad de tenerla. Con un gruñido de frustración apartó la mano. Ella seguía dormida, las sábanas y la manta con las que la había arropado al comienzo de la noche se habían desperdigado por la cama y se deslizaban precariamente hacia un lado. La muchacha dormía boca abajo, uno de sus brazos colgaba por un costado del colchón mientras el otro desaparecía bajo la almohada y el desaliñado pelo rubio le cubría parcialmente el rostro.

Tragó con dificultad, la liviana camiseta se le había subido mostrando parte de

su espalda, el pantaloncito del pijama se amoldaba a ese redondo y prieto trasero permitiéndole disfrutar de una parcial visión de la descubierta piel de las nalgas que asomaba desde la posición en la que él se encontraba, la sábana estaba enredada en sus piernas cubriéndole poco más que los muslos.

Masculló para sí cuando su pene dio un tirón haciéndolo plenamente consciente de que la necesitaba. Maldita fuera ella y maldita su inocencia.

En sueños se entregaba a él sin reserva, toda pasión y sensualidad, pero cuando estaba despierta... Oh, sí, también era pasión y sensualidad solo que nunca las enfocaba hacia él a no ser que él la provocara y tomara ventaja de su tamaño y dominación para someterla... Lo cual hacía que se sintiera como un completo miserable. Robarle un beso dejó de ser un placer para convertirse en una tortura, deseaba más, mucho más. Suspiró, no podía negar lo evidente; La amaba. Ella era su otra mitad, su equilibrio... y él era el suyo... pero el pasado todavía se interponía entre ambos.

Oh, respondía a sus besos, a sus caricias, se derretía en sus brazos, pero él también notaba la reticencia en su alma, en su corazón a entregarse por completo y él no era hombre que forzara a una mujer.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, desvaneciéndose antes de llegar a tocarla siquiera. Era bueno ser quien era y disfrutar de las ventajas que su cargo le otorgaba, aunque de nada le valía poder desvanecerse de su habitación a la hora de tratar de conquistar a la mujer que se había colado en su corazón y completaba su alma. Dejó que el aire frío de la noche calmara su ardor, que se colara por cada poro de su piel y penetrara en su alma aliviando en algo la dolorosa necesidad de tenerla bajo él.

Su mirada vagó sobre la ciudad, la amalgama de luces y colores y el ocasional ruido del tráfico era algo de lo que siempre disfrutaba. Le gustaba esa ciudad, le gustaba la gente que la habitaba, en cierto modo le recordaba a ella, su humanidad, su compasión para con cada ser que habitaba sobre la tierra. Una flor tan frágil conservada durante siglos en medio de los campos de batalla.

Alzó el rostro hacia el cielo nocturno y cerró los ojos, concentrándose en sentir solo lo que necesitaba, sintiendo las corrientes del tiempo y el espacio moverse a través de las dimensiones, alejando todo aquello que sobraba hasta

encontrarla.

Allí estaba, resguardada, esperándole como cada noche en sus sueños, a él y solo a él. Ella era su solaz, su puerto en medio de toda la locura colectiva y absurdas guerras entre panteones, fue la luz que lo guió cuando creía estar perdido... Pero ya no lo haría más, ahora la tenía a su lado en carne y hueso, ya no necesitaba de fantasías.

Abrió una vez más los ojos, inclinó la cabeza en un gesto de respetuoso saludo, sus labios se movieron como pronunciando una oración y entonces se desvaneció nuevamente de regreso a la habitación.

Shayler se acercó lentamente a la pequeña figura que seguía durmiendo en la cama ahora tendida sobre su lado izquierdo con una de sus pequeñas manos bajo el rostro y la otra descansando parcialmente sobre su vientre. Extendió la mano lentamente hasta acariciarle la mejilla y le retiró unos mechones de pelo que le cubrían el rostro. Sus somnolientos ojos azules aletearon en un incómodo despertar.

—Shh, sigue durmiendo —le susurró al tiempo que le acariciaba el rostro y deslizaba los dedos sobre sus ojos—. Yo estaré aquí para alejar las pesadillas.

Ella arrugó la nariz, pero dejó escapar un suspiro mientras cerraba los ojos y se sumía una vez más en el sueño.

Sonrió, no pudo evitarlo, ella disfrutaba de la paz del sueño mientras él la velaba desde el más cálido de los infiernos.

Esta escena fue una de las pocas escenas que más que eliminarse, fueron sustituidas. Quería mostrar el comienzo de la atracción entre Shayler y Dryah, los primeros pasos de la pareja y su acercamiento más íntimo, pero después de la primera revisión me di cuenta que no encajaba por completo, no era el momento para ellos y sí para Dryah. Por ello, en su lugar nació la escena del baño y los espejos, la primera ensoñación que ella tiene con él en la Sala de Baños del Templo de Bastet.

ESCENA 2#

Shayler acarició el borde de mármol con una vagabunda mano, el agua caliente había tonificado sus músculos dejándolo relajado y somnoliento, cerró los ojos y se dejó ir un poco en la profundidad de la pequeña piscina de baño. Sus antebrazos por fuera del agua, apoyados sobre el fresco mármol que bordeaba el estanque le proporcionaban suficiente estabilidad como para no hundirse. Suspirando se pasó la mano por la cara antes de continuar su ascenso hasta el enmarañado y húmedo pelo, sus dedos lo surcaron como un tosco peine y lo desenredaron. Se estiró lentamente, deshaciéndose de la tensión acumulada, el continuo chorro de agua renovaba el agua llevándose con ella la suciedad y el sudor que perlaba su piel, pero por mucho tiempo que se quedara allí dentro, no podría arrancar ni de su piel ni de su mente la perfecta y atormentada visión de ella.

Dryah.

Ella había pasado de ocupar sus sueños a llenar su más completa y absurda realidad, pero esta no era tan dulce como lo eran los sueños. Tenía que recordárselo a sí mismo una y otra vez para no gritar de frustración al no poder acceder a aquello que deseaba desesperadamente. Y ahora hasta los sueños se habían ido, dejándole una muy frustrante realidad.

Su miembro dio un tirón ante la sola idea de acariciar la suave y blanca piel, de tomar en sus manos los redondeados y llenos pechos, de deslizarse por los tonificados glúteos escurriéndose entre ellos hasta alcanzar la húmeda entrada.

Rechinó los dientes, la deseaba tanto que dolía, pero nada podía hacer al respecto. Cualquier intento de acercamiento por su parte terminaba siempre de forma incómoda para ambos, él duro y ardiendo de deseo y ella asustada como un cervatillo, pese a que en sus ojos se advertía una incipiente luz de deseo.

Con un gemido de frustración hundió una de las manos en el agua y pasó los dedos por la dura y erguida erección, deseaba que fueran los dedos de ella, o

mejor, su boca, la que hiciera el trabajo.

Soltó un gruñido de frustración antes de deslizarse de todo hasta hundirse por completo bajo el agua y volver a emerger a los pocos instantes chorreando agua. Jadeó y se pasó las manos por la cara y se retiró el pelo hacia atrás mientras volvía a su posición original con la espalda apoyada en la lisa pared de mármol.

Su mirada recorrió lentamente las claras paredes de mármol que tan bien conocía, acarició lentamente las labradas columnas que servían de soporte a los altos techos abovedados a través de los cuales podía verse una miríada de estrellas entrelazadas con lo que a los humanos podría haberle parecido la Aurora Boreal; Nada más lejos de la realidad y al mismo tiempo bastante cerca. Aquel cielo, si se le podía llamar cielo a aquella basta densidad que envolvía el enorme y majestuoso templo situado entre dimensiones que pertenecía a Bastet, su madre.

Shayler suspiró y cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás.

Había echado de menos aquellas paredes, la calidez que encontraba en ellas, la sensación de hogar, de bienestar. Desde que fue investido como el Juez Universal su vida pasó a ser muy distinta, el peso de la justicia, del deber ocupó y ocupaba gran parte de su tiempo, sus prioridades cambiaron y dejó de ser un chiquillo despreocupado correteando por aquellos pasillos. Había sido bendecido o maldito con ese estigma, todo era cuestión de puntos de vista, para él solo era un trabajo más, algo que sabía que tenía que hacer, las emociones en esos momentos quedaban fuera de lugar lo cual no era tarea fácil dada su empatía.

Él era el que tenía en sus manos la decisión final, quien vive y quien muere, sentenciar e imponer el castigo a los dioses que se atrevían a desafiar el equilibrio del universo; El instrumento de justicia de la Fuente Universal. Pero en lo más profundo de su alma, no era más que un hombre que ansiaba a una mujer, la única que encajaba perfectamente en su destrozada alma y que no se dejaba seducir ni aunque su cordura dependiese de ello.

Maldito fuese su orgullo y su eterna indecisión.

Sus ojos azules se abrieron de repente, sus pupilas fijas en las llamas de uno de los pebeteros cercanos a él que titilaban atrayendo su atención mientras su poder sondeaba las inmediaciones de la sala de baños. Alguien iba a ser el blanco de su frustración por atreverse a acercarse a aquel lugar en el momento menos adecuado.

Dryah dejó escapar un ahogado jadeo cuando se encontró a escasos milímetros del brillante acero de dos dagas gemelas empuñadas por un glorioso guerrero totalmente desnudo, Parpadeó un par de veces sin apartar la mirada de la amenaza de muerte que pendía muy cerca de su cuello y su corazón, las pequeñas manos se aferraron aún con más fuerza a la enorme toalla que cubría la parte delantera de su cuerpo mientras sus ojos se trasladaban del mortal acero a la sorprendida mirada azul del hombre que la amenazaba. Abrió la boca para hablar pero no salió ni un solo murmullo de su garganta, se obligó a tragar de nuevo antes de volver a intentarlo y en esta ocasión, su voz sonó con su habitual tono musical.

— ¿Quizás quieras bajar eso antes de que hagas daño a alguien? —murmuró encontrando su mirada.

Shayler bajó de inmediato las armas, alejándolas de la hembra que tenía frente a él. Sabía que había entrado alguien en la habitación, lo había sentido pero no había podido identificar ni notar su poder así que había dado por hecho que se trataba de alguno de los hombres de Bastet y no de ella. Gracias a los dioses que había refrenado sus manos en el último segundo, si ella saliera lastimada... La sola idea le hizo hervir la sangre de enfado y no tardó en exteriorizarlo.

— ¡Por todo lo sagrado! ¿Dónde está tu sentido común? He podido matarte... —le gritó rasgando el aire con una de las dagas antes de hacer que ambas se desvanecieran—. ¿Dónde está tu sentido de conservación?

Ella se quedó contemplando embobada el perfecto espécimen masculino que se encontraba en toda su gloria, vociferando como si se hubiera desatado el infierno. Su desnudez parecía importarle bien poco y para su propia sorpresa, el verlo dar zancadas de un lado a otro como dios lo había traído al mundo resultaba una experiencia de lo más... inquietante.

La sorpresa inicial dio paso a una severa vergüenza cuando se recordó aquello en lo que había estado pensando en la soledad de su habitación, la idea parecía mucho más atractiva entonces, más aceptable, pero lo último que esperó era que esta se hiciese realidad tan pronto.

Para cuando sus ojos volvieron a encontrarse con su mirada, él había dejado el enfado a un lado para pasar a la sorpresa y admiración; Ella estaba tan desnuda como él a excepción de la enorme toalla de color negro que apretaba con excesiva fuerza contra su pecho. Sus senos se alzaban y bajaban al compás de la rápida respiración al ver en sus ojos la necesidad de un sediento que divisa un estanque lleno de agua fresca con la que calmar su sed. Todo aquel escrutinio contribuyó a aumentar su incomodidad y el apretado calor que empezaba a correr por sus venas y se concentraba en la parte baja de su vientre.

Bueno... no puede ir tan mal cuando es obvio que lo deseas, ¿um? Su conciencia se encargó de agujijonearla más que afianzar su resolución.

Se obligó a sacudir la cabeza en un intento de aclarar todas las dudas, no era un buen momento para flaquear, entonces, ¿por qué no podía simplemente dejar caer la toalla y que ocurriese lo que tuviese que ocurrir?

— ¿Dryah? — Su voz rompió el silencio y la hizo más consciente si cabe de su presencia.

Él la vio bajar entonces la mirada, la incomodidad y las dudas batallando en su mirada junto con una pequeña llama de necesidad. Sus mejillas estaban arreboladas mientras en su interior se libraba una batalla de emociones que llegaban incluso hasta él.

Dioses, era hermosa. Preciosa y delicada. Una mujer en cuyas manos descansaba todo su mundo. La deseaba como solo se puede desear a una parte de su propia alma o corazón y tenerla ahora allí, frente a él, desnuda... Era un infierno en la tierra.

No podía soportar aquella tortura, ya fuese una simple coincidencia o un error, no sería tan estúpido como para exponerse a un nuevo rechazo, dolía y frustraba demasiado.

—Si deseabas utilizar la sala de baños, debiste decirlo desde un principio — continuó él con despreocupación—. ¿Necesitas que te froten la espalda?

Él estaba dispuesto a escudarse tras un tono irónico y de fingido buen humor, pero este quedó totalmente a un lado cuando vio como la toalla resbalaba de su cuerpo hasta caer al suelo y confirmó que la realidad era de lejos mucho mejor que los sueños.

Contuvo el aliento mientras se empapaba de la visión de aquel pequeño y moldeado cuerpo, desde los erguidos pechos de rosados pezones, bajando por su liso vientre, estrecha cintura y redondeada cadera hasta la unión de sus muslos, donde se apreciaba una pequeña y delicada mata de vello rubio. Sus brazos tendían a ambos lados de sus caderas, sus manos abriéndose y cerrándose en sendos puños mientras él seguía deslizando la mirada ahora por sus largas piernas hasta los pies desnudos. Cuando por fin volvió a mirar su rostro, sus mejillas ardían con un precioso tono escarlata.

—Creo... que me vendría bien un poco de ayuda —la oyó murmurar unos segundos antes de verla ponerse en movimiento y pasar junto a él para deslizarse en el agua de la piscina.

Ver al objeto de sus deseos sumergiéndose en el agua lo dejó sin aliento, pero no fue nada comparado a lo que sintió al verla estremecerse a pesar de que sabía que el agua estaba caliente.

Negando con la cabeza la siguió a la piscina y se obligó a mantener las distancias con ella, algo más sencillo de decir que de hacer.

—Deberías decirle a Bastet que se meta en sus propios asuntos —le dijo obligándose a adoptar una pose relajada, sus ojos azules se deslizaron sobre la piel expuesta, luchando en todo momento por mantener un cierto grado de intimidad para ella—. No me gustan los sacrificios, Libre Albedrío.

Ella frunció el ceño en respuesta, un poco de su incomodidad quedó relegada ante el brillo de desafío que danzaba en sus ojos, al menos cuando se metía con ella la muchacha recurría.

—No me considero un sacrificio, Juez —declaró con voz suave, su barbilla

ligeramente elevada en un mudo desafío.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—Pensé que habíamos dejado claro lo que ocurriría si volvías a llamarme Juez —le recordó, su mirada clavada ahora en la de ella.

Ella imitó su gesto y lo miró con la misma insolencia que él utilizaba.

— ¿Debería importarme el castigo cuando acabas de decirme que no soy más que un lacayo al servicio de la diosa Bastet?

Él entrecerró los ojos y en un solo movimiento la alcanzó y tiró de ella hasta que su espalda quedó pegada a su pecho, sus nalgas acunando la dura y erguida erección mientras le impedía alejarse al rodearle la cintura con un brazo.

—Siempre tergiversando mis palabras —le susurró al oído mientras se frotaba contra ella sin pudor—. Te estás metiendo en un terreno demasiado escabroso, bonita, un terreno que no sé si estás dispuesta a explorar.

Pudo notar su tensión, la rigidez del cuerpo femenino contra el suyo y aquello lo molestó, no quería lastimarla de ninguna manera, mucho menos asustarla.

—Este no es un juego al que estés preparada para jugar —continuó y deslizó una de sus manos libres por la suave piel ahora húmeda de su hombro—. Estás tensa, siento tu reticencia... también tu deseo... pero no es momento... y a riesgo de fustigarme a mí mismo después... prefiero perderte ahora, que ver el lamento después en tus ojos.

La giró en sus brazos sin esfuerzo, sus ojos azules brillaban con sorpresa y un nuevo respeto por él.

—No te temo, Shayler —declaró ella.

Él asintió y se permitió deslizar los nudillos por su mejilla.

—No, no me temes —aceptó con una resignada sonrisa—, pero no es el momento, bonita. Confía en mí en esto, sé de lo que hablo.

Ella bajó la mirada sin saber muy bien que responder, por una parte se sentía aliviada, pero por otra... había algo en su interior que se sentía dolida por su rechazo.

Los dedos masculinos le aferraron la barbilla obligándole a alzar la mirada.

—Esto no es nada más que un aplazamiento, bonita —le dijo mirándola a los ojos—, solo un breve aplazamiento. Hay cosas que son inevitables y nuestro destino es una de ellas.

La besó suavemente en los labios y a continuación la dejó ir para salir él mismo del baño y desvanecerse a los pocos pasos.